

BÉISBOL Y NACIÓN EN CUBA

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ (Santa Clara, Cuba, 1972). Doctor en Ciencias Históricas, Máster en Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina, el Caribe y Cuba, Diplomado en Antropología Social, Diplomado en Administración Pública y Licenciado en Historia. Profesor Titular y Vicedecano del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana. Ha impartido cursos y conferencias en universidades de Inglaterra, Brasil, Venezuela, Perú, México, Guatemala, Argentina, Italia, Ecuador y Australia. Ensayos y artículos suyos han sido publicados en revistas, antologías y páginas digitales de Cuba, México, Puerto Rico, Italia, Venezuela, España, Turquía, Canadá y Estados Unidos. Ha asistido como ponente o participante a más de cuarenta talleres, coloquios, congresos y simposios sobre historia y disciplinas afines. Ha publicado más de cuarenta artículos sobre temáticas históricas y de cultura cubana. Textos suyos han sido traducidos al italiano, inglés, francés y turco.

Es miembro concurrente de la Academia de la Historia de Cuba, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP), la Comisión Nacional de Monumentos, la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas y Caribeños (ADHILAC) y la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC). Ha obtenido el Premio del Seminario de Estudios Martianos (1996), Premio Pinos Nuevos de Ensayo y Crítica Literaria (2004), Premio de Ensayo Fundación de la Ciudad de Santa Clara (2004), Premio de Investigación Histórica José Antonio Tabares del Real (2006) y Premio Cuba, a cincuenta años de la Revolución: balance, desafíos y perspectivas, convocado por la Casa de las Américas y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) (2009). Desde 2001 se desempeña como panelista del programa cultural de televisión *Escriba y Lea*. En 2008 funda y dirige la publicación digital *Caliban*. Revista cubana de pensamiento e historia.

Ha publicado los libros: *Béisbol y estilo. Las narrativas del béisbol en la cultura cubana* (2004); *Siete ensayos sobre historia y cultura en Cuba* (2005); *La letra en el diamante* (2005); *La esfera y el tiempo* (2007, 2008); *Sociedad, cultura y deportes* (2010); *Los placeres de la historia* (2010); *Apología del beisbol* (2013); *La Habana: ciudad mágica* (2013) y *El Juego galante: beisbol y sociedad en La Habana* (2014).

BÉISBOL Y NACIÓN EN CUBA

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ



EDITORIAL CIENTÍFICO-TÉCNICA, LA HABANA, 2015

Edición: Neyda Izquierdo Ramos
Corrección: Addis Alarcón García
Diseño de cubierta: Carlos Javier Solís Méndez
Fotografía de la cubierta: Mark Kauffman
Diseño interior: Elvira Corzo Alonso
Composición digital: Madeline Martí del Sol

© Félix Julio Alfonso López, 2014
© Sobre la presente edición:
Editorial Científico-Técnica, 2015

ISBN 978-959-05-0785-4

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Editorial Científico-Técnica
Calle 14, no. 4104, entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba
editorialmil@cubarte.cult.cu

ÍNDICE

Palabras al lector / 1
Arqueología del béisbol cubano / 3
Béisbol y nación en Cuba / 24
Rojos y azules / 47
Higiene, sociedad y béisbol en La Habana del siglo XIX / 59
Carlos Maciá o la simpatía / 72
Wenceslao Gálvez y Delmonte / 83
Elena A. al bate / 96
José Martí y el juego de pelota en los Estados Unidos / 102
Los peloteros del maine / 113
Latinos, negros, indios y mestizos en el béisbol de los Estados Unidos / 115
Los gigantes vencidos / 119
Béisbol, intervención y nacionalismo en Santiago de Cuba: 1901-1902 / 125
Azúcar y béisbol en Cuba / 138
Los celosos guardianes de la moral / 150
Béisbol, violencia y presidio / 166
Un pelotero mexicano llamado Martín Dihigo / 174
La tarde feliz del zurdo Lozano / 181
Cuba, Venezuela y el béisbol / 187
Hablar de pelota / 199
<i>Infield hit</i> : una poética del béisbol / 209
El viejo (Dimaggio) y el mar / 215
Carpentier, la moda y el béisbol / 222
Severo Nieto / 227

Música y béisbol en Cuba /	232
El béisbol en la literatura cubana /	259
El béisbol en la cuentística cubana /	300
Agustín Marquetti: ¡qué bueno juega usted! /	328
La poesía del jonrón /	331
Los mitos verdaderos de la pelota /	333
La sonrisa de Pedro Luis Lazo /	337
Alfonso Urquiola: Un relámpago sobre el diamante /	339
Rapsodia para Los Mulos de Nicaro /	343
Historia y revolución En Los Diamantes /	348
Béisbol y guerra fría: El juego Cuba-Estados Unidos que nunca sucedió (1975) /	357
Una excursión a Vueltabajo (Para hablar de pelota) /	364
Secretos compartidos del béisbol cubano /	367
Hombres de negro /	374
Televisión comercial y deportes en Cuba /	382
El jonrón con bases llenas de Norberto Codina /	388
La novela <i>Hereje y pelotera</i> de Leonardo Padura /	392
Tamayo en pelota /	403
Los leopardos de Santa Clara: En su monte seco y pardo... /	408
Epílogo	
Legado y memoria del béisbol cubano /	421
Anexo /	425
El Béisbol es patrimonio espiritual de la nación /	427
Género y deporte /	433
Béisbol o pelota: una historia cultural de lo social/	438

PALABRAS AL LECTOR

Este libro lo dedico a todos los que hicieron posible el sueño de la refundación del Salón de la Fama del Béisbol Cubano.

Béisbol y Nación en Cuba es una *summa* de todos mis libros anteriores sobre béisbol y cultura: *Béisbol y estilo. Las narrativas del béisbol en la cultura cubana* (2004), *La letra en el diamante* (2005), *La esfera y el tiempo* (2007) y *Apología del béisbol* (2013), los cuales tuvieron ediciones muy limitadas que se agotaron rápidamente o, en el caso del último compendio, fue editado con propósitos docentes. Lo que da unidad al texto es la historia cultural del béisbol cubano, examinada desde diferentes perspectivas y posibilidades interpretativas, que van desde la desmitificación de sus orígenes, pasando por su condición de discurso nacionalista, hasta sus relaciones con la violencia, el género, el azúcar, la música, la literatura, la televisión, la impronta norteamericana y las relaciones del béisbol cubano con países latinoamericanos como México y Venezuela. En varios de los ensayos y artículos se han modificado los títulos con que fueron divulgados originalmente, en otros se añaden informaciones nuevas y en todos ha sido revisada y actualizada la redacción final. También se añaden textos, reseñas, prólogos y entrevistas no recogidos en los volúmenes anteriores.

En 2014 se cumplieron 150 años de la entrada del béisbol a Cuba, según el testimonio del precursor Nemesio Guilló. Su impronta en el imaginario de la nación y en la cultura cubana del último siglo y medio es enorme y su condición de narrativa nacionalista pervive hasta el presente. Sirva pues, este libro, como un homenaje al deporte nacional de los cubanos, parte inseparable de su identidad y de su historia.

HOME RUN

*¿Será que el béisbol se parece a la vida?
¿Será que sin él no podremos soñar?*

ISRAEL ROJAS

*... y la pelota es todavía
el primer sueño.*

LEONARDO PADURA

*Foro a colores
coro de rones
trompetas y tambores
en una carrera
contra el tiempo
de los puntos cardinales
al tabacazo
de una estrella
sobre la palma
hasta el mar.
Y la isla
otra vez
queda al campo
de caña y café
floreceda*

ERNESTO ABEL LÓPEZ GUERRA

ARQUEOLOGÍA DEL BÉISBOL CUBANO*

Para Louis A. Pérez Jr.

No sé, si como Vd. dice se jugó en Cuba el Base Ball en 1866 y 1868. Son esos unos años demasiado viejos para mí, que en ellos comenzaba a deletrear; solo recuerdo que en 1878, en un terreno allá por La Chorrera, los partidarios de mi enseña la roja, celebraban partidos en que las carreras se hacían a montones, a pesar de hacerse entonces los outs hasta de fair-bound.

Carta de AURELIO MIRANDA (*Charivari*)
a RAÚL DIEZ MURO, octubre 10 de 1907.¹

La arqueología, como se puede leer en cualquier diccionario especializado sobre el tema "...es el campo científico o del conocimiento que se ocupa del estudio de las sociedades y culturas del pasado, a partir de los restos de cultura material y de los datos hallados en el contexto natural y sociocultural, mediante la exploración superficial del terreno y la excavación estratigráfica".² En otro sentido, el filósofo francés Michel Foucault, a partir de su segunda obra titulada *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (1966), estableció el análisis "arqueológico" de los saberes, con el objetivo de descubrir aquellas prácticas discursivas

* Los términos de béisbol, fuera de cita, se utilizan en redonda (*N. de la E.*).

- 1 Esta carta apareció originalmente en el libro de Raúl Diez Muro Barbosa: *El béisbol en La Habana, Matanzas y Cárdenas. Resumen de los campeonatos celebrados por nuestros clubs de profesionales desde 1878 a 1907*. Prólogo del señor Rafael Conte, La Habana, Imprenta La Prueba, 1907. Aurelio Miranda (*Charivari*) fue fundador del primer periódico deportivo cubano: *Base Ball*, y participó además en otras empresas de este carácter, como *El Sportman Habanero* (con Ignacio Sarachaga y Julián Silveira) y *El Habanista* (con Arturo Mora y Felipe González Sarraín). También fue redactor administrador de *La Habana Elegante*, junto a Enrique Hernández Miyares, Aniceto Valdivia, Manuel de la Cruz, Enrique Fontanills e Ignacio Sarachaga.
- 2 José Alsina Franch (coord.): "Arqueología", en *Diccionario de arqueología*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 75.

que constituyen la expresión propia de una época y la manera en que el hombre ha sido explicitado a través del lenguaje de las ciencias humanas.

En el presente texto, nos interesa conservar el espíritu de ambas tradiciones y establecer una discusión “arqueológica” acerca de los orígenes del juego de pelota en Cuba, proceso que, como es conocido, se produce en el último tercio del siglo XIX. Haremos una búsqueda crítica en los textos más antiguos donde se tienen referencias sobre la introducción del béisbol en la Mayor de las Antillas, y en este sentido se trata de una “excavación” letrada, y al mismo tiempo inquiriremos en aquellas explicaciones contradictorias que han tratado de fundar un saber o discurso hegemónico sobre las primeras prácticas béisboles en la Isla. De algún modo ambas visiones pueden resultar complementarias, pues en el nivel actual de mi investigación es evidente el propósito de “excavar”, tanto en el sentido de obtener un registro confiable, como en el de hacer explícito el desmontaje de un conjunto de estos discursos, a partir de sus debilidades e incongruencias. Para ello debemos empezar por abordar las interrogantes siguientes:

1. ¿Quién o quiénes fueron los que introdujeron el béisbol en Cuba y cuándo ocurrió este suceso?
2. ¿Cuándo se efectuó el primer juego histórico de nuestra pelota?
3. ¿Cuáles fueron los conjuntos que se enfrentaron en el desafío más antiguo conocido y cuál fue el carácter de este partido?

A quienes piensen que tales enigmas son relativamente fáciles de responder, les diremos que para la primera pregunta existen varias respuestas disponibles, tanto en la tradición oral como en los registros bibliográficos: un joven habanero que estudió en Norteamérica llamado Nemesio Guilló,³ jóvenes de Remedios⁴ y Sagua la Grande,⁵

- 3 Guillermo Pi: “Nemesio Guilló fue quien trajo a Cuba el primer bate y la primera pelota”, *Diario de la Marina*, La Habana, 6 de enero de 1924, Sección de Sports.
- 4 “¡Cuidado! En ciertas calles de esta población se ocupan algunos zangaletones en jugar a la pelota con perjuicio de las narices de los pacientes transeúntes; ayer nada menos, venía por la calle de Jesús Nazareno y al llegar a cierta esquina... plum, un pelotazo hizo salir de quicio sus espejuelos, dejándole privado (...) de ver a su agresor por algunos momentos”. Ramón Rodríguez, “Mesa revuelta”, *La atalaya*, Remedios, 8 de abril de 1864, p. 2.
- 5 “La primera población que en la Isla implantó el sport americano fue Sagua; allá por el año de 1864, según me han informado vecinos res-

y los tripulantes de un barco estadounidense anclado en el puerto de Matanzas.⁶

En lo relativo a la fecha en que esto ocurrió, se manejan indistintamente los siguientes períodos de la década del sesenta del siglo XIX: 1864,⁷ 1865⁸ y 1866.⁹ Para la segunda incógnita tenemos los años de 1868, 1873 y 1874;¹⁰ mientras que para la tercera interrogante se ha dicho que tuvo lugar entre habaneros y marinos norteamericanos, entre jóvenes matanceros y marineros de idéntico origen, entre trabajadores del puerto de la Atenas de Cuba y tripulantes de un buque norteño,¹¹ y finalmente entre habaneros y matanceros, añadiéndose además por algunos cronistas que este partido inaugural tuvo un

petables y antiguos de esta localidad". A. Rosales Águila: "El Base ball en Sagua la Grande desde 1864 hasta 1907", en Ramón S. Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El Base Ball en Cuba y América*, Habana, Imprenta Comas y López, 1908, p. 147.

- 6 "Popularizado el béisbol en los Estados Unidos a partir de 1845 (...) el apasionante deporte de las bolas y los strikes rebasa pronto las fronteras de Norteamérica. Sus marinos se convirtieron en principales difusores del nuevo pasatiempo que surge con pasión arrolladora, introduciéndolo en las tierras de los países vecinos, Cuba el primero de ellos". Elio Menéndez: "Cuba, segunda patria del béisbol", en <<http://www.nnc.cubaweb.cu/deportes>>
- 7 Este es el año que señalan Guilló y las tradiciones de Remedios y Sagua La Grande.
- 8 "Sin entrar en datos precisos o en una pormenorizada versión, los más antiguos historiadores deportivos cubanos sitúan la llegada del béisbol a nuestra tierra entre los años 1865 y 1866". Edel Casas, Jorge Alfonso y Alberto Pestana: *Viva y en juego*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1988, p. 6.
- 9 "Las primeras noticias del béisbol se tienen en Cuba allá por el año 1866". Eladio Secades: "Primeras noticias del Base Ball", *Diario de la Marina. Edición Siglo y Cuarto*, La Habana, 1957, p. 202. Francisco Mota: "Aquí... y por primera vez. El Base Ball se empezó a jugar en nuestro país el año 1866", *Bohemia*, La Habana, 29 de abril de 1966, pp. 106-107.
- 10 "La fecha de este encuentro entre habaneros y matanceros, el 27 de diciembre [de 1874] aparece recogida en la historia como la que marca el inicio del juego de béisbol en Cuba". Edel Casas, Jorge Alfonso y Alberto Pestana: *Viva y en juego...*: ob. cit.
- 11 "Cuentan viejas publicaciones de principios de siglo, que fueron los trabajadores portuarios de la ciudad de Matanzas, los pioneros en la práctica del singular pasatiempo originario de Estados Unidos". *Ibidem*.

carácter “formal”¹² u “oficial”.¹³ Quizás el único punto en que coinciden todas las interpretaciones es en adjudicar al terreno matancero del Palmar de (o del) Junco¹⁴ como el lugar donde primero se jugó béisbol en Cuba.

Dentro de esta maraña de confusiones y medias verdades, ya va siendo hora de hallar o al menos proponer una solución a tales enigmas, adecuada a la verdad histórica y con un mínimo de verosimilitud y seriedad. Quiero decir con esto que es imposible sostener ya, como se puede leer en uno de los sitios web¹⁵ dedicados al béisbol cubano, que se suspendió el béisbol en Cuba por las autoridades coloniales en 1869, y que esta prohibición duró hasta 1878, y apenas un par de párrafos más adelante olvidarse de esta aseveración y admitir que hubo un juego en 1874; o decir que los habaneros jugaron en Matanzas contra los tripulantes de un barco norteamericano y a renglón seguido admitir que fue el Palmar del Junco en 1874 el escenario del primer partido de béisbol cubano. Por el momento, y a riesgo de no poder responder con absoluta certeza a estas preguntas, expondré al lector mis propias dudas e incertidumbres sobre cada una de las versiones antes mencionadas, pues para hacerlo solo contamos con fragmentos, indicios, sospechas, conjeturas...

Empecemos por una tradición muy extendida y repetida sin la menor cautela por generaciones de cronistas deportivos y la mayoría de

12 “Lo que no cabe duda es que el primer juego formal entre dos equipos rivales se celebró el domingo 27 de diciembre de 1874 en los terrenos del Palmar de Junco en Matanzas”, Véase: “¿Cuál fue el inicio del béisbol en Cuba?”, *Carteles*, año 36, no. 48, 27 de noviembre de 1955, p. 87.

13 Reynaldo A. González Villalonga: *Centenario del Palmar del Junco. Primer partido oficial de béisbol*, Matanzas, 1999.

14 Sobre el cambio de partícula en el nombre de este lugar, que no es un mero cambio ortográfico, ha señalado el crítico Roberto González Echevarría: “El terreno se llamaba Palmar de Junco, es decir, que el terreno pertenecía a un tal Junco (...) Pero como ‘del Junco’ es más evocativo, el famoso terreno se ha conocido siempre por ‘Palmar del Junco’. Dado que en la emblemática nacional la palma real es un elemento fundamental, es fácil ver porqué el nombre del terreno está lleno de resonancias patrióticas”. Roberto González Echevarría, “Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano”, *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, 8/9, primavera/verano de 1998, p. 30.

15 Me refiero a <<http://www.béisboldecuba.com/>>. Ver allí el texto “Historia del Béisbol en Cuba”.

los historiadores del béisbol. Con este relato se pretende que el primer juego de pelota fuese el celebrado en el Palmar de Junco la tarde del domingo 27 de diciembre de 1874 entre un equipo llamado Habana y otro denominado Matanzas. Todavía es posible ver en numerosos órganos de prensa la conmemoración de la fecha como parte de los rituales de homenaje al nacimiento del “deporte nacional”.¹⁶ Sin embargo, ¿por qué ha sido este momento y no otro el seleccionado para celebrar el advenimiento de nuestro béisbol? ¿Dónde aparece este suceso por primera vez? ¿Quién lo menciona con intención de otorgarle la primogenitura? Todo apunta que quien primero puso a circular este día, concediéndole algún grado de importancia fue Wenceslao Gálvez y Delmonte en la primera historia del béisbol cubano, publicada en La Habana en 1889.¹⁷

En esta curiosa y apresurada historia, su autor prescinde de cualquier explicación sobre cuándo, cómo y dónde se jugó béisbol por primera vez en la Isla. Es más, se diría que este es un dato superfluo, innecesario, como si el béisbol fuera algo natural, que siempre estuvo ahí, latente en el espíritu de los cubanos. De hecho, los tres primeros capítulos se dedican a oponer el béisbol como práctica higiénica y saludable frente a las corridas de toros, las peleas de gallos y los ejercicios con pesos, otorgándole un papel “regenerador” y “moral” sobre la juventud que se iniciaba en su conocimiento. Era un pasatiempo moderno y democrático, enfrentado a las diversiones bárbaras de los españoles. Solo le incomoda un poco a Gálvez la pasión excesiva de algunos fanáticos del nuevo *sport*, pero confía en su desaparición gracias a los efectos “civilizatorios” del propio béisbol. A continuación pasa a narrar sus recuerdos de infancia, cuando solía jugar en varios terrenos de extramuros, época en que “...el juego fue siendo

16 Un buen ejemplo en Jorge Alfonso, “Palmar de Junco, 130 años. La historia del máximo pasatiempo comenzó en la provincia de Matanzas”, *Bohemia*, La Habana, 24 de diciembre de 2004, pp. 52-56. Una hoja filatélica alegórica a esta celebración refleja en su diseño la puerta de entrada al Palmar de Junco y las imágenes de Emilio Sabourín, José Méndez, Armando Marsans, Adolfo Luque, Martín Dihígo, Conrado Marrero, Santiago Mederos y José Antonio Huelga.

17 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, Habana, Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, 1889.

comprendido por el pueblo (y) los niños abandonaron las bolas de cristal, papalotes y trompos, entregándose a los placeres del *base ball*, invadiendo los terrenos conocidos por *Canteras de Medina*, *Placer de Peñalver*, *Melitón* e infinidad de lugares donde las casas no se agrupan como en el campo de Marte...”.¹⁸

Teniendo en cuenta que Gálvez nació en 1867, y que sus primeros batazos los dio siendo niño —en la primera mitad de la década del setenta del siglo XIX— hay razones para pensar que si ya entonces el juego era tan popular entre los infantes, al punto incluso de ser perseguido por maestros y algunos celadores del orden público, debían existir jugadores adultos a quienes imitar y equipos en los que aspirar a competir más adelante. Lo más que podemos concluir del testimonio de Gálvez es eso: que existía ya desde inicios de la década del setenta un “ambiente” béisbolero en la capital y también en Matanzas (un equipo infantil habanero se llamaba Matanzas, donde se inició como pitcher un hermano del famoso Carlos Maciá)¹⁹ y esta atmósfera debía tener un fermento anterior, por lo menos desde la segunda mitad del decenio del sesenta del siglo XIX.

Pero volvamos a la fecha del 27 de diciembre de 1874. La entrada de este dato en la narración de Gálvez se debe a su interés en graficar con un ejemplo el capítulo dedicado a la “Prensa de Sport”, y dentro de este al género, muy moderno para la época, de “las crónicas de *sport*”. Es decir, no hay ninguna pretensión historicista en este suceso, sino el de confirmar la importancia de estas crónicas para el periodismo deportivo de aquel momento. Dice Gálvez: “...tengo presente, y esto corrobora lo que llevo dicho, *El Artista*, un periódico satírico-teatral que se publicó en La Habana en 1872. El número que ahora consulto está fechado en 31 de diciembre de 1874 y se ocupa del primer desafío de pelota celebrado en el ‘Palmar del Junco’ [sic] en Matanzas entre el club del nombre de aquella ciudad y el *Habana*”.²⁰ Y a continuación transcribe la famosa crónica que tantos han copiado con posterioridad, muchas veces sin revelar la fuente,

18 Ídem, p. 20.

19 Ídem, p. 21.

20 Ídem, p. 38. No confundir este diario *El Artista* con otro de igual nombre que se publicó en La Habana entre 1848 y 1852, como órgano oficial del Liceo Artístico y Literario. No hemos encontrado ningún ejemplar de *El Artista*, citado por Gálvez en las bibliotecas cubanas.

con el siguiente título: “Resultado de un desafío. Victoria del *Habana BBC* Pormenores ofrecidos”. Lo firma “Henry”, que era el seudónimo que usaba Enrique Fontanills, un cronista deportivo y social “muy comedido y sintético, que piensa mucho lo que escribe”,²¹ según el juicio del propio Gálvez.

Ahora bien, ¿qué tenemos de singular en este texto de Fontanills, más allá de la declaración de quien lo cita, de que se trata del primer juego celebrado en el terreno del barrio de Pueblo Nuevo, conocido por “Palmar del Junco”? Pues a nuestro juicio lo más relevante no radica en algunos pequeños cambios ortográficos —“Henry” escribe, a diferencia de Gálvez, “Palmar de Junco” sin el aristocratizante “del” e indistintamente escribe “Habana” y “Havana”—, ni en la reproducción de los *box scores* de ambos equipos —el *Habana* le dio una paliza al *Matanzas* de 51 corridas a nueve— sino en que añade una información de enorme valor: “Es probable que dentro de dos meses se verifique en el Vedado, donde el *Habana Club* [sic] tiene su *play ground*, otro desafío entre los mismos Clubs”.²²

Es decir, solo podemos inferir que este desafío entre ambas novenas fue el primero jugado (por ellas) en aquel terreno, pero no tenemos por qué dudar de que antes se hubiera hecho en otras glorietas, como la del club habanista, donde volverían a enfrentarse dentro de dos meses, en febrero de 1875, y quizás ya lo hubieran hecho antes, como demuestra la asiduidad y popularidad de estos duelos. Es todo lo que podemos conjeturar, y nada faculta a pensar que haya sido este el primero de todos los juegos de pelota celebrados en la Isla. Ni siquiera que fuera el primero en contar con una crónica de lo sucedido. Es tan solo la crónica más antigua que se conserva. Y aquel partido fue uno más, entre los que seguramente se disputaron antes y después, con la suerte de que el periódico que lo reseñó fue usado como ejemplo en la primera historia del béisbol, donde no se cita ninguna otra descripción similar, por la que esta adquiere un relieve inusual dentro de la narración. Se torna hegemónica, sobre todo cuando esta tradición comienza a ser citada una y otra vez como

21 Ídem, p. 37. Con posterioridad, Enrique Fontanills se convirtió en el cronista social por excelencia de la alta burguesía cubana, y sus escritos aparecían con frecuencia en *La Habana Elegante* y *El Fígaro*.

22 Ídem, p. 40.

fuentes de autoridad por publicistas sin el menor asomo de crítica interna de los textos que copian.

Y digo esto de la crítica interna no por presunción metodológica, sino porque el texto de Gálvez es contradictorio en muchas de sus afirmaciones y está plagado de inexactitudes y afirmaciones vagas. Apenas unas páginas más adelante, introduce una nueva información relacionada con los enfrentamientos entre equipos de la capital y de la “Atenas de Cuba”. En el capítulo titulado “Matanzas” asevera:

No puede hablarse de *base-ball* en Matanzas sin recordar a los Sres. Tolón, Hernández, Amieva, Delgado, que habiendo recibido educación en los Estados Unidos constituyeron la primera novena de *Base ball* en la ciudad de las cuevas de Bellamar y alumbrado público de petróleo.

Ellos mismos formaron su directiva y se organizaron, costeándose sus uniformes y habilitando para sus prácticas el Palmar de Junco, desprovisto de palmas. Pero no tenían con quien combatir y se dirigieron al Sr. Ernesto Guillot [sic], que en 1878 era secretario del *Habana*.

Un domingo [primero de abril] llegaron á esta capital y celebraron su primer encuentro con el *Habana*, a quien venció. Este desafío se efectuó de milagro, porque los habanistas no habían terminado las obras en sus terrenos.²³

De esta nueva información resulta lo siguiente. Entre los nombrados como introductores del béisbol en Matanzas (Tolón, Hernández, Amieva y Delgado), solo uno, el de apellido Delgado, estuvo presente en el juego del 27 de diciembre de 1874. Además, fueron tres los hermanos Amieva que jugaron pelota, ¿a cuál de ellos se refiere? Por otro lado se afirma que habilitaron el Palmar de Junco y al no tener contrincantes recurrieron a Ernesto Guilló, en el momento en que este era secretario del club Habana, o sea, en 1878, y que el domingo 1.º de abril de aquel año celebraron un “primer encuentro” con saldo victorioso para los matanceros. ¿Quiere esto decir que fue solo en 1878 que se vieron las caras por primera vez matancistas y habaneros? A la luz de lo que ya sabemos esta información es insostenible, como también lo es que no tuvieran con quien jugar, pues en unos párrafos a continuación sostiene, refiriéndose ahora al club Cárdenas:

23 Ídem, p. 85.

Afirman los naturales de Cárdenas que en aquella localidad se organizó un club de Base-ball antes de que se formaran los de *Habana* y *Matanzas*. Las personas á quienes he pedido datos para escribir esta obra, me aseguran, unas, que el primer ten se constituyó en Matanzas, otras, que en La Habana, y algunas, como he dicho en los primeros renglones de este capítulo, en Cárdenas.

Quizás sea muy importante dejar consignada aquí la verdad, pero creo que se constituyeron casi en la misma época en las tres ciudades, y de ésta manera dejo contentos a todos y a ninguno.²⁴

Antes había dicho “hoy tengo por seguro que al Habana le corresponde el primer puesto cronológico”,²⁵ pero parece que contradecirse forma parte del “estilo” de Gálvez. Dejemos a un lado la trivial disputa regionalista sobre quién fue primero, y atengámonos a que fueron equipos contemporáneos, sin que sepamos bien cuando empezó cada uno de ellos, pero lo cierto es que Cárdenas está demasiado cerca de Matanzas como para que no se hubieran enfrentado alguna vez, aun más si como reconoce el propio autor, era notoria la rivalidad entre ambas ciudades, al extremo de afirmar que Cárdenas: “No se ha presentado en *champion* con la intención de obtener el título y el obsequio de anexo, sino con la de aventajar a los clubs matanceros”.²⁶

Ahora, antes de abandonar al impreciso Gálvez y analizar otra de las explicaciones más extendidas sobre donde se jugó pelota por primera vez, la que sostiene que fue en Matanzas a mediados de 1860, digamos algo más sobre el juego del 27 de diciembre de 1874.

24 Ídem, p. 88. Un poco después Gálvez habla de un club Cárdenas fundado el 9 de octubre de 1881 (p. 91), pero en opinión de Carlos Hellberg, en su *Historia estadística de Cárdenas* (1893): “Las ciudades de La Habana y Matanzas contaban con club de *Base Ball*, en donde tomaban parte entusiastas y distinguidos jóvenes de la sociedad en tan higiénico y entretenido juego de pelota. Cárdenas por su fama no debía quedar rezagada en la introducción de esta diversión, y al efecto el 8 de noviembre de 1879 se formó mediante autorización superior el *Cárdenas Base Ball Club* bajo la directiva electa en el local bajo del teatro Concha, adonde concurren por invitación más de 350 jóvenes de la ciudad”. Carlos Hellberg: *Historia estadística de Cárdenas*, Comité Pro-Calles de Cárdenas, 1957, p. 131.

25 Ídem, p. 65.

26 Ídem, p. 91.

Wenceslao indica que tomó la crónica de *El Artista* con fecha 31 de diciembre, pero no dice —o ignora— que una descripción muy similar ya había sido publicada, como era natural por su cercanía al lugar de los hechos, por el periódico matancero *Aurora del Yumurí*, con fecha 29 de diciembre de 1874.

Esta crónica de Matanzas difiere en algunos aspectos de la publicada en La Habana, incluyendo que no coloca los nombres de los jugadores, solo los apellidos de estos,²⁷ tanto habanistas como matanceros, y tiene una introducción de tres párrafos que suprimió la versión de *El Artista* —pues se trata de una cita preliminar de él mismo— y otra posterior publicada en *El Sport* el 10 de febrero de 1887. El texto de *Aurora del Yumurí* se titula simplemente “Juego de Pelota”, lo que sugiere que era algo común en la época y reza:

Ayer tuvo efecto en esta ciudad, punto conocido por Palmar de Junco, un desafío de pelota entre el Matanzas Base Ball Club y el Havana Base Ball Club.

La primer [sic] noticia que de ellos tuvimos fue la llegada a esta ciudad de los individuos del Club habanero y el siguiente suelto del periódico *El Artista*, que se publica en La Habana y que uno de dichos señores nos proporcionó:

Desafío

El club formado en esta ciudad y que sostienen varios jóvenes entusiastas, titulado Havana Base Ball Club ha recibido un cartel de desafío del que existe hace varios años en Matanzas. Se trata de probar en competencia la destreza, la fuerza muscular y la lijereza de piernas de unos y otros. El premio no es una timbale d`argent, porque no se trata de un concurso de voces, el club vencedor recibe un bat, especie de paleta-bastón que sirve para la pelota y que se conserva en los clubs con orgullo. El Havana Base Ball Club se ha apresurado a recoger el guante, y al efecto, ha designado como lugar de la contienda, una

27 Hay diferencias en cuanto a los apellidos de los jugadores en ambos textos. En el artículo original el 7mo. y 8vo. bateadores de Matanzas se apellidan “Rylen” y “Arnao”, mientras que en la crónica de *El Artista* se nombran “Rylend” y “Armas”. En cuanto al club Habana, el original llama al 2do. y 8vo. bateadores “Senarens” y “Saburens”, y su copia los nombra “Senaren” y “Sabourín”.

hermosa sabana, de la margen derecha del río San Juan, donde debe verificarse el domingo próximo el desafío entre ambos clubs. En efecto, a la una menos cuarto dio principio el juego ante una concurrencia numerosa, que hubiera sido inmensa si se hubiera tenido conocimiento del desafío, y concluyó a las 5 y 35 minutos de la tarde, dando por resultado el que el *Havana Base Ball Club* quedara victorioso con 42 corridas de ventaja en 7 *innings* (entradas).²⁸

Si ya sabíamos que existía mucho antes de 1874 un club habanero, ahora este “suelto” nos confirma que también “desde hace varios años” (¿cuántos: cinco, seis, siete?) existía uno similar en Matanzas. Ahora bien ¿fue en Matanzas, en algún momento de la década del sesenta del siglo XIX, donde se jugó béisbol por primera vez? De nuevo vuelven las incertidumbres, las frases vagas y las leyendas locales. Solo que en este caso la fuente es mucho más reciente: estamos hablando del folleto publicado por José M. Cuétara Vila titulado *Matanzas. Notas históricas y el deporte de la pelota*. Este autor supone que, a partir del incremento de las relaciones económicas, comerciales y culturales entre Los Estados Unidos y Matanzas en la segunda mitad del siglo XIX, fue por esta ciudad donde se produjo la entrada del béisbol a Cuba. Según Cuétara:

Estos datos permiten suponer lógicamente las vías a través de las cuales penetró en Matanzas el juego de pelota. Aunque hasta ahora no ha sido posible determinar con precisión la fecha inicial de sus prácticas en nuestra ciudad, si podemos afirmar que es muy antigua. En un documento existente en el Fondo de Deportes del Archivo Histórico Provincial de Matanzas, fechado en 1847, se ordenaba la prohibición del juego de pelota en las calles y demás puntos de tránsito público, bajo pretexto de perderla, ya que el mismo practicado indiscriminadamente por adultos, provocaba daños en las farolas del alumbrado público. También se obligaba a los culpables a pagar el monto de las averías causadas. Dicha orden estaba firmada por el Brigadier Gobernador Político de Matanzas, lo cual da una idea de la importancia y auge que ya entonces había tomado este juego.²⁹

28 *Aurora del Yumurí*, Matanzas, no. 103, martes 29 de diciembre de 1874, p. 2.

29 José M. Cuétara Vila: *Matanzas. Notas históricas y el deporte de la pelota*, Matanzas, Comisión Provincial de Activistas de Historia, 1973, p. 18.

Varios aspectos llaman la atención en el fragmento anterior. En principio, intercambios comerciales y culturales activos con puertos estadounidenses tuvieron diversas ciudades cubanas durante el siglo XIX, incluyendo a La Habana, por supuesto, sin que por ello se pueda afirmar categóricamente que fue esa la causa de la introducción del béisbol. Por otro lado se reconoce que "...hasta ahora no ha sido posible determinar con precisión la fecha inicial de sus prácticas en nuestra ciudad", y, sin embargo, añade "...podemos afirmar que es muy antigua". ¿Cuán antigua? El dato de 1847 es a todas luces un candoroso anacronismo, pues la "pelota" a que se alude, sin citar el documento con rigor científico, para nada prueba que se tratara del béisbol, que empezaba a desarrollarse entonces en su lugar de origen.

Pero el texto de Cuétara depara otras afirmaciones desconcertantes. Sorpresivamente, y sin ofrecer mayores explicaciones, señala que: "Alrededor del año 1865 se efectuó en este terreno [el del Palmar de Junco] uno de los primeros juegos de pelota de que se tienen referencias, entre un equipo de jóvenes matanceros y otro formado por tripulantes de un barco norteamericano anclado en la bahía yumurina".³⁰ Nótese que la afirmación dice "...uno de los primeros juegos de pelota de que se tienen referencias..." no el primer juego, lo que implica que pudieron celebrar otros antes. ¿Por qué insistir entonces en que fue este un juego anterior a todos los demás? Otras incógnitas tienen que ver con la identidad de los jugadores, pues nadie los menciona por su nombre, aunque debieron ser muy conocidos en la villa, como tampoco se dice nada del nombre del barco surto en la rada. Cuétara dice simplemente "jóvenes matanceros", lo que sugiere que se trataba de muchachos blancos de familias acomodadas, quienes al igual que en La Habana disponían del tiempo libre y el capital cultural necesario —recuérdese que algunos de ellos habían estudiado en los Estados Unidos— para haber aprendido el joven deporte. Si esto es así, nada tenían que ver con los trabajadores portuarios que, según otra versión, dice que aprendieron el juego mientras cargaban de azúcar un buque norteño.³¹ Es verdaderamente difícil imaginarse a

30 Ídem, p. 19.

31 Versión que recoge Raúl Diez Muro en su *El Base Ball en La Habana, Matanzas y Cárdenas. Resumen de los campeonatos celebrados por nuestros clubs de profesionales, desde 1878 hasta 1907*, Prólogo de Rafael Conte, Habana, Imprenta La Prueba, 1907. (2da. edición: 1908, 3^{ra}. edición notablemente

negros esclavos o libertos, practicando pelota mientras descansaban de cargar sacos de azúcar, y mucho más imaginar a la tripulación del barco enseñándoles los principios de la pelota y luego compartiendo con ellos.

A continuación este autor apoya su tesis sobre la antigüedad de las prácticas béisboleras en Matanzas, apuntando como las gacetillas que solían aparecer en el periódico matancero *Aurora del Yumurí* "...entre 1850 y 1870" se hacían eco de los partidos celebrados en el Palmar de Junco "refiriéndose al bullicio y vocerío que se originaba por la exaltación de los aficionados allí congregados, provocando alteraciones del orden público que obligaron a quejarse a los vecinos de las inmediaciones".³² No me detengo en esta recurrente indeterminación de fechas (1850 a 1870 es un periodo demasiado largo), para comentar el dato quizás más importante del folleto de Cuétara, que, sin embargo, ha pasado inadvertido para la gran mayoría de los historiadores del béisbol cubano. La afirmación en cuestión aporta una supuesta evidencia de un juego entre matanceros y habaneros, anterior a la del 27 de diciembre de 1874:

La referencia más antigua encontrada hasta el presente de un juego entre un equipo matancero contra uno de la capital, se remonta al 5 de mayo de 1873, y pertenece al Fondo de Deportes del Archivo Histórico de Matanzas. Dicho documento, firmado por Enrique Meléndez Mouns, el cual durante cerca de un cuarto de siglo estuvo íntimamente vinculado a la práctica de este deporte, siendo uno de los pioneros de este en Matanzas, expresa en una de sus partes:

Y comoquiera que estos clubes se hallan legalmente constituidos, y para efectuar su espectáculo, paga a este gobierno la contribución estipulada en la tarifa patente celebrándolos con permiso de la autoridad, ocurre a Ud., con el fin de que se sirva impedir los días que este club tenga espectáculos, se llevaren a efecto otros de la misma índole en los solares cercanos a este barrio, por ser perjudiciales a los intereses de este club.³³

ampliada: *Historia del Base Ball Profesional en Cuba. Libro Oficial de la Liga de Base Ball Profesional Cubana*, La Habana, 1949, citado por Jorge Alfonso, ob. cit., p. 53.

32 José M. Cuétara Vila: ob. cit., p. 19.

33 Ídem, p. 20.

Enrique Meléndez Mouns fue un destacado promotor del béisbol, quien incluso dirigió a dúo con Luis Almoína el club Matanzas que ganó el campeonato de 1892-1893, por lo que su testimonio merece lo tomemos en consideración. Nos llama la atención que el texto de Cuétara se editó en 1973, un año antes de la conmemoración del centenario del juego de diciembre de 1874, y, sin embargo, sus afirmaciones no encontraron eco ni polémica en la prensa deportiva, como era de esperar, y la fecha tradicional siguió conservando su primogenitura, a despecho de lo señalado por el activista matancero.³⁴

Lo cierto es que la reseña más antigua de un juego de pelota entre dos equipos en Cuba, aparecida en la prensa matancera el 3 de septiembre de 1867, y que Cuétara y el resto de los investigadores pasaron por alto, señala lo siguiente: “Ayer llegaron a nuestra ciudad varios jóvenes del Comercio habanero, socios de un juego de pelota establecido en la capital. Dichos individuos jugaron por la tarde un partido con los aficionados norteamericanos que tienen establecido su club en el Palmar de Junco; y según nos informan quedó el partido tabla, debiendo de resolverse en otra ocasión próxima”.³⁵ Esta importante noticia es anterior en un año a la fecha aceptada de constitución del Habana BBC, 1868, y nos revela además que los estadounidenses radicados en Matanzas ya distinguían el béisbol como un pasatiempo agradable, pues contaban con un club para sus prácticas. No existen en los periódicos disponibles otras informaciones relacionadas con este hecho en los meses y años sucesivos, aunque el Palmar de Junco siguió acogiendo otras actividades atléticas diversas, como la lucha canaria y las competencias de tiro de paloma desarrolladas en la Feria Exposición Industrial y Agrícola de los residentes de Islas Canarias, celebrada del 1.º al 4 de febrero de 1872.

Por último, queremos citar un argumento bastante conocido, aunque relativamente olvidado por algunos historiadores del béisbol

34 Eddy Martín: “Cien años de vida del béisbol cubano”, *Juventud Rebelde*, La Habana, 22 de diciembre de 1974. También en esta fecha circuló un sello por valor de tres centavos con la leyenda “Centenario 1er Desafío Oficial” y el Círculo Filatélico de Matanzas realizó una cancelación especial, donde reproducía el *box score* del juego del 27 de diciembre de 1874, tomándolo del diario *La Aurora* [sic].

35 *Aurora del Yumurí*, Matanzas, año 40, 3 de septiembre de 1867, p. 3. Agradezco a Reynaldo González Villalonga la consulta de esta importante publicación.

cubano. Nos referimos a la entrevista concedida en 1924 por Nemesio Guilló a Guillermo Pi, redactor del *Diario de La Marina*. Nemesio Guilló es una figura célebre de la pelota cubana, béisbolista primero,³⁶ miembro de la Directiva del club Habana al igual que su hermano Ernesto (en 1887 era su secretario),³⁷ luego trabajó como tenedor de libros y fue exaltado al salón de la fama del béisbol criollo en 1948. La narración de Guilló tuvo su origen en una discusión sobre los orígenes de la pelota cubana, promovida por la sección “Recordando el pasado” de las páginas deportivas del referido diario, y su “versión” periodística expresaba lo siguiente:

En los comienzos del año 1858 tres niños cubanos abandonaban los patrios lares y en frágil embarcación de vela —las movidas a vapor eran entonces muy raras— se dirigían aun puerto al sur de los Estados Unidos situado sobre el Golfo de México, a Mobila, estado de Alabama. Esos niños, cuyas edades fluctuaban entre 11 y 15 años iban a internarse en un gran plantel educacional, en el Springhill College, a un tiro de ballesta de Mobila, mandados por sus padres, personas de solvencia económica en la ciudad de La Habana. Esos muchachos eran los hermanos Ernesto y Nemesio Guilló y el hoy Secretario de Sanidad Dr. Enrique Porto. Del viaje y estancia de esos niños en el colegio de Mobila había de resultar a los pocos años uno de los mayores acontecimientos, o el mayor acontecimiento histórico que registra en Cuba el sport.

En 1864, siete años después, una espléndida nave mercante devolvería a Cuba sus tres chiquillos, ya convertidos en apuestos mocetones; pisando fuerte, con el cuello recio, amplio el pecho, atlético el continente y dispuestos a sostener en cualquier forma el derecho del hombre, tan desconocido en la colonia de aquellos días. Uno de los tres mozalbetes traía en su baúl de colegial un bate y una pelota, objetos completamente

36 Aunque jugó dos temporadas con el club Habana solo se conserva su actuación con el club Últimátum en la temporada de 1882-1883 donde bateó para 250. Severo Nieto y Gabino Delgado: *Béisbol cubano (récords y estadísticas) 1878-1955*, Editorial Lex, La Habana, 1955, p. 163.

37 Ver: *Memoria leída por su autor D. Alberto Coya, Secretario del Habana BBC, en la Junta General celebrada por dicha sociedad el día 18 de agosto de 1887, con objeto de dar cuenta de los actos llevados a cabo por la Directiva, durante el año que termina en dicha fecha*, Habana, Imprenta La Habanera, 1887, p. 3.

desconocidos en Cuba y poco conocidos en los propios Estados Unidos, donde el balltown, que después había de llamarse béisbol, estaba en sus rudimentos. El que traía los preciosos adminículos era Nemesio, el de menos edad de los dos hermanos Guilló. Al siguiente día de haber pasado por La Machina el bate y la pelota, ya estaban los tres muchachos jugando en el Vedado frente a los baños de mar del Dr. Luis Miguel. Lo único que hacían era fonguear; tres pelotas cogidas de aire o al primer bote eran tres outs y daba derecho a su vez para hacer uso de el [sic] bate.³⁸

Si damos crédito a esta parte del relato —y hasta el momento nada parece desautorizarlo, con la excepción de los testimonios de juegos con pelotas en ese propio año 1864 en Remedios y Sagua la Grande— tenemos un primer elemento de juicio: nadie antes de los hermanos Guilló había traído auténticos implementos de béisbol a la Isla, por lo que es imposible hablar de este juego antes de 1864. Por otro lado, estos dos hermanos y su amigo Porto, por razones obvias, no podían conformar un equipo y al no tener rivales, se dedicaron a fonguear pelotas entre ellos hasta que se le unieron nuevos aprendices del juego. Dentro de esta lógica, prosigue el testimonio de Guilló:

En ese lugar frente a los baños en el Vedado, y en otros espacios apropiados de la misma barriada, por donde se encuentra la iglesia del Carmelo y lo que después se llamó terreno del club Habana, comenzaron a formarse grupos de muchachos que jugaban a la pelota en la forma ya descrita, por cierto que costaba enorme trabajo proporcionarse pelotas y bates, las que eran de dos colores, blanco y rojo, pero del mismo peso y material hoy en uso. El uniforme de los jugadores consistía de camisa blanca, pantalón de dril blanco, largo, botines negros, una corbata que era azul o roja, de acuerdo con el color del club, y en lugar de gorra sombrero de pajilla. Con esa indumentaria se pasaron fongueando cuatro años hasta que de los Estados Unidos vino la nueva forma y métodos de juego integrado por diez jugadores, los nueve de la manera que ahora se hallan

38 Guillermo Pi: “Nemesio Guilló fue quien trajo a Cuba el primer bate y la primera pelota”, *Diario de la Marina*, La Habana, 6 de enero de 1924, Sección de Sports, p. 1.

distribuidos más el right short, un jugador que se situaba entre primera y segunda.³⁹

Aquí tenemos varias cosas interesante:

1. el lugar donde se efectuaban las prácticas;
2. que hay grupos de jóvenes que solían hacer demostraciones;
3. lo difícil que resultaba encontrar los implementos de juego, lo que reafirma el carácter primitivo de estos encuentros;
4. la descripción de las vestimentas de los jugadores.

También es relevante el dato de que se mantuvieron durante cuatro años practicando el town ball o fongueo, hasta que alguien (¿quién?) trajo desde los Estados Unidos el esquema de juego con diez jugadores (el número de jugadores en el campo podía oscilar entre nueve y diez, y todo parece indicar que no había todavía en estos primeros años una reglamentación estricta al respecto). Siguiendo la cronología propuesta por Guilló, esto debió suceder hacia 1868, y en esa misma fecha quedó organizado el primer equipo con una decena de integrantes, al que se bautizó como *Habana*. Otra versión nos dice que el *Habana* fue una sociedad integrada por dos *teams* de diez jugadores cada uno, los cuales, según narra Enrique Morejón, exdirector de *El Pitcher* "... practicaron e hicieron viable, por medio de matches periódicamente celebrados, la adaptación entre nosotros del Base ball o juego de pelota americana".⁴⁰ Nótese que dice "matches periódicamente celebrados", lo que da una idea de asiduidad y continuidad en las prácticas. Volviendo a la evocación de Nemesio: "fueron veinticinco cubanos entusiastas, todos ellos muchachos que regresaban de los colegios americanos, los que fundaron el glorioso *team* rojo [...] entre ellos que recuerda Nemesio Guilló, que es quien me facilita estos datos [...] se encontraban Leopoldo de Sola, Ernesto Guilló, Alfredo Maruri, Enrique Canal, Emilio Sabourín, Ricardo Mora, Esteban Bellán, Francisco Saavedra, Rafael Saavedra, Roberto Lawton, Octavio Hernández, Manuel Lorenzo Bridat, Lavotal, Bulnes, Nemesio Guilló".⁴¹

39 *Ibidem*.

40 Enrique Morejón: "El Habana B. B. C.", *El Fígaro*, La Habana, no. 46, 9 de diciembre de 1900, pp. 558-559.

41 Guillermo Pi: "Nemesio Guilló...", *Diario de la Marina...*: ob. cit.

Son en total quince los nombres mencionados por el testigo, de los veinticinco que según él fundaron el club Habana, pero hay que tener en cuenta que Guilló habla de sucesos ocurridos 56 años atrás, y que su edad en el momento de la entrevista rebasaba las siete décadas (tenía exactamente 76 años), es decir, era una persona longeva para la época, que podía cometer errores u olvidos comprensibles en su narración. De hecho, además de Nemesio solo sobrevivían en el momento de la entrevista otros tres fundadores: Lorenzo Bridat, de 84 años, Octavio Hernández, de 80 años y el que fuera benjamín del grupo, Manuel Landa, con 64 años. Un periodista inteligente hubiera cuando menos obtenido otras entrevistas y cruzado el resultado de sus búsquedas. Guillermo Pi no lo hizo. Sin embargo, todavía hay otros detalles de mayor interés en esta tradición, y es que Nemesio Guilló ofrece una versión diferente a las que hemos citado hasta el momento, sobre el polémico asunto de quiénes y dónde jugaron béisbol por primera vez en la Isla:

Una vez ya organizado el Habana con sus diez jugadores y usando pantalones largos y sombreros de pajilla diose el primer combate, y fue nada menos que contra americanos que no había importado seguramente Abel Linares ni ningún otro promotor del baseball profesional. Los yanquis que combatieron por primera vez en Cuba en un team de base ball fueron marineros de una goleta surta en la bahía de Matanzas, que enterados de que los claveles rojos estaban hombreándose en la Capital y buscando contrarios, les mandaron a decir que fueran a batirse a Matanzas, cosa que aceptaron los criollos y allá fueron a Palmar de Junco, parque de base ball el más viejo de toda la República, el que vió el primer juego de pelota. Los cubanos del Habana dieron una soberana paliza a los marineros americanos y regresaron a la capital orgullosos de su hazaña, cundiendo con ello el entusiasmo para mayores empresas beisboleras.⁴²

Un par de detalles más antes de analizar este párrafo, en que parece haberse cerrado el círculo de todas las versiones, con el regreso a Matanzas y al mítico Palmar de Junco. Según Nemesio Guilló, el umpire de aquel juego entre cubanos y estadounidenses fue el habanista Leopoldo de Sola y un poco después, en 1869: "...fue suprimido el

42 *Ibidem*.

baseball por decreto del gobernador y capitán general de la Isla, por estimarlo un juego antiespañol, insurrecto, que como asunto tendencioso yanqui venía a sembrar el desamor a España. Estuvo oscurecido el sport que desde que se importó fue nuestro sport nacional, hasta el año 1878, en que se reorganizaron el Habana y el Almendares y en Marianao surgieron los clubes Marianao y Progreso".⁴³

Aunque es un hecho comprobado, tanto en la literatura como en la prensa periódica, la suspicacia de las autoridades coloniales con relación al béisbol, por su procedencia y características peculiares,⁴⁴ hasta el presente no hemos hallado pruebas documentales de la suspensión o persecución del béisbol de manera oficial,⁴⁵ pero no es del todo improbable esta suposición, tratándose de los primeros momentos de la Guerra Grande y que se vivía un ambiente de histeria anticubana, sobre todo en la ciudad de La Habana. Sin embargo, esta supresión, si existió en algún momento no fue muy prolongada, de lo que da fe el propio juego de 1874.

Pero atengámonos ahora al dato del juego entre cubanos y estadounidenses. Por la información que aporta Guilló, todo hace suponer que se realizó en 1868, dos o tres años después de las fechas que se mencionan para un juego similar, como ya hemos visto, solo que en vez de ser habaneros los protagonistas, aquellos eran matanceros, jóvenes de familias acomodadas o trabajadores del puerto, según la versión que prefiramos. De estos partidos de 1865 o 1866 no sabemos el

43 *Ibidem*.

44 Un buen ejemplo de este recelo lo ofrece Gálvez refiriéndose a un suceso ocurrido en Cárdenas, donde: "Un agente de la autoridad creyendo haber descubierto una conspiración, sorprendió un plano del terreno que tenían los organizadores, pretendiendo que dicho plano pertenecía a la estrategia militar separatista. Afortunadamente un superior había visitado los Estados Unidos y disipó el error del personaje". Wenceslao Gálvez y Delmonte: *ob. cit.*, p. 88.

45 Esta es otra tradición muy extendida entre los estudiosos del béisbol cubano. Uno de sus difusores, el cronista deportivo Elio Menéndez, ha hecho referencia en varias ocasiones a un decreto del Gobierno español, del 1.º de octubre de 1868, según el cual se suprimieron las prácticas béisboleras en la Isla, al considerarlo: "un juego de tendencias insurreccionales, contrario al idioma y que propicia el desamor a España". Elio Menéndez: "Más de un siglo de béisbol cubano". <<http://www.nnc.cubaweb.cu/deportes>>. Sin embargo, este autor no ofrece información alguna sobre dónde localizar un documento tan importante.

resultado, sin embargo, del narrado por Guilló este dice que se trató de una “paliza”, similar a la conseguida por el club Habana sobre los matanceros en 1874. Ante semejantes afirmaciones, siento la tentación de interrogarme ¿no habrá confundido el senil Guilló dos historias diferentes mezclándolas en un nuevo relato, quizás con el propósito de arrebatarse a los matanceros su pregonada prioridad en este sentido? Y si en realidad se efectuó este desafío ¿eran tan buenos jugadores los cubanos para lograr un resultado de esta índole? ¿No se trataría de una exageración de Nemesio cargada de nacionalismo, en la que al tiempo que glorifica a su club deja establecida la primera derrota de un equipo norteño frente a uno cubano, lo que como es sabido es uno de los ingredientes más caros al imaginario nacionalista?

Por otro lado, se mantiene constante el lugar, Palmar de Junco, del que se afirma que es “el más viejo de la República [es decir de Cuba, aunque entonces fuera colonia] el que vio el primer juego de pelota”. Hay aquí algo que no concuerda, ¿podían contar los matanceros con un parque de béisbol, con las medidas oficiales y todas las condiciones para un desafío, y no tener un equipo de pelota? Si había tal equipo, ¿por qué fueron a retar a un club habanero los marineros estadounidenses? Por otro lado, para tener un conjunto y una glorieta como la del barrio de Pueblo Nuevo, los matanceros debían conocer los rudimentos del béisbol desde antes, como dice el suelto que cita Meléndez Mouns, y entonces este desarrollo habría sido simultáneo al de los muchachos habaneros, sea ball town o cualquier otra modalidad la practicada. Lo que a su vez implica que tenían implementos con que jugar, es decir bates y pelotas, que ya sabemos eran difíciles de conseguir en la capital, pero que alguien pudo traer desde el norte y entrar por el puerto de Matanzas. De hecho, se sabe que uno de los grandes peloteros matanceros de la época, Francisco Martín y del Sol,⁴⁶ estuvo casi una década, entre 1870 y 1879, jugando en equipos colegiales estadounidenses (Alexander BBC, Québec BBC, etc.), y no es imposible que en sus viajes de vacaciones a su ciudad natal haya traído implementos y enseñado a jugar béisbol a sus coterráneos. Finalmente, debemos recordar que cuatro de los apellidos de los jugadores del club Matanzas que cayeron ante el Habana en 1874 eran explícitamente anglosajones: Rylend, Washington, Frank y Paine, por lo que también pudieron ser ellos pioneros de nuestro béisbol.

46 *El Álbum. Semanario Ilustrado*, Matanzas, junio 19 de 1887, año 1, no. 2, p. 11.

Llegados a este punto, una vez más la verdad histórica se nos escapa de las manos, y es imposible responder de una manera categórica. Nuevas dudas, renovadas sospechas se unen a las ya existentes, agazapadas en textos fragmentarios, recuerdos brumosos, afirmaciones contradictorias. Al final, saber quién introdujo las prácticas béisboleras, dónde, cuándo y quiénes realmente jugaron béisbol por primera vez en Cuba, quizás no pase de ser una curiosidad erudita o una obsesión personal sin mayor utilidad práctica. Definitivamente siguen circulando todo tipo de argumentos, sin la imprescindible demostración factual o documental, y muchos ingenuos e incautos caen en la trampa de dar por resuelto el enigma del elusivo origen. Mientras tanto, el Palmar de Junco languidece, a pesar de las invocaciones y los homenajes, como amarga ironía del destino, que no suele creer en invenciones ni en alegorías.

BÉISBOL Y NACIÓN EN CUBA

Para Roberto González Echevarría.

*El champion batter de Cárdenas se apellida Vasallo.
¿Hasta dónde llegaría este caballero si se llamara
Ciudadano?*

El Habanista, 6 de julio de 1887

*Hablo de un tiempo en que lo único serio fue el deporte...
Solo era libre el pelotazo de Luque...*

FINA GARCÍA MARRUZ

Recordaba en una conversación el historiador francés Roger Chartier que "...si los historiadores quieren definirse como especialistas en un campo particular con sus límites necesarios y como constructores de una reflexión más amplia de la discusión filosófica, literaria o de las ciencias sociales, deben pensar a partir de la obra de los otros lo que puede conducir a variados temas históricos".⁴⁷ Esta reflexión daba pie a la confesión de Chartier de haber escrito alguna vez sobre la historia social del deporte, uno de esos "variados temas" no legitimados por la tradición intelectual y que incluso no ha sido objeto de preocupación sistemática por los historiadores, sociólogos, antropólogos y filósofos de la cultura occidental, con las notables excepciones del holandés Johan Huizinga, los franceses Roger Caillois y Pierre Bourdieu o el alemán Norbert Elías y su discípulo inglés Eric Dunning.⁴⁸

47 Roger Chartier: *Cultura escrita, literatura e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 231.

48 Cfr. Johan Huizinga: *Homo Ludens. El juego y la cultura*, Buenos Aires, Emecé, 1968; Roger Caillois: *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*, México, Fondo de Cultura de Económica, 1986; Pierre Bourdieu: *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990; Norbert Elías y Eric Dunning: *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995. Para el caso de América Latina, es muy notable el trabajo que realizó el grupo "Deporte y Sociedad", de CLACSO, diri-

Para argumentar la pertinencia de una indagación semejante, el autor de *Los orígenes culturales de la Revolución Francesa* señalaba el doble carácter de dispositivos de control y válvula de escape de las prácticas deportivas en la modernidad, asociadas con representaciones o construcciones de sentimientos de pertenencia, a un club o a un país. De tal modo, dichas prácticas "...son un buen ejemplo de que los controles sobre los afectos están suficientemente establecidos, de tal manera que los afectos pueden liberarse en un lugar particular, el estadio, y en un tiempo particular, el partido".⁴⁹

Si seguimos el saludable consejo del historiador galo de convertir a la historia del deporte en parte de la reflexión histórica, en el presente trabajo intentaremos trazar un mapa sobre la manera en que el juego de béisbol, deporte muy popular en Cuba, ha ido configurando desde su surgimiento y en las primeras décadas de sus expansión y difusión, narrativas o discursos asociados a la idea de la construcción nacional y el nacionalismo,⁵⁰ proceso que desembocó en que fuera

gido por el sociólogo argentino Pablo Alabarces, y que produjo varios resultados en forma de libros y artículos, enfocados principalmente al tema del fútbol. Cfr. Pablo Alabarces y M. G. Rodríguez: *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (1996), Pablo Alabarces (comp.): *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (2001) y del propio autor *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en Argentina* (2002). En Brasil es muy destacado el trabajo de investigación que lidera Victor Andrade Melo, profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro y autor de varios libros acerca de la relación cultura, desarrollo urbano y deporte, entre ellos: *Cidade esportiva. Primórdios do esporte no Rio de Janeiro* (2001); *Cinema & esporte. Dialogos* (2006) y *Os sports e as cidades brasileiras: transição dos séculos XIX e XX* (2010).

49 Roger Chartier: ob. cit.

50 No es este el lugar para un examen detenido acerca de las discusiones y polémicas suscitadas en torno al nacionalismo y la construcción de las naciones modernas, en el que participan nombres ilustres de las ciencias sociales contemporáneas como Benedict Anderson, Ernest Gellner, Isaiah Berlin o Eric Hobsbawm, entre muchos otros. A falta de un consenso teórico al respecto, asumo el criterio del investigador cubano Fernando Martínez Heredia, quien señala que lo esencial para todo discurso nacionalista es que la nación exista, sea fuerte y excluyente, en tanto que la nación es siempre menos un concepto que un proyecto. En palabras del historiador francés Pierre Vilar: "Una nación no es un objeto acabado, una figura estereotipada, una imagen definida", sino más bien "un

considerado, ya en la República, como el “deporte nacional” de los cubanos, a despecho de que pudiera serlo también en su lugar de origen, los Estados Unidos, cuya política de potencia hegemónica continental desde inicios del siglo XIX era considerada por el imaginario nacionalista y emancipador cubano como el principal obstáculo al surgimiento y soberanía de la Nación.

Esta historia comienza a mediados de la década del ochenta del siglo XIX, cuando los hermanos Nemesio y Ernesto Guilló, dos jóvenes habaneros educados en un colegio de Mobile (Alabama), entraron a Cuba los primeros implementos para jugar béisbol (un bate y una pelota), y efectuaron prácticas en un terreno de El Vedado, cerca de la rada habanera. Estos muchachos, a los que pronto se unirían otros, no podían imaginar entonces que su extraño y dinámico pasatiempo estaba inaugurando una de las tradiciones más poderosas y orgánicas de la cultura nacional. Esto pudo suceder, entre otras razones, porque el novedoso juego dejaría de ser una diversión para el disfrute de las clases altas habaneras, y pasaría a engrosar los discursos, narrativas y representaciones del arsenal simbólico⁵¹ del nacionalismo criollo, exacerbado durante el último tercio del siglo XIX, lapso en el que se verifican diferentes opciones (radicales o moderadas) para acceder al Estado nacional cubano. O en otras palabras, porque se convirtió, en el proceso de su expansión y desarrollo, en uno de los mitos fundacionales de la Nación, tributando con fuerza inusitada a la formación de una cultura de integración popular.⁵²

proyecto en proceso”, que como es natural no debe verse al margen de los intereses de dominación de clases, el estado, la economía y las representaciones culturales de los diferentes grupos sociales. Cfr. Pierre Vilar: *Historia, nación y nacionalismo. Cuestión nacional y movimiento obrero. Pueblos, naciones, estados*, Hondarribia, Guipúzcoa, Ediciones Hiru, 1998.

51 Este arsenal simbólico incorpora entre sus atributos: la bandera, el escudo y el himno nacional (símbolos políticos), la Virgen de la Caridad del Cobre (símbolo religioso), el tocororo, la mariposa y la palma (símbolos naturales), el punto guajiro, el danzón y la guayabera campesina (símbolos étnicofolkloricos), etc.

52 Este proceso ha sido descrito de manera ejemplar en los trabajos de Roberto González Echevarría: *La Gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Madrid, Colibrí, 2004 y Louis A. Pérez Jr.: *Ser cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

En pocos países como Cuba un culto deportivo, en este caso el béisbol, ha servido como referente de la identidad nacional, pero está claro que esto no fue así desde un principio, y tal identidad solo tenía sentido para un grupo urbano, blanco y culto de la sociedad criolla, pues se necesitaba tiempo libre, capacidades físicas y recursos económicos para jugar pelota. Sin embargo, y a pesar de su marcado carácter elitista inicial, muy al estilo británico, no es difícil percatarse de que el béisbol, y toda la maquinaria de clubes, asociaciones y torneos que promovió fue, junto con el ideal independentista, el modernismo decadente en literatura, el surgimiento de una sociedad civil y de partidos políticos organizados, uno de los rasgos más acusados de la modernidad en la Cuba del último tercio del siglo XIX; y en este proceso modernizador, aglutinador de múltiples intereses, las capas urbanas, medias y pobres, junto a los esclavos emancipados y negros libres, fueron nuevos actores que también reclamaron su espacio en las prácticas deportivas. Es posible rastrear todas estas influencias recíprocas en numerosos testimonios, obras dramáticas y cómicas, diarios y revistas de la época, algunos exclusivamente dedicados al tema deportivo⁵³ y con gran circulación sobre todo en La Habana y Matanzas, las dos grandes urbes de Occidente y desde entonces encarnizadas rivales.⁵⁴

De hecho, la literatura fue el lugar privilegiado para expresar las ventajas del nuevo deporte y difundir su virtud y eficacia en la juventud criolla blanca, la que habría de dirigir los destinos del país en un futuro de ilustración y progreso compartido, pues muchos de estos jugadores eran a su vez miembros de los cenáculos literarios de la Acera del Louvre, gacetilleros, dramaturgos, poetas y escritores, y

53 Entre 1880 y 1890 se publicaron en la capital de la Isla numerosos semanarios dedicados al béisbol y a los deportes en general, casi siempre combinados con reseñas y artículos sobre literatura: *El Fígaro*, *El Pelotero*, *El Base Ball*, *El Habanista*, *El Almendares*, *El Sport*, *El Sportman Habanero*, *El Score*, *El Pitcher*, *La Gimnástica*, etc.

54 Como persiste una tradición que atribuye la introducción del béisbol por el puerto de Matanzas, y además cerca de la ciudad se celebró en 1867 el primer juego documentado que se conoce, en el célebre Palmar de Junco, entre un equipo local formado por estadounidenses y otro de La Habana, la rivalidad entre ambas conformó toda una mitología en la época. Cfr. José M. Cuétara Vila: *Matanzas. Notas históricas y el juego de la pelota*, Matanzas, Comisión Provincial de Activistas de Historia, 1973.

no constituye una sorpresa encontrar asociados con la pelota en sus orígenes, nombres como los de Julián del Casal, Enrique José Varona, Fray Candil, Justo de Lara, Bonifacio Byrne, Raimundo Cabrera, Ignacio Sarachaga o Wenceslao Gálvez. En este caso, dos corrientes paralelas, la francesa en literatura (El café del Louvre, la revista *El Fígaro*) y la nortea en deportes (el modelo de *sportman*, gimnasta o pelotero, con su aureola democratizadora), iban acorralando a la tradición hispánica y desarrollando su propia originalidad cultural.

Pero antes de pasar a la literatura, como vehículo de un discurso donde se entrelazan béisbol y nacionalismo, conviene detenernos un momento en ese otro aspecto decisivo de la identidad cultural cubana que es el baile, y específicamente el danzón, íntimamente asociado con el béisbol desde su surgimiento. El crítico e historiador de la pelota Roberto González Echevarría ha escrito un penetrante ensayo en el que resalta las confluencias entre literatura, baile y béisbol, y donde señala lo siguiente: “Pero el atractivo del béisbol consistía sobre todo en que aglutinaba en sus ritos dominicales otras formas de expresión, especialmente el baile [...] En Cuba [...] cada partido de béisbol culminaba con una fastuosa cena y baile, para los que se contrataban orquestas que tocaban, sobre todo danzones”.⁵⁵

Como es conocido, la célebre orquesta del mulato Raimundo Valenzuela era contratada para animar y concluir los espectáculos de béisbol, propiciando lo que González Echevarría llama “ritos prenupciales” o la manera de “encauzar el deseo erótico por vías sociales mediante un complejo rito dominical de juego y actividades anexas”.⁵⁶ Si bien resulta inquietante esta afirmación sobre las parejas de jóvenes blancos de clases medias y altas que asistían a las glorietas y a otras veladas de tipo social,⁵⁷ no es menos cierto que el danzón era un

55 Roberto González Echevarría: “Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano”, en *Crítica práctica / Práctica crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 257-258.

56 Ídem.

57 De un fastuoso baile celebrado por el club Habana cerca del hotel Trocha, en el verano de 1887 es la siguiente descripción: “La excelente orquesta de Raimundo preludió las primeras notas de una cuadrilla, y gran número de parejas, formando los alegres cuadros, comenzaron el baile (...) se jugaron diez y seis innings, propinando los bailadores al ten de Raimundo igual número de *skunks*”, *El Habanista. Semanario de Sports*, Habana, año 1, no. 10, 6 de julio de 1887, p. 2.

baile considerado “lascivo” y contrario a las “buenas costumbres” por buena parte de la *intelligentia* criolla, quienes aspiraban a un modelo de cubano culto y refinado, alejado de un ritmo con un elevado contenido erótico y de sonoridades africanas. Vale recordar aquí la polémica de los autonomistas en torno al danzón⁵⁸ y los numerosos testimonios de época que cita el historiador Jorge Ibarra en su clásico estudio sobre la formación de la cultura nacional popular. Entre estos ejemplos está el del periódico integrista *La Aurora del Yumurí*, de enero de 1883, que dice que “...los cubanos no servían sino para bailar danzones”, mientras que la prensa autonomista de *El Triunfo*, de diciembre de 1878, llama al danzón “música propia de negros y pardos matanceros”, y *El Eco de las Villas*, de julio de 1881 alcanza a execrar al danzón como “crasa ñañiguería” y “fuego que consume la flor de la inocencia”.⁵⁹ Es entonces en este contexto de hostilidad letrada hacia el que luego sería considerado en la República “baile nacional” (y en este caso su atributo de nacional compartido con el béisbol no resulta casual), que debe ser interpretada la frase de Enrique José Varona que expresa, a finales de la década del ochenta del siglo XIX que: “Nuestro progreso será cierto, indiscutible, el día que entre nosotros el buen *sportman* haya destronado al buen bailaror”.⁶⁰

La posteridad ha negado el aserto varoniano, pero he aquí que estamos ante un fenómeno de luchas culturales simbólicas, cuyo despliegue constituyó la primera afirmación del béisbol frente a

58 “En una actitud que hoy nos parecería a nosotros ridícula, el Partido Autonomista se reunió durante una semana y deliberó sobre el danzón y sobre (...) si era honesto o no era honesto, y si debía bailarse o no debía bailarse, o si debía tocarse o no debía tocarse. Y un poeta anexionista —José Fornaris— fue quien arremetió más duramente contra el danzón”, en “Historiografía y Revolución” (Mesa Redonda con Jorge Ibarra, Manuel Moreno Fraguas y Oscar Pino Santos), *Casa de las Américas*, La Habana, año IX, nos. 51-52, noviembre 1968-febrero 1969, p.103.

59 Jorge Ibarra: *Nación y cultura nacional*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 154. Ver también de S. Rojo: “Contra el danzón”, *Signos*, Santa Clara, año II, no. 3, mayo-agosto de 1971.

60 Enrique José Varona: “El base ball en La Habana”, *Revista Cubana. Periódico Mensual de Ciencias, Filosofía, Literatura y Bellas Artes*, Habana, t. VI, 1887, p. 87. Agradezco a la profesora Marial Iglesias la sugerencia de abordar este punto, complejizando la manera en que lo trata González Echevarría.

prácticas de origen hispano (como los toros) o de influencia africana criollizada (como el danzón).⁶¹ El deporte debía tener un grado de “pureza”, incluyendo la racial, por supuesto, para tributar al proyecto ilustrado de nación del liberalismo autonomista. Entonces se entiende qué hace un pensador como Varona, pontificando en discusiones sobre béisbol. Pues como se trata de un intelectual bien informado y que vive en medio de una descomunal pasión béisbolera, está tratando de hacer atractivo el juego de pelota para muchos de sus contemporáneos, con el argumento de que se trata de una diversión de mucho beneficio para la juventud cubana, necesitada de hombres fuertes y vigorosos, alejados del vicio y los deportes bárbaros españoles, capaces de integrar las élites dirigentes de una patria futura. En palabras de Varona:

El joven a quien la carrera y el manejo del bate obligan a respirar ampliamente, se siente luego sofocado en la atmósfera caliginosa de los cafés; y no hay nada que afirme la independencia de ánimo, ni que vigorice la conciencia del propio valer, como una musculatura de acero. Quien dice hombres fuertes, dice hombres libres [...] es útil a los jóvenes cubanos el Base ball; debe subsistir. Lo que importa es que le den su verdadero lugar, como diversión favorable al desarrollo físico, a la salud y al vigor mental.⁶²

Estas reflexiones eran compartidas por numerosos médicos, literatos y moralistas de la época, no solo porque “...bailar danzón, gustar de una literatura estetizante y erótica y practicar el béisbol

61 Un autor de finales del siglo XIX, Serafín Ramírez, exclamaba irritado: “Quítese al danzón la música con que se baila, sustitúyase con cualquiera de las antiguas contradanzas de Saumell, Muñoz, Estrada, Buelta y Flores, Hilarión o de otro autor, en las cuales no hallaremos esos cantos extraños que hoy parecen halagar nuestro oído, ni esa desgraciadísima imitación del fotuto, ni el ríspido sonsonete del guayo, ni el ruido atolondrador de los atabales (...) suprimáanse por fin los nombres extravagantes de muchos de ellos y los que llevan otros en lenguas desconocidas y habrá desaparecido todo lo que tiene de inconveniente o grotesco”. Citado por Argeliers León: “Notas para un panorama de la música popular”, en Radamés Giro: Selección y prólogo, *Panorama de la música popular cubana*, Letras Cubanas, La Habana, 1998, pp. 34-35.

62 Enrique José Varona: ob. cit., pp. 85 y 87.

eran todas actividades modernas y contrarias al régimen colonial”,⁶³ sino también porque se estaba deslindando entre la intelectualidad habanera, hasta dónde llegaría la práctica del béisbol, quiénes debían practicarlo y qué finalidad expresa era deseable que produjera. Tuvo lugar así una polémica sobre el béisbol en la década del ochenta del siglo XIX, que se desarrolló en múltiples escenarios, desde la plana de los periódicos y gacetillas hasta las tablas del teatro Tacón, pasando por plumas ilustres como la de Casal, y donde se escucharon numerosas voces, la mayoría favorables al juego y algunas detractoras, como la sostenida por otro político autonomista de mucho prestigio, Raimundo Cabrera, quien argumentó, por boca de un personaje de una de sus obras de teatro: “Se forman bandos, se apuesta / Y al terminar la función / Se pegan cada batazos / Que más de un chichón dejó / Es un juego muy higiénico / Según dicen... mi opinión / Es que raya en el extremo / Si ya no es un vicio atroz”.⁶⁴

Aquí creo pertinente argumentar mi punto de vista sobre esto que he llamado la polémica en torno al béisbol, su legitimidad y sus usos, en la década del ochenta, siglo XIX, época de profundos cambios en la sociedad cubana, a partir del razonamiento del sociólogo francés Pierre Bourdieu cuando dice:

La constitución de un campo de las prácticas deportivas va unida a una elaboración de una filosofía del deporte, que es una filosofía política del deporte. Como dimensión de una filosofía aristocrática, la teoría del amateurismo hace del deporte una práctica desinteresada, semejante a la actividad artística, pero más adaptada a la afirmación de las virtudes de los futuros jefes: el deporte se concibe como una escuela de valentía y de virilidad, capaz de “formar el carácter” y de inculcar la “voluntad de vencer” que define a los verdaderos jefes, pero una voluntad de vencer según las reglas: es el *fair play*, una disposición caballerosa totalmente opuesta a la búsqueda vulgar de la victoria a cualquier precio.⁶⁵

El béisbol constituyó junto a sus prácticas deportivas un campo de legitimación filosófica y política, que cubría un amplio espectro

63 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 261.

64 Raimundo Cabrera: *¡Vapor Correo!*, Habana, Imprenta El Retiro, 1888, p.44.

65 Pierre Bourdieu: “¿Cómo se puede ser deportista?”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990, p. 198.

desde el autonomismo moderado hasta posiciones más radicales, y dentro de esta racionalidad moderna y de progreso burgués el ideal amateur fue predominante en los primeros treinta años del béisbol organizado que se jugó en la Isla (solo en la década del noventa del siglo XIX se conformó un team enteramente profesional, por la firma de tabacos El Águila de Oro), con sus rituales de defensa del honor del club (duelos incluidos) y el subversivo simbolismo de las moñas y los colores de las banderas, agitadas en las glorietas por las muchachas aficionadas, pero coexistió también con otros fenómenos lucrativos como un auge generalizado y creciente de las apuestas y con no pocas riñas, peleas y disturbios en torno a la decisión de algunos campeonatos, provocados por las luchas hegemónicas entre los equipos de mayor tradición y fuerza: Habana y Almendares.

Nótese aquí como, a pesar de ser un juego foráneo y de algunos nombres exóticos dados a los equipos pioneros, como Boccaccio, Fatinitza o Lager Beer,⁶⁶ pronto los clubes de mayor reconocimiento tenían nombres muy cubanos. Las “luchas simbólicas” que protagonizaron entre ellos también conformaron una manera de expresar la retórica nacionalista, pues mientras el equipo “rojo” estaba integrado en su totalidad por cubanos liberales, simpatizantes del separatismo radical o la autonomía, el equipo “azul” era tenido por afín a los intereses metropolitanos, en virtud de su membresía aristocrática y elitista.⁶⁷ En realidad en ambos equipos coexistían hombres con ideas que cubrían todo el espectro político insular, desde el independentismo de un Emilio Sabourín hasta el autonomismo de un Wenceslao Gálvez, pero la mitología popular tendía a dividir el juego de pelota de la misma manera que se hallaban escindidas las opiniones sobre la cuestión colonial. Una obra del teatro bufo de la época nos muestra esa situación, en medio de un sainete cómico-lírico:

66 Boccaccio y Fatinitza eran nombres de óperas europeas, Lager Beer el rótulo de una firma comercial de bebidas.

67 “El ground del *Almendares*, sito en la poética barriada de Tulipán (...) se colmaba de las más distinguidas familias de la sociedad habanera cada vez que allí se efectuaba un match, y desde entonces lo que se llama el mundo elegante otorgó sus simpatías por completo a ese club, originándose de ello que se le tuviera por aristocrático”, Juan F. Prieto: “El Almendares BBC”, en *El Base Ball en Cuba y América*, Habana, Imprenta Comas y López, 1908, p. 21.

Perfecto: ¿Habanista yo? El peor insulto que se me puede dirigir a mi es decirme habanista...

Severina: Para probarte que a los almendaristas los chotea hasta una mujer, coje el bate, que no me le vas a dar a la bola.

Perfecto: Aceptado el reto, ponte en tu puesto que te voy a dar un leñazo que me voy a meter en el mismo jom.⁶⁸

En el fragmento anterior, con sus explícitas alusiones eróticas tan afines al béisbol, las metáforas del nacionalismo han sido distribuidas entre la mulata Severina, símbolo de lo cubano, como fervorosa defensora del bando colorado, mientras que el gallego Perfecto es incondicional a los azules, lo cual se enfatiza en diálogos ulteriores donde se presenta a los habanistas como ejemplo de “razón, disciplina y moralidad”, al tiempo que los de Almendares solo cuentan con el argumento de “fuerza, tranca y decencia”. Es decir, están enfrentadas la virilidad y racionalidad de los cubanos frente a la fuerza bruta y arbitraria de los integristas. Por eso, reza la obra de teatro: “Nunca ¿Almendares y Habana en paz y concordia? Jamás ¡Jamás!”.⁶⁹ Al margen de este fanatismo deportivo con ribetes políticos, también se dejaron oír voces que llamaban al equilibrio, como la del periodista y crítico José de Armas y Cárdenas (*Justo de Lara*), quien prefirió decir, sin tomar partido por uno u otro bando, pero dejando clara su posición: “Rojos y Azules. Yo soy cubano”.⁷⁰

En esta pugna finisecular, además de las alusiones, veladas o explícitas al conflicto colonia-metrópolis, es posible encontrar también una lucha por el control de los espacios públicos que surge al calor de los torneos, es decir, las glorietas y salones de baile aledaños, y era notoria la inversión de capital en el remozamiento y ampliación de los estadios para finales de la década del ochenta del siglo XIX, incluyendo el terreno del club Habana una cerca perimetral nueva, ampliación de la glorieta y construcción de un kiosco de score, mientras que el flamante Almendares Park además del diamante de béisbol, incorporaba un hipódromo y una diversión menor: “el tiro de

68 Ignacio Sarachaga y José M. Quintana: *Habana y Almendares o los efectos del Base Ball*, Imprenta La Moderna, Habana, 1892, pp. 8-9.

69 Ídem, p. 11.

70 José de Armas y Cárdenas: *Rojos y Azules. Yo soy cubano*, Habana, Imprenta de La Correspondencia, 1887.

pichón". También en este escenario se verifica lo que Bourdieu llama "el monopolio sobre la definición del cuerpo legítimo" y "del uso legítimo del cuerpo", es decir, se trata de imponer un modelo físico que ya no privilegia la fuerza bruta, sino un cuerpo sano "...que es la demanda burguesa que encuentra su satisfacción en actividades esencialmente higiénicas".⁷¹

Ya hemos visto como Varona se pronuncia sobre el particular, pero los ejemplos pueden multiplicarse, como en la opinión del médico Benjamín de Céspedes, un estudioso de los males de la prostitución, quien realiza el prólogo al primer texto sobre pelota escrito en Cuba y afirma, con evidente filiación al positivismo orgánico:

... ser fuerte físicamente es ser victorioso en la selección natural, en la concurrencia de los agentes exteriores [sic] que modifican la salud orgánica, en la filiación de las generaciones. Ser fuerte, por ende, es ser también moral ante esa suprema religión biológica que proclama la conservación, el bienestar y la perpetuidad de la especie sobre el planeta. Y por medio de los ejercicios del Base Ball, la juventud llega a ser fuerte y hasta atlética en su constitución muscular y sana orgánicamente [...] desconfiamos de la sinceridad del hombre y del moralista que a la vez que ensalza el predominio de la inteligencia sobre las demás fuerzas naturales – tan legítimas como ella en la concurrencia social – aparenta menospreciar como bagatelas los novísimos métodos de educación física y vigor corporal.⁷²

Esta opinión también la sostiene Ignacio Sarachaga cuando en su obra de teatro define al béisbol como "ejercicio higiénico y diversión decente", y todavía en los primeros años del siglo xx Justo de Lara insiste: "Ya hoy los jugadores de base ball cubanos, pueden competir con los mejores de los Estados Unidos. No olvidemos, pues, el aplauso que merecen los introductores e iniciadores del atractivo *sport* que desarrolla la fuerza y la destreza del cuerpo y acostumbra el carácter a la disciplina".⁷³

71 Pierre Bourdieu: ob. cit., p. 208.

72 Benjamín de Céspedes: "Correo Interior", en Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 10.

73 Justo de Lara (seudónimo de José de Armas y Cárdenas): "Beneficios del Base Ball", en *El Base Ball en Cuba y América*, ob. cit., p. 19.

Pero es en la obra pionera de Wenceslao Gálvez donde se encuentran sistematizadas, no sin ironía, muchas de las cuestiones que atañen a la relación entre béisbol y retórica nacionalista, con el mérito además de introducir el juego de pelota dentro de la historia de la literatura insular casi desde sus inicios. En otro lugar me he ocupado de la desigual producción intelectual de Wenceslao Gálvez y Delmonte, pero me interesa más aquí su biografía política. Como indican sus apellidos pertenecía a una tradición de literatos y hombres públicos, sobrino de José María Gálvez y Alfonso, uno de los fundadores del autonomismo, por lo que el joven *Wen* pronto se vinculó a personalidades del liberalismo moderado, disfrutando de la amistad de Raimundo Cabrera, Rafael Fernández de Castro y Rafael Montoro. Estos lazos no desaparecieron cuando emigró a Tampa durante la Guerra del 95 [1895] y frecuentó entonces la casa de Bonifacio Byrne, un gran apasionado del béisbol y con el que había sostenido diferencias en la década del ochenta del siglo XIX. Entre los miembros de su generación fue amigo de Casal, Hernández Miyares, Ignacio Sarachaga (su cuñado), Enrique Fontanills y de los miembros del *staff* de *El Fígaro*.

El libro sobre la muy reciente historia del béisbol es una sabrosa crónica autobiográfica y costumbrista, sobre los contemporáneos del autor y los clubes del Occidente insular, fundamentalmente habaneros. A pesar de ser Gálvez torpedero de Almeyda el libro está dedicado, como un guiño cómplice, a los habanistas, y comienza con esta afirmación de tático "sabor" nacionalista: "El *ground* del *Base-ball* en Cuba desaparecerá después de las vallas de gallos y del redondel de la plaza de toros", entre otras razones porque "...el *Base-ball* es un espectáculo culto y los toros un espectáculo bárbaro".⁷⁴ He dicho antes que se trata de una afirmación de "sabor" nacionalista, porque aunque el autor declare orgulloso su hispanidad, está haciendo explícita su preferencia, no solo en el orden físico, sino sobre todo moral, de un sistema de juego de origen norteamericano, pero pronto "cubanizado" en la extensión de sus prácticas y en su lenguaje (explícito en la traducción de los verbos anglosajones a los

74 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base ball en Cuba...*, ob. cit., pp. 14-15. Sobre la temática de las vallas de gallos y lides taurinas ha escrito un interesante texto el historiador Pablo Riaño San Marful titulado *Gallos y toros en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2002.

callejeros vocablos *pichar*, *quechar*, etc.), que estaba desplazando a las diversiones tradicionales españolas (toros, peleas de gallos, barajas), símbolo del atraso y el despotismo colonial para los criollos ilustrados de su generación. Este nacionalismo que se apropia del béisbol por oposición a lo español no debe perder de vista que también los cubanos “cultos” censuraban entre los espectáculos “inmorales” y “bárbaros” a deportes de origen anglosajón, como el boxeo.⁷⁵

Además, nos dice Gálvez para enfatizar sus defensa del juego de pelota, el *Base ball* es un juego inteligente, en el que hay que pensar, pues “...las jugadas son siempre distintas y cada una de ellas es lo imprevisto” y a diferencia de los toros, los obsequios a los triunfadores en el diamante, las célebres “moñas”, son recuerdos queridos “que no huelen a sangre”.⁷⁶ Casi cuatro décadas más tarde, ya en la República, el novelista Carlos Loveira realiza la misma comparación entre béisbol y toros cuando el protagonista de *Generales y doctores* recuerda un pasaje de su juventud: “Aquella tarde, además del juego de pelota, culto, moral, varonil y saludable, había corrida de toros, diversión salvaje que nunca llegó a tomar carta de naturaleza en la noble y progresista índole antillana”.⁷⁷

Quizás uno de los ejemplos más notorios de este antagonismo simbólico se produjo en la ciudad de Villa Clara en la segunda mitad de la década del ochenta del siglo XIX. El 25 de abril de 1885 había sido inaugurada una gran plaza de toros en la céntrica calle de San Juan Bautista (hoy Luis Estévez), a lo que se opusieron numerosos cubanos de la villa, quienes después de una campaña para recolectar fondos, inauguraron el 4 de diciembre de 1888 una flamante glorieta de béisbol, a la que pusieron por nombre “Boulangier Park”. Estrenado con un partido entre los dos clubes de blancos de la localidad: “Bélico” y “Villaclara”, el nuevo espacio deportivo pronto superó en popularidad y asistencia a la plaza de toros, al punto que hoy está olvidada por la memoria popular de los villaclareños.⁷⁸

75 Cfr. “El pugilato y el toreo”, en *El Pitcher. Semanario de Sports y Literatura*, Habana, año 1, no. 6, 1 de mayo de 1887, p. 2.

76 Wenceslao Gálvez y Delmonte: ob. cit., p. 17.

77 Carlos Loveira: *Generales y doctores*, Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 75.

78 Luis García González: “El deporte y la lucha contra el colonialismo español”, Santa Clara, 1995 (artículo mecanuscrito que obra en la Sala de Fondos Raros de la Biblioteca Martí de Santa Clara).

También sobre esta visión antagonica entre los juegos y deportes de origen anglosajón y español, y de las preferencias insulares por los primeros, valdría recordar la siguiente anécdota ocurrida al poeta gallego Manuel Curros Enríquez, quien luego la refiere desde una óptica colonizadora. La narración expresa como al llegar el poeta a La Habana a inicios del siglo xx y notar la popularidad del béisbol, exclamó contrariado: “Cuando un pueblo es influido por otro hasta dejarse arrebatar los juegos de la infancia y de la juventud ¿qué puede quedar de él que ya no esté dominado? [...] por eso la pérdida de la soberanía española en Cuba no data de 1898. Es muy anterior [...] He aquí porqué la popularidad del béisbol me advirtió que, sino de un modo formal, virtualmente, al desembarcar en Cuba me hallaba en tierra extranjera”.⁷⁹

Volviendo a la obra de Wenceslao Gálvez, es preciso decir que este, por sus orígenes clasistas, fue también portador de esta visión elitista y discriminatoria hacia los humildes que jugaban pelota, y en sus escritos no oculta un abierto racismo, que abarca también a los blancos pobres cuando exclama: “No digo yo que vea con gusto correr a los morenos en persecución de la esferilla, como le dicen a la pelota algunos periódicos del interior, ni aconsejo que nuestra sociedad culta asista a sus juegos, porque no son ellos sportsmen, como no lo son tampoco muchos blancos que apenas saben leer de corrido; pero bueno es que se ocupen del base ball (entre ellos solos)”.⁸⁰

Sobre el tema de integración racial y béisbol, que amerita un estudio aparte, hay que decir que ya desde los años inmediatos a la abolición de la esclavitud se conformaron clubes de negros, como los nombrados Universo, Yara, Comercio y Fraternidad. En el verano de 1887 se celebró un primer torneo entre clubes “de color”,⁸¹ pero no fue hasta 1900 que un equipo negro, el San Francisco, se incorporó al circuito de jugadores blancos. En esto influyó sobre todo la profesionalización del deporte y la posibilidad que tenían los humildes

79 M. Curros Enríquez: “Introducción”, en *El Base Ball en Cuba y América...*: ob. cit.

80 Wenceslao Gálvez: ob. cit., p.46.

81 “Por segunda vez jugaron el domingo último los clubes *Fraternidad* y *Comercio Habanero* (...) compuestos ambos por personas de color. Ganó el *Fraternidad*. Al catcher de este club le fue entregado por un niño una corona de flores naturales, obsequio de las directivas de los clubes *Almendares* y *Fe*”, *El Habanista*, ob. cit., p. 5.

de ganar dinero y ascender socialmente a partir de sus habilidades, destreza y esfuerzo físico, mientras las clases altas de la naciente república practicaron un béisbol racialmente excluyente, y en sus torneos “amateurs” nunca dieron cabida a equipos negros.

Finalmente, y antes de pasar al béisbol y sus avatares nacionalistas en el siglo xx, quisiera cerrar la polémica reseñada anteriormente con las frases elogiosas de Julián del Casal al libro de Gálvez, precisamente para destacar como hasta el paradigma de poeta enfermizo, decadente y alejado de la realidad, le reconoce al béisbol un fermento de virtud moral y espacio placentero, no exento de una peculiar estética: “El espíritu del lector se inicia en los secretos del complicado juego de pelota; conoce su origen, su desarrollo y sus consecuencias, las causas de su popularidad y se promete asistir al primer desafío”.⁸²

Con el inicio de la Guerra de Independencia, entre los años 1895 y 1898, no hubo actividades en los terrenos de béisbol, los implementos deportivos fueron cambiados por las armas de combate y muchos jugadores partieron hacia la manigua y otros a la emigración. Entre los peloteros mambises estuvieron Alfredo Arango, Leopoldo y Pedro Matos, Ricardo Cabaleiro, el estelar lanzador Carlos Maciá,⁸³ los hermanos José Dolores⁸⁴ y Manuel Amieva, Emilio Sabourín, muerto en el presidio de Ceuta y el pitcher Juan Manuel Pastoriza, quien fue ejecutado por los españoles en Guanabacoa. Mientras, en Tampa y Cayo Hueso se reeditaban las rivalidades de la Isla y se organizaban novenas que jugaban con el propósito de recaudar fondos para la independencia, como el club “Cuba”, dirigido por Enrique Henríquez y donde militaban un hijo de José Dolores Poyo y Agustín Tinti

82 Julián del Casal: “El Base Ball en Cuba”, en: *Crónicas Habaneras*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1963, p. 88.

83 Alfredo Arango y Carlos Maciá protagonizaron, el 11 de diciembre de 1898, un enfrentamiento armado con tropas españolas en la escalera principal del Hotel Inglaterra, protegiendo la vida del general Lacret. Esta era una de las anécdotas que gustaba referir Eduardo Robreño, y está recogida en su libro *Del pasado que fue*, Ediciones Unión, La Habana, 1998, pp. 13-14.

84 José Dolores Amieva, médico matancero y coronel del Ejército Libertador, hace referencia en su *Diario de campaña* a un partido de pelota donde tomó parte en 1881. Es relevante esta cita dentro de un diario dedicado a cuestiones de índole militar. Este documento se encuentra en el Archivo Histórico Provincial de Matanzas.

Molina, quien con cinco atletas más vino a Cuba en la expedición del general Emilio Núñez. Todos estos nombres, hoy olvidados, tenían todavía a inicios de la República un enorme prestigio, y su fama se equiparaba a la de los políticos. Ellos fueron de los primeros en ser exaltados, cuando se creó a finales de la década del treinta del siglo xx, el Salón de la Fama cubano, y algunos como Emilio Sabourín, máximo ganador de torneos con el club Habana, fue recordado con veneración por Juan Gualberto Gómez.⁸⁵

Los inicios de la vigésima centuria trajeron importantes cambios al interior de los equipos y en su organización, así como en la generalización de la práctica profesional y al deporte como espectáculo. Los avances tecnológicos no fueron ajenos al juego y pronto los diarios de la tarde podían dar información detallada de los partidos al instalarse teléfonos en las cabinas de los cronistas, mientras el cable traía las noticias frescas de las Grandes Ligas norteamericana. También se abandonó el estilo de juego individual, donde los jugadores solo se interesaban por sus marcas personales, ganado terreno el *team work* o juego de equipo, prevaleciendo jugadas como la plancha o toque de bola, el corrido inteligente de las bases, el *squeeze play* y otras que permitieron elevar la calidad de los equipos y partidos.⁸⁶

Pero el aspecto que marcó de manera decisiva los derroteros de la pelota profesional cubana en la primer mitad del siglo xx fueron sus relaciones con el béisbol organizado de los Estados Unidos, conexión que no debe verse al margen de la historia de dominación política y económica que se instaura con el apéndice Platt a la joven nación caribeña. De tal modo, aunque los encuentros entre equipos de béisbol cubano y estadounidenses de las Grandes Ligas se iniciaron a finales de la década del ochenta del siglo xix, cuando visitaron la Isla por primera vez equipos de las Ligas Mayores, entre ellos los famosos

85 En palabras de Juan Gualberto Gómez: "Emilio Sabourín merece el cariño de sus compatriotas. Fue no solo un entusiasta partidario de ese *sport*, regenerador del organismo humano, sino también un apasionado amante de las libertades patrias. Por defenderlas sufrió y murió (...) más que todo, me dejó el convencimiento de que había amado entrañablemente, y casi por igual, estas tres cosas: el Base Ball, su Familia y su Patria". Citado por Jorge Alfonso: "Emilio Sabourín. Inolvidable precursor", *Bohemia*, La Habana, abril de 2003, pp. 43-44.

86 Rafael Conte: "El Team Work", en Raúl Diez-Muro Barbosa, *Historia del béisbol profesional en Cuba*, La Habana, 1949, p. 52.

Gigantes de Nueva York, aprovechando el benigno invierno del trópico para jugar y entrenarse, no fue hasta la instauración republicana (1902) que se regularizaron e hicieron más frecuentes estos topes. A partir de entonces nacería una rivalidad que no ha terminado, y en la cual vencer a un equipo de béisbol de los Estados Unidos es una fiesta para el espíritu nacionalista, mientras que jugar en sus torneos es un símbolo de la capacidad y fuerza del criollo frente al anglosajón.

Ya en 1908, durante la segunda ocupación militar (1906-1909), visitó un equipo de la Liga Nacional a La Habana, los Rojos de Cincinnati, invitados por José Massaguer, propietario del periódico *El Mundo*. Los norteamericanos se enfrentaron a los equipos Almendares y Habana, el primero integrado solo por cubanos y el segundo con figuras negras norteamericanas, continuando así una antigua relación entre los jugadores no blancos a ambos lados del estrecho de la Florida.⁸⁷ El resultado de la serie fue desfavorable para los visitantes, que cayeron en siete de los once partidos celebrados, y fueron derrotados tres veces por un joven lanzador negro que había sido carpintero, clarinetista y dominaba un lanzamiento rápido y una curva pronunciada. Su nombre era José de la Caridad Méndez (1887-1928), bautizado por el popular cronista deportivo Víctor Muñoz con el sobrenombre de *El Diamante Negro*, quien, entre el 15 de noviembre y el 24 de diciembre de 1908, eslabonó una fabulosa marca de 45 escones consecutivos frente a los Rojos, el Key West y el Habana en el Nuevo Almendares Park.⁸⁸

87 Véase al respecto: Roberto González Echevarría: "Cuban", *Encuentro de la Cultura Cubana*, Madrid, 15, invierno de 1999-2000 y Lisa Brock y Otis Cuningham: "Los afroamericanos, los cubanos y el béisbol", en Rafael Hernández y John H. Coatsworth: *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos*, Centro Juan Marinello-Universidad de Harvard, La Habana, 2001.

88 Méndez jugó en las Ligas Negras de Estados Unidos entre 1908 y 1926, y se desempeñó como lanzador, jugador de cuadro y jardinero. Militó en los equipos Cuban Stars, All Cuban, All Nations, Los Angeles White Sox, Chicago American Giants, Detroit Stars y Kansas City Monarchs, conjunto este al que dirigió entre 1920 y 1926. En la temporada de invierno cubana ganó 75 juegos y perdió 27, para un excelente promedio de 735, en catorce años. Ver: Severo Nieto Fernández: *José Méndez. El Diamante Negro*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2004.

En 1909, los miembros del equipo campeón de la Liga Americana, los Tigres de Detroit, viajaron a La Habana sin sus estrellas Sam Crawford y Ty Cobb y fueron derrotados por los equipos locales, integrados por negros y mulatos, en ocho de doce juegos celebrados, provocando el malestar de los defensores de la teoría racista de la superioridad blanca y la barrera del color para preservar la calidad de los partidos. Al año siguiente regresaron al desquite con su ídolo Ty Cobb, quien decidió un juego con dos sencillos y un jonrón, pero después fue frenado por *El Diamante Negro*, contra el que recibió ponche y en un raptó de impotencia ofendió con insultos racistas al receptor cubano Gervasio Strike González, alegando que este había tocado el bate con su mascota. En venganza, Cobb trató de humillar al lanzador cubano robándose el home, pero a pesar de su entrada violenta contra el receptor, Strike no soltó la pelota y el “melocotón de Georgia” fue el último out del partido.⁸⁹

De igual modo, las series siguientes contra novenas norteamericanas fueron ganadas por equipos cubanos liderados por Méndez y Eustaquio (*Bombín*) Pedroso, autor este último de un cero hit al Detroit el 11 de noviembre de 1909, y a quienes el manager de los Gigantes de Nueva York, John McGraw confesó querer en su equipo “si fueran blancos”.⁹⁰ El entusiasmo despertado por estos triunfos es simultáneo con la aparición de nuevas obras generales de historia del béisbol,⁹¹ que se agotaron rápidamente, mientras la Casa Spalding de Nueva York editaba anualmente una versión en español de su afamada *Guía de Béisbol*, bajo el cuidado del cubano Víctor Muñoz. Por su parte, el poeta Nicolás Guillén, contemporáneo en su infancia de estos sucesos, plasmaría en verso la trascendencia de estos triunfos cuando escribió: “Niño jugué al béisbol / Amé a Rubén Darío, es cierto / con sus violentas rosas / sobre todas las cosas / el fue mi rey,

89 Ídem, p. 28.

90 Michael M. y Mary A. Oleksak: *Béisbol. Latinoamericanos en las Grandes Ligas*, EDAMEX, S. A., México D. F., 1995, p. 39.

91 Raúl Diez-Muro Barbosa: *El base ball en La Habana, Matanzas y Cárdenas. Resumen de los campeonatos celebrados por nuestros clubs de profesionales, desde 1878 a 1907*, Prólogo del señor Rafael Conte, Imprenta La Prueba, La Habana, 1907. (2da. edición en 1908) y Ramón S. de Mendoza y otros: *El Base Ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, La Habana, 1908.

mi sol /pero allá en la más alto de mi sueño /un sitio puro y verde guardé siempre /para Méndez, el pitcher, mi otro dueño”.⁹²

Fue en los inicios de la tercera década del siglo xx, en la antesala de una grave crisis económica y política, que tuvo lugar la mayor hazaña de un jugador cubano de béisbol en un partido frente a un equipo integrante de las Ligas Mayores. La protagonizó el jardinero Cristóbal Torriente, del club Almendares, contra los Gigantes de Nueva York de George (*Babe*) Ruth, el 6 de noviembre de 1920. Torriente encabezó la victoria azul, 11 por 4, con sus tres jonrones y un doble frente al propio Ruth (el *Bambino*, como también se le conocía) que actuó como lanzador, y quien solo pudo conectar uno de sus descomunales batazos, a pesar de que el Bambino cobraba dos mil dólares por encuentro y venía de establecer una nueva marca de cuadrangulares en su país (54 jonrones, en 1920).⁹³

El resultado de aquella serie, jugada entre octubre y noviembre de 1920 fue desfavorable a los clubes cubanos de Habana y Almendares por cinco victorias frente a nueve fracasos con tres empates, pero al margen del resultado adverso, la memoria popular guardaría la frase que publicó el cronista deportivo de *El Heraldo de Cuba*: “Torriente le robó el show al Babe”, mientras que el jonronero neoyorkino reflejaba su impotencia en un comentario despectivo y racista: “El Babe Ruth cubano es negro como una tonelada y media de carbón en un fogón oscuro”.⁹⁴

Está claro que al calor de estas victorias contra equipos de gran calidad, en medio de una difícil situación económica y de la dependencia política dejada por sucesivas intervenciones y amenazas, el béisbol fuera un territorio ideal para que el nacionalismo cubano expresara su desafío al coloso norteamericano. En estas circunstancias el intelectual conservador José Sixto de Sola, a la sazón primer presidente de la Liga de Béisbol Amateur de Cuba, escribió un artículo para la revista *Cuba Contemporánea*, donde reforzaba el papel del deporte como factor “patriótico y sociológico” y destacaba las biografías de las

92 Nicolás Guillén: “Deportes”, *Obra poética*, Letras Cubanas, La Habana, 2002, t. II, p. 12.

93 Sobre los encuentros entre los Gigantes de Nueva York y los equipos Almendares y Habana en el invierno de 1920 ver Julio Manuel (*Yuyo*) Ruiz, *Visita del Bambino a Cuba*, 1920. (Edición del autor, sin más datos).

94 *Ibidem*.

glorias deportivas de la Isla. Aunque este texto no trata el béisbol en profundidad si le concede un espacio en tanto promueve un estado de bienestar colectivo y aleja a las masas de prácticas “embrutecedoras” como el juego de gallos, legalizado entonces por el presidente liberal José Miguel Gómez (1909-1913). Según la visión un tanto idealizada de Sola, en los juegos de pelota “...todo es buen humor, espíritu deportivo, nadie allí se acuerda si es liberal o conservador, si es pobre o rico...”, aunque lo más inquietante de su reflexión se dirige a la manera en que el deporte contribuye “a consolidar y fortalecer el sentimiento nacional” y es en este sentido que apunta:

¿Qué cubano que haya asistido a un juego de *Base Ball* entre el Almendares [...] y alguna de las grandes novenas norteamericanas de primer orden que nos han visitado en estos últimos años, no se ha sentido ligado a nuestros jugadores y al resto del público por un vínculo poderoso?

Espectáculo hermoso y fecundo en sentimientos útiles a Cuba, es uno de esos juegos. Una multitud de diez, doce o catorce mil almas, esperando, anhelante, subyugada, un triunfo cubano; y después de lograda la victoria sensacional, esa misma multitud, de pie y aclamando a los jugadores con frenético vocerío, derramándose después a torrentes por la ciudad, llevando la alegría a todos los ámbitos de la misma, alegría que de la ciudad pasa al resto de la Isla, convirtiéndose en unánime desde Maisí a San Antonio. ¿Qué es lo que produce entusiasmo tan intenso, tan delirante, tan unánime? Ah! Es el sentimiento nacional. Todos son cubanos y se sienten cubanos.⁹⁵

Menos optimista que Sola en cuanto al significado de los deportes para el pueblo cubano, el literato Jorge Mañach ironiza hacia 1930 acerca de la trilogía conformada por la pelota, la bolita y “la bola”, esas “tres redondeces” que conforman “un pequeño esquema de nuestra sicología y acaso de nuestra patología colectiva [...] tres formas de lidia, de aspiración, de pequeña esperanza en que consume

95 José Sixto de Sola: “El deporte como factor patriótico y sociológico. Las grandes figuras deportivas de Cuba”, en *Cuba Contemporánea*, Habana, junio de 1914, año II, t. V, no. 2, p. 128.

nuestro pueblo su tedio y su inocencia".⁹⁶ En opinión del intelectual estudioso del choteo "...acaso el deporte mismo no haya logrado todavía ser entre nosotros la inversión de sana vitalidad que es en otros países, sino más bien una manera desesperada de apasionarse y disipar las fatigas de una vida demasiado simple y trabajada, escasa como ninguna en oportunidades de despliegue enérgico, de expansión de la voluntad".⁹⁷

Sin embargo, a pesar de esta visión desalentadora de Mañach con relación a la función social de los deportes en Cuba, el desarrollo y prestigio alcanzado por la pelota cubana propició que un puñado de jugadores criollos pudiera llegar a las Ligas Mayores en las primeras décadas del siglo xx, como es el caso de Rafael Almeida y Armando Marsans, quienes firmaron para los Rojos de Cincinnati. Este último jugó también para el equipo Almendares y fue premiado en La Habana como el mejor pelotero cubano en 1912 con 200 dólares, después de batear 317. Les siguió y logró triunfar en la pelota organizada el receptor Miguel Ángel González, llamado *Pan de Flauta* y *Canillitas* en Cuba y *Mike* en los Estados Unidos, quien jugó durante 17 años con los Bravos de Boston, los Rojos de Cincinnati, los Cardenales de San Luis, los Gigantes de Nueva York y los Cachorros de Chicago, y bateó para .253, siendo después de su retiro entrenador de los Cardenales durante 14 años y ganador en 1946 de la Serie Mundial. Eran estos los "semidioses" de que hablara, no sin cierta reserva por su enorme popularidad, el narrador y diplomático José Antonio Ramos,⁹⁸ tal como lo habían sido en el siglo xix para Bonifacio Byrne, cuando: "Un saludo de un player era considerado como un honor altísimo, como una distinción suprema [...] y en todas partes hallaba un sitio de preferencia, desde el cual exhibíanse como si fueran mortales dotados de una influencia sobrenatural".⁹⁹

Quizás el jugador que mejor encarna el mito nacionalista asociado al béisbol en las tres primeras décadas del béisbol en siglo xx cuba-

96 Jorge Mañach: "Defensa de la Bola", en *Pasado Vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939, p. 63.

97 *Ibidem*.

98 José Antonio Ramos: *Humberto Fabra (novela)*, Letras Cubanas, La Habana, 1984. (1908).

99 Bonifacio Byrne: "El Base Ball en Matanzas", en *El Base Ball en Cuba y América...*: ob. cit., p. 64.

no fue Adolfo Luque (1890-1957), llamado *El Orgullo de La Habana* en los Estados Unidos y *Papá Montero* por los fanáticos cubanos, en alusión a su carácter irascible y amante de las peleas de gallos. Era, además de un pitcher excepcional, un arquetipo del criollo de a pie, bullanguero, guapo y amigo del baile y de las fiestas.¹⁰⁰ Este modelo “típico” y un poco folklórico no solo funcionó a nivel de la recepción de su imagen en la Isla, sino sobre todo en los Estados Unidos, donde a pesar de ser Luque de piel blanca era considerado “latino”. En realidad se trataba de un lanzador muy temperamental y su desempeño tuvo altibajos, aunque jugó en la Liga Nacional Americana durante veinte años, período en el que obtuvo 194 triunfos y ponchó a 1130 bateadores rivales, con récord de 93 victorias y 62 derrotas en la liga invernal cubana. Se cuenta que en el momento más brillante de su carrera (27 triunfos con los Rojos de Cincinnati, segundos en la Liga Nacional de 1923) los aficionados cubanos obsequiaron a Papá Montero con un desfile por las calles de la capital y un automóvil situado en el home del Almendares Park, y este, al percibir al legendario Méndez, pobre y enfermo de tuberculosis entre los asistentes, le dijo “...tú debías recibir este auto. Eres mejor pitcher que yo. Y este desfile debió ser para ti”.¹⁰¹

Esta anécdota, que suaviza un poco la figura irascible de Luque y nos la muestra como un hombre sensible y hasta simpático, tuvo su complemento emocional con un danzón que se bailaba en La Habana, original de Armando Valdés Torres, cuyo título engrosaría el relato del éxito deportivo del lanzador: “¡Arriba Luque!”.¹⁰² Tiempo después nos dirá el crítico Cintio Vitier que la poesía de los años veinte del siglo xx, más que en los versos de los poetas, “...brillaba en el estilo cubanísimo de pelear y de triunfar de Kid Chocolate, en la pálida

100 “Papá Montero” era un músico ñañigo de Sagua la Grande, “canalla” y “rumbero”, inmortalizado en la cultura cubana por la letra de una rumba de Eliseo Grenet, un poema de Nicolás Guillén y una novela de Alejo Carpentier.

101 Michael M. y Mary A. Oleksak: ob. cit.

102 Nótese aquí la fusión, una vez más, entre béisbol y danzón, superada ya la hostilidad decimonónica. Debo el dato de esta curiosidad de la música cubana al coleccionista privado Rolando Sánchez, quien posee la mayor colección de publicaciones y objetos relacionados con la pelota de toda la Isla.

figura silenciosa de José Raúl Capablanca, en los ojos arrugados por el sol de Adolfo Luque".¹⁰³

A Luque lo vio jugar Pablo de la Torre Brau en el Polo Ground de Nueva York, y aplaudió al pitcher cubano ganador en las Grandes Ligas, poniendo a un lado incluso sus afinidades políticas,¹⁰⁴ mientras que Alejo Carpentier recordaría: "Luego llegó una novena de Pittsburg a dar exhibiciones en La Habana. Luego, fue el triunfo de Adolfo Luque: "Pero, ¿es un científico, es un poeta, es un filósofo, para que lo reciban así?", preguntaba mi padre, a un limpiabotas de la Acera del Louvre. «Mire señor», le respondió el aludido: «Usted no entiende nada de la *cultura de la pelota...*»".¹⁰⁵

Esta cultura de la pelota, arraigada en la conciencia y el imaginario cubano, sigue tributando a más de cien años del comienzo del béisbol en Cuba, a los más diversos referentes de identidad y fervor nacionalista. Ya sea frente a la dominación española en el siglo XIX o en contra de la hegemonía norteamericana en el siglo XX, la pelota ha sido asidero de alegrías y angustias, rebeliones y retos, afirmación y sentido de lo propio. Sus universos de significado se multiplican en polémicas y discusiones, que abren a su vez espacios de sociabilidad, disputa o consentimiento. Quizás suceda, como decía un gran conocedor del tema, Eladio Secades, que: "El *Base Ball* tiene la culpa de que no acabe de cumplirse la sentencia de que Cuba es el país del choteo. Lo sería si no tomáramos el béisbol tan en serio".¹⁰⁶

La Habana, enero de 2004

103 Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, Letras Cubanas, La Habana, 1970, p. 372.

104 Pablo de la Torre Brau: *Cartas cruzadas*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 85.

105 Alejo Carpentier: "Deporte es cultura", *Conferencias*, Letras Cubanas, La Habana, 1987, p. 281.

106 Eladio Secades: "El cubano y el Base Ball", en Víctor Muñoz: *Base Ball. Fundamentos, técnica, estrategia*, Editorial Martí, La Habana, 1947, p. 5.

ROJOS Y AZULES

Para Marial Iglesias y Ricardo Quiza

Rojos y Azules: yo soy cubano.

JUSTO DE LARA

A inicios de la década del cincuenta del siglo xx entraron al Salón de la Fama de la pelota cubana cinco nuevos miembros, tal como era costumbre desde hacía tres lustros, cuando la entonces Dirección General Nacional de Deportes, en claro gesto nacionalista, decidió honrar la memoria de los más grandes jugadores de la historia del béisbol en la Isla. En esta ocasión, al lado de nombres tan familiares y famosos como el de Martín Dihigo, elegido en vida, aparecían propuestos otros menos conocidos o probablemente ya olvidados por los seguidores del pasatiempo nacional, como en los casos del out fielder almendarista Alfredo Arango o el pitcher del club Habana José María Teuma, ambos peloteros de fama y renombre durante el último tercio del siglo xix. Para el lanzador habanista, su elección al salón de la fama criollo podría interpretarse como una reparación histórica, no exenta de cierta ironía, pues a diferencia de otros beisbolistas contemporáneos suyos como los hermanos Zaldo, Wenceslao Gálvez o Perfecto Lacoste, que se convirtieron en figuras importantes de la política y los negocios de la naciente República, el lanzador y receptor Teuma terminó sus días como rector de un tren funerario, oficio que dicen realizaba con la misma inteligencia y honradez de sus mejores años en el box.¹⁰⁷

107 Ramón S. de Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El Base Ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, Habana, 1908, pp. 43-44.

Es preciso decir que un final humilde para un otrora gran jugador no era un destino original, pues el pionero Nemesio Guilló trabajó como tenedor de libros y el célebre Antonio María García, considerado por muchos el mejor jugador de su época, acabó como un simple árbitro, impartiendo justicia detrás del home donde tantas veces se ganó el aplauso con la fuerza de sus batazos. Pero el caso de Teuma tenía una singularidad, aunque quizás pocas personas recordarían entonces la tarde del 27 de marzo de 1887 en que el señor José María Teuma, herido en su amor propio de jugador, decidió retar a duelo a la directiva de su club, los poderosos rojos del Habana, al ser suspendido de su posición como lanzador después de perder un juego en el octavo inning contra el único equipo que no se podía dar aquel lujo: Almendares.

Los dirigentes habanistas estimaron que la derrota, cuando apenas faltaban tres outs, se debió al cansancio del lanzador o a su “temperamento demasiado nervioso”, y tomaron la drástica medida de entregar la posición de Teuma a quien consideraban su legítimo propietario: Adolfo Luján, por lo demás el primer “curveador” de la pelota cubana y cuya fama de jugador “pirata” corría pareja con la de su capacidad como lanzador.¹⁰⁸ Para completar la humillación sufrida por Teuma, los directivos del club decidieron que el duelo no era pertinente, pues se había actuado de acuerdo con los reglamentos de la corporación.¹⁰⁹

Esta anécdota, cuyo estilo de época no disminuye su dramatismo, pues el ofendido Teuma no supo mantenerse dentro del fair play, es decir “la manera de jugar el juego de aquellos que no se dejan llevar por el juego al punto de olvidar que es un juego, de aquellos que saben mantener la distancia respecto del papel”,¹¹⁰ nos pone ante uno de los temas más apasionantes de la historia de los deportes en Cuba,

108 Aunque no hay dudas de que se trataba de un estelar lanzador, algunos pensaban que era más por su inteligencia que por su dominio del pitcheo. En apoyo de la teoría de que fue nuestro primer “curveador” puede verse: Raúl Diez-Muro Barbosa: *Historia del base ball profesional en Cuba*, Habana, [s./e.], 1949, p. 48.

109 *Memoria leída por su autor D. Alberto Coya, secretario del Habana BBC, en la Junta General celebrada por dicha sociedad el día 18 de agosto de 1887, con objeto de dar cuenta de los actos llevados a cabo por la directiva, durante el año que termina en dicha fecha*, Lit. e Imp. La Habanera, Habana, 1887, p. 7.

110 Pierre Bourdieu: “¿Cómo se puede ser deportista?”, ob. cit., p. 196.

específicamente en los orígenes del béisbol, y es lo relacionado con el funcionamiento de sus primeros equipos organizados, las características del juego en su etapa “romántica”, o como la ha llamado el crítico Roberto González Echevarría, la *Belle Epoque* de la pelota en Cuba, y sus conexiones con los sistemas simbólicos, rituales de poder y surgimiento de nuevos espacios de sociabilidad dentro de la sociedad cubana de finales de siglo.

Hemos escogido para ejemplificar lo anterior, la poderosa rivalidad existente entre el Habana Base Ball club y su homólogo Almendares, la cual puede incluso ser interpretada como el reflejo de una violencia contenida a otros niveles de la sociedad cubana de posguerra. El primero de estos equipos fue creado en 1868, integrado por cubanos blancos de clase media y alta, afines en su mayoría al imaginario nacionalista en sus variantes moderada o radical, identificados por el color rojo y cuyo símbolo era la fiera del león. Con sus terrenos para jugar béisbol, ubicados en una zona cercana al mar en el boscoso Vedado, la sociedad habanista fue uno de los primeros clubes conformados en la Isla, y entre sus fundadores y miembros estuvieron jugadores muy destacados de la época, como los hermanos Nemesio y Ernesto Guilló, introductores del juego en el país; Esteban Bellán, quien había jugado en los Estados Unidos y era muy hábil, Beltrán Senarén, Roberto Lawton, Ricardo Mora y el llamado “patriarca” de la pelota cubana del siglo XIX: Emilio Sabourín,

De hecho, el club Habana inaugura la mitología insular del deporte de las bolas y strikes, al ser uno de los protagonistas de uno de los primeros juegos de que se tiene noticia histórica en la Isla, enfrentando al equipo de Matanzas la tarde del domingo 27 de diciembre de 1874, en plena Guerra Grande. En este partido la victoria de los rojos fue aplastante, iniciando así una tradición ganadora que los llevaría a obtener la mayoría de los campeonatos disputados en Cuba desde 1878 hasta los primeros años de la República, aunque no siempre estas victorias se lograran en el terreno de juego ni respetando las reglas establecidas, como veremos más adelante.

Un análisis de lo sucedido en aquel partido nos revela algunas características del juego en sus orígenes, así como del funcionamiento de los equipos en esta etapa inicial. Una de las cuestiones de mayor interés radica en la manera de hacer los lanzamientos del pitcher de Matanzas, considerada ilegal por sus contrarios, por lo que fue sometida la cuestión a decisión del árbitro. Este consideró que el matancero

debía *to pitch* en lugar de *to throw the ball*, pero los directivos del club argumentaron que era el único lanzador disponible y por tanto seguiría en el *box*. Ante esta irregularidad, los habanistas ordenaron a su lanzador, Ricardo Mora, que hiciera lo mismo que su contrario, y esta singular táctica los favoreció enormemente, por la velocidad y fuerza de Mora, lo que unido a las habilidades técnicas del receptor Esteban Bellán, anuló casi totalmente la ofensiva matancera, que solo logró anotar 9 carreras por 51 sus rivales.¹¹¹

Como es conocido, en los orígenes del béisbol el pitcheo era una labor de gran esfuerzo físico, pues el lanzador debía “satisfacer” al bateador con el envío que este le solicitara, y además la base por bolas se obtenía luego de nueve lanzamientos malos, lo que después se redujo a siete y por último a cuatro. Lo anterior explica el cansancio de los lanzadores en los partidos y que recurrieran a maneras no autorizadas de lanzar, agravando la situación la escasez de serpenteros en los equipos. Todo ello hacía el juego extraordinariamente ofensivo, de lo que dan fe los tres jonrones de Bellán en aquel partido, el jonrón de Mora, con 7 carreras anotadas y las 8 veces que Emilio Sabourín pisó el home del Palmar de Junco. Aún así hubo verdaderas hazañas de pitcheo, como las protagonizadas por el estelar lanzador de Almendares Carlos Maciá en 1885, cuando le propinó 15 ponches al equipo Carmelitas y 17 al año siguiente a un pickeden de Fé y Habana, pero no pasaban de ser un consuelo efímero frente a box scores muy abultados, como el juego de 38 a 0 ganado por los orgullosos azules al débil Carmelitas en 1887.¹¹²

Otros asuntos curiosos en aquel juego “fundacional” están relacionados con la deficiente preparación del terreno, lo que dificultó la labor del umpire, a pesar de lo cual los jugadores le concedieron “un voto de gracia por la solicitud y buen deseo de que dio pruebas”, razón explicable en función del hecho de que los árbitros impartieron justicia gratuitamente hasta 1889, en que comenzaron a cobrar 15 pesos en la liga invernal y 10 pesos en los torneos de verano. También

111 Tomamos la descripción del partido hecha por Enrique Fontanills para el diario *El Artista*, con fecha 31 de diciembre de 1874, de su reproducción en el libro citado de Gálvez, pp. 38-39. También puede verse en la obra de Mendoza, Herrero y Calcines.

112 Severo Nieto y Gabino Delgado: *Béisbol cubano (récords y estadísticas). 1878-1955*, Editorial Lex, La Habana, 1955.

sabemos que asistió una gran concurrencia, atraída por la novedad del juego, que llamó la atención la sencillez y funcionalidad de los trajes habaneros, en particular a la afluencia femenina que solía ser elevada, y que se tuvo que suspender el duelo a las 5:35 minutos de aquella tarde invernal, pues la oscuridad impedía continuar.

Había comenzado ya una pasión béisbolera creciente por toda la Isla, que involucraría a más de doscientos equipos de la mayoría de las provincias, pueblos y ciudades, integrados por blancos, mestizos y negros, y en el caso de estos últimos, a pesar del racismo imperante pudieron organizar sus propios clubes después de la abolición y utilizar al béisbol como un mecanismo eficaz para aumentar su autoestima personal y ascender en la escala social, gracias a las habilidades demostradas en el popular juego. Pero aún así la mayoría de los jugadores hasta finales del siglo XIX¹¹³ fueron cubanos blancos de clases medias y altas, quienes disponían del capital económico y cultural necesarios, además del tiempo libre suficiente para practicar y participar en los encuentros, amén de haber sido algunos de ellos educados en los Estados Unidos, donde se familiarizaron con el juego y sus requerimientos técnicos, como era notorio en los casos de los hermanos Guilló y de Esteban Bellán.

El club Habana había logrado consolidarse durante la década del ochenta del siglo XIX como el equipo más importante de la Isla, atrayendo a los mejores jugadores y estableciendo un control real sobre la institución rectora de la actividad béisbolera, la Liga General de Base Ball de la Isla de Cuba. El presidente de esta sociedad, Alfredo Maruri, era miembro vocal de la junta habanista, su secretario, Alberto Coya, lo era también dentro del Habana BBC y su órgano de difusión, *El Pitcher*, era al mismo tiempo el periódico de los habanistas.

La supremacía del club rojo era disputada mayormente por un encarnizado adversario, el equipo Almendares, que escogió como su sede un terreno cercano a la Quinta de los Molinos, accesible por la Calzada de Carlos III, y cuyos organizadores y simpatizantes provenían de la aristocracia local, adoptando como su color simbólico el azul, emblema de poder y abolengo. La rivalidad entre ambos

113 En 1887 se celebró el primer campeonato entre equipos integrados por negros, pero solo en 1900 un equipo de aquel circuito, el San Francisco se incorporó al torneo profesional de los blancos.

clubes se convirtió en parte de la mitología popular de la capital, cantándose coplas a favor de uno u otro bando, como aquella que rezaba su fe almendarista con motivos galantes: “Por ser del color del cielo / y por no ser de los rojos / por ser azules los ojos / de Josefina y Consuelo”,¹¹⁴ al tiempo que un testigo de la época ironizaba con el hecho de que hubo almendaristas que jamás usaron una corbata roja... Y viceversa. Por otro lado, sería ingenuo no sospechar que esta competencia escondía también diferencias en el plano político insular (dos de los más importantes jugadores de Almendares: Antonio Alzola y Leonardo Ovies eran españoles), y es posible rastrear estas diferencias en la literatura del momento, señaladamente en las obras del teatro bufo, muy populares en la época.¹¹⁵

Aun cuando Almendares logró tener en su nómina a excelentes jugadores, como el lanzador Carlos Maciá, los hermanos Zaldo, Alfredo Arango, Ramón Hernández, Aquiles Martínez, Ignacio García y Francisco Delabats considerado “el más temible y temido *batsman* de *low ball*”, un integrante de este club, Wenceslao Gálvez, estimaba que era el Habana “...el verdadero club. Todo está perfectamente organizado. Tiene terreno propio y los jugadores gozan de muchas comodidades, como guardarropía, duchas...”, y quizás por ello le dedicó a sus rivales el primer libro escrito sobre béisbol en Cuba.¹¹⁶

Además de rojos y azules existían decenas de pequeños y efímeros conjuntos, destacándose entre ellos un tercer club en La Habana de 1880, llamado Fé BBC y que tenía su sede en los terrenos de Jesús del Monte. Este equipo fue muy inestable, cambiando incluso su denominación original por el de Alerta y muchos de sus jugadores solían pasarse a los equipos rivales, preferentemente al Habana. A pesar de esto, los del Fé le jugaban muy bien a los habanistas, a los que lograron derrotar varias veces y arrebatárles la hegemonía que detentaban como campeones de la Isla, proclamándose vencedores en 1888 por primera vez. Sin embargo, era notorio el hecho de que los del Vedado no concedían mucha importancia a sus derrotas frente

114 Manuel S. Pichardo: “Manifiesto. Al país pelotero”, *El Fígaro*, mayo de 1887.

115 Ignacio Sarachaga y José M. de Quintana: *Habana y Almendares o los efectos del Base Ball*, Imprenta La Moderna, Habana, 1892, p. 11. La obra se estrenó en 1889.

116 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El base ball en Cuba...*, ob. cit.

al Fé, “si después vencían al Almendares”, sucediendo en la práctica que los mismos equipos se ganaban unos a otros en el siguiente orden: Almendares derrotaba a Fé, estos a su vez ganaban a los rojos y finalmente los habanistas se desquitaban venciendo a los azules. Un *ritornello* democrático en el que todos triunfaban alguna vez, pero que al final terminaba poniendo las cosas en su lugar, debían pensar los seguidores del Habana.

Los primeros torneos celebrados para elegir el campeón de Cuba fueron bastante irregulares en sus calendarios y en la propia definición de los campeonatos. Había terminado la Guerra de los Diez Años y se vivía una tensa calma, interrumpida por nuevos estallidos, como el conocido por Guerra Chiquita (1879-1880), al tiempo que se tenían noticias del desembarco de expediciones aisladas por varios puntos costeros. La esclavitud tenía sus días contados, la industria azucarera se concentraba y el autonomismo ganaba apreciables espacios en la sociedad civil. En este convulso escenario, el Habana dirigido por Emilio Sabourín fue el gran contrincante a derrotar durante 17 años, desde 1878 hasta 1895 en que empezó de nuevo la guerra, período en que sumó 8 títulos, por 2 sus antagonistas de Fé (1888 y 1891) y 1 el Almendares (1894). Durante los años de 1880, 1881, 1883 y 1884 no se celebraron campeonatos y en 1882 los dos finalistas, Habana y Fé, no terminaron la serie.

Tenían tanta importancia estos torneos para sus organizadores, que todavía un lustro después, en 1887, la nueva directiva del club Habana compuesta por Leopoldo Sola (presidente), Ignacio Díaz Rico (vicepresidente), Luis Someillán (tesorero) y Nemesio Guilló (secretario), acordó como el primer acto de aquella junta “...la protesta levantada y publicada, en contra de cualquier resolución que dictase la Liga de 2do premio, en el asunto relativo al *Championship* de 1882, por creer que no era posible dictar resolución justa, después de cuatro años, en un asunto en el que no podía oírse a personas que en él tomaron parte muy activa”.¹¹⁷

La filosofía ganadora de este club, y el hecho de pretender alcanzar siempre el lugar de mayor prestigio a cualquier precio, puede ser interpretada quizás como parte de una concepción mucho más amplia, donde están presentes los intereses de sus miembros, no ya solo como jugadores que se divierten, sino como representantes de un

117 *Memoria...*, ob. cit., p. 4.

poder alternativo y desafiante al poder real de la Colonia, simbolizado en sus aristocráticos rivales del Cerro. Por eso la maquinaria de juego debía funcionar como un verdadero ejército que se prepara para una batalla. En el orden de la disciplina de los peloteros la severidad era notoria, estableciendo que el equipo jugara siempre completo y en casos de una ausencia, como en la del repentino cambio de Teuma por Luján, al encontrarse este último fuera de la ciudad, la decisión tomada fue "...que aun a costa de algún sacrificio se hiciese venir al referido Sr. Luján a ocupar su posición en el Club; acordando asimismo la directiva imponerse el sacrificio que fuese necesario a la consecución de ese fin".¹¹⁸

Hasta el mismo Emilio Sabourín, quien presentó excusas para no participar en los juegos de la temporada, fue conminado a que retirara su negativa. El 7 de marzo de 1887, después de perder el primer desafío frente a Almendares, dos jugadores fueron multados "...por haber asistido a un baile en vísperas de un juego"¹¹⁹ y esto provocó una fuerte discusión entre los directivos, que llevó a la renuncia de su presidente, Leopoldo Sola. Restablecida la paz, y sustituyendo a Sola el señor Francisco Tiant, la política trazada fue de no perder otro partido con los azules, y sobrevino entonces el incidente con Teuma, que caldeó los ánimos hasta el borde de un duelo en el campo del honor.

En otro sentido, detrás de estos esfuerzos disciplinarios y de orden interno en el equipo, funcionaba también una maquinaria económica que compensaba los forcejeos represivos con gratificaciones a sus miembros de 50 pesos en los desafíos en que las sumas percibidas por el club no fuesen por lo menos de 250 pesos y, en casos de sobrepasar esa cifra, hasta 20 % de todo lo recaudado. También era necesario mejorar la imagen del espacio público donde los habanistas hacían gala de su poder, y por eso lograron concluir en apenas 15 días, previo a comenzar el torneo de 1886-1887, la rehabilitación de su diamante, con cercas en todo el perímetro, un nuevo tramo de graderías y la ampliación de su glorieta. Esta obra estaba presupuestada en 3000 pesos oro, de los cuales solo se pudo reunir, por préstamos y donaciones la cifra de 2500, pero el poderío económico de sus miembros se hizo sentir cuando el señor Tiant, futuro presi-

118 Ídem, p. 7.

119 Ídem, p. 6.

dente de la sociedad, consignó para su club un préstamo de 1000 pesos a 1,5 % de interés. Para tener una idea del capital con que contaba el club Habana en este momento, después de descontar sus deudas por diversos conceptos de su capital activo, todavía tenía a su favor 10 361 pesos y 86 centavos.¹²⁰

Queda claro también que el empeño habanista por remozar y modernizar su glorieta de béisbol, y ponerla al nivel de sus triunfos, es otro elemento de su guerra simbólica contra Almendares, que ya contaba desde 1882 con un nuevo terreno, el cual incluía, además del diamante de béisbol, un hipódromo y un tiro de pichón, inaugurados, según narra un testigo de la época: "...con un suntuoso baile al que asistió lo que más brillaba y valía en La Habana".¹²¹

A continuación del *affaire* Teuma, la dirección habanista se empeñó en que el campeonato de 1886-1887 no podía ser disfrutado por sus eternos oponentes, que ya les llevaban ventaja, y trazó una nueva estrategia de aliento a sus jugadores, convocándolos a un suculento almuerzo y "...entregándoles diplomas conmemorativos del buen desempeño de sus respectivas posiciones",¹²² lo que sin duda hizo "reaccionar" a los miembros y prometer solemnemente entregar a su equipo el ansiado trofeo. Los hechos que se sucedieron demuestran hasta qué punto estaban dispuestos a hacerlo, dentro o fuera del terreno.

Hay que decir que el equipo azul, eterno aspirante al título, había realizado hasta ese momento un gran campeonato, venciendo dos veces al Fé los días 23 de enero y 27 de febrero, en ambas ocasiones sin permitir carreras, y al Carmelitas le habían dado una paliza de 38 carreras, con 32 hits, cuatro dobles, tres triples y un jonrón. Pero al margen de esta brillante actuación, que hacía peligrar la victoria habanista, estaba el antecedente de la victoria almendarista en la Liga de Segundo Premio, celebrada en el verano de 1886, donde había alcanzado una victoria sensacional sobre los rojos en extra innings,

120 Además de los señalados, la sociedad tenía otros gastos por concepto de las cuotas que debía abonar a la Liga de Béisbol para optar por el título, seguros contra incendios, arrendamiento de terrenos, sueldos de los empleados del club y mantenimiento de sus instalaciones, que incluían el terreno, la glorieta, el kiosko del score y las nuevas ampliaciones.

121 J. F. Prieto: "El Almendares BBC", en Ramón S. de Mendoza...: ob. cit., p. 21.

122 *Memoria...*: ob. cit., p. 8.

dejándolos al campo y obteniendo el premio del tabloide deportivo *El sport*.¹²³ Por último, si lo anterior no fuera suficiente para echar leña al fuego de la exacerbada controversia entre rojos y azules, estaba la propia figura de Adolfo Luján como titular en el montículo del Habana, pérdida que lamentaron mucho los azules.

Según la versión habanista, la derrota de sus rivales comenzó a tejerse cuando desconocieron una decisión arbitral en el juego del 1.º de mayo, expulsándolo de su puesto y cancelando el partido, que se encontraba en ese momento favorable a los rojos. Un nuevo enfrentamiento el día 29 dio la victoria a los del Vedado y propició el empate en la serie, que debía terminarse con un partido extra. Pero nuevos problemas surgieron al negarse los almendaristas a dividir en partes iguales el producto de las entradas y quedar los ingresos de las mismas a sorteo, que también favoreció al club rojo.

A pesar de estas irregularidades y del ambiente enrarecido por discusiones y desacuerdos, todo estaba listo para el último juego, a celebrarse el 12 de junio, cuando sucedió algo que nadie podía imaginar. Llegó a manos de los directivos habanistas una carta de Almendares, el día 11 a las tres de la tarde, negándose a jugar sino era en privado, argumentando cuestiones de seguridad, a consecuencia de "...las manifestaciones tumultuarias de una parte del público"¹²⁴ en el último partido celebrado. Quizás fuera cierta la aprensión de los azules en aquel torneo lleno de sorpresas, pero también es verdad que las riñas y peleas eran bastante frecuentes en muchos de aquellos desafíos finiseculares, donde las apuestas formaban parte del espectáculo y se reunían individuos de todas las capas sociales, los que solían discutir con inusual pasión y fanatismo.¹²⁵

Lo cierto es que la oportunidad que necesitaban los habanistas para humillar a sus oponentes les fue "regalada" con aquella inesperada misiva, y no fue desaprovechada; negaron la petición azul pues, a su juicio, "...daba a comprender claramente los pocos deseos del club

123 J. F Prieto: ob. cit., p. 23.

124 *Ibidem*.

125 Una descripción del ambiente de los partidos señala: "[...] la gente se entusiasmaba, palmoteaba, daba gritos, discutía fogosamente. En las gradas de sol comenzaba ya el mal de las apuestas, que más tarde ha corrompido al *Base Ball*, alejando de él al elemento femenino, que es el que más enaltece y alegra todo espectáculo público". Carlos Loveira: *Generales y doctores*, Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 76.

Almendares de encontrarse nuevamente con el Habana¹²⁶ y proclamaron el juego como forfeited a su favor. Es decir, despojaron a los almendaristas de la posibilidad legal de acceder a disputar el trofeo de campeones. La narración de este insólito final de temporada, en voz del secretario del club, no deja lugar a dudas sobre la resonancia de aquel lauro, obtenido a tan bajo costo, en las huestes coloradas: “No era posible Señores, que la directiva de este club pudiera contener el entusiasmo por tan glorioso triunfo (...). De aquí surgieron las brillantes fiestas que este club llevó a cabo en celebración del *Championship* de 1886 a 1887; fiestas en que se manifestó espléndida la unión de todos los habanistas y el inmenso entusiasmo que en todos y cada uno de ellos despiertan las glorias imperecederas del valeroso Club Habana al cual se honran en pertenecer”.¹²⁷

Por supuesto que los almendaristas no se quedaron tranquilos y arremetieron con duras críticas contra sus enemigos, hablando de “irritantes imposiciones” y de que los simpatizantes del Habana “llegaron al colmo en sus manifestaciones de intransigencia” pero sus quejas no fueron tomadas en cuenta, atribuyéndolas al despecho y el dolor, “hijos del sufrimiento que origina una decepción”, y cuyas ofensas “no podían en nada lastimar la honra ni el nombre incólume del *Champion* del 87, del siempre victorioso Club Habana”.¹²⁸ Por último, el puntillazo vino en la pregunta irónica de Alberto Coya: “¿Qué importancia puede tener, señores, después de los hechos narrados, los que le sucedieron? Ninguna”.¹²⁹ Era como proclamar que después de vencer a los azules podía sobrevenir el mismísimo diluvio.

El club Habana disfrutó su conquista en grande, y todavía se permitió ese año facilitar a otros equipos que entrenaran y jugaran en sus remozados terrenos y que optaran por el premio Pelotero Habanista, proporcionándole además ganancias con dinero extra y el capital simbólico derivado de dar juegos de beneficencia, como los celebrados con el club Matanzas y a favor del señor Antonio Zambrana. ¿Qué más se podía pedir? Eran poderosos, tenían prestigio y se sabían los mejores, mientras las muchachas habaneras en flor les regalaban moñas rojas con música de danzones al fondo.

126 *Memoria...*, ob. cit., p. 9.

127 *Ibidem*.

128 *Ibidem*.

129 *Ídem*, p. 10.

Sus eternos rivales de Almendares, derrotados y burlados, “y a fin de evitar conflictos de gravísima consecuencia”, acordaron la disolución del club,¹³⁰ con todo y que habían sido el equipo más bateador ese año, superando ampliamente al Habana en los departamentos de carreras y extra bases. Pero esta desaparición de la sociedad deportiva fue breve, tan solo, para tragar en silencio su desventura, y volvieron a la carga en 1889 con Oscar Conill al frente, quien se las arregló para reforzar su equipo contratando a jugadores habanistas como Moisés Quintero, Rafael Hernández y Miguel Prats. Finalmente, cuatro años más tarde pudieron saborear las mieles del triunfo al conquistar su primer campeonato dirigidos por Ramón Gutiérrez.

Sin embargo, resulta interesante constatar que poco tiempo después, en el escenario bélico de la lucha anticolonial, muchos de aquellos jugadores, que tan ardorosamente habían defendido los colores de sus respectivos clubes, marcharon al exilio o al campo de batalla. Entonces las banderas rojas y azules abandonaron momentáneamente su antigua rivalidad, y los implementos de la guerra simbólica en el terreno, guantes, bates y pelotas, fueron trocados por las armas y caballos del Ejército Libertador. Esa zona secreta de la cultura cubana que comenzaba a ser el béisbol, por encima de cualquier intolerancia o fanatismo, demostró en la práctica su condición excepcional de agente aglutinador de un imaginario y una voluntad nacionalista.

La Habana, julio de 2003

130 J. F. Prieto: ob. cit., p. 22.

HIGIENE, SOCIEDAD Y BÉISBOL EN LA HABANA DEL SIGLO XIX

Para Adrián López Denis

La ciencia [...] enseña al hombre físico que hay un conjunto de reglas, que constituyen la higiene, y lo ponen a salvo de terribles dolencias; enseña al hombre social, que hay una higiene superior que se llama la moral, que garantiza a las sociedades contra males más destructores que la peste.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

El 1.º de junio de 1879, la *Gaceta Médica de La Habana*¹³¹ publicó un texto del médico epidemiólogo Carlos Juan Finlay titulado “Utilidad de los ejercicios corporales en los climas cálidos y su conveniencia para fomentar el desarrollo físico de nuestra juventud”.¹³² En este artículo, el futuro descubridor del agente transmisor de la fiebre amarilla respondía a un editorial de otra revista dedicada a divulgar asuntos relacionados con la medicina, higiene pública, historia de la medicina y las ciencias físicas y químicas en

131 “Con un comité de redacción integrado de inicio por los doctores Agustín W. Reyes, Vicente Benito Valdés, María Riva, Enrique Núñez, J. Babé y Luis Montané, se dio a conocer, el 1.º de noviembre de 1878, la *Gaceta Médica de La Habana*, una revista que, con igual título que la que circuló entre enero y octubre de 1854 bajo la dirección del doctor Ramón Zambrana, salía los días primeros de cada mes con un promedio de 16 páginas por número. A partir de octubre de 1879, se incorporaron a ella como redactores los doctores Juan M. Espada y M. Bango y, en 1880, se le fusionó la *Propaganda Científica*”. Ver: José Antonio López Espinosa: “Las revistas médicas cubanas en la séptima década del siglo XIX”, en *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 27, no. 1, La Habana, enero-junio de 2001. Versión *On-Line*.

132 Carlos Juan Finlay: “Utilidad de los ejercicios corporales en los climas cálidos y su conveniencia para fomentar el desarrollo físico de nuestra juventud”, *Gaceta Médica de La Habana*, año 1, no. 8, 1.º de junio de 1879, pp. 116-117.

general, denominada *Propaganda científica*.¹³³ En esta última, con fecha 30 de abril, se censuraba “...amargamente los ejercicios corporales, y en particular el juego de pelotas conocido como base ball, que tanto entusiasmo ha despertado en nuestra juventud habanera”.¹³⁴

En realidad, la polémica sobre la pertinencia de las prácticas deportivas tenía un origen anterior, y se remontaba a un informe de Finlay sobre una “Memoria Climatológica” publicada en los *Anales de la Real Academia de Ciencias de La Habana*, en 1875, donde el científico sostenía los siguientes criterios:

Con una alimentación adecuada, una vida arreglada y activa, baños fríos que estimulen la producción de calórico en el organismo, y ejercicios corporales que aseguren la completa oxidación del carbono y la consiguiente absorción más copiosa del oxígeno, se comprende que el criollo y el aclimatado, cuyos aparatos secretorios y funciones refrigerantes hayan adquirido la debida desenvoltura, podrán asemejarse bajo muchos conceptos al habitante de los climas fríos y templados.

Y enfatizaba:

Mas lo que en esas regiones es una necesidad del organismo, en los trópicos no lo es; antes al contrario, para someterse a ese género de vida vigorizante, hay que vencer la natural repugnancia de aquel que experimentando ya un calor excesivo, contempla la perspectiva de pasar, aunque sea momentáneamente, por una temperatura más elevada aún. Esta repugnancia desaparece con el hábito: más los que carecen de iniciativa para afrontarla, que desgraciadamente son muchos de los habitantes de este clima, bajo otros conceptos tan favorecido, encuentran en ella

133 “El 30 de septiembre de 1878, surgió en La Habana el primero de los dos volúmenes de esta revista, de frecuencia quincenal, concebida por los doctores Juan M. Espada, José Clairac, Eugenio Cuesta y José Delgado Carabot para diseminar los conocimientos médicos, biológicos, físico-químicos y naturales. (...) Esta publicación apenas logró alcanzar el año de vida, la cual terminó con la entrega del 15 de septiembre de 1879. Su primer volumen sumó 112 páginas, mientras que el segundo llegó a 405”. Ver: José Antonio López Espinosa: “Las revistas médicas cubanas en la séptima década del siglo XIX”, ob. cit.

134 Carlos J. Finlay: “Utilidad de los ejercicios corporales...”, ob. cit.

el origen de la indolencia y de la apatía que el autor consigna entre las modificaciones producidas por los climas tropicales.¹³⁵

De lo anterior se desprendía, junto al discurso del determinismo climático, que establecía diferencias fisiológicas entre los habitantes de las zonas templadas y los de las tórridas, una clara preferencia de Finlay por los ejercicios físicos como fuente de salud del cuerpo e incluso regenerador moral, pues podía constituir un antídoto eficaz contra lo que denomina “indolencia y apatía” propias de los pueblos tropicales. Cuatro años después, su razonamiento seguía siendo idéntico, y como testimonio de la validez de sus tesis argumentaba:

En prueba de que el ejercicio corporal, aun en los días de calor, al sol y a la intemperie, lejos de ser perjudicial, favorece el desarrollo físico y robustece al habitante de estos climas, solo haré observar que los hombres más sanos, más robustos y más activos entre nosotros, son nuestros guajiros, los trabajadores del campo, los cargadores del muelle, los carretoneros, etc. Y por lo contrario, los tipos menos desarrollados se encuentran en los talleres de industrias sedentarias, que privan a sus operarios del ejercicio muscular tan necesario en este clima.¹³⁶

Ciertamente, es evidente en el médico una cierta idealización de la vida natural en el campo, más acorde con la visión pastoril del romanticismo que con la apología de la vida urbana que introdujo poco después el ademán modernista (recuérdense los versos de Julián del Casal: *Tengo el impuro amor de las ciudades / y a este sol que ilumina las edades / prefiero yo del gas las claridades. / A mis sentidos lánguidos arroba / mas que el olor de un bosque de caoba / el ambiente enfermizo de una alcoba...*). Sin embargo, y a pesar de que el béisbol es un deporte cuya estética pertenece por completo al apogeo modernista, en Finlay su ponderación tiene que ver, tanto con el elemento de la fuerza física como con el ingrediente de moralidad y disciplina social que sus prácticas introducirían en las jóvenes generaciones de cubanos. En su opinión eran infundados los temores de quienes observaban en los jugadores de pelota a personas fuera de toda moderación, y cita en su auxilio el ejemplo del cricket en las Antillas Británicas, “juego

135 *Anales de la Real Academia de Ciencias de La Habana*, t. XII, 1875, pp. 77-78.

136 Carlos Juan Finlay: “Utilidad de los ejercicios corporales...”, ob. cit.

de pelota más violento aún que el base ball” y cuyos practicantes, tanto nativos como europeos, “lejos de debilitarse con esos ejercicios creen robustecerse”.¹³⁷ En resumen, decía el sabio cubano:

...aconsejaré a nuestra juventud que siga practicando ejercicios corporales al aire libre, y principalmente aquellos en que a la par de robustez física, puedan adquirir hábitos de disciplina moral, agilidad y destreza en sus movimientos, y serenidad de ánimo en presencia de los peligros eventuales que tienen todos los ejercicios de esa especie, y como el complemento inevitable de toda educación varonil.¹³⁸

La *Propaganda científica* volvió a polemizar con Finlay en un artículo del 15 de junio de 1879, en que sostenía los mismos criterios de su anterior entrega en lo relativo al juego de pelota, es decir, que por ser importado de países fríos (los Estados Unidos) era impropio y peligroso en los climas cálidos: “Ni la habitual temperatura de este país ni el grado de robustez física de la generalidad de nuestros jóvenes están en relación con el rudo trabajo y la constante actividad que este juego reclama”.¹³⁹ No se pronunciaba de la misma manera en lo relativo a otros deportes como la gimnasia o la esgrima, pero la respuesta del epidemiólogo trató de ser conciliadora, y con ella puso fin a la discusión académica:

Hoy puede decirse que hemos llegado a un común acuerdo toda vez que unos y otros convenimos en que los ejercicios corporales son útiles siempre que se les sujete a los preceptos de la Higiene, cuya intervención aquí como en todo lo que atañe a la salud nadie ha pretendido excluir y que, por otra parte, la ilustre Redacción a quien replicamos parece reconocer la utilidad en Cuba del patín y del base ball, con tal que se practiquen en un lugar espacioso, y en horas más convenientes que las de doce a tres de la tarde.¹⁴⁰

137 Ídem.

138 Ídem.

139 Citado por Finlay en “Utilidad de los ejercicios corporales en los climas cálidos y su conveniencia para fomentar el desarrollo físico de nuestra juventud (II)”, *Gaceta Médica de La Habana*, año 1, no. 8, 1.º de junio de 1879, pp. 135-137.

140 Ídem.

Cuando el sabio cubano se refiere a los “preceptos de la Higiene”, debemos recordar que está manejando toda una doctrina social que se originó en los círculos médicos de Europa a finales del siglo XVII y alcanzó gran difusión en América a todo lo largo del siglo XIX. La base de este cuerpo de ideas introducía el criterio de que “los aspectos sociales causantes y derivados de la enfermedad debían ser considerados como parte fundamental e inseparable de la misma”.¹⁴¹

De tal modo: “...al estudio de los aspectos meramente patológicos de la enfermedad, a los avances científicos, el higienismo incorporó, en su vertiente social, una componente ética y moral intervencionista, fuertemente impregnada de un carácter burgués, basada en la prevención o profilaxis, a partir de una escala de valores que implicaba un determinado comportamiento personal y social, acorde con el optimismo racionalista y con el idealismo romántico implícitos en la doctrina higiénica”.¹⁴²

Casi una década más tarde, en 1887, el pensador y político Enrique José Varona retomó el tópico de la pertinencia de los ejercicios físicos, y en particular el béisbol, como parte de la formación de las jóvenes generaciones de cubanos. Este aprendizaje debía incluir una doble función: de fortalecimiento de los cuerpos y de estímulo a la creación de una moral como forma superior a la higiene clínica. En palabras del autor de los *Estudios literarios y filosóficos*:

El joven a quien la carrera y el manejo del bate obligan a respirar ampliamente, se siente luego sofocado en la atmósfera caliginosa de los cafés; y no hay nada que afirme la independencia de ánimo, ni que vigorice la conciencia del propio valer, como una musculatura de acero. Quien dice hombres fuertes, dice hombres libres [...] es útil a los jóvenes cubanos el base ball; debe subsistir. Lo que importa es que le den su verdadero lugar, como diversión favorable al desarrollo físico, a la salud y al vigor mental.¹⁴³

141 Rafael Alcaide González: “La higiene de la prostitución en Barcelona: una aproximación a los contenidos médico-sociales del higienismo en España durante el siglo XIX”; se puede consultar este texto en formato electrónico, en <<http://www.ub.es/geocrit/texelec.htm>>.

142 Ídem.

143 Enrique José Varona: “El base ball en La Habana”, *Revista Cubana. Periódico Mensual de Ciencias, Filosofía, Literatura y Bellas Artes*, Habana, 1887, t. VI, pp. 85 y 87.

Y concluía Varona con esta exhortación, en que se advierte un prejuicio compartido por parte de la *intelligentia* criolla respecto al danzón y otros bailes populares de origen africano: “Nuestro progreso será cierto, indiscutible, el día que entre nosotros el buen *sportman* haya destronado al buen bailaror”.¹⁴⁴

Los alegatos de Varona en pro del béisbol encontraron eco en la cercana ciudad de Matanzas, al igual que en la capital, una poderosa plaza deportiva, y desde las páginas de *El Álbum* fueron saludados por su director, el novelista Nicolás Heredia, quien firmaba con el seudónimo de *César de Hinolia*:

Yo no sé si el director de la Revista Cubana sabe donde le aprieta el zapato, lo que si puedo agregar es que sabe donde le aprietan las ideas. Dígolo recordando las observaciones acerca del base ball en La Habana, que, sin quitar ni poner una letra ni una tilde, le vienen de perilla al base ball en las demás poblaciones de la Isla. Porque al referirse a este asunto palpitante, denuncia el Sr. Varona un defecto inherente a nuestra raza, la cual toma dicho pasatiempo como un fin, cuando no es otra cosa que un medio adecuado para el perfeccionamiento físico del hombre. Lo que importa ante todo es robustecer la juventud con ejercicios saludables y viriles y hacer de un individuo raquíptico y enclenque un individuo sano y vigoroso.¹⁴⁵

Sus argumentos, por otro lado, también recordaban los esgrimidos por Finlay tiempo atrás:

No hay duda de que la base ball se presta admirablemente al caso, en cuanto exige un movimiento constante de brazos y de piernas y en cuanto dilata los pulmones y pone los músculos en un estado de febril actividad. Todo lo cual es conveniente y plausible en esta tierra, donde siempre han estado preteridos los ejercicios corporales que tan legítimo entusiasmo despertaban entre antiguos griegos, convirtiéndolos en el pueblo mas ilustre de la clásica antigüedad, y que tan sazonados frutos producen hoy en los Estados Unidos e Inglaterra, países en que el sport

144 Ídem, p. 87.

145 *César de Hinolia* (seudónimo de Nicolás Heredia): “Club de Regatas”, *El Álbum. Semanario ilustrado*, Matanzas, año 1, no. 13, 4 de septiembre de 1887, p. 98.

ha hecho del organismo humano un molde doblemente digno del espíritu.¹⁴⁶

En opinión de Heredia, no era solo el béisbol el que debía prevalecer como promotor de la higiene y el placer de los aficionados, sino que las prácticas deportivas de los cubanos debían extenderse a otras disciplinas, entre las que cita a los deportes náuticos, ejercicios cinegéticos, carreras de caballos y también de velocípedos. En una ciudad con un litoral privilegiado como Matanzas, las regatas debían ocupar un lugar destacado, por ser un "...ejercicio tan higiénico, tan saludable y divertido como el *Base Ball*, que no por esto dejaría de conservar el sitio preferente por él conquistado dentro de las cultas aficiones de nuestra generosa juventud".¹⁴⁷

Hasta aquí hemos visto las opiniones de un médico (Finlay), un pensador (Varona) y un escritor (Nicolás Heredia) sobre el tema de los beneficios que para la salud corporal y la moral ciudadana traería la difusión de las prácticas béisboleras. Por ello no es de extrañar que un pelotero devenido literato, Wenceslao Gálvez, autor de la primera historia del béisbol cubano,¹⁴⁸ le solicitara el prólogo para su libro a otro médico, Benjamín de Céspedes. Quien a su vez había publicado un año antes (en 1888) un polémico libro sobre la prostitución femenina y masculina en La Habana, cuyo presentador fue nada menos que el filósofo antes citado, es decir, Enrique José Varona. Y para cerrar el círculo medicina / béisbol / literatura, un poeta, Julián del Casal, escribió un elogioso comentario para la prensa del libro de Gálvez.¹⁴⁹

Céspedes había sido director de la *Revista de Ciencias Médicas* (su primer número data del 15 de octubre de 1886, con salidas quincenales los días 15 y 30 de cada mes, hasta la entrega del 30 de octubre de 1887),¹⁵⁰ era uno de los miembros más connotados de la Acera del Louvre y compartía con Manuel Serafín Pichardo, Ramón Catalá,

146 Ídem.

147 Ídem.

148 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, ob. cit.

149 Julián del Casal: "El Base Ball en Cuba", *La Discusión*, Habana, 28 de noviembre de 1889. Reproducido en *Crónicas Habaneras*, Dirección de Publicaciones, Universidad Central de Las Villas, 1963, pp. 87-89.

150 José Antonio López Espinosa: "Revistas médicas cubanas que comenzaron a circular entre 1886 y 1890", en *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 28, no. 3, La Habana, septiembre-diciembre de 2002. Versión *On-Line*.

Federico Villoch, Antonio Escobar y otros las tertulias del célebre “Nihil Club” que, presidido por Julián del Casal, tenía como lema: “Se prohíbe hablar bien de nadie”.¹⁵¹ Estos mismos personajes, junto a la dirección de la revista *El Fígaro*, le ofrecieron al joven médico un homenaje en la célebre “Bodega de Alonso”, situada en Prado y Neptuno, lugar predilecto del bajo mundo habanero, con motivo del éxito de su citada obra sobre la prostitución.¹⁵²

Pero detengámonos en las opiniones de Céspedes sobre el sentido del juego de pelota para la salud corporal y social de los habitantes de Cuba:

Y no es que reconozca yo como nimio pasatiempo infantil el juego de Base Ball en Cuba. Entiendo por el contrario que entre nosotros tiene dos significaciones importantísimas: la una, por la ventaja en sí del florecimiento que en el seno de nuestra juventud proporciona el cultivo de un género de *Sport* que más que otro alguno desarrolla y vigoriza físicamente; y en otro sentido no menos importante, porque estas diversiones son escuelas públicas de unión y de poderoso estímulo donde en reñidos concursos de maña y agilidad, se enseña á aplaudir estas nobles cualidades del cuerpo, que tan gallardamente se exhiben en el dilatado campo, por jóvenes y robustos contendientes que a la vista de apasionados bandos de espectadores se disputan noblemente la victoria.¹⁵³

Notemos, en el fragmento anterior, cómo el higienista traslada la importancia del béisbol, de sus aspectos somáticos a aquellos que ofrecen la oportunidad de ejercitar el espíritu de reunión social y de sana competencia a través de los clubes, lugares que el cubano podía explotar como símbolos de identidad y pertenencia. A continuación concede a la pelota el mismo carácter expansivo y democrático de las fiestas populares, al tiempo que realza su papel como nivelador de las clases sociales “...algo así como un pintoresco ensayo de democracia en sus formas más amables y sencillas, que no es zafia

151 Gustavo Robreño: *La acera del Louvre. Novela histórica*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., Habana, 1925, pp. 107-108.

152 Ídem, p. 120.

153 Benjamín de Céspedes: “Correo interior”, en: Wenceslao Gálvez y del Monte, ob. cit., pp. 7-8.

ni desconsiderada, porque encaja sin forcejeos en la especial índole bullanguera, apasionada y muy dada lances imprevistos, del juego de pelota".¹⁵⁴

Sin embargo, aun considerando al béisbol como un modelo ideal de sociedad democrática, sana físicamente y sin conflictos clasistas, en la década del ochenta del siglo XIX se hicieron frecuentes en los desafíos de pelota disturbios, discusiones y peleas que llevaron a las élites ilustradas defensoras de este deporte a clamar por la moderación y buen juicio de los fanáticos, que amenazaban con hacer degenerar el sano espectáculo deportivo en campo de luchas rivales y apuestas. En este sentido, Céspedes establece una comparación entre la violencia deportiva y los males de la prostitución, como desarreglos del cuerpo social, y propone que "...por lo menos deberían encubrirse tan violentas manifestaciones con un lijero [sic] esmalte de cultura, porque estas fiestas públicas son en lo reveladoras, como la cruda iluminación del día que así denuncia las arrugas y afeites de las matronas decadentes, como los vicios y la barbarie de nuestras costumbres que no son por cierto ni muy adelantadas ni menos relevantes".¹⁵⁵

Finalmente, el médico recomienda que "...es preciso que el gusto y la afición por el base ball cunda no solo como un interés profesional, sino como ejercicio higiénico, fomentando privada y públicamente asociaciones béisboleras, rígidamente disciplinadas para las públicas contiendas y otras que privadamente no tengan más objeto que popularizar un *sport* saludable".¹⁵⁶ Desde luego, tal "popularización" actuaría de modo directo como "regenerador moral" de las clases más humildes, pues:

El Base ball en Cuba, al reconocer generosamente que en su seno pueden ingresar individuos de todas las procedencias y condiciones, que tan solo se distinguen por sus especiales aptitudes para la práctica y ejercicio del juego; ha salvado de la miseria, del abandono, de la ignorancia y quizás hasta del deshonor a muchos de esos, que si antes fueron pilluelos alegres, hoy son jóvenes considerados en sociedad á quienes

154 Ídem, p. 8.

155 Ibídem.

156 Ibídem.

con sin igual complacencia se les ha facilitado el acceso en las universidades y otros centros de instrucción.¹⁵⁷

Quizás el mejor ejemplo de estas reflexiones de Céspedes sobre el béisbol como mecanismo de ascenso social para las personas de pocos recursos, lo sea el del galeno Juan Antiga y Escobar, quien pudo estudiar medicina gracias al dinero que le proporcionaba Emilio Sabourín, y además ayudar económicamente a su madre y seis hermanos. Antiga jugó para el club Habana en las temporadas de 1890-1891 y 1891-1892 y defendió brillantemente su tesis en medicina en 1893. Sin embargo, nada igual podría decirse de los peloteros de la raza negra, quienes tendrían que esperar a la llegada del béisbol profesional para alcanzar espacios de relieve en la escala social.

El racismo “deportivo” de estos intelectuales blancos que tanto defendían las prácticas béisboleras, es evidente en el siguiente comentario de Wenceslao Gálvez:

Los jóvenes que huelen á opoponax á todas horas del día y cuidan sus vestidos para que no ofrezcan la arruga más insignificante, censuran esta evolución de la raza de color que trueca el *mecongo* y la *escoba amarga* por el *bat*. No digo yo que vea con gusto correr a los morenos en persecución de la *esferilla*, como le dicen a la pelota algunos periódicos del interior, ni aconsejo que nuestra sociedad culta asista a sus juegos, porque no son ellos *sportsmens*, como no lo son tampoco muchos blancos que apenas saben leer de corrido; pero bueno es que se ocupen del *baseball* (entre ellos solos) si no han de celebrar sus triunfos en el *skeiting*, ni en el cuarto del *fambá*.¹⁵⁸

Los argumentos siguientes de Céspedes a favor de las prácticas del juego de pelota acuden a las tesis más conspicuas del arsenal darwinista aplicado a la sociedad. Primero instituye una dicotomía entre el refinamiento de la cultura y la excelencia del cuerpo físico, estableciendo que esto último “...es cumplimentar un mandato que dentro del orden de la naturaleza significa el perfeccionamiento del ser humano en la progresiva serie viviente”.¹⁵⁹

157 Ídem, p. 9.

158 Wenceslao Gálvez y Delmonte: ob. cit., p. 46.

159 Benjamín de Céspedes: “Correo interior”, ob. cit., p. 10.

A continuación despliega en toda su extensión las tesis del positivismo orgánico: “Ser fuerte físicamente es ser victorioso en la selección natural, en la concurrencia de los agentes exteriores [sic] que modifican la salud orgánica, en la filiación de las generaciones. Ser fuerte, por ende, es ser también moral ante esa suprema religión biológica que proclama la conservación, el bienestar y la perpetuidad de la especie sobre el planeta. Y por medio de los ejercicios del Base Ball, la juventud llega a ser fuerte y hasta atlética en su constitución muscular y sana orgánicamente”.¹⁶⁰

Frente las posiciones de una vida hedonista y lánguida, entregada a los placeres y la voluptuosidad corporal, Céspedes reivindica una existencia activa y dinámica, favorecedora de la imagen física, de la resistencia anatómica e incluso del vigor sexual: “Yo he visto a muchos hombres serios sonreírse despreciativamente con sus labios finos y exangües, arrugar el prematuro juego de arrugas del ceño, y arquear sus hombros de esqueleto, cuando de la utilidad de estos juegos de *Sport* se les ha hablado, y luego con mucha seriedad me han consultado sus achaques enfermizos, sus tristes decepciones de varón en el matrimonio y los no menos horribles de su prole enteca devorada por todas las diátesis de la decadencia vital”.¹⁶¹

Otro tópico de interés en este discurso higienista lo constituye el elemento de la enseñanza de la educación física en las escuelas, para prevenir en el futuro el crecimiento de hombres débiles y naturalmente inadaptados al desarrollo de la civilización. El capital humano de la nación no podía ser dilapidado en sus orígenes escolares, y por el contrario debía realizarse “en amplios estadios inundados de sol, al aire libre” donde “corretea rojo y sudoroso, la carne estremecida y palpitante por el esfuerzo logrado, alegre y contento, el muchacho pelotero siempre saludable y robusto, muy viril y muy hombre porque es muy fuerte, delatando como gallarda promesa al atleta endurecido contra todos los rigores de la existencia”.¹⁶²

En opinión de Céspedes, como antes en la de Finlay, los huesos débiles, los cuerpos cansados y los pulmones “flácidos y perezosos” predisponían a enfermedades como la tisis; mientras que las prác-

160 Ibídem.

161 Ibídem.

162 Ídem, p. 11.

ticas béisboleras lograban cuerpos sanos y ágiles, pechos “anchos y robustos” y hasta “la animación en el semblante que adquiere cierta expresión de audacia y de confianza en si mismo”.¹⁶³ Es decir, incluso moralmente se vería beneficiado el individuo que abandonara el ocio y la molicie, y se entregara deseoso a los nuevos placeres del ejercicio y la carrera. Sin embargo, queda claro cual es la prioridad en este caso: “Cultivemos antes la carne que el espíritu, el desarrollo corporal por medio del Base Ball antes que el desenvolvimiento síquico, si queremos que florezcan esas maravillosas facultades del entendimiento en sazón y para sus fines racionales”.¹⁶⁴

Por último, el deporte implica también un componente de sacrificio y estoicismo, pues “...el vigor corporal nos advierte instintivamente a no malgastar la vitalidad con los deprimentes abusos del vicio y a saber despreciar la vida estoicamente por el honor, el deber y la patria”.¹⁶⁵ Lo que en Finlay había sido esencialmente una preocupación por las prácticas corporales desde el punto de vista de la etiología y la fisiología, en Céspedes alcanzan el corolario de lo social e incluso devienen en el motor de sentimientos como el deber, el honor o el amor al suelo patrio.

No era Cuba todavía un país con un desarrollo del capitalismo industrial, como el que hizo surgir en Europa la preocupación por la fatiga y el cansancio físico de las grandes masas proletarias, y estableció discursos sobre la higiene en función de argumentos de utilidad económica y gastos de energía. Sin embargo, ya los médicos, higienistas e intelectuales de la Isla postulaban la importancia de los ejercicios físicos como el medio de formar a una juventud de las élites, sana, fuerte, audaz y patriótica, capaz de conducir los futuros destinos de la Nación. En este sentido, admitían que el complejo de salud, ejercicios y educación deberían marchar juntos.

El factor político tampoco estaba ausente en esta “beneficiosa” relación, pues el proyecto de los autonomistas de alcanzar una sociedad equilibrada y evolutiva, por oposición al acechante fantasma de la revolución social y política, puede resumirse en el texto de una obra de teatro muy popular en esta época: “...lo mismo es el Habana que

163 Ibídem.

164 Ibídem.

165 Ibídem.

el Almendares, cada uno en su terreno son dos formidables clubs, y sobre todo, compuestos de nuestra juventud, entre los que debe haber una sola mira: El base ball como ejercicio higiénico y diversión decente. Cómo jóvenes, al estudio, y azules y colorados bajo la bandera de la paz y la concordia hacerse dignos de propios y extraños".¹⁶⁶

La Habana, julio de 2005

166 Ignacio Sarachaga y José M. de Quintana: *Habana y Almendares, o los efectos del béisbol*, Imprenta La Moderna, La Habana, 1892, p. 10.

CARLOS MACIÁ O LA SIMPATÍA

Para Carlos Reig Romero

Y desde luego hablaré de Carlos Maciá que es, según dicen, el Aquiles de la pelota...

El Álbum, Matanzas, octubre 8 de 1887.

Y tiene "la acera" una fuerza, una gran fuerza, la fuerza de algo que vale más que las armas, más que el talento, más que el dinero, más que la palabra, más que el saber: tiene la fuerza dominadora e incontrastable de la SIMPATÍA.

El Día, La Habana, octubre 7 de 1912.

Una de las anécdotas que componen el libro *La acera del Louvre. Novela histórica* (1925), obra del gran costumbrista Gustavo Robreño, narra el que fuera quizás el último "combate" de la Guerra del 95. El hecho se produjo el 11 de diciembre de 1898, un día después de firmado el Tratado de París, y tuvo como escenario el emblemático hotel Inglaterra. Según Robreño, el incidente fue provocado por miembros del Batallón Número Uno del Ejército Español, quienes atacaron el hotel en los momentos que se encontraba allí el general cubano José Lacret Morlot y su escolta, y como resultado de los disparos resultó herido de muerte uno de sus ayudantes, el capitán Jesús Sotolongo Lynch.¹⁶⁷ Entre los oficiales mambises que rebatieron con valentía la agresión estuvieron dos famosos exjugadores de béisbol: Alfredo Arango y Carlos Maciá.

Este último era un joven abogado y perito mercantil¹⁶⁸ que no había cumplido todavía los treinta años (nació en 1870) y ostentaba

167 Gustavo Robreño: *La acera del Louvre. Novela histórica*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., Habana, 1925, pp. 313-316.

168 El domicilio de su oficina, al igual que el de su padre Antonio Maciá, profesor de esgrima y agente de aduanas, se encontraba en la calle Chacón no. 29. Ver: *Directorio Mercantil de la Isla de Cuba para el año de*

el grado de coronel del Ejército Libertador.¹⁶⁹ Antiguo miembro de la muchachada de la Acera del Louvre, Maciá era considerado como el más popular entre los mozalbetes habaneros que frecuentaban aquel mítico lugar. Era, en palabras de Robreño: "...sin disputa, la personalidad más saliente y simpática de *El Louvre*. Sus bromas eran siempre ingenuas y lícitas, dadas con oportunidad, inteligencia y gracia [...] Carlitos Maciá, afable, demócrata, sencillo, buen mozo y ocurrente, personificación genuina de la simpatía, era el niño mimado de la sociedad habanera, que se lo disputaba para el mayor esplendor de sus fiestas, juzgándole imprescindible en ellas".¹⁷⁰ En un ambiente como el del Café El Louvre, saturado de lances caballerescos, duelos, bromas y burlas de todo tipo, era fama que Carlos Maciá nunca se había batido, a pesar de ser hijo de un profesor de esgrima y ser un gran conocedor en materia de armas, además de ser un consumado boxeador.

Sin embargo, el aspecto más sobresaliente de Maciá en el conjunto de los llamados *tacos*, que acostumbraban reunirse en los alrededores del Hotel Inglaterra, era su notoriedad como jugador de pelota en varios clubes de la capital, y especialmente en el célebre Almendares, uno de los grandes animadores del béisbol amateur insular en la década del ochenta del siglo XIX y primera mitad del decenio del noventa. En rigor, Carlos Maciá representa a toda una generación de jóvenes cubanos, habaneros principalmente, que se apoderaron del entonces todavía reciente juego de pelota, e hicieron de este pasatiempo un símbolo de virilidad, valor, virtud e inteligencia, por

1892 á 93, año IV, Editores propietarios: Zayas y Quintero, Imprenta del "Avisador Comercial", Habana, 1892, p. 342.

169 Carlos Maciá fue miembro de la primera expedición del vapor *Three Friends*, que bajo el mando de Enrique Collazo desembarcó por Varadero, Matanzas, el 17 de marzo de 1896. Estuvo bajo las órdenes de varios jefes como los generales José Lacret Morlot, Juan Delgado y Lope Recio. Entre los cargos que desempeñó en la manigua estuvo el de jefe de los asuntos jurídicos en el Estado Mayor de la Primera División del 5to. Cuerpo de Ejército. Fue herido en combate en una ocasión. Ver: *Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba*, t. 1, Biografías, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2004, p. 234. Además, no se debe olvidar que Maciá fue uno de los jóvenes que mas cerca estuvo del general Maceo durante su estancia en el Hotel Inglaterra en 1890.

170 Gustavo Robreño: ob. cit., p. 191.

oposición a los deportes españoles, como los toros, las barajas, el billar y otros juegos de azar.

Era tal su pasión por el béisbol, que se cuentan numerosas anécdotas sobre su fanatismo deportivo, antes, durante y después de la guerra de Independencia. En todas estas narraciones el denominador común es la facilidad con que Maciá identificaba aspectos de la vida cotidiana con las frases y el léxico propios del juego de pelota. En la citada novela, uno de los protagonistas informa sobre el resultado de uno de los frecuentes duelos, y ante la certeza de que mentía, el “personaje” de Carlos Maciá le responde: “Oye, Pastor: esa misma ‘bola’ la pasaste esta tarde y te la fonguearon; procura arreglarte el brazo porque estas muy ‘wild’ y en donde te descuides vas para el ‘banco’ o te sacan del champion”.¹⁷¹ En otro momento le advierte a un aspirante a ingresar en el selecto grupo de los tacos que: “La Acera del Louvre es de Liga Grande y para darle entrada en ella a los que proceden, como tú, de las menores, es preciso que esos players practiquen las jugadas más modernas”.¹⁷²

Por último, se cuenta que en la manigua no era raro “oírle decir chistes y agudezas en una carga al machete o bien hacer el relato de una batalla sangrienta, sustituyendo los términos militares por los del base ball”.¹⁷³ Una de estas comparaciones béisboleras, referida a los mambises que se unieron a la insurrección después del bloqueo naval decretado por los Estados Unidos, nos revela en Carlos un ángulo de crítica al oportunismo de esas personas, pero sazonado con una gracia que hace del grave reproche algo leve y divertido: “Esos se incorporaron al Club, en el noveno ‘inning’, con seis carreras por cero, ‘two outs, two strikes’ y oscureciendo”.¹⁷⁴

Carlos Maciá comenzó a jugar béisbol cuando era apenas un muchacho en los placeres de Peñalver, las canteras de Medina y los terrenos de Melitón, junto a su hermano Antonio María, Fernando Santana, Alejandro del Castillo, Ramón Hernández y Wenceslao Gálvez, sin saber que llegarían a ser con el tiempo algunos de los mejores players de béisbol del siglo XIX cubano. En Melitón retozaban juntos niños blancos y negros hasta bien entrada la tarde, y en aquellos im-

171 Ídem, p. 17.

172 Ídem, p. 184.

173 Ídem, p. 193.

174 Ibídem.

provisados partidos Maciá solía actuar como lanzador, desarrollando desde entonces una incipiente curva, que hizo estragos no solo en los bateadores contrarios, sino en el rostro del poco experimentado catcher Wen Gálvez, quien debido a un tip foul provocado por un lanzamiento de Carlos, decidió abandonar la receptoria y dedicarse, para bien del béisbol, a jugar el short stop.¹⁷⁵

En la temporada de 1885-1886, con apenas, quince años, Maciá debutó como lanzador con el que sería el club de sus amores, el aristocrático (su color elegido, el azul, no parecía ser casual) y veleidoso Almendares. Esta sociedad había surgido después de la Paz del Zanjón en 1878 y entre sus fundadores estuvieron jóvenes educados en los Estados Unidos, como los hermanos Carlos y Teodoro Zaldo. Además lo integraron en sus primeras versiones Fernando Zayas, Alejandro Reed, Eduardo Delgado, junto a los españoles Alzola y Leonardo Ovies. Sus terrenos estuvieron primero en el Cerro, entonces barrio predilecto de la burguesía habanera, y luego frente a la Quinta de los Molinos, donde inauguraron una magnífica glorieta de béisbol, conjuntamente con un hipódromo y un tiro de pichón. Sin embargo, a pesar del dinero invertido en infraestructura deportiva, y del prestigio social de sus miembros, era célebre la despreocupación almendarista en lo relativo a sus prácticas béisboleras, hecho que repercutió de manera decisiva en sus habituales derrotas frente a su archirival, el club Habana.¹⁷⁶

La porfía entre ambos clubes llegó a tener, en ocasiones, ribetes dramáticos y en otras, francamente burlescos. Como resultado de un peleado campeonato los azules llegaron incluso a disolver su sociedad en 1887, pero siempre retornaban con ansias de desquite en los torneos de verano y las ligas de segundo, tercer y cuarto premio, para lo cual adoptaron variaciones en su denominación, llamándose indistintamente el Almendares, Almendares BBC, Almendares Club e incluso en una ocasión adoptaron el nombre de Beneficencia. De cualquier modo, el equipo de la Quinta de los Molinos era el eterno segundón de la pelota cubana invernal desde que se celebró el primer torneo oficial, en 1878-1879, y solo consiguieron alcanzar un championship en la temporada de 1893-1894, dirigidos por

175 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 21.

176 Ídem, pp. 67-69.

Ramón Gutiérrez y contando en sus filas con algunos jugadores exhabanistas.¹⁷⁷

Seguimos con la figura de Maciá, quien en su debut como pelotero en el béisbol amateur organizado fue impresionante; participó en cuatro de los seis juegos celebrados por su club y ganó tres, con una sola derrota. Al bate su promedio fue un excelente 333, producto de 10 hits en 30 veces al bate, incluyendo entre sus conexiones un doble. Si algo llama la atención en su rendimiento deportivo durante los cinco años que jugó en la pelota de primera división (cuatro con el club Almendares y una vez con el Cárdenas, aunque con muy pocas veces al bate), es su enorme estabilidad en el bateo. Promedió en tres ocasiones por encima de 300 y otras dos quedó en 250, para un total de por vida de 309, desglosando entre sus 46 inatrapables cuatro dobles, un triple y un jonrón.¹⁷⁸ Además, su vista prodigiosa lo hacía poncharse muy pocas veces, al extremo que su primer struck out llenó de consternación al mundillo de la Acera del Louvre, en uno de cuyos faroles se colgó en señal de duelo un cartel que rezaba “Carlos Maciá ponchado”.¹⁷⁹

En esta temporada inicial de 1885, Maciá jugó también como integrante del club Bacardí en la Liga de Verano, y allí derrotó al Boccaccio por 3 a 2, a pesar de haber otorgado 6 bases por bolas.¹⁸⁰ De igual modo integró un picked ten de jugadores con el nombre de La Caridad para enfrentar al Fé, en un partido de beneficencia a favor de la escuela gratuita que mantenía la sociedad “La Caridad del Cerro”. En este partido Maciá actuó como short stop (junto con la tercera base otra de sus posiciones preferida), pues el pitcher del conjunto era el gran Adolfo Luján (un exalmendarista), en esta ocasión representando al equipo El Bando Azul de Guanabacoa.¹⁸¹ En otros partidos de esta serie estival entre Bacardí y Boccaccio, Maciá obtuvo un triunfo y una derrota, el primero 5 por 2 y el otro 7 por 3. Por

177 Juan Francisco Prieto: “El Almendares BBC”, en Ramón S. de Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El Base Ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, Habana, 1908, pp. 21-24

178 Gabino Delgado y Severo Nieto: *Béisbol cubano (récords y estadísticas). 1878-1955*, Editorial Lex, La Habana, 1955, p. 156.

179 Gustavo Robreño: ob. cit., p. 185.

180 *El Fígaro. Semanario de Literatura y Sports*, año 1, no. 1, 23 de julio de 1885, p. 2.

181 Ídem, p. 7.

otro lado, desde estas fechas iniciales de su carrera comenzó a tejerse su fama como gran ponchador, cuando sacó outs por la vía de los strikes a 15 jugadores del Carmelita, y luego a 17 de un picked ten de Fé-Habana.¹⁸²

Para el mes de agosto se habló de la posibilidad de realizar un partido entre el club Fé y el picked ten de La Caridad, para recaudar fondos a favor de la construcción de un mausoleo dedicado a la figura del líder autonomista José Antonio Cortina, quien fuera presidente de La Caridad del Cerro y director de la *Revista de Cuba*, fallecido un año antes. Sin embargo, es bueno apuntar que, junto a estos juegos de naturaleza benéfica, solían celebrarse espontáneos encuentros de carácter festivo, como el anunciado para celebrarse entre los Bohemios y los Arrancados, en la calle de la Pluma en Marianao. Como indican los nombres de ambos conjuntos, en los mismos militaban periodistas e intelectuales amantes del béisbol, como Enrique Hernández Miyares, quien era right field de los Bohemios o Ignacio Sarachaga, short stop de los Arrancados. En este singular desafío, que no sabemos si se llegó a celebrar o era solo una broma de los gacetilleros, actuaría como umpire Carlos Maciá.¹⁸³

La temporada siguiente, de 1886 a 1887, fue la de mayores éxitos para Maciá, pues bateó para 333 con 14 hits; participó en todos los juegos de su equipo, nueve en total, con magnífico promedio de 7 ganados y 2 derrotas. Solo el pitcher rival de los rojos, Adolfo Luján, tuvo un mejor promedio, pues lanzó para 5 victorias sin fracasos. Este es el momento en que Maciá lanzó el primer juego sin hits ni carreras en la historia del béisbol cubano, cuando venció al débil club Fé con desproporcionado score de 38 a 0, el domingo 13 de febrero de 1887.¹⁸⁴ De hecho, los azules lograron aquel año colgarle 27 ceros consecutivos a los carmelitas, y la prensa almendarista con Ignacio Sarachaga al frente, en especial *La Habana Elegante*, *El Pelotero* y *El Sport*, se deshacía en elogios para con los muchachos de la Quinta de los Molinos.

Maciá, por supuesto, era el gran héroe del momento, llamado a derrotar a todos sus rivales, y en especial a los rojos del Vedado, por

182 Wenceslao Gálvez y Delmonte: ob. cit., p. 92.

183 *El Fígaro. Semanario de Literatura y Sports*, año 1, no. 4, 13 de agosto de 1885, p. 2.

184 Gabino Delgado y Severo Nieto: ob. cit., p. 80.

lo que su nombre aparecía con frecuencia en los artículos y gacetillas. Incluso se le dedicaban composiciones en verso, las cuales, a pesar de su texto muchas veces irónico, no dejaban de reflejar su admiración por el joven lanzador, como en esta que firmaba “Hortensia”, seudónimo del cronista deportivo de *La Habana Elegante*:

Parodia de Tejera
(A Carlos Maciá)

*¿Mofaste? No, ¡pues esto
Nos causa desazones
Y aun te venero yo!
Un mof, Carlos amigo,
echa a perder escones
Pero tu average no.
Mas, ¡ah! Que si en el campo
no mofas todavía
Mañana ¿mofarás?
¡Oh, no! Mientras tú juegues,
lo juro vida mía
No has de mofar jamás.
¡Jamás! Que aunque un mal golpe
Luján te dé en mal hora
Es vano su rigor:
Tercera un tiempo fuiste; pitcher eres ahora...
¡Tú siempre eres el mejor!
Jugando en todas partes, jugando todo el día,
Siempre te he de aplaudir;
Que en tanto que tú juegues, lo sabes alma mía,
Al match habré de ir.
Si un juego pierdes...!nunca! y aunque
el dolor me mata
Voy a rogarle a Dios;
Y el ¡hurrah! de tu gloria que tanto te arrebató
Será para los dos.
No importa que hoy pregunte, con afligido acento
Y Carlos ¿dónde está?
No importa que un contrario responda muy contento:
¡Carlos no juega ya!*

*Para admirarte siempre, del pecho en lo profundo
Tu escóar llevo yo...
¡Los grandes jugadores se mueren para el mundo,
Para un sportman, no!*¹⁸⁵

En esta misma publicación, unas semanas más tarde, su cronista hacía una declaración de afinidad para con los azules en los términos que siguen: “Soy almendarista: ¿Y como no serlo, si en él figura Alfredo Arango, el más buen mozo de los jugadores; Ramón Hernández, tan simpático como elegante; Carlos Maciá, hipóbole de simpatía (perdone Chacón el hurto); Aquiles Martínez, de lánguido mirar; Wen Gálvez, etc. etc.? Y además ¿qué importa que Delabats e I. García sean feos si juegan tan bien?”¹⁸⁶ Y añadía este juicio sobre la posibilidad que tenía el equipo de alcanzar esta vez los lauros de campeón: “...este año el Almendares no se desconcierta y todas las pelea, que es un contento. Y no puede menos que ser así, contando, como cuenta, con tan buenos poetas, digo, con tan buenos bates; con tan buen pitcher, con tan buen catcher, con tan buenos *fielders*, con tan buenos *shorts* y con tan lindas simpatizantes”.¹⁸⁷

En este último punto es bueno decir que, para los peloteros no se trataba solo de demostrar destrezas y habilidades en el juego, sino que el público (buena parte del cual era femenino) valoraba también la estética de los jugadores, su distinción y belleza física. En este sentido es que Carlos Maciá constituía un arquetipo de aquellos jugadores de la década del ochenta del siglo XIX “con bigotes y perilla elegante” que —contaba el padre de Pablo de la Torriente Brau— jugaban un béisbol “casi minué, de puro cortés que era”.¹⁸⁸

Sin embargo, a pesar de las sonrisas y galanterías de los *players* para con las damiselas que acudían las glorietas, no siempre los campeonatos observaban toda la limpieza y altruismo que era de esperar entre caballerosos amateurs. Volviendo a la temporada de 1887, todo presagiaba la victoria almendarista, sobre todo gracias a la formidable faena del “simpático, hábil y sereno” Maciá, quien poseía

185 *La Habana Elegante*, año V, no. 13, 27 de marzo de 1887, p. 7.

186 *La Habana Elegante*, año V, no. 14, 3 de abril de 1887, p. 7.

187 Ídem, p. 8.

188 Pablo de la Torriente Brau: *Recuerdos de la próxima olimpiada*, Ediciones La Memoria, La Habana, 2002, p. 89.

toda la calma que los habanistas negaban a su pitcher José María Teuma, sustituido por Adolfo Luján en un partido que su equipo perdió frente a los azules y que provocó un grave altercado entre Teuma y los directivos rojos.¹⁸⁹ Mas, irregularidades de última hora, disturbios en las glorietas y presiones de los habanistas provocaron la decisión de los azules de no acudir al último juego, si este no se realizaba en privado, lo que llevó a los del Habana, cuya directiva era dominante en la Liga General de Base Ball de la Isla de Cuba, a declarar el campeonato a su favor.

Como consecuencia de lo anterior, y en señal de protesta por lo que consideraban una arbitrariedad, el club Almendares acordó disolverse. Mas, esta ausencia de los azules del panorama beisbolero no fue muy prolongada, y ya en octubre de 1887 se encuentran en Matanzas celebrando juegos de exhibición frente a equipos de aquella urbe. El recibimiento de los jugadores almendaristas en la ciudad de los puentes fue todo un acontecimiento, pues llegaban precedidos por el crédito de ser excelentes players de béisbol y además buenos muchachos. La encomiástica crónica de bienvenida rezaba:

La recepción a los almendaristas ha sido el suceso capital de la semana. No se trataba solamente de aplaudir a jugadores celeberrimos, de reputación legítima y manifiesta habilidad; se trataba, asimismo, de estrechar la mano, de conocer y obsequiar a jóvenes caballerosos que por donde quiera que van siembran simpatías y recogen plácemes y elogios. Si el juego de base ball es, además de un medio adecuado para el perfeccionamiento físico del individuo, un estímulo noble y una escuela de cortesía para la juventud cubana, hay que convenir en que los muchachos del Almendares cumplen a conciencia ese propósito.¹⁹⁰

La estrella de este conjunto, por supuesto, no era otra que Carlos Maciá, y su recibimiento en la estación de ferrocarriles de Matanzas fue narrado de esta manera por otro de los miembros de aquella

189 Ver la narración de estos hechos, desde la óptica habanista, en *Memoria leída por su autor D. Alberto Coya, secretario del Habana BBC, en la Junta General celebrada por dicha sociedad el día 18 de agosto de 1887, con objeto de dar cuenta de los actos llevados a cabo por la directiva, durante el año que termina en dicha fecha*, Lit. e Imp. La Habanera, Habana, 1887.

190 *El Álbum. Semanario Ilustrado*, Matanzas, 8 de octubre de 1887, p. 143.

comitiva béisbolera: “Poco a poco nos fueron conociendo. —¡Aquel es Carlos Maciá! Decía uno, y todos lo rodeaban apenas dejándolo respirar. Este le tocaba el brazo, aquel el muslo y exclamaban desilusionados: —¡Si es de carne! Creían encontrar un brazo de hierro y una pierna de acero”,¹⁹¹ la prensa matancera también aprovechó la ocasión para hacer de *Carlitos* los mayores elogios: “Maciá es muy joven todavía, tiene una figura distinguida y resulta sin género de duda un jugador notabilísimo. Mas que un pitcher me parece un artista: se conoce que su corazón, sus fibras todas vibran con los movimientos de la pelota y solo así se comprende la limpieza, la exquisita elegancia con que la maneja”.¹⁹²

Con todo, para el campeonato de 1887-1888 el Almendares no se presentó como club competidor, y tampoco para el siguiente. En opinión de la prensa deportiva de la época: “...parece que el proyecto de reorganización del Almendares BBC fracasó, a causa, según se dice, de no poder contar con algunos imprescindibles jugadores”.¹⁹³ Lo anterior quizás explique la fugaz presencia de Carlos Maciá vistiendo la franela del club Cárdenas en la temporada de 1888-1889, en la que no actuó como lanzador y solo participó en un desafío, fue cuatro veces al bate y conectó un hit, para promediar 250. Sus dos últimas campañas las volvió a jugar defendiendo el banderín azul, nuevamente restablecido por Oscar Conill, pero ya estaba lejos de sus mejores resultados como lanzador, pues en una de ellas no tuvo actuación como pitcher y en la última tuvo una sola decisión en tres partidos, y esta le fue adversa. Al bate mantuvo su acostumbrada consistencia, con 21 hits conectados en 73 comparecencias al home, sumando ambas temporadas, lo que le dio un meritorio average de 287.¹⁹⁴

Como hemos visto al principio de estas páginas, Maciá formó parte de la juventud cubana que, como Alfredo Arango, Juan Manuel Pastoriza, Ricardo Cabaleiro, los hermanos Amieva y muchos más, marcharon al campo de batalla para luchar por la independencia de su patria. Otros, como Wenceslao Gálvez optaron por el camino del exilio, y algunos no tan jóvenes, como Emilio Sabourin, ofrendaron

191 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 48.

192 *El Álbum. Semanario Ilustrado*, Matanzas, 8 de octubre de 1887, p. 143.

193 *El Pitcher. Periódico de Literatura y Sports*, órgano oficial del Habana BBC, 11 de noviembre de 1888, p. 7.

194 Gabino Delgado y Severo Nieto: ob. cit., p. 156.

sus vidas en el presidio de África. A su regreso de la manigua, el otrora formidable pitcher ocupó el cargo de Capitán Auditor del Cuerpo de Artillería.¹⁹⁵ Luego su rastro béisbolero se pierde, amén de una fugaz presencia en el equipo amateur Clío en el verano de 1901. Por otro lado, sus funciones en el Ejército y después como abogado de la Audiencia de La Habana, lo hicieron testigo de los sucesos políticos en los primeros años republicanos y así se cuenta que dijo del general Pino Guerra, uno de los alzados contra Estrada Palma durante la guerrita de agosto de 1906 que: "...era un jugador de la Liga del Oeste que había pasado a las Mayores".

Poco más sabemos de este excepcional jugador, que fue considerado por muchos como el mejor pelotero del siglo XIX. Para 1925, y a juzgar por los datos que aporta la novela de Robreño, ya debía haber muerto; años más tarde, en 1944, fue elegido para integrar el Salón de la Fama del Béisbol Cubano, acompañando a otra gloria de la pelota del siglo XX, el versátil jugador negro Alejandro Oms, a quien llamaban por su cortesía en el terreno "el caballero" Oms. Cuentan que sus últimas palabras, dichas a su fraterno amigo y también gran pelotero Ramón Hernández, cuando se sentía agonizante, fueron estas: "Chico, me han visto la bola, ya me la están fongueando".¹⁹⁶

La Habana, julio de 2005

195 Según la información que brindan Ramón S. De Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El base ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, Habana, 1908, p. 44.

196 Gustavo Robreño: ob. cit., p. 194.

WENCESLAO GÁLVEZ Y DELMONTE

Para Guillermo Rodríguez Rivera

Wenceslao Gálvez y Delmonte (1867-¿?) es una de esas figuras olvidadas de la cultura, cuyo rastro solo queda en los ficheros de las bibliotecas y en los archivos de los eruditos y coleccionistas de rarezas bibliográficas. Hasta hoy su nombre no aparece en los diccionarios, historias de la literatura y repertorios biográficos al uso, y al momento de escribir este texto ignoramos incluso la fecha de su muerte. Sin embargo, a fines del siglo XIX fue una figura bastante conocida, publicó libros y artículos, cultivó amigos entre los más importantes intelectuales habaneros del momento, y por su origen familiar —era sobrino de José María Gálvez y Alfonso, jerarca del Partido Liberal Autonomista— tuvo roces con los políticos reformistas del más alto rango. Luego, el siglo XX le deparó una oscura posteridad, marcada por el ejercicio del derecho y la tediosa vida de provincia, hasta que un día del año 1946 su nombre trascendió de nuevo, cuando fue electo para integrar el exclusivo club de peloteros cubanos de todos los tiempos, cuya memoria debía ser recordada y venerada en el Salón de la Fama del Béisbol criollo.

Por supuesto que semejante elección era justa, y además estaba bien acompañado por otros dos peloteros con un pasado independentista, Ricardo Cabaleiro y Francisco Poyo, pero es innegable que Gálvez, en el espacio reservado a los ídolos de antaño, presentaba una connotación especial. Quizás habría que empezar diciendo que Wen Gálvez no solo pertenece a la gran tradición del béisbol del

siglo XIX, donde fue un notable jugador de short stop, considerada una posición de las más importantes y difíciles dentro de la formación defensiva, y un bateador de respeto — fue el campeón de bateo en la temporada de 1886, jugando para el club Almendares, con excelente promedio de 345 — sino que también forma parte de la saga de la literatura insular. En ambos territorios de nuestra cultura, las letras y la pelota, el nombre de Gálvez es relevante, y ello principalmente por ser el autor de un texto fundacional: la primera historia del béisbol en Cuba y probablemente en el mundo, cuyo autor tituló, con un ademán irónico: *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*.

En verdad no hacía falta que el autor colocara en su libro las imágenes de los jugadores más famosos del momento, como Luján, Maciá, Bellán, Mora o Sabourín, pues estos eran bien conocidos del público habanero y sus hazañas solían aparecer representadas en obras de teatro, coplas populares y en las principales publicaciones periódicas, señaladamente en los periódicos y revistas como *Base Ball*, *El Sport*, *El Sportman Habanero*, *El Habanista*, *El Score*, *El Pitcher* y *El Fígaro*, y fuera de la capital en el semanario *El Bat*, promovido por el poeta Bonifacio Byrne y en *El Álbum de Matanzas*, que dirigía el novelista Nicolás Heredia y donde comenzaba su carrera dibujando estilizadas figuras de peloteros Ricardo de la Torriente. De hecho, como ha señalado con lucidez el crítico e historiador Roberto González Echevarría: “Sabemos hoy tanto sobre los orígenes del béisbol en Cuba (...) gracias a su estrecha relación con la literatura, que ha preservado la huella de su primitiva historia en revistas, crónicas, novelas y poemas”.¹⁹⁷

Volvemos al libro primigenio de Gálvez, tal vez su importancia para la historia de la literatura no sea demasiada, tratándose de una obra escrita con propósitos divulgativos y lúdicos, con una prosa zumbona, irreverente y divertida, radicando su valor sobre todo en las anécdotas, datos y otras informaciones que expresan un “estilo de época”, donde es posible rastrear el imaginario nacionalista que el béisbol representa en ese momento, como en esta cumplida profecía:

197 Roberto González Echevarría: “Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano”, en *Crítica práctica/Práctica crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 253.

“El *ground* del Base Ball en Cuba desaparecerá después de las vallas de gallos y del redondel de la plaza de toros, porque se ha arraigado en esta tierra de una manera firme, como lo comprueban los cientos de clubs que se organizan constantemente en casi toda la Isla”.¹⁹⁸

Sin embargo, esta percepción del libro del *short stop* del Almendares debe ser complejizada, relacionando el texto con su entorno estético: el movimiento modernista del último tercio del siglo XIX. No debemos olvidar que en *El Fígaro* “periódico consagrado a defender los intereses del *sport* y muy especialmente los del juego de *Base Ball*”, según anuncia en su primer número,¹⁹⁹ colaboraron asiduamente los mayores exponentes del modernismo cubano e hispanoamericano, con la excepción de Martí: Julián del Casal, Juana Borrero, los hermanos Urbach, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera.

En este ámbito hay dos nombres que no se pueden pasar por alto: Benjamín de Céspedes y Julián del Casal. El primero médico, higienista y patólogo, obsesionado con la mala vida de las prostitutas habaneras y sus terribles enfermedades. El segundo, un poeta enfermizo, lánguido y poco amigo del ejercicio físico. Ambos amigos de Gálvez y exégetas de su libro. La reunión de un atleta, un médico y un poeta en torno a un libro sobre béisbol pudiera parece inusitada, pero es al mismo tiempo fascinante. Céspedes se encarga del prólogo y Casal de hacer la reseña para la prensa. Los tres están confabulados en un solo propósito: demostrar la validez del béisbol como elemento simbólico de un nuevo tipo de cubano, fuerte, viril y civilizado, por oposición al arquetipo bárbaro del colonizador hispano.

La unión de esta trilogía espiritual se verifica en las márgenes del modernismo decadente y esteticista que domina buena parte de la cultura cubana finisecular. En palabras de González Echevarría: “La relación del deporte con la medicina no es casual, es parte del culto decadente a lo inútil y frívolo; la salud debe cultivarse para el placer, no para el trabajo útil y productivo. El decadentismo incluye una fuerte preocupación por el físico que se manifiesta en los opuestos correlativos del neurástenico y enfermizo poeta que se regodea en

198 Wenceslao Gálvez y Delmonte: ob. cit., p. 14.

199 “A nuestros lectores”, *El Fígaro. Semanario de Sports y de Literatura. Órgano del Base Ball*, Habana, 23 de julio de 1885.

sus dolencias, y el atleta que vive atento a la fortaleza, agilidad y garbo de su cuerpo”.²⁰⁰

Cuando escribió su libro sobre el béisbol, Gálvez era un joven de apenas 22 años de edad y formaba parte de una brillante generación de jugadores que hizo de la década del ochenta del siglo XIX una época particularmente feliz para ese deporte en la Isla. Sin embargo, cuando terminó la carrera de leyes en la universidad, abandonó la práctica deportiva y simultaneó su profesión de jurista con la de crítico literario, colaborando en numerosas publicaciones periódicas de la capital, como la citada revista *El Figaro*, y en periódicos de filiación béisbolera como *El Sport* y *El Pitcher*, los cuales a menudo dedicaban espacios a las gacetillas sobre literatura. En esta época Gálvez reseña y hace comentarios sobre algunas de las obras y autores más conocidos del modernismo, como en los casos de su amigo Casal, Ricardo del Monte, Enrique Hernández Miyares y Federico Villoch, entre otros. Según su propio testimonio, solía frecuentar en esta época las tertulias literarias de los domingos en casa del político autonomista Raimundo Cabrera, y es al exitoso autor de *Cuba y sus jueces* a quien dedica su segundo libro, titulado *Esto, lo otro y lo de más allá* (1891), volumen que recoge un gran número de sus críticas dispersas y alguna que otra sátira costumbrista, género en el que alcanzaría su mayor eficacia como escritor.

Este libro se volvió a reeditar en 1892, esta vez con prólogo de Rafael Fernández de Castro, y entre sus páginas más logradas están las dedicadas a la poesía de Casal (“La Lotería” y “Casal...erías”) y de otros modernistas, en las que denuncia el poco interés de los editores en sus obras: “Julián del Casal anda con sus poesías a cuestras, sin encontrar quien le diga: esta edición es mía. Benjamín de Céspedes ha buscado en el extranjero un mercado para sus libros”;²⁰¹ también incluye reseñas de políticos que cultivaron algún género literario, como Raimundo Cabrera y Enrique José Varona, y por último le dedica espacio a escritores de segunda fila, como en los casos de Manuel Serafín Pichardo, director de *El Figaro* y Enrique Fontanills, ambos, como el propio Gálvez, periodistas con aspiraciones intelectuales en el campo de la literatura.

200 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 254.

201 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *Esto, lo otro y lo de más allá*, Imprenta A. Álvarez y Cía., Habana, 1891, p. 6.

Este último nombre no tendría mayor interés sino fuera porque Fontanills, quien solía firmar con su nombre en inglés, "Henry", es el autor de la primera descripción conocida hasta hoy de un partido de béisbol, el celebrado entre Habana y Matanzas el 27 de diciembre de 1874 en el Palmar de Junco. Sin embargo, para la severa mirada de Gálvez, el cronista deportivo jamás llegaría a ser un buen escritor, por más que se empeñara en imprimir sus obras en periódicos de toda índole. El compasivo retrato de Fontanills hecho por Wen lo describe como: "(...) el joven aspirante a literato, escritor mecánico, pagado de la forma, cortés, bien educado, que no olvida, cuando escribe, que es un joven de sociedad. Escribe siempre embriagado por el perfume de la gardenia que tiene prendida en el ojal, y hasta creo que tiene necesidad de quitarse el guante blanco para manejar con algún desenfado la ingrata pluma".²⁰²

El fragmento anterior nos revela una de las características más acusadas de toda la producción literaria de Gálvez, tanto en sus reseñas, ensayos, pequeñas piezas narrativas de ficción o de crítica, y radica en un sentido corrosivo de la prosa, con frecuencia sarcástica o irónica, a ratos con frases de un pésimo gusto y otras con un criollo sentido del humor. Pero siempre estará acechante el dardo de una palabra hiriente o mordaz, y en los casos que recurre al erotismo, que no son pocos, su calidad se resiente, por más que resulte inevitable una sonrisa cómplice, como sucede con muchos de sus divertidos epigramas. Por esta razón, sus enemigos en el mundo de la intelectualidad habanera no debieron ser pocos, y en ocasiones se refieren a él con refinada crueldad, como en el siguiente fragmento aparecido en *El Fígaro*: "Decididamente abandono la Metrópoli y me marcho a Ultramar, a hacerle compañía al simpático revistero de *La lotería* [...] no habrá temor de que por aquellos trigos me encuentre con remitentes del *Diario de la Marina* y otros wenceslaos más o menos cursis, como diría el chispeante Fray Candil".²⁰³

Cronológicamente, el tercer texto publicado por Gálvez no tiene nada que ver con los dos anteriores, pues se trata de una suerte de memorias de su estancia como emigrado en la ciudad de Tampa durante

202 Ídem, p. 119.

203 *El Fígaro. Semanario de Literatura y Sports. Órgano del Base Ball.* Habana, año 1, no. 1, 23 de julio de 1885, p. 8.

la guerra de 1895. Bajo el rótulo de *Tampa; impresiones de emigrado*,²⁰⁴ el expelotero recoge breves estampas de la ciudad floridana, como avance de la veta costumbrista que desarrollará después. Además cuenta algunas anécdotas graciosas de su exilio y narra con ironía los contrastes que ve en algunas de las costumbres anglosajonas, comparadas con las de su país natal. Quizás lo más perdurable de este volumen desigual sean las semblanzas de algunos emigrados ilustres radicados en aquel lugar, a los que solía visitar en noches nostálgicas, como Fernando Figueredo, José Manuel Carbonell, y los matanceros Juan Arnao y Bonifacio Byrne, este último una suerte de mentor literario del joven escritor.

Aunque no lo menciona entre sus impresiones, no sería desacertado suponer que en aquellas veladas en casa de Byrne se hablara de pelota, pues el bardo matancero era un gran aficionado al béisbol, dirigió antes de la guerra el semanario deportivo *El Bat*, representativo del club Progreso de la Atenas de Cuba, y empezando el siglo xx escribió un interesante resumen de la historia del deporte de las bolas y *strikes* en su región natal. Por cierto, en dicho texto Byrne no logra desprenderse de sus (pre)juicios literarios y califica como “infernales” a las cuartetos que cantaban los aficionados de uno y otro bando, aunque les reconoce su valor como parte del espectáculo pelotero, al ser versos “punzantes como alfileres”.²⁰⁵ Por otro lado, y según el testimonio de Gálvez, fue Byrne el que lo alentó en la escritura de estas estampas, en largas veladas de poesías patrióticas y recuerdos de su patria chica, pues Wen también era matancero.

Pero antes de pasar a otra zona de la producción de Gálvez poco relacionada con el béisbol, quisiera comentar, por lo incisivo de su juicio, el artículo que publicó en el número especial que al revista *El Fígaro* dedicó a la pelota a fines de 1900, en plena ocupación militar norteamericana. En este texto, titulado “Un poco de fongueo”, Gálvez realiza un interesante paralelo entre algunas situaciones del juego de pelota y la política cubana, donde afloran ya manifestaciones de oportunismo, corrupción y sometimiento a la tutela yanqui. Así, comienza diciendo: “Parece que el béisbol ha sido el precursor de la

204 Wenceslao Gálvez: *Tampa; impresiones de emigrado*, Ibor City, Tipografía “Cuba”, 1897.

205 Bonifacio Byrne: “El Base Ball en Matanzas”, en *El Base Ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, Habana, 1908, p. 65.

intervención. Nos habíamos familiarizado tanto, desde hace años, con *bats, pitchers y balls* que, francamente, no disuenan en nuestros oídos las frases de *Deputy collector, chief of police* en inglés que salen de labios del gobierno. Lo malo, lo peor, es decir, lo que nos tiene preocupados es el *catching*". Cuando se refiere a los cambios en el gobierno señala, en clave béisbolera que: "A nuevos clubs, nuevos jugadores. Se que el entusiasmo crece entre los espectadores y que la planta americana ha arraigado en el suelo y en el subsuelo de los cubanos. Tengo fija ahora la vista en el diamante de la administración pública, y con paciencia de ajedrecista sigo con interés el *score*". Finalmente, señala su preocupación, tan extendida entre los cubanos de la época, sobre el futuro de la ocupación militar, y entonces escribe: "...pero como el espectáculo es entretenido, los que sentimos afición por él estamos intranquilos, porque no sabemos que nuevos *players* tendremos en el diamante de la administración cuando venga otro capitán. Y bien sabe Dios que al decir capitán no me refiero a mística *leña*, por más que sea el que autoriza los leñazos".²⁰⁶

Ya en la República, nuestro autor ocupó posiciones en importantes puestos públicos como funcionario del gobierno en el ramo de justicia, y desempeñó los cargos de fiscal en las más grandes ciudades del interior de la Isla, como Santa Clara, Matanzas y Camagüey. Fijó su residencia en estos lugares de manera temporal, pues su casa estaba en el recién urbanizado barrio capitalino de El Vedado, donde antaño solía jugar contra sus admirados rivales del club Habana, alternando la rutinaria vida de magistrado con viajes de descanso a los Estados Unidos. Se casó con una dama de sociedad, la señorita Amelia Moreira, pero nunca tuvo hijos, de lo que se lamentó luego en algunos de sus textos, que asumieron otros derroteros estéticos. Aquí habría que decir que, aunque realmente Wen Gálvez es un escritor menor y no debe considerarse en propiedad un poeta, sus próximas publicaciones se presentan formalmente como volúmenes de "poesía".

En el caso del libro titulado *Cantáridas*, de 1912, es una colección de epigramas, generalmente cuartetos rimados, de ingenio y gusto muy elementales, aunque alguna nos haga sonreír por su picardía. En la mayoría de los casos son versitos satíricos, burlescos y de un explícito erotismo, como puede apreciarse en los siguientes ejemplos.

206 Wen Gálvez: "Un poco de fongueo", *El Fígaro*, no. 46, La Habana, 9 de diciembre de 1900, p. 560.

*Si el derecho de penar
Es un derecho de ene
como suelen propalar
pues pene, Sr. Juez ¡Pene!
Una marca de viruela
tiene en un muslo Librada
y le oí decir a su abuela
que era marca registrada*

*Regalé un pisapapel
a Juana en forma de gallo
Y cumplió bien su papel
porque siempre está pisando.*

Quizás dentro de tantos ripios, valga la pena mencionar una cuarteta que, por le época de publicación del libro, 1912, en plena masacre racista del gobierno de José Miguel Gómez en Oriente, pudiera interpretarse como una denuncia contra aquellos hechos, cuando dice:

*los soldados de mi tierra
se ejercitan según veo
primero tirando al blanco
tirando, después, al negro.²⁰⁷*

La producción literaria de Gálvez se continúa en 1925, después de un mutismo de trece años, con otro libro de “versos”, esta vez titulado con falso ademán romántico *De lo más hondo*, avalado con sucesivas presentaciones de sus diferentes secciones por Rafael Montoro, Manuel Márquez Sterling, Enrique José Varona y Francisco de Paula Coronado. Al exlíder autonomista dedicará Gálvez su más importante volumen de estampas costumbristas en 1932, pero es ahora el orador quien no escatima elogios a su amigo, fabricando lo que llama: “...uno de nuestros más brillantes e intencionados poetas satíricos y de nuestros más discretos y correctos prosistas”. En esa propia cuerda continúan los cumplidos al autor, pero sorprende oír en el fogoso tribuno que: “las obras de Wenceslao Gálvez quedarán en nuestra literatura con valor propio, muy definido, e interesarán

207 Wenceslao Gálvez: *Cantáridas*, Imprenta Rambla, Bouza Cía, Habana, 1912. Los versos citados en las pp. 10, 14, 38 y 45.

siempre al lector, por su corrección y elegancia”.²⁰⁸ Veamos qué entiende Montoro por “corrección” y “elegancia”, en estos dos ejemplos seleccionados al azar:

*mostraban las mujeres alcancías,
y los dientes también y las encías .
Tu elegante figura es ondulante,
lo mismo por detrás que por delante.*²⁰⁹

Manuel Márquez Sterling, un poco más sosegado que Montoro, advierte el cambio formal en Gálvez, cuando señala como: “El literato que fue inconsistente y guardó largo silencio, resurge ahora de sus cenizas (...), con modalidades ajenas a sus procedimientos de antaño convencido de que no sería prudente persistir en las tendencias filosóficas de la juventud, sin acudir a diversos moldes y facturas”.²¹⁰ Pero más allá de estos textos laudatorios, no todo es despreciable en estos versitos, pues hay algunos de crítica al exacerbado nacionalismo de la primera República, expresado en la gran cantidad de nombres de patriotas y mártires dados a calles y poblaciones:

*Calles de generales, brigadieres, coroneles, sargentos...
más que pueblos parecen campamentos.*

También es notable la sanción del autor a lo que considera “inmoralidades” en las costumbres públicas, relativas en su mayoría a la tendencia femenina a mostrar sus cuerpos y al adulterio, como en esta velada insinuación:

*Cruzada de piernas
te vi en el teatro
y ví a tu marido
cruzado de brazos.*

208 Rafael Montoro: “Prólogo” a Wenceslao Gálvez: *De lo más hondo*, Imprenta Rambla, Bouza Cía, Habana, 1925, pp. 15-17.

209 Wenceslao Gálvez: *De lo más hondo...*, pp. 24 y 28.

210 Manuel Márquez Sterling: “Música sin arpa, telegrafía sin hilos”, Ídem, p. 57.

Por último, quisiera citar un epigrama que le viene muy bien al propio autor:

*Hay palos que duran
y palos que pasan,
los que dan a los versos que hacemos,
nos llegan al alma.*²¹¹

A manera de resumen de este volumen, que incluye además otras secciones dedicadas a poemas sobre España y donde predomina el tema del espectáculo taurino, con una breve presentación de Varona, nos parece prudente señalar el juicio del erudito y bibliófilo Francisco de Paula Coronado, quizás el más atinado de sus comentaristas, cuando se refiere a Gálvez como un poeta “espontáneo”, que escribe a base de una “inspiración provocada”, y como resultado de este ejercicio le salen versos demasiado “fáciles”.²¹² Por otro lado, no se le puede negar a Gálvez su mirada perspicaz sobre situaciones grotescas o ridículas de las costumbres y personas que le eran contemporáneas, tan proclives al epigrama, modalidad preferida de este autor.

Ya en la vejez, Gálvez dio a la imprenta otras dos obras, al menos las últimas que hemos podido encontrar en las bibliotecas cubanas. Ambas fueron publicadas en 1932 y se tratan de una novela, titulada *Nicotina; costumbres cubanas*, incluida por Fernando Ortiz en su “Colección Cubana de Libros y Documentos Inéditos o Raros” (en su volumen décimo), y de una antología de pequeños ensayos y estampas bajo el título de *Costumbres, sátiras, observaciones*. La novela es realmente deplorable y fue escrita en 1898, desentonando con el valioso catálogo que Ortiz venía publicando. Las crónicas costumbristas tienen otro valor, y quisiera comentarlas porque suponen un cambio de actitud en el autor, que se torna grave y moralizante en estas páginas, muy alejado del satírico y desenfadado autor de los epigramas.

En principio, Gálvez deja claro que sus propósitos al publicar el libro van encaminados a promover una campaña de adecentamiento de la moral pública, en ambos sexos, cuyo relajamiento de las costumbres ha puesto en crisis hasta la misma autoridad de los gobernantes, pues: “[...] vivimos en una sociedad sin sanción, ya

211 Ídem. Los versos en las pp. 69, 117 y 129.

212 Francisco de Paula Coronado: “El epigrama”, ídem, p. 111.

que desaparecido el principio de autoridad no hay quien imponga normas, ni quienes las sigan ni quienes las exijan". Por supuesto, se trata para este autor, ante todo, de una crisis de las élites dirigentes cubanas, cuya expresión recuerda mucho el estilo de Jorge Mañach²¹³ cuando hablaba de la "crisis de la alta cultura" y de la necesidad de la ilustración de las grandes mayorías por las "minorías egregias". En opinión de Gálvez: "...sin clases directoras, con igual derecho al voto el hombre honesto que el analfabeto vicioso, sin oficio, hogar ni familia, la sociedad se halla indefensa y corren por su organismo virus morbosos que tienden a disociarla y destruirla".²¹⁴

Estas ideas neoconservadoras, sin embargo, no encuentran mucho espacio para su difusión en plena revolución de los años treinta, que desencajó los moldes políticos tradicionales y transformó las prácticas cívicas de la primera república, y cuyos cambios Gálvez parece vislumbrar cuando insinúa que: "...puede ser que lo que tenga apariencia de retroceso sea el inicio de una nueva civilización con una nueva sensibilidad, otra manera de ver y otra manera de pensar".²¹⁵ Pero no se pregunta porqué han entrado en crisis las clases que llama "directoras", o porqué el analfabeto es vicioso y está sin trabajo, profunda miseria social que los teóricos del ABC, por ejemplo, pretendieron conjurar con la peregrina idea de suprimir el voto de los iletrados.

En la reflexión de Gálvez las cuestiones más importantes son otras, y tienen un sabor arcaizante y fuera de época, como cuando la emprende contra el cine, la moda y la primera "revolución sexual" de los años veinte:

...la enseñanza constante de las mentirosas e inverosímiles proyecciones cinematográficas (...) las ideas exageradas sobre la cultura física y los ejercicios atléticos; los baños de mar, arena y sol que duran varias horas y en los que jóvenes de uno y otro sexo, a la vista y complacencia de sus mayores, muestran la carne pecadora en toda su esplendente desnudez (...) la frecuencia con que se solicita dispensa del tiempo legal para que los divorciados puedan contraer nuevas nupcias (...) la mujer que ha mostrado su cuerpo en la playa descuide en la calle su recato y a pretexto del calor no use ropa interior y en tertulias,

213 Wenceslao Gálvez: *Costumbres, sátiras, observaciones*, Imprenta Rambla, Bouza, Cia., Habana, 1932, pp. 7 y 8.

214 Ídem.

215 Ídem, pp. 8 y 9.

sentada con el vestido a la rodilla, cruce las piernas y despierte todavía la curiosidad de los que buscan o esperan un más allá.²¹⁶

Resulta un poco extraña esta tardía vocación puritana y mojígata de Wen Gálvez, un hombre que practicó con devoción ejercicios en su juventud, cuando muy pocos lo hacían, y que siempre tuvo en sus escritos un explícito erotismo, como hemos visto, defendiendo la libertad sexual y burlándose de los convencionalismos sociales. Hasta cuando habló de béisbol no pudo contenerse y expresó las similitudes entre los genitales masculinos y el bate con las pelotas del deporte que más quiso. En otro sentido, también se pronuncia por un mayor rigor en la enseñanza religiosa, donde deplora la escasez de seminaristas cubanos, y se opone a la introducción de costumbres extrañas a lo que considera la verdadera tradición cubana, entendida esta práctica como la que compartían las familias acomodadas del siglo XIX: cena patriarcal en la casa señorial, tertulias literarias con amigos invitados a tomar café, etc. Entre los peligros de la “nueva civilización” de sello extranjerizante advierte lo nocivo de abandonar la celebración de fechas señaladas, salir a comer en restaurantes y sociedades, beber champán en lugar de vino, usar frases en inglés como *happy new year*, que le recuerda a “alguien con hipo”, e incluso le molesta “la indumentaria de los varones al ejercitarse públicamente en juegos exóticos como el basket ball”.²¹⁷

¿No era acaso el base ball cuando se introdujo en Cuba un juego exótico?, ¿no se convirtió en breve tiempo en parte de la cultura nacional?, ¿no eran atrevidos los uniformes de los peloteros, ceñidos al cuerpo y llenos de adornos, en medio de los calurosos trajes y sombreros de hongo al uso en la época? Por supuesto que sí lo eran, pero sucede que el joven Gálvez, alegre, retozón y transgresor, ha dado paso a un anciano prematuro y gruñón, guardián celoso del

216 Ídem, p. 8. Aquí debemos señalar que no es solo Gálvez el preocupado por las desnudeces del cuerpo criollo, pues por la misma época Gerardo Castellanos se quejaba de la moda masculina de andar en camiseta y mangas de camisa, contraviniendo una disposición de principios de siglo que prohibía el uso público de estas prendas. “Un paso avanzado hacia el nudismo”, declara Castellanos en su *Panorama histórico. Ensayo de cronología cubana. Desde 1492 hasta 1933*, Úcar, García y Cía., La Habana, 1934, vol. II, p. 1254.

217 *Ibidem*.

orden y las jerarquías, censor de lo privado y de lo público, moralista trasnochado y dictaminador de faldas y pantalones. Aunque antes hemos visto alguna semejanza entre el elitismo cultural de Gálvez y criterios similares de Mañach, hay que decir que este último fue un crítico lúcido y descarnado del libro de Gálvez, a quien llama “costumbrista rezagado”, atribuyéndole una “visión dinámica y desilusionada de la realidad criolla”. En palabras del autor de *Indagación del choteo*, Wenceslao Gálvez se debate “entre tener que castigar sin ilusión a esta sociedad actual (que no comprende y de la que se siente profundamente divorciado) y volver la mirada a las imágenes viejas”, optando definitivamente por estas últimas.²¹⁸

Estamos realmente ante un final poco edificante para este escritor famoso en su día, expelotero de talento y jurista consagrado. Quizás su elección al Salón de La Fama del Béisbol, con sus antiguos compañeros de tantas alegrías sobre el diamante, fuera el premio que las letras le negaron, otorgándole su pionera historia de la pelota el mérito que sus crónicas y versos posteriores jamás pudieron alcanzar. De cualquier manera, desde algún lugar de su olvidada posteridad, el Wenceslao Gálvez y Delmonte que prefiero, con un bate en una mano y una pluma en la otra, nos invita a escribir, una y otra vez, sobre los misterios y delicias de la pelota.

La Habana, marzo de 2003*

218 Jorge Mañach: “La crisis de las costumbres”, en *Pasado vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939, p. 157.

ELENA E. AL BATE

Para Julio César González Pagés

La visita a La Habana de un conjunto de béisbol femenino de Canadá en julio de 2005 y la convocatoria masiva de la FMC a todas las féminas del país para que jueguen béisbol,²¹⁹ ha reavivado en la memoria de muchos aficionados aquellos tiempos gloriosos para la pelota practicada por mujeres en Cuba, cuando eran familiares los nombres de Isora del Castillo, Isabel Álvarez, Luisa Gallegos, Eulalia González (*Viyaya*), Mirta Marrero, Gloria Ruiz, Migdalia Pérez o Brígida Beiro. De Isora, oriunda de Regla e hija del pelotero amateur Argelio del Castillo, se recuerda su participación como tercera base en un equipo femenino de Chicago en los años de 1949 y 1950, donde se le conocía con el sobrenombre de *Pimienta* y además se estimaban mucho sus cualidades como vocalista.²²⁰ Fue electa en 1988 para integrar el Salón de la Fama de Cooperstown como integrante de la All American Girls Baseball League Players.

219 “La FMC convoca: La Federación de Mujeres Cubanas y la Dirección Nacional de Béisbol convocan a todas las provincias y municipios del país a efectuar un encuentro amistosos de béisbol femenino, sin límite de edad. Estos encuentros —en saludo al 45 aniversario de la FMC— se efectuarán simultáneamente el próximo 21 de agosto, a partir de las 10:00 a.m.”, *Granma*, miércoles 3 de agosto de 2005, p. 7.

220 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Editorial Colibrí, Madrid, 2004, p. 60.

La superdotada Viyaya, por su parte, se hizo célebre jugando la primera base contra equipos de hombres; dueña de un inusual coraje y fortaleza física, no admitía que la trataran con inferioridad por su sexo en los diamantes, y le gustaba recordar anécdotas que ponían en entredicho la hombría de sus contrarios, como en el caso de aquellos lanzadores que le pegaban la bola cuando ella les conectaba de hit. En cuanto a Brígida Beiro, comenzó sus prácticas béisboleras en su natal Güira de Melena estimulada por el conocido manager amateur Octavio Diviñó, quien trataba de crear un equipo de mujeres en la década del cuarenta del pasado siglo xx. Su equipo fue bautizado como Las Águilas y jugaron en La Tropical, el gran estadio del Cerro y numerosas localidades de provincias. Además, muchas de estas mujeres peloterías también integraron equipos en deportes tradicionalmente reservados a los hombres, como el fútbol.²²¹

Como muestra de la institucionalización de estas experiencias, el 19 de septiembre de 1947 fue constituida la Organización Deportiva de Béisbol Femenino de la República de Cuba, precedida apenas un mes antes, el 6 de agosto, por la Asociación Nacional de Jugadoras de Basket Ball Femenino.²²² Por supuesto, la llegada de la mujer a los terrenos de béisbol a mediados del siglo xx no es un fenómeno que concierna solo a la historia del deporte, sino que guarda estrecha relación con las luchas sociales y políticas libradas por las mujeres en el seno de la sociedad cubana durante las primeras décadas republicanas, en pro de demandas como el sufragio, la igualdad de salarios por igual trabajo, el derecho al divorcio e incluso su participación activa en la vida política del país.²²³

Como es conocido, el público de muchos espectáculos deportivos del siglo xix, y especialmente del béisbol, era mayoritariamente femenino; esto era así en parte por la novedad de los juegos, y en parte porque después de estos se celebraban bailes y cenas donde las parejas realizaban juegos eróticos y vida social al aire libre. Sin embargo, no era el terreno de juego, sino la glorieta, el lugar reservado a las damas, quienes premiaban desde allí a los mejores jugadores con ramos de flores y moñas de vivos colores. En una obra de teatro de finales

221 Irene Forbes: "Brígida, la pelotera y futbolista", *Juventud Rebelde*. (recorte en archivo del autor, sin más datos).

222 Julio César González Pagés: *En busca de un espacio: historia de mujeres en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, p. 123.

223 Ídem.

del siglo XIX se hace mención a unas “peloterías” del club Almendares, pero su función dentro de la trama es pintoresca e irónica, y para nada refleja acontecimientos de la vida real.²²⁴ A lo más que podían aspirar las mujeres de la alta sociedad era a conformar, junto a los hombres, las directivas de honor de los clubes y a ser consideradas socias honorarias de estos.

Y esto a pesar de que en los Estados Unidos, paradigma para el béisbol cubano en muchos aspectos, ya desde la década del noventa del siglo XIX existían equipos de pelota conformados por mujeres, a las que se llamaba Bloomers Girls, en alusión a Amelia Bloomer, diseñadora de un tipo de pantalón con bombachos. Muchos de estos equipos femeninos contaban con algunos hombres para las posiciones difíciles como la receptoria, el short stop o el jardín central; sin embargo gozaron de enorme popularidad y recorrieron todos los estados de la Unión propiciando algunos contratos esporádicos en las Ligas Menores (como el de la joven de 17 años Jackie Mitchell en 1931, quien firmó con el Chattanooga Lookouts, un equipo de Ligas Menores de la Southern Association, y a la que se recuerda por haber ponchado a Babe Ruth y a Lou Gehrig en un juego de exhibición) hasta su desaparición casi total en 1934.

Quizás la primera vez que se conoció de féminas jugando béisbol en Cuba ocurrió en 1893, cuando fue contratado un grupo de peloterías norteamericanas “precedidas de gran fama y renombre” para celebrar una serie de partidos en el Almendares Park. Sin embargo, este primer episodio terminó de manera violenta, al percatarse los aficionados cubanos de que las mujeres apenas tenían habilidades en el juego y habían sido víctimas de una estafa. Según recoge una antigua memoria, la protesta derivó en la destrucción de una parte de las gradas de madera y el saqueo de las taquillas para apoderarse del dinero recolectado: “Fue una severa lección dada por el público [...] y que ha servido de ejemplo para después cuidarse mucho de volver a importarnos *misses* que no supieran jugar al *baseball* como aquellas de triste recordación”.²²⁵

224 Raimundo Cabrera: *¡Vapor Correo!*, Imprenta El Retiro, La Habana, 1888, p. 43.

225 Esta anécdota aparece a guisa de “curiosidad” béisbolera en el libro de Ramón S. Mendoza, José María Herrero y Manuel F. Calcines: *El Base Ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, Habana, 1908, p. 99.

Una tradición oral del poblado villareño de Camajuani, en el centro de Cuba, recoge que en 1926 visitó el lugar uno de estos conjuntos de béisbol estadounidense femenino llamado The Girls. Sin embargo, las chicas norteñas rehusaron enfrentarse al seleccionado local argumentando que ellas no jugaban contra peloteros negros. Por tal motivo se formó un equipo denominado Los Rojos, integrado solo por jugadores blancos, para competir frente a las norteamericanas. Estas tenían como pitcher a un hombre, que dejó en nueve ceros a la novena de los lugareños.²²⁶ Posiblemente este sea el mismo equipo llamado Western Bloomer Girls, procedente de Chicago e integrado por ocho mujeres y tres hombres, que enfrentó a conjuntos amateurs en La Habana en febrero de 1926, con una derrota frente al club de la Policía 11 por 2 y victoria sobre el C. A. C. de 14 a 6.

Con posterioridad, en 1943, Philip Wrigley, propietario del Chicago Cubs formó la All American Girls Professional Baseball League (AAGPBL). La Liga fue muy exitosa, llegó a contar con más de 600 mujeres en sus clubes y duró poco más de diez años, hasta que en junio de 1952, la short stop Eleanor Engle firmó un contrato para jugar en las Ligas Menores con el AA Harrisburg Senators. La respuesta de George Trautman, jefe de las Ligas Menores, fue la de prohibir el contrato argumentando que no toleraría travestís en los terrenos. En junio 23 de 1952, el béisbol organizado formalmente prohibió a las mujeres jugar en las Ligas Pequeñas y en 1954 la organización femenina desapareció.²²⁷

Fueron precisamente integrantes de esta Liga las que visitaron La Habana en el invierno de 1947, poco después de que los Dodgers Brooklyn y los Yankees de Nueva York realizaran en la capital cubana juegos de entrenamiento. Es fama que las mujeres peloteras, quienes permanecieron en Cuba dos semanas, despertaron muchísima más atracción entre los fanáticos habaneros que los equipos de Grandes Ligas, y como resultado de los enfrentamientos con sus similares cubanas, algunas jugadoras locales como Isora del Castillo,

226 Gustavo Veitía Rojas: "The Girls no juega contra negros", *Signos*, Nueva Época, no. 47, Santa Clara, 2002, p. 72.

227 La prohibición duró hasta 1974. Diez años después Victoria Roche fue la primera mujer en jugar una Serie Mundial en Williamsport, Pensilvania (Ligas Menores). En 1988, Marlene Mehrer fundó The American Women's Baseball Association (AWBA), primera organización de mujeres de béisbol desde la AAGPB. Ver: Jaime Cervantes Pérez: "La mujer y el béisbol", en el sitio web Las Grandes Ligas.com

Mirta Marrero y Viyaya, fueron invitadas a realizar entrenamientos en los terrenos de la All American Girls Professional Baseball League y luego se incorporaron a la misma.²²⁸

Sin embargo, el conocimiento de estos hechos no debe hacernos olvidar que la primera llamada para que las mujeres cubanas pudieran jugar béisbol fue realizada muchas décadas atrás, en 1881. La autora de semejante alegato respondía al enigmático nombre de Elena E., y publicó su artículo en la primera publicación deportiva cubana, *El base ball*, el 23 de octubre de 1881. A la cabeza del texto, los redactores del semanario hacían la siguiente invitación: “Nuestra bella e inteligente amiga, la entusiasta *basebolista* señorita Elena E., nos ha favorecido con el siguiente artículo que colocamos en lugar preferente. Agradecemosle su atención e invitamos a algunas otras señoritas de nuestra sociedad, que como Elena saben escribir, para que honren nuestras columnas con sus trabajos”.²²⁹

El artículo de Elena se titula sencillamente “El base ball” y sus primeros argumentos los dedica a ponderar la importancia de este juego para los cubanos, pues afirma: “Cuánto habrán de alegrarse de ello las madres y los padres de los jóvenes de esta isla y principalmente de esta capital, pues todos los ratos que el estudio les permite o el trabajo les concede, lo emplean en jugar al base ball, en lugar de entretenerse en otras cosas que lejos de desarrollarlos y favorecerlos, los enervaría o los disiparía. El base ball ha venido a la Isla de Cuba a cumplir la alta misión de hacer de nuestros jóvenes hombres y no muñecos”.²³⁰

Elena había sido enviada de niña a estudiar en un colegio estadounidense cerca de Nueva York, y allí vio practicar varios deportes, entre ellos el cricket, el patinaje y el foot ball, además de la gimnasia. Ella misma confiesa que “jugaba y patinaba”; y ante la pregunta de sus compañeras sobre los juegos que conocían los niños y niñas de Cuba, Elena declara que se avergonzaba al admitir que solo jugaban, las muchachas a las muñecas y los chicos a las bolas y los papalotes.

228 Eddy Martín: “Las mujeres en el béisbol”, en *Memorias a los setenta y...*, Editorial Si-Mar, La Habana, 2004, p. 162. Las jugadoras que participaron en la liga femenina nortea fueron: Isabel Álvarez (1949-1954), Luisa Gallegos (1948-1949), Migdalia Pérez (1948-54), Isora del Castillo (1949-1951), Mirtha Marrero (1948-1953) y Gloria Ruiz (1948).

229 *Base Ball*, La Habana, 23 de octubre de 1881, año 1, no. 4, p. 1.

230 Ídem.

Por tal motivo expresa su deseo de que “no decayese nunca el entusiasmo que se nota hoy por el base ball y que se planteasen también otros muy saludables e higiénicos que existen en los Estados Unidos”. Hasta aquí todo está a tono con el criterio de muchos cubanos ilustrados que hacían la defensa del béisbol en virtud de sus beneficios para el cuerpo y el espíritu; sin embargo, Elena sorprende al final de su artículo con esta salida inesperada: “¡Cuándo jugaremos las cubanas, si no este juego, otros que hay análogos y que a la par que nos divirtieran nos desarrollarían!”.²³¹

No hemos encontrado otro artículo de esta misteriosa señorita, aunque las alusiones a la presencia femenina como concedoras del juego y garantía de su limpieza y caballerosidad son frecuentes en la prensa deportiva de la época. Sirva de ejemplo este comentario del primer historiador del béisbol cubano, Wenceslao Gálvez, cuando se lamenta de la presencia en los partidos de alborotadores “...que olvidan a menudo la deliciosa compañía de las damas que contribuyen al sostenimiento del Base Ball con sus asistencia a los juegos. Pero el Base Ball es egoísta y absorbe la atención del espectador hasta ese extremo: el de olvidar a las damas”.²³² Y concluye con esta insinuación picaresca: “¡Y hay cada una, que vale más que todos los champions jugados y por jugar...!”.²³³

Regresando al origen de estas páginas, las jugadoras canadienses que nos visitaron ocuparon el tercer lugar en la versión más reciente del Campeonato del Mundo de béisbol femenino, torneo que se celebra desde 2004 (antes se habían celebrado Series Mundiales y Campeonatos Internacionales de mujeres, con victorias de seleccionados de los Estados Unidos, Australia y Japón), y su calidad se impuso a la de las compatriotas de Elena E., venciendo las norteamericanas con marcadores de 8 por 3 y 10 por 0. Después de estos resultados, todo parece indicar que falta todavía un largo camino por recorrer, para volver a los tiempos dorados de Isora, Mirta y Viyaya.

La Habana, julio/agosto de 2005

231 Ídem.

232 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 66.

233 Ibídem.

JOSÉ MARTÍ Y EL JUEGO DE PELOTA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Para Pedro Pablo Rodríguez

In our sun-down perambulations of late, through the outer parts of Brooklyn, we have observed several parties of youngsters playing "base", a certain game of ball... Let us go forth a while, and get betters air in our lungs. Let us leave our close rooms... The game of ball is glorious.

WALT WHITMAN, Nueva York, 1846

Se tira a la pelota, como todos los juniros...

JOSÉ MARTÍ, Nueva York, 1888

Cuando José Martí llegó por segunda vez a Nueva York, en los primeros días de 1880, quizás no imaginó que su destino como escritor, periodista, diplomático y revolucionario, estaría tan íntimamente ligados a la urbe que cantó el genio poético de Walt Whitman. Por entonces la ciudad crecía a un ritmo frenético, recibiendo en su puerto a miles de inmigrantes procedentes del sur y el este de Europa, así como de la lejana China. Este crecimiento recibió un impulso mayor a partir de 1883, con la construcción del gran puente de Brooklyn, de cables de acero entramados, a los que seguirían otros hasta enlazar los cinco distritos a fines del siglo XIX. Todo lo que el cubano vio, leyó o descubrió de aquella sociedad en furiosa expansión lo dejó plasmado en ese excepcional testimonio que son sus *Escenas norteamericanas*.

Por esa época, junto al grandioso progreso industrial y tecnológico que experimentaban los Estados Unidos, contemporáneo de las luchas sindicales y políticas exacerbadas por la voracidad capitalista, tenía lugar en el país de Lincoln otro fenómeno social de enorme importancia, y que no pasó por alto la aguda mirada de Martí. Nos referimos al desarrollo y organización del béisbol, culto atlético, cuya impronta en la cultura estadounidense llega hasta nuestros días. Pero antes de abordar la visión que tuvo el prócer cubano sobre lo que siempre llamó "el juego de pelota", conviene describir cuál era

el panorama de este pasatiempo en los Estados Unidos, desde su origen hasta el momento en que Martí lo observa desde su atalaya neoyorkina.²³⁴

Como es conocido, Nueva York es en propiedad la cuna de este deporte de origen estadounidense, que evolucionó a partir de otros juegos similares practicados con bates y pelotas.²³⁵ De hecho, el primer club organizado de béisbol fue formado en 1842 en la ciudad a orillas del río Hudson, encabezado por Alexander Cartwright, quien llamó a su equipo Knickerbocker Base Ball Club. Este pionero desarrolló un conjunto de veinte reglas, publicadas por primera vez en 1845, que se convirtieron en la base del béisbol moderno. Un año más tarde, el 19 de junio de 1846, los Knickerbockers jugaron el que está considerado como el primer partido oficial de béisbol moderno al enfrentarse a otro equipo organizado de pelota llamado New York Club, en los terrenos de Elysian Field, situado en lo que es actualmente Hoboken (Nueva Jersey).

Para la década del ochenta del siglo XIX, en que Martí comienza a residir de manera permanente en los Estados Unidos, ya existían en Nueva York clubes de béisbol por toda la ciudad, se había construido el primer estadio para jugar pelota completamente cerrado llamado Union Ground, en Brooklyn (1862) e incluso algunos años antes la popularidad del juego se había extendido más allá de la localidad, y empezó a conocerse como *New York Game*. Bajo esta denominación de "Juego de Nueva York" se divulgó durante la Guerra Civil, cuando miles de soldados de la Unión que venían de la gran ciudad lo practicaron en los lugares por donde viajaban y al finalizar la guerra, en 1865, el juego se había convertido en la variedad más popular en todo el país. Poco después, el nombre de *New York Game* desapareció y se llamó simplemente béisbol.

Las transformaciones en la dinámica evolución del deporte de las bolas y strikes no solo se realizaron en sus denominaciones, reglas y técnica de juego, sino que también alcanzaron a la organización de los clubes y el pago de salarios a sus jugadores, quienes lo hicieron

234 Sobre el desarrollo de los deportes modernos en Nueva York a lo largo del siglo XIX, puede verse Melvin L. Adelman: *A Sporting Time New York city and the Rise of Modern Athletic: 1820-1870*, Urban, Illinois, 1986.

235 Acerca de la historia primigenia del béisbol en los Estados Unidos, entre una bibliografía que crece sin cesar, es de gran utilidad el libro de Harold Seymour *Baseball. The Early Years*, New York, Oxford University Press, 1960.

de manera profesional por primera vez defendiendo los colores de los Cincinnati Red Stockings, en 1869. En marzo de 1871 surgió la primera liga profesional de norteamérica, la Asociación Nacional de Jugadores Profesionales de Béisbol, que al mismo tiempo fue también la primera liga mayor. En sus torneos fue dominante el club Boston Red Stockings, propiedad de Harry Wriqth, llamado “el padre del béisbol profesional”, que contaba con varias estrellas como el lanzador Albert Spalding y el short stop George Wriqth, quienes cobraban abultados salarios gracias a un presupuesto anual de 35 000 dólares. Los desbalances competitivos y pérdidas financieras de esta primera liga llevaron en 1876, con el concurso de ocho clubes de béisbol, al surgimiento de la Liga Nacional (LN), promovida por William A. Hulbert, presidente de los Chicago White Stockings.

Entre los aspectos más importantes de esta organización desde el punto de vista social, está el hecho de que la liga preconizaba los intereses de los clubes miembros sobre los de los jugadores. Entre estos figuraban equipos bien financiados con múltiples accionistas, cada uno de los cuales pagaba un derecho anual de 100.00 dólares, utilizados para financiar el cuerpo administrativo de la liga, los registros de estadísticas y pagar al cuerpo de árbitros 5.00 dólares por juego. El lugarteniente de Hulbert en estos años fue el brillante lanzador Al Spalding quien a su retiro del terreno de juego devino en el más ferviente defensor y propulsor de la LN. Como recompensa a su leal apoyo, la compañía de artículos deportivos de Spalding recibió el contrato para suplir las pelotas de la liga y para publicar su guía anual, la que empezó a ser editada en 1877.

Esta alianza de clubes tuvo numerosos altibajos en sus torneos y debió enfrentar la competencia de otros circuitos organizados, como la llamada Liga Internacional, pero el rival más formidable de la Liga Nacional en el siglo XIX fue la Asociación Americana de Clubes de Béisbol (AA), constituida por diversos promotores que se oponían al monopolio de la LN. En 1882 la AA inició su primer torneo con enorme éxito de público y grandes ganancias, lo que obligó a su competidor a negociar su reconocimiento y acordaron disputar un torneo entre ambas conocido desde entonces como Serie Mundial. Sin embargo, otro nuevo circuito solicitó su entrada en las ligas mayores bajo el nombre de Asociación Unida de Clubes de Béisbol (AU), iniciando su campeonato en 1884, pero no pudo resistir la presión de sus antagonistas y colapsó rápidamente.

De este modo, toda la década del ochenta del siglo XIX estuvo marcada por las ambivalencias y recelos entre las principales uniones ya establecidas, quienes se disputaron la hegemonía del béisbol profesional estadounidense hasta que una de ellas, la AA, quedó en desventaja frente a su contrincante y desapareció en 1891. Otro aspecto de enorme interés en este panorama del béisbol estadounidense contemporáneo de Martí, lo es el de las luchas de los jugadores de pelota por imponer sus condiciones a los propietarios de los equipos.²³⁶ Bajo el control de la LN desde 1876, los jugadores habían visto disminuidos sus salarios y libertad de movimiento, y estaban sujetos a severos códigos disciplinarios respaldados por amenazas de expulsión y de ser colocados en listas negras. Al repertorio de agravios a los peloteros se añadió la cláusula de reserva en los contratos, la cual era vista por los béisbolistas como una negación de los derechos individuales de vender sus servicios al mejor postor. Por su parte, los propietarios acreditaban la cláusula como una garantía de la estabilidad de los equipos y del incremento de la rentabilidad.

En este contexto se organizó en 1890 la Liga de Jugadores (LJ) para desafiar el poder de la Liga Nacional. Enfrentadas en un duelo mortal, la LN, con Spalding a la cabeza, atacó de frente a la LJ, mediante la programación de juegos en las mismas fechas que sus equipos, el soborno a jugadores, el inicio de costosos procesos legales sobre la cláusula de reserva, la disminución de los precios de las boletas, la persuasión a la prensa bajo la amenaza de retirar su publicidad y el robo de atletas de las nóminas de la AA y las ligas menores. Finalmente la LN acabó con la asociación de jugadores, conservó sus privilegios y se dispuso a reinar sobre todo el béisbol organizado de los Estados Unidos.

No tenemos referencias directas de Martí acerca de estas disputas y guerras interligas, aunque no debió ignorarlas, enterado como estaba de los más mínimos detalles de la sociedad estadounidense. Sin embargo, no consideró al pasatiempo norteamericano como uno de sus temas predilectos, no le dedicó ninguna de sus célebres crónicas, y sus referencias al mismo aparecen de manera fragmentaria y dispersa, como apoyo a otros temas o como anécdota dentro de textos de distinta naturaleza. Aún así, creemos conveniente referir cuales fueron estas menciones que Martí hizo del béisbol norteamericano,

236 Ver al respecto de Daniel M. Pearson: *Baseball in 1889: Players vs Owners*, Bowling Green, 1993.

y el ámbito particular en que se produjeron, en tanto fue una manera más de acercarse el cubano a las costumbres y modo de vida de aquella nación, la que trató de comprender en sus más notables aspectos.

Lo primero que llamó la atención martiana fue la enorme popularidad del béisbol entre los estadounidenses de todos los sectores y clases sociales, adultos, hombres y mujeres, y sobre todo entre los niños, y así lo refleja cuando describe, con un cierto toque de humor, las travesuras de los colegiales neoyorkinos: “Los niños en Nueva York gustan más de *pelotas* y pistolas que de libros [...] los niños ¡válganos Dios!, o se detienen en las esquinas, lo que no es del todo mal, a trocar coqueterías con damiselillas pizpiretas de diez o doce años que con mirada y aire de mujer van solas; o se entran a la celada, a escondidas de la policía, en un patio a *jugar a la pelota*; o salen de las cigarrerías, que por esta maldad debían ser tapiadas con el cigarrero adentro, ostentando en los labios sin bozo, encendidos pitillos”. (N. Y., 7 de junio de 1884, *Obras Completas*, t. 10, p. 60).²³⁷ En otra ocasión sostiene, refiriéndose a la asiduidad con que se celebraban los partidos de béisbol que: “(en Nueva York) hay mucha carrera de caballos, con caballeretes de casa rica que montan bien y saltan mucho. Hay mucho *juego de pelota*”. (N. Y., 29 de mayo de 1885, *OC*, t. 10, p. 251).

También le provocó curiosidad que se realizaran juegos de béisbol en ceremonias como el Día de Acción de Gracias, festividad norteamericana de origen agrario, que remontaba sus orígenes a la colonia británica y fue sancionada por el presidente Abraham Lincoln con carácter oficial en 1863, celebrándose el cuarto jueves de noviembre. En una de estas fiestas observó: “Todo el mundo es bueno. Y hoy jueves, amén de la de comer, que es grande, todo es fiesta. Las cuadrillas de *jugadores de pelota* vienen de los colegios del interior a disputarse en concurso público el premio”. (N. Y., 27 de noviembre de 1884, *OC*, t. 10, p. 28).

En el verano, por razones obvias, la actividad béisbolera se incrementaba, y la temporada estival se convertía en una verdadera

237 Cito por la siguiente edición: José Martí, *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, 28 tomos. De ahora en adelante se indica en el cuerpo del trabajo el lugar y la fecha de escritura de los textos martianos, así como el tomo y páginas correspondientes. Señalo en cursivas, para destacarlas dentro del texto, las expresiones que se refieren al juego de pelota.

fiesta para los peloteros aficionados y la gente común que se divertía realizando prácticas deportivas al aire libre, ejercitando sus cuerpos y liberando tensiones acumuladas a través del juego, como se sugiere en este breve comentario: “Todo es juego, movimiento y gasto. En cada solar hay un *desafío de pelota* [...] Otros entretienen los calores de junio *jugando a la pelota*, corriendo en apuestas, imitando en ejercicios corporales a los soldados ingleses”. (N. Y., 2 de julio de 1886, OC, t. 11, p. 15 y18).

Al concluir los meses de calor, en septiembre y octubre, el interés por el béisbol seguía en aumento, pues se disputaban entonces las finales entre los equipos de mejor desempeño de las Ligas Mayores, y en su noticia deja ver Martí un aspecto que hemos significado antes, la profesionalización del deporte y los altos salarios pagados a las estrellas de los equipos: “Y es septiembre un festival prolongado, sin día que no sea acontecimiento, ya porque Mauds, la yegua más ligera que pisa tierra anda una milla en dos minutos: ya porque los “nueve” de Chicago vencen en el *juego de pelota* a los “nueve” neoyorquinos, uno de los cuales gana al año diez mil pesos, porque no va una vez la pelota por el aire que él no la pare; y eche por donde quiera”. (N. Y., 19 de septiembre de 1885, OC, t. 10, p. 297).

Este último argumento, referido a las ganancias exorbitantes de algunos peloteros, es reiterado en una crónica posterior, dedicada a la proclamación de Cleveland como candidato a la presidencia en la ciudad de San Luis. Allí señala con preocupación el dilema de algunos jóvenes que abandonan sus estudios para jugar béisbol, pues obtendrían de este modo una mejor remuneración:

Ni los *juegos de pelota* han interesado tanto este año, aunque hay peloteros que han dejado la universidad para pelotear como oficio, porque como abogados o médicos los pesos serían pocos y les costaría mucho trabajo, mientras que por su firmeza en recibir la bola de lejos o la habilidad para echarla de un macanazo a tal distancia que pueda, mientras la devuelven, dar la vuelta el macanero a las cuatro esquinas del cuadro en que están los jugadores, no solo ganan en la nación, enamorada de los héroes de la pelota, y aplausos de las mujeres, muy entendidas en el juego, sino sueldos enormes, tanto que muchos peloteadores reciben por sus dos meses de trabajo más paga que un director de banco o regente de universidad o secretario de un departamento en Washington. (N. Y., 28 de junio de 1888, OC, t. 13, p. 337).

Quizás lo más atrayente de este párrafo, desde el punto de vista del lenguaje béisbolero, es el uso por Martí de la palabra “macanazo” para referirse a un batazo de grandes dimensiones, y “macanero” para identificar al bateador. Como es conocido, “macana” es una voz indígena americana del área lingüística caribe, que designa a un arma ofensiva, a manera de machete o de porra, hecha con madera dura y a veces con filo de pedernal, que usaban los pobladores de la cuenca del Orinoco y otras zonas de Suramérica. Otras acepciones del término lo señalan como “garrote grueso de madera dura y pesada”, “instrumento de labranza consistente en un palo largo con punta o un hierro en uno de los extremos, que sirve para ahoyar” y “pala de paleta plana y mango largo”. Esta última debiera ser en propiedad la acepción que más se ajusta a la descripción del bate de béisbol, sin embargo, por el tono que Martí utiliza en su crónica, parece como si el bate se tornara en arma ofensiva, hostil, manejado con violencia para golpear la pelota y arrojarla lejos del bateador, enfatizando así la crítica que subyace al juego como actividad de lucro.

Del mismo modo resulta de interés descubrir, junto con Martí, que los peloteros además de dinero adquirirían un enorme “capital simbólico”, al convertirse en ídolos locales o nacionales, admirados y queridos por un público entusiasta, que sobre todo en el siglo XIX fue en gran parte femenino, pues como apunta con sagacidad, las mujeres “estaban muy enteradas” de todo lo que sucedía alrededor del juego de pelota.

Por otro lado, el espacio público diseñado para jugar béisbol también pudo ser utilizado, por sus dimensiones y significado para la comunidad, como parte del *show* político estadounidense, y así Martí refiere un discurso del senador republicano, y candidato a la presidencia en 1884, James G. Blaine, que tiene lugar en uno de estos campos. La descripción martiana del escenario deportivo nos revela el distanciamiento que se produce entre el orador y los asistentes al lugar, quienes aparecen como perdidos en la enormidad de la plaza: “Era como el mar. Allá en el fondo, en la galería cubierta como un monte de granos de maíz negro, se apiñaba la gente sentada. De lejos, de las puertas, venía la muchedumbre lentamente, como asombrada entre el espacio y la noche. A los lados, vacíos, los asientos del enorme *juego de pelota*, donde va a hablar Blaine”. (N. Y., 20 de octubre de 1888, OC, t. 13, p. 359).

Ahora bien, el aspecto que impactó de manera más negativa a Martí de las prácticas béisboleras estadounidenses, fue su creciente mercantilización y el espíritu mezquino y enrarecido que las apuestas traían al sano entretenimiento. Hombre de una ética intachable, el que se realizaran apuestas con los jugadores como si se tratara de caballos de carrera, debió ser algo que lastimó profundamente su sensibilidad, como la de muchos contemporáneos partidarios del deporte saludable, higiénico y sin la perversión del dinero. De ahí se desprenden varios comentarios martianos negativos sobre el béisbol, que si no se comprende el contexto de que está hablando, pudieran inducir a creer en una falsa animadversión de Martí hacia este pasatiempo.

El primero de estos juicios se refiere al juego de pelota como "...desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quien recorrió el cuadro más veces o tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos de nota al oscurecer, una edición extraordinaria". (N. Y., 8 de agosto de 1887, OC, t. 11, pp. 258-259).

Para ser justos con el béisbol, juego de estrategia e inteligencia como pocos, un tanto lento, es verdad, pero también lleno de emociones, jugadas imprevistas y valor personal, me parecen excesivos los adjetivos "desgraciado y monótono" que le adjudica Martí. Pero si se analiza con detenimiento este párrafo, notaremos dos cuestiones que no debemos pasar por alto: la primera, que los calificativos peyorativos no son solo para el béisbol, sino también para el boxeo, las carreras y otras actividades del músculo que estimulan, entre otras cosas "...las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen".

Por el pugilato ya había expresado su desagrado en un texto anterior, pues su violencia extrema aplazaba "el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre" y añadía que "enfrenar esta bestia, y sentar sobre ella un ángel, es la victoria humana". Es decir, Martí no desapruueba la acción física en sí misma, sino a las secuelas que esta pueden traer asociadas en una sociedad capitalista, donde el interés primordial radica en ganar dinero, aun a costa del bolsillo de los aficionados y la salud de los deportistas. La segunda es una crítica, aprovechando

el pretexto del béisbol, a la prensa sensacionalista y banal, que se complace en realzar los acontecimientos deportivos y ocultar muchas veces los verdaderos problemas de la Nación.

Esta reflexión se comprende mejor si la comparamos con otro texto ulterior, refiriéndose ahora al deporte universitario, donde de nuevo insiste en las apuestas como un factor disolvente del verdadero espíritu de competencia y afición sana a los ejercicios corporales. Las palabras de Martí son muy elocuentes en este sentido, y comparten puntos de vista con la tesis precedente, al señalar como los estudiantes de Yale, Princeton, Harvard y Columbia “están enojados” porque “...tanto había crecido entre ellos estos cursos pasados, socapa de ejercicio físico, la práctica de lo más animal del hombre, con detrimento de lo más bello, que las universidades acordaron prohibir las regatas de río y *juego de pelota*, que eran ya ocupación mayor de los colegios y asunto de apuestas y disputas, que los tenían sin sosiego todo el año”. (N. Y., 24 de septiembre de 1888, OC, t. 12, pp. 53-54).

Como hemos visto hasta aquí, las opiniones y juicios de Martí sobre el béisbol que conoció en los Estados Unidos a lo largo de la década del ochenta del siglo XIX, época turbulenta y de cambios profundos tanto en el sistema del juego como en sus implicaciones sociales, tienen un sentido dual, algo que también se advierte en otras zonas de su producción sobre aquel país. Por un lado celebran su popularidad y difusión como juego sano y diversión que favorece el empleo del tiempo libre, y por otro censuran con acritud los vicios y desviaciones que desnaturalizan al deporte y a quienes lo practican, haciendo brotar en ellos, como insiste varias veces “lo más animal del hombre, con detrimento de lo más bello”.

Llegados a este punto, un aspecto de notable interés consiste en verificar si efectivamente José Martí, al margen de su escritura, participó como espectador en algunos juegos de béisbol durante su estancia en suelo norteamericano. Todo parece indicar que tal interrogante conlleva una respuesta afirmativa, pero hasta el presente solo contamos con dos testimonios que lo pueden corroborar. La primera evidencia es una fotografía de Martí con María Mantilla sentados en las gradas de un juego de pelota en Long Island, acompañados por José María

Sorzano, Praxedes Sorzano, Pilar Correa e Isabel Mena, todos santiagueros y amigos de Martí.²³⁸

El otro testimonio fue narrado por el célebre jugador y director de béisbol Agustín Tinti Molina (1873-1961), quien en su juventud realizó el acto temerario de venir a la Isla, poco antes de iniciarse la guerra de 1895 a traer propaganda revolucionaria, y para evitar sospechas participó en el campeonato de aquel año con el equipo de Matanzas. Poco después regresó a Cayo Hueso y vino a Cuba en una de las expediciones comandadas por el general Emilio Núñez.

El relato de Tinti y su encuentro con Martí narra como en 1889, durante una visita del Apóstol a Cayo Hueso, este presenció junto a José Dolores Poyo un juego de béisbol en el que el joven de apenas 16 años conectó un formidable batazo que fue a parar a las aguas del océano. En palabras de Molina —reveladas al periodista deportivo Fausto Miranda mucho tiempo después— Martí pidió conocer al autor del jonrón, y una vez ante el líder revolucionario, este le estrechó la mano, y pudo observar como “...la mirada firme, pero agradable, el entusiasmo enorme demostraba que él, grande como nadie, consideró aquel triunfo de los cubanos en la pelota como un buen presagio para la lucha que se iba a iniciar”.²³⁹

No hemos encontrado la confirmación de que durante ese año (1889) Martí visitara Cayo Hueso, aunque no es imposible que lo hiciera; pero lo que si es indudable es la enorme pasión beisbolera de los emigrados cubanos de este lugar, de la que tenemos el vívido testimonio del poeta Diego Vicente Tejera: “Hace cuatro meses que a todas horas, día y noche, vivimos entre el zumbido de los *fllys*, de las pelotas y los golpes secos de los hits. Salta la pelota con solemnidad los lunes junto a la brisa; salta menos solamente entre semana en improvisados *matches*, y salta sin solemnidad ninguna, de sol a sol, en todas las esquinas y patios y solares de la población, en un *match* de muchachos que no se acaba nunca”.²⁴⁰

238 Félix Lizaso: “María Mantilla en el Centenario de Martí”, *Bohemia*, La Habana, 1.º de febrero de 1953, pp. 68-70.

239 Fausto Miranda: “Su encuentro con Martí”, *Revolución*, La Habana, sábado 11 de febrero de 1961, 2da. edición, p. 9.

240 Diego Vicente Tejera: “La indolencia cubana (1897)”, en *Textos escogidos*, Selección e introducción de Carlos del Toro, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 171.

El equipo de Tinti se llamaba Cuba, y se enfrentaba en los momentos de la visita martiana a un conjunto estadounidense, con el objetivo de recaudar fondos para la futura Revolución. Además se sabe que existieron otros clubes en el Cayo llamados Fe, Habana y Esperanza, los cuales llegaron a jugar en una liga dominical promovida y organizada por el empresario cigarrero Eduardo Hidalgo Gato. También existió en Ybor City un equipo de emigrados cubanos desde 1887 llamado Niágara Baseball Club, al que se unieron posteriormente los conjuntos Cubano y Porvenir.²⁴¹ Con semejante dispositivo de círculos organizados para jugar pelota, nada más natural que en sus visitas a los clubes de emigrados Martí presenciara estos partidos.

En este sentido, y al igual que sus contemporáneos en la Isla —los también poetas y escritores Julián del Casal, Bonifacio Byrne, Fray Candil, Justo de Lara y Enrique José Varona—, José Martí postuló la importancia de las prácticas deportivas como parte del mejoramiento físico y espiritual de las personas, y como antídoto para los vicios y la corrupción moral. Se comprueba así la superficialidad de los juicios emitidos acerca de que Martí no habló casi nada de béisbol, o que cuando lo hizo fue para referirse a este deporte de manera crítica. Antes bien, no fue ajeno a un deporte como la pelota que, pese a los problemas que ya padecía por su excesiva mercantilización en tierras norteafricanas, contaba con enorme aceptación y gran número de seguidores, hasta el punto de convertirse en parte de la cultura de raíz popular en ambas orillas del Estrecho de La Florida.

La Habana, octubre de 2004

241 Louis A. Pérez, Jr.: "Between Baseball and Bullfighting: the Quest for Nationality in Cuba, 1868-1898", *The Journal of American History*, vol. 81, no. 2, September 1994, p. 499.

LOS PELOTEROS DEL MAINE

Para Arturo Arango

Es un hecho muy conocido la explosión en la bahía de La Habana del USS *Maine*, un acorazado de segunda clase de más de cien metros de eslora, veinte metros en su parte más ancha y con una tripulación de 364 hombres entre marinos y oficiales. El trágico evento sucedió la noche del 15 de febrero de 1898, a escasas semanas de su llegada a la capital cubana, en visita amistosa, el 25 de enero de ese mismo año. Aunque voces *jingoistas* dentro del gobierno y sectores de la prensa estadounidense alentaban un enfrentamiento con España, nada inusual presagiaba semejante desastre, e incluso el capitán del barco, Charles Sigsbee, había asistido a una corrida de toros el domingo anterior a la detonación que hundió el barco de más de 6000 toneladas. Mucho se ha escrito sobre las posibles causas del estallido en los pañoles de munición ubicados en la proa del buque, debajo de los camarotes de la tripulación, lo que explica el alto número de víctimas, así como de las funestas consecuencias que este lamentable suceso trajo para los tres países involucrados, pero casi nadie sabe o recuerda que entre los fallecidos estaba casi completo un equipo victorioso de béisbol.

Integrado por jóvenes marineros, la estrella del team era el pitcher negro William Lambert, un fogonero oriundo de Hampton, Virginia, quien poseía buena velocidad, una excelente curva y gran control. En un ambiente de confraternidad racial impensable en los torneos oficiales de Grandes Ligas y guiados por Lambert, el equipo del *Maine* había ganado el campeonato naval de béisbol de la marina

estadounidense, derrotando 18 a 3 al conjunto del USS Marblehead, en diciembre de 1897, apenas tres meses antes de la catástrofe. El torneo se celebró en Cayo Hueso, donde el navío recibió la orden de dirigirse a la Isla, y allí abandonaron a la cabra que era mascota del equipo, única sobreviviente junto al jugador John H. Bloomer. Se sabe que otro de los peloteros del barco, C. H. Newton, había hecho el toque reglamentario para apagar las luces, como era habitual, a las nueve y diez de la noche. Media hora después solo quedaría del conjunto campeón su última fotografía, en la que miran serenos a la cámara y el pitcher negro aprieta en su mano izquierda una blanca pelota.²⁴²

Me gustaría pensar que de no haber ocurrido la explosión, quizás el domingo siguiente los beisbolistas marineros hubieran podido bajar a tierra y disputar un partido de exhibición contra una novena local, como ya había sucedido en el pasado y ocurriría luego con frecuencia durante el periodo de ocupación militar; y los Estados Unidos quizás no habrían tenido entonces el pretexto que buscaban para iniciar la guerra contra España. Me gustaría imaginar que tal vez un juego de pelota hubiera podido cambiar la historia.

La Habana, mayo de 2004

242 He tomado esta información del pie de fotografía escrito por Alan Bisbort para "The 1997 Library of Congress Baseball Calendar". Se puede consultar la fotografía del equipo en Library of Congress, Prints and Photographs Division. Reproduction number: LC-USZ62-26149 (b&w). También está disponible en la página web de la Biblioteca del Congreso en la sección "American memory of the Library of Congress".

LATINOS, NEGROS, INDIOS Y MESTIZOS EN EL BÉISBOL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Para Félix Masud-Piloto

La aparición de un nuevo libro sobre el tema del béisbol y sus polémicas relaciones con el racismo institucionalizado en los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, pudiera parecer un lugar común en la ya abundante bibliografía sobre el pasatiempo nacional estadounidense. Sin embargo, en el caso de *Playing America's Game. Baseball, Latinos and the Color Line*, de Adrián Burgos Jr.,²⁴³ se trata de un importante ensayo que, desde la perspectiva de los estudios culturales, aborda las diferentes maneras en que latinos, negros, indios y mestizos debieron lidiar con la hegemonía blanca en los deportes. Este reto, como en toda lucha contra la dominación, la exclusión y los prejuicios raciales, conoció diversas vías y maneras de expresarse, desde la adecuación a esas condiciones hasta su desafío dentro y fuera del terreno de juego.

Partiendo de la tradición familiar y de su propia pasión por el béisbol, Burgos Jr. se sintió atraído a develar las historias personales de aquellos jugadores de origen latino, procedentes en su inmensa mayoría de las islas del Caribe de habla española (Cuba, República Dominicana y Puerto Rico), pero también de la Tierra Firme (Venezuela, Colombia, México) que se abrieron paso en el béisbol organizado norteamericano, no sin antes enfrentar las poderosas barreras

243 Adrián Burgos Jr.: *Playing America's Game. Baseball, Latinos and the Color Line*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London, 2007.

étnicas establecidas en la sociedad estadounidense. Nombres como los de Esteban Bellán, José Méndez, Cristóbal Torriente, Martín Dihigo, Francisco Coimbre u Horacio Martínez, integraron esa amalgama de jugadores que probaron destrezas y fortuna en los diamantes del norte. Para todos ellos, el béisbol no era solo el juego del invasor o del ocupante imperialista, sino que adquirió otros significados relacionados con la construcción de identidades nacionales, raciales y de género, el comportamiento cívico, la posibilidad de ascender en la escala social y escapar de la pobreza.

A partir de una documentada y exhaustiva exploración en el universo de las primeras ligas profesionales, hasta la desaparición de la llamada “línea del color”, Burgos Jr. se mueve en los diferentes contextos y roles que los latinos desempeñaron en el béisbol de los Estados Unidos. En este sentido, el libro apunta a que esta relación no es igual a sí misma, es decir, ha tenido variaciones y adecuaciones a lo largo del tiempo. Posee una historia propia que muchas veces ha permanecido oculta u olvidada. Otra dimensión de este proceso remite a la relación que los latinos han tenido dentro del béisbol organizado con otros grupos étnicos segregados, como los afroamericanos y los aborígenes estadounidenses. En su opinión, la incorporación de los jugadores hispanos, desde el propio siglo XIX, complejizó el esquema tradicional que dividía al béisbol entre blancos y negros, y además contribuyó a fijar pautas de negociación con los dueños de equipos y los medios de prensa.

Bajo tales premisas, el capítulo 1 de la primera parte se dedica a historiar la llegada de los primeros latinos al béisbol organizado, ejemplificado en el caso del cubano Esteban Bellán. Educado en un colegio católico neoyorkino, Bellán era blanco y de familia adinerada, lo que le permitió ingresar en el equipo Troy Haymarkets, perteneciente a una organización de Grandes Ligas. Un ejemplo diferente al de Bellán fue el de Vincent Nava, referido en el segundo capítulo, de origen mexicano, cuya apariencia física lo convirtió en el primer no blanco en jugar para un equipo estadounidense, al tiempo que era utilizado como una “rareza” para atraer público a los estadios. Sin embargo, su identificación como “español” o de ancestro europeo, fue una estrategia asumida para vencer los prejuicios raciales.

Un caso singular en este contexto, de relativa tolerancia hacia los jugadores procedentes de la América española, lo encontramos en los

llamados Cuban Giants, en realidad un conjunto de negros estadounidenses empleados de hoteles, que utilizaron el adjetivo “cubano” e imitaron el modo de hablar castellano, para obtener prestigio y garantías de ser aceptados en el deporte profesional. No obstante, los afroamericanos en el siglo XIX debieron enfrentar en toda su crudeza el *apartheid* racial, y conformarse en muchas ocasiones con ser simples “mascotas” de los equipos blancos.

La segunda parte incorpora a su análisis la presencia de los indios norteamericanos en el béisbol, y su utilización por otros grupos étnicos como una vía para traspasar la prohibición racial, tal como expresa la identidad cambiante del jugador negro Charlie Grant, a quien se bautizó como Charlie *Chief* Tokahoma, en alusión a un supuesto ancestro cherokee, pero esta estratagema no obtuvo éxito. Una suerte disímil cupo al colombiano Luis Castro, de facciones europeas y esmerada educación, cuyo perfil era el permisible para que un latino pudiera ingresar al béisbol organizado. Esa fue la pauta seguida para aceptar a los cubanos Rafael Almeida y Armando Marsans en un equipo de Grandes Ligas, los Rojos de Cincinnati, en las primeras décadas del siglo XX, si bien bajo sospechas sobre su condición de blancos étnicamente “puros”. El calificativo dado a estos peloteros de “auténticas barras de jabón de Castilla” reforzaba el estereotipo de que los cubanos podían estar contaminados por sangre africana o asiática.

Otro tema, también exhaustivamente tratado en el libro, es el de los cubanos negros y mestizos que, bajo la guía del empresario Alejandro Pompey, pudieron jugar con sus pares afroamericanos bajo el calificativo de Cuban Stars, disputándole ese nombre a un equipo de cubanos blancos patrocinado por Abel Linares. Su éxito fue extraordinario en el circuito de las Ligas Negras, y no pudo ser opacado por el triunfo de otros jugadores cubanos blancos que debutaron en equipos de las Mayores, como el lanzador Adolfo Luque o el receptor Miguel Ángel González.

En resumen, este ensayo es una valiosa contribución al conocimiento de la creciente presencia latina, conformada por blancos, mestizos y negros, en los diferentes circuitos beisboleros, y demuestra que fueron un elemento de importancia en las luchas, negociaciones y demandas de ruptura de la barrera racial, finalmente quebrada en 1947 con la llegada de Jackie Robinson a los Dodgers de Brooklyn. Apenas dos años más tarde Orestes Minnie Miñoso se convertía en

el primer afro cubano en jugar en un equipo de Ligas Mayores, aunque debió enfrentar durante largo tiempo los prejuicios del racismo antinegro. Junto a Miñoso, otros jugadores como Edmundo Amorós, Luis Tiant Jr., el mexicano Roberto *Beto* Ávila y el venezolano Alfonso *Chico* Carrasquel, abrieron el camino para que se afirmara el orgullo latino de superestrellas como Roberto Clemente, Orlando Cepeda y Juan Marichal.

La Habana, octubre de 2008.

LOS GIGANTES VENCIDOS

Para Ambrosio Fornet

En los últimos días de noviembre de 1901, con el país todavía ocupado por las tropas militares estadounidenses, dos de los equipos tradicionales del béisbol cubano, Fé y Habana, realizaron juegos de exhibición antes del comienzo de la temporada invernal en los terrenos del mítico Almendares Park, en la Calzada de Carlos III. El conjunto rojo alineaba en sus filas a los estelares Miguel Prats, Valentín *Sirique* González, Alfredo Arcaño y el lanzador Carlos *Bebé* Royer, mientras que los carmelitas contaban en su novena con los hermanos Morán, el fornido jonronero negro Julián Castillo, el versátil Alfredo *Pájaro* Cabrera y el short stop Rogelio Valdés.

Este último jugador debutó con el Fé en un reñido partido que concluyó con derrota para su equipo cuatro carreras por una, pero su salida al terreno fue acompañada de insultos y recriminaciones por una parte de la concurrencia, castigando de esta manera su abandono reciente de las filas habanistas. Todavía en un período de transición entre la etapa aristocrática y amateur del siglo XIX, y el pujante y democrático profesionalismo de la nueva centuria, no es de extrañar que el tornadizo Valdés resultara injuriado y llamado “pirata” por sus antiguos fanáticos. Esta actitud, sin embargo, fue duramente censurada por el diario *El Score* (Órgano Oficial de la Liga Cubana de Béisbol), al considerar que el torpedero era un hombre “que siempre ha sido honrado en todos sus actos y que su vergüenza llega hasta

los límites de la exageración por pura que es”.²⁴⁴ Del mismo modo el periódico consideraba impropio este proceder, pues demostraba “...la incultura en una sociedad que siempre está pregonando de su decoro e ilustración. De esa manera solo alcanzaremos el descrédito, infamando a un player que es muy libre y puede hacer cuanto le venga en gana, sin que nadie tenga el derecho de estigmatizarlo soezmente”.²⁴⁵

Pero al margen de este comentario, que denota con claridad la posición de la Liga de Béisbol en lo relativo al tema de la compraventa de jugadores y la libertad de estos para escoger jugar en el equipo de su preferencia, el diario criticaba al público por no haber protestado cuando el propio Valdés fue puesto out en el home en una polémica decisión del umpire estadounidense Buckley. A juicio del articulista, se había tratado de una jugada “ignominiosa”, cuya única validez se debía al hecho de que el juez era “sajón” y por ende “...tiene fuerza de voluntad para imponer su autoridad”.²⁴⁶

Tales reproches al juez “americano” no eran nuevas, pues en un partido anterior, donde se anotaron gran número de carreras, el juez cubano Evaristo Cachurro fue sustituido luego de cantarle tres *strikes* consecutivos al pelotero habanista Alfredo Arcaño, y en su lugar fue llamado a impartir justicia el citado Buckley. A juicio de *El Score*, el público demostró su escasa imparcialidad al aceptar como buenas las decisiones del árbitro foráneo “...que eran mucho peor [sic] que las del cumplido caballero Cachurro [...] Así es que las protestas fueron infundadas, y lamentamos que estos incidentes sucedan, que dicen muy poco de nuestra cultura, teniendo que recurrir a un extranjero, cuando en el seno peloteril hay personas de reconocida idoneidad y honradez, como la del señor Cachurro”.²⁴⁷

Esta anécdota no solo refleja un momento curioso en la historia del béisbol insular, cuando todavía la presión de la concurrencia podía obligar a un juez a abandonar un partido, sino que su narración periodística nos ofrece un momento de tensión entre un discurso notoriamente nacionalista y la realidad política del país, todavía ocupado por las

244 Todas las citas de este trabajo, salvo que se indique lo contrario, pertenecen a la edición de *El Score* del 1.º de diciembre de 1901, año V, no. 48.

245 *El Score*, ob. cit., p. 3.

246 *Ibidem*.

247 *Ídem*, p. 5.

tropas estadounidense. Por un lado, la retórica deportiva exhibe su nacionalismo al cuestionar las decisiones y aún la presencia en el terreno del árbitro norteamericano, cuyos fallos reflejaban la fuerza simbólica del ocupante extranjero. Por otro, censura con acritud la identificación de una parte del público con esta extraña situación, al tiempo que hace un llamado a la “civilidad”, “ilustración” y “cultura” de los aficionados, como antídoto contra tales preferencias, que en el fondo parecían ocultar una subestimación de las capacidades propias para regir los destinos, no solo del juego de pelota, sino del propio país. Se comprueba así la importancia del juego de béisbol como espacio elegido para la expresión de narrativas nacionalistas en el escabroso tránsito de entre siglos.

Pero la presencia norteamericana en el béisbol cubano del período de la ocupación militar (1899-1902) no se limitó a las funciones arbitrales, sino que se celebraron con cierta frecuencia partidos entre novenas estadounidenses y cubanas, y en ocasiones entre equipos mixtos conformados con jugadores de ambos países. Quizás en uno de estos topes pudieron haber participado los peloteros del acorazado USS *Maine*, campeones del torneo naval de los Estados Unidos, si la explosión del barco no hubiera dejado de aquel equipo a un único sobreviviente. De cualquier manera, lo cierto es que el béisbol se constituyó en un territorio privilegiado para debatir el dilema de la nación intervenida y ocupada, y en los partidos afloró el orgullo nacionalista de poder vencer a los nortños en su propio juego. Como afirma el historiador cubano americano Louis A. Pérez, Jr.:

The United States military occupation, from 1899 to 1902, gave further impetus to baseball in Cuba. Army units across the Island organized into local soldiers' leagues, playing intraservice games in which Cubans participated. At the same time, in Havana and in towns and cities across the Island, North American army posts organized games between soldiers and local Cuban clubs. The Cuban press carried almost daily stories and line scores of games played between such opponents as The Seventh Cavalry-Cubanos, Troop L-Matanzas, Battery K- Fin de Siglo, All Artillery- Cojímar. It can only be imagined what values and meanings were assigned to the outcome of games pitting the occupied against the occupiers.²⁴⁸

248 Louis A. Pérez, Jr.: “Between Baseball and Bullfighting...”, pp. 515-516.

Precisamente, en el sentido de descubrir qué “valores” y “significados” se otorgaron a estos partidos entre ocupantes y ocupados, analizaremos a continuación la reseña de uno de estos partidos, celebrado en noviembre de 1901 en la provincia de Camaguey. El juego en cuestión enfrentó a un conjunto de militares estadounidenses acantonados en la capital provincial, y que se denominaba Troop L, y a un equipo de la ciudad de Nuevitás, que actuaría como local. Este último contaba entre sus filas con algunos apellidos anglosajones, pero el grueso del equipo lo formaban jugadores de apellido Sánchez, quizás el primero integrado por varios familiares en la historia del béisbol cubano.

En una carta enviada a *El Score* con fecha 19 de noviembre de 1901, un corresponsal anónimo da cuenta del desafío celebrado dos días antes. Con una prosa grandilocuente y pomposa, propia de este tipo de narraciones deportivas, se cuenta la llegada del equipo visitante a Nuevitás entre vítores y aplausos de una multitud acampada en la estación de ferrocarriles. Luego de la bienvenida, ambas novenas se dirigieron al club Martí de la localidad, “...donde apuraron unas copas de sabroso láguer [sic] como primer augurio del festín delicioso. Allí, en ese templo donde se destaca la efigie inmaculada del Maestro para bendecir la fraternidad, la unión y la concordia entre todos los elementos componentes de una ilustrada sociedad, se confundieron en agradable unión para dar comienzo a la fiesta”.²⁴⁹

Ciertamente, la realización de ágapes antes y después de los partidos no era una tradición ajena al béisbol cubano decimonónico, cuando los partidos cumplían una función social mucho mayor que hoy en día. Que eligieran para tomarse unas cervezas un club con el nombre del apóstol de la Independencia, parecía un acto de civismo y cortesía para con los visitantes, ocultando tras las frases cordiales y pacíficas la verdadera rivalidad contenida en el partido que habría de celebrarse. De hecho, pronto la descripción nos revela que el ambiente que prevalecía en el estadio Pastelillo de la ciudad de Nuevitás era bien diferente: “Tanto los ribereños como los camagüeyanos tenían confianza en los defensores de las enseñas que tremolaban orgullosas en los mástiles del Score, las cuales no se cansaban de vitorear sus simpatizantes”. Queda claro que las dos banderas aludidas eran las enseñas cubana y estadounidense, y que los llamados “camagüeyanos” son en realidad los soldados norteamericanos del ejército interventor.

249 *El Score*: ob. cit., p. 4.

En el transcurso de la narración, notamos como el cronista va despojando poco a poco sus párrafos de frases cordiales o eufemismos, y aparece en toda su crudeza la competencia entre ambos conjuntos. Al margen del estilo ampuloso propio de estas descripciones, es notable como el juego se transforma en una “lucha desigual” entre lugareños y visitantes, hasta el punto que solo la Divina Providencia pudo acudir a tiempo en ayuda de los cubanos “...y defenderlos y hasta hacerles morder el polvo entre ruidosas aclamaciones a los gigantes americanos”.²⁵⁰

A estas alturas del relato, ya los oponentes no son los amistosos huéspedes que comparten cervezas en el club martiano, ni tampoco son los “camagüeyanos”, sino que la retórica nacionalista del comentarista los ha transformado (¿inconscientemente?) en “los gigantes americanos”, con toda la carga peyorativa que dicha frase conlleva en el ámbito cubano, donde “gigante” no quiere significar solo la talla de los jugadores, sino la voracidad del naciente imperio norteamericano. Además, no basta con derrotarlos limpiamente, sino que es preciso “hacerles morder el polvo” de la derrota, incluso si para ello fuera necesario la intervención de fuerzas sobrenaturales.

En realidad el juego fue muy disputado, y concluyó 14 carreras por 11 a favor de los locales, cuyo mérito destaca el cronista cuando alude a la incredulidad de la concurrencia: “...que observaba asombrada convertidos nuestros players en profesionales consumados, pues se le veía fracasar al empuje avasallador de los enemigos, que nunca creyeron que aquí, donde empezaba a despertar el baseball, no le opondrían tan heroica resistencia y hasta pudieran arrebatarse la corona de invicto, venciendoles en una lucha que todos juzgaban desigual y auguraban una derrota vergonzosa para el Nuevitas”.²⁵¹ Dejando a un lado la prosa a ratos desmañada de este cronista, lo más atrayente de la descripción radica en el uso de los adjetivos para calificar al equipo contrario, que es ante todo “enemigo” y su juego no es tal, sino “empuje avasallador”. En igual sentido los cubanos son unos principiantes (esto no es del todo cierto) que oponen “heroica resistencia” a los norteños y logran lo que nadie antes ha podido, quitarles el laurel de equipo invencible hasta ese momento.

Son realmente inusuales estas frases en la retórica béisbolera de la época, y es obvio que están condicionadas por la naturaleza del

250 Ídem.

251 Ídem.

momento en que tiene lugar el desafío. Los calificativos no son gratuitos en este caso, y su cercanía a palabras del léxico bélico se refuerza con posteriores aseveraciones de que el equipo de Nuevitas no solo jugó con destreza o acierto, sino también con “valor”, “intrepidez” y “verdadero amor propio”.²⁵²

La faena del pitcher local, Armando Sánchez, fue muy elogiada por sus 15 ponches propinados, cifra muy elevada en cualquier nivel de béisbol, y recibió como premio los aplausos, pañuelos y puchas de flores que le prodigaron damas y caballeros desde la glorieta Pastelillo, perteneciente al Sport Club de la ciudad. Este ritual idílico, más relacionado con la etapa aristocrática y romántica del béisbol en la Isla, que con los tiempos que corrían de creciente mercantilismo, se reitera en el caso del receptor nombrado Álvaro y hermano del pitcher. Ambos fueron sacados en brazos del diamante, entre vivas y apretones de manos “por lo magistral que jugaron, derrotando a los gigantes”.

La reiteración del calificativo “gigantes”, para designar al modesto equipo Troop L, enfatiza todavía más el simbolismo de la victoria cubana, y nos pone en el tono de un discurso de tradicional desconfianza y recelo entre “el Gigante del Norte” y la “pequeña Isla del Caribe”. En el territorio específico del béisbol, este es un momento de énfasis en nombres de evidente contenido nacionalista, y abundan los equipos con nombres como “Cubano”, “Cuba”, “Patria” e incluso en Santiago de Cuba hay un equipo llamado “Maceo”.

Posteriores enfrentamientos entre equipos de la Isla y sus homólogos estadounidenses, y las hazañas realizados en ellos por peloteros de origen humilde, como los célebres 45 escones de José Méndez en 1908 o los jonrones de Cristóbal Torriente contra los Gigantes de Nueva York en 1920, pasaron a engrosar una mitología de contenido popular y patriótico, y contribuyeron de modo no desdeñable a reforzar el simbolismo del béisbol como zona pródiga para dirimir disputas entre los dos países, y expresar a través del juego el orgullo nacionalista de los cubanos.

La Habana, octubre de 2005

252 Ídem.

BÉISBOL, INTERVENCIÓN Y NACIONALISMO EN SANTIAGO DE CUBA: 1901-1902

Para Rodolfo Vaillant

El estudio del béisbol como parte de los relatos que contribuyeron a la afirmación de sentidos de identidad y narrativas nacionalistas, es un tema que apenas empieza a ser abordado por la historiografía cubana.²⁵³ Su huella en el siglo XIX como estrategia de reto simbólico a la dominación española, tiene ya un considerable consenso entre los historiadores y estudiosos del béisbol,²⁵⁴ pero no sucede lo mismo en lo relacionado con el papel que tuvo el juego de pelota como discurso nacionalista frente a la impronta estadounidense, muy poderosa en numerosos ámbitos de la vida política, económica, social y cultural durante todo el espacio de la República (1902-1958).²⁵⁵

253 Véase: Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*. Madrid, Editorial Colibrí, 2004 y Louis A. Pérez Jr., *Ser cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

254 Louis A. Pérez, Jr.: "Between Baseball and Bullfighting: the Quest for Nationality in Cuba, 1868-1898", *The Journal of American History*, vol. 81, no. 2, September 1994 y Roberto González Echevarría: "Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano", *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, 8-9, primavera/verano de 1998.

255 Louis A. Pérez ha analizado la impronta estadounidense en el béisbol insular a través de las corporaciones e ingenios azucareros, cuyos clubes de pelota "fueron diseñados para servir a los intereses de las compañías que los auspiciaban" y en el caso de los hacendados cubanos, podía servir como medio de control social de los trabajadores durante el tiempo muerto. También reconoce que en estos equipos

La reflexión que propongo en el presente texto, parte de la lectura de un curioso libro manuscrito, titulado *El Base Ball en Oriente* (1901-1906),²⁵⁶ del periodista Arturo Bori Trillas, en el que aparecen no pocas referencias al uso del béisbol como narrativa de resistencia y desafío a la presencia militar estadounidense en la zona oriental de Cuba en los albores del siglo xx. Bori Trillas fue cronista deportivo de los diarios santiagueros *La República*, *El Cubano Libre*, *La Colonia Española*, y de la publicación *Cuba Literaria. Revista Ilustrada de Literatura y Sport*,²⁵⁷ tareas que simultaneaba con las de vicepresidente del club de pelota Cuba BBC, vocal del club Antonio Maceo y capitán fundador del Yara BBC. Nótese como un signo de la época, que todos los equipos de pelota a los que perteneció Bori llevaban nombres de fuerte acento patriótico, sin embargo, para su labor periodística, como era moda en las gacetillas deportivas, usó seudónimos en inglés: Albert y Arthur.

podía estimularse la solidaridad entre los trabajadores y ser utilizados para encubrir actividades políticas y reuniones sindicales. Véase *Ser cubanos*: ob. cit., pp. 356-358. Otra visión desde el ángulo del béisbol como referente cultural de los Estados Unidos en: José Vega Suñol: *Norteamericanos en Cuba. estudio etnohistórico*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2004, pp. 237-242.

256 En este volumen Bori Trillas transcribía las gacetillas de béisbol que aparecían en la prensa santiaguera, a la manera de un álbum personal, insertando además recortes de periódicos, fotografías de jugadores y equipos, sueltos y material efímero relacionado con la pelota, así como documentos personales al estilo de sus carnets de periodista deportivo y los de miembro de la directiva de varios clubes.

257 Santiago de Cuba, como antes La Habana desde la década del ochenta del siglo xix, y otras ciudades de la Isla (Matanzas, Cárdenas, Remedios, Santa Clara, Camagüey) llegó a contar con publicaciones dedicadas a la literatura y los deportes, como el llamado *Arte y Sport* (1902), dirigido por P. Acosta, *El Score* (1904), que defendía los colores del club Central y tenía como redactor a M. A. Dolz y editor a Salvador A. Sánchez y *El Sport* (1904), semanario ilustrado dirigido por José A. Pullés y simpaticante del club Cuba.

Los principales clubes de pelota constituidos en Santiago de Cuba a inicios del siglo xx fueron Cuba²⁵⁸ y Central,²⁵⁹ los que desplegaron una tenaz rivalidad entre ellos, que recordaba la existente entre habanistas y almendaristas en la capital. Una crónica deportiva perteneciente al primer juego del campeonato de 1901, nos muestra esta porfía en los siguientes términos:

A pesar de los bombos publicados por el “Central” de que nos darían “toleto” y de que por ellos haber vencido al “Cosmopolita” nosotros le teníamos miedo, la oración se les volvió por pasiva y la “leña” fue sorprendente [...] Cuando por parte del público se supo la victoria del “Cuba” sus innumerables simpatizantes quisieron hacerle una manifestación de cariño y [...] acompañaron a dichos “players” con una orquesta a la cabeza y llevando al famoso pitcher Salcedo en brazos hasta el kiosko “Champion” del amigo Chichí Moya (centralista) donde entre aplausos y vivas para ambas novenas quedó disuelta esta.[3-4].²⁶⁰

Al igual que había sucedido en La Habana décadas atrás, las diferencias deportivas entre ambos clubes amenazaron con volverse un tema escabroso, pues se suscitaban rencillas y proferías amenazas

258 En mayo de 1901 el club Cuba tenía como Presidente de Honor al doctor Guillermo Fernández, su presidente efectivo era el licenciado Pedro Suarez Macías y como vicepresidente fungía el licenciado Antonio Bravo Correoso. Además, integraban su directiva el secretario Ulises Calzado, el vicesecretario Arturo Bori Trillas y el tesorero Ramón Regueíferos, más otros 20 vocales. Asimismo contaba con un Consejo Supremo de Honor formado por mujeres de la alta sociedad santiaguera, como Matilde Colás, Rosario y Amalia Hernández, Carmita Griñán, Rosa Cruz Bustillos, Josefita y Mariana Portuondo, Loló Garzón, Rita Portuondo Tamayo, Lidia Correoso, María Luisa Silva Duany, Dolores y Emilia Bori Trillas, entre otras. [17-18].

259 El club Central también hacía gala de una Directiva de Honor integrada por María Duany Griñán (presidenta), Margarita Flamand (vice), Carmen Rosa Salazar (secretaria) y Caridad Ibarra (tesorera).

260 Todas las citas en el texto, salvo que se indique lo contrario, pertenecen al libro de Arturo Bori, quien muchas veces no consigna la fuente de donde transcribe sus notas, lo que hace difícil indicar el nombre o las páginas de las publicaciones que le sirven de referencia. Entre corchetes aparece la paginación consecutiva del libro de Bori Trillas.

entre jugadores y simpatizadores que provocaron un llamado de alerta desde la prensa, donde se apelaba al: "...buen sentido de ambos clubs y de todos los aficionados al BB, a fin de que reflexionen bien el asunto y traten, no a pelotazos como en el juego, sino diplomática y hasta cordialmente [...], de dirimir esas tontas querellas que siembran el disgusto entre simpáticos camaradas y a la postre serían causa de la muerte irremediable del béisbol en Santiago".[26]

Paralelo a la rivalidad entre Cuba y Central, se fue desarrollando en Santiago de Cuba otra entre los clubes criollos y sus similares nortños, dispersos en la ciudad y localidades aledañas. Sería ingenuo no ver en estos enfrentamientos una clara expresión de sentimientos nacionalistas y discursos patrióticos, pues estaba muy reciente en la memoria colectiva la decisión del general Shafter, general en jefe del 5to. Cuerpo del Ejército de los Estados Unidos, de impedir en el verano de 1898 la entrada en Santiago a los soldados mambises, al mando del general Calixto García, lo que motivó una enérgica protesta del jefe holguinero.²⁶¹

261 La carta de García a Shafter, del 17 de julio de 1898, decía en algunos de sus párrafos: *La ciudad de Santiago de Cuba se rindió al fin, al Ejército Americano, y la noticia de tan importante victoria solo llegó a mi conocimiento por personas completamente extrañas a su Estado Mayor, no habiendo sido honrado con una sola palabra, de parte de Ud. sobre las negociaciones de paz y los términos de la capitulación propuesta por los españoles. Los importantes actos de la rendición del Ejército español y de la ciudad por usted, tuvieron lugar posteriormente, y sólo llegaron a mi conocimiento por rumores públicos. No fui tampoco honrado con una sola palabra, de parte de Ud., invitándome a mí y a los demás oficiales de mi Estado Mayor para que representáramos al Ejército cubano en ocasión tan solemne (...)* Circula el rumor que, por lo absurdo, no es digno de crédito general, de que la orden de impedir a mi Ejército la entrada en Santiago de Cuba ha obedecido al temor de la venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada: formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fué el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América; pero, a semejanza de los héroes de Saratoga y de Yorktown, respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía. Ver el texto completo de la carta en Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1984, t. I, pp. 516-517.

En muchas de las crónicas de estos partidos la aparente supremacía y experiencia deportiva de los estadounidenses quedaba en entredicho, como aconteció en un partido entre el equipo Cuba y el 8vo. Regimiento Regular acantonado en San Luis. En este juego, a pesar de reconocer que la novena americana era bastante fuerte y más avezada en el juego que los cubanos, para el cronista no fue la superioridad técnica la causa de su victoria, sino que lo atribuye al hecho de que: “Los jugadores del Cuba [...], lo hicieron muy mal, echando por tierra sus laureles de otros días. Ni actividad, ni asistencia, ni disciplina, ni ánimo. Bastaron dos o tres buenas jugadas de los “yanquis”, para que se desconcertaran por completo y surgieran los “berrinches” del pasado”. [28-29]

Del mismo modo la crónica deportiva describe a otro club estadounidense, el Gastón, del que se dice que “cuenta entre sus ‘players’ con muy buenos jugadores, y aunque al campo no valen gran cosa, en cambio al *bat* en su mayoría son buenos”. Es decir, tales equipos no eran invencibles, tenían fisuras y desventajas en diferentes aspectos del juego, y sobre todo se les podía ganar. De hecho, se celebró en grande cuando un jugador del Central disparó un jonrón con bases llenas frente al Gastón, y por su brillante jugada “le fue ofrecido un hermoso bouquet por un grupo de encantadoras madrinas que allí se encontraban”. [32]

En el propio año 1901 se verificaron otros desafíos entre cubanos y norteamericanos, dándose el caso de estrepitosos fracasos de los nortños a manos de los insulares, como ocurrió cuando Cuba y Central derrotaron en un mismo día, con escasas horas de diferencia, al San Luis y a los soldados del Regimiento H, destacados estos últimos en el castillo del Morro. La victoria del Cuba fue con un amplio marcador de 13 carreras a 5, y al final del juego los americanos obsequiaron a sus rivales con un almuerzo en su cuartel. Mientras tanto, la crónica dio cuenta de que los del Regimiento H eran la “...novena americana [...] de las más malas que se habían conocido, pues sus jugadores ni cogían, ni tiraban, ni pegan, ni corrían, ni se movían para nada. El público salió muy disgustado, creyendo muchos que aquello era una ‘tomadura de pelo’”. [40]

En efecto, el score final de aquel juego, celebrado en los terrenos del antiguo cuartel español Reina Mercedes arrojaba un sorprendente 42 por 11 a favor de los cubanos. Como colofón al triunfo, los integrantes de las dos novenas cubanas se dirigieron, con sus

respectivas banderas en alto y acompañadas por una manifestación popular, hasta la plaza de Dolores. Parecía que, ante el fervor de las victorias sobre un adversario extranjero, las diferencias entre ambas se deslizaban a un segundo plano, imponiéndose la cordialidad y la camaradería.

El triunfo de Central sobre el Regimiento H fue reeditado también por los del Cuba, ratificando así la mala calidad de aquellos jugadores norteamericanos, con victoria de 24 anotaciones a 3. Asimismo, en el mes de mayo, se enfrentaron Central y los miembros del cuerpo de Ingenieros, con destacada actuación ofensiva de los centralistas Pepe Espino y Pepe Duany, autores de dos jonrones cada uno. Como dato curioso de este partido, los ingenieros del Norte habían fabricado 11 anotaciones en la primera entrada y llegaron ganando al noveno inning con ventaja de 20 por 10, ocasión en la que los cubanos fabricaron a su vez 11 carreras para llevarse el disputado triunfo 21 por 20.

Los éxitos de los peloteros criollos y el ambiente béisbolero creado llevaron a que se efectuara la llamada Serie Combinada, un torneo que enfrentaría a los clubes Cuba y Central contra los estadounidenses San Luis, Ingenieros y Gastón. La Directiva de esta Liga la integraron L. Guerra (presidente), J. Grimany (tesorero), U. Calzado (secretario) y los árbitros Alberto Badell y J. J. McGann.

Corría la primavera de 1901, y el torneo presagiaba una recia porfía entre los contendientes, exacerbado además por el hecho de realizarse en el escenario de un país ocupado por fuerzas militares extranjeras y donde tenía lugar una valerosa batalla para impedir que se anexara la Enmienda Platt a la Carta Magna republicana, al extremo de que una gacetilla de prensa titulada "Pelota intervenida", firmada por Nicolás Nin Valiente y aparecida en el diario *La República* del 18 de mayo de 1901, hacía un llamado para que los jóvenes de Cuba y Central "no se dejen imponer y mucho menos intervenir nuestro juego".

Dicha nota se cuestionaba porqué se le daban preferencia a los extraños con tres equipos, por dos los locales, y enfatizaba: "¿No comprenden los cubanos que tendrán siempre la mayoría ellos y que en toda discusión serán siempre 3 votos contra 2?". Asimismo expresaba su desagrado porque se deberían pagar las entradas para presenciar los juegos, algo que lesionaba el espíritu amateur de los socios de los equipos santiagueros, a quienes no bastaría con acreditarse como tales para ver los partidos, sino que se les obligaba a

costear las entradas. El beligerante artículo concluía con las siguientes aseveraciones:

Los cubanos han hecho todo lo que existe, y no deben permitir nunca imposiciones; que se juegue con ellos, perfectamente, pero entiendo, primero, que no se debe aceptar mayor número de clubs americanos que cubanos; y segundo, que si ellos han venido, ellos deben aceptar lo que ya está hecho, y no imponer su voluntad. Y en cuanto a la parte económica, ¿no comprenden que haciendo lo que ellos pretenden, es decir, todas las entradas a un fondo común, y que de ahí se paguen los gastos de todos, las tres cuartas partes lo gastarán ellos en los pasajes del San Luis y el Gastón? [49-51]

El llamado de este periodista a no dejarse imponer condiciones venía acompañado por el rumor de que los ocupantes habían dicho que, si no se aceptaban sus propuestas, no dejarían que se jugara en los terrenos del cuartel Reina Mercedes, el cual se encontraba en la zona militar bajo su mando. El periodista decía no creer en tales pronunciamientos, pero en caso de que fueran ciertos no dudaba en afirmar: "...que se queden con él, y jugarán solos, pues no dudo de que el público, sabiendo lo que pasa, no asistirá a los juegos". [51]

De los partidos celebrados en aquella serie se destacan el triunfo de Cuba sobre Gastón 10 por 9, partido decidido en la última entrada por el torpedero Dellundé con un doble que encontró al pitcher Salcedo en segunda base; la victoria de Central sobre San Luis, la derrota de Cuba ante Ingenieros y el desquite de Gastón, vencedor del Central por lechada de 4 por 0 el 10 de junio de 1901. En este último partido, un gacetillero del periódico *La República* lanzó la queja de que los aficionados del club Cuba habían apoyado a los americanos, a lo que otro periodista respondió enérgicamente diciendo que: "... la mayoría de los simpatizadores y 'players' del Cuba, al no jugar este club, son partidarios del club Central, y no debe fijarse en cierto elemento, pues los mismos así lo hacen cuando juega el Cuba". [88]

El 17 de junio Cuba derrotó a San Luis otra vez con cerrado score de 13 por 12, y aunque este equipo había perdido dos desafíos, la prensa destacaba "...pero ha tenido la honra de vencer a las novenas Gastón y San Luis, ambas las más fuertes de la actual Serie Combinada". [91] Los triunfos de estos equipos promovieron un ambiente favorable para que surgieran nuevos conjuntos, como los llamados

Santiago, Oriente, Instituto, Club Náutico, Mamerto y uno nombrado significativamente Antonio Maceo. Asimismo nacieron pequeños clubes de menor rango como Colón, Vesubio y Cauto.

Por su importancia para el imaginario patriótico, me detengo en el hecho singular de la creación de un equipo de pelota, en junio de 1901, con el nombre del jefe militar de Oriente por excelencia, Antonio Maceo, cuya presidenta de honor era su viuda, María Cabrales. El presidente efectivo del club era Alfredo Antonetti y completaban su mesa directiva Prisciliano Espinosa (vice), Pedro Acosta (secretario), Pantaleón Rosales (vicesecretario), Pedro Morales (tesorero), Mateo Vidal (vicetesorero) y los vocales Arturo Bori, Porfirio Carcasés, Ángel Moya Portuondo, Andrés Cabrera y Aurelio Cabrera, con el destacado jugador Pepe Espino como director de práctica.[98-99]

Otro equipo con resonancias insurgentes en su nombre fue el club Yara, integrado por Ángel Ravelo (presidente honorario), Santiago Ibarra (presidente efectivo), Andrés Villalón (secretario), Guillermo Coll (tesorero) y los vocales Norberto Hechemendía, Pedro Lay, Facundo Bacardí, Temístocles Ravelo, Buenaventura Cruz, Daniel Cancio y Mateo Vidal. También como parte de lo que la historiadora Marial Iglesias ha denominado las “metáforas del cambio” en la vida cotidiana,²⁶² los aficionados santiagueros no solo jugaban pelota en los terrenos de un antiguo cuartel militar español, sino que proponían suprimir una parte de la memoria cultural hispana en la ciudad, trasladando la competencia deportiva del año 1902 para la antigua plaza de toros, donde se levantaría una glorieta de béisbol.

La Serie Combinada llegó a su desenlace con un partido disputado entre Central y Gastón en los terrenos del Nuevo Instituto, con ribetes dramáticos, pues se mantuvo empatado a 14 carreras por bando a la altura del undécimo capítulo. Fue en ese momento que se produjo una airada propuesta de los estadounidenses en contra del árbitro, que había decretado *out* en home a un corredor de Gastón, y se retiraron del partido. En consecuencia el juego se declaró victoria para el Central por abandono del contrario 9 por 0. De tal modo, ambos clubes santiagueros habían quedado campeones, el Cuba del torneo oficial de 1901 y el Central de la serie contra clubes estadounidenses, lo que motivó un eventual acercamiento entre los miembros de ambas

262 Marial Iglesias Utset: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2010, cap. I.

novenas, lo que hizo exclamar al entusiasta Arturo Bori: “Una vez más podemos asegurar [...] que la unión y simpatía de dichos clubs ha quedado afianzada”.

La luna de miel entre ambos no duró mucho, pues ya en agosto los del Central denegaron participar en un juego a beneficio del jugador Alejandro Gutiérrez del Cuba, alegando que solo lo harían si se trataba de obras benéficas, no a título personal. Los del Cuba ripostaron invitando a este juego a los peloteros del Gastón, quienes si aceptaron disputar el match. Sin embargo, a pesar de la aparente cordialidad, en dicho juego el umpire americano tuvo que ser sustituido por su parcialidad, y su lugar lo ocupó el árbitro Duany, perteneciente al equipo Central.

Los dardos envenenados, lanzados entre los simpatizantes de los dos equipos criollos, continuaron cuando el Central aceptó ser parte de un juego a beneficio de una dama norteamericana sin recursos para regresar a su país, lo que motivó la burla de los seguidores del Cuba, quienes inquirieron a sus rivales: “...¿y el beneficio de Gutiérrez?, ¿y la lluvia de beneficios por lo que se negó Central a aceptar la invitación que le hizo el Cuba para el beneficio del modesto jugador cubista señor Gutiérrez?, ¿habrá llegado dicho diluvio?”.[121]

Parece que la manera que encontraron estos clubes de limar sus asperezas fue coaligándose nuevamente para enfrentar a los tres equipos estadounidenses, en un juego a beneficio de la señora Dolores Ulloa, viuda de Forrest. Significativamente, los peloteros cubanos jugarían en un equipo denominado Unión. Otro match benéfico, pero esta vez para doña Leonor Pérez, madre de Martí, se realizó el 18 de agosto de 1901 por los jugadores de Cuba y Central en los terrenos del Nuevo Instituto, cambiando sus nombres por otros de un explícito simbolismo nacionalista: Patria y Libertad.

Los jugadores del Patria fueron Pérez (p), Prado (c), Garriga (1b), Someillán (2b), Dellundé (3b), Sánchez (ss), Morris (lf), Campo (cf) y Salazar (rf). Representando a Libertad estaban Salcedo (p), Ramos (c), González (1b), Espino (2b), Santana (3b), Vandama (ss), Bolívar (lf), García (cf) y Guerra (rf). Las entradas para presenciar el juego se vendieron en el Kiosko Champion, en la tienda de ropa La Habanera, la farmacia Santa Rita y los establecimientos La Borla, Los Cubanos, El Zafiro y La Pluma de Oro. Las entradas se vendieron a razón de 2, 50 pesos los palcos de ocho sillas, 0,30 centavos las sillas

y 0,25 centavos las gradas y sillas fuera de la glorieta.[126] El juego solo pudo desarrollarse hasta la cuarta entrada a causa de la lluvia y concluyó con un abrazo a cuatro anotaciones.

Mientras tanto, la membrecía del club Antonio Maceo fue en aumento y pudo formar dos novenas, capitaneadas por Felipe Cuza y Santiago Espino respectivamente, y se acordó por su Directiva que la bandera del club fuera un triángulo azul con una estrella de cinco puntas blanca en el centro, rodeada por el nombre del Titán, y los trajes serían de color blanco con medias y gorras en azul; el nombre de Antonio Maceo se bordaría en el pecho, de color rojo, con una pequeña estrella escarlata debajo.[127]

Durante el verano, los clubes norteños siguieron realizando enfrentamientos entre sí, como el que celebraron Ingenieros y Gastón, y en ocasión de anotar Gastón 16 carreras en una entrada, la prensa santiaguera comentó con sarcasmo este resultado, llegando a decir que ante semejante humillación los del Ingenieros debían haberse retirado del campo, e incluso se permitía aconsejar a los players norteños que debían practicar mucho, “para evitar el choteo”. [130]

La pasión béisbolera desatada en Santiago llevó a la formación de nuevos conjuntos como Estrella, San Francisco y los clubes infantiles Vesubio y Unión, a cuyos partidos asistían multitud de jóvenes y niños. Asimismo, a partir de septiembre se jugó una serie con equipos de segundo orden, en la que participaron los clubes Estrella, Antonio Maceo, Náutico, Patria, Instituto y Yara; presidía la Liga Nicolás Nin Valiente, como secretario fungía Ángel Moya y como tesorero Antonio Arrufat, abuelo del célebre dramaturgo y novelista de igual nombre. Como dato de interés, en este torneo el pitcher de Yara, M. Ramírez, logró realizar una jugada de triple play, segunda vez que se hacía en Santiago, pues la primera ocurrió en un juego entre Gastón e Ingenieros el 30 de junio de aquel año durante la Serie Combinada.

Para 1902, el campeonato reunió a tres conjuntos, añadiéndose a los tradicionales Cuba y Central el club Antonio Maceo. Se decía que Gastón no podría participar, pues la guarnición del Morro sería evacuada a los Estados Unidos, sin embargo, un último juego entre Cuba y Gastón se celebró a finales de enero con victoria cubana de 13 por 10, con destaque para el pitcher Salcedo, quien ponchó a 16 contrarios y fue autor de un jonrón. Aquel año, los encuentros con clubes norteamericanos salieron de los límites de Santiago de Cuba,

como muestra la excursión del Central a Guantánamo, en los primeros días de abril, para enfrentar al club Evans. Este viaje concluyó con victoria de los cubanos ante una concurrencia de más de dos mil personas, y un multitudinario recibimiento tributado a los peloteros, con una orquesta incluida, en el muelle de San José.

Sin embargo, un gacetillero de Guantánamo que usaba el seudónimo de Míster K, ensalzó a los norteños e insultó a los jugadores santiaguero llamándolos “anémicos” y “pájaros bobos”, lo que provocó la ardorosa réplica de la prensa local, con palabras que reflejaban el ambiente político del momento: “por lo visto ese Mr. K debe ser americano anexionista, porque para defender a los americanos, con tanto furor, es preciso que sea algo de lo que anteriormente decimos o que tenga algún ‘biberón’, oficial o extra; en este caso durará muy poco, porque se acerca el 20 de mayo, y a evacuar se ha dicho”. La misma nota terminaba con estos versitos de escasa fortuna lírica, pero fuerte sabor nacionalista:

*Al Evans ¡Oh, qué ilusiones;
Mister K defendió
Su defensa no valió
Para darle seis sones.*

[...]

*Mr. K mucha calma
No se ponga usted a llorar
La victoria del Central
No le dejará sin alma.*

*Nosotros somos cubanos
Y es imposible creer
Que ud. vaya a defender
A los yanquis interventores.*

La Liga de 1902 estuvo presidida por Luis Salazar y tenía como secretario a Nicolás Nin, tesorero a Antonio Arrufat y vocales a Francisco Salazar y José G. Durruty. En esta Liga no se permitían jugadores profesionales, ni tampoco habaneros o estadounidenses. Cada equipo debía contar con al menos tres jugadores con experiencia en campeonatos previos y los peloteros que tomarían parte

“debían hacerlo bajo palabra de honor”. De igual modo se organizó un campeonato infantil integrado por los clubes Almendares, Colón, Fé, Náutico y Boston.

Pese a la prohibición explícita en los estatutos de la Liga, el equipo Central incluyó en su nómina a un pelotero de apellido Saumell, alias *el Gato*, quien había integrado la novena del Gastón, lo que provocó que muchos partidarios del béisbol pintaran en los edificios de la ciudad un letrero en que se leía: “El Central intervenido”. [59] Los cronistas deportivos que simpatizaban con el Cuba sugirieron no darle mucha importancia al asunto, pues se reconocía que si Central necesitaba un jugador norteño era debido a la imposibilidad de completar su nómina y para los del Cuba se juzgaba conveniente enfrentar a equipos fuertes, en lugar de vérselas con novenas de calidad mediocre.

Los acentos nacionalistas del béisbol también pueden observarse en hechos como el juego de los clubes Cuba y Central en los terrenos del cuartel Reina Mercedes, símbolo del fenecido poder español, con el anuncio de que el producto de sus entradas se destinaría a una colecta de fondos para festejar al recién electo presidente Estrada Palma. [142] El simbolismo político de este evento es de una densidad extraordinaria, pues se trataba del juego norteamericano, el deporte de los interventores, pero jugado por peloteros cubanos, de ideas independentistas en su mayoría, en un terreno vinculado hasta fecha reciente a la opresión colonial, con el objetivo de celebrar al primer presidente republicano. Un suceso de índole similar ocurrió en junio de 1902, cuando los integrantes de Cuba y Central adoptaron los nombres de Veteranos y Reserva para recaudar fondos destinados a los veteranos de Santiago de Cuba, con victoria de los “reservistas” de 9 por 6 y recaudación de 136 pesos.

Otro juego benéfico se celebró a inicios de julio, esta vez entre Cuba y un equipo denominado Invasor, para favorecer a las víctimas de un ciclón que asoló El Cobre, el cual concluyó con una recaudación de 324 pesos y una paliza de los “cubistas” a los “invasores”, perdedores con rotundo marcador de 17 por 0. Pero más allá del resultado del juego, destaca por su lenguaje patriótico una nota de prensa firmada por Victorino Portuondo, donde se hacía una sincera analogía entre los mambises del Ejército Invasor comandado por Maceo y los peloteros que jugaron en el equipo Invasor. Portuondo llamaba a los jugadores “valientes invasores” y los exhortaba: “...volved a batiros con el Cuba, con el Central, con los Franciscanos o cualquiera otra

novena que venga aun de Las Villas. Vuestro nombre es símbolo de triunfo, recordad al valiente Maceo y buscad un capitán tan digno como el que nos condujo a Occidente en el 95, de triunfo en triunfo hasta ver coronado nuestro esfuerzo con la independencia y soberanía de la República cubana". [83-84]

Lo cierto es que en los albores del estreno republicano, Santiago de Cuba vivió un éxtasis colectivo asociado a las prácticas del béisbol, donde los juegos contra novenas del ejército norteamericano, o entre los mismos equipos cubanos, expresaron los discursos y narrativas que afirmaban y fortalecían el imaginario patriótico y nacionalista²⁶³ de un país que, surgido de una cruenta guerra popular contra el colonialismo español, trataba de encontrar su propio destino en medio de la terrible asechanza del Imperio vecino.

Ello volvía casi impracticable el bando del alcalde municipal Emilio Bacardí, fechado el 9 de abril de 1902, donde ordenaba a la policía disolver las manifestaciones públicas no autorizadas de apoyo a los clubes de pelota, que recorrían las calles más céntricas con banderas y distintivos, interrumpían el tránsito y llevaban detrás una legión de muchachos gritando. El periódico *La Independencia* lo dejaba bien claro, al manifestar su oposición al bando, acusándolo de "repelente legalidad", que lo acercaba en el imaginario popular a los actos represivos de la dominación peninsular. La fiebre de la pelota había llegado a Santiago de Cuba para quedarse, como un poderoso ingrediente en el arsenal de símbolos de la cubanía que se mantiene hasta el presente.

La Habana, noviembre de 2012

263 Dos años más tarde, en 1904, otra figura pública vinculada con los mambises, Máximo Gómez Toro, hijo del Generalísimo, fue electo presidente del club de pelota San Francisco y en la gacetilla de *El Score* se dijo: "Esmalta esta página el retrato del bien querido joven Sr. Máximo Gómez Toro, entusiasta presidente del San Francisco BBC. *El Score*, al publicar el retrato del amigo y compañero, hace público el afecto que le profesa. Entusiastas probados como el Sr. Gómez, son lo que necesita el béisbol en Santiago de Cuba". [144]

AZÚCAR Y BÉISBOL EN CUBA

Para Alain Basail Rodríguez

Como ha señalado Antonio Benítez Rojo en su medular ensayo *La isla que se repite*, el Discurso de la Plantación ha sido durante siglos un referente esencial en la articulación de las identidades y la centralidad cultural del mundo caribeño.²⁶⁴ En la mayor isla de las Antillas, la imagen del ingenio de azúcar, desde las litografías de Eduardo Laplante para el lujoso libro de Justo Germán Cantero, pasando por los combativos versos de *La zafra* de Agustín Acosta, hasta la poética social de Nicolás Guillen, ha devenido un símbolo de compleja textualidad, ora como alegoría de la riqueza y el poder de una clase social, ora como atributo de la dependencia y el subdesarrollo de la nación. Dentro de esta heterogeneidad de tramas discursivas, el objetivo del presente texto es contribuir al trazado del mapa cultural del azúcar en Cuba, y para ello me quiero referir a las prácticas deportivas que se cumplen en ese espacio público privilegiado para la fiesta, la alegría y la diversión, imprescindible en cualquier central azucarero, que es el terreno de pelota.

Aunque el béisbol fue contemporáneo durante un breve tiempo del siglo XIX de la plantación y la institución esclavista, todavía en ese período era un pasatiempo “higiénico”, cuya práctica se hallaba reservada a personas blancas y de clases acomodadas, tal como lo demandaba su ideal positivista y aristocrático. La verdadera de-

264 Antonio Benítez Rojo: *La isla que se repite*, Editorial Casiopea, Barcelona, 1998, *passim*.

mocratización del juego de pelota y su conversión en parte de la cultura popular es un fenómeno del siglo xx, lapso en el que azúcar y béisbol se constituyen en un binomio inseparable, y esto tiene que ver no solo con el uso del tiempo libre de las personas en el batey del central, sino también, en las primeras décadas de la república, con las posibilidades de obtener capital real y simbólico, ambos como un eficaz mecanismo de ascenso social para los obreros de la caña.

Las razones para este desplazamiento del béisbol hacia los bordes de la ciudad, pasando de ser un deporte urbano y elitista, para convertirse en parte del paisaje rural cubano, con especial fuerza en las zonas de los grandes centrales, y en sede privilegiada de las narrativas nacionalistas de la primera mitad del siglo xx, son diversas; una interpretación de este fenómeno para la historia del béisbol cubano ha sido propuesta por Roberto González Echevarría en los términos siguientes:

Un hecho significativo en el desarrollo de la pelota en Cuba durante los 30 y 40 fue el surgimiento de jugadores, la mayoría pitchers oriundos del interior, que encarnaban un tipo ideal. Todos eran “guajiros” —rústicos puros de las provincias, no de la corrompida Habana— que se suponía personificaban la inocencia, la candidez y el vigor de la nación. [...]

Estos peloteros eran oriundos de una región mágica de la mitología nacional, situada en el campo, en la manigua redentora, donde se iniciaron las guerras de independencia contra España, un lugar privilegiado en el imaginario nacional. En ese ambiente pastoril, con ondulantes palmas reales meciéndose en el trasfondo y tallos de caña inclinados por el viento en primer plano, estos inocentes guajiros vivían en armonía con lo bello y lo natural, exentos de malicia y ambición.²⁶⁵

En realidad esta aureola bucólica solo tenía sentido en el discurso nacionalista burgués de la época, que mitologizó la figura del campesino cubano, estereotipando sus costumbres y su cultura. Esta idealización del universo rural, identificándolo con los valores primigenios de la nación, fue una función de la nueva hegemonía surgida después de la revolución de 1930, y según ha demostrado Fernando Martínez

265 Roberto González Echevarría: “Peloteros cubanos. Tres testimonios”, *Nueva Sociedad*, no. 154, Caracas, marzo-abril de 1998, pp. 87-88.

Heredia: “Una línea sutil [...] separaba la capacidad de negociación de los trabajadores urbanos organizados de la de los trabajadores rurales. Ante la ausencia de hechos favorables, la segunda república vivió la exaltación de la figura del ‘campesino’ —que convivía de manera curiosa con la coloquial subestimación del ‘guajiro’—, y la hegemonía burguesa tuvo que aprender a utilizar esa alabanza”.²⁶⁶

Dentro de este contexto de asimilación del béisbol y lo rural/campesino/azucarero a las narrativas del discurso nacionalista hegemónico, una parte no despreciable de los grandes jugadores de pelota cubanos del siglo xx surgieron de los centrales azucareros, jugaron béisbol en ligas azucareras y después llegaron incluso a equipos nacionales y algunos a las Grandes Ligas. Entre estos formidables jugadores de la etapa prerrevolucionaria que se iniciaron como peloteros en los centrales azucareros donde nacieron figuran, entre muchos nombres que pudieran citarse: Napoleón Reyes, natural del ingenio Santa Ana (actual Chile), en Oriente; Roberto Ortiz, apodado “El Gigante del Central Senado” (actual Noel Hernández), en Camagüey; Andrés Fleitas, oriundo del ingenio Constancia (actual 14 de Julio) en la provincia de Las Villas; Oscar Sierra, llegado del central Stewart (actual Venezuela) en Camagüey; Ángel Scull, nativo del central Merceditas (actual 6 de Agosto) en Matanzas y también de la región yumurina fueron Derubín Jácome, nacido en el central España (actual España republicana) y Antonio *Tony* Taylor, nacido en el batey del ingenio Álava (actual México). Incluso a uno de estos jugadores, que después actuó como manager en las Grandes Ligas, Pedro Gómez Martínez, se le conocía generalmente por su lugar de nacimiento, el central Preston (actual Guatemala), y así Pedro Gómez se convirtió, por un intercambio fonético, en Preston Gómez.

Toda esta mística del béisbol que se jugaba en los ingenios azucareros de la etapa republicana pronto pasó a la literatura, y fue narrada por Alejo Carpentier en su primera novela ¡*Ecúe-Yamba-Ó!* En el argumento de esta novela de juventud, las claves del deporte se combinan con la música y la política, en una metáfora del país

266 Fernando Martínez Heredia: “Nacionalizando la nación. Reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana”, en Ana Vera Estrada (comp.): *Pensamiento y tradiciones populares: estudios de identidad cultural cubana y latinoamericana*, CIDC Juan Marinello, La Habana, 2000, p. 45.

sometido al capital extranjero y al desgobierno de las élites criollas, donde no podemos olvidar que un general de la guerra de independencia devenido capataz de un ingenio estadounidense, Mario García Menocal, llegó a alcanzar la Primera Magistratura. Sin embargo, es en el precario estadio del ingenio San Lucio, con su trazado geométrico poblado de guizazos y un zapato clavado en el home, donde tienen lugar las proezas béisboleras de Antonio, primo de Menegildo, quien se gana los aplausos y la admiración de la numerosa afición por su fuerza al bate y velocidad en el corrido de las bases.²⁶⁷

Existen numerosos testimonios y anécdotas que recrean aquel mundo difícil, hostil y al mismo tiempo fascinante de las ligas azucareras. El equipo del ingenio Algodones (actual Orlando González), cerca del poblado de Majagua, llegó a contar en la década del treinta con una formidable novena que incluía a Regino Otero, Chino Valdivia, René Monteagudo, Tito Isla, Juanito Decal, Tata Alonso, Roberto Tarzán Estalella, Sungo Carrera y el que luego sería fenomenal pitcher zurdo de los Alacranes de Almendares Agapito Mayor. La narración que hizo Mayor a González Echevarría sobre su debut en aquel conjunto, enfrentando al poderoso equipo Santa Clara de Alejandro Oms refiere esta simpática estampa, digna del mejor costumbrismo criollo:

Digo yo: “¡Concho!”. Díceme el Chino: “Si no ganas te tienes que ir”. Digo: “Bueno, está bien”. Me acosté, pero primero me comí diez pares de huevos fritos. Llevaba un hambre del diablo. Eran las nueve de la noche. En la comercial esa del ingenio no había otra comida. Y me acosté, y me dice a mí el gallego Estévez, que estaba allí también: “Mayor, si tú no ganas te tienes que ir”. Digo yo: “Está bien”. No tenía zapatos. Me prestaron un par de zapatos que no me servían. Y le doy gracias a Dios. En una hora y diez minutos le metí nueve ceros al Santa Clara. Dícneme: “No, tienes trabajo aquí. A trabajar”. Y allí me quedé yo.²⁶⁸

Napoleón Reyes, recio bateador de los equipos de la Universidad de La Habana de la Liga Amateur, con el que fue líder en jonrones en la temporada de 1941, y del conjunto Almendares del circuito profesional, con el que alcanzó el liderato de triples en la campaña de 1945-1946, además de integrar los Gigantes de Nueva York y firmar

267 Alejo Carpentier: *¡Ecúe-Yamba-Ó!*, Editorial España, Madrid, 1933, p. 121.

268 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 92.

con los hermanos Pasquel en la temporada mexicana, recordaría que sus orígenes como pelotero fueron en los placeres del batey del ingenio Santa Ana, cerca de Santiago de Cuba. En la zona existía una liga de béisbol, que se componía del Central Palma, que contaba con un buen stadium, el Central Santa Ana, la Casa Bacardí y la Marina de Guerra, la cual, a juicio de Reyes:

Era una liga muy fuerte la de los centrales azucareros [...] De ahí salieron muy grandes jugadores [...] jugábamos una vez a la semana, y quizás algunos otros juegos, pero casi todos trabajábamos durante la zafra. Yo empecé a trabajar de las 12 de la noche a las doce del día, cuando los turnos eran de doce horas. Es decir, yo comencé de ayudante de químico azucarero en el central. A nosotros no nos pagaban mucho por jugar porque en aquella época no había dinero para eso. [...] El Central Palma tenía casi todos sus jugadores que eran trabajadores del Palma y nosotros trabajadores del Santa Ana. Había peloteros de color y blancos. Era una liga muy fuerte, muy fuerte, porque inclusive, a veces traíamos jugadores de La Habana para reforzar. Ahí pitcheó Adrián Zabala, pitcheó Ángel Cordeiro, el hermano de Reinaldo Cordeiro. En esa liga pitcheó Dihígo.²⁶⁹

Por esta misma época, en un ingenio de Las Villas, el Central Santa Teresa (actual Héctor Rodríguez), cerca del poblado de Siticito, se produjo un evento difícil de repetir en cualquier béisbol del mundo, y sucedió cuando jugaron por el equipo del ingenio nueve hermanos de apellido Torres, descendientes de un matrimonio venezolano emigrado a la Isla. El hecho se produjo el sábado 25 de diciembre de 1943, cuando vistiendo la franela del central los nueve hermanos, sin alterar sus posiciones, derrotaron al equipo La Juventud, del vecino poblado de Rodrigo. La victoria del Santa Teresa se concretó 5 por 3. El equipo, aconsejado en sus inicios por el gran Conrado Marrero, solía alinear con Eulalio como receptor; Delio, tercera base y lanzador; Rufino, torpedero; Melquíades, primera base, quien llegó a jugar en la Liga de Pedro Betancourt; José, Delfín y Crescencio como jardineros; Rolando, receptor y primera base y Santiago, segunda base y torpedero. Uno de los desafíos más emocionantes realizados por este singular equipo consanguíneo fue contra una novena del central camagüeyano Punta

269 Ídem, p. 96.

Alegre (actual Máximo Gómez), que resultó una apretada derrota de una por cero para los Torres. Según el testimonio de Delio, la jugada decisiva del partido se produjo de la siguiente manera:

En ese encuentro [...] Mister Jenkin, administrador del central camagüeyano que nos recibió, lanzó la primera bola. La faena de ambas novenas fue excelente. En la salida de la quinta entrada el primer hombre bateó fácil por segunda base y al caerle la bola a la primera base, reconvirtió en el único error del juego, (por) un rolling lento al cuadro pasó a segunda. Por un fly al right field pasó a tercera y un macucón por tercera se convirtió en el primer hit del juego, un fatídico 111 para los visitantes: un error, un hit y una carrera. En el sexto inning Jiquí Torres se hizo cargo del box. Delio pasó al short stop, Melquíades a primera base y se terminaron las carreras y los errores para ambas novenas.²⁷⁰

Un momento de gran importancia en la expansión del béisbol azucarero organizado fue la fundación en 1950 de la Liga de Base Ball Amateur Inter-Centrales Azucareros de Cuba, que tenía su sede en la ciudad de Morón, provincia de Camagüey. Su Directiva en 1954 la componían Aristipo Naranjo Romo (presidente), Ismael Oria Rodríguez (vicepresidente), Ignacio Cordero Hernández (tesorero), José Martín Pino (vicetesorero), Carlos Venegas Muiña (secretario) y Omelio Borroto de la Torre (vicesecretario). Entre los equipos campeones de este circuito azucarero descollaron el Central Cunagua (1950), Sociedad Deportiva Central Patria (1951), Central Vertientes (1952) y Sociedad Deportiva Central Algodones (1953).

En el norte de Oriente fue muy poderosa la Liga Popular, donde concurrían los centrales azucareros de la zona: Boston, Preston, Mayarí, Tacajó, Báguanos y San Germán. El campeón de esta liga celebraba una serie eliminatoria con equipos amateurs de occidente, con el objetivo de asistir al campeonato de la American Base Ball Congress, con sede en el estado de Michigan. El campeón cubano de 1951 resultó la novena del central Báguanos, la que tuvo un admirable

270 Citado por Leonor Esther Martínez Vázquez: "Una novena de leyenda: los hermanos Torres", *Signos*, Nueva Época, no. 47, Santa Clara, 2002, p. 163.

desempeño contra sus rivales nortños.²⁷¹ Otros ingenios como San Germán y Tacajó resultaron ganadores de la Liga Popular entre los años 1952 y 1954. También existió una Liga Azucarera de Las Villas y en la famosa Liga Provincial de Béisbol Amateur de Pedro Betancourt en Matanzas, fueron campeones los centrales Dolores (1945), España (1946, 1948, 1955, 1955), Por Fuerza (1952, 1953), Tinguaro (1958, 1959) y Cuba (1960).

Como hemos visto en los ejemplos anteriores, tomados de las cuatro grandes zonas azucareras de Cuba en la primera mitad del siglo xx: Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente, el béisbol que se jugaba en los ingenios era de un alto nivel y gozaba de enorme popularidad. Sin embargo, fue un equipo que representaba a un central azucarero del occidente, el Hershey, el que se mantuvo durante años como uno de los conjuntos más fuertes de la pelota amateur cubana, alcanzando en varias ocasiones durante las décadas del treinta y el cuarenta el título de campeones. Entre los jugadores más destacados de este team a lo largo de su historia estuvieron Pedro *Natilla* Jiménez, líder de los pitchers durante dos temporadas consecutivas, 1938 y 1939; el recio bateador Andrés Fleitas, quien estableció récord de jonrones con 8 en 1942, y el carismático torpedero Antonio *Quilla* Valdés, capitán del equipo Cuba en Series Mundiales de Béisbol Amateur y dos veces líder de bateo en 1935 y 1937, en ambas ocasiones con elevadísimos promedios de 396 y 395. De este último jugador siempre se recuerda su persistencia como jugador aficionado, sin saltar nunca al mundo de los profesionales, decisión motivada en buena medida porque se trataba de un empleado bien remunerado dentro de la plantilla del central, propiedad del capital norteamericano.

Después del triunfo de la Revolución, en 1961, tuvo lugar la desaparición de los torneos profesionales y de las diversas federaciones que coloreaban el panorama béisbolero cubano, entre ellas la antigua Liga Amateur y también las numerosas ligas azucareras. El central Hershey fue nacionalizado y su nombre cambiado por el de Camilo Cienfuegos, pero la ausencia de una novena que representara al mundo del azúcar en los predios amateur pronto fue restaurada, pues un nuevo equipo con el rótulo de Azucareros hizo su debut

271 Una admirable crónica de este viaje ha sido escrita por Rolando Bellido Aguilera en su bello libro: *El humo de Battle Creek*, Ediciones Holguín, Holguín, 2011.

en las recién estrenadas series nacionales de béisbol, en su primera edición del año 1962. En esa ocasión ocuparon el tercer escalón entre cuatro equipos, precedidos por el campeón Occidentales y el segundo lugar Orientales.

Este conjunto simbolizaba la región central del país, y se nutría de jugadores de la entonces provincia de Las Villas. Esta zona era ya desde finales del siglo XIX uno de los grandes emporios azucareros del país, y esa condición no disminuyó en las décadas iniciales de la vigésima centuria, por lo que se justificaba plenamente el nombre de aquel equipo, junto a otros similares que vendrían luego, como Henequeneros, de la región matancera; Ganaderos, que representaba a Camagüey; Industriales y Constructores, pertenecientes a la capital o Mineros, que correspondía a la provincia oriental.

Tales denominaciones, relacionadas con la actividad económica fundamental de cada uno de estos territorios, llevaba la impronta del discurso en la década del sesenta del pasado siglo XX, desarrollado sobre la base de la diversificación y despegue de la industria nacional, y en la sustitución de importaciones, proceso que alcanzó su máxima expresión productiva durante la Zafra de los Diez Millones, paralela a la cual se desarrolló un torneo especial de béisbol, conocido por esa razón como la "Serie de los Diez Millones". Curiosamente, el fracaso de aquella zafra gigante y el abandono del modelo autosuficiente, tuvo su traducción béisbolera en el hecho de que durante mucho tiempo, hasta fecha relativamente reciente, las estadísticas de aquel campeonato no se agregaban al récord individual de los peloteros que tomaron parte en ella. Quizás lo más perdurable de aquella prolongada serie sea el modo de narrar que impuso el comentarista de Radio Rebelde Juan Antonio *Bobby* Salamanca, quien estableció una ingeniosa analogía entre el léxico azucarero y las jugadas béisboleras. En la voz de Salamanca un ponche se transformaba en "azúcar abanicando", la explosión de un pitcher se materializaba "aplicándole la alzadora", una entrada promisoría ponía "a temblar el cañaveral" y un juego sin carreras mostraba "la guardarraya limpia", al tiempo que un jonrón solo podía tener nombre de añorada mujer "adiós Lolita de mi vida..."²⁷².

272 Ver la crónica de homenaje que le dedicó Eddy Martín a Salamanca en su libro *Memorias a los setenta y...*, pp. 89-92.

Volviendo al equipo Azucareros, durante toda la primera mitad de los años sesenta fue un equipo discreto, a pesar de tener excelentes lanzadores, alcanzando otros dos terceros lugares en las series de 1963-1964 y 1967-1968, pero al año siguiente sorprendieron al siempre favorito Industriales y lo relegaron al segundo puesto, llegando a la cima de la pelota cubana guiados por un joven mentor debutante que respondía al nombre de Servio Tulio Borges. Para demostrar que aquel primer triunfo no había sido casual, volvieron a repetir lauros en 1971 y 1972, conducidos por Pedro Delgado y de nuevo Servio Borges. Con su sonoro apelativo de príncipe romano, Borges logró transmitirle valor, astucia y confianza en sus habilidades a un puñado de jóvenes promesas, entre las que descollaba por su enorme poder al bate un guajiro recién llegado de la Sierra del Escambray llamado Antonio Muñoz Hernández.

La fuerza del equipo había sido anunciada desde mucho antes, y ya en 1968 José Pérez había ganado, jugando con Azucareros, el título de bateo individual (.328), y entre los pitchers fueron líderes Modesto Verdura en carreras limpias (1.58 en 1963) y juegos ganados (7 por 1 en 1963), al que se unirían otros dos grandes: Aquino Abreu (10 por 1 en 1969) y Rolando Macias (6 por 0 en 1970). Otros lanzadores destacados que vistieron la franela de Azucareros fueron Jorge Santín, Román Águila, Aniceto Montes de Oca, y el inolvidable José Antonio Huelga, autores ambos de sendos juegos de no hit no run en el béisbol cubano, Montes de Oca a Pinar del Río, el 21 de enero de 1971, y Huelga a Granjeros, el 14 de enero de 1968.²⁷³

Entre los nombres citados, muchos de ellos se iniciaron como peloteros en las ligas azucareras previas a la revolución. Según el testimonio de Modesto Verdura, concedido a Leonardo Padura y Raúl Arce, la primera vez que lanzó un juego de pelota fue a los 18 años en una colonia de caña cerca del pueblo de Florida, Camagüey. También recordó que su primer campeonato organizado fue en 1956 en un equipo juvenil del central Tuinicú (actual Melanio Hernández), donde al terminar el torneo tuvo que volver a las labores de la zafra: "...esta era una época muy dura, porque teníamos que cortar caña desde

273 Todos los datos estadísticos referidos al equipo Azucareros y sus integrantes han sido tomados de la *Guía Oficial de Béisbol*, Editorial Deportes, La Habana, 2003.

la madrugada y jugábamos un rato por la tarde y los domingos”.²⁷⁴ Después de la Revolución jugó en un equipo del ingenio Algodones (actual Orlando González) para la Liga Azucarera, período en que para poder asistir a los partidos, como no tenía dinero, debía ir caminando desde su natal Ojo de Agua hasta Majagua “con una bolsita donde llevaba mi trajecito de saco de azúcar”.²⁷⁵

Aquino Abreu, por su parte, se dio a conocer con un equipo del central cienfueguero Manuelita (actual 14 de Julio) en 1958²⁷⁶ y el gran receptor Lázaro Pérez se inició con una novena del central Jaronú (actual Brasil) en un partido contra el conjunto del ingenio Cunagua (actual Florida), ambos de la antigua provincia camagüeyana, en 1956. En aquel desafío Lázaro, entonces un negrito flaco y bajito, salió de emergente en el séptimo inning y dio jonrón con las bases llenas, en un precario stadium donde los límites del terreno de juego eran marcados en el center field por unas matas de mangos. Según contó mucho tiempo después: “A partir de ese día empecé a jugar como regular y me apodaron Yarini —parece que me vieron estampa de chulo, ¿no?”.²⁷⁷

Sin embargo, aunque no nació en el batey de un central, sino en la finca No. 5 de Condado, en el corazón del macizo montañoso de Guamuhaya, la súper estrella de Azucareros durante la década del setenta del pasado siglo xx fue su primera base Antonio Muñoz, máximo anotador en 1972 (51) y 1974 (54); líder en dobles en 1971 (19) y en jonrones en 1974 (19) y 1976 (13), además de encabezar los departamentos de impulsadas en esas mismas series con 68 y 35 respectivamente. Por si no fuera suficiente, el respeto que le tenían los tiradores contrarios se tradujo en el liderato de bases por bolas recibidas en 1972 (55, 18 intencionales), 1973 (62), 1974 (66, 15 intencionales) y 1977 (35). Complementaba la formidable faena ofensiva de Muñoz su compañero de equipo, el tercera base Pedro José *Cheíto* Rodríguez, quizás el mayor

274 Leonardo Padura y Raúl Arce: “Modesto Verdura: leyenda y modestia”, en *Estrellas del béisbol*, Casa Editora Abril, La Habana, 1989, p. 163.

275 *Ibidem*.

276 Leonardo Padura y Raúl Arce: “Aquino Abreu: sin hits... ni carreras”, *Ídem*, p. 77.

277 Leonardo Padura y Raúl Arce: “Lázaro Pérez: de los rabichonchos a la gloria”, *Ídem*, p. 98.

slugger natural que ha dado Cuba, quien encabezó los batazos de cuatro esquinas en 1977 (9) y las impulsadas ese mismo año con 45.

Más, no solo fue la potencia ofensiva lo que distinguió a los Azucareros en sus diferentes etapas, sino sobre todo su elaborada táctica y depurada técnica, la velocidad en las bases de un Emilio Madrazo o un Juan Díaz Olmos, el bateo oportuno de un Owen Blandino, la seguridad en la defensa de un Silvio Montejó, los reflejos de un Pedro Jova y la inteligencia de su receptor Lázaro Pérez. A lo anterior se sumaba una enorme pasión por el juego, una vergüenza deportiva sin fisuras y una entrega sin límites en el terreno. Esa cualidad de nunca darse por vencidos, su permanente combatividad y la capacidad para explotar las flaquezas del contrario hicieron de los Azucareros de las décadas del sesenta y setenta del siglo xx un equipo mítico de la pelota cubana, cuya inspiración de algún modo conservan sus herederos de la provincia de Villa Clara, quienes ostentan como símbolo un central azucarero de color negro sobre fondo anaranjado.

Después de la Nueva División Político Administrativa de 1976, el equipo Azucareros sobrevivió con ese nombre un breve tiempo, ya sin sus principales figuras, que pasaron a jugar en las recién creadas provincias de Cienfuegos Sancti Spíritus y Villa Clara, y si bien nunca volvió a ganar otro campeonato (fue solamente tercero en 1973 y 1974), hasta su desaparición como conjunto, la mística de sus jugadores y la leyenda de sus triunfos siguió flotando en el aire, más allá de las altas torres de los ingenios que le dieron nombre.

Para terminar, quiero referirme nuevamente la béisbol que se juega en los bateyes de lo centrales azucareros. En la actualidad, a pesar del desmontaje de una parte importante de la planta industrial azucarera del país, persiste un circuito de béisbol entre los centrales y se juega un torneo de carácter nacional entre los clubes vencedores de sus respectivas zonas. Pero este campeonato tiene un carácter marginal dentro del universo del béisbol organizado en Cuba y se encuentra totalmente eclipsado desde el punto de vista informativo y estadístico por la serie nacional, el principal espectáculo deportivo de Cuba. Incluso, en las ocasiones en que partidos de la Primera División tienen como escenario los bateyes de los centrales, en muy contadas ocasiones son televisados al resto de la nación.

Nadie, excepto los habitantes del batey y sus alrededores, conocen los nombres de estos jugadores, y en los periódicos nacionales y provinciales no aparece información suficiente sobre la actuación

de los equipos, récords, estadísticas individuales y otros aspectos de interés del juego de pelota. También resulta infrecuente que algún jugador del circuito azucarero pase a formar un colectivo de serie nacional o integre un team Cuba. De todas maneras, creo que el béisbol azucarero debe persistir, aunque no se le conceda hoy toda la importancia que merece, porque de algún modo sigue llenado de alegría y otorgando un sentido lúdico a las vidas de las personas que habitan el mundo, hoy en decadencia, del central y de la caña.

La Habana, noviembre de 2004

LOS CELOSOS GUARDIANES DE LA MORAL

Para Víctor Joaquín Ortega

El 24 de febrero de 1922 quedó establecida la estructura encargada de normar, organizar y dirigir las prácticas deportivas de carácter no profesional en Cuba, llamada Unión Atlética de Amateurs (UAA). En sus inicios fue una organización de las élites y clases medias que podían hacer deportes sin recibir ningún tipo de remuneración a cambio, apegada a la filosofía clasista y discriminatoria del paradigma deportivo británico del siglo XIX, que reservaba el campo de las prácticas atléticas a aquellos miembros de la aristocracia y la burguesía considerados caballeros o “sportman”.²⁷⁸ En sus estatutos fundacionales quedaba claro que entenderían por “amateur” a: “aquel que practica el sport única y exclusivamente por afición, en atención al placer que experimenta y a los beneficios físicos y mentales y sociales que del mismo se derivan, siendo para él el sport solamente un pasatiempo”.²⁷⁹

Del principio anterior se derivaba que los atletas aficionados no podrían competir por dinero o apuestas bajo ninguna circunstancia; tampoco era permitido enseñar, preparar o dirigir equipos deportivos con fines de lucro y nunca debían participar en competencias

278 Véase Pierre Bourdieu: *¿Cómo se puede ser deportista?*, ob. cit., pp. 193-213.

279 *Estatutos, Reglamento y Tabla de Penalidades de la Unión Atlética de Amateurs de Cuba*, año 1933, 2da. edición con modificaciones hechas en 1936, capítulo V: “De los Amateurs”, p. 3. Salvo que se indique lo contrario, toda la documentación primaria citada en el texto procede del archivo del autor.

o exhibiciones contra rivales que no fueran amateurs afiliados a la UAA. Había otras prohibiciones, todas relacionadas de una forma u otra con el hecho de recibir directa o indirectamente algún beneficio económico de la práctica deportiva, incluyendo la realización de publicidad, premios y propaganda asociados al nombre de un atleta amateur. Quienes incurrieran en faltas a este reglamento podrían ser multados o suspendidos por determinados períodos de tiempo, en dependencia de la gravedad de la falta cometida, incluyendo la inhabilitación de por vida, es decir la pérdida permanente de la condición de amateur, en aquellos casos considerados muy graves, como participar en eventos con nombres falsos, cometer fraudes, realizar apuestas, representar a otros equipos y recibir algún tipo de pago por practicar deportes.²⁸⁰

El béisbol, que ya contaba con una liga amateur desde 1905²⁸¹ y una Liga Nacional desde 1914,²⁸² se incorporó a la UAA en el mismo año 1922 y se convirtió en uno de los deportes emblemáticos del circuito aficionado, aunque conservó su autonomía, lo que implicaba que no aceptaría jugar contra equipos que no fueran miembros de dicha corporación; al decir de Roberto González Echevarría, el club que sirvió de modelo al resto de los conjuntos de pelota fue el Vedado Tennis Club, “incluso cuando otras asociaciones más modestas comenzaron a sumarse a la liga”.²⁸³ Con el tiempo, los equipos de pelota amateur de clase alta, como el Vedado Tennis Club y el Habana Yatch Club, debieron convivir junto a otros que representaban

280 Ídem, pp. 32-37.

281 Todo el béisbol que se jugó en Cuba desde la década del setenta hasta inicios de la década del noventa (siglo XIX) fue amateur, pero aquí nos referimos a la pelota amateur organizada en el siglo XX.

282 La Liga Nacional de Base Ball Amateur tuvo al intelectual José Sixto de Sola como primer presidente, el doctor José L. Pessino como secretario y Augusto Muxo como tesorero. Los primeros delegados ante la Liga fueron el doctor Guillermo de Zaldo por el Vedado Tennis; Gustavo Gutiérrez, por el Instituto de La Habana; Miguel Suárez, por la Sociedad de Marianao y el arquitecto y posteriormente alta figura del Comité Olímpico Internacional, Miguel Ángel Moenk, por el Club Atlético de Cuba. La Liga mantuvo un carácter extraoficial hasta el 26 de abril de 1917, fecha en que la inscribieron en el Registro de Asociaciones del Gobierno Provincial de La Habana

283 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Editorial Colibrí, Madrid, 2004, p. 357.

asociaciones diversas de clases medias, profesionales y estudiantes (Casino Español, Circulo Militar y Naval, Fortuna, Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños, Liceo de Regla, Universidad de La Habana), ciudades del occidente cubano (Artemisa, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos), empresas comerciales (Teléfonos, Cuban Electric Company) y centrales azucareros (Hershey Sports Club). Para todos estaba vigente la ley no escrita de la discriminación racial²⁸⁴ y la más férrea prohibición de realizar juegos con o contra profesionales, o violar de alguna manera los reglamentos del amateurismo. Sin embargo, este riguroso código “aristocrático” estuvo lejos de cumplirse cabalmente, y la UAA tuvo que enfrentarse desde un inicio a numerosas contravenciones, indisciplinas y fraudes relacionados con actividades ilícitas de sus asociados.

Desde el mismo año 1922 se produjeron denuncias en el sentido de que muchos individuos considerados amateurs, particularmente en el juego de pelota, habían tomado parte en experiencias profesionales diversas. Ante esta situación, el delegado ante la UAA de la Asociación Sportiva Aduana (ASA), proponía no aplicar la legislación con energía, so pena de que ello traería aparejado “la muerte del Base Ball Amateur en Cuba”. En su lugar sugería que quienes hubieran jugado como profesionales debían ser “amnistiados” por una sola vez “...pero haciéndoles presentes que de llegar a oídos de esta Unión, la más insignificante noticia de aceptación de dinero, o cosa análoga, en remuneración a sus servicios, entonces, en el acto y sin más investigación, retirarlo de la Unión, y castigar al Club que tal haga, con una suspensión de seis meses, o una multa, no menor de cien pesos”. En opinión de este directivo, de no actuar con flexibilidad y aprobar la amnistía, “obligaríamos a esos individuos a ser profesionales, [...] y por ende a morir el sport por el que nosotros estamos obligados a velar”.²⁸⁵

284 Solo en la década del cincuenta algunos peloteros negros integraron el circuito, como Eduardo *Titirite* Cárdenas del Fortuna, y más tarde el Teléfonos fue el equipo que tuvo mayor cantidad de negros, entre ellos Alfredo Street, Ricardo Lazo y Cachirulo Díaz. Pese a ello, a finales de 1955 la UAA le negó la entrada en sus filas a la Sociedad Juan Gualberto Gómez de Regla, integrada por negros y mulatos.

285 “Carta del Delegado de la ASA a la UAAC”, Habana, septiembre 20 de 1922.

Un proceso notable en la época, de un atleta acusado de jugar profesional siendo miembro nada menos que del equipo de pelota del Habana Yatch Club, fue el de Silvio O`Farrill Hernández,²⁸⁶ quien argumentó en su defensa, en misiva dirigida al Gobernador Provincial de La Habana en el verano de 1928, que había viajado a la ciudad estadounidense de Tampa “inspirado por determinados cronistas de sport de la prensa habanera [...] con el propósito de practicar el base ball profesional”. Refirió que una vez allí se dio cuenta de que había sido engañado, pues no se le ofreció ningún contrato, por lo que regresó sin haber tomado parte en ningún desafío profesional. En su opinión, la UAA lo había declarado “profesional” perjudiciada por los rumores propalados por la prensa y no había tomado en cuenta su trayectoria como amateur, jamás perdida. En consonancia, rogaba a la máxima autoridad civil revocar el acuerdo de la UAA “por ser injusto e ilegal, perjudicar los intereses del recurrente como amateur, así como a la juventud cubana y sus sports, dada la improcedencia de tal decisión”.²⁸⁷ La prensa deportiva salió en defensa del Chino O`Farrill diciendo:

¡Qué doloroso es para todos aquellos que tienen alguna relación con el sport amateur en Cuba, conocer el fallo definitivo del Comité Ejecutivo que condena a uno de nuestros mejores atletas [...], a vegetar en el bajo fondo del profesionalismo! [...] Figuraba en el team de baseball del Habana Yatch Club cuando sobre él recayeron las ardientes iras de los celosos guardadores de la moral, siendo irradiado del campo amateur por solo haber pretendido ingresar en el profesionalismo, pretensión que muy lejos estuvo de ser un hecho, pues si bien es verdad que practicó con el club Tampa de la Liga de la Florida, integrado por profesionales, no menos verdad es que nunca tomó parte en ningún juego y jamás recibió retribución alguna por su trabajo, al extremo de que el costo del viaje de ida y vuelta

286 Silvio O`Farrill había integrado como lanzador el equipo que asistió a los I Juegos Centroamericanos de México en 1926, y además de pelotero era un notable nadador.

287 “Carta de Silvio O`Farrill Hernández al Gobernador Provincial de La Habana”, Habana, julio 21 de 1928.

a dicha ciudad y la estancia en la misma corrió cargo de su peculio particular.²⁸⁸

Con frecuencia, la manera que tenía la UAA de conocer las infracciones en que incurrían sus jugadores sindicados provenía de confidencias hechas por personas particulares, quienes creían fervientemente en la pureza del ideal amateur y entendían un deber moral alertar a los federativos aficionados. En febrero de 1929, el matancero Arturo Hernández remitía al presidente de la UAA el programa de un desafío pactado entre las Estrellas de Dihígo y el club local Piratas compuesto este último “de jugadores profesionales y algunos titulados amateurs por estar inscritos en esa respetable Unión; y como sé perfectamente que Vd. ignora que se le está engañando a esa institución es por lo que se lo comunico, para que tenga a bien y en beneficio del sport amateur se traslade a esta ciudad o mande algún miembro de la misma y presencie dicho desafío”.²⁸⁹ A la gravedad de jugar con profesionales se añadía el hecho de que algunos peloteros lo hacían con nombres falsos: A. Martínez en realidad era Manuel Rodríguez, pitcher del club Policía y vecino de Limonar; E. Fernández era el seudónimo de Félix López, excácther del club Cárdenas y E. Álvarez en realidad se apellidaba Simpson y jugaba también para la Policía. Esta denuncia se acompañaba de la petición de reconocer como amateur al doctor Martín Junco “...que toda Matanzas sabe no ha cobrado nunca un centavo y ha contribuido con su ayuda monetaria y personal al sostenimiento del sport aquí. Así es que como soy amigo del dicho Dr. Junco y no conformándome con tal injusticia, es por lo que me tomo esta libertad para que se castigue al que de por sí no puede pertenecer a esa Unión”.²⁹⁰

Un aficionado indignado, que firmaba como Oscar Boyle, denunciaba en 1930 que el atleta de la Universidad de La Habana, Rodolfo *Fofo* Caballero, tenía empeñadas tres medallas en la casa de empeños La Casa Quintana, sita en San José 83, entre Gervasio y Escobar, e instaba al Presidente de la UAA a pasar personalmente para verlas “... porque se las enseñan a todo el que quiera; ya está vencido el empeño y el empeñista las vende a \$ 15.00”. La acusación terminaba pidiendo

288 G. Argudín: “Del mundo deportivo”, *La Discusión*, Habana, 1928.

289 “Carta de Arturo Hernández al Presidente de la UAAC”, Matanzas, febrero 21 de 1929.

290 *Ibidem*.

“...acabar con los falsos amaters [sic] porque estamos cansados de tanto engaño”.²⁹¹

Estas prohibiciones y proscipciones tornaban dificultosas numerosas iniciativas populares que buscaban obsequiar o simplemente halagar a sus ídolos deportivos, como fue notorio en el caso de Conrado Marrero, el extraordinario lanzador que jugó con el Cienfuegos Sport Club en la década del cuarenta del siglo xx, a quien sus admiradores quisieron en junio de 1945 entregar un diploma de Honor y Mérito, una medalla de oro y un álbum con la firma de sus simpatizantes, para todo lo cual debía contarse con la autorización del presidente de la UAA.²⁹² Meses antes, en diciembre de 1944, el Departamento de Publicidad de la Casa Mimbres de Cienfuegos, dedicada a comercializar muebles y ferretería, había decidido publicitar unas fotografías de Marrero y Charles Pérez, lo que provocó una carta de la UAA con la suposición de que ambos habían cobrado por dicha difusión y la prohibición de publicar las fotografías. La respuesta de dicha entidad comercial fue que:

El único aliciente de que goza el atleta amateur en nuestro país, es el aplauso de los terrenos deportivos y la publicidad que tan cariñosamente y profusamente le brinda la prensa de la capital y la del interior de la República. Esto último y no otra cosa fue lo que nos animó, como halago a dedicarle esta salutación a esos dos valientes y modestos héroes villareños a la vuelta a la Patria, después de una serie interrumpida y de caracteres violentos, que siempre hemos de recordar con tristeza.²⁹³

Un caso que podría parecer superficial fue el consultado por Francisco Pérez, atleta del Círculo de Artesanos y trabajador de una fábrica de tejidos en Calabazar, quien preguntaba si el regalo de un suéter con el escudo de su club, que querían obsequiarle sus compañeros de labor en público antes de comenzar un partido con el Deportivo Matanzas, conllevaba a la pérdida de su condición de

291 “Carta de Oscar Boyle al Presidente de la Unión Atlética”, La Habana, enero 15 de 1930.

292 “Carta de José Alberto Martínez a Jose Aixala”, La Habana, junio 5 de 1945.

293 “Carta de R. Peña de Armas a Laureano Prado Clarck”, Cienfuegos, diciembre 2 de 1944.

amateur. La respuesta, razonable en este caso, fue que no afectaría su condición de aficionado por el escaso valor de la prenda en cuestión.²⁹⁴ Hubo ejemplos de perseverancia admirable en aquellos peloteros que, como Francisco Clavel Jiménez, descalificado por haber jugado profesional, esperó diez años para ser rehabilitado como amateur y, como le expresa en carta a Laureano Prado “...haciendo promesa de acatar en todas sus partes el reglamento de la UAA de Cuba, suplica del Comité Ejecutivo su rehabilitación”.²⁹⁵

La solidaridad con un jugador amateur en problemas con el organismo rector podía llegar a convertirse en un asunto de interés nacional, como lo prueba el caso del estelar torpedero del central Hershey, Antonio *Quilla* Valdés, por el cual reclamaron en 1941, entre otros muchos, un grupo de 48 mujeres del poblado de El Santo, provincia de Las Villas, encabezadas por la costurera Zobeida Pérez Andreu quienes expresaban:

Señor Presidente y demás directivos: Nosotras las mujeres que firmamos la presente somos fanáticas del base ball. Simpatizamos mucho con la labor que hace años realiza el organismo que usted preside, sin embargo hoy deseamos que perdonen a Quilla Valdés para que pueda jugar en la serie mundial que se avecina. Pepe Conte dice que ese problema puede resolverse en bien de la patria y así lo aseguran otros periodistas destacados de la capital. Y si perdona Dios, si perdonan las leyes, ¿por qué motivo no van a perdonar los hombres? Ojalá que ese alto organismo que usted preside, que tanta gloria le ha dado a Cuba, rinda un servicio más al deporte cubano dándole el perdón a Quilla Valdés para complacer a millares de fanáticos que desean que el mejor short stop ocupe dicha posición.²⁹⁶

En El Santo llegó a constituirse un Comité Nacional Pro-Perdón para Quilla Valdés, presidido por Jacinto Zamora González. El vocal de este Comité, Suitberto Tabares, consideraba a Quilla: “el mejor player que ha producido el base ball amateur cubano en todos los tiempos”

294 “Carta de José R. Castañeda al Presidente de la UAAC”, La Habana, junio 5 de 1945.

295 “Carta de Francisco Clavel Jiménez a Laureano Prado”, La Habana, marzo 27 de 1936.

296 “Al Sr. Presidente de la UAAC”, Santo, agosto 11 de 1941.

y ponderaba “que la modestia y decencia del atleta mencionado, le han ganado fama extraordinaria en todos los círculos deportivos de la República”.²⁹⁷ Suitberto Tabares llegó a redactar en agosto de 1941 un documento acompañado con 88 firmas en pro de la rehabilitación plena de Quilla Valdés. Otro grupo de aficionados villareños, esta vez del San Diego Base Ball, enviaron en julio de 1941 una comunicación a Genaro Suárez, Presidente de la UAA, donde lo exhortaban a permitirle a Quilla Valdés jugar en la Serie Mundial, pues “...tenemos que ganar el próximo campeonato mundial, para bien del deporte en Cuba y para nuestra buena propaganda turística”.²⁹⁸

Finalmente, tomó cartas en el asunto el coronel Jaimé Mariné, Director General de Deportes, quien le escribió a Genaro Suárez una misiva conciliadora, donde le informaba que: “En la Dirección General Nacional de Deportes se han recibido cientos de cartas pidiendo la inclusión de Antonio (*Quilla*) Valdés en la selección cubana de Base Ball que ha de jugar en la próxima Serie; y en casi toda la correspondencia se nos dice que el muchacho tiene dificultades dentro de la UA de A, en relación con su elegibilidad”. La referencia a Valdés con el trato familiar de “muchacho”, indica la simpatía que sentía Mariné por este pelotero, y su interés quizás en ayudarlo a integrar el equipo nacional cubano.²⁹⁹ También se interesa Mariné en conocer la condición de “amateur puro” de otros peloteros potencialmente elegibles a la selección criolla, como Argelio del Castillo y José Luis García, del club Regla; Galate Gómez y Leandro Pazos, del club ADC; Juan Ealo, del club Fortuna; E. del Sol, del club Hershey; Juan Decall, del

297 Recorte de prensa en archivo del autor.

298 “Carta del San Diego Base Ball Club a Genaro Suárez”, San Diego del Valle, Las Villas, julio de 1941.

299 Quilla Valdés, considerado el mejor jugador amateur de su época, había sido suspendido en 1938 por jugar contra profesionales y perdió cuatro años, por lo que finalmente no hizo el equipo Cuba a la IV Serie Mundial Amateur, celebrada en La Habana en octubre de 1941, ocupando su lugar Clemente González, quien resultó el segundo mejor bateador cubano del certamen, con promedio de 395. Recobró su puesto al año siguiente, en 1942, cuando encabezó el departamento de hits del torneo con 16 y promedió para 302. Véase *Memoria de los campeonatos mundiales de béisbol aficionado*, Ediciones Deportivas, La Habana, 1971.

club Teléfonos y Antonio Riestra y Julián Bercedo, del club Atlético de Santiago de Las Vegas.³⁰⁰

Años más tarde, en 1944, la situación se había agravado al extremo de que ya la prensa, lejos de solidarizarse con los peloteros amateurs, se hacía eco de numerosas denuncias. Así sucedió con dos cronistas deportivos del periódico *El Camagüeyano*, Francisco Sariol Barreto y Humberto Rius Sariol, quienes enviaron al Comité Ejecutivo de la UAA un documento con una larga lista de peloteros que habían violado los reglamentos entre los años 1942 y 1943. Los cargos en su contra incluían jugar contra atletas profesionales en los casos de Mario Díaz, C. Valdés, Clemente González, V. Quesada, Herrera, Morenza, Ramírez, A. García y J. García del club Teléfonos; Ramón Gómez, Agustín Cordeiro, Francisco Moreno, Juan Ealo, José Ricardo Hernández, Apeles Peñalver y Bautista Aristondo, del club Fortuna; Alejandro Gómez, Juan Moreno, Mario Morera, R. Blanco, Armenio Torres, Juan Mir y Abelardo Ramírez, del club Círculo de Artesanos; Orestes Pereda del club Artemisa; Esteban Maciques, del club Deportivo Cárdenas; Clemencio Viera, del Círculo Militar y Naval; Mario Díaz, Rogelio Martínez, Ángel Catayo González, Sandalio Consuegra, Rouget Avalos, Marcos Monroe, Derubín Jácome, Esteban Gallard, Ángel Fleitas, Curro Pérez, Gustavo Ubieta y A. Zúñiga del club Deportivo Matanzas; Ortelio Julián, del club Deportivo Rosario y Juan Novo, del club Santiago de las Vegas.³⁰¹

Por jugar con profesionales resultaban inculpados Isidoro León, para el club Morón; Pedro *Natilla* Jiménez, Conrado Marrero y Orestes Pereda en el club Cromo;³⁰² Erasmo del Monte, Antonio

300 “Carta de Jaime Mariné a Genaro Suárez”, La Habana, 16 de agosto de 1941.

301 “Al Comité Ejecutivo de la UAAC”, por Francisco Sariol Barreto y Humberto Rius Sariol, La Habana, 23 de febrero de 1944, p. 1.

302 “En uno de los mejores momentos del equipo camagüeyano, enero de 1943, sobrevino una de las grandes controversias sobre el amateurismo en Cuba, provocada por la Unión Atlética Amateur (UAAC), al abogar por la suspensión de los amateurs Bernardo Cuervo y Conrado Marrero, acusados de cobrar. Eliecer Alvarez, Oliverio Ortiz, Franco y Manresa también recibieron acusaciones de aceptar dinero y lo cierto es que Cromo realizaba pagos a escondidas, algo inevitable en la época y de lo cual se hacía la vista gorda la UAAC siempre que no existieran pruebas comprometedoras”, Veáse: Oreidis Pimentel Pérez,

Dinamita Rivero y Francisco Suárez Torres en el club Deportivo Avileño. A muchos de estos jugadores se les censuraba también por la representación con nombre falso del pelotero profesional Mario Lecubet ante los clubes Fortuna y Círculo de Artesanos, bajo el alias de Mario Fernández. Catayo González recibía además la reprobación de haber jugado en el club Contramaestre junto a profesionales de la talla del Chino Hidalgo y Rafael Son Noble. Otras contravenciones denunciadas por jugar con nombres falsos se referían a los pitchers Antonio Estrella, con el nombre de A. Luna y Julio Moreno, con su mote de Jiquí. También se censuraban aquellos peloteros por representar a clubes a los que no pertenecían legalmente y cobrar por partidos de exhibición. Nuevamente Catayo González era señalado por lanzar para el Zulueta Sport Club y el Santa Clara, integrados en su mayoría por profesionales; Asimismo Natilla Jiménez y Conrado Marrero, quienes actuaron en varias ocasiones con el Cromo y Julio Jiquí Moreno con el Deportivo Avileño.³⁰³

Obviamente, tanto los jugadores como quienes los contrataban sabían que estaban violando las estrictas reglas del amateurismo, y que ello suponía un castigo que podría llevar a la suspensión definitiva. Uno de los inculpados en la lista de los periodistas camagüeyanos, Ortelio Julián, vecino del central Tuinicú, fue llamado a declarar a la capital el 11 de mayo de 1944, alegando que no era él quien aparecía bajo el nombre falso de A. García, jugando por el club Zulueta contra el Cromo el 7 de noviembre de 1943, “y que le resulta difícil creer como lo pueden denunciar achacándole jugar segunda base cuando siempre ha sido outfielder”. También negó conocer a los señores Sariol y Ríus y dijo que en la fecha mencionada no estaba en Camagüey, sino en el central Tuinicú, amén de que hubiera podido jugar por el Zulueta sin infringir el reglamento, toda vez que llevaba más de dos años sin competir como amateur y no tenía necesidad de ocultar su verdadero nombre.³⁰⁴

Aun así, algunas ligas pedían a la UAA que fuera flexible en la aplicación de sus normas, como lo hace la Liga Nacional de Base Ball Semi Profesional en carta firmada por su presidente José Hoyo

“Cromo: la leyenda dorada del béisbol camagüeyano”, *Cuadernos de historia principieña*, no. 9, Editorial Acana, Camaguey, 2011.

303 Ídem, pp. 2-4.

304 “Declaración de Ortelio Julián Salinas”, La Habana, 11 de mayo de 1944.

Castillo, de 7 de noviembre de 1942, en que argumentaba contra la prohibición de que los amateurs y semi profesionales pudieran competir en partidos de exhibición o beneficencia:

Considerando que ese acuerdo nos afecta directamente ya que la mayor parte de los teams Semi-Pro celebran juegos de exhibición en el interior de la República contra teams Amateurs, y también celebran esos mismos desafíos en la ciudad, y en la mayor parte de los casos en juegos de Beneficios indistintamente a favor de clubs Amateurs como Semi-Profesionales, y nunca con ánimo de lucrar en dichos desafíos, es por lo que pedimos de ese alto organismo que dicha medida sea modificada, con el objetivo de evitar asperezas, ya que entre los dos organismos han existido hasta el presente los mejores lazos de cordialidad, hasta el punto de que mientras el Campeonato Amateur estaba terminando ninguno de los Clubs Semi-Pro celebró juegos en Stadiums capitalinos con el objeto de no afectar las entradas de los juegos Amateurs.³⁰⁵

Otros equipos amateurs, como el Deportivo Matanzas, defendieron su derecho a jugar contra clubes semi profesionales como el Cromo Minning de Camagüey, argumentando en una carta de su presidente Enrique Viera Gavilán a las autoridades de la UAA, en enero de 1943, que por Reglamento les asistía el derecho de realizar dichos juegos de exhibición solicitando autorización al organismo con 48 horas, requisito que había sido cumplido. Además, estaba el hecho evidente, de que: "Clubs amateurs afiliados a la Unión, de tanto cartel como el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños, con su pitcher Estrella a la cabeza, el Teléfonos, el Fortuna, y otros, han celebrado sendas series con el referido Cromo Minning, en idénticas condiciones que las verificadas por el Deportivo Matanzas, estando en vigor el precepto reglamentario que como pena se aplica, sin que aquellos hayan sido ni siquiera amonestados".³⁰⁶

305 "Carta de la Liga Nacional de Base Ball Semi Profesional al Presidente de la UAAC", La Habana, 7 de noviembre de 1942.

306 "Carta de Enrique Viera Gavilán al Sr. Presidente de la UAAC", Matanzas, enero 8 de 1943, p. 2.

Comoquiera que los viajes al interior del país servían para ocultar las faenas con o contra profesionales, el Club Deportivo Rosario del pueblo habanero de Aguacate, comunicaba al Presidente de la Liga Nacional de Base Ball Amateur un viaje a Las Tunas en noviembre de 1946, para celebrar tres juegos de exhibición con equipos aficionados de aquella localidad, motivado por el hecho de ser tuneros dos de los principales jugadores de este club: Arsenio y René Tata Solís. La misiva era clara en su deseo de “asegurar que nuestro team hará su traslado a esa localidad sin miras a especulaciones económicas y que no se permitirá bajo ningún concepto que en el line up del club adverso aparezcan atletas profesionales”. Asimismo invitaba a acompañarlos en la excursión a un delegado “de su confianza”, cuyos gastos de viaje correrían a cargo del Deportivo Rosario.³⁰⁷

Sin embargo, pese a tales declaraciones de fe amateur, la UAA no confiaba en ellos, y hacía que sus organismos homólogos en otras provincias le informaran con detalle sobre lo que había sucedido durante las giras de sus equipos por el interior del país. Así, por ejemplo, el Presidente de la UAA Libre de Oriente decía en enero de 1948 a un ejecutivo de la UAA:

Sobre el asunto del Rosario debo comunicarte que efectivamente sabemos han jugado contra profesionales y militando profesionales en sus filas, tengo informes de que por el Rosario lanzó Curry [sic] Pérez notorio lanzador profesional, así como Monín Pérez, un zurdo también profesional de Holguín, del Preston lanzó el tercer juego Giraldo Santa Clara (Mayeya) y jugó el SS el player José Sosa (Tamayito), ambos declarados profesionales por esta Unión [...] Hemos realizado toda clase de investigaciones sobre este asunto, pero como “vivos” el elemento de Preston no remitieron [sic] a los diarios scores de estos juegos, además cambiaron los nombres a los atletas, ya que Mayeya aparece en el último juego con el nombre de Tamayo como lanzador [...] En esta oportunidad no pidieron umpires los señores de Preston y como esto se encuentra muy

307 “Carta de Lorenzo Fernández al Presidente de la Liga Nacional de Base Ball Amateur”, Aguacate, 11 de noviembre de 1946.

alejado de nuestra ciudad se nos hace imposible ofrecer mayores detalles.³⁰⁸

Como dato curioso, acerca de la percepción que existía en ese momento sobre lo que significaba políticamente ser aficionado o profesional, el presidente de los amateur orientales añadía: “Te acompaño relación de los atletas que últimamente han dado el salto al profesionalismo, que no es tal, sino un ensayo comunista para controlar el deporte béisbolero en nuestra ciudad”.³⁰⁹

En otros casos la UAA utilizaba detectives privados, los que escudriñaban en la prensa local y entrevistaban a peloteros, árbitros y aficionados, en la búsqueda del “virus” profesional que “contaminaba” sus equipos. En un informe confidencial remitido en marzo de 1945, se expresaba haber descubierto una serie de tres desafíos celebrados en la provincia de Oriente entre el club Artemisa y el Contramaestre, militando en este último connotados profesionales como Noble y Chiquitín Cabrera:

Que después de una incansable búsqueda por los centros deportivos sin obtener resultados, por el hermetismo que se guarda en relación con estos juegos, para que no llegue a conocimiento de la UAAC, sin embargo, por mediación de la emisora CMCW, logré conocer que hace unos tres meses aproximadamente se celebró en el pueblo de Contramaestre, una serie de tres juegos entre los equipos “Artemisa” y “Contramaestre”, habiendo ganado dos de esos juegos el “Contramaestre” y solamente uno el “Artemisa”. Que más tarde confirmé estos particulares con el señor Juan Seguí, conocido umpire en la ciudad de Santiago de Cuba [...] que continuando las investigaciones logré averiguar que la serie de tres juegos fue publicada en el periódico “Diario de Cuba”, correspondiente al viernes 17 de noviembre de 1944, por lo cual me dirigí a la administración de dicho periódico y adquirí un ejemplar, comprobándose perfectamente en la

308 “Carta del Presidente de la UAA a Pablo Montesinos”, Santiago de Cuba, 2 de enero de 1948.

309 *Ibidem*.

página deportiva, que aparece una información relatando esos tres juegos celebrados, así como el resultado de los mismos.³¹⁰

Como resultado de esta confidencia, fue llamado a declarar el pelotero José Nogueiras, del club Artemisa, inscripto en la UAA con el expediente no. 6720, quien reconoció haber participado en juegos contra profesionales en Contramaestre, pero que lo hizo porque los directivos de su club le informaron que “se habían pactado tres juegos de exhibición en Oriente y por eso fue a jugar”. Expresó además que los peloteros Mesa, Mario Rojas y Abad no asistieron a dichos desafíos.³¹¹ Otro participante en aquella serie, Arsenio Oslé, del Club Atlético de Santiago de Las Vegas, ofreció una versión menos creíble de su participación, indicando “que jugó del club Artemisa porque ese club lo invitó y que no sabía con quienes se iba a jugar”.³¹²

Algunas asociaciones de trabajadores demandaban a la UAA que les aclararan el estatus amateur o no de otras con las que deseaban tener relación. Es el caso de la Sección de Sports de la Unión de Dependientes del Ramo del Tabaco, que preguntaba a Laureano Prado: “...si era cierto que el campeonato de Base Ball que auspicia la CTC dentro de sus sindicatos es netamente amateur, y que los players amateur que de él participen dentro de sus sindicatos no pierden su condición de amateur, para participar en los campeonatos que organiza la Liga que Ud. tan dignamente preside”.³¹³ Como prueba de que la UAA no consideraba amateurs legítimos a los equipos organizados por sindicatos obreros, está la declaración de Ismael Salgado Vidal, pelotero del club Artemisa, a quien se culpaba de jugar sin el debido permiso con el equipo de béisbol de la Federación Tabacalera en el Campeonato Obrero.³¹⁴

310 “Informe Confidencial, exp. 4019-112733”, La Habana, 2 de marzo de 1945.

311 “Declaración de José Nogueiras”, La Habana, 6 de marzo de 1945.

312 “Declaración de Arsenio Oslé”, La Habana, 6 de marzo de 1945.

313 “Carta de Ricardo Alfonso a Laureano Prado”, La Habana, 24 de septiembre, de 1943.

314 “Declaración de Ismael Salgado Vidal”, La Habana, 5 de diciembre de 1958.

También la Liga de Base Ball Amateur Inter-Centrales Azucareros de Cuba, en una misiva cursada por su presidente Aristipo Naranjo Romo al Presidente de la Liga Nacional Amateur, manifestaba su deseo de mantenerse “dentro del sector AMATEUR [sic]” y a tal fin indagaba las razones por las que había sido suspendido el atleta Juan Jiquí Suárez Morejón, del Deportivo Matanzas, “...porque tenemos noticias de que un club de nuestra liga piensa inscribirlo y queremos saber de usted el motivo de la suspensión, para poder saber a que atenernos”. De igual modo la carta recababa información sobre el estatus amateur o profesional de otras ligas como la Asociación Cubana de Base Ball, dirigida por Miguel Iribarren; la Liga de Pedro Betancourt, presidida por el doctor Mesa Peña y la Liga de Jovellanos encabezada por Saguita Hernández.³¹⁵ Sobre la condición amateur de los peloteros que tomaban parte en la Liga de Pedro Betancourt existían dudas en la década del cincuenta a pesar de que esta liga se fundó el 20 de mayo de 1944 con el nombre de Liga Municipal Amateur,³¹⁶ como lo demuestra la carta dirigida por Manuel Braña, jefe del departamento de sports de El País a Laureano Prado, solicitando la lista de peloteros sancionados de la liga y si el estatus de los mismos era de profesionales o no.³¹⁷

En resumen, el movimiento amateur cubano durante la República se mantuvo siempre intransigente en la defensa de aquello que consideraba la “pureza” del deporte, accesible para las élites y algunos sectores de clases medias, pero difícilmente sostenible para los grupos más humildes de la sociedad, quienes no contaban con los recursos suficientes para practicar deportes solamente como diversión o placer. Por tal motivo, eran muy frecuentes las contravenciones y violaciones de las rígidas y en ocasiones absurdas prohibiciones a que eran sometidos los peloteros, muchos de los cuales se pasaron a las filas profesionales en busca de un mejor medio de vida, como

315 “Carta de Aristipo Naranjo Romo al Presidente de la Liga Nacional de Base Ball Amateur”, Morón, agosto 31 de 1954.

316 En 1946 se produjo una modificación del Reglamento de la Liga de Béisbol Amateur de Pedro Betancourt, por lo adquiere carácter provincial, y en 1954 pasa a denominarse Asociación Deportiva Amateur General de Pedro Betancourt.

317 “Carta de Manuel Braña a Laureano Prado”, La Habana, julio 26 de 1955.

fueron los casos de Napoleón Reyes, Roberto Ortiz, Conrado Marro, Julio Jiquí Moreno, Sandalio Potrerillo Consuegra, Ángel Catayo González, Rogelio Limonar Martínez, Andrés Fleitas, Natilla Jiménez, Agapito Mayor y muchos más; mientras que otros que disfrutaban de buenos empleos en sus corporaciones, como Narciso Picazo, del sector telefónico o Quilla Valdés, empleado del central Hershey,³¹⁸ permanecieron en sus filas pese a las suspensiones y afrentas de que fueron objeto.

La Habana, enero de 2011

318 Según el testimonio de Quilla Valdés: “los jugadores tenían empleos en la fábrica de los de «no matarse trabajando» (...) y también percibían alguna que otra compensación adicional. En su caso (...) su trabajo consistía en sacar herramientas de un cobertizo, distribuir las entre los obreros y apuntar quien se llevaba cada instrumento”. Quilla tenía una cómoda casa por la que pagaba al central 13 dólares al mes “(...) el central Hershey era una excepción en lo que respecta a la continuidad del equipo, jugaba en la Liga Amateur y recompensaba generosamente a sus peloteros”, Roberto González Echevarría: *ob. cit.*, pp. 346-347

BÉISBOL, VIOLENCIA Y PRESIDIO

Para Julio César González Laureiro

Un funesto día de 1922, el que prometía ser uno de los más grandes jugadores cubanos de todos los tiempos, Antonio Susini, descargó con toda la fuerza de sus brazos un bate de béisbol sobre el cráneo del pitcher negro Julio Le Blanc. La agonía de Le Blanc se prolongó durante pocas horas, y el presidio privó a Susini de volver a pisar un diamante de pelota por espacio de doce largos años.³¹⁹ Los hechos son célebres en la historia del béisbol cubano, pero conviene recordarlos. En el transcurso de un desafío entre los equipos Cuba y Central, dos conjuntos semiprofesionales pertenecientes a los circuitos azucareros, que tenía lugar en el estadio Oriental Park de Santiago de Cuba, se produjo una violenta discusión en torno a la decisión de un árbitro.

No conocemos los detalles ni el origen de la disputa, baste saber que ambas novenas eran encarnizadas rivales, y se les consideraba

319 Sigo en la descripción de los hechos la versión de Eladio Secades: publicada con el título de "La tragedia inolvidable de 1922", *Bohemia*, año 40, no. 8, 22 de febrero de 1948, pp. 69 y 73. Eddy Martín en su libro *Memorias a los setenta y...*, pp. 60-61, recoge el testimonio de este suceso que le contaron Crescencio García, primo de Susini, y el músico santiaguero Rafael Cueto, entonces receptor de los equipos orientales. La única diferencia entre ambos relatos radica en el número de años de la condena, que Eddy Martín cifra en veinte y Secades en doce. Teniendo en cuenta que ingresó al presidio en 1922 y fue liberado en 1932, la última cifra es la más probable.

una versión oriental de la porfía manifiesta entre los clubes capitalinos Habana y Almendares. Para tener una idea aproximada acerca de lo que esta rivalidad podía significar en el imaginario popular, citaré esta sorprendente analogía que le hicieran a la antropóloga Lydia Cabrera sus informantes abakuá: “Las sangrientas contiendas de los efik y los efok, pretenden muchos negros que lo tienen por tradición oral, serían secretamente, para los dueños de los esclavos iniciados y divididos entre estos dos bandos, lo que hoy son los matches de baseball entre almendaristas y habanistas”.³²⁰

Susini tenía 22 años y era un pelotero versátil, jugaba bien la receptoría, que según dicen era su posición predilecta y solía actuar como lanzador en el equipo Oriente y en los Cuban Stars en sus giras por los Estados Unidos, pero a juicio de los expertos su mejor desempeño era como torpedero, al extremo de recomendarle dedicarse por entero a la defensa del campo corto.³²¹ A sus cualidades físicas, el catcher del Central unía un temperamento afable, discreto, e incluso algunos afirman que era más bien tímido en el trato con sus compañeros.³²²

Del lanzador del equipo rival, Le Blanc, sabemos que jugó para el poderoso equipo Almendares en las primeras décadas republicanas, donde brillaron entre otros Bombin Pedroso, Pájaro Cabrera, Julián Castillo, Strike Gonzáles, José Méndez, Armando Marsans y otras luminarias de la época. Todas las versiones concuerdan en el hecho de que al comenzar la reyerta se retiró al banco de su novena, en espera de que finalizara la trifulca entre los jugadores y el umpire. Sin embargo, aquel día fatal, Le Blanc no pudo contenerse mucho tiempo en el banco y saltó al terreno profiriendo palabras violentas, a las que Susini ripostó con un mazazo formidable en la cabeza. El misterio de esta reacción insólita se incrementa si sabemos que ambos formaron el mismo equipo América que, bajo la dirección de Tinti Molina, disputó a rojos y azules el campeonato de 1919.

La muerte del pitcher provocó la condena de la joven promesa a doce años de presidio, pero unos meses después de los infaustos sucesos se produjo un hecho que pudo haberlo sacado de prisión. En 1923 el gran Adolfo Luque, lanzando para el club Cincinnati

320 Lydia Cabrera: *La sociedad secreta Abakuá narrada por viejos adeptos*, Ediciones CR, La Habana, 1959, p. 1.

321 Eladio Secades: ob. cit., p. 69.

322 Eddy Martín: ob. cit., p. 60.

Reds, venció en 27 partidos y resultó el pitcher más ganador de las Grandes Ligas en la temporada. Aprovechando este éxito formidable para el béisbol cubano, la opinión pública trató de convencer a Papá Montero para que intercediera por el infortunado Susini ante el Presidente Alfredo Zayas. Luque, que conocía la calidad y el carácter del jugador estuvo de acuerdo con facilitar la gestión para obtener el indulto, pero la personalidad política que debía servirle de contacto con el presidente falleció antes de poder lograr nada “y el caso Susini naufragó en medio del júbilo popular”.³²³

Unos años después de este infausto acontecimiento de violencia en un juego de pelota, llegó al recién inaugurado Presidio Modelo, ubicado en la llamada entonces Isla de Pinos, un reo convicto de asesinato. Compartía con el estelar jugador varias afinidades, amén de los homicidios cometidos: ambos eran jóvenes, orientales y les gustaba el béisbol. Este personaje se llamaba Eladio Bertot Cabrera, pero entre sus familiares y amigos era conocido como *Yayo*. Natural de la costera ciudad de Manzanillo, Bertot tenía 18 años cuando fue sentenciado a prisión por un hecho que, según su propio testimonio, fue “la vindicación inmediata de una ofensa grave contra el honor de mi familia”.³²⁴ Corría el año 1929, primero del autoritarismo machadista.

Bertot es un personaje singular y su libro *Presidio*, publicado y prologado por el poeta comunista Manuel Navarro Luna, es una de las denuncias más estremecedoras del sistema carcelario cubano bajo el régimen despótico del general Gerardo Machado.³²⁵ Los valores literarios de su prosa naturalista son escasos, pero sus párrafos ofrecen el testimonio de una vida sórdida y de una violencia patológica. El título de “Isla de los 500 asesinatos” dado por Pablo de la Torriente Brau en 1934 al Presidio Modelo, bajo la férula del sádico capitán Pedro Abraham Castell, no era una exageración.³²⁶ Pero una

323 Eladio Secades: ob. cit., p. 73.

324 Eladio Bertot Cabrera: *Presidio*, Prólogo de Manuel Navarro Luna, Imprenta y Casa Editorial “El Arte”, Manzanillo, 1936, p. 16.

325 Puede verse una excelente síntesis de la historia del presidio de Isla de Pinos en el libro de Julio César González y Francisco García: *Presidio Modelo. Temas escondidos*, Ediciones La Memoria y Ediciones El Abra, La Habana y Nueva Gerona, 2001.

326 Pablo de la Torriente Brau: *La isla de los 500 asesinatos*, Ediciones Nuevo Mundo, La Habana, 1962.

descripción de la vida en la gran mole circular de la Isla de Pinos nos habla también de la brutalidad y sevicia de los propios reclusos: “la violencia no es atributo de un solo hombre, se disemina, es el momento en que se impone la ley del más fuerte. Las fotografías de requisas de armas artesanales son espeluznantes, denotan una notable fertilidad y refinamiento del pensamiento criminal. Lacras como el juego y las drogas anidan en las circulares y provocan más de una riña. Las reyertas son más frecuentes entre los propios presos debido a ese mismo libertinaje”.³²⁷

Este mundo de bajas pasiones, crueldades, venganzas, delatores, enfermos mentales, sodomitas y aberrados de toda índole es el que puebla las páginas de Bertot, como serán también los protagonistas de la novela de Carlos Montenegro *Hombres sin mujer*, de 1939. Sin embargo, para Bertot está claro que semejantes conductas deshumanizadas deben mucho a la política represiva del penal, y en su opinión los delincuentes no son sino enfermos que la sociedad y el gobierno ha desahuciado sin apenas intentar su rehabilitación, pues: “Hoy, puede decirse, el presidio y las cárceles de la república son unos estercoleros malditos, donde se corrompe el bueno y el enfermo se agrava”.³²⁸

En las narraciones de Bertot, hay dos relatos donde las experiencias violentas del presidio están directamente relacionadas con el béisbol, quizás una de las pocas oportunidades del preso para ejercitar sus músculos y liberar tensiones luego de las agotadoras jornadas de trabajo forzado, o simplemente para distraerse o divertirse siguiendo los batazos y jugadas. Sabemos, por ejemplo, que Susini solía jugar a la pelota en el patio de la cárcel del Príncipe con otros penados, y este entrenamiento le permitió conservar algunas de sus facultades.³²⁹ En el caso de Bertot, quien en todo momento se declara un entusiasta del juego de pelota, el béisbol es también fuente de violencia, crimen e intimidación, sobre todo provocado por las apuestas en torno a equipos rivales y por un crispado fanatismo.

El primero de los dos cuentos donde aparece el béisbol como anécdota central, que sirve para revelar el horror de la prisión, se titula “La venta de los esputos”. Este pavoroso relato comienza con las visitas

327 Julio César González y Francisco García: ob. cit., p. 46.

328 Eladio Bertot Cabrera: ob. cit., pp. 50-51.

329 Eladio Secades: ob. cit., p. 69.

de Yayo los domingos a su amigo Belisario, quien se encontraba enfermo de tuberculosis en el sanatorio de la prisión: “Eso para mi constituía un sacrificio, porque a esa misma hora se celebraban los desafíos de baseball y yo, que era un fanático del mismo, me cohibía de disfrutar de esa distracción por tal de llevar un poco de consuelo al atribulado amigo con palabras que lo estimulaban grandemente”.³³⁰

Durante una de esas visitas el narrador escucha un diálogo insólito entre dos prisioneros, Antonio *el Españolito*, sirviente del Sanatorio, y el Húngaro. El primero le muestra a su interlocutor un papel con unas cifras y le explica: “Esta es la lista de precios; yo no te voy a engañar, tu sabes que Zaldívar está tuberculoso pasado y el precio de sus gargajos es de ochenta centavos. Si quieres lo compras y si no lo dejas, pues tengo varios de ellos encargados y le he dado preferencia a tu pedido porque eres amigo mío”. A continuación le expone los trabajos que pasa para recoger las flemas sangrantes del enfermo y al final el Húngaro pagó y se llevó su repugnante compra. Ante semejante transacción Yayo le pregunta a su amigo cuál es el destino de los esputos, a lo que Belisario respondió: “Yayo, tú no ignoras los odios africanos que crean los desafíos de baseball. Nuestros compañeros se apasionan tanto que llegan a odiarse de una manera tal, que tratan de eliminarse por todos los medios posibles. Es una guerra sorda, interna, que solo la conocen ellos. Seguramente el Húngaro está disgustado con algún compañero; quiere matarlo y no teniendo otro medio de hacerlo sin exponerse a ser condenado por homicidio, quiere matarlo paulatinamente”.³³¹

El procedimiento, no por repugnante dejaba de ser simple. Todo consistía en mezclar los vómitos con la leche o la comida de la víctima escogida, y de este modo contagiarla con la mortal enfermedad. La reacción de Bertot ante esta revelación fue de recelo inmediato: “...enseguida pensé ponerme a cubierto contra las contingencias de estos hombres peligrosos aunque yo no tenía enemigos, pues a pesar de ser fanático del baseball nunca sostuve discusiones por tal o cual jugada. Pero el demonio son las cosas”.³³²

Casualmente, el criminal beisbolero y Yayo dormían en la misma circular, y este último se propone frustrar sus planes homicidas:

330 Eladio Bertot Cabrera: ob. cit., p. 38.

331 Ídem, p. 39.

332 Ídem, p. 40.

Por la noche vi que se paseaba. [...] después de un largo rato de estarlo vigilando lo sorprendí que se metió sigilosamente en la celda numero veinticinco, donde vivía el pitcher de la novena "La Caridad", de la que él era contrario, aprovechando que Terán estaba entretenido y algo distante de la celda. Pues lo habían llamado para felicitarlo por lo bien que había pitcheado ese domingo, sus compañeros y simpatizadores. Corrí para la celda número veinticinco como una exhalación, y sorprendí a nuestro hombre del cuento en los momentos que echaba el esputo en una lata de leche que tenía Terán en su celda, de la que se había tomado la mitad y la otra la había dejado tapada con un papelito.³³³

La rápida intervención de Yayo pone al descubierto las torvas intenciones de el Húngaro, quien no logra explicar lo sucedido y es expulsado de la celda. Sin embargo, el final de este relato resulta poco edificante. Por un lado, el lanzador Terán es puesto al corriente del intento de asesinarlo lentamente, y entre las medidas que toma para evitar futuros atentados contra su vida, en lugar de denunciar al Húngaro ante los demás prisioneros o informar a las autoridades del penal, decide simplemente tomarse la leche condensada "de un jalón", para evitar así que un descuido alguien le enturbiara la espesa bebida con escupitajos repletos de bacilos de Koch. En cuanto a Yayo, decide buscar más datos sobre el Españolito y sus aterradoras prácticas.

Para lograr su objetivo, lo invita a presenciar un desafío de béisbol, y el azar de ser fanáticos del mismo equipo, presumiblemente el mismo al que pertenecía el pitcher que habían intentado asesinar, le facilitó a Yayo obtener los detalles que deseaba: "Los players estaban haciendo sus prácticas; los aplausos se sucedían por las magistrales jugadas. Las apuestas estaban de ocho a una por 'La Caridad'. Terán, el gran Terán iba a pitchear! Hubo una gran corriente de simpatía porque dio la casualidad de que éramos partidarios de la misma novena, corriente que yo supe aprovechar para que me relatará con lujo de detalles las peripecias de su abominable comercio".³³⁴ De este modo conoció que el macabro método para eliminar a los reclusos rivales había sido idea de un pederasta incorregible, y luego se había

333 Ídem, pp. 40-41.

334 Ídem, p. 42.

extendido al resto de los presos que querían causar algún daño evitando ser condenados por homicidio. El desenlace de esta narración, con toda su carga de cinismo y espanto, deja una puerta abierta al humor negro, pues el negocio era tan floreciente, que el Españolito decidió elevar los precios de los esputos, tarifándolos entre cincuenta centavos y dos pesos.

El cuento titulado “La cuadrilla de los trece”, relata la muerte absurda de el Francés, un recluso perteneciente a la brigada de reparación de carreteras, cuyos molares de oro eran codiciados por otros prisioneros. En un momento de agotamiento extremo, el cautivo pregona su determinación de no seguir trabajando, y exclama, ante la intervención de uno de los guardias, que prefiere morir a seguir en aquel estado. El cabo asume sus palabras como un desafío y le dispara, hiriéndolo, pero he aquí que inmediatamente el resto de sus compañeros de prisión se arrojan sobre el caído, no con la intención de socorrerlo, sino de sacarle los dientes de oro “machacándole la boca con pedazos de mármol”.³³⁵ Este brutal suceso había ocurrido un sábado, la víspera de un desafío de pelota, y el recluso llamado Totoroto, quien se había apoderado de la mayor cantidad de piezas dentales del precioso metal, decidió invertir sus macabras ganancias en apuestas por la novena de sus simpatías.

Llegados a este punto, el relato de Bertot parece tomar un giro justiciero, pues “como ese dinero no era bien habido, pues ya sabemos de que modo se las averiguó para hacerlo, perdió su novena predilecta y como es natural las apuestas que había hecho”, es decir, hay en el fondo una intención compensatoria en el hecho de que un dinero producto del robo y el asesinato no pueda producir un bien individual, en este caso la victoria del equipo y la ganancia producto de las apuestas. Sin embargo, como en todos los relatos de este libro, la contrariedad provocada por la pérdida en el béisbol lleva a Totoroto a cometer nuevos crímenes y a su propia perdición. Al igual que el Húngaro con los esputos, la idea de Totoroto es matar a sus adversarios de forma taimada, echándoles vidrio molido en un refresco con el que pretende homenajear a los vencedores, “...haciéndose pasar por un verdadero sportmanship, de esos que felicitan al contrario cuando son derrotados”.³³⁶

335 Ídem, p. 87.

336 Ídem, p. 88.

La generosa invitación del asesino a los peloteros no despierta recelos, e incluso se las arregla para no invitar a sus amigos, quienes se sienten desairados, ignorando que el criminal remueve con su cucharón el fondo de la vasija para que los cristales molidos salgan a la superficie. Al final "...de los que tomaron ese refresco muchos murieron con los intestinos destrozados. De la cuadrilla de nosotros solamente murieron cinco, que eran enemigos irreconciliables de 'Totoroto' porque habían tenido varios choques por asuntos de sodomía".³³⁷

A diferencia de "La venta de los esputos", en este relato el asesino es ajusticiado por el resto de los presos, aplicándole el método conocido como "ley de fuga", y sus cómplices en la preparación del mortal brebaje fueron estrangulados en las celdas de los incorregibles. En ambos casos el juego de pelota es el *leit motiv* para la realización de actos homicidas y su exacerbado fanatismo le sirve a Bertot como pretexto para poner de relieve los lados más oscuros del presidio y de la propia naturaleza humana, aquella que lleva a la violencia suprema de dar muerte a un semejante.

Eladio Bertot fue indultado el 10 de octubre de 1931 y salió del presidio dos semanas más tarde. En 1936 escribió su libro en tres días, según el testimonio de Navarro Luna, quien lo publicó sin quitar una coma del original que le había sido confiado. Antonio Susini cumplió íntegra su condena, menos un año por buen comportamiento, y resurgió a la vida pública en 1932. Dos años más tarde, en el verano de 1934 jugó un torneo semiprofesional en el estadio de la firma cervecera La Tropical, donde vistió la franela del equipo Estrellas de Cruz, y alcanzó el título de bateo. Luego se marchó a México y allí murió.

La Habana, mayo de 2005

337 Ibidem.

UN PELOTERO MEXICANO LLAMADO MARTÍN DIHÍGO

Para Carlos Bojórquez Urzáiz

Cuando el cubano Fernando Urzáiz, a inicios de la década del noventa del siglo XIX, introdujo en Yucatán la práctica del béisbol, que pronto se generalizaría por todo el sureste de México, no sospechaba quizás que estaba inaugurando una de las más poderosas tradiciones de comunión espiritual entre la dos orillas del golfo, comparable solo a la que tuvo lugar en la música y el baile. No es casual entonces que apenas cuatro décadas más tarde, en una calurosa tarde de agosto de 1937, el puerto de Veracruz se haya desbordado para recibir como a un dios a don Martín Dihígo, el más grande de los peloteros cubanos de todos los tiempos, y que lo acompañaran en brazos por las calles de la ciudad con música de danzones y boleros.³³⁸

México y Cuba, unidos por una historia común de siglos coloniales, intercambios mercantiles, aventuras intelectuales, rebeldías, emigraciones y destierros, tienen en el béisbol uno de sus pilares más trascendentes en la conformación de las narrativas de la patria y de la construcción de un imaginario nacionalista. Aunque en ambos casos la introducción de la pelota se produce al calor de la influencia y los intercambios culturales con los Estados Unidos, todos los historiadores coinciden en la enorme contribución realizada por los emigrados

338 Bernardo García Díaz: "El viejo Águila de Veracruz", pp. 235-236. (fotocopia en archivo del autor).

independentistas cubanos, asentados en Mérida y Veracruz, a la difusión y popularización de la pelota en México.

Dentro de este contexto, quizás el ejemplo más emblemático de los estrechos lazos anudados entre ambas tradiciones deportivas lo es el equipo de béisbol Águilas de Veracruz, que contaba a inicios del siglo xx con una directiva conformada por cubanos. En 1908 el presidente de este equipo era el comerciante cubano Frank P. Caballero, y su capitán y director el villareño Arturo G. Mujica. A partir de 1914 el manager del equipo sería otro cubano, oriundo de Pinar del Río, el célebre Agustín Verde Naranjo, quien al decir del historiador mexicano Bernardo García: "...fue la figura paterna que le imprimió al club un recio espíritu de pelea durante 28 años consecutivos".³³⁹

Ya en la tercera década del siglo xx la presencia de jugadores de la Mayor de las Antillas en novenas mexicanas era un hecho frecuente y de recíprocas ganancias. Por un lado el béisbol azteca se beneficiaba de la indiscutible calidad de los peloteros cubanos, quienes rápidamente se adueñaban del cariño y el respeto de la exigente afición mexicana; por otro, era la oportunidad para los de la Isla de continuar jugando al finalizar los torneos locales, conseguir jugosos contratos y rivalizar no solo con los peloteros mexicanos, sino con las grandes estrellas del béisbol negro norteamericano, que coincidían en suelo azteca por aquella época. En este sentido, la manifiesta ausencia de prejuicios raciales en México favoreció tanto a los negros norteamericanos como a los propios jugadores negros cubanos. Además de figuras individuales contratadas, eran cada vez más numerosos los topes entre novenas cubanas y mexicanas, de las que la memoria popular guarda incontables anécdotas y vivencias, incorporadas al arsenal simbólico de la tradicional rivalidad béisbolera entre ambos países, como aquella que recuerda el descomunal batazo que le dió, al primer lanzamiento, Lucas *el Indio* Juárez al formidable pitcher cubano José de la Caridad Méndez, una soleada tarde de 1917 en el puerto de Veracruz. O las cerradas victorias de los lanzadores zurdos Fernando Cocuite Barradas y Ángel Zurdo Lozano contra equipos cubanos, en 1930 y 1943 respectivamente.

Son innumerables los nombres de peloteros, managers y árbitros cubanos que inundaron los diamantes aztecas en la primera mitad

339 Ídem, p. 237.

del siglo xx: Agustín Bejarano, Santos *el Canguro* Amaro, Ramón *el Profesor* Bragaña, Napoleón Reyes, Adrián Zabala, René Montea-gudo, Tomás de la Cruz, Napoleón Heredia, Roberto Estalella, Roberto *el Gigante del central* Senado Ortiz, Lázaro *el Príncipe de Belén* Salazar, Basilio *el Brujo* Rosell, don Martín Dihígo, Agapito Mayor, Sandalio *Potrерillo* Consuegra, Silvio *Cuba Libre* García, Heberto Blanco, Alberto *Saguita* Hernández, Salvador Hernández, Lázaro Medina, Andrés Fleitas y algunos, como el propio Amaro, Pedro *Charolito* Orta, Avelino Cañizares y Héctor Rodríguez, se casaron con mexi-canas y se quedaron a vivir en México. También fueron numerosos los directores cubanos que ganaron torneos en la pelota mexicana: Jesús *Matanzas* Valdés, Agustín Verde, Martín Dihígo, Bragaña, el inmarcesible Adolfo *Papá Montero* Luque, Tony Castaño y hasta los dos mejores umpires del béisbol cubano en las décadas del cuarenta y cincuenta del siglo xx: Amado Maestri y Raúl *el Chino* Atán, im-partieron justicia en los campeonatos mexicanos, contratados por el todopoderoso Jorge Pasquel.

De igual manera, figuras de gran calidad de la pelota azteca fueron admirados en los equipos y diamantes de la Isla, señaladamente el estelar lanzador Jesús *Cochihuila* Valenzuela, Ángel Castro (primera base del Marianao), Jesús *Chanquilón* Díaz (jardinero y recio bateador), José Luis *Chile* Gómez, Pedro *Charrascas* Ramírez, Alberto Leal, Epita-cio *la Mala* Torres, Vinicio García (segunda base del club Cienfuegos) y el siempre recordado bateador jarocho Roberto *Beto* Ávila, primer latino que ganó un campeonato de bateo en las Grandes Ligas, y que jugó en Cuba la segunda base para el club Marianao dirigido por Armando Marsans. Como afirma Roberto González Echevarría, los vínculos entre el béisbol cubano y mexicano fueron más fuertes que nunca a mediados de los años cuarenta: “Dihígo, Marsans y Luque eran managers en México, al igual que Salazar, que también jugaba, por supuesto. Con Haussman y Cañizares, el Almendares tenía intacta la combinación de *doubleplay* del Torreón y el Marianao tenía gran parte del Tampico, con Carrasquel, Chanquilón Díaz, Cochihuila Valenzuela, Ángel Castro y *Beto* Ávila. El receptor del Almendares, Fleitas, jugaba también esa posición en el Monterrey”.³⁴⁰

340 Roberto González Echevarría: “El último juego”, *Temas*, número ex-traordinario, La Habana, 24-25 de enero-junio de 2001, p. 157.

Volviendo a los grandes peloteros cubanos que hicieron una gran carrera en equipos mexicanos, hay por lo menos un cuarteto de lujo que no debe faltar en ninguna historia del béisbol azteca. Me refiero a Santos *el Canguro* Amaro, Ramón *el Profesor* Bragaña, Lázaro Salazar *el Príncipe de Belén* y Martín Dihígo, *el Inmortal* como lo bautizó el cronista deportivo Adolfo Font, aunque en México fue rebautizado como *el Maestro*, y más popularmente se le conoció por *Guajolote*, en alusión a su figura alta y delgada. Santos Amaro, jardinero izquierdo del poderoso club cubano Almendares era una superestrella, buen bateador y dotado de un temible brazo. Su descendencia mexicana siguió el ejemplo paterno: su hijo Rubén llegó al equipo Yankees de New York y un hijo de este, nombrado como el abuelo, jugó con el Filadelfia. Amaro había llegado al equipo Águilas de Veracruz en 1928, y durante su larga carrera acumuló un excelente promedio de .314.

El Canguro coincidió en el equipo jarocho con el gran pitcher Ramón Bragaña, llamado cuando jugaba para los azules de Almendares *el Domador de Leones*, en alusión a su facilidad para derrotar a los equipos del club Habana. *El Profesor*, como lo conocían en México, era un lanzador derecho de velocidad y control, ganó más de doscientos juegos en la Liga Mexicana e impuso marca personal de 30 partidos ganados en 1944. En Cuba también se le recuerda por su rivalidad con Martín Dihígo, en memorables desafíos disputados en el estadio de La Tropical. Como colofón a su brillante carrera en ambas orillas del golfo de México, Bragaña ingresó al Salón de la Fama del Béisbol cubano en 1960 y de su homólogo mexicano en 1964.

Por su parte, *el Príncipe Campeón*, como también era conocido Salazar, ya era famoso por sus dos campeonatos con el club Santa Clara, jugando y dirigiendo, cuando llegó el 9 de agosto de 1938 por primera vez al país azteca, contratado por el equipo Córdoba, y cuatro días después debutó como lanzador contra las Águilas de Veracruz, perdiendo dos carreras por una, en un cerrado duelo frente al gran Martín Dihígo. Ese fue el inicio de su carrera en el béisbol mexicano, carrera que se extendió hasta el año 1957, con 19 temporadas, en las que jugó y dirigió al Córdoba, Monterrey (durante once años consecutivos), y al México Rojo. Como manager en México ganó 839 juegos y perdió 621 y se adjudicó siete campeonatos y cinco segundos lugares. Como pitcher ganó 113 juegos y perdió 77, y como bateador acumuló un average de .333. Como es conocido, la trágica muerte de Lázaro Salazar se produjo en un encuentro entre los

Diablos Rojos de México y los Sultanes de Monterrey en el Parque del Seguro Social, al caer desplomado víctima de una hemorragia cerebral, cuando apenas contaba 44 años de edad.

Pero el más grande de todos los cubanos que pisaron jamás un diamante mexicano fue don Martín. Pudo haber llegado con 26 años, en 1932, con un contrato de 125 pesos mensuales para jugar en el puerto Jarocho. Pero los mexicanos tuvieron que esperar pacientemente otros cinco años para que se produjera el milagro. Para entonces ya todo el mundo hablaba de sus hazañas en Cuba y en las Ligas Negras, y según el testimonio de su amigo y compañero el Brujo Rosell, el gigante de ébano había sido llamado para acabar con el reinado del equipo Agrario, eterno rival del Águila. Su debut en México no pudo ser más estimulante: victoria de 1 por 0 frente a los tigres del Comintra, incluyendo 22 bateadores rivales dejados “con la carabina al hombro”.³⁴¹ La próxima aparición del pelotero matancero vino a confirmar las expectativas de su excepcionalidad calidad. El 16 de septiembre de 1937 protagonizó el primer cero hit cero carrera de la historia del béisbol azteca, nada menos que frente al talentoso lanzador criollo Emilio Sardá, quien jugaba para el Nogales. Ese día el equipo jarocho cumplía 34 años de creado y don Martín le regaló la fiesta. Ponchó a 15 rivales y la alegría se disparó cuando el último bateador del Nogales, el cuarto bate Rafael *Sungo* Cabrera, fue dominado en palomón al jardín derecho.

Para cerrar su fabulosa primera temporada mexicana, Dihígo derrotó tres veces al Agrario en serie play off, coronando campeón al Águila de Agustín Verde. Había lanzado cinco partidos, ponchado a más de 50 rivales y derrotado dos veces al fabuloso Leroy *Satchel* Paige, uno de los monstruos del pitcheo negro de todos los tiempos. Otra vez se enfrentaron en juego memorable, durante la temporada de 1938, en duelo compartido, pues Bragaña relevó a Paige, que no tenía mucha velocidad, pero tuvo que soportar un cuadrangular de *el Maestro* en el octavo episodio y fue ponchado por este al final del noveno capítulo. En resumen, el segundo título consecutivo para el Águila, y Dihígo, imponiendo marca de 6 por 6 en un juego, el 18 de mayo de 1938 en el parque Delta de la capital mexicana. Su promedio de pitcheo fue

341 Alfredo Santana Alonso: *El Inmortal del béisbol Martín Dihígo*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1998, p. 61. Parte de la información estadística sobre Dihígo en México ha sido tomada de esta obra.

de 0, 90, ganó 18 desafíos, bateó para 387, conectó 55 hits, incluyendo 8 dobles, 2 triples y 6 jonrones, ponchó a 184 rivales en 167 innings y repitió la hazaña lograda en Cuba durante las temporadas de 1935 de ganar los campeonatos de pitcheo y bateo, además de adueñarse de la triple corona de los lanzadores.³⁴²

Para la temporada de 1939 era seguro que Dihígo volvería lanzar con el Águila, y lo hizo imponiendo nuevas marcas, como la de 18 jugadores ponchados en un juego de nueve entradas, y las 21 victorias consecutivas logradas. Ese año terminó con récord de 15 y 8, ponchó a más de doscientos contrarios y en total, durante sus tres temporadas con el equipo jarocho, promedió sobre .330, ganó 37 juegos, perdió 10 y ponchó a 437 contrarios en 407 entradas de actuación. El retiro de Dihígo del club donde tantas proezas había logrado se produjo en 1940, cuando Jorge Pasquel funda los Azules de Veracruz y se lleva el equipo para la capital. En esa ocasión jugó los jardines, la primera y la tercera base, ganó 8 y perdió 6, bateó .364 y su promedio de carreras fue ligeramente elevado: 3, 54. Aún así fue una gran ayuda para que su equipo se coronara campeón.

En 1941 Dihígo se marchó de los Azules para jugar con los Diablos Rojos, aunque terminó con el Torreón. Se dedicó más a dirigir que a jugar, y su promedio de pitcheo por primera vez fue inferior a .500 (9-10), con 4 carreras permitidas por juego. Bateó con fuerza (12 jonrones), pero su promedio fue de .310, con 59 carreras impulsadas. Tenía 37 años y parecía que su carrera empezaba a declinar, pero había hecho el comentario de que jugaría para el Unión Laguna y que le daría el título. Y no defraudó a sus seguidores: jugó en 35 desafíos, ganó 22, bateó 319, conectó 18 jonrones y su promedio de pitcheo fue de 2, 55 y ponchó a 211 bateadores rivales.

Al igual que en 1938 obtuvo la triple corona de pitcheo. Repitió con este mismo club al año siguiente, y en 1943 vistió la franela de los Tecolotes de Nuevo Laredo, equipo con el que llegó a la legendaria marca de 1000 ponches. El retiro oficial de Martín Dihígo como jugador activo se produjo en México, en la temporada de 1947, jugando para los Tuneros de San Luis y su última aparición en tierra azteca fue el 26 de julio de 1947, en un partido contra Fred Martín en el parque del Seguro Social de la ciudad de México. Era el ocaso de un ídolo, que terminó con 4 por 2 y 4, 37 de promedio de carreras

342 Ídem, p. 65-66.

limpias. Terminaban diez años de una carrera fulgurante, donde dejó su alma curtida de gran jugador en los terrenos y se ganó el corazón de los aficionados aztecas para siempre.

Las Grandes Ligas no lo vieron jugar, pero México y Cuba fueron testigos privilegiados de su grandeza, de su nobleza y gallardía como ser humano. Poco antes de morir, en 1971, el Águila de sus amores volvía a conquistar el campeonato. Quizás entonces El Inmortal recordaría el recibimiento que le tributó Veracruz, deslumbrado por su figura majestuosa de negro digno, los danzones tocados para él por la orquesta Cegarra y aquellas roscas de agua que los aficionados solían llevar a los estadios y que colgaban en pértigas y las paseaban en comparsa por el parque cuando daba los nueve ceros.³⁴³ Una vez más México y Cuba, el baile, las fiestas y el béisbol, aproximando todavía más las mitades hermanas del gran Golfo...

La Habana, julio de 2003

343 Félix Báez Jorge: "Batazos sobre el mar... de Cuba a Veracruz en los spikes de Martín Dihigo", en Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coord.): *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana*, Universidad Veracruzana, Veracruz, 2002, p. 427.

LA TARDE FELIZ DEL ZURDO LOZANO

Para Bernardo García Díaz

México y Cuba, dos países hermanos cuyas luchas en las lides deportivas han sido brillantísimas en la historia de las competencias panamericanas, abren hoy la Sexta Serie Mundial, llevando al terreno a sus mejores combinaciones...

De la prensa habanera, 25 de septiembre de 1943.

La calurosa tarde era desafiada por los más de dieciocho mil aficionados que se reunieron en el gran estadio Cerveza Tropical de La Habana, el último sábado de septiembre de 1943. Los cañonazos de la Segunda Guerra Mundial inundaban las páginas de los diarios, pero en la Isla caribeña la pelota siempre había sido noticia de primera plana, y todos esperaban ansiosos el desenlace de otra contienda, la que comenzaría con la ceremonia inaugural de la Sexta Serie Mundial de Béisbol Amateur, con las palabras y juramentos de rigor, a cargo del director general de deportes, el coronel Jaime Marín y del capitán del equipo cubano, el short stop Antonio Quilla Valdés; y el lanzamiento al terreno de los dos equipos que dejarían abierta la competencia: México y Cuba. El juego estaba previsto para iniciarse a las dos y media, pero eran pasadas las tres cuando el umpire Amado Maestri dio la voz de "Play Ball"...

Desde 1938 se venían celebrando estos torneos de amateurs, la capital cubana acogió su sede por cinco años consecutivos, desde 1939 hasta 1943, y esta asiduidad había convertido a La Habana en la meca del béisbol aficionado mundial, contando además con una afición conocedora y entusiasta. Aunque la cifra de países participantes nunca fue numerosa en estos clásicos, se estableció una enorme rivalidad entre varios equipos latinoamericanos, significativamente Cuba, México, Venezuela y la República Dominicana. Los conjuntos de la mayor de las Antillas habían alcanzado el cetro en tres oportunidades, 1939, 1940 y 1942, solo frenados en 1941 por los lanzamientos

indescifrables del pitcher venezolano Daniel *el Chino* Canónico, y en 1943 se disponían a retener la corona ganada el año anterior.

Casualmente, el último partido celebrado por Cuba en 1942, y que constituyó su décima victoria en la lid, se produjo frente a un seleccionado mexicano, por lo que la jornada inicial de 1943 podía significar una revancha para el team azteca, que había logrado conformar esta vez un excelente conjunto. Sin embargo, no estaba previsto que fueran los mexicanos los primeros rivales del equipo defensor del título, pues ambas novenas debían verse las caras el domingo, segundo día de competencia. Dificultades de última hora con el transporte de los otros dos equipos participantes, Panamá y la República Dominicana, obligaron a los organizadores a solicitar de México un doble juego frente a Cuba. La respuesta mexicana fue muy caballerosa, aceptando jugar dos veces consecutivas contra el conjunto favorito del torneo, al que el experimentado manager Ernesto Carmona había calificado como el equipo a derrotar.

Ambos directores contaban con los mejores talentos de sus respectivos circuitos amateurs, destacando en la selección mexicana el tercera base Víctor Canales, ganador del liderato en dobles en la serie de 1942, el primera base Juan Luna, el excelente defensor del jardín izquierdo y cuarto bate Eduardo Reyes, así como el receptor Luis Leal, gran bateador y con demostradas habilidades para guiar su pitcheo. Cuba, por su parte, presentaba un equipo de estrellas donde descollaban Quilla Valdés, el recio toletero y *center field* Francisco Quicutis, los jugadores de cuadro Ángel Fleitas y Luis Suárez, a la postre los dos primeros en promedio ofensivo del torneo, y un cuerpo de lanzadores conformado por Isidoro León, Pedro *Natilla* Jiménez, Rogelio *Limonar* Martínez, Sandalio *Potrерillo* Consuegra y Julio *Jiquí* Moreno.

Este último, cuyo apodo recordaba una de las maderas más duras de la Isla, fue la selección hecha por el manager Reinaldo Cordeiro para abrir el partido inaugural. Moreno, quien lanzaba para el equipo del Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños, era un derecho de gran velocidad, dominaba una formidable curva hacia abajo y venía de ponchar a 270 rivales en la temporada cubana. Solo faltaba en el team cubano otro pitcher estelar, Conrado Marrero, pero aun así todos creían en la predicción hecha por el cronista de béisbol Eladio Secades: “La novena que le gane a Cuba en esta Serie Mundial tiene que ser un trabuco en el amateurismo”.³⁴⁴

344 Eladio Secades: “Así empieza México”, *Diario de la Marina*, La Habana, 25 de septiembre de 1943, p. 15.

Con Jiquí Moreno como seguro lanzador, Carmona barajaba los nombres de Manuel Acuña, Manuel Jalisco Morales o Pedro López en el rol de abridores por México, sin embargo, su decisión definitiva fue colocar a Francisco Alcaraz para enfrentar al llamado “Rey de la Velocidad” en Cuba. La nómina azteca se completaba con Domingo Santana en segunda, Roberto Villareal en el jardín central, Juan Luna en primera, Eduardo Reyes en la pradera izquierda, Víctor Canales en la tercera almohadilla, Vidal Romero custodiando el bosque derecho, el receptor Luis Leal y el paracortos Juan Vázquez. Cuba hizo su debut situando a Pazos en segunda, Luis Suárez en tercera, Quilla Valdés como torpedero, Quicutis en el jardín del centro, Báez en el izquierdo, Arteaga en primera, Valdés en la receptoría y Félix del Cristo patrullando el jardín de la derecha.

El país visitador obtuvo por sorteo la condición de *Home Club*, y durante la primera entrada no sucedió nada memorable. Ya en el segundo Cuba logró situar dos corredores en bases, pero una formidable atrapada del left field Eduardo Musco Reyes sobre la línea del inicialista Arteaga impidió que la Isla inaugurara el marcador. Tirándose en *diving* Reyes realizó la agarrada, doblando en segunda al corredor del Cristo y matando la posibilidad de una temprana ventaja para el lanzador Moreno. Una entrada más tarde, Alcaraz necesitó dos nuevos engarces de lujo para mantener el abrazo a cero, esta vez del torpedero Vázquez sobre batazo del camarero Leandro Pazos, y de nuevo Reyes en tarde de gala, sobre línea baja del antesalista Luis Suárez.

Planteado el duelo de lanzadores, en el cuarto la brillantez defensiva fue a cuenta del short stop del Central Hershey, Quilla Valdés, quien levantó a la concurrencia de sus asientos con outs espectaculares sobre rollings envenenados de Luna y Reyes. En la mitad del partido, tras dos bateadores fuera, Cuba logró llevar un corredor hasta la tercera base, pero esta tentativa de anotar fue frustrada cuando Moreno elevó fácil palomón dentro del cuadro. El partido siguió tenso, cayendo las entradas sin que ninguno de los dos consiguiera anotar, hasta que, tras ocho innings de amagos ofensivos y brillantes jugadas por ambos conjuntos, el equipo mexicano marcó su primera anotación en el final del octavo.

Hasta ese momento, nadie le había pegado de hit al veloz lanzador cubano, y fue Canales quien rompió el cero hit cero carrera que venía eslabonando Moreno, al conectar una línea sólida y bajita al

right field que del Cristo no pudo degollar, llegando hasta la segunda base el antesalista mexicano. A continuación se produjo un out sin asistencia de Romero en primera y Canales avanzó hasta tercera, y desde allí vió poncharse con un rectazo de humo al receptor Carrara, quien había sustituido a Leal. Con dos outs y un corredor a noventa pies del home, el emergente Pedro López soltó un rolling lento entre tercera y segunda, que no pudo fildear el seguro torpedero cubano, abriendo las puertas del plato a Canales. Finalmente, Alcaraz cedió el tercer out a manos del propio Moreno.

En el principio de la novena entrada, México colocó a Cuba contra la pared, pues solo necesitaba tres bateadores fuera para consumir una victoria que pocos habían pronosticado, pero todavía le faltaba mucha emoción a aquel partido inaugural. Una parte del público se hallaba de pie, y se disponía ya a desfilar hacia la entrada principal, cuando los detuvo el hit de Quilla Valdés a la pradera izquierda abriendo inning. En una jugada muy conservadora, Cordeiro sacrificó a su cuarto bate Quicutis, llevado a Valdés hasta la intermedia. Con la primera desocupada, Alcaraz no quiso complicarse con el emergente Ángel Fleitas, quien bateó en el turno de Del Cristo, negoció boleto y ancló en la inicial. Otro sustituto, Rouget Avalos, dio un rolling fácil por tercera bueno para la doble matanza, pero en este lance Canales prefirió tocar al corredor que avanzaba hacia tercera, sin lograrlo, sacando en la primera a Avalos, pero manteniendo Cuba un hombre en la antesala que significaba el empate, y otro en la inicial que podía representar la ventaja.

El tercer emergente de aquel noveno inning de angustias fue un jugador de vasta experiencia, el lanzador Pedro *Natilla* Jiménez, quien no pudo darle bien a la bola y soltó un roletazo suave por la posición de Canales. Este aceptó fácil, y cuando parecía que todo terminaba allí con la victoria mexicana, 18 mil almas en vilo estallaron de alegría con el tiro desviado a primera y el empate del equipo cubano. En jugada continuada, el primera base logró detener el envío malo, y mientras Quilla anotaba la igualada Fleitas trataba de anotar la del triunfo, pero fue puesto out por certero tiro de Luna a Canales, al pasarse de la almohadilla y no seguir hacia home.

Los nueve capítulos del juego de pelota fueron cumplidos, tras retirar Moreno sin dificultad a sus rivales en la última vez al bate de México, y había que seguir jugando. En el décimo el Máscara Valdés obtuvo la base por bolas y robó segunda, Jiquí fue ponchado y el

gallego Estévez negoció el segundo boleto de la entrada. Con hombres en primera y segunda y un out, el manager Carmona no esperó más y ordenó llamar a otro lanzador, en sustitución del visiblemente cansado Alcaraz. El nuevo pitcher era un zurdo de amplios recursos, y se llamaba Ángel Lozano. No sabía entonces que al retirar por su orden a Luis Suárez y Quilla Valdés, este último en foul al receptor Carrara, comenzaba a escribir una página de gloria para el béisbol mexicano, evitando en esa entrada el triunfo del poderoso equipo cubano.

Sin embargo, en la parte baja de la décima fueron los aztecas quienes estuvieron a punto de ganar, y solo dos tiros muy precisos de Suárez y Quicutis impidieron la victoria mexicana. El nuevo duelo Moreno / Lozano continuó en el undécimo, retirando a sus rivales respectivos y prolongando una lucha donde ninguno quería ceder. En el inning doce Cuba abrió con hit de Jiquí, pero fallaron sucesivamente Estévez, Suárez y Valdés. En el trece, y después de dos outs, el corajudo Moreno le conectó imparable a Lozano y robó segunda, pero tres rectazos endiablados del mexicano clavaron en el home al out field Aristondo, quien se ponchó sin tirarle al tercer strike.

Pasadas las seis de la tarde, y tras más de tres horas y media de recia batalla, sobrevino el final de aquel dramático desafío. En la conclusión de la entrada catorce, el zurdo Lozano abrió con una línea baja atrapada por el torpedero. Santana pegó hit al center, pero fue forzado en segunda por Villareal. Seguidamente le tocaba batear a Luna, víctima de tres ponches a manos del ídolo de San Antonio, quien de nuevo lo llevó a la cuenta mortal de dos strikes sin bolas. Cuando todo presagiaba el cuarto “café con leche” para Luna y la continuación del juego, Villareal se lanzó hacia segunda al tiempo que el bateador despachaba un batazo corto que sobrepasó a Estévez, y se internó en la pradera derecha sin que Aristondo pudiera cortarlo. Ante una concurrencia enmudecida, Villareal cruzó presuroso el home con la carrera decisiva, mientras el zurdo Lozano lo abrazaba al llegar al banco alzando las manos en señal de victoria. El general Manuel Reyes Iduñate, director de Deportes de México, eufórico por el triunfo, apenas tuvo tiempo de saludar a su homólogo Mariné, antes de bajar al terreno para felicitar a sus compatriotas.

La velocidad y los diez ponches del Jiquí Moreno no fueron suficientes para frenar a México en aquella tarde inolvidable, de la que diría el cronista René Molina, del *Diario de la Marina*: “Nunca hasta

ayer y quizás en ninguna jornada inaugural de estos clásicos internacionales, se ha registrado ni se registrará un juego tan espectacular, tan dramático y tan interesante como este que México ganó a Cuba con la cerrada anotación de dos por una".³⁴⁵

Al día siguiente, domingo, ambas novenas salieron nuevamente al terreno, y en esta ocasión la ventaja correspondió al *team* criollo, otra vez en cerradísimo duelo entre Limonar Martínez y Morales, 3 carreras por 2. Morales solo permitió dos indiscutibles a la batería criolla, pero tres errores de sus compatriotas le impidieron conseguir el éxito. Otros tres juegos desarrollaron ambos conjuntos en aquel torneo, con saldo de dos victorias para los cubanos, en ambos casos lechadas de 7 por 0 y 6 por 0 a cargo de Limonar Martínez y un empate a dos.

Finalmente, Cuba y México resultaron los ocupantes del primero y segundo lugar respectivamente, con récord de 9 ganados y 3 perdidos para los antillanos, y 6 éxitos con igual número de fracasos para la nación azteca. México, tradicionalmente un equipo perdedor en estas series, demostró aquí que era capaz de reunir un excelente conjunto y batallar sin tregua frente a cualquier seleccionado.

Los protagonistas del juego inicial corrieron suertes diferentes: Julio Moreno se repuso de la derrota en la apertura y ganó tres desafíos seguidos, ponchó a 35 rivales y terminó con excelente promedio de 0.70 carreras limpias. Alcaraz ganó uno y perdió dos, ponchó a 16 y promedió para 3.52, mientras que el zurdo Lozano tuvo otras cinco salidas, siempre de relevo, perdió un juego frente a Panamá 12 por 5 y su promedio de carreras limpias fue un elevado 7.80. Sin embargo, más allá de esa discreta actuación, siempre se recordará al zurdo de Veracruz como el formidable rival del Jiquí Moreno en aquel partido imprevisto, capaz de preservar el empate y asegurar la victoria de su equipo, primera de una novena mexicana sobre Cuba en series mundiales de Béisbol Amateur.

La Habana, agosto de 2004

345 René Molina: "Sorprendió el team mexicano al vencer a la selección cubana tras catorce innings de lucha", *Diario de la Marina*, La Habana, 26 de septiembre de 1943, p. 19.

CUBA, VENEZUELA Y EL BÉISBOL

Para Alberto Rodríguez Carucci

Pocos países en América con una historia tan rica en sucesos, esperanzas y sueños compartidos como en los casos de Venezuela y Cuba. Bastaría citar para confirmarlo, junto a los nombres excelsos de Bolívar y Martí, los menos recordados del bayamés Manuel Cedeño, quien acompañó al Libertador con los grados de general y murió en la batalla de Carabobo o al camagüeyano Francisco Javier Yanes (1776-1846), abogado, político e historiador, considerado uno de los próceres de la independencia venezolana.³⁴⁶ Está además el hecho de que ambas naciones atravesaron a lo largo de los últimos dos siglos por sucesivas guerras, dictaduras y revoluciones, en busca de su verdadera independencia. Dentro de esa tradición común, se inserta también el deporte que mejor identifica el sentir colectivo de uno y otro pueblo: el béisbol.

346 Nacido en Puerto Príncipe (actual Camagüey) y radicado desde muy joven en Caracas, donde se graduó de derecho civil, fue un activo revolucionario desde 1810. Resultó electo diputado al Congreso Constituyente de 1811, cuerpo que presidió en agosto de ese año y en 1819 el Congreso de Angostura lo nombró miembro de la Suprema Corte de Justicia. En compañía de Cristóbal Mendoza, recopiló y publicó la monumental *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar (1826-1833)*. Yanes escribió, asimismo, el *Manual político del venezolano (1839)*; *Compendio de la historia de Venezuela (1840)*; y una *Historia de Margarita*, entre otras obras. Falleció en Caracas el 17 de junio de 1846.

Fue precisamente a escasas semanas de iniciada en la Isla la guerra necesaria organizada por Martí, que se celebró en Venezuela el primer juego de pelota, el 23 de mayo de 1895. Aquel desafío inicial enfrentó a dos novenas (azul y rojo) de un mismo club, el Caracas, entre cuyos fundadores estuvieron los cubanos Emilio Cramer, Adolfo Incháusti, y los hermanos Manuel y Joaquín González Godoy. Muchos años después, el ya veterano Cramer le contó al cronista deportivo cubano José Antonio Jess Losada, cómo había sido enviado a Venezuela junto a otros dos mecánicos a instalar una máquina para fabricar cigarrillos. Ya en tierra sudamericana organizó un club de béisbol al que nombró significativamente con el nombre del Padre de la Patria cubana Carlos Manuel de Céspedes, encargado de recaudar fondos para la revolución libertadora.³⁴⁷

También con idéntica misión trabajaba el patriota Rafael Calzadilla en la ciudad de Valencia, quien le escribe el 19 de junio de 1896 al coronel Francisco de Arredondo y Miranda, veterano del 68 [guerra de 1868] y representante de la revolución en Caracas:

V. sabrá que hemos formado un Club de baseball fuerte que anima, despierta el entusiasmo, y la gente en este estado puede aceptar gustosa cualquier sacrificio pecuniario. Tan pronto nos sea posible organizaremos una jugada (desafío) con los de Caracas. La mayoría de los jugadores que hemos escogido (3) son yanquis (4) cubanos y 2 valencianos. Me parece que daría un buen resultado, dar señales de vitalidad con una fiesta oportuna de importancia, y estoy al habla con los del hipódromo de aquí, para combinar la apertura del baseball con las carreras de caballos y creo que ellos no se negarán a ayudarnos con la parte de sus entradas.³⁴⁸

347 Jess Losada: "Hace cuarenta y seis años se jugaba baseball en Caracas", *Carteles*, La Habana, 30 de noviembre de 1941, pp. 8. De este artículo debe destacarse, por un lado, que su aparición en la prensa cubana se inserta dentro del contexto de la Serie Mundial de Béisbol Amateur ganada por Venezuela pocas semanas antes; y por otro que da como fecha de inicio del béisbol venezolano el 4 de agosto de 1895, día en que apareció el primer *schedule* o itinerario de un campeonato.

348 Biblioteca Nacional José Martí, Colección Manuscritos, Sala Cubana, Arred/nos. 117-116, p. 66. Cortesía del coronel René González Barrios.

De tal manera, y al igual que sucedió en otras tierras del Caribe como Yucatán (la familia Urzáiz) y la República Dominicana (los hermanos Alomá Ciarlos), fueron cubanos emigrados los que contribuyeron a introducir y propagar en América del Sur el juego de las bolas y strikes.

Estos primeros tiempos de la pelota en Venezuela fueron enteramente amateurs, tal y como lo señalaba su primer reglamento, se jugaba solo los domingos y días feriados, con una duración de cinco meses el torneo, en el que participaban tres equipos: el rojo, el negro y el canelo, y al que tenían acceso además: "...los transeúntes que jugaran pelota, por acuerdo específico de la junta".³⁴⁹ Algunas anécdotas de aquella época temprana recuerdan también como a través del béisbol los venezolanos comenzaron a construir narrativas nacionalistas, como sucedió en un juego celebrado en homenaje al secretario de estado norteamericano Richard Olney, autor del ultimátum que lleva su nombre en el diferendo anglo-venezolano sobre la frontera con la Guayana.³⁵⁰

Volviendo a la impronta cubana en el béisbol venezolano, esta no se limitó a sus orígenes, y pronto alcanzó la categoría de mito, sobre todo gracias a la magia de un jugador fuera de serie: el joven Emérito Argudín, quien con apenas 21 años debutó en la novena del equipo Victoria, integrado por cubanos residentes en Venezuela, justo cuando el siglo xx daba sus primeros pasos. Argudín se había matriculado para cursar estudios en la Universidad Central, pero su cierre por el dictador Cipriano Castro lo obligó a dedicarse al béisbol, para suerte del deporte y de sus incontables aficionados.³⁵¹

Las virtudes de Emérito como pelotero pronto lo llevaron integrar las filas del club Caracas, al que guió a obtener el primer torneo de pelota jugado en el país (1901), obteniendo la triple corona de bateo, además del liderato en anotadas, bases robadas y boletos. Sus manos maravillosas de short stop le valieron la condición de estrella en la posición, y también la de ser el primer gran ídolo deportivo de Venezuela. Por si no fuera suficiente, Emérito Argudín, fue el primer

349 Ídem, p. 9.

350 Ibidem.

351 Todos los datos relativos a la biografía y actividad béisbolera de Emérito Argudín los he tomado del libro de Javier González: *El béisbol en Venezuela*, Fundación Bigott, Caracas, 2003, pp. 18-22.

entrenador con amplios conocimientos del juego con que contó la patria de Bolívar, enseñó a los venezolanos habilidades técnicas como tocar la bola y lanzar curvas, fundó el primer periódico dedicado a divulgar el juego de pelota, el semanario *Base Ball*, que circuló en 1902, y tradujo del inglés las reglas oficiales del juego.

La consagración definitiva de este versátil jugador le llegaría gracias a su desempeño frente a una novena estadounidense, protagonizando el primer encuentro entre un equipo nacional y otro foráneo, el 19 de octubre de 1902. Los norteños eran marineros del buque de guerra *Marietta* y se enfrentaron al Caracas BBC en los terrenos del Bolívar BBC, aledaños al puerto de La Guaira. A pesar de dos inmensos batazos de Argudín que se perdieron entre las olas, los del *Marieta* alcanzaron la victoria en el primer desafío 16 por 13. La revancha venezolana tuvo lugar una semana más tarde, ganando con abultado marcador de 27 por 17, y de nuevo Emérito se robó los aplausos con par de pelotas a la playa, una de ellas con los ángulos repletos, y una cogida sensacional ante fuerte conexión del cuarto bate visitante. Había nacido la primera leyenda del béisbol venezolano, y sus raíces estaban en Cuba.

Hacia 1916, el béisbol disfrutaba de notable popularidad en toda Venezuela y había logrado sortear con éxito numerosos escollos de índole política y económica. Ese año se organizó el primer campeonato nacional, ganado por el club Independencia de Caracas, y ocupó el segundo puesto un equipo de igual nombre que representaba a Puerto Cabello, en cuyas filas militaba el catcher cubano Lázaro Quesada. Al terminar la temporada, Quesada pasó a trabajar en la fábrica del propietario del Independencia de Caracas, Manuel Corao, y se sumó a su nómina. Sin embargo, no sería solo este club el que lo llevaría a formar parte de la historia del béisbol venezolano, sino su aparición como refuerzo con el Santa Marta en 1924, en un enfrentamiento al Royal de la capital. La serie terminó favorable a los de La Guaira, en medio de fuertes protestas de los fanáticos metropolitanos, quienes consideraban injusto que su rival se hubiera reforzado con un jugador de la calidad del cubano.

Pocos años después arribaría a Tierra Firme otro ilustre jugador de La Mayor de Las Antillas, sin cuya actuación es prácticamente imposible escribir la historia del béisbol en el Caribe en la primera mitad del siglo xx. Se llamaba Martín Dihígo y no por casualidad su nombre aparece grabado en los salones de la fama de Cuba, México

y Venezuela, además del de Cooperstown de las Grandes Ligas, donde jamás jugó. El Inmortal llegó a Venezuela en 1932, con 26 años, en los inicios de su gloria deportiva. Había dejado su patria en desacuerdo con la dictadura del General Machado, y luego de tomar parte en torneos de República Dominicana, Puerto Rico (donde lanzó un juego de cero hit cero carreras) y los Estados Unidos, se integró al equipo Concordia, propiedad del coronel Gonzalo Gómez, que tenía su sede en La Victoria.

En Venezuela Dihígo repitió la hazaña que había logrado esa temporada en Borinquen, y que repetiría luego en México, en 1937. Estamos hablando de la actuación más difícil para un pitcher, exceptuando el juego perfecto: el no hit no run. La lechada se produjo el 21 de agosto de 1932, en el estadio de San Agustín, con marcador final de 4 por 0. Sus víctimas fueron los peloteros del Cincinnati, equipo que representaba a Maiquetía, donde brillaban luminarias como el pitcher Alejandro *Patón* Carrasquel y la segunda base César Tovar. En resumen, los bateadores contrarios recibieron catorce ponches del estelar lanzador matancero, y solo dos pudieron alcanzar la primera base por boletos.³⁵²

Junto con el Maestro, también jugaron en los torneos venezolanos de los años 1930 y 1940 los cubanos Silvino Ruiz, Alejandro Oms —proclamado campeón con el poderoso club Vargas en 1939— y Pelayo Chacón, este último como infielder y manager del club Caribe, organizado por el polémico empresario Jesús Corao, y donde empezó a hacer historia otro lanzador inolvidable en tierras de Venezuela: el zurdo Manuel *Cocaína* García.

Gracias al pitcheo de Cocaína, y también a su oportuno bateo, el equipo de los Senadores alcanzó el banderín en el VIII Campeonato de Béisbol de primera categoría, celebrado en 1936. Dos temporadas más tarde, en 1938, esta vez en el club Venezuela que regía Juan Antonio Yanes, Cocaína se proclamó campeón, alcanzó todas las victorias de su equipo, doce en total, y además fue líder de los bateadores con el increíble promedio de .417. En 1939, a pesar de los 18 juegos completos del zurdo y de su excelente promedio de pitcheo, de 1.88 carreras

352 Ver una descripción de este partido en el libro de Alfredo Santana Alonso: *El Inmortal del béisbol. Martín Dihígo Llanos*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1997, pp. 37-39.

limpias por cada nueve entradas de actuación, el equipo de Yanecito tuvo que conformarse con la tercera posición.³⁵³

Un poco antes, el 11 de febrero de 1938, se enfrentaron por primera vez en torneos oficiales los seleccionados de Cuba y Venezuela, durante la celebración de los Juegos Centroamericanos y del Caribe que tuvo su sede en Panamá. El juego se extendió a doce innings y culminó con victoria para los isleños con apretado marcador de 5 por 4, presagiando la fraterna rivalidad que tendrían desde entonces ambas novenas y que alcanzaría su apoteosis en la Serie Mundial Amateur de 1941.

Aquel histórico torneo se celebró en La Habana del 27 de septiembre al 22 de octubre de 1941, y se presentaron a discutir la condición de mejor del mundo nueve selecciones: Cuba, Estados Unidos, El Salvador, México, Nicaragua, Panamá, Puerto Rico, la República Dominicana y Venezuela. Como ya era usual, el país anfitrión había armado un “trabuco” con lo mejor de su torneo amateur, donde descollaban Bernardo Cuervo, Andrés Fleitas, Napoleón Reyes, Antonio *Mosquito* Ordeñana, Clemente González, Charles Pérez, Rafael Villa Cabrera, el Guajiro Rodríguez y los serpentineros Julio *Jiquí* Moreno, Rogelio *Limonar* Martínez, Pedro *Natilla* Jiménez y Conrado Marrero.

Venezuela, por su parte, integró su team con jugadores de la capital y del béisbol zuliano. Entre los más descollantes estaban Luis Romero Petit, Dalmiro Finol, José Antonio Casanova, Guillermo Vento, Jesús *Chucho* Ramos, Julio Bracho, y los lanzadores Domingo Barboza, Ramón *Dumbo* Hernández, Juan Francisco *Gatico* Hernández, Felipe Gómez, Benjamín Chirinos y el héroe indiscutible de aquella serie: Daniel *el Chino* Canónico.³⁵⁴

Cubanos y venezolanos realizaron un torneo impecable, arrasando a sus rivales con formidables actuaciones de sus estelares Marrero y Canónico, ambos con tres victorias en la serie, llegando empatados a la final con idéntico balance de siete ganados y uno perdido; en el caso de los sudamericanos su único revés fue frente a los quisqueyanos, mientras que los anfitriones, con el *Jiquí* Moreno el box caían 4 por 1 frente al propio Canónico. Todo quedó listo para

353 Javier González: ob. cit., p. 57.

354 Ver las nóminas completas de ambos equipos y sus actuaciones en *Memorias de los Campeonatos Mundiales de Béisbol Aficionado*, Ediciones Deportivas, La Habana, 1971, pp. 78-81.

la serie extra de desempate, celebrada el 22 de octubre de 1941, donde de nuevo los morochos se llevaron la victoria, en memorable duelo entre el Guajiro de Laberinto y el Chino, que finalizó con cerrado score de 3 carreras por 1.

Los acontecimientos de aquel partido demuestran como la victoria venezolana fue prácticamente sellada desde el primer inning, cuando anotaron en tres oportunidades gracias a dos boletos obtenidos por José Pérez Colmenares y Héctor Benítez, impulsados hacia el home por línea al center de Jesús *Chucho* Ramos sobre la que cometió un costoso error Segundo *el Guajiro* Rodríguez. A continuación José Antonio Casanova pegó imparable que llevó a Ramos a la antesala, y este logró anotar la tercera de la entrada por roletazo de Julio Bracho a segunda. A partir de ese momento ambos pitchers impusieron sus condiciones a los bateadores rivales, colgando ocho ceros consecutivos en la pizarra del estadio Cerveza Tropical, hasta que Cuba dio señales de vida en el noveno episodio anotando una carrera por doble del Guajiro Rodríguez y sencillo impulsor de Rafael Villa Cabrera. Pero ya había dos outs y el tercero lo cedió Natilla Jiménez forzando a Cabrera en segunda, de Dalmiro Finol a José Antonio Casanova.³⁵⁵

Los fanáticos cubanos reunidos en la catedral del béisbol habanera no podían creer lo que veían, mientras miles de venezolanos que habían seguido por radio el partido —algunos disputándole la primacía a las novelas de la tarde—, se lanzaron a las calles a celebrar su triunfo. Como recordaría el entonces niño y luego *big leaguer* Alfonso *Chico* Carrasquel:

En el año 41, cuando estaban los campeones venezolanos jugando en Cuba, oíamos las transmisiones en el radio de mi madre, que para prenderlo teníamos que usar una toalla porque daba unos corrientazos terribles. Ella siempre escuchaba las radionovelas, los programas musicales, era una fanática de Néstor Zavarce, lo adoraba, se pasaba horas pegada a la radio, escuchando *El Pájaro Chogüi* y decía ¡ay, qué lindo! El caso es que teníamos que turnarnos para escuchar yo los juegos del

355 He tomado esta versión de aquel juego memorable de Severo Nieto Fernández: *Conrado Marrero. El Premier*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2000.

campeonato del 41 y ella las radionovelas, siempre con la toalla al lado del aparato. Eso me marcó.³⁵⁶

El escritor Adriano González León también dejó un emotivo testimonio de aquel juego, en una página memorable que describe el sentimiento de orgullo nacionalista de los venezolanos:

El día miércoles 22 de octubre de 1941 estábamos varios muchachos en un pueblo de Venezuela llamado Valera, frente a un radio Philco, de ojo mágico. Se decidía la IV Serie Mundial de Béisbol Amateur y nuestro equipo venía de empatar el primer puesto con la novena más espectacular, el equipo cubano. Solamente una locura podría hacer posible un triunfo sobre un conjunto que había ganado dos series anteriores y ofrecía en la *lomita*, como lanzador, a ese guajiro extraordinario llamado Conrado Marrero, que además picheaba en su propia casa. A las tres de la tarde, treinta mil espectadores llenaban las tribunas del estadio La Tropical de La Habana. El zurdo José Pérez Colmenares abrió la batería por Venezuela y consiguió ir a la primera base por bolas. El ojo verde del radioreceptor se fruncía, daba paisajes lejanos, tenía color animal, parpadeaba. Se iba la onda y nos venía un aire en el estómago. Un temblor. Oímos que Luis Romero Petit cayó con un *foul fly* cerca de la tercera base. Era el primer out. El tercer bate, Héctor Benítez Redondo, recibió otro boleto y Pérez fue a la segunda. El Philco comenzó a tronar de nuevo. Cada quien quería arreglarlo. Los muchachos nos mentábamos la madre unos a otros. Había que buscar un culpable. Al fin vino la onda justo para anunciar que Chucho Ramos metió entre *left* y *center* un cañonazo que llevó a la goma a Pérez y Benítez. Él llegó a tercera y después entró en *home* gracias a un tremendo tubey de José Antonio Casanova, en lo más profundo del *center field*. Eso bastó. Daniel Canónico, nuestro lanzador, contuvo genialmente los bateadores contrarios hasta el noveno *inning* cuando Rodríguez metió un cohetazo doble por el jardín derecho y después un roletazo de Rafael Villa Cabrera, que se perdió en el *center*, lo llevó hasta el *home*. Los muchachos estábamos temblando frente al ojo

356 Milagros Socorro: *Alfonso "Chico" Carrasquel. Con la "V" en el pecho*, FUNDARTE, Caracas, 1994, p. 21.

mágico. Pero Natilla Jiménez murió en el último *out*. Venezuela había ganado la Serie Mundial. Un país triste y golpeado por las dictaduras, lejos del resplandor de los héroes de la Independencia, sin que todavía Rómulo Gallegos estuviera totalmente alzado en la cresta de sus novelas, un país que aún padecía las últimas fiebres del paludismo y era explotado por las compañías petroleras internacionales, obtenía repentinamente un punto de honor, un regocijo, a través de sus atletas. Todo el mundo salió a las calles a festejar. Pero no era solo el triunfo de los nuestros. Era que el triunfo se obtuvo sobre el equipo de Cuba y Cuba era lo más grande en el béisbol, y sobre todo era la nación hermana.³⁵⁷

Fue de tal magnitud la significación de aquella victoria, que el presidente Isaías Medina Angarita declaró el 22 de octubre como Día Nacional del Deporte y a partir de ese momento se fundaron centenares de clubes, desatándose en Venezuela una fiebre béisbolera sin precedentes. Los cubanos, aunque el Premier obtuvo su revancha en la serie siguiente, derrotando el 4 de septiembre de 1942 a Canónico por abultado margen de 8 por 0, siempre recuerdan con dolor aquella derrota en la discusión del título de la IV Serie Mundial.

En medio de la euforia por la victoria sobre Cuba se consolida el béisbol aficionado venezolano, quedando segundos en la V Serie Mundial (1942) y alcanzando el máximo lauro en las series VII (1944) y VIII (1945), celebradas ambas en Caracas. De igual modo se fortalece un equipo llamado a hacer historia en el béisbol venezolano, los Navegantes de Magallanes, quien contó entre sus pitchers estelares a Daniel Canónico en la temporada de 1942-1943, y alcanzó su primer título al año siguiente, en parte gracias a los servicios prestados por Cocaína García y el también estelar Vidal López.

A partir de 1946 y durante la década siguiente, surge y se afianza el campeonato de béisbol profesional venezolano, iniciado por los clubes Cervecería Caracas, Venezuela, Vargas y Magallanes. Este último club protagonizó en la temporada de 1954-1955 una verdadera hazaña, al borrar una desventaja de diez juegos frente al Caracas. El artífice de tal repunte lo fue el manager cubano Lázaro Salazar,

357 Adriano González León: "Saurio, manatí, sirena", en *Encuentro de la cultura cubana*, no. 1, Madrid, verano de 1996, p. 60.

el *Príncipe de Belén*, quien no solo empató el torneo, sino que lo ganó con cuatro juegos de ventaja sobre los Leones del Caracas.³⁵⁸ En esas mismas décadas numerosos jugadores de la Isla dejaron su impronta en la pelota venezolana, como Pablo García, campeón de bateo con el Magallanes en 1946 y promedio de 403; René González, que acumuló varios liderazgos en la serie de 1950-1951, entre ellos los jonrones con 10, los dobles con 18 y las impulsadas con 56. También en esa temporada se destacó Carlos Colás al frente de los triples con 5 y las bases robadas con 14.

Antes he mencionado al estelar short stop Chico Carrasquel, primer latino en participar en un Juego de las Estrellas de la Gran Carpa, en 1951, quien se desempeñó durante diez años para los Medias Blancas de Chicago. En aquel circuito coincidió y se hizo amigo de varios jugadores cubanos, como Orestes Miñoso, Héctor Rodríguez, Willy Miranda, Luis Alomá y el pitcher Sandalio Consuegra, los cuales, en su opinión "...le dieron un nuevo sabor al béisbol de Grandes Ligas, antes tan rígido".³⁵⁹ Precisamente en combinación con Miñoso y Consuegra, Carrasquel realizó una espectacular jugada de bola escondida frente a los Medias Rojas de Boston, algo inusual en aquel béisbol, lo cual les permitió ganar un juego decisivo en la lucha por el campeonato. Disfrutemos el relato que hizo Carrasquel de aquella "maldad" béisbolera con sabor latino:

En el noveno inning, con dos outs y el juego empatado, el primer bateador, Sam White, le dio un tubey a Sandalio Consuegra, pitcher de nosotros. Cuando el left field—que era Orestes Miñoso— me tira la pelota a mí —que soy el cortador, o sea el *short stop*— agarro la pelota y ya el corredor estaba en segunda... el público se levantó en pleno, gritando de emoción porque con esa carrera nos ganaban el juego. Entonces yo me llevé la pelota de juego hacia el pitcher y cogí la bolsa de pez rubia [...] Le tiré la bolsa de pez rubia a Consuegra, a una distancia de dos o tres metros, para hacerle creer al equipo contrario y al público que le estaba tirando la pelota de juego. Cuando Consuegra recibe la bolsa de pez rubia, él la frota como si fuera la pelota. Mientras tanto yo tengo la verdadera pelota escondida en mi

358 Javier González: ob. cit., p. 89. Salazar dirigió el equipo de los Navegantes en 1949-1950, 1950-1951, 1951-1952, 1954-1955 y 1955-1956.

359 Milagros Socorro: ob. cit., p. 41.

guante. Me voy hacia segunda base y le digo al corredor —que era muy amigo mío hasta ese momento— [...] ¿Me permites un momentito limpiar la base...? Sam White sacó el pie de la base y yo la toqué. Paparella, el árbitro de segunda, gritó out. Se armó tremendo escándalo en el estadio porque Consuegra estaba haciendo contacto con la goma de lanzar. Los fanáticos me gritaron de todo: suramericano sucio, tramposo, hijoeputa [...] Jugamos otros innings y entonces nosotros anotamos una. Ganamos el juego.³⁶⁰

El triunfo que clausura una época dorada para la pelota morocha lo alcanzaron en los Juegos Panamericanos de Chicago, en 1959, donde logran el campeonato frente a equipos de gran tradición y fuerza como los Estados Unidos y Puerto Rico. Ese mismo año había triunfado la Revolución Cubana, que en un lapso de dos años eliminó la práctica del béisbol profesional en la Isla, por lo que muchos de sus jugadores rentados fueron a reforzar los conjuntos de Grandes Ligas y de otros países del área, entre ellos Venezuela, donde también se desempeñaron exitosamente como directores de equipos. Tal es el caso de Napoleón Reyes que capitaneó al Magallanes en la temporada 1968-1969 y Carlos Pascual que lo hizo durante cuatro series consecutivas, entre 1969 y 1973, dirigiendo asimismo a los Tigres de Aragua en 1968-1969 y 1980-1981. También fue mentor de los Navegantes Octavio Rojas en los años de 1977 a 1979. Antes Rojas había dirigido a las Águilas de Zulia en la campaña de 1973-1974, equipo al que prestó servicios de dirección Tony Taylor entre 1978 y 1980. Los Leones de Caracas, que había sido liderados por Martín Dihigo en 1952-1953 y por Reinaldo Cordeiro en 1958-1959, tuvieron como su director durante ocho campañas, entre 1961 y 1969, al estelar primera base Regino Otero, ganador de varios torneos con Valencia y la ciudad capital. Con los Cardenales de Lara se destacaron como managers Rodolfo Fernández, Tony Castaño y Tony Pacheco, este último durante cuatro temporadas.

Entre los peloteros cubanos más destacados en la liga venezolana durante las últimas cuatro décadas están José Joaquín Azcue, José Tartabull, Dagoberto Campanería, Ángel Scull, Orlando Peña, Diego Seguí, que alcanzó tres liderazgos de pitcheo, Carlos Pascual, Jacinto

360 Milagros Socorro: ob. cit., pp. 40-41.

Hernández, autor de tres jonrones en un juego en Barquisimeto el 14 de diciembre de 1965 y Luis Tiant Jr., que le propinó un no hit no run al Caracas el 14 de noviembre de 1971, acompañando en ese difícil resultado a sus compatriotas Dihígo, Manuel *Cocaína* García y Sandalio *Potrerillo* Consuegra.

Con la Revolución Cubana de 1959 se cerraba una era y empezaba otra de relativo distanciamiento a nivel de selecciones nacionales entre el béisbol de ambos países, en parte por razones del aislamiento impuesto por los Estados Unidos a Cuba durante décadas, y en parte por la ausencia de Venezuela de los principales torneos amateurs de los últimos tiempos y el débil papel de sus equipos. Baste recordar que fue a un equipo venezolano al que el pitcher camagüeyano Juan Pérez Pérez le propinó el único juego de cero hit cero carrera dado por un cubano en un Campeonato Mundial, durante el certamen del orbe celebrado en La Habana en 1973. Sin embargo, la secular relación deportiva se ha visto reanimada en fecha reciente gracias a los topes amistosos protagonizados por peloteros venezolanos y cubanos dirigidos por sus respectivos presidentes, Fidel Castro y Hugo Chávez, ambos grandes entusiastas del juego de pelota.³⁶¹ En uno de estos partidos, celebrado en La Habana en enero de 1999, Fidel disfrazó a un grupo de grandes peloteros cubanos (Antonio Pacheco, Orestes Kindelán, Germán Mesa...) como si fueran veteranos, haciéndole a Chávez una broma colosal que terminó de manera risueña entre ambos líderes políticos. Por tal motivo, no tengo dudas en afirmar que los lazos de unión entre las dos naciones continuarán por encima de cualquier contingencia social o política, pues tiene sus bases más firmes en una tradición deportiva de más de un siglo, y en una sólida identidad cultural latinoamericana y caribeña, dentro de la cual es el béisbol uno de los símbolos más amados.

La Habana, octubre de 2004

361 Se celebró un primer juego en La Habana, en el Estadio Latinoamericano, el 18 de enero de 1999, y otro en Barquisimeto, en el parque Antonio Herrera Gutiérrez, este último durante una visita oficial del presidente cubano a Venezuela, el 28 de octubre de 2000.

HABLAR DE PELOTA*

Para Yamil Díaz Gómez

En la presentación a un pequeño, pero excelente texto de crítica aparecido en 1964 su autor, Ambrosio Fornet, hacía el siguiente comentario: “El crítico se halla en el caso del pelotero que está en tres y dos y ve venir la bola: le tira o la deja pasar; puede equivocarse, pero no eludir el reto” y a continuación añadía: “En la primera parte de este cuaderno hablo, como escritor, del crítico; si he tirado duro, es a riesgo de poncharme a mí mismo, pues en la segunda parte hablo como crítico del escritor”.³⁶²

No es nuestro propósito aquí glosar aquel volumen, sino detenernos en esas expresiones (“ver venir la bola”, “tirarle o dejarla pasar”, “tirar duro”, “poncharse”) que aparecen en su prólogo como una suerte de justificación metafórica del oficio de la crítica, y que el ensayista resume en el título del libro: *En tres y dos*. ¿Qué nos quiere transmitir el creador con estas alusiones, escuchadas tantas veces en su contexto original, el del juego de pelota, pero reiteradas en multitud de situaciones fuera de él, en el polisémico diamante de la vida cotidiana? ¿Por qué decidió usar estas frases y no otras?

* Deseo agradecer la ayuda recibida para la realización de este trabajo, en sus aspectos idiomáticos, a los doctores Sergio Valdés Bernal y Gisela Cárdenas, investigadores del Instituto de Literatura y Lingüística José Antonio Portuondo de La Habana.

362 Ambrosio Fornet: *En tres y dos*, Ediciones R, La Habana, 1964.

Me atrevo a afirmar que Ambrosio Fornet sabía bien que en estas frases quedaba condensado un saber popular de fácil reconocimiento, pues para casi ningún cubano es un secreto que *estar en tres y dos* denota encontrarse en una situación límite, donde el azar ha llegado a su término permisible y es preciso elegir una única opción, que puede representar el éxito o el fracaso. Su uso en este sentido se ha generalizado y fue consagrado luego en el título de una popular película sobre béisbol de mediados de la década del ochenta del pasado siglo, en la que se narra el ocaso de la vida deportiva de un otrora gran jugador, y la angustia que representa el abandono del terreno de juego para dar paso a las jóvenes promesas.

Como muchos recordarán, el último batazo de Mario *Truco* López, en el conteo máximo, fue un largo fly a los jardines capturado, en un montaje cinematográfico, por el center field villaclareño Víctor Mesa, entonces en la cumbre de su brillante carrera. Esta escena quizás resume la filosofía de la película, y su mensaje de enfrentar sin temor la que puede ser una última oportunidad. Después de todo, la suerte del bateador, como la vida real fuera del terreno, siempre está a merced de un complicado azar, pues dispone apenas de unos pocos segundos para decidirse a golpear, con un bate de dos pulgadas y media en su parte más gruesa, una esfera de cuero de apenas veintitres centímetros de circunferencia que se le acerca indescifrable a una velocidad de entre noventa y cien millas, luego de recorrer los 60 pies que separan al home de la tabla de lanzar. Se comprende entonces porqué quienes fallan siete de diez veces en este difícil duelo, pueden ser considerados buenos jugadores de pelota.

Esta enorme popularidad del juego de pelota llevó a que sus partidarios comenzaran a usar el léxico deportivo como una suerte de lenguaje paralelo al habla común, convirtiendo sus códigos en parte de la sabiduría popular. Ya en la primera obra dedicada al béisbol en nuestro país, su autor, Wenceslao Gálvez y Delmonte afirmaba: “Es ya tan conocido el juego en Cuba que hasta sus términos se han *españolizado* y así tenemos los verbos regulares: *pichar*, *quechar*, etc., que conjugan de continuo los jugadores callejeros”.³⁶³

En tal dirección pudiera pensarse que tales locuciones solo resultan comprensibles para los hablantes de la lengua familiarizados con la jerga béisbolera y sus usos dentro y fuera del terreno de juego. Sin

363 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 15.

embargo, esta fraseología “para iniciados”, en determinados contextos expresa un sentido que puede ser decodificado fácilmente por quienes lo leen o escuchan. Veamos dos ejemplos de inicios del siglo xx que nos demuestran el grado en que las frases béisboleras habían pasado a engrosar el lenguaje del cubano, al menos del hombre instruido que podía leer los periódicos.

El primero de estos ejemplos es una propuesta hecha por el político e intelectual Manuel Márquez Sterling, en el sentido de pronunciar en castellano los términos en inglés propios del béisbol, y para ello argumenta que ya es común escuchar las siguientes conversaciones:

EL NOVIO: ¿Con que así te portas con tu amorcito, sacándole *ponchau* para irte sola de paseo?...

LA NOVIA: Hijo, es que ya me tienes muy cargada, porque quieres siempre hacer *Jomron*...y yo te prefiero de *Jit*...³⁶⁴

En esta misma dirección, medio en broma, medio en serio, Márquez Sterling propone un breve diccionario de términos béisboleros, en el cual junto a la definición literal del vocablo agrega una interpretación metafórica, en casi todos los casos para referirse a la mala literatura de la época. Veamos algunas de estas definiciones:

Base: En el juego de operaciones béisboleras hay cuatro puntos equidistantes que los jugadores procuran atrapar: cada uno de esos puntos es una base. Un hombre que no ha pisado *la primera base* suele decirse en la vida a un hombre que jamás se pone en condiciones de triunfar. Por ejemplo, el Sr. Carlos Martí, pronunciando discursos sobre *La Educación griega*, en Holguín, no llegará jamás a *la primera base*.

Jit: Tomar una base por un batazo. Ir poco a poco aprovechando las situaciones. Irse colando, en ciertos momentos, en donde no se le quiere. Aprovechar lecturas indigestas para artículos exóticos.

Jomron: Correr las cuatro bases de un solo batazo. Pasar de escribiente a jefe. Heredar en vida. Plagiar a un escritor *literalmente*.

364 Manuel Márquez Sterling: “Vocabulario del béisbol”, *El Fígaro*, La Habana, 9 de diciembre de 1900, p. 556.

Rolin: Pelota que, impulsada por el bate, va rodando [...] Un rolin en literatura, es una producción que va por el suelo a la indiferencia. ¡Conozco tantos!³⁶⁵

Finalmente, concluye Márquez Sterling su particular “Vocabulario béisbolero” aseverando malicioso: “¡Y un *ponchau*, de vez en cuando, será muy útil a las letras y a las artes!”³⁶⁶

El otro ejemplo pertenece al citado Wen Gálvez, quien utiliza las frases béisboleras con una intencionada alusión a los vicios y desventuras de la política cubana en plena ocupación estadounidense (1900) y su texto se titula “Un poco de fongueo”. Aquí, para referirse a la trayectoria del régimen interventor señala: “Nos habíamos familiarizado tanto, desde hace años, con *bats, pitchers y balls* que, francamente, no disuenan mucho en nuestros oídos las frases de *Deputy collector, Chief of Police* en inglés que salen de labios del gobierno. Lo malo, lo peor, es decir, lo que nos tiene preocupados es el *catching*”.³⁶⁷ No hace falta saber demasiado de pelota para darse cuenta de lo que significa, en el contexto citado, la frase “catching”, pero Gálvez va más allá y ensaya nuevas analogías, como estas referidas a la corrupción y el nepotismo dentro de los ramos de Administración Pública y Justicia:

He visto llegar al bat a un bisoño, y a la primera bola colocarse en tercera base, que es en el tecnicismo administrativo colocarse de jefe de oficina; he visto a otro hacer un home-rum de un solo batazo llegando a pisar el plate, o sea una Secretaria del Despacho [...] He visto recientemente al Secretario de Justicia variar por completo el diamante, y enviar la primera base al *right field*, a este colocarlo de *short stop*, a la segunda base mandarla al *fielding*, sustituir a otros por suplentes. En suma, que ya no se contratan a los jugadores ni siquiera por temporadas, pues nadie sabe cuanto tiempo va a estar en el club, o sea, en el empleo.³⁶⁸

Wen Gálvez, en su denuncia, hace del país un terreno de pelota, y a sus dirigentes los coloca en el lugar de los *players*, quienes deben tener cuidado con el General Wood (en palabras del autor “Mister

365 *Ibidem.*

366 *Ibidem.*

367 Wenceslao Gálvez y Delmonte: “Un poco de fongueo”, *El Fígaro*, La Habana, 9 de diciembre de 1900, p. 560.

368 *Ibidem.*

Leña”) el que también recibe su ironía béisbolera, pues es quien, a semejanza de un bateador, propina los “leñazos”.³⁶⁹

Todos estos modelos que hemos comentado pertenecen al mundo de la cultura letrada, pero también la cultura popular recreaba estos códigos desde fechas tan tempranas, como se aprecia en esta décima festiva recogida en La Habana hacia 1886:

*Muchas lindas habaneras
Sienten del juego el contagio
Y hacen amoroso plagio
De las luchas peloterías.
Al que en frases plañideras
Les declara su pasión
Y quiere meterse en jom
Sin sacramentar detalle,
Lo ponen out, en la calle,
Y mamá le da el scon.³⁷⁰*

Otra declaración amorosa en tono divertido, utilizando el lenguaje béisbolero fue publicada en Matanzas en 1887 y rezaba:

*Para mis tiernas razones
No tiene tu labio helado
Más que amargas negaciones
Y ya van tres ocasiones
Que me haces quedar ponchado
No sea tan inhumana...
Escuche yo una vez sola
Un sí en tu boca de grana
Y de limosna, cubana,
Dame la base por bolas*

*¿Quién es tu mejor amante...?
Nadie como yo se pasa
Toda su vida, constante
Dando vueltas al diamante
De la cuadro de tu casa*

369 *Ibidem.*

370 Mariano Ramiro: “El Base Ball (jerigonza bilingüe)”, en *Signos*, no. 47, Santa Clara, 2002, p. 131.

*No abrigues vacilaciones
Ablanda tu corazón
Nido de mis ilusiones
Y atendiendo mis razones
Déjame entrar en el jom.*³⁷¹

Dejamos aquí esta parte de nuestra indagación, que pudiera multiplicarse en numerosos textos, para pasar entonces a la indicación de aquellos fraseologismos de origen béisbolero que todavía se encuentran vigentes, y que son usados por la población con una enorme riqueza de significados, algunos con ligeras variantes según la actitud del hablante o el contexto de que se trate. No es este un trabajo propiamente lingüístico, pero nos parece conveniente señalar ciertos contenidos específicos de la fraseología en tanto disciplina lingüística, que posee su método y objeto de estudio propios. En primer lugar es preciso decir que las combinaciones de palabras que constituyen las expresiones fraseológicas se denominan “locuciones”, “fraseologismos”. “frases hechas” o “idiotismos”; pero más allá de esta diversidad conceptual, hay consenso en que los fraseologismos deben poseer una serie de rasgos comunes a todos.³⁷² Entre las características que debe cumplir cualquier fraseologismo están:

- pluriverbalidad
- sentido figurado o metafórico
- estabilidad

La pluriverbalidad indica que todo fraseologismo debe estar integrado por dos o más palabras, una de las cuáles, al menos, debe ser palabra plena, y el resto palabras auxiliares. La metáfora es el factor semántico por excelencia que actúa en la formación de idiotismos, al proponer un cambio de sentido originado por la semejanza. En cuanto a la estabilidad fraseológica, esta se deriva de la relación tan estrecha entre los elementos que componen la frase, los cuales pierden sus significados primarios para recibir uno nuevo. Por otro

371 *El Álbum. Semanario Ilustrado*, Matanzas, noviembre 20 de 1887, año 1, no. 24, p. 191.

372 Sigo en este aspecto teórico sobre los fraseologismos el libro de Antonia María Tristá: *Fraseología y contexto*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

lado, salvo excepciones, los fraseologismos se construyen siguiendo los modelos de las combinaciones libres, cuyos elementos sufren una reinterpretación semántica dentro de sus límites, y fuera de este recobran su acepción primaria.³⁷³ Finalmente, es necesario aclarar que nuestra selección no pretende ser exhaustiva, sino más bien una muestra de aquellas locuciones de mayor frecuencia en su uso, lo que no impide para que futuros acercamientos incrementen este listado. En nuestra búsqueda, realizada principalmente en el léxico popular urbano, también nos hemos auxiliado de los fraseologismos ya recogidos por otros autores, como Marcelino Arozarena,³⁷⁴ Louis A. Pérez Jr.,³⁷⁵ Alexis Castañeda Pérez de Alejo y Edelmis Anoceto Vega,³⁷⁶ así como los que aparecen en el útil y todavía inédito *Diccionario de fraseología cubana*³⁷⁷ elaborado por investigadores del Instituto de Literatura y Lingüística:

Al duro y sin guante: Se usa para calificar una acción extrema y sin alicientes. Situación engorrosa.

Batear/botarla de jonrón: Realizar una acción de gran alcance, atrevida, contundente.

Batear para quinientos: Tener un elevado resultado o rendimiento en una labor determinada.

Cerrar el cuadro: Poner a alguien en una situación sin salida.

Coger movido/fuera de base: Sorprender a alguien en una situación ilegal, una mentira o una infidelidad amorosa.

Coger/dar la seña: Estar al tanto o darse cuenta de una situación.

Complicarse el inning: Enredarse una situación. Surgir dificultades en una cosa o asunto.

373 Ídem, pp. 14-21.

374 Marcelino Arozarena: "El argot beisbolero en el palabreo popular cubano", *Mensajes*, no. 29, UNEAC, La Habana, 3 de diciembre de 1970. Reproducido en *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, Tercera Época, vol. 7, La Habana, enero-diciembre, 2002, pp. 17-19.

375 Louis A. Pérez Jr.: *On becoming Cuban. Identity, nationality and culture*, Chapel Hill, The North Carolina University Press, 1999, p. 277.

376 Alexis Castañeda Pérez de Alejo y Edelmis Anoceto Vega: "La jerga beisbolera y el juego cotidiano de la vida", en *Signos*, Santa Clara, no. 47, 2002, pp. 170-176.

377 *Diccionario de fraseología cubana*. Texto mecanografiado en dos tomos por el Instituto de Literatura y Lingüística José A. Portuondo.

Conectar de hit: Destacarse, sobresalir en algo.

Cuadrarse en home: Mantenerse firme en una posición. No admitir cambios u otras opiniones.

Darle a la bola en la costura: Realizar una acción con energía y ardor.

Dar cero hit, cero carrera: Cumplir una tarea con alta efectividad, sin fisuras.

Dar/meter/curva: Evadir una responsabilidad o desentenderse de un problema.

Dar/meter/línea: Engañar, embaucar, mentir.

Dejar al campo: Lograr una acción victoriosa sin darle la oportunidad al contrario de ripostar.

Dejarse cantar el tercer strike: Fallar ante una situación sin hacer el máximo de esfuerzo.

Esquina caliente: Punto de reunión de un grupo de personas que discuten sobre un tema, preferentemente de deportes.

Estar en un slump: Atravesar por un mal momento. Estar deprimido.

Estar más atrás que el umpire/ampaya/: Estar en una situación económica difícil. No estar al tanto o enterado de algo.

Estar fuera de liga/fuera de serie: Destacarse sobremanera entre personas que realizan una determinada labor o acción.

Estar en tres y dos: Encontrarse ante una situación muy difícil, ante la cual no se puede eludir una solución.

Estar/venir por la goma: Tratar un asunto con excesiva severidad y exigencia.

Estar/quedarse quieto en base: Encontrarse alguien seguro. No estar metido en problemas.

Explotar: Fracasarse estrepitosamente. Ser sorprendido en una acción ilegal o punible.

Fly (flay): Se dice de alguien no idóneo, que no satisface las expectativas puestas en sus capacidades o conducta. También alguien ligero en sus opiniones, persona no confiable. Generalmente se usa con los verbos caer, llegar, venir y significan: de manera brusca, inesperada, sorpresiva.

Foul (fao): Se califica así a una mala persona, o a un acto o conducta negativos.

Foul a las mallas: Fracaso, frustración, fiasco.

Irse en blanco: No lograr ninguno de los objetivos propuestos.

Irse del parque: Se dice cuando una persona se va del país o también cuando fallece.

Jugar/batear en dos novenas: Alguien que tiene preferencias sexuales por ambos sexos. Bisexual.

Jugar en la misma novena: Tener dos personas las mismas cualidades, gustos o caracteres.

Jugar en todas las novenas: No tener una opinión o criterio único sobre algo, optando por el más conveniente o ventajoso

(No) *Jugar en esa novena:* No tomar parte en algo.

La bola pica y se extiende: Se dice cuando un asunto o un rumor comienzan a agrandarse, complicarse, sin que se les pueda poner un límite.

Meterla al maíz: Expresión propia de las zonas campesinas, con el mismo significado de lograr una acción extraordinaria, es decir, “botarla”.

No poder darle a la bola: No encontrar recursos para solucionar determinado asunto.

No ver pasar la bola: No darse cuenta de algo. Ignorar un asunto.

No te tires que eres out /ao/: Advertir a alguien que la acción que va a iniciar está condenada al fracaso.

Out (ao) por regla: Saber de antemano que una persona no sirve para algo.

Pitchear bajito: Disponerse a hacer algo con un grado elevado de dificultad.

Partir el bate: Realizar un hecho inaudito, de grandes proporciones.

Pasar la bola: Evadir o dejar en manos de otros un problema.

Poncharse con las bases llenas: Fracasarse en un momento decisivo para una acción o tarea.

Recoger los bates: Terminarse un asunto. Concluir algo.

Salir/venir de emergente: Sustituir una persona a otra en un momento difícil para una labor determinada.

Salvar el juego: Encontrar una solución exitosa a un asunto.

Ser el dueño del bate, el guante y la pelota: Se dice del que controla de manera absoluta algo.

Ser un cuarto bate: Realizar algo con exceso, generalmente se dice del comensal insaciable.

Si no es un récord, es un buen average: Ejecutar una acción sobresaliente y destacable, aunque no extraordinaria.

Tener la bola escondida: Ocultar algo, o parte de algo con una intención.

Tener movimiento en el bull-pen: Buscar alternativas ante una situación que puede agravarse.

Tener tamaño de bola: Formarse una opinión o criterio de algo.

Tirar cuatro bolas malas: Evadir a una persona o asunto.

Finalmente, solo me queda recomendarle, amable lector, que siempre que se encuentre en la vida “en tres y dos”, no dude en hacerle “swing de jonrón” al asunto de que se trate, aunque el resultado sea la adversidad de un ponche. Siempre es preferible a “dejarse cantar el tercer strike” ...

La Habana, mayo de 2004

INFIELD HIT: UNA POÉTICA DEL BÉISBOL

Para Roberto Fernández Retamar

Llegar, alcanzar de algún modo la distante primera base, es el íntimo deseo de todos los valientes que alguna vez se pararon en el home de cualquier estadio. Conseguirlo, ha implicado antes la tensa zozobra que se experimenta en el círculo de espera, el desafío de golpear una minúscula esfera que se acerca endemoniada —inescrutable—, con un delgado y frágil leño que se te escapa entre los dedos, y luego correr, correr desde el primer instante, con la vista clavada en el verde y la pelota zumbándote en las sienes. Los que lo hacen con un cuadrangular miran a la base con desdén, como un objeto sometido y humillado por el batazo irrevocable. Los que lo logran con un toque de bola o un infield hit la gozan, la disfrutan, bailan con ella, se divierten en esa base prometida —ansiada—, desde la cual se pueden lanzar al robo de segunda o, sencillamente, distraer al lanzador con constantes amagos hasta sacarlo de concentración, siempre con un coro gigante detrás que te silba o te aplaude.

José Antonio Taboada (Nueva Gerona, 1963), quien de no haberse dedicado a la poesía podría haber resultado un excelente primer bate (*siempre quise estar en la lista / de los nueve y ser el hombre proa*), acaba de “embasarse” con plenitud en esa zona marginal de la literatura cubana dedicada al béisbol, y nada mejor para hacerlo que empujar suavemente la bola, conectar un rolling lento que se le enreda al torpedero en el guante, y cruzar como un bólido por la base, dejando que el anotador (el lector) sonría malicioso con este infield hit.³⁷⁸

378 José A. Taboada: *Infield Hit*, Nueva Gerona, Ediciones El Abra, 2003, 38, pp. Premio de Poesía de la Ciudad de Nueva Gerona 2000.

Personalmente, y más allá de cualquier determinismo ramplón, no creo que este libro de versos haya sido obra de la casualidad, pues sucede que Taboada nació en la misma pequeña ínsula donde han brillado en los últimos tiempos nombres como los de Michel Enríquez, dueño absoluto de los indiscutibles en una temporada³⁷⁹ y Alexander Ramos, ese pelotero que juega todos los partidos por puro amor a la camiseta. Por no hablar de tiradores como Carlos Yanes o Gervasio Miguel, quienes han lanzado toda su vida con el equipo de un municipio “especial” —municipio al fin y al cabo, con apenas 77 000 habitantes, compitiendo contra provincias, algunas muy poderosas—, sin etiqueta de favorito, y con el inconveniente de jugar en un estadio en miniatura.

Ya contábamos con excelentes textos dedicados al béisbol en nuestra poesía, como la desconsolada “Elegía por Martín Dihigo”, de Nicolás Guillén;³⁸⁰ el memorioso “Pío Tai” de Roberto Fernández Retamar³⁸¹ o esos dos sediciosos y temibles poemas de Emilio García Montiel que son “Un día de inocencia” y “Los Stadiums”.³⁸² Sin embargo, nos faltaba un libro dedicado por entero a la pelota, un conjunto de versos que se declararan cómplices de los batazos, las jugadas apretadas, la gloria y el fracaso de esa enorme y auténtica fuerza cultural que se llama béisbol. Y ese es quizás uno de los mayores logros de infield hit: haber recorrido con amplitud, provocadoramente, las infinitas posibilidades anímicas del pelotero y del fanático, sin frases vacías ni loas triunfalistas.

De hecho, este es un cuaderno que evade los lugares comunes, tan arraigados en la crónica deportiva, y prefiere hablarnos de la incertidumbre de cada partido, de la esperanza abolida y de la fugacidad de la victoria. Si en los primeros acordes del libro nos sugiere que: *los jugadores nunca se dan por vencidos* (El elegido equivocado),

379 Enríquez impuso una marca de 152 hits en la XXXVIII Serie Nacional (1999); además comparte con otros dos bateadores el récord de haber conectado dos jonrones con las bases llenas en un mismo partido, el 23 de diciembre de 2000. Véase *Guía Oficial de Béisbol 2004*, Editorial Deportes, La Habana, 2004, pp. 238 y 261.

380 Guillén incluyó este poema en su libro de 1972 *La rueda dentada*.

381 “Pío Tai” pertenece al poemario de Retamar *Poesía nuevamente reunida*, Ediciones Unión, Letras Cubanas, La Habana, 2004, p. 196.

382 Incluidos ambos en el volumen *El encanto perdido de la fidelidad* (1991). Creo reconocer una huella visible de estos poemas en la obra de Taboada.

en el último poema reconoce: *Nos falta la esperanza / la que reivindica / inmortaliza / y nos atrapa esa otra mitad que está / en los terrenos / en el silencio / en el grito de las gradas / nos falta todo / hasta las ganas de seguir luchando.* (Audacia vs. Carencia).

Mas, antes de llegar a ese momento en que se apagan las luces del estadio y apenas se escuchan ya los ecos de la multitud seducida y eufórica, Taboada nos propone compartir la inmensa soledad del jugador, en el momento en que *avanza por la intermedia / registra su música interior / la ama / echa a correr sus piernas / y deja un temblor de aliento / en las tardes.* (Entre el polvo y el sol); y también la permanente angustia del fanático, el insomne aficionado que vive pendiente de las noticias y campeonatos, el apostador impenitente y siempre fugitivo de la sombra: *El fanático puede sentirse realizado / si no vomita sangre cuando lo destrocen / cuando no elige bien la historia / cuando deja de creer que lo sabe todo / y puede sumergirse con la gente / sin importarle los cien pesos / del bolsillo / entonces será libre / y no tendrá que arriesgar otra vez / su suerte.* (El Fans).

Pero el poeta sabe también que el béisbol es un enorme campo de placer, y hay un intenso erotismo en su gestualidad, su lentitud decimonónica, en su ritmo interior, en los hombres y las mujeres que se sienten atraídas por su tedio hipnótico. Wenceslao Gálvez enunció hace más de un siglo en su libro primigenio —la primera historia del béisbol cubano— lo varonil que eran el bate y las pelotas,³⁸³ y Taboada parece suscribir esta evidencia cuando nos dice: *Dos pelotas y un bate / esa es la esencia del béisbol.* (Definición).

Sin embargo, no es en el Eros masculino donde se regodea Taboada, sino en los cientos de muchachas que acuden provocadoras y díscolas a disfrutar del espectáculo, de las miradas obscenas y el sudor agrio, y que el poeta vislumbra en su marcha *desnudas a los stadiums [...] para prolongar otro stadium en las profundidades de su cuerpo, diosas jóvenes que juegan al duro / y no le temen al dead ball / buscan más bien pifiar con el guante de revés / repartirse las posiciones / y entrar en cualquier line up.* (Stadium).

Otra zona que exploran estos versos —lateral, accesoria— es la de la pelota del barrio, la que se juega en solares y “pitenes” (traducción al español callejero de Cuba del inglés decimonónico *picked ten* o

383 “¿No es muy varonil eso del bats y las pelotas?”, exclama Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 23.

selección de diez jugadores), con pelotas de trapo y bates remendados, sin peto y sin careta. El béisbol del eterno aspirante a integrar el equipo grande, el que sueña con salir en la fotografía de los diarios y mostrársela a la novia y a los amigos, por no hablar del simple charlatán hijo de vecino, aquel *que va al stadium a contar fábulas / a merendar barato / a discutir con otros tontos / a disfrutar del juego del público*. (Tres).

Un puñado de ingeniosos epigramas, género en que fue muy exitoso el ya citado Wen Gálvez, nos deparan una tregua a la altura del medio juego, como para que descansemos con una sonrisa en espera del final, siempre esotérico si de béisbol se trata. Nos encontramos entonces con esta parodia cartesiana: *En tres y dos / luego existo*. (Filosofía del bateador). Luego de la “ontología” irónica, naturalmente, es el turno de las historias nocturnas, inconfesables: *Los postores en las gradas / se juegan la última carta / ellos saben que es / una circunstancia indefinida / una mujer terriblemente puta / tratando de escoger con quien pasar la noche*. (Historia prohibida). Y finalmente, claro, siempre hace falta una buena maniobra para no quedar fuera en un partido, pues como deja claro el poeta: *Conviene no hablar mal del manager / puede costarte la carrera*. (Consejo).

Sin embargo, no son solo desvelos intimistas las que recorren estos versos. También tienen su espacio, con una fuerte dosis de sarcasmo, aspectos de crítica social, como en el caso del exacerbado “nacionalismo” que rodea las competencias de béisbol, cuando la voz poética se interroga: *Alguien dice: / salvar el honor de la camisa / del deporte / de la tierra / ¿es también salvarse uno mismo?* (Meditación del “yo” en un campo de pelota). O en esta singular imagen, que alude a la monotonía de la vida cotidiana y también, por cercanía, a la poca emotividad que despiertan ciertos torneos beisboleros: *Ir al stadium se ha convertido / en una manera más / de matar el aburrimiento*. (Nota de prensa).

La última sección del poemario —algo así como del séptimo capítulo en adelante— retorna a la mirada introspectiva, a las angustias personales, a la gravedad de la pesadilla: *Sueño con la moneda que nos apuestan / con la mentira / con el perdón / con las historias de las muchachas / con la fiebre de coger un rolling / por la derecha. / Sueño con la noche / con el juego diario / con la injusticia del manager / con la locura de ser el hombre proa / con la tormenta y la fiebre*. (Line Up). Vuelve aquí el bardo transformado en el bateador que cuenta los minutos interminables en el círculo de espera: *Estoy aquí / esperando mi turno / estrujando el saquito blanco / para mis manos que empuñarán la carcajada / de los espec-*

tadores [...] *Estar en el círculo de espera / es la única opción de los valientes / es demostrar que tienes decisión ante la espera / es ejercer tu heroísmo / y convertirte en mártir o líder o presidente.* (Círculo de espera).

Hay un instante en que el superhéroe de los partidos, el famoso, el querido, quiere esconderse de las muchedumbres; se siente observado, y como un bufón divierte a la multitud reunida en el estadio: *No oigo los aplausos / cuando me nombran por el audio / Y siento una pena tan grande por mí / por este payaso disfrazado que se planta en la caja de bateo.* Entonces quisiera desaparecer, esfumarse por unos segundos, y grita a la multitud: *dejen de asomarse / no ven que estoy en la banca [...] dejen de ver a este hombre que no sabe / lo que busca.* El pelotero —el poeta— quiere quedarse solo: *para al menos tener la posibilidad de llegar a / primera / sin aplausos / ni gritos.* (Filder Choice).

Los versos finales son los del homenaje y el recuerdo a los ídolos de la pequeña urbe a orillas del río Las Casas. Uno de ellos se llama Carlos Yanes, el brazo de hierro que no pudo lograr esa obsesión de todo pitcher que es alcanzar el triunfo total, inapelable, cuando ningún rival conecta un hit ni anota una carrera: *El catcher me pide cruzarlo con la recta / hago los movimientos / lanzo y un silencio colma las gradas. / Ay que silencio para burlar el tiempo / los relojes fabrican utopías / y no puedo volver a otro juego de nostalgia. / Estuve a solo seis outs de la victoria / pero fui un velamen en terreno desconocido / olvidaron buscar las huellas.* Otro pitcher memorable homenajeado por el poeta es el derecho Ariel Prieto, un lanzador supersónico, buen ponchador y todo coraje en el box.³⁸⁴

Sorpresivamente, hay en medio del poema una alusión escatológica: *Es demasiado abismo tirar la bola / concentrarse en torno a ella / dominar los lanzamientos más veloces / para cruzar el bosque de Proserpina.* (Pitcher play). La expresión “para cruzar el bosque de Proserpina” me recuerda una frase similar que gustaba de usar José Lezama Lima,³⁸⁵ por lo que su aparición súbita entre el manojito de versos se me antoja un

384 En su carrera en Cuba logró récord personal de 67 victorias y 66 fracasos, con 860 ponches y 4.47 de PCL. *Guía Oficial de Béisbol 2004*, Editorial Deportes, La Habana, 2004, p. 454.

385 Lezama usaba con frecuencia esta imagen, y una de las más conocidas es aquella que alude a José Martí, cuando dice: “Trae también la llave, después de recorrer los maleficios de la selva de álamos negros de Proserpina, para penetrar en el castillo de los encantamientos”, en *La cantidad hechizada*, Ediciones Unión, La Habana, 1970, p. 256.

guiño a Lezama, un homenaje al autor de aquella memorable crónica de los “nueve hombres en acecho de la bola de cristal irrompible que vuela por un cuadrado verderol”.³⁸⁶

Si antes el poeta había “cantado” —en su doble acepción arbitral y lírica— la desazón metafísica de estar “en tres y dos”—angustia que ya nos había revelado Ambrosio Fornet desde el ángulo de la crítica—, el penúltimo poema retoma el absurdo de este conteo, el desasosiego del bateador ante el reto ineluctable: *Pobre del que llegue a tres y dos / con las bases llenas*. La única forma de salvarse, ya lo sabemos todos, es cerrar los ojos y hacerle *swing* a la pelota, dejando al azar el resultado de esta acción ilusoria. Pero José Antonio Taboada no ambiciona un jonrón que lo vuelva inmortal. Aspira a una condición más modesta y perentoria: *conectar un infield hit / para sorprender a todos / para sorprenderme yo mismo / [...] Yo solo quería conectar un infield hit / y saldar mi deuda con el cuadro*. (El manager nunca me miró).

El poeta ha llegado, sigiloso, a la primera almohadilla. Ya es imposible retroceder. Hay que seguir jugando, así sea con el eco de los gritos en el estadio vacío.

La Habana, enero de 2005

386 José Lezama Lima: “Sucesiva o las coordenadas habaneras, 3”, *Tratados en La Habana*, Universidad Central de Las Villas, Dirección de Publicaciones, 1958, p. 218.

EL VIEJO (DIMAGGIO) Y EL MAR

Para Ángel Pérez Herrero

*Pero tengo que pensar. Porque es lo único que me queda.
Eso y el béisbol.*

ERNEST HEMINGWAY. *El viejo y el mar.*

Entre las innumerables razones por las que Giuseppe Paolo DiMaggio, Joseph Paul DiMaggio, “La Segadora de los Yankees” o simplemente Joe DiMaggio (1914-1999), puede ser considerado un icono de la cultura popular estadounidense, quizás ninguna tan legítima y perdurable como la de haber entrado al mundo de la ficción literaria de la mano de ese maestro de las letras del siglo xx que fue Ernest Hemingway (1899-1961). Y lo hizo nada menos que en esa joyita del autor de *Fiesta* que es *El viejo y el mar* (1952), obra por la que mereció el prestigioso Premio Pulitzer de 1953, un año antes de ser galardonado con el controvertido Nobel.

DiMaggio era tres lustros más joven que Hemingway, hijo de inmigrantes sicilianos asentados en California, y cuando se produjo su debut en las Grandes Ligas con los Yankees de Nueva York, el 3 de mayo de 1936, ya Hemingway había publicado sus primeras novelas, era un periodista que gozaba de una bien ganada reputación, y cargaba sobre sus fornidas espaldas las más disímiles experiencias vitales, desde chofer de ambulancias en la Primera Guerra Mundial hasta experimentado cazador en las praderas africanas. En el caso del escritor, a su indiscutible talento literario lo acompañaba ya una singular mitología de amores y desamores, proezas cinégeticas y una desmedida afición a los toros, el boxeo y el whisky, cuando se preparaba para marchar a la España desgarrada por la Guerra Civil.

El pelotero, por su parte, se dedicó a batear sin tregua durante sus siete primeras campañas, llenando en el equipo de la Gran Manzana

el enorme vacío dejado por los inmarcesibles Babe Ruth y Lou Gehrig. El nuevo prodigio del béisbol fue una verdadera maquinaria ofensiva que disparó 46 jonrones en su segunda temporada, impuso el fabuloso récord de 56 juegos consecutivos bateando de hit en 1941, fue seleccionado en tres ocasiones el jugador más valioso de la Liga Americana (1939, 1941 y 1947) y ganó nueve series mundiales de las diez en que participó entre 1936 y 1951, con la sola excepción de 1942 en que vencieron los Cardenales de San Luis. Como complemento a su indiscutible gloria deportiva, en 1943 añadió a su biografía el prestigio del soldado, pues formó parte del contingente de quinientos jugadores de la Gran Carpa que fueron llamados al servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial. A su regreso del frente europeo ganaba 100 000 dólares, cuando el salario de la mayoría de los jugadores oscilaba entre 10 000 y 25 000 dólares anuales. Por si no fuera suficiente, el carismático jardinero de los Yankees se casó con la rubia más glamorosa de la historia del cine norteamericano, Marilyn Monroe, una grisácea tarde de enero de 1954. En 1955, a los 41 años, entró por derecho propio a la Meca del béisbol profesional estadounidense, el Salón de la Fama de Cooperstown.

Casualmente, lo que pudiéramos considerar una primera versión de *El viejo y el mar*, el relato "On the blue water", fue publicado en la revista *Esquire* en 1936, primer año de DiMaggio en las Grandes Ligas. Una década y media más tarde, el 1.º de septiembre de 1952, ya retirado el excepcional jugador, *Life* publicó el relato del viejo pescador de Cojímar que una vez le había contado a Hemingway Carlos Gutiérrez, el primer patrón del *Pilar*. La anécdota que sirve de base a esta historia es una hermosa parábola sobre la lucha contra la adversidad, el dolor físico, el pecado, la muerte, el fracaso y muchas otras obsesiones que persiguieron al autor de *Por quien doblan las campanas* durante toda su existencia, hasta el fatal disparo en Ketchum, Idaho, y que se pueden resumir en estas dos memorables sentencias: "Para un hombre, el dolor no importa" y "Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado".³⁸⁷

Dentro de la narración que acontece en *El viejo y el mar*, el béisbol y especialmente la figura de Joe DiMaggio adquieren una relevancia inusitada. El juego de pelota puede ser interpretado aquí como un

387 Ernest Hemingway: *El viejo y el mar*, Ediciones Especiales, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2002, pp. 22 y 26.

campo de luchas paralelo al que se desarrolla en el océano, en el que también es necesario aplicar dosis de fuerza, tenacidad e inteligencia combinadas para alcanzar un objetivo. El gran jugador es una figura a imitar, un modelo de resistencia física y moral, y al mismo tiempo una imagen providencial, guardiana y salvadora. Desde el mismo inicio del relato sabemos que el juego es algo importante para Santiago en su vida personal, y también debe serlo para Manolín, el muchacho que se inicia en los difíciles secretos de la pesca. Ante la pregunta del chico: “¿Puedo ir a buscarle sardinas para mañana?”, el viejo le aconseja: “No. Ve a jugar al béisbol. Todavía puedo remar, y Rogelio tirará la atarraya”.³⁸⁸

Ya en la cabaña del viejo, entre las pocas cosas que no constituyen una “ficción” en su existencia de pescador misérrimo, Santiago extrae un periódico de debajo de la cama, con el fin de conocer los resultados de los partidos de béisbol de las Grandes Ligas. El niño se siente atraído por la afición del pescador y le recuerda: “Volveré cuando haya cogido las sardinas. Guardaré las tuyas junto con las mías en el hielo y por la mañana nos las repartiremos. Cuando yo vuelva, me contará lo del béisbol”, a lo que el viejo responde concluyente con una frase enigmática: “Los Yankees de Nueva York no pueden perder”.³⁸⁹

El enfático “no pueden perder”, que nos revela ya la existencia de una posible fatalidad si esto ocurre —es decir, quien lo expresa tampoco “puede perder”—, le provoca a Manolín una rara sensación de temor e inquietud: “Pero yo les tengo miedo a los Indios de Cleveland”. Ante la duda, se impone de nuevo la inalterable convicción del viejo: “Ten fé en los Yankees de Nueva York, hijo, piensa en el Gran

388 Ídem, p. 3. Este pasaje y su protagonista, nos recuerdan que la afición de Ernest Hemingway por el béisbol lo llevó a conformar en la década del cuarenta del siglo xx un equipo infantil de pelota en la localidad de San Francisco de Paula, donde se encontraba su finca Vigía. Este equipo se llamaba Las Estrellas de Gigi, por la estrella azul que adornaba las gorras del uniforme de franela a rayas y por el diminutivo de uno de los hijos del escritor, Gregory, quien integraba junto a su hermano Patrick la novena. Los niños cubanos eran los cinco hermanos Villareal Vergara, Oscar Blas Fernández, Orlando Horta, Alberto Ramos, José Enrique Hernández, Ernesto Rodríguez y José Antonio Izquierdo. Agradezco esta información a Osmar Mariño Rodríguez, estudioso de la relación de Hemingway con los deportes en Cuba.

389 Ídem, p. 6.

DiMaggio". Una nueva indecisión del muchacho: "Les tengo miedo a los Tigres de Detroit y a los Indios de Cleveland" provocan la reacción sardónica de Santiago: "Ten cuidado no vayas a tenerles miedo también a los Rojos de Cincinnati y a los White Sox de Chicago".³⁹⁰

Antes de partir de nuevo a la mar, tras 85 días de sequía en las redes del bote, el muchacho obsequia al viejo con una sabrosa comida criolla de frijoles negros con arroz, plátanos fritos, carne asada y cerveza. Al terminar la cena, la charla interrumpida sobre el béisbol se reanuda. Ahora es el muchacho el que se muestra impaciente: "Hábleme de béisbol". El viejo responde con alegría "En la Liga Americana, como te dije los Yankees", pero su regocijo se contiene cuando recibe la pésima noticia de que su equipo favorito ha perdido. Aún así confía: "Eso no significa nada, el gran DiMaggio vuelve a ser lo que era". A Manolín le resulta extraña esta fijación en un solo pelotero y argumenta: "Tienen otros hombres en el equipo", pero el viejo se mantiene imperturbable: "Naturalmente, pero con él la cosa es diferente".³⁹¹

Además de los Yankees, Hemingway coloca entre las preferencias de Santiago a otro equipo neoyorquino, los Dodgers de Brooklyn, luego mudados a la costa oeste con la franquicia de Dodgers de Los Ángeles, y a un bateador de los Cardenales de San Luis, Richard Dick Sisler, famoso por las descomunales dimensiones de sus batazos. Si bien Dick Sisler no fue un gran jonronero en los torneos de Grandes Ligas, donde acumuló 55 cuadrangulares en 8 temporadas (1946-1953), es muy recordado por su participación en los campeonatos profesionales de Cuba en la década del cuarenta, etapa en la que igualó o impuso varios récords para la época vistiendo la franela del club Habana, entre ellos el de más jonrones en un juego (3), contra el pitcher Salvatore *el Barbero* Maglie del equipo de Cienfuegos, el 24 de enero de 1946; el de más jonrones en dos juegos consecutivos por un jugador (4) (el día anterior le había conectado un batazo descomunal a Agapito Mayor) y el de más bases logradas en un desafío por un pelotero (13), impuesto este último en el mencionado partido.

En el relato el viejo rememora que al pelotero le gustaba frecuentar, igual que a Hemingway, La Terraza de Cojímar, y afirma: "Yo quería llevarlo a pescar, pero era demasiado tímido para proponérselo.

390 Ídem, p. 7.

391 Ibídem.

Luego te pedí a ti que se lo propusieras y tú eras también demasiado tímido”. La oportunidad perdida de compartir aventuras marinas con el jonronero se le antoja al muchacho “un gran error”, pues haber disfrutado de su compañía les “hubiera quedado para toda la vida”.³⁹²

Pero el viejo tenía una ambición mayor, la de llevar a pescar al gran DiMaggio. La razón para que la superestrella de los Yankees hubiera aceptado semejante petición de un humilde lobo de mar de Cojímar, residía en el hecho de que se decía que su padre había sido pescador. Según se explicaba Santiago para darse ánimos: “Quizás fuera tan pobre como nosotros y comprendiera”. Ya veremos en el transcurso del relato como en realidad DiMaggio nunca abandona al viejo en sus faenas de pesca, convirtiéndose en un interlocutor constante, pero ahora el muchacho lo trae de vuelta a la realidad: “El padre de Sisler no fue nunca pobre y jugó en las grandes ligas cuando tenía mi edad”.

La precisión cronológica retrotrae al viejo a su juventud, a los tiempos en que visitaba en un velero las costas africanas y se deleitaba observando a los leones marinos jugueteando en las playas al atardecer. Pero lo que pudiera ser un giro en el diálogo no pasa de la digresión juvenil, y el propio Santiago vuelve a establecer los límites de la charla: “¿Hablamos de África o de béisbol?”. La respuesta del muchacho sigue el juego acordado de antemano y confirma: “Mejor de béisbol. Hábleme del gran John McGraw”.

El retrato que traza el veterano pescador del famoso jugador y manager llamado *el Pequeño Napoleón* no resulta tan amable como el ofrecido de Sisler o DiMaggio, a pesar de ser McGraw uno de los directores más exitoso de la historia con los Gigantes de Nueva York, equipo que dirigió durante tres décadas (1902-1932) y al que llevó a conseguir siete títulos en la Liga Nacional y tres Series Mundiales en 1905, 1921 y 1922: “A veces, en los viejos tiempos, solía venir a La Terraza. Pero era rudo y bocón, y difícil cuando estaba bebido. No solo pensaba en la pelota, sino también en los caballos. Por lo menos llevaba listas de caballos constantemente en el bolsillo y con frecuencia pronunciaba nombres de caballos por teléfonos”.³⁹³

Hasta aquí, tanto Santiago como Manolín han tomado todos sus referentes béisboleros de las Grandes Ligas estadounidenses, pero

392 Ídem, pp. 7-8.

393 Ídem, p. 8.

aprovechando el juicio sobre el manager de pelota, el muchacho lanza la pregunta que muchos se hacían en Cuba en la década del cuarenta y cincuenta, como reflejo de la enorme porfía existente entre los dos clásicos rivales de la pelota insular, los Leones del Habana y los Alacranes del Almendares: “¿Quién es realmente mejor director: Luque o Mike González?”. A lo que el viejo respondió con una afirmación candorosa e irrefutable: “Creo que son iguales”.³⁹⁴

Lo inesperado de esta salida del viejo, en que la enconada rivalidad es anulada por el juicio de equivalencia entre ambos notables exjugadores, la da pie al chiquillo para sentenciar una frase en la que no se admiten términos medios: “El mejor pescador es usted”. La objeción velada de modestia del marino: “No. Conozco otros mejores”, no es sino una ratificación cómplice, un guiño del escritor que nos obliga a compartir la valoración definitiva: “Qué va —dijo el muchacho— hay muchos buenos pescadores y algunos grandes pescadores. Pero como usted, ninguno”.³⁹⁵

Durante la prolongada narración de la captura del pez espada, el viejo regresa en sus pensamientos una y otra vez al drama del béisbol. Quizás porque siente que en el partido uno se juega todo a la suerte, al azar de vencer o caer derrotado, sin posibles conciliaciones. También porque necesita la compañía de alguien que lo ayude a vencer obstáculos, que lo consuele en las horas difíciles, y nadie mejor para hacerlo que la imagen benéfica, esforzada, sacrificada y tenaz de su pelotero predilecto. En la soledad de la noche marina se lamenta: “Me pregunto quién habrá ganado hoy en las Grandes Ligas [...] Sería maravilloso tener un radio portátil para enterarse”. Luego esta sensación de no saber el resultado de los juegos se agrava, sobre todo cuando sobreviene el cansancio extremo y el entumecimiento de su mano izquierda.

Sin embargo, lo reconforta el recuerdo de su jugador fetiche: “Pero debo tener confianza y debo ser digno del gran DiMaggio, que hace todas las cosas perfectamente, aún con el dolor de la *espuela de hueso* en el talón”. El viejo no sabe bien que es una espuela de hueso, pero la dolencia del jugador le sirve para reflexionar sobre los límites de

394 Ibídem.

395 Ibídem.

la resistencia física al dolor, hasta concluir que “el hombre no es gran cosa junto a las grandes aves y las fieras”.³⁹⁶

Después del arponazo formidable que puso fin a la cacería del pez y terminó su agonía, el viejo calcula el peso del ejemplar y su precio, y ante el enorme esfuerzo realizado para capturar el pez espada exclama con satisfacción: “...creo que el gran DiMaggio se hubiera sentido hoy orgulloso de mí. Yo no tenía espuelas de hueso. Pero las manos y la espalda duelen de veras”.³⁹⁷ Luego sobreviene la segunda y fatal lucha contra los tiburones que acuden junto al pez muerto, a devorarlo con sucesivas embestidas. De un golpe maestro en la cabeza, el viejo penetra el cráneo de un tiburón gigantesco, y de nuevo regresa la imagen del pelotero y su probable juicio aprobatorio sobre tal acción: “Me pregunto qué le habría parecido al gran DiMaggio la forma en que le di en el cerebro. No fue gran cosa —pensó— cualquier hombre habría podido hacerlo. Pero ¿cree usted que mis manos hayan sido un inconveniente tan grande como las espuelas de hueso?”.³⁹⁸

La última referencia al béisbol se produce de manera lateral, en otro de los momentos de mayor fuerza dramática dentro del relato. Sucede cuando dos tiburones galanos que se acercan al cadáver del pez, son rechazados por Santiago a golpes de un mango de remo corto, una porra que solo podía ser usada con una mano, la derecha, pues la otra la tenía desollada. Las fuerzas ya no le alcanzan para matarlos con el remo, pero otra cosa sería, masculla entre dientes: “Si hubiera podido usar un bate con las dos manos”, pues “...habría podido matar al primero, seguramente. Aún ahora”.³⁹⁹

Sí, por supuesto que el viejo tenía toda la razón, con un bate de béisbol todo hubiera sido más fácil, más rápido. La muerte de las bestias hubiera sido menos dolorosa. Con un bate de béisbol, como el gran DiMaggio, el hijo del pescador.

La Habana, mayo de 2005

396 Ídem, p. 18.

397 Ídem, p. 25.

398 Ídem, p. 26.

399 Ídem, p. 29.

CARPENTIER, LA MODA Y EL BÉISBOL

Para Leonardo Padura Fuentes

En la vasta obra narrativa y periodística del escritor cubano Alejo Carpentier (1904-1980), no es infrecuente encontrar alusiones a los deportes y, en especial, al béisbol. De hecho, en su primera novela, *¡Ecúe-Yamba-Ó!* (1933), el juego de pelota aparece como referente de un simbolismo dual: por un lado el de la decadencia republicana y, por otro, el de la enorme riqueza del béisbol en tanto lugar esencial de la cultura popular cubana. Además, en su propia biografía, Carpentier reflejó más de una vez las aficiones deportivas de su niñez y primera juventud, en que solía frecuentar los gimnasios del Centro de Dependientes y de la agrupación cristiana YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes, siglas en inglés), asesorado este último por profesores estadounidenses.

Una simpática anécdota de sus años juveniles relata el origen de su apasionamiento por el béisbol, al mismo tiempo que tenía lugar el rito iniciático del hábito de fumar:

El hecho fue que, muy pronto, los hombres de mi generación se cansaron de la “cultura física” impartida en el Centro de Dependientes y en la YMCA, volviéndose hacia la pelota. Era lógico: a la edad en que todo hombre se encierra en los retretes del colegio para fumar un primer cigarrillo, el cigarrillo que nos tocó probar salía de una cajetilla donde se estampaba la marca: LA FLOR DE MARSANS. Y así como, durante la primera guerra mundial decíamos “Me siento francés” o “Me siento alemán”, comenzábamos a decir “soy del Habana” o “soy del Almendares”. Luego llegó una novena de Pittsburgh a dar exhibiciones en La

Habana. Luego fue el triunfo de Adolfo Luque: “Pero ¿es un científico, es un poeta, es un filósofo, para que lo reciban así?” —preguntaba mi padre, atónito, a un limpiabotas de la Acera del Louvre. “Mire señor”, le respondió el aludido: “Usted no entiende nada de la *cultura de la pelota*”.⁴⁰⁰

Dentro de la sección “Letra y Solfa”, que el novelista escribió durante la década del cincuenta para el periódico *El Nacional* de Caracas, entre los múltiples temas abordados por Carpentier encontramos títulos como “Fraternidad y deporte” (1953), “Cultura Física” (1955) y uno muy sugerente que comentaremos a continuación bajo el rótulo de “Traje y deporte”, publicado el 16 de octubre de 1953. No es casual esta nota periodística, pues el tema de la moda, los hábitos de vestir y hasta la gordura son tópicos abordados con fruición y algo de ironía por el columnista, como en los casos de “El hábito y el monje” (1953), “Modas” (1953), “El clima y las modas” (1953) y “La silueta del hombre” (1956). En “Traje y deporte” el autor de *El siglo de las luces* explora una cuestión central en toda práctica corporal, y es aquella que tiene que ver con la indumentaria de los deportistas. Esta reflexión parte del anacronismo y la incomodidad que advierte en algunos de los ropajes atléticos de la época, y de modo particular en el de los practicantes del béisbol. A juicio de Carpentier:

Cada vez que asisto a un juego de pelota, me sorprende que un deporte tan interesante, tan dinámico, tan moderno —y que tanto entusiasmo los públicos de nuestro Continente— no haya encontrado todavía su indumentaria. Porque el traje actual del pelotero no favorece, es preciso decirlo, la estética del juego. Se ciñe todavía, con bigotes de menos, al estilo de los *Gay nineties*, cuando en yermos y maniguas hacían su aprendizaje Manolo

400 Alejo Carpentier: “Deporte es Cultura”, *Conferencias*, Letras Cubanas, La Habana, 1987, pp. 280-281. (Originalmente este texto apareció en *Bohemia*, La Habana, 11 de julio de 1969). Aquí Carpentier se refiere a dos de los más grandes peloteros cubanos de todos los tiempos, el jardinero matancero Armando Marsans y el lanzador habanero Adolfo Luque. Ambos fueron contemporáneos y se desempeñaron principalmente como jugadores del club Almendares en los torneos profesionales de Cuba. También triunfaron en el béisbol de Grandes Ligas, sobre todo Luque, quien fue líder en juegos ganados en 1923, con 27 triunfos, vistiendo la franela de los Rojos de Cincinnati.

Marsans y Adolfo Luque —cuando la canción *A bicycle for two* estaba de moda en Broadway.⁴⁰¹

Sin embargo, en los finales del siglo XIX estos trajes de peloteros fueron prendas consideradas muy modernas para la época, e incluso se les atribuía un no disimulado contenido erótico. De uno de los juegos más antiguos del béisbol cubano, el celebrado en el Palmar de Junco entre los equipos de Habana y Matanzas el 27 de diciembre de 1874, la crónica periodística reseñó el hecho de la numerosa concurrencia, motivada por la novedad del juego y al mismo tiempo dice que “Gustó mucho también el apropiado uniforme del Havana Club”.⁴⁰² Nada nos dice la referida crónica sobre las características de estos “apropiados” uniformes, pero quizás no eran todavía muy diferentes de aquellos que nos habla un contemporáneo de estos hechos, Nemesio Guilló, considerado uno de los padres del béisbol cubano, cuando los jugadores del primer club Habana usaban “pantalones largos y sombreros de pajilla”.⁴⁰³ En sentido general, podemos coincidir con la afirmación del estudioso del béisbol cubano, Roberto González Echevarría, cuando apunta que:

Los primeros uniformes de béisbol, si se ven en el contexto de la ropa tan conservadora de la época, eran provocativos en extremo. Sorprende observar, en las fotografías de la Cuba de entonces, como la mayoría de los habaneros vestía de frac y sombreros negros, a pesar de la canícula antillana. Los peloteros, sin embargo, llevaban pantalones bombachos, en su mayoría blancos y muy ceñidos al cuerpo, medias largas de colores, camisa holgada con pechera en la que, en letras góticas casi siempre, aparecían las iniciales o emblemas del club, pañuelo de seda de color apropiado y gorra. Era una indumentaria

401 Alejo Carpentier: “Traje y deporte”, *Letra y Solfa*. Variaciones, Compilación, Prólogo e Índice de Raimundo Respall Fina, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2004, pp. 165-166.

402 Cito la descripción de este partido por la versión que ofrece Wenceslao Gálvez y Delmonte en: *El Base Ball en Cuba...*, p. 39.

403 Guillermo Pi: “Nemesio Guilló fue quien trajo a Cuba el primer bate y la primera pelota”, *Diario de la Marina*, La Habana, 6 de enero de 1924, Sección de Sports, p. 1.

que destacaba el contorno físico del jugador, y adornaba su cuerpo.⁴⁰⁴

En otro sentido de análisis, González Echevarría observa la naturaleza elegante y estilizada de estos trajes, explícita en: "...las letras góticas que ostentaban las pecheras de las camisas, los pantalones bombachos y en las medias de colores",⁴⁰⁵ que los convierte en parte de la estética modernista en boga en los últimos decenios del siglo XIX. Para Carpentier, en cambio, los residuos de un ademán decimonónico en las indumentarias béisboleras a mediados del siglo XX, constituyen un elemento de desfase epocal que amenazan la belleza del juego, amen de ser embarazosos y poco apropiados para los climas tórridos:

Con sus bombachas noventaístas, siempre mal ceñidas al talle por un cinturón colgado de las caderas; con sus espesas medias y sus hombreras por los codos, los peloteros siempre parecen haber heredado los trajes de otros peloteros, de una estatura mayor. Y con ello, luce el flaco más flaco, más pequeño el pequeño, más desgarrado el desgarrado, estableciéndose unos contrastes físicos, en el campo, que neutraliza la apostura de los apuestos. Esto sin contar que un traje concebido antaño para el ejercicio intenso en climas fríos, se ha vuelto el uniforme de un deporte que hoy se practica intensivamente en el trópico.⁴⁰⁶

Por último, no pasa por alto el novelista las vestiduras de un personaje fundamental dentro del juego de pelota, los árbitros o umpires, encargados de la difícil tarea de administrar justicia en los partidos. Quizás por la severa disciplina que debían imponer, y por el aura de acatamiento que debía emanar de sus decisiones, el traje de los jueces fue durante mucho tiempo de color negro, no exento de cierta sobria elegancia. Para Carpentier, semejante atavío se le antoja de una gravedad insoportable, como la de alguien que "fuera a realizar una visita de pésame".⁴⁰⁷

404 Roberto González Echevarría: "Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano", *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, 8/9, primavera/verano, 1998, p. 38.

405 *Ibidem*.

406 Alejo Carpentier: "Traje y deporte", en *Letra y Solfa*, p. 166.

407 *Ibidem*.

Ciertamente, en comparación con otros trajes deportivos, como los de los deportes acuáticos o el atletismo, la indumentaria del béisbol se hallaba estancada hacia 1950, y carecía de la perfección y elegancia de otros como los del polo o el tenis. La solución ofrecida por el autor de *Viaje a la semilla* para superar esta ausencia de distinción en los uniformes béisboleros, pasa por un comentario irónico. Conjetura que si el célebre director de ballets estadounidense de origen chileno, el Marqués de Cuevas, fuera director de un club de pelota, encargaría el diseño de sus trajes al famoso modisto francés Christian Dior, creador del estilo *new look* en la posguerra europea. Sin embargo, enseguida advierte que tal suceso sería una insensatez, carente de realismo y sin utilidad práctica.

De tal suerte, para el Carpentier amante de la estética perfeccionista en el béisbol, la cuestión se debatía entre hallar un atuendo adecuado para los jugadores, y ropas menos austeras para los jueces. Viviría lo suficiente para comprobar este cambio en la década del setenta, cuando empezaron a imponerse los uniformes ajustados y anatómicos, hechos con telas sintéticas que propiciaban los estiramientos, favorecían la velocidad y la dinámica general del cuerpo. La incógnita radica en saber cómo habría recibido el autor de *Los pasos perdidos* otros cambios en la vestimenta béisbolera, como son los casos de los cascos protectores, guantillas, espejuelos de sol, coderas y otros accesorios que han sobrecargado en los últimos tiempos la figura del pelotero, creando una nueva estética que, a falta de mejor nombre, podríamos llamar "posmoderna".

La Habana, junio de 2005

SEVERO NIETO

Para Martín Socarrás

La muerte de Severo Nieto Fernández (1923-2005), ha privado al béisbol cubano de uno de sus más acuciosos y tenaces investigadores. Porque para el Viejo, como se le conocía cariñosamente, la pelota era tan esencial como el aire que respiraba. Así lo confirmé, en las ocasiones que tuve la oportunidad de conversar con él, en su casa de la calle Neptuno, literalmente atestada de amarillentos recortes de prensa deportiva, libros en proceso y un montón de memorias y anécdotas del que ha sido llamado con justicia entre nosotros “deporte nacional”. Recuerdo con cuánto orgullo me mostró su copiosa papelería y sobre todo las fotografías, gastadas por el tiempo, en que aparecía junto a verdaderas leyendas del béisbol cubano, como Gervasio *Strike* González, el gran receptor que formaba la batería con José Méndez, o al lado de Alfredo *Pájaro* Cabrera, en los tiempos en que el otrora gran jugador rumiaba su vejez en el pasto del gran estadio del Cerro.

Le agradeceré siempre al fraterno Carlos Reig, haberme recomendado que no dejara de hablar con Severo, cuando comenzaba a introducirme en el fascinante mundo de la historia del béisbol cubano. Corría el 2002, y el amigo e historiador veracruzano Bernardo García Díaz me había invitado a escribir un texto sobre el devenir del béisbol en La Habana, para un libro que trataría de las afinidades históricas y culturales entre la capital cubana y el puerto jarocho. Luego de examinar las fuentes que estaban a mi alcance en ese momento,

empezando por el excelente libro de Roberto González Echeverría,⁴⁰⁸ escribí un ensayo que titulé, homenajeando de paso a la Orquesta América y a Orestes Miñoso, “En La Habana se batea de verdad”.⁴⁰⁹

Uno de los primeros lectores críticos que tuvo aquel estudio preliminar fue Severo. Tratándose de mi primer escrito de carácter sistemático sobre una materia que apenas empezaba a cultivar, las primeras versiones del texto estaban aquejadas de errores y vacíos informativos, que el Viejo contribuyó a enmendar o completar con sabiduría, adivinando quizás en mí a un joven discípulo. En honor a la verdad, debo confesar que su “severidad” no fue tanta para con mi texto, como para con el libro de González Echevarría, que yo elogiaba (y elogio) con entusiasmo, pero que a Severo parecía no agradaarle demasiado. Intuí entonces, y lo reafirmo ahora, que semejante juicio obedecía menos a la polémica escritura de Roberto, que a la propia formación de Severo como periodista / investigador, mucho más apegado al dato y a la cifra que al análisis del béisbol en tanto hecho cultural y social.

Descontando un manejo de artículos dispersos en la prensa escrita deportiva, acumulados durante décadas de faena periodística,⁴¹⁰ fueron varios los aportes fundamentales que hizo Severo Nieto a la historiografía moderna del béisbol cubano. En primer lugar su monumental recopilación estadística, apartado en que era un verdadero experto, relacionada con el devenir de los campeonatos profesionales de pelota en la Isla. Publicado en 1955, en coautoría con Gabino

408 Roberto González Echevarría: *The Pride of Havana. A History of Cuban Baseball*, New York/Oxford, Oxford University Press, 1999. La segunda edición en español de este libro, corregida y aumentada, lleva por título *La gloria de Cuba. Una historia del béisbol en la Isla*, Madrid, Editorial Colibrí, 2004.

409 Félix Julio Alfonso López: “En La Habana se batea de verdad”, en Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coord.): *La Habana / Veracruz, Veracruz / La Habana. Las dos orillas*, México, Universidad Veracruzana, 2002, pp. 401-425.

410 Severo se inició muy joven como periodista deportivo, en el año 1939, colaborando para *El Heraldo Pinareño*. Luego trabajó en otras publicaciones dedicadas al deporte como *El Crisol*, *América Deportiva*, *Cuba Deportiva*, *Prensa Libre*, *Brevedad*, *Sábado Deportivo*, entre otras. A partir del triunfo de la Revolución estuvo vinculado a la agencia noticiosa *Prensa Latina*.

Delgado, *Béisbol cubano (récord y estadísticas) 1878-1955*,⁴¹¹ es un libro clásico en materia de cifras y récords, que complementa y en muchos aspectos supera a un compendio anterior de propósito semejante: *Historia del Base Ball profesional de Cuba*, de Raúl Diez Muro Barbosa.⁴¹²

Mientras el texto de Diez Muro se limita a una enumeración cronológica de los campeonatos, equipos y *box scores*, Nieto y Delgado elaboraron numerosas tablas de marcas establecidas y de actuación personal de muchos jugadores, managers y coaches activos a mediados del siglo xx, incluyendo las invaluableles informaciones acerca del rendimiento deportivo de los miembros del Salón de la Fama de la pelota cubana hasta la fecha de publicación del libro.

De la importancia de la aparición de este volumen en aquel momento, dio fe el cronista deportivo de la revista *Carteles*, José Antonio Jess Losada cuando escribió:

El deporte cubano tiene la más pobre estadística del mundo. Cualquiera aficionado conoce de memoria el récord de jonrones de Babe Ruth; las peleas que ganó por nocaut Jack Dempsey y las hazañas extraordinarias de Joe Louis. Pero de sus propios héroes, de los Méndez, Torriente, Dihígo, Oms, poco puede decir porque no existen datos, ni estadísticas, ni memorias en forma organizada que permitan la consulta inmediata. Hablando específicamente del béisbol, en nuestro medio no existe el auténtico cuaderno de récords y estadísticas. Durante años los fanáticos, críticos, narradores y comentaristas se han lamentado de esta falta básica en nuestra historia deportiva y lo poco que se ha hecho ha sido fragmentario.⁴¹³

En lo referido al proceso de búsqueda de datos, *box scores* y números para la realización de tan colosal obra, el propio Losada reconocía que la mayor parte de la información compilada se debía a los archivos, a “la memoria prodigiosa y la constancia de Severo”, mientras que la afición fotográfica de Gabino Delgado posibilitó

411 Severo Nieto y Gabino Delgado: *Béisbol cubano (récord y estadísticas) 1878-1955*, Editorial Lex, La Habana, 1955.

412 Raúl Diez Muro Barbosa: *Historia del base ball profesional de Cuba*, 3ra. edición, Habana, 1949.

413 Jess Losada: “Nueva luz en las estadísticas del Baseball cubano”, *Carteles*, año 36, no. 47, 20 de noviembre de 1955, p. 83.

microfotografiar el material acumulado luego de ingentes esfuerzos en bibliotecas públicas y privadas.⁴¹⁴

Luego de un largo paréntesis de más de cuarenta años, Severo logró ver publicados antes de morir otros dos libros. Me refiero a sus biografías-estadísticas (o estadísticas comentadas) sobre dos ases del pitcheo cubano de todos los tiempos: Conrado Marrero⁴¹⁵ y José Méndez.⁴¹⁶ De formato muy similar en su concepción y estructura, ambos libros repasan la fecunda trayectoria de estos lanzadores “canónicos”; y las anécdotas y narraciones de su vida en los diamantes se acompañan de prolijas tablas estadísticas con el resultado de la mayoría de los partidos en que participaron, dentro y fuera de Cuba.

Un tercer libro, *Béisbol en Cuba hispánica*, publicado *post mortem* en 2007, es de enorme valor para reconstruir las estadísticas de la pelota invernal habanera del siglo XIX y conocer quienes fueron sus jugadores, directivos y árbitros. Si algo debemos agradecer los estudiosos del béisbol cubano a estos minuciosos ensayos, entre otras muchas contribuciones que podrían mencionarse, es el ahorrarnos la consulta de decenas de periódicos y revistas, muchas de ellas hoy desaparecidas o difíciles de examinar, en busca de algún box score histórico o una atractiva anécdota, de las que se ha sido nutriendo nuestro béisbol a lo largo de sus más de 130 años de existencia.

Un año más tarde, en 2008, ve la luz en inglés un libro de Nieto titulado *Early U. S. Black Ball Teams in Cuba*, prologado por el historiador del béisbol estadounidense Peter C. Bjarkman,⁴¹⁷ donde se recogen los box scores, integrantes y estadísticas de los juegos celebrados por equipos negros estadounidenses y cubanos entre 1900 y 1945, con un apéndice estadístico de bateo y pitcheo en las llamadas “Series Americanas”.

Quisiera terminar estas breves cuartillas de homenaje, parafraseando aquella observación que una vez se hiciera sobre la obra del gran historiador republicano Ramiro Guerra, en el sentido de que la

414 *Ibidem.*

415 Severo Nieto: *Conrado Marrero. El Premier*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2000.

416 Severo Nieto: *José Méndez, El diamante negro*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2004.

417 Severo Nieto: *Early U. S. Black Ball Teams in Cuba*, Jefferson, North Carolina and London, McFarland & Company, Inc. Publishers, 2008.

Historia de Cuba no podría investigarse con su metodología positivista, pero tampoco podría escribirse sin acudir a su monumental obra. Pienso de igual modo con respecto a la labor de Severo Nieto: su metodología orientada principalmente al aspecto estadístico quizás ya no nos satisfaga, pero sus libros seguirán siendo una fuente de conocimiento imprescindible sobre la historia del béisbol cubano.

La Habana, octubre de 2013

MÚSICA Y BÉISBOL EN CUBA

Para el maestro Helio Orovio, estas cosas que tanto nos unieron

*Así es la pelota, así es la pelota
El que pierde sufre y el que gana goza...*

ORQUESTA ORIGINAL DE MANZANILLO

No hay evocación más poderosa en este mundo que la de la nostalgia. Quizás por eso los peloteros y los músicos suelen llevarse de maravillas, y con frecuencia intercambian sus roles, pues ambos están unidos por una secreta y pretérita complicidad, como si el béisbol no pudiera vivirse plenamente sin los acordes danzoneros, los tambores ancestrales de la rumba, la conga oriental que aturde las gradas con las cornetas chinas, o sin alguna melodía de esas que hablan de amores imposibles y añoranzas sin cuento, tan profundas como el eco de las voces en un estadio vacío. La misma nostalgia que debió sentir el pelotero cubano Fernando Díaz *Bicho* Pedroso cuando en un oscuro cabaret de la ciudad mexicana de Tuxtla Gutiérrez cantaba solo dos boleros antes de perderse en un vaso de alcohol;⁴¹⁸ o Manuel Alarcón, *el Cobrero*, mientras interpretaba una canción tras otra en las noches iguales de un centro nocturno de Bayamo.⁴¹⁹ ¿Recordaría Alarcón que en el juego más importante de su vida, aquel domingo 12 de marzo de 1967, cuando mandó a cerrar la Trocha y que saliera el Cocoyé, Pedro Izquierdo, *Pello el Afrokán*, ensordecía con sus tambores y su pegajoso ritmo Mozambique las gradas del gran estadio del Cerro?

418 Testimonio de los antropólogos mexicanos Andrés Fábregas y Miguel Lisbona al autor de este trabajo, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, agosto de 2007.

419 Leonardo Padura y Raúl Arce: *Estrellas del béisbol*, La Habana, abril de 1989, p. 16.

Béisbolista devenido cantante en la historia del béisbol cubano fue Rafael Cueto, receptor de equipos santiagueros en la década del veinte, antes de darse a conocer como integrante del inmortal Trío Matamoros. De niño era frecuente que Cueto abandonara el aula para irse a jugar pelota, con la consiguiente reprimenda de maestros y directores, y en opinión de muchos entendidos:

De no haberse consagrado a la música, y haberlo hecho a la práctica del béisbol, hubiera llegado a figurar entre los jugadores más destacados de ese deporte en nuestra patria. Su pericia como pelotero quedó probada en la Liga de los Juveniles de la provincia de Oriente, y se reafirmó posteriormente cuando pasó a jugar en la Liga Amateur. Su nombre y fotografías aparecieron con frecuencia en la prensa santiaguera, debido a las brillantes jugadas realizadas por Rafael Cueto en el diamante. Tiempo después pasó a jugar como profesional [...] la práctica de un deporte exige una rigurosa disciplina al que lo ejercita, método que a Cueto no le era fácil mantener, por ser tocador de guitarra y estar frecuentando constantemente fiestas, serenatas, etc., lo que motivó que su vida como pelotero profesional fuera efímera.⁴²⁰

De igual forma fueron peloteros Estanislao *Laito* Sureda, cantante de la mítica Sonora Matancera, que jugó de joven primera base en su natal Cienfuegos;⁴²¹ el también cienfueguero Gumersindo Soriano, fundador del conjunto típico de sones Los Naranjos era un gran aficionado al béisbol y apadrinó un equipo amateur de la Perla del Sur;⁴²² Eduardo *Tiburón* Morales Orozco, vocalista de Son 14, quien en siete Series Nacionales bateó para 237; y Félix Formental, sobrino del gran bateador profesional Pedro Formental, integrante del Cuarteto del Rey y quien tuvo una actuación fugaz como lanzador en una temporada, y su PCL fue de 3.86.

Es conocida la profunda amistad que unió al cantante Pablo Santamaría y al pelotero de los Industriales Rey Vicente Anglada, así como

420 Ezequiel Rodríguez Domínguez: *Trío Matamoros. Treinta y cinco años de música popular cubana*, Ediciones Museo de la Música, La Habana, 2009, pp. 41-42.

421 Félix Contreras: *La música cubana. Una cuestión personal*, Ediciones Unión, La Habana, 1999, p. 26.

422 Cortesía del periodista cienfueguero Erik Mendilahaxón.

a los narradores Bobby Salamanca, Eddy Martín y Rubén Rodríguez, reflejada por el intérprete en una entrevista:

Sobre el extraordinario pelotero Rey Vicente Anglada puedo decir que lo conocí bastante, me maravillaba cómo ayudaba a su abuela. Yo lo aconsejaba, pues soy mayor en edad que él. Hablábamos mucho, tuve el privilegio de verlo convertirse en la mejor segunda base de la historia de Cuba, y también sufrí las injusticias que se cometieron con él. Después de la música para mí no hay nada más fascinante que el béisbol. Soy, además, un industrialista connotado y convencido.

[...]

Por propia iniciativa participé en el curso para narradores deportivos que impartieron personalidades de la historia de la locución cubana como Bobby Salamanca y Eddy Martín—quien era mi vecino desde pequeño y hasta me llevaba a la escuela, junto a su hijo Eddy—.

También recuerdo al periodista, locutor y compositor Rubén Rodríguez, que creó una muy buena obra de la cancionística como *Persistiré*. Todos ellos fueron más tarde mis buenos amigos y mentores.⁴²³

Sobre el caso particular de Rubén Rodríguez, escribió con pasión Helio Orovio: “Ruben Rodríguez (que) narraba un juego de pelota y después se iba para el restaurante Moscú y hacia una canción o al Alí Bar, al show, con el Benny y Blanca Rosa”.⁴²⁴

Un ejemplo notorio de un músico que simultaneó su carrera profesional con la pelota fue Rolando Macías, tirador de los equipos Azucareros y Las Villas, conocido con el sobrenombre de “El músico de San Fernando de Camarones”. Macías estudió saxofón, pero su verdadero gozo era la percusión, y como tal actuó con varios conjuntos, Jagua, Melodías Antillanas y Melodías del Sur. Muchos recuerdos tiene Macías de su carrera en los diamantes, incluidos las veces que estuvo a punto de dar *no hit no run*, pero quizás ninguno

423 Jorge Smith Mesa: “Pablo Santamaría y la saga de los tenores de la música popular”, en <<http://www.cubarte.cult.cu/periodico/autos/jorge-smith-mesa/24.html>>

424 Helio Orovio: “El deporte en la música cubana”, en <http://www.lajiribilla.co.cu/2004/n190_12/190_08.html>

se compare a cuando alternó con la Banda Gigante de Benny Moré, la última vez el día fatal que el “Bárbaro del ritmo” cayó fulminado en un escenario de Palmira. Puesto a decidir en 1966 entre sus dos grandes amores, Rolando Macías escogió el béisbol, aunque la percusión siguió corriendo por sus venas y una de sus hijas siguió los pasos musicales del otrora estelar lanzador.⁴²⁵

Aunque nunca ha jugado pelota de manera organizada, pocos músicos cubanos pueden blasonar de una relación tan poderosa con el béisbol como el cantante sonero Cándido Fabré, quien ha compartido en los diamantes con peloteros de la talla de Braudilio Vinent, Orestes Kindelán, Evenecer Godínez, Rey Isaac, Giorvis Duvergel, Isidro Pérez, Giraldo González, Daniel Lazo, Alfredo Despaigne, Joan Carlos Pedroso, Yoenni Southerán, Vismay Santos, Yoilán Cerce, Eliecer Montes de Oca, Vladimir Hernández y Oscar Machado....

De Fabré se cuentan innumerables anécdotas de su devoción por el deporte de las bolas y los strikes, como aquella que cuenta como viajó durante 24 horas en un tren de Manzanillo a La Habana para participar en un desafío entre artistas o que durante giras al extranjero ha jugado pelota en Inglaterra en una cancha de tenis. Lo cierto es que Cándido Fabré siempre viaja con indumentaria béisbolera en su equipaje, y define de este modo su particular vínculo entre música y béisbol:

La música es el modo de expresarme, me fluye con mucha facilidad para desahogarme en diferentes circunstancias, a veces triste, a veces alegre. Es mi sostén, gracias a ella tengo un pueblo que me aprecia, tengo una historia bien bonita y un legado musical que espero alguna vez sea el espejo donde puedan mirarse los soneros en el futuro. El béisbol es el motor impulsor que me mantiene activo, enérgico, saludable. Me hace feliz cuando puedo demostrar que no soy un pelotero frustrado. Me considero un buen conocedor de esta materia y, sin duda, a los 53 años, me siento en forma para ser campeón en las ligas a las cuales me enfrento.⁴²⁶

425 Entrevista concedida por Rolando Macías al investigador Fernando Rodríguez, enero de 2008 (inérita).

426 Osvaldo Rojas Garay: “Cándido Fabré: tengo sangre de ganador”, *Vanguardia*, Santa Clara, 18 de enero de 2013, en <http://www.vanguardia.co.cu/index.php?tpl=design/secciones/lectura/deportes.tpl.html&newsid_obj_id=27086>

Entre los temas más conocidos de Fabré están los que dedicó, en la década del ochenta del siglo xx, al equipo Serranos que ganó dos veces consecutivas la serie selectiva. Asimismo se inspiró en el memorable jonrón de Lourdes Gourriel en el Mundial de Parma, en 1988, con la pieza titulada *A cualquiera se la bota*, que tuvo gran difusión en la radio. También le compuso una canción a Antonio Pacheco, el *Capitán de capitanes*. El músico ha revelado que:

Yo tomo de referencia el béisbol hasta para actuar. Cuando voy a salir al escenario me digo: "Hoy voy a meter un jonrón". Estuve cierto tiempo sin salir en televisión y la gente tenía deseos de verme en la pantalla chica, y cuando se me dio la oportunidad, pensé: "Tengo que pegar un palo grande". Así surgió *Un palo grande*. Cuando la llamada Serie de Oro (la número 50) hice *Comienza la pasión*, y al Primer Clásico Mundial también le dediqué una.⁴²⁷

Como siempre sucede, esta historia de batazos, armonías y canciones es mucho más antigua, y hunde sus raíces en el momento en que se define la nacionalidad cubana al calor de la lucha independentista, la introducción del béisbol y el nacimiento de los primeros danzones. Como ha demostrado el más importante de los historiadores del béisbol cubano, Roberto González Echevarría, no es nada casual que el juego de pelota y el danzón hayan hecho acto de presencia en una época y un escenario geográfico similares: las décadas del sesenta y setenta del siglo xix en las ciudades limítrofes de La Habana y Matanzas. En su opinión: "Al igual que el béisbol, y quizás aun más que este deporte, la música cubana y la aparición del danzón desempeñaron un papel fundamental en la constitución de la conciencia nacional".⁴²⁸

A pesar de la reticencia de ciertas élites intelectuales criollas y españolas con relación al danzón,⁴²⁹ lo cierto es que este baile de salón rápidamente se convirtió en un suceso cultural sin precedentes en la

427 Ídem.

428 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Colibrí, Madrid, 2004, p. 162.

429 Ver la polémica sobre el danzón en Félix Julio Alfonso López: *Béisbol y estilo. Las narrativas del béisbol en la cultura cubana*, Letras Cubanas, La Habana, 2004, pp. 20-23.

Cuba del último tercio del siglo XIX, y junto a la literatura modernista y el béisbol constituyeron poderosos argumentos del nacionalismo insular en sus luchas simbólicas contra lo español. Su modernidad intrínseca hacía que estas prácticas devinieran en discursos que desafiaban al orden vigente por su capacidad de expresar, en el orden alegórico, la autonomía de los cuerpos y desplegar un intenso abanico de sensualidad y placer:

El béisbol y el danzón compartían todos estos atributos. El danzón, de origen africano y francés, se compone de movimientos sensuales, pero su erotismo no es explícito, sino que se insinúa al amparo de los escarceos rítmicos, los avances y retrocesos de la pareja. [...] el béisbol, por su parte, provenía de los Estados Unidos, no de España, y también propiciaba la liberación de los cuerpos mediante movimientos gráciles y pausados.⁴³⁰

Bajo la mirada recelosa de las autoridades coloniales, los jóvenes criollos blancos comenzaron a jugar pelota de manera organizada en terrenos y glorietas ubicados en las afueras de la capital de la Isla, en las cercanías de la Quinta de los Molinos, en La Víbora y en el que sería el futuro barrio de El Vedado. En breve tiempo la fiebre del béisbol también abarcó a otras ciudades del centro y occidente, llegando a Matanzas, Cárdenas, Sagua la Grande, Santa Clara y Remedios. De modo invariable, los juegos de pelota concluían con una cena y un baile, acompañado por alguna de las célebres danzoneras del momento, ya fuera la orquesta de Raimundo Valenzuela y Antonio *Papaíto* Torroella en La Habana o la de Miguel Faílde en Matanzas.

El mulato matancero Miguel Faílde, reconocido como uno de los pioneros en la composición y ejecución de danzones, tuvo una estrecha relación personal con el béisbol. Según narra en su libro Osvaldo Castillo Faílde, al autor de *Las alturas de Simpson* "...le gustaba mucho el juego de pelota, pero la jugaba muy mal, por lo que le apenaba que lo vieran practicar".⁴³¹ Por esa razón habló con su amigo de igual apellido al del danzón, don Luis Simpson, quien le cedió en 1887 unos terrenos yermos ubicados entre las calles Capricho, San Gabriel, Jáuregui y Santa Isabel, para que realizara allí

430 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 178.

431 Osvaldo Castillo Faílde: *Miguel Faílde, creador musical del danzón*, Oficina del Historiador de la Ciudad/Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964, p. 49.

prácticas béisboleras con sus amigos e integrantes de su orquesta. Pero en los “terrenos de Miguelito” o “de Faílde”, como también eran conocidos, se jugaba béisbol no solo por placer, sino también para encubrir actividades conspirativas contra el dominio español.

El club favorito de Miguel Faílde no podía ser otro que el llamado Simpson, y su orquesta escoltaba a estos jugadores en todas sus excursiones “...animándolos con su música en los intermedios y cuando había alguna buena jugada”.⁴³² En este equipo se desempeñaba como receptor su gran amigo y famoso bailaror de danzones Jacinto Pérez. Sin embargo, la orquesta de Faílde también fue acompañante de otros equipos matanceros, sobre todo en sus desplazamientos hacia La Habana, y le dedicó el danzón “No se puede pedir más” a don Enrique Meléndez y Molina, director del club Matanzas, en la función a beneficio del mismo celebrada el domingo 8 de octubre de 1893 en los terrenos de la Quinta de Oña, ocasión en la que se celebró un juego entre los equipos de Habana y Matanzas, y además se levantaron pesos y hubo carreras en bicicletas. Una simpática reseña de uno de los viajes realizados por la orquesta junto con un grupo de peloteros fue publicada en *La Aurora del Yumurí* el 8 de junio de 1889 y rezaba:

¡A la Habana!

...la orquesta de Miguelito irá en el tren expreso que habrá de conducir mañana domingo al club “Matanzas” y simpatizadores a La Habana, en donde se batirán con el “Fé”, según tengo anunciado.

Esta excursión *basebolérica* a La Habana será la última en el presente año, no hay que olvidarlo...en cada paradero un danzoncito...⁴³³

Resulta de interés destacar que la descripción de los terrenos béisboleros de los clubes habaneros de Almendares y Habana, en la década del ochenta del siglo XIX, no pasa por alto que: “...la planta principal de ambos edificios está preparada para organizar bailes. Durante la temporada, se ofrecen aquí excelentes veladas danzantes”.⁴³⁴ En uno de estos frecuentes bailes, celebrado en los primeros días de julio de 1887 en las cercanías del hotel Trotcha, la gacetilla del diario

432 Ibídem.

433 Citado por Osvaldo Castillo Faílde: ob. cit., p. 49.

434 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 191.

El Habanista describía con palabras elogiosas el variado programa presentado por la orquesta de Raimundo Valenzuela:

La excelente orquesta de Raimundo preludió las primeras notas de una cuadrilla, y gran número de parejas formando los alegres cuadros comenzaron el baile. La música, con sus acordes deliciosos, el aroma de las flores y los ojos enloquecedores de las mujeres cubanas, llenaban el alma de ilusiones y de placer indecible [...] a la danza tentadora siguen la agitada polka, el aristocrático rigodón y el melancólico vals del país [...] se jugaron diez y seis *innings*, propinando los bailadores al *ten* de Raimundo igual número de *skunks*.⁴³⁵

Los músicos de Valenzuela también hacían acto de presencia en los partidos celebrados en diferentes puntos de la capital cubana. De un desafío celebrado entre Fé y Caridad en 1885 es la siguiente nota: “Al aparecer en el campo los dos clubs, recibieron una completa ovación, dando al espectáculo en aquellos momentos más vida y colorido la orquesta de Raimundo, envueltos entre los acordes de la música los vítores frenéticos de la muchedumbre”.⁴³⁶ En un partido de beneficencia celebrado el 25 de octubre de 1885 entre habanistas y almendaristas se dice que: “La magnífica banda de Ingenieros se encontraba en su puesto y durante toda la fiesta nos deleitó con bellos trozos de ópera, mazurkas y marchas”.⁴³⁷ Y en una matinée del club Habana ese propio año, se cuenta con tono picaresco que: “Después del juego se bailó hasta las cinco. El sexo-ángel abundó”.⁴³⁸

Era costumbre que el club derrotado obsequiara al ganador con una cena y un baile, sufragándolo de sus ingresos, según la siguiente descripción tomada de una serie de encuentros entre los equipos Bacardí Ron B. B. C. y Lager Beer:

Después de la victoria pasaron ambos clubs a La Chorrera, casa de D. Agustín Arana, donde el club vencido, Lager Beer, obsequió con una espléndida comida y vinos al Bacardí, pro-

435 “El baile del club Habana”, *El Habanista (Semanao de Sports)*, año 1, 6 de julio de 1887, p. 2.

436 *El Fígaro*, Habana, año 1, 30 de julio de 1885, p. 8.

437 “Fiesta notable”, *El Sport. Semanario Ilustrado*, año I, no. 4, 26 de octubre de 1885, p. 6.

438 *El Fígaro*, Habana, año 1, 30 de julio de 1885, p. 7.

nunciándose a los postres fraternales brindis por el Almendares, Habana, Fé, Lager y Bacardí. A las diez terminó la comida. El lunes de pascua se verificará el segundo desafío entre el Bacardí Ron y el Lager Beer, en los terrenos del Habana. Terminado que sea el desafío, se bailarán algunas piezas con la orquesta del Sr. Torroella, que será costeadada por el club vencido.⁴³⁹

Según se puede leer en la versión al español de la *Guía Spalding de Béisbol* correspondiente al año 1885, el gran pianista Ignacio Cervantes —al decir de Alejo Carpentier el músico más importante del siglo XIX cubano—, presidía la sección filarmónica del club Almendares y era uno de los vocales del club de verano Bacardí Ron B. B. C., cuyo tesorero era el dramaturgo Ignacio Sarachaga y su secretario el poeta y periodista Enrique Hernández Miyares.⁴⁴⁰ Como hecho curioso, algunos de los equipos en los torneos veraniegos decimonónicos llevaron nombres de óperas y operetas, como Boccaccio,⁴⁴¹ Fatinitza,⁴⁴² Mignon⁴⁴³ y Norma.⁴⁴⁴

439 *La Habana Elegante*, año III, no. 13, 29 de marzo de 1885, p. 11. Antonio Torroella (1856-1934) fue un pianista matancero que introdujo el piano en la charanga francesa. Gran danzonero, fue director de una popular charanga. Conocido por *Papaíto*. Ver: Helio Orovio: *Diccionario de la música cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1992, p. 480.

440 *Base Ball. Guía Oficial de la Liga*, traducida por Valentín E. Frau, con autorización de los señores A. G. Spalding y Bros. de Chicago y Nueva York, Imprenta de Soler, Álvarez y Cía., Habana, 1885.

441 Opereta austriaca de Franz von Suppé, estrenada en Viena el 1.º de febrero de 1879 y en La Habana, en el Tacón, el 19 de febrero de 1884 (traducida al francés). Luego, en ese mismo año, se estrena una versión al español por una tiple muy famosa, Fernanda Rusquella, en el teatro Cervantes.

442 Opereta austriaca de Franz von Suppé, estrenada en Viena el 5 de enero de 1876, y en La Habana, en el Teatro Torrecillas, el 18 de marzo de 1885, traducida al español. Se puso mucho en ese año, en ese teatro y en el Irijoa (actual Martí).

443 Ópera cómica francesa de Ambroise Thomas, estrenada en París el 17 de noviembre de 1866 y en La Habana, en el Tacón, el 11 de noviembre de 1880 (en francés).

444 Ópera italiana de Vincenzo Bellini, estrenada en Milán el 26 de diciembre de 1831 y en La Habana, en el Teatro Principal, el 7 de mayo de 1835 (estreno absoluto en el continente americano). Esta obra estuvo

En esta época, era frecuente en los Estados Unidos encontrar canciones y otros géneros musicales que llevaran títulos y letras de contenido béisbolero. En el país norteamericano hallamos ya en 1867 la letra de *The Home Run Gallop* y en 1870 una composición titulada *The Atlantic Polka*, dedicada al *The Atlantic Baseball Club* de Brooklyn; cuatro años más tarde aparece *The Baseball Song*. En 1880 se tocan dos *Bat and Ball March* y luego vendrían muchas otras composiciones para piano y orquesta como *Lead On March & Home Run Gallop* (1885), *America's National Game* (1889), *The Umpire Is A Most Unhappy Man* (1905), *The Great Italian Baseball Song-One-A-Strike* (1908), hasta llegar al célebre himno béisbolero *Take Me Out To The Ball Game*, escrito en 1908 por Jack Norworth y Albert von Tilzer.⁴⁴⁵ En el caso de Cuba, hemos encontrado una marcha, compuesta en Matanzas en 1887 por “el reputado maestro Sr. Mazzorana”, que llevaba por título “Los béisboleros”.⁴⁴⁶

Entre los peloteros del siglo XIX que tuvieron alguna relación con la música, no podemos dejar de mencionar a Alfredo Arcaño, pertinaz jugador del club Habana durante 19 años (1887-1909), durante los cuales se desempeñó como jugador de cuadro en varias posiciones y se destacó como bateador de fuerza, (acumuló varios liderazgos ofensivos en dobles, triples, jonrones, veces al bate, etc.), y cuyo hijo Antonio fue un afamado flautista y director de la célebre orquesta de Arcaño y sus maravillas, que en opinión del musicólogo Helio Orovio: “Revolucionó el género danzonero, a base de interpretaciones novedosas y de alta calidad”.⁴⁴⁷

Otro caso de un béisbolista con amistades en el mundo de la música, y cuyo linaje triunfó en el arte de la canción, es el infielder de los equipos Habana y Almendares en las décadas del diez y el veinte del siglo XX Bartolo Portuondo, célebre por su bateo oportuno y velocidad en las bases. Como nos lo confirma su hija, la inmarcesible

siempre en el repertorio de las compañías que visitaron Cuba durante el siglo XIX.

445 Ver la detallada relación de obras y autores musicales que aparece en “*Baseball in song & music*”, en la página web *Amaranth Publishing Home Page*.

446 *El Álbum. Semanario Ilustrado*, Matanzas, año 1, no. 23, 13 de noviembre de 1887, p. 188.

447 Helio Orovio: *Diccionario de la música cubana*, Letras Cubanas, La Habana, 1992, pp. 36 y 324.

Omara Portuondo, en entrevista concedida a Mayra A. Martínez: “Tú sabes que mi padre era negro, jugador de béisbol, y mi madre blanca, con todo el peso del racismo encima [...] Mi padre era amigo de Eliseo Grenet, de José Luciano Franco, de Sindo Garay, de muchos artistas. No aceptaban el tabú de que las mujeres de cabaret eran mal vistas. Ellos me estimularon y me indicaron que si trabajaba con seriedad me respetarían”.⁴⁴⁸ Bartolo Portuondo, fervoroso admirador de la trova, cantaba a dúo con su esposa, y Sindo Garay era visita frecuente en su casa.

El joven Sindo, en su exilio dominicano durante la Guerra del 95 [1895], momentos en los que conoció a José Martí, utilizó los juegos de pelota para recaudar fondos destinados a la insurrección. Según su relato, al no poder trabajar como trapecista en un circo:

Se me ocurrió entonces que una buena posibilidad sería aprovechar los juegos de pelota. [...] Me fui a hablar con los responsables de los dos equipos que jugaban y nos pusimos de acuerdo enseguida. Comencé a realizar mi patriótica labor en los juegos que se efectuaban los domingos. Después de terminado el juego, salía al campo con una reluciente trusa de lentejuelas realizando saltos pintorescos para llamar la atención del público. Como yo era acróbata, tenía una flexibilidad tremenda y me era fácil moverme diestramente alrededor del terreno haciendo toda suerte de maromas. Llevaba ya preparado un discurso que “llegaba” al corazón de los dominicanos. Como por arte de magia todos empezaban a sacar dinero de sus bolsillos, y otras muchachas, como las anteriores que recogían en el circo, pasaban sonriendo los sombreros donde caían las numerosas dádivas.⁴⁴⁹

También destaca el jugador decimonónico Juan Antiga y Escobar, miembro del club Habana entre 1891 y 1893, quien además de médico afamado y hombre de mundo, en su edad adulta fue ejecutante de un curioso instrumento musical: la cítara. Según el testimonio que

448 Mayra A. Martínez: *Cubanos en la música*, Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 133.

449 Carmela de León: *Sindo Garay: memorias de un trovador*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, p. 50.

nos legó su amigo José Antonio Fernández de Castro, sobre la heterogénea mesa de trabajo de Antiga era posible encontrar:

...una crónica sobre el boxeo y su desarrollo en nuestros países o sobre las condiciones físicas que debe poseer un buen jugador de base-ball, un erudito trabajo sobre la cítara, un instrumento musical delicadísimo... Pues habéis de saber, ¡oh, amigos!, que este aventurero *per se*, este exjugador profesional de base-ball que –según la frase que lo consagrara en ese aspecto, debido al ingenio facilísimo de Víctor Muñoz–, era el único jugador de pelota en el mundo que sabía quien era Baudelaire, cuando llega la alta noche [...] a solas en su gabinete de trabajo [...] saca de su caja “el divino instrumento” y se pone a ejecutar alguna pieza delicada, que a él le dedicó otro citarista, pues son estos muy pocos en el mundo y a modo de masonería cerrada.⁴⁵⁰

En una entrevista concedida en 1946, en ocasión de su entrada al Salón de la Fama del Béisbol Cubano, Francisco Poyo –hijo de José Dolores Poyo, amigo y colaborador de José Martí– reconocido receptor y umpire en los años iniciales de la República, declaró como el jugador más completo de su época a Bernardo Carrillo “...pese a que nunca se preocupó por llevar una vida ordenada, pues era guitarrista y muchas mañanas le sorprendió el sol. Pero esto no le restaba facultades y en el terreno era un coloso”.⁴⁵¹ Menos conocido como jugador fue Francisco Portillo Varona, integrante del club Carolina, padre del célebre cantautor César Portillo de la Luz.⁴⁵²

José de la Caridad Méndez, el pitcher más consistente de las primeras décadas del siglo xx, aprendió a tocar el clarinete de forma autodidacta,⁴⁵³ y otro lanzador estelar, Adolfo Luque, era parrandero, jugador de gallos y le gustaba escuchar danzones y bailar rumba. En la tradición oral de la familia Luque, se afirma que cuando el *Orgullo de la Habana* jugaba para los Rojos de Cincinnati y le iba a lanzar a

450 José Antonio Fernández de Castro: “Nada más que un hombre. Alrededor de Juan Antiga”, *Social*, no. 126, junio de 1926, p. 78.

451 Pedro Martínez Bauzá: “Francisco Poyo, inmortal del béisbol cubano”, *Sensación*, La Habana [1946], p. 15.

452 Testimonio de César Portillo de la Luz al autor, febrero de 2009.

453 Severo Nieto Fernández: *José Méndez. El Diamante Negro*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2004, p. 3.

sus archirrivaes los Gigantes de Nueva York, llamaba a Cuba, y para darse ánimos pedía que le pusieran por teléfono su pieza musical favorita: el danzón Tres lindas cubanas, de Antonio María Romeu. Pero fiel a su temperamento festivo y bullanguero, Luque también era capaz de ponerse a bailar rumba en los barrios latinos de Nueva York, en improvisados toques con tumbadoras y cencerros.⁴⁵⁴

Luque fue también un gran amante del teatro vernáculo, y en el saloncito del desaparecido Teatro Alhambra solían entablarse apasionadas discusiones béisboleras entre Regino López, Federico Villoch, Miguel Ángel González y Papá Montero. Este último apodo se dice que provenía del título de un sainete estrenado por la compañía de Arquímedes Pous en el Teatro Cubano, en 1923,⁴⁵⁵ el mismo año en que el portentoso pitcher quedó como máximo ganador de juegos en la Liga Nacional, con 27 triunfos, además de alcanzar el mejor promedio de ganados y perdidos (.771), mejor PCL (1,93) y primero en lechadas (6). Como parte de los homenajes recibidos por esta hazaña deportiva sin precedentes, el compositor Armando Valdés Torres, uno de los primeros pianistas que tocó en conjuntos de son y autor de numerosos danzones, compuso el danzón Arriba Luque, y también se tocó el danzón para piano titulado Havana Perfecto, de Pachéncho Jr. Incluso, Adolfo Luque tuvo desempeño actoral en el juguete cómico titulado Las curvas de Luque, compuesto en su honor por Agustín Rodríguez, y donde compartió escenario con los clásicos del teatro popular Sergio Acebal, Julito Díaz y Pepe Serna.

El escritor costumbrista Eduardo Robreño, autor de libros sobre el Teatro Alhambra y el teatro popular cubano, confesó una vez que se reconocía como "...un músico frustrado y un pelotero retirado por las luchas estudiantiles de los años 30".⁴⁵⁶ En su juventud, Robreño había sido center field del equipo de la Universidad de La Habana, tenía buen brazo y era notable como corredor. Sus peloteros preferidos en un equipo Todos Estrellas eran: Miguel Ángel González en

454 Archivo personal de Enrique Arredondo, amigo y biógrafo de Adolfo Luque. Cortesía de Pedro Antonio Gil.

455 De ese mismo año es Resurrección de Papá Montero, de Manuel Corona, y un año después aparece Llorando a Papá Montero, de T. Pereira, ambas canciones interpretadas por María Teresa Vera y Rafael Zequeira.

456 Pedro A. García: "Como me lo contó, lo cuento", *Bohemia*, La Habana, 23 de septiembre de 2011, p. 62.

la receptoría; Joseíto Rodríguez en primera; Rey Vicente Anglada en segunda, como torpedero Germán Mesa y Héctor Rodríguez en la antesala. En los jardines escogió a: Baldomero *Merito* Acosta, Valentín Dreke y Alejandro Oms. Como lanzadores destacó a Luque, José de la Caridad Méndez y Santiago *Changa* Mederos y en funciones de designado señaló a Martín Dihígo y a Orestes Kindelán. En cuanto a los músicos más destacados, Robreño declaró: “Lo que ha perdurado y va a perdurar es la del trío Matamoros. Esa es para mí la agrupación del siglo. Benny Moré cambió por completo el estilo de la música popular; le incorporó el baile a la ejecución de la orquesta. Como músico fecundo: Ernesto Lecuona es indiscutible. [Rita Montaner] Estupenda, lo hacía todo y todo lo hacía bien”.⁴⁵⁷ Interrogado sobre si le gustaría dirigir el equipo ideal que había conformado, Robreño opinó: “Me gustaría ser pelotero, center field y primer bate de la Universidad de La Habana [...] o del equipo Cuba [...] o un barítono de ópera como Titta Ruffo. Me gusta mucho la ópera italiana”.⁴⁵⁸

Ya en las décadas del cuarenta y cincuenta, no era infrecuente ver juntos a los grandes ídolos musicales compartiendo con sus pares béisboleros. En un baile de homenaje, organizado por la Sociedad Progreso del Cotorro al estelar lanzador del Atlético de Santiago de las Vegas Antonio Estrella, en junio de 1944, la parte musical corrió a cargo de la Jazz Band de los Hermanos Palau y la Orquesta de Nita Almanza, que seguramente tocó el danzón de su autoría *Ahí viene la bola*. Una fotografía muestra sonriente al más grande pelotero cubano de todos los tiempos, Martín Dihígo, al lado de los integrantes de la célebre peña trovadoresca de Alfredo González, *Sirique*, hijo de uno de los más longevos jugadores decimonónicos y destacado árbitro, Valentín González, también apodado *Sirique*, electo al Salón de la Fama del Béisbol cubano en 1939, quien recordó una vez que:

Dihígo era un admirador de la trova cubana, eran muchas las figuras populares de nuestra pelota que asistían dominicalmente a las peñas trovadorescas que se organizaban en mi taller. Allí voces y guitarras se mezclaban con las anécdotas jocosas y picantes de nuestros viejos peloteros que iban allí, buscando escuchar una canción de antaño en las voces de Manano, Luisito Pla o yo, o tal vez, el trío de Goyo. En la trova las figuras del

457 Ídem, p. 63.

458 Ibídem.

diamante se deleitaban oyendo las guitarras de Nené Enriso, Oviedo y el famoso Albino Peña, pero lo que más animaba la peña eran los cuentos de El Inmortal. Siempre tenía un chiste en sus labios y muchas veces lo oímos decir: oye Sirique, yo te he ponchado una tonga de veces, a lo que yo le contestaba cantándole a dúo con Nené Enriso sus números predilectos *Tosina y Virginia y La timidez*.⁴⁵⁹

Otra imagen de finales de los años cincuenta nos descubre al gran Benny Moré disfrutando con los peloteros del club Habana uno de sus innumerables triunfos. También existen imágenes que muestran al Sonero Mayor, vestido de smoking, posando en posición de bateo al lado del receptor del equipo profesional Cienfuegos, Rafael San Noble, y en otra fotografía aparece de pie junto al temible lanzador René Látigo Gutiérrez.⁴⁶⁰ Inspirado en esta pasión béisbolera del Benny, el narrador matancero Luis Lorente lo convirtió en personaje de un sabroso cuento, titulado “I get it”, en el que se refiere la complicidad entre el genial cantante y un desconocido pelotero apodado “el Pelandrujo”:

La voz de play ball era inminente. Salieron los umpires. Con todos los atuendos y cierta gallardía, Virgilio Rojas se acercaba dispuesto para actuar en el home. La amplificación local trataba de imponerse en medio de un oleaje de gritos y chiflidos. El locutor, nervioso, a duras penas lograba pronunciar los nombres de algunos concurrentes inusuales. Más que ceder, la algarabía se fue tornando murmullo cuando fue descubierto (ademanos de felino), subiendo por las gradas, el Bárbaro del Ritmo, quien acompañado de Generoso y Chocolate Armenteros, había llegado allí, curioso, atraído por la causa que dejó ayer semirrepleto el estrellado patio del Oasis. Ya trepado en la cúspide del graderío, Benny hizo el comentario: quería ver a Pelandrujo, el segunda base, que aseguraba cogerlas todas y le había prometido batear de cuatro, cuatro, repartidas una para cada banda del terreno. “La cuarta por donde más te guste a ti Benny. Elige tú”. Con el gesto de quien va a proferir un

459 Alfredo Santana Alonso: *El Inmortal del béisbol*. Martín Dihigo Llanos, 2da. ed., Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2006, p. 136.

460 Colección de Rolando Sánchez.

improperio, Benny se alzó de pronto, ambas manos haciendo de bocina grito a todo pulmón: “Oye Pelao, estoy aquí”.⁴⁶¹

Del mismo modo, la Banda Gigante de Benny Moré encontró un paralelo deportivo en un poema de Fina García Marruz, donde la poetisa compara a la célebre orquesta con las Grandes Ligas del béisbol estadounidense, pero también con cualquier partido de pelota “maniguera” jugado en un placer del campo cubano:

*¡La banda gigante,
como las ligas gigantes,
El teipe en la pelota,
el batazo en lo azul,
Un descampado de domingo!*⁴⁶²

Un cantante al que le gustaba mucho el béisbol y disfrutaba animando los juegos fue el sonero reglano Roberto Faz. El musicólogo Helio Orovio, gran conocedor de la pelota amateur cubana y quien se iniciaba como músico por la década del cincuenta en el conjunto Jóvenes del Cayo, ha contado que: “Roberto Faz no se perdía un juego del equipo de Regla. Era una imagen increíble ver a ese equipo, con las letras rojas de Regla, jugando en el terreno, como si estuvieran bailando en un cabildo, en un toque, en un bembé. Ver de pronto cuatro músicos tocando en las gradas, con dos tambores y dos cencerros, Roberto Faz al lado, coreando, inspirando a ese equipo, y después se iba por la noche a cantar a la CMQ o a la televisión, era una imagen increíble”.⁴⁶³ El propio Orovio jugó la segunda base durante sus años de estudiante universitario, al igual que el también músico, escritor y musicólogo Leonardo Acosta.⁴⁶⁴

461 Luis Lorente: *Más horribles que yo*, Ediciones Matanzas, Matanzas, 2006, p. 67.

462 Fina García Marruz: *Antología poética*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 86.

463 Helio Orovio: “El deporte en la música cubana”, *La Jiribilla. Revista Digital de Cultura Cubana*, año III, no. 190, 25 al 31 de diciembre de 2004, <<http://www.lajiribilla.cu>>

464 Inés María Martiatu: “Leonardo Acosta: «Soy músico, escritor y segunda base»”, *La Siempreviva*, La Habana, no. 1, 2007, p. 75.

Una fotografía de 1957 o 1958 nos muestra a Orestes Miñoso estrechando la mano de Nat King Cole en el Gran Estadio del Cerro,⁴⁶⁵ lo cual nos hace pensar en un sentimiento de admiración recíproca entre la superestrella del equipo Tigres de Marianao y de los Medias Blancas de Chicago y el destacado pianista y cantante estadounidense, que hacía furor en esos años con sus versiones al español de piezas musicales cubanas. En ese momento toda La Habana se había movido al ritmo del chachachá Miñoso al bate, que el exviolinista de la Orquesta América, Enrique Jorrín, le dedicó al carismático pelotero y cuyo contagioso estribillo rezaba: *Cuando Miñoso batea, verdad, la bola baila hasta el cha cha chá*.⁴⁶⁶ El pelotero, oriundo de Perico, en Matanzas, era una sensación no solo en Cuba, sino también en las Ligas Mayores, luego de su exitoso debut con los Chicago White Sox en 1951, al extremo de hacer exclamar a Casey Stengel, manager de los Yankees de Nueva York: “Ojalá lo tuviera en mi club. No me preocuparía por la pérdida de Joe DiMaggio. Es como si fueran dos o tres jugadores plasmados en un solo esqueleto humano”.⁴⁶⁷

Otro jugador homenajeado con un chachachá, esta vez por la Orquesta Aragón, fue Edmundo *Sandy* Amorós, a raíz de su fenomenal cogida sobre una línea de Yogi Berra en el séptimo juego de la Serie Mundial de 1955, que dio el campeonato ese año a los Dodgers de Brooklyn. El título, firmado por el flautista Eduardo *Richard* Egües y el violinista Rafael Lay no podía ser más elocuente: “Amorós se la comió”.⁴⁶⁸ No debe olvidarse que la entrada de Lay a la Orquesta Aragón en 1940 se produjo para llenar la vacante dejada por el segundo violinista del grupo, René Candelario González, quien abandonó la orquesta para dedicarse al béisbol, jugó como primera base del club Almendares y alcanzó el título de bateo de la Liga Mexicana durante tres años consecutivos con los Águilas (1952: 370; 1953: 336

465 Colección de Rolando Sánchez.

466 Existe una grabación del año 1957 realizada por la Orquesta de Enrique Jorrín, donde el público corea delirante la pieza. Ver: CD *Canta mi tierra*, vol. IV, BisMusic, 2007, pista 2.

467 Jess Losada: “Cómo ven a Miñoso en el Norte”, *Carteles*, La Habana, 11 de mayo de 1952.

468 *Amorós se la comió / Chachachá (Richard Egües-Rafael Lay) / Octubre 20, 1955 (695)*, disco de 78 rpm en la Fonoteca de Radio Progreso. Ver: Gaspar Marrero: *La Orquesta Aragón*, La Habana, Editorial José Martí, 2001, p. 246.

y 1954:359). Otro albur de los Aragones con la pelota fue durante una de sus primeras presentaciones en La Habana, en un baile en el Marianao Social en 1950: "...con tan buena suerte que el baile coincidió con el triunfo del Club Cienfuegos de Béisbol Profesional en la Liga Cubana ese año. Esa noche de domingo se homenajeó también a los peloteros y la fiesta se llamó Noche Cienfueguera".⁴⁶⁹ Años más tarde, durante la primera visita de la Aragón a México, en 1978, al empezar a tocar la orquesta, el pelotero cubano Aristónico Correoso gritó: "¡¡Esta si es mi Cuba!! ¡Y soltó una palabrota que salió por la emisora!"⁴⁷⁰

En enero de 1955, el periódico *El Avance Criollo* daba cuenta de una "regia verbena" a celebrarse en el Marianao Social la noche del domingo 9 "...con motivo del tradicional festival Noche de Baseball, que todos los años reúne una selecta concurrencia en sus vistosos salones de la calle Samá. La popular orquesta de Benny Moré, alternando con la orquesta cienfueguera del profesor Aragón y la Sensación, tendrán a su cargo los bailables"⁴⁷¹

Orestes López, quien estando en la orquesta de Arcaño contribuyó a crear el danzón de nuevo ritmo, le dedicó la pieza Silvio al bate al gran *short stop* del club Cienfuegos Silvio García, a quien Roberto González Echevarría considera "...un superdotado, que además del campo corto podía lanzar [...] Brilló dondequiera que jugó [...] Era un hombre fuerte, con velocidad de piernas y un tremendo brazo"⁴⁷² Fue muy querido en el béisbol mexicano, donde se le conocía como Cubalibre.

Un jugador del club Marianao en esta época fue el lanzador estadounidense Red Barret, quien impuso récord de 38 entradas sin conceder bases por bolas y además era cantante. Según la revista de la farándula *Gente*, se presentó por CMQ "...donde dejó oír una voz agradable interpretando una canción amorosa". Otro gran pelotero de la década del cincuenta, Clemente *Sungo* Carreras, ganador como manager del campeonato profesional cubano de 1959 y de la Serie Mundial Amateur de 1961, fue el guía habanero de Marlon Brando en su pasión por la música y el baile antillanos. Brando, un

469 Ídem, p. 61.

470 Ídem, p. 143.

471 Ídem, p. 69.

472 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 45.

exbaterista de jazz, fue seducido en el Palladium Dance Hall por los ritmos latinos y de modo especial por los atabales de la conga, y con el objetivo de comprar unos tambores se trasladó de Miami a La Habana en marzo de 1956. El actor se hospedó con un nombre falso en el Hotel Packard, y Sungo lo llevó a recorrer los cabarets de la playa de Marianao: el Pennsylvania, La Taberna de Pedro, Los Tres Hermanos, y, por supuesto, La Choricera, donde destacaba por su estilo y dones timbaleros Silvano Shueg Hechevarría, *Chori*. Es celebre la anécdota de que Brando intentó comprar sin éxito sus tumbadoras al percusionista de la orquesta de Armando Romeu, que actuaba en Tropicana, y al fotógrafo Constantino Cala, amigo del pelotero y rumbero aficionado, dueño de unos tambores que tenían *aché*, pues habían pertenecido al gran Luciano Pozo, *Chano*. Finalmente, el histrión estadounidense pudo conseguir un par de tumbadoras por 90 pesos, y se fue a celebrar tocando junto al mismísimo Chori.

Una correspondencia poco conocida entre música y béisbol a finales de la década del cincuenta fue totalmente casual. Me refiero a la notoria y fugaz cancionera Freddy, quien llegó a La Habana procedente de una finca azucarera en Camagüey, y trabajó como cocinera en la casa del doctor Arturo Bengochea, un próspero empresario que unía a sus diversos negocios el cargo de presidente de la Liga de Béisbol Profesional cubano durante ocho años.⁴⁷³

En cuanto a las canciones que se refieren en sus textos al béisbol, es posible encontrar una variada gama de composiciones de diversos géneros (con preferencia sonos, congas y guarachas) interpretadas por importantes solistas y agrupaciones cubanas del siglo xx. Sin ánimo de ser exhaustivos podemos mencionar las siguientes obras: La pelota, de Enrique Bryon Morejón; Botamos la pelota, de Silvio Contreras Hernández; Fao, Wenceslao, de Manuel Corona; Play ball, de Miguel Matamoros; Rojos y azules, de Manuel Esteve Mauri; Santa Clara 1922, nuestro campeón, de Juan Manuel Pérez Esquirol; Club Habana, de Rodrigo Prats; Serranos campeón, de Cándido Fabrè y otras muchas que están por escribirse. Un breve recorrido por algunas de estas canciones nos revela un sabroso imaginario de temáticas y asuntos donde el erotismo, la picaresca y el nacionalismo llevan la "voz cantante".

473 Guillermo Jiménez: *Los propietarios de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 77-78.

Entre las más conocidas están la picaresca conga de Ricardito Díaz *A la pelota con Carlota*, popularizada a comienzos de la década del sesenta en versiones diferentes por la orquesta de los Hermanos Bravo y el Conjunto Casino: *Mamá, mamá, déjame ir a la pelota, mamá, mamá, para jugar con Carlota, mi mamá no quiere, que yo vaya a la pelota, ella no quiere que yo juegue con Carlota...*⁴⁷⁴ Otra Carlota del siglo XXI, cantada por los trovadores cienfuegueros Los Hermanos Novo, prefería antes de irse a un restaurante, al café cantante, la discoteca o al boulevard, irse a gozar con los Elefantes en el estadio 5 de Septiembre: *Ponte bonita, ponte elegante, si quieres que te lleve a la pelota / vamos a gozar con los Elefantes / seguro que esta noche Pito la bota...*⁴⁷⁵

También letras picarescas o de contenido erótico son los casos de la guaracha *De pelota no*, del Septeto Nacional: *Play ball, José Echarri al bate, ahí viene la bola, strike one, ahí viene la bola, le tira a la pelota y se le cae el bate...*; del son *La pelotera*, de J. L. Delgado, cantado por el Conjunto de Félix Chapottin; la guaracha de Martín Valiente *Dame la pelota*, interpretada por el Conjunto Sones de Oriente; *Enséñame la bola*, son de Ricardo Leyva incluido en el repertorio de Sur Caribe: *enséñame la bola, no me escondas la bola... recoge tu bola mala, enséñame tu pelota, que yo no voy a tirarle, si no la pasas por ahí...*; el son *Se ponchó con bola afuera*, de Pío Leyva, que reza: *En cuestiones amorosas, yo no me puedo ponchar... yo si soy un cuarto bate y no me puedo ponchar... el día que yo me ponche ya no podré jugar más, la pelota...*; la guaracha interpretada por Ramón Veloz y Coralia Fernández titulada *Cosas del baseball*: *Si un viejo muy fanfarrón, le faja a una jovencita, quiso batear la planchita y no la saca del jom.*⁴⁷⁶

En la actualidad el tema del amor y la pelota presenta ejemplos heterogéneos, como la provocación explícita en el *reggaetón* de Eminencia Clásica: *Mami pichea, que tu papi la batea, pichea, y cántame el estrái como sea, que Eminencia la batea, pichea...*, pero mucho más elaborada,

474 También de Ricardito Díaz es la pieza *Quién será campeón*, de 1952.

475 Canción a los Elefantes, de los Hermanos Novo. En esta pieza intervienen los narradores deportivos Digno Rodríguez González y Osvaldo Vega Llorens. Al narrar un jonrón, Digno dice: “póngale...póngale...póngale música”. Durante años, en la emisora provincial Radio Ciudad del Mar el repentista Ariel Fernández componía una décima para la revista deportiva *Strike* en la sección “La décima en el estadio”.

476 Cortesía de Emilio Cueto.

sin dejar de ser picaresca, es la propuesta del trovador Fernando Bécquer cuando dice en su letra Cucusa y el béisbol:

*Cucusa mi amor, te voy a amar
De primera hasta jon.
Cucusa, mi cosa rica, mi guaguancó [...]
Juguemos al béisbol,
Prometo no botarte de jonrón
Siempre que tú me salves con un toque de bola.
Prometo tirar recto,
Tirar duro al corazón,
Prometo no hacer trampa...*⁴⁷⁷

Un tema que no puede estar ausente en las composiciones musicales dedicadas al béisbol, es el de la exacerbada pasión de los cubanos durante los meses que dura el campeonato invernal de la Isla. La década del cuarenta fue quizás una de las épocas de mayor entusiasmo popular por los cuatro equipos del torneo profesional: Habana, Almendares, Marianao y Cienfuegos, y también en el respaldo de los seguidores al circuito aficionado, pues Cuba fue sede de varias series mundiales amateurs, en las que casi siempre salió victoriosa. Este es el momento en que el cronista deportivo Eladio Secades sentenciaba que “para el cubano el juego termina, pero el deporte no. En el mitin de la esquina. En la bronca en la lechería del barrio. En la guantanamera para hacer rabiar a los compañeros de oficina. [...] Nosotros, todos nosotros, tenemos algo de locos y mucho de peloteros...y de managers... y de coachs!”⁴⁷⁸ y el mítico conjunto de Miguel Matamoros le ponía música a la reflexión de Secades cuando cantaba: *El pueblo ya se alborota, ya todos son peloteros, y a mi juicio callejero, no se habla más que pelota, donde quiera y como quiera que te pongas, pelota, pelota...donde quiera que tu vayas, pelota, donde quiera que te metas, pelota...*

A inicios de los años cincuenta, la revista *Carteles* reprodujo una entrevista a Lorenzo Hierrezuelo, integrante del legendario dúo Los Compadres, quien se encontraba en un palco preferencial del gran estadio del Cerro, en espera del inicio del primer desafío de la pelota

477 Este tema pertenece al disco *Cubano por donde tú quieras*, del año 2013.

478 Eladio Secades: “El cubano y el base ball”, en Víctor Muñoz: *Base Ball. Fundamentos, técnica, estrategia*, Editorial Martí, Habana, 1947, pp. 6-7.

invernal entre leones del Habana y tigres de Marianao. Allí Hierrezuelo se confesó almendarista “desde siempre” y además reveló que: “Tanto me gustaba la pelota que quería serlo todo, jugué de pitcher y de catcher”.⁴⁷⁹ Hierrezuelo, además, hizo votos por la victoria de los alacranes en el campeonato de 1950-1951, pero la realidad fue que ese año ganaron los rojos habanistas guiados por Miguel Ángel González, a los que el violinista Rodrigo Prats había dedicado en los años veinte su danzón Club Habana⁴⁸⁰ y Carlos M. Hernández en 1944 el danzón para piano Habana campeón.⁴⁸¹ Otro danzón, de Avelino Ceballos, también llevó el título de Club Habana.⁴⁸²

Inspirado en la porfía entre rojos y azules, que databa del siglo XIX, el gran pianista Antonio María Romeu y el compositor y director de orquesta Obdulio Morales compusieron dos piezas de título idéntico: Habana y Almendares.⁴⁸³ El tresero y guitarrista Senén Suárez también compuso una obra de inconfundible título beisbolero: Ahí viene la bola.⁴⁸⁴ El gran estadio del Cerro inspiró a la compositora y pianista Coralía López Valdés, que compuso una obra de igual título.⁴⁸⁵ Y el inolvidable músico popular Benito Antonio Fernández Ortiz (*Ñico Saquito*) utilizó al pelotero Alberto *Sagüita* Hernández como pretexto para su guaracha picaresca *Sagüita al bate* de 1947,⁴⁸⁶ cuya letra reza:

*Si no es Silverio, si no es Facundo
si no es la luna ahora que será
ahora es Sagüita que me trae loca
Loca a mi negrita, loca rematá*

479 “Entrevistas en el Estadio”, *Carteles*, La Habana, 10 de diciembre de 1950.

480 Radamés Giro: *Diccionario enciclopédico de la música cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2007, t. 3, p. 259.

481 Cortesía de Emilio Cueto.

482 *Centenario del danzón*, La Habana, Museo de la Música, 1979, p. 29. Cortesía de Emilio Cueto.

483 Radamés Giro: ob. cit., t. 3, p. 129 y t. 4, p. 86.

484 *Ibidem*, ob. cit., t. 4, p. 174.

485 *Ibidem*, ob. cit., t. 3, p. 38.

486 La temporada de 1946-1947, ganada en un final épico por el club Almendares, se recuerda como una de las más notables del béisbol cubano profesional. *Sagüita* militó ese año con el club derrotado, los Leones del Habana, donde bateó para 248, con dos jonrones, siete dobles y 21 carreras impulsadas.

*Ahora en la noche se va pa' la pelota
y yo de mentecato cuidando a los perros
espantando a los gatos
y cuando llega al cuarto ya es de madrugada*

*A esa hora se pone a la maldita
a contarme los tubeyes a contarme los tribeyes
a contarme los jonrones y cuchi cuchi cuchi
y tengo que decirle ta bueno de Sagüita que barbaridad*

Ta' bueno ya, no me hables más de pelota

[...]

*Cuando se murió Dolores murió siendo señorita
murió sin tener amores
cero hits cero carreras cero errores
y cuchi cuchi cuchi*

*y tengo que decirle ta bueno de Sagüita que barbaridad
Ta' bueno ya no me hables más de pelota
Ya, ya, ya.⁴⁸⁷*

Entre los números de homenaje a la figura del pelotero se destaca el son *Jugando a la pelota*, perteneciente al repertorio de la Orquesta Aragón: *si quieres jugar conmigo, tienes que darle a la bola... si no bateas no juegas... la pelota se va, la pelota se va, la pelota se va...*⁴⁸⁸ En el estribillo de esta canción se señalan a importantes figuras del béisbol revolucionario, como Agustín Marquetti, Víctor Mesa, Juan Padilla, Orestes Kindelán y Omar *el Niño* Linares. En el caso de Marquetti, autor de dos de los jonrones más dramáticos del béisbol cubano (Nicaragua, 1972 y Estadio Latinoamericano, 1986), su pasión por la música lo llevó a integrar en su juventud una orquesta de su pueblo natal, llamada La Ideal de Alquizar, donde tocaba el guayo, timbales, sartenes y bongó. Según cuenta: “Cuando llegaban los carnavales, era el primer en arrollar en una conga, me hubiese gustado ser músico, pero la pelota era más fuerte que todo”.⁴⁸⁹ Sin embargo, mientras

487 Cortesía del doctor Guillermo Rodríguez Rivera.

488 *Jugando a la pelota* / (Orlando Pérez-Luis Emilio Ríos), Septiembre 11, 1990 [16846], Fonoteca de Radio Progreso. Ver: Gaspar Marrero: ob. cit., p. 270.

489 Dulce M. Sotolongo: *Agustín Marquetti. Número 40*, Ediciones Extramuros, La Habana, 2008, p. 31.

entrenaba, Marquetti no podía reprimir las ganas de bailar el popular Mozambique de Pello el Afrokán en los jardines del estadio, lo que provocó la reprimenda del manager José Ramón Carneado.⁴⁹⁰ El trovador Silvio Rodríguez confesó alguna vez que entre las cosas que le gustaría dejar guardadas en una fotografía del planeta Tierra estaría "...un batazo de Marquetti".⁴⁹¹

La mención de jugadores destacados de diferentes épocas también es manifiesta en la letra de El cucalambé de los peloteros, original de José Luis Cortés, líder de NG La Banda, y en otras muchas composiciones ocasionales, como en el estribillo de la Orquesta Aliamén en 1983, que homenajeaba a la superestrella del equipo Villa Clara que conquistó ese año el campeonato nacional: ...*pelotero de pies a cabeza, no hay ninguno como Víctor Mesa*. Del estelar center field villaclareño se sabe que una vez quiso ser músico y cantar en la popular orquesta Van Van, al extremo de decir a un amigo: "si Formell me llama, dejo todo esto".⁴⁹² Su deseo nunca se materializó, entre otras cosas porque poseía pocas virtudes como intérprete, pero en cambio forjó una sólida amistad con el excantante de Van Van, Pedrito Calvo, quien ha confesado lo siguiente:

Lo conocí en Sagua la Grande cuando daba sus primeros pasos en los juveniles. Yo iba a cantar con los Van Van y él era punto fijo allí. Siempre fue muy especial y cariñoso conmigo, y con los demás músicos de la orquesta. Le regalé un sombrero autografiado y luego tuve que pedirselo prestado, porque el mío se me perdió. Aún no se lo he devuelto, pero ese sombrero tiene nombre y apellido, y un número en la copa: 32. Víctor escoge sus amistades y estoy muy orgulloso de estar entre ellas. [...]

Víctor le mete al canto, tararea los números de las orquestas que le gustan. Fui a su retiro porque me invitó y porque es mi amigo y mi hermano, y además nos parecemos mucho físicamente. Y

490 Ídem, p. 37.

491 Víctor Casaus y Luis Rogelio Noguerras: *Silvio: que levante la mano la guitarra*, Editorial Letras Cubanas y Ediciones La Memoria, La Habana, 2006, p. 211.

492 José Antonio Fulgueiras: *Víctor Mesa. El béisbol en vida*, Editorial Deportes, La Habana [s/f], p. 66.

si quiere comprobarlo, ponle un sombrero y un bigote, sácalo a escena y que cante: “El negro no tiene ná, caballero...”⁴⁹³

El gran pelotero del equipo Las Tunas, Osmani Urrutia, célebre por sus cuatro coronas consecutivas de bateo sobre .400 (2001:431; 2002:408; 2003:421 y 2004:469), recibió el homenaje del grupo Barricada con la canción El señor de los 400. La pieza fue estrenada el 26 de marzo de 2005 en el Juego de las Estrellas de la 44 Serie Nacional, celebrado en el estadio tunero Julio Antonio Mella.

Existen canciones que enfatizan no las figuras individuales del deporte, sino a un equipo cubano de béisbol, y donde el estribillo expresa la tradicional calidad de estos conjuntos. Aquí se destaca Béisbolito Triple A, de la Orquesta Cosmopolita, que recrea la aspiración de los Cuban Sugar Kings en la década del cincuenta, de ascender de la Liga Internacional (Triple A) a las Grandes Ligas, simbolizado en el famoso slogan: “Un paso más y llegamos”. Esta popular novena, dirigida en 1959 por Pedro Preston Gómez, logró ganar de manera espectacular la llamada “Pequeña Serie Mundial”, derrotando en una Habana enardecida por el triunfo revolucionario al *team* Millers de Minneapolis.⁴⁹⁴

Otros conjuntos de la última etapa también aparecen en estribillos de canciones, como Santiago de Cuba o Villa Clara, pero quizás uno de los temas más interesantes, por la reflexión que propone, es la balada que le dedicó el dúo Buenafé al equipo Industriales, representante histórico de la capital, titulada Soñar en azul, del año 2003: *...desborda un torrente de cruel ofensiva, o queda atrapado en un juego de strikes, será que el béisbol se parece a la vida, será que sin él no podemos soñar...*⁴⁹⁵ El otro equipo de La Habana, los gladiadores de Metropo-

493 Ídem, p. 67.

494 Creado por el empresario Bobby Maduro en 1954, los Cuban Sugar Kings eran una sucursal del equipo de Grandes Ligas Cincinnati Reds. Su popularidad era tal en ese momento, que en conferencia de prensa ofrecida en Nueva York, el 22 de abril de 1959, el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, Fidel Castro, afirmó: “Los cubanos no quieren que los Cuban Sugar Kings se vayan de Cuba. Nosotros queremos que se queden en Cuba y lo que es más, queremos tener un equipo de Grandes Ligas”. *Resumen de un viaje*, Editorial Lex, La Habana, 1960, p. 112.

495 El equipo Industriales es quizás al que más canciones se le han dedicado en los últimos tiempos: Chicos del Este, Industriales; Complot

litanos, también tiene una canción en tiempo de hip hop, cantada por el grupo Incógnita en las calles, que le recuerda a los azules: *...ay, que sería de ti sin mí* y fantasea con un posible campeonato para el segundo conjunto de la capital. El trío vocal Mezcla Latina estrenó en el inicio de la 51 Serie Nacional, el 27 de noviembre de 2011, su tema: Tsunami pinareño.

Referido a la selección nacional de pelota en la etapa revolucionaria, sempiterna ganadora en eventos internacionales de carácter amateur, es el son Aquí cualquiera batea, de R. Delgado y Edgar Hernández, en la interpretación del Conjunto Casino: *A la selección cubana, van seguro los mejores, peloteros bateadores, que a la bola dan con ganas, no tengas miedo pitchea, que aquí cualquiera batea...mírala como levanta...es un equipo para ver triunfar...* También en la cuerda de exaltar el sentimiento nacionalista del béisbol cubano es el tema Al mundial de pelota, difundido por la Orquesta Aragón, que hacía alusión a la posible ausencia del equipo estadounidense a uno de los mundiales de pelota celebrados en La Habana a inicios de la década del setenta.⁴⁹⁶ Más reciente es el tema que NG La Banda consagró al I Clásico Mundial de Béisbol celebrado en marzo de 2006: *Prepárate pa lo que viene, que lo que traigo es candela, un jonrón de Paret, con las bases llenas...Cuba está preparado, para ser campeón.* De esta misma agrupación, una de las más prolíficas en creaciones béisboleras, es un tema que reprocha las actitudes negativas en los terrenos de pelota y que se titula No en mi estadio.

Después de 1959 el béisbol se democratizó y se difundió su práctica en decenas de modernos estadios construidos por la Revolución en todas las provincias. Además se generalizaron las transmisiones del béisbol por la radio y la televisión, y la Orquesta Maravillas de Florida dio cuenta del fanatismo multiplicado por las entregas televisivas de béisbol en el tema Por la TV la pelota, original de Pedro Vázquez; mientras que los Van Van ilustraron en un songo de César Pedroso el cambio ofensivo que se produjo con la introducción del bate de aluminio en lugar de la tradicional madera: *Con el bate de aluminio, no hay quien aguante a Muñoz, ni cojan a Capiró, Cheíto viene de adelante, a darle línea a cualquiera, Medina si que la bota...*

G, Industriales en escena; Los Ángeles de La Habana, Soy tu campeón y Francis del Río, Industriales.

496 Al mundial de pelota / (Rafael Velázquez Pantoja-Arr. Rafael Lay), 1971 [313]. Ver: Gaspar Marrero: ob. cit., p. 266.

Por último, hay algunas grabaciones radiales de alto valor histórico, en el sentido de que dejaron registrados en ellas diálogos improvisados entre cantantes de orquestas, comentaristas deportivos y peloteros. Tal es el caso del programa “Saludo Musical Don Q.”, de Puerto Rico, que patrocinaba la firma de bebidas de igual nombre. En una emisión de los años cuarenta quedó impreso el chispeante diálogo entre Roberto Faz y Roberto Espí, cantantes de la Orquesta Casino, con los peloteros cubanos Cabrerita, Virgilio Arteaga y Raúl Díaz, quienes se encontraban en Borinquen para una serie entre los equipos de Cuba y Puerto Rico. En otra grabación de 1972 en los estudios de Radio Progreso, aparece el cronista, narrador deportivo y compositor Rubén Rodríguez, quien describe una jugada imaginaria donde participan los boleristas Tejedor y Luis, y los integrantes del Conjunto Musicuba, quienes interpretan la guaracha de Juan González Lamas titulada Pásame la pelota.⁴⁹⁷

Despidámonos, pues, entre acordes y jonrones, de este acercamiento al universo de la cultura cubana en dos de sus manifestaciones más trascendentes: la música y el béisbol. Y hagámoslo con la certeza de que vendrán muchas canciones que hablarán de las hazañas en los diamantes, y que las nuevas generaciones de peloteros, compositores y cantantes, también se darán la mano y compartirán juntos alegrías y tristezas, como lo hicieron sus inmortales antecesores: Valenzuela, Faílde, Arcaño, Portuondo, Sirique, Luque, Dihígo, Miñoso, Silvio García, Matamoros, Jorrín, La Aragón, Benny Moré, Roberto Faz, Marquetti, Muñoz, Cheíto, Kindelán, Pacheco, Linares, Germán, Víctor Mesa y los inefables Van Van, quienes nos dejaron este estribillo para la historia: *Que yo no quiero discutir, de pelota, que yo no quiero discutir, no me interesa quien la bota, que yo no quiero discutir...*

La Habana, noviembre 2013

497 Agradezco esta información, así como la posibilidad de obtener copias de estas grabaciones, al amigo y gran investigador de la música cubana Gaspar Marrero.

EL BÉISBOL EN LA LITERATURA CUBANA

Para Norberto Codina

*...Sin embargo, de pitcher, con un escón de ponches
y un juego (aunque ya es mucho pedir) de cerojitcero-
carrera, ¡qué apoteósico tumulto!*

Viva y Viva.

Pero sí.

A soñar, compañeros.

Esperar, esperemos

Al poeta completo.

*Buen brazo, buenas tardes y curvas, buenas y curvas
tardes, velocidad, control.*

Y algún soneto

NICOLÁS GUILLÉN⁴⁹⁸

El béisbol, pelota “americana” o simplemente, el juego de pelota, es el deporte preferido de los cubanos desde el último tercio del siglo XIX, y constituye, en el proceso de construcción de la identidad nacional y el imaginario nacionalista, un elemento de incuestionable valor metafórico. La pelota fue escenario de luchas alegóricas contra los deportes importados de España, como las corridas de toros, en tanto afirmación de virilidad, civilización y salud de los cuerpos; su enorme capacidad asociativa, en equipos amateurs o clubes profesionales organizados, amplió y dinamizó la sociedad civil decimonónica, incluyendo también a los jugadores negros y mestizos, y fue un espacio por excelencia para el ascenso social de los humildes, el reconocimiento público y las acumulaciones de lo que Pierre Bourdieu llama “capital simbólico”, es decir, llegar a ser conocido, famoso, admirado, querido, conformando toda una mística popular alrededor de sus practicantes.⁴⁹⁹

498 Nicolás Guillén: “Epigramas, XXXI”, *Obra poética*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2011, t. II, p. 259.

499 Pierre Bourdieu: *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 316 y ss.

Un fenómeno social de esta naturaleza, cuya riqueza como territorio privilegiado de la cultura cubana apenas comienza a ser estudiado,⁵⁰⁰ más allá de las biografías a los héroes individuales del deporte,⁵⁰¹ dejó toda una estela en la literatura cubana del siglo XIX, imprimiendo sus huella en poemas, canciones, cuadros costumbristas y obras de teatro bufo como en los casos de Ignacio Sarachaga y Raimundo Cabrera.⁵⁰² De igual manera, con el país inundado literalmente de equipos, la pelota contó con un creciente aparato de propaganda para su difusión en gran escala y entre los periodistas y gacetilleros que comentaron los partidos y desarrollos del novedoso juego estuvieron el poeta modernista Julián del Casal, quien reseña para la prensa el primer libro sobre béisbol y Bonifacio Byrne, quien desde Matanzas dirigía un periódico sobre béisbol.⁵⁰³ Por si no fuera suficiente, la primera historia del juego fue concebida por un pelotero de talento que luego se dedicaría a las letras con desigual fortuna.⁵⁰⁴

Con la llegada de la República, el béisbol adquirió también su carta de ciudadanía plena, gracias al aval patriótico de los jugadores que cayeron en la lucha anticolonial, los que murieron en presidio, como el célebre Emilio Sabourín y con el regreso de los clubes de la emigración en suelo mexicano y estadounidense, que mantuvieron sus campeonatos durante la guerra y contribuyeron a enlazar el deporte entre la Isla y ambas orillas de los estrechos de la Florida y Yucatán. Ya en la segunda década republicana una revista conservadora como *Cuba Contemporánea* se hacía eco del entusiasmo beisbolero, y

500 Fundamentalmente en los casos de Roberto González Echevarría, *The Pride of Havana. A History of Cuban Baseball*. New York/Oxford, Oxford University Press, 1999 y Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, New York, The Ecco Press, 1999.

501 Un buen ejemplo lo es el libro de Severo Nieto: *Conrado Marrero, el Premier*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2000.

502 Ignacio Sarachaga y José M. Quintana: *Habana y Almendares, o los efectos del béisbol*, Imprenta La Moderna, Habana, 1892 y Raimundo Cabrera, *¡Vapor Correo!*, Habana, Imprenta El Retiro, 1888.

503 Julián del Casal: "El Base Ball en Cuba", en *La Discusión*, Habana, 28 de noviembre de 1889. Se trata de un artículo para elogiar la aparición del libro de Wenceslao Gálvez. Menos conocido es que Bonifacio Byrne dirigió en la década del ochenta del siglo XIX un semanario deportivo en Matanzas, *El Bat*, que era parcial del club Progreso.

504 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 18.

lo destacaba como favorable al imaginario nacionalista, y uno de sus intelectuales más destacados, José Sixto de Sola, calificaba los triunfos de las novenas criollas, con los negros Méndez, Torriente y Pedroso, sobre sus similares norteñas, como de indudable valor “patriótico y sociológico”.⁵⁰⁵ Simultáneamente, los jugadores cubanos blancos comenzaban a hacer historia en el béisbol de las llamadas Grandes Ligas, con los pioneros Rafael Almeida y Armando Marsans, a los que seguirían dos mitos de la pelota cubana de la primera mitad del siglo: el pitcher Adolfo Luque y el receptor Miguel Ángel González.

A pesar de estos triunfos, a la altura de 1920, cuando Cristóbal Torriente le pegaba jonrones a un lanzador llamado Babe Ruth, y José de la Caridad Méndez, *el Diamante Negro*, le colgaba 45 escones consecutivos a equipos norteamericanos, las referencias al béisbol, como la hecha por Carlos Loveira en su novela más conocida: *Generales y doctores*, es extemporánea y todavía deudora del siglo XIX,⁵⁰⁶ cuando las damas criollas desafiaban el poder colonial aplaudiendo hasta el delirio en las glorietas a los ídolos del Habana y Almendares, y prevalecía el ideal positivista y aristocrático de la distinción y la higiene del cuerpo como principales alicientes del juego.⁵⁰⁷ Otro escritor cubano de principios de siglo, José Antonio Ramos, había colocado al jugador de pelota en una lista bastante desfavorable de la mala vida republicana, junto al político venal, el guapo de barrio, el chantajista, el ladrón, etc, lamentándose de que “...un *sportsman*, si es ajedrecista, billarista o sablista, es un héroe nacional. De un jugador de pelota que haya dado ‘el palo de la tarde’, de ese ya no hablemos: es un semidiós”.⁵⁰⁸

505 José Sixto de Sola: “El deporte como factor patriótico y sociológico. Las grandes figuras deportivas de Cuba”, en *Cuba Contemporánea*, Habana, año II, t. V, vol. 2, junio de 1914.

506 Carlos Loveira: *Generales y doctores*, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1920.

507 Enrique José Varona: “El Base Ball en La Habana”, *Revista Cubana. Periódico Mensual de Ciencias, Filosofía, Literatura y Bellas Artes*, Habana, Establecimiento Tipográfico de Soler, Álvarez y Cía., t. VI, 1887 y Benjamín de Céspedes: “Carta Prólogo”, en Wenceslao Gálvez y Delmonte: ob. cit.

508 José Antonio Ramos: *Humberto Fabra*, Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 336. (1ra. edición, 1908).

En las páginas que siguen, intentaremos dar una visión integradora del fenómeno de la recepción o reflejo del béisbol en algunos creadores cubanos del siglo republicano, desde clásicos como Carpentier, Guillén o Lezama, pasando por otros que no se dedicaron principalmente a la literatura como Roa o Pablo de la Torriente, hasta poetas y narradores más recientes de diversas promociones y escuelas. Por tal motivo no hemos ceñido nuestra indagación solo a textos estrictamente de ficción, sino a la mayor diversidad posible de discursos, incluyendo crónicas periodísticas, memorias, cartas, entrevistas, ensayos y poemas. La lista de autores tampoco pretende ser exhaustiva, aunque sí representativa de las recepciones, influencias y emociones despertadas por la pelota en los creadores cubanos del siglo xx, sin que esta complicidad entre béisbol y literatura pueda ser considerada inferior a la prevaleciente en la centuria anterior.

I

En 1933, año de la caída de Gerardo Machado y epicentro de la llamada Revolución del treinta, no se celebró el campeonato profesional de invierno producto de la crisis de gobernabilidad imperante y de las acciones colectivas de los cubanos contra el dictador, pero seguramente se jugó pelota en las pequeñas ligas amateurs y en los innumerables circuitos azucareros. Ese año fue publicada en Madrid la primera novela de Alejo Carpentier: *¡Ecue-Yamba-O!*,⁵⁰⁹ en cuyo texto, “maldito” luego por su autor, aparece una descripción bastante fiel del ambiente de la pelota que se jugaba en las zonas rurales del país, y específicamente, en los ingenios y bateyes azucareros. En el ingenio San Lucio, donde se desarrolla la vida de la familia Cué, personajes de la novela, junto al coloso productor de azúcar y los barracones de inmigrantes, hay un descuidado terreno de pelota “feudo de la novena local”, que “...mostraba su trazado euclidiano invadido por los guizazos” y se podía distinguir un “zapato clavado en el home”.⁵¹⁰ El abandono del terreno puede ser una metáfora de la crisis económica cubana, agudizada por la caída de los precios del azúcar, pero no deja de ser un lugar importante, pues allí tienen lugar las hazañas

509 Alejo Carpentier: *¡Ecue-Yamba-O!*, Editorial Colibrí, España, Madrid, 1933. En la cubierta aparece como “Novela afrocubana”.

510 Ídem, p. 11.

de Antonio, primo de Menegildo, el protagonista de la obra, quien es un gran jugador del equipo Panteras de La Loma, vencedor del equipo local propinándole nueve ceros. Además de un rápido corredor y buen short stop, Antonio es ñañigo, músico (marimbulero) y participa del negocio politiquero de la época. Clásico “vividor” de la etapa republicana, cínico, charlatán y oportunista, preso por raptar a una mujer, es su habilidad para jugar pelota la única virtud que el autor le concede al personaje que: “... había dado el batazo de la tarde, deslizándose sobre el *home* con gran estilo, después de recorrer el diamante en doce segundos”.⁵¹¹

En la propia novela hay una alusión a un célebre músico ñañigo, también marimbulero y buen bailarín, Papá Montero, quien comparte con Antonio numerosas analogías, a la que habría que agregar la del béisbol a través de la figura de Adolfo Luque, bautizado por la afición criolla con el sobrenombre de aquel a quien llamaba la canción “canalla rumbero”. Además, el béisbol le sirve a Carpentier para introducir el tema de la crisis del modelo político republicano, plagado de corrupción, fraudes y clientelismo, en la conversación que sostienen Antonio y Menegildo en un bar, celebrando los triunfos del primo pelotero: “después de comentarse hasta la saciedad una formidable “sacada en primera” y la *cubba* del pitcher que logró “ponchar” al mejor bateador del central, la conversación derivó hacia la política. Había quien votara por el Gallo y el Arado. Otros confiaban en Liborio y la Estrella, o en el Partido de la Cotorra (...) Una peseta gigantesca, una bañadera cuya agua “salpicaba” plateado, un látigo o un par de timbales, simbolizaban gráficamente a los futuros primeros magistrados, con lenguaje de jeroglífico”.⁵¹² Finalmente, como ha señalado con agudeza un gran estudioso de la obra carpenteriana, en este arquetipo de Antonio: “...music and baseball meet as restricted practices where craft and craftiness coalesce to produce profitable spectacles. It is in this fringe that sugar mill, semipro, and professional baseball converged”.⁵¹³

Como colofón a este breve análisis del béisbol en la obra carpenteriana, reproduzco un fragmento de un texto que el novelista publicó en la revista *Bohemia* a finales de la década del sesenta bajo el título

511 Ídem, p. 121.

512 Ídem, p. 125.

513 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 201.

“Deporte es cultura” y donde el escritor inserta, dentro de un conjunto de citas eruditas acerca de los deportes en la literatura universal, el testimonio de su pasión por la pelota en su infancia, enfatizando en lo que denomina “la cultura de la pelota”:

Personalmente, desde hacía tiempo estaba yo jugando una base en la novena del Cotorro, novena maniguera, que, un día memorable, puso nueve ceros en la pizarra de la Western Union, que había venido a desafiarnos después de un reto lanzado por la prensa. “Bueno... pero es que ustedes son cargadores de sacos” –me dijo, dolido por su derrota de lanzador, un pálido oficinista. Yo no era cargador de sacos, aunque lo fueran muchos de mis compañeros de novena, porque tal no era mi oficio. En aquellos días leía *Los orígenes del cristianismo* de Ernest Renán, en una edición de once tomos. Pero esto no me impedía interesarme por la *cultura de la pelota*.⁵¹⁴

II

Un escritor singular dentro de su generación fue Pablo de la Torriente Brau. De él es casi un lugar común afirmar su atracción por los deportes, que practicó desde su adolescencia (entre otros, fue un excelente portero de fútbol rugby) y que luego formaron parte de sus temas preferidos como articulista. Entre los que más disfrutó estuvo sin dudas el béisbol, tanto en Cuba, donde improvisaba “reñidos” partidos en la azotea de la casa de don Fernando Ortiz, como en su exilio neoyorkino, desde donde escribió sendas crónicas para las revistas habaneras *Carteles* y *Bohemia*, que contaban ambas con excelentes páginas deportivas. Estos textos están dedicados a reseñar la construcción de un estadio con capital cubano en la Babel de Hierro, y destacan las posibilidades que esto abría “para la lucha y el triunfo de los atletas cubanos de esforzado corazón”.

La primera crónica, de abril de 1935, la tituló “Dyckman Oval: meta para los atletas cubanos” y en ella es visible el orgullo de Pablo por tres razones que tienen que ver con Cuba: la calidad del nuevo terreno, que afirma “Será tan grande y tan bueno como el propio *stadium* de la Universidad de La Habana”; por el hecho de que en su inauguración jugaría un equipo con peloteros cubanos negros, el New York

514 Ídem, p. 281.

Cubans, perteneciente a la National Association of Negro Baseball Clubs, y que la iniciativa de su construcción fuera de un empresario cubano, Alejandro Pompey. Al citado club, compuesto también por norteamericanos negros, Pablo no le escatima elogios: "...tiene el *team* una pujanza extraordinaria en el *batting*, en el *pitching*, y en el *fielding*. Y en cuanto a estampa, casi puede asegurarse que ningún otro *team*, ni siquiera en las Mayores, podrá comparársele. Tiene un promedio de peso de 174 libras y otro de estatura de 5 pies y 11 pulgadas. Es un verdadero *team* de gigantes. Martín Dihigo, tan alto como el campeón del mundo de boxeo, será el capitán de una novena cubana que se dará el pisto de vestir uniformes tan lujosos como los que visten los más conspicuos *teams* de las Grandes Ligas..."⁵¹⁵

Un año después, Pablo remite a *Bohemia* una versión modificada y ampliada de la crónica anterior, que no fue publicada en *Carteles*, titulándola ahora "Un Polo Groud cubano en New York". Aquí la prosa es más literaria, humorística y flexible, como es de notar en la descripción del estadio y de las medidas del terreno:

Allí, cuando un bateador "decide" dar un *home run*, tiene que botar la pelota a más de 365 pies por el *right field* y a más de 500 por el *lef*... Allí, Babe Ruth, retirado ya entonces, a fines de la temporada que pasó, en una práctica botó a la calle catorce pelotas consecutivamente... Allí, en las gradas, se hablan todos los idiomas de Nueva York, es decir, del mundo, y en el terreno se confunden jugadores blancos y negros, como en Cuba. De vez en cuando, de los altoparlantes desagua un sabroso son bien bongosero, mientras en las cornisas del *stadium*, alternando, flotan, la bandera de Cuba y la bandera que algún día tendrá Puerto Rico.⁵¹⁶

En esa misma narración Pablo da cuenta de las múltiples habilidades del empresario Pompey para lograr que su negocio triunfara en Nueva York, dotando a su estadio de un sistema de alumbrado eficiente, haciéndolo polifuncional y gastándose gruesas sumas en contratar a los mejores jugadores, dinero salido de las inversiones

515 Pablo de la Torriente Brau: "Dyckman Oval: meta para los atletas cubanos", *El Periodista Pablo. Crónicas y otros textos (1930-1936)*, Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 314-318.

516 Pablo de la Torriente Brau: "Un Polo Ground Cubano en New York", *Ídem*, p. 358.

en bienes raíces,⁵¹⁷ que han convertido al cubano “...de promotor de novenas volantes a propietario de terrenos, a opulento señor de Harlem, con máquina nueva cada año y ropa de corte inglés”. Sin embargo, el énfasis del artículo descansa en la mística del gran pasatiempo americano, y en el deseo de Pablo de que los New York Cubans de 1936 ganaran el campeonato que no pudieron alcanzar la temporada anterior. La nómina de este equipo era impresionante y el cronista se complace en dibujarla para sus lectores:

...la famosa batería Brewer & Young, considerada tan buena que si fuera blanca no habría casi dinero para comprarla (..). Bragaña, el pitcher cubano del Aztecas de México, y el dominicano Vargas, a quien los fanáticos llaman Tetelo, que será una indiscutible atracción de taquilla, ya que se le anuncia como el humano más veloz del diamante. Y aparte de estas cosas nuevas, la gruesa y tremenda artillería de Tiant, Salazar, Oms, Correa, Silvio Guerra, Santaella, el dominicano Martínez y los americanos Stanley, Thomas, Spierman, Duncan y Taylor, y como capitán el gran Dihígo cuya inverosímil versatilidad como jugador, cuya capacidad lo mismo para tomar el lugar del *cácher* o *pitcher*, o jugar cualquier posición del cuadro o de los files, maravilla tanto a los americanos como su poderoso brazo o su omnipotente *batting*.⁵¹⁸

Por supuesto que las esperanzas de Pablo estaban fundadas, pues la fama de Dihígo como manager se había acrecentado en estos años por sus dos campeonatos consecutivos, 1935 y 1936, en el evento profesional cubano, con el Santa Clara y el Marianao respectivamente. Menos conocida que estos dos artículos es una extensa carta, de tema eminentemente béisbolero, que Pablo dirige en mayo de 1935 al doctor Jesús de la Carrera y Fuentes. Esta misiva está repleta de datos sobre varios partidos, analizando las jugadas y burlándose

517 Esta es la explicación que ofrece Pablo de los orígenes de la fortuna de Pompez, pero según Roberto González Echevarría, en comunicación personal al autor “Alejandro Pompez era un magnate de la bolita en Nueva York, que tuvo que ausentarse de los Estados Unidos por un tiempo para evitar ser procesado”.

518 Pablo de la Torriente Brau: “Un Polo Ground Cubano en New York”, ob. cit., p. 361.

con sano humor de sí mismo, con frío y sin dinero, disfrutando los lanzamientos de Vernon Gómez y los batazos de Babe Ruth en el Yankee Stadium. Pero lo más interesante quizás sea la descripción del último juego en que participó Adolfo Luque en las Grandes Ligas, narrado con un aliento casi cinematográfico y con admiración por el gran jugador, a pesar de no compartir sus posiciones políticas:

...lo más estupendo del juego fue el trabajo de Luque. Yo no le tengo simpatías porque fue machadista, pero ante el pitcher hay que quitarse el sombrero y hasta la cabeza si es necesario. El Boston había desprestigiado a dos pitchers y, con un home run y sin ningún out, empató el juego en el noveno. Entonces Terry llamó a Luque y comenzaron los comentarios de que ya estaba viejo... Fueron tres innings espeluznantes (...) y en el oncenno, que fue cuando se decidió el asunto, Luque, que había ponchado a su pitcher, fue puesto en dos strikes, pero acordándose de que había sido en sus buenos tiempos un bateador de respeto, empujó una magnífica línea al right. Entonces fue sustituido por un corredor más ágil y vino el toque de plancha, el hombre en segunda y Ott terminó el juego con un hit al right. Luque fue ovacionado por su trabajo, que fue perfecto y temerario, y al día siguiente los periódicos todos hablaron de él y se recordó que había sido elegido por no se quién como uno de los seis pitchers más grandes del *base ball*.⁵¹⁹

III

La década del cuarenta fue una época dorada de la pelota cubana en sus dos grandes circuitos: el profesional y el amateur. Del primero se recuerdan los formidables duelos entre el Habana dirigido por Miguel Ángel González y el Almendares comandado por Adolfo Luque, mientras que del segundo es imprescindible hablar de las series mundiales de béisbol aficionado que se jugaron en La Tropical, con enorme rivalidad entre los equipos participantes. Ambas organizaciones estaban repletas de talentos establecidos y jóvenes promesas: Conrado Marrero, Natilla Jiménez, Cocaína García, Catayo González,

519 Pablo de la Torriente Brau: *Cartas cruzadas*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 85.

Limonar Martínez, Quilla Valdés, Héctor Rodríguez, Perico Formental, Santos Amaro, Silvio García, Roberto Ortiz, Roberto Estalella, Regino Otero, Orestes Miñoso... mientras que entre los profesionales brillaban también las estrellas de las Grandes Ligas y de la pelota mexicana. Un hecho que marcó la etapa fue la construcción en 1946 del gran estadio del Cerro, convertido a partir de entonces en la Meca del pasatiempo nacional de los cubanos.⁵²⁰

Por esta época de gran fervor beisbolero, José Lezama Lima, reconocido ya como poeta y autor de eruditos ensayos, escribía en las páginas del *Diario de la Marina* reseñas de temática diversa, sobre sucesos, personajes o lugares habaneros. En algunos de estos pasajes Lezama reparó en la enorme pasión que despertaba el campeonato de pelota invernal entre los habaneros, al extremo de exclamar frases como esta: “La nuestra es una ciudad que se emociona más con un jonrón de Roberto Ortiz, con la perspectiva de recibir a ‘María Bonita’ o con una ‘múcura’ bien sonada, que con el empréstito de los doscientos mil millones, el tanto de sus intereses y la administración de ese torrente de ‘kilos’”.⁵²¹

Pero las notas de Lezama iban mucho más allá de percepciones impresionistas, y en otro texto, fechado el 19 de octubre de 1949, se extiende en el análisis de las particularidades del campeonato de 1949-1950. En las primeras líneas constata el creciente entusiasmo beisbolero de la capital: “Sí, señor. El béisbol es uno de los grandes amores de La Habana. Un dinámico fanatismo en el que al capital no concede alternativa a ninguna otra localidad cubana. La emoción del campeonato que se está jugando ahora es tan intensa como en los años recientes, pero mucho más compleja y bastante alarmada”.⁵²² Luego se detiene en las tensiones del béisbol profesional cubano con relación a las Grandes Ligas, resuelta parcialmente con el pacto que permitía la contratación en el torneo invernal de jugadores de Triple A y Mayores con poca experiencia, así como autorizaba la participa-

520 El estadio del Cerro fue construido a un costo de dos millones de pesos y su inauguración se produjo con un juego entre los equipos de Cienfuegos y Almendares, el 26 de octubre de 1946. Su capacidad total era de alrededor de treinta mil personas.

521 José Lezama Lima: *Revelaciones de mi fiel Habana*, comp. y notas de Carlos Espinosa Domínguez, Ediciones Unión, La Habana, 2010, p. 59.

522 Ídem, p. 53.

ción de cubanos que jugaban en Grandes Ligas, aunque sus equipos conservaban la prerrogativa de negarles el permiso. Esta situación hace exclamar a Lezama: “¡Después de la tormenta, un campeonato sensacional, asistido de las mejores estrellas cubanas y yanquis de las Grandes Ligas americanas! Un campeonato superior aun a las mejores series cubanas que con tanto orgullo recordamos”.⁵²³ Como una de las principales objeciones para que vinieran a Cuba los peloteros norteros, radicaba en que pudieran sufrir lesiones que afectaran su rendimiento, Lezama abogaba por crear: “...un régimen de vida y una técnica de servicios inobjetables para aquel meticuloso béisbol de tan fabulosas inversiones en artistas merecidamente cuidados como cantantes de ópera”.⁵²⁴ Y concluía el poeta diciendo: “La Habana, fantástica, ama demasiado su béisbol, para resignarse a sufrir en silencio los vacíos que en los clubes actualmente se contemplan, si de nosotros depende el superarlos”.⁵²⁵

Otro texto se refiere al juego de pelota en una prosa metafórica y enigmática, que pocos alcanzarían a identificar con las pasiones desatadas en el moderno y recién estrenado coloso del Cerro. Lezama, con absoluto desprecio por las convenciones del lenguaje al uso por los cronistas de la pelota, hacía una descripción muy personal del juego:

Hay nueve hombres en acecho de la bola de cristal irrompible que vuela por un cuadrado verderol. Esa pequeña esfera representa la unión del mundo griego con el cristiano, la esfera aristotélica y la esfera que se ve en muchos cuadros de pintores bizantinos en las manos del Niño Divino. Los nueve hombres en acecho, después de saborear una droga de Cocolcán, unirán sus destinos a la caída y ruptura de la esfera simbólica. Un hombre provisto de un gran bastón intenta golpear la esfera, pero con la enemiga de los nueve caballeros, vigilantes de la suerte y navegación de la bolilla. Jueces severísimos se reúnen, dictaminan, y se ve después silencioso, a uno de aquellos caballeros defensores abandonar el jardín de los combates. La esfera de cristal en manos de uno de aquellos guerreros, tiene fuerza suma para si se toca con ella el ajeno cuerpo, cincuenta

523 Ídem, pp. 53-54.

524 Ídem, p. 54.

525 Ibídem.

mil hombres de asistencia prorrumpen en gruñidos de alegría o rechazo. Si la esfera de cristal se pierde más allá de los jardines, el caballero de gris con grandes listones verdes, a pasos lentos sigue su marcha, como si tuviese la recompensa de un camino suyo e infinito.⁵²⁶

En el fragmento anterior Lezama “juega” a ser un historiador del futuro que reconstruye para sus contemporáneos “con la ayuda de la lupa, el testimonio histórico, la paleografía y el pacífico y renuente archivero” el espectáculo maravilloso, desde el punto de vista antropológico, de un juego de béisbol. Y lo hace con un lenguaje que parodia a los antiguos cronistas medievales, pues llama a los jugadores “caballeros” o “guerreros”, que buscan su gloria en el duelo y los combates; luego prosigue con una disquisición de orden filosófico, en torno a la esfera como símbolo unitario para diversas culturas del occidente cristiano, y concluye con la descripción metafórica de los protagonistas: el bateador “provisto de un gran bastón”, los jugadores al campo “vigilantes de la suerte y navegación de la bolilla”, los árbitros “jueces severísimos”, la afición delirante (esos cincuenta mil fanáticos superan con creces la capacidad de cualquiera de los pocos estadios existentes entonces), hasta llegar al momento culminante de un juego, con la conexión de un batazo de jonrón. Entonces el guerrero obtiene la misteriosa recompensa “de un camino suyo e infinito”, imagen extraordinaria de la suprema alegría del jonronero.

En este punto debemos decir que Lezama, contra lo que pudiera suponerse, no era una persona que desdeñara el ejercicio físico y en su niñez, como casi todos los cubanos, jugó al béisbol. En una entrevista confesó: “Mi juventud fue muy deportiva. Jugué mucha pelota y llegué a ser un buen *field* de una novena organizada por los muchachos de Prado y Consulado”⁵²⁷ y con su habitual humor contó la siguiente anécdota: “De todos los deportes, mi favorito para jugarlo y verlo jugar era la pelota. Recuerdo que una vez fui a ver un juego entre los equipos Habana y Almendares que se prolongó durante tanto tiempo que la gente se quedó dormida en los asientos. Duró veintiuna entradas y creo que fue uno de los juegos de béisbol

526 Ídem, pp. 42-43.

527 Ciro Bianchi Ross: “Asedio a Lezama Lima”, en José Lezama Lima: *Diarios, 1939-1949/1956-1958*, Ediciones Unión, La Habana, 2001, p. 128.

más largos que se han celebrado en Cuba".⁵²⁸ La derrota definitiva de la práctica deportiva se produjo cuando le surgió al béisbol un contrincante insuperable en la literatura: "Un día en que los amigos vinieron a buscarme para jugar pelota y yo les dije: 'No, hoy no salgo, me voy a quedar leyendo'. Había comenzado a leer *El Banquete* de Platón, y desde ese día la lectura fue mi ejercicio, mi fanatismo más importante".⁵²⁹

Otro miembro del grupo Orígenes, el dramaturgo y cuentista Virgilio Piñera, escribió en 1957 un cuento que tituló "Elíjanme", que nunca incluyó en sus libros publicados. El protagonista, Tomás Escalona, es un vendedor de café arruinado que trata por todos los medios de salvarse de su "caída" personal y laboral. Presa de una situación angustiosa, rayana en la locura, decide entrar en el estadio del Cerro a gritar para desahogarse, y allí participa de una realidad alucinante:

Ya había comenzado el partido. Muy iluminado, todo muy claro me pareció, cuerpos y almas, mujeres hermosas, algunas tocadas con gorras de su equipo favorito. Alcancé a colocarme entre un grupo de gente parada. Enorme expectación. Nada menos que un juego crucial entre el Cienfuegos y el Habana. En el momento de mi llegada reinaba en el *stadium* un silencio de muerte. Las bases estaba llenas y el *pitcher* del Cienfuegos sudaba tinta con situación tan comprometida. Empecé a acumular gritos en el pecho. El hombre que estaba al bate, después de haber dejado pasar dos *strikes*, imprimió terrible impulso a sus brazos y dio un batazo alineado que, desdichadamente, resultó *foul*. Los fanáticos prosiguieron en su silencio de muerte y apenas si un poco de aire angustioso salió de sus pechos, pero yo, que solo aguardaba el disparo de la bola para dar salida a mi dolor, lancé un "ay" atronador. Fue un grito tan insensato, tan poco deportivo, que los fanáticos y hasta los propios jugadores salieron de golpe del mundo brillante y cálido del juego para entrar al mío opaco y helado del descenso. Vi que todos se

528 Ídem, pp. 128-129. El juego de mayor duración en la pelota profesional cubana fue protagonizado por los equipos de Cienfuegos y Marianao, el 2 de diciembre de 1943. Duró 20 innings y fue ganado por el club que representaba a La Perla del Sur, 6 carreras por 5. Como dato curioso, al día siguiente Habana y Almendares sostuvieron un duelo de 18 entradas, sellado con empate de 4 anotaciones por bando.

529 Ibidem.

tambaleaban como si la tierra les faltase bajo los pies, en tanto que el *pitcher* apretaba convulsamente la bola en su mano como si esta quisiera caer hasta el fondo de la tierra. Sin embargo, el umpire, sobreponiéndose a tal consternación deportiva, hizo una seña al *pitcher*. Este, metido aún en mi mundo, arremolinó lánguidamente su brazo y se dispuso a lanzar, pero yo, con miles de gritos en el pecho, veloces y apremiantes, lancé un torrente de ellos que, viniendo a dar en la bola, la hicieron rodar floja y vertical por el campo...⁵³⁰

La situación de climax y absurdo alcanzada con la descripción anterior, la resuelve Piñera con un ademán irónico y desesperanzado, cuando el alterado protagonista señala: "Pero el ardor deportivo es más fuerte que la solidaridad de los hombres. Fui sacado del *stadium* y el Cienfuegos acabó derrotando al Habana".⁵³¹

IV

En Nicolás Guillén, la admiración por el ejercicio físico y por los grandes ídolos del músculo aparece dispersa en toda su obra, y es descollante en los versos de su "Pequeña oda a un negro boxeador cubano" (*Sóngoro Cosongo*, 1931) y en un antológico poema titulado significativamente "Deportes", perteneciente al libro *La paloma de vuelo popular* (1958). En ambos los protagonistas son los grandes boxeadores negros, norteamericanos y cubanos, de las décadas del veinte y el treinta, años de su juventud, y que lograron triunfar en el deporte espectáculo que es el boxeo profesional, a pesar de la discriminación racial y los prejuicios imperantes. En el titulado Deportes también es significativo el homenaje a José Raúl Capablanca, uno de los mayores talentos del ajedrez de todos los tiempos y figura muy querida y admirada, dentro y fuera de la Isla, mientras que el béisbol aparece con una reminiscencia de su niñez, cuando jugaba pelota en los placeres y leía con fervor a Rubén Darío, su numen poético de entonces, disputándole su entrega definitiva la legendaria figura de un gigante de ébano:

*Niño, jugué al béisbol.
Amé a Rubén Darío, es cierto,*

530 Virgilio Piñera: *Cuentos completos*, Ediciones Ateneo, La Habana, 2002, pp. 496-497.

531 *Ibidem*.

*Con sus violentas rosas
Sobre todas las cosas.
El fue mi rey, mi sol.*

*Pero allá en lo más alto de mi sueño
Un sitio puro y verde guardé siempre
Para Méndez, el pitcher – mi otro dueño.⁵³²*

Posterior a este libro es el poemario *Tengo* (1964) escrito al calor de la experiencia revolucionaria de 1959 y en él aparecen algunas alusiones al béisbol, no como celebración del juego o elogio de sus mejores jugadores, sino como motivo para denunciar el estado de dependencia neocolonial impuesto por los Estados Unidos a la Isla, ya sea en la faceta del excesivo espacio que se concedía en la prensa local al campeonato profesional de las Grandes Ligas o en la comercialización del deporte, con privilegios para la publicidad y venta de las marcas de productos foráneos (símil con la desnacionalización de la economía), tal como es explícito en los versos de “Allá lejos” :

*Hace cincuenta años
nada menos que en la primera plana de los periódicos
aparecían las últimas noticias del béisbol
venidas de Nueva York.
¡Qué bueno! ¡El Cincinatti le ganó al Pittsburgh,
y el San Luis al Detroit!
(compre la pelota marca Reich, que es la mejor)⁵³³*

También como símbolo de la hegemonía cultural estadounidense en la década del cincuenta, Guillén inserta en su discurso poético titulado “Cualquier tiempo pasado fue peor”, una sátira a un supuesto club cubano de béisbol, donde la mayoría son jugadores nortños y el único cubano está en una posición subordinada. En el texto lírico, el poeta parodia los nombres sajones de sus integrantes, para destacar su objetivo de denuncia social:

*Un club cubano de béisbol:
Primera base: Charles Little.*

532 Nicolás Guillén: “Deportes”, *Obra poética*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2011, t. II, p. 12.

533 Nicolás Guillén: “Allá lejos”, ob. cit., p. 70.

*Segunda base: Joe Cobb.
Catcher: Samuel Benton.
Tercera base: Bobby Hog.
Short stop: James Wintergarden.
Pitcher: William Bot.
Files: Wilson, Baker, Panther.
Si, señor.
Y menos mal
el cargabates: Juan Guzmán.⁵³⁴*

Pero el mejor poema de Guillén a la pelota se lo dedicó a Martín Dihígo, el más grande de los jugadores cubanos de todos los tiempos, pitcher formidable, buen corredor, brazo poderoso y temible como bateador, quien murió en Cuba enseñando humildemente a los niños a jugar béisbol. Hasta entonces la gloria del Inmortal no había tenido su cantor ni su poeta, como lo tuvo Luque en un danzón con su nombre (¡Arriba Luque!, de Armando Valdés Torres) y Orestes Miñoso en el chachachá de Enrique Jorrín (Miñoso al bate). Conmovido por su figura de hombre noble, caballeroso y carismático, Guillén honró su memoria con una breve y honda elegía, quizás la estrofa que le faltaba a su obra para saldar cuentas con el deporte nacional:

*Así como después de la tormenta
el guardabosques sale
para saber cuál ácana,
cuál guayacán, cuál ebano
cayó desarraigado por el viento
así yo me detuve ante su cuerpo,
tronco de ramas frescas, húmedas todavía
y lloré su caída.*

*Ahí viene.
Se lo llevan.
Con la fuerte cabeza reclinada
en su guante de pitcher va Dihígo.
El rostro de ceniza (la muerte de los negros)
y los ojos cerrados persiguiendo
una blanca pelota, ya la última.⁵³⁵*

534 Nicolás Guillén: "Cualquier tiempo pasado fue peor", ob. cit., p. 78.

535 Nicolás Guillén: "Elegía por Martín Dihígo", ob. cit., pp. 279-280.

V

Dentro de la tradición de homenaje al béisbol y de su tratamiento como parte de la vida pública de los cubanos, destaca el nombre de Raúl Roa García, quien fue siempre un reconocido aficionado al deporte de las bolas y strikes. Roa nos ha dejado dos textos antológicos, cuyo *leitmotiv* central es la pelota, y ambos son de los primeros años de la década del cincuenta, recogidos luego en su libro *Retorno a la alborada* (1964). Se trata de dos pequeñas joyas de un humorismo cáustico, donde se mezcla la sátira política con matices surrealistas en la titulada “El alacrán de cobalto” y el tono zumbón, irreverente y desenfadado en la más conocida de ellas: “Pelota”. Esta última es la narración ingenua de una aventura de su niñez, adornada por las “hazañas” del protagonista, jugador de la “Liga Amateur de Pantalones de Bombache”, en los “idílicos tiempos en que pisando y pisando la ventaja era para el corredor”. En la prosa hilarante de Roa toman cuerpo los cuatro equipos: Los Mancos, Los Miopes, Los Mataperros y Los Manigüeros, equipo este al que pertenece la joven estrella, dirigido por un curioso personaje llamado Ruperto Mayabeque. En el juego decisivo entre Manigüeros y Mataperros, estos llegan empatados al noveno inning a cero carreras, salvando el juego nuestro héroe a base de tres ponches con bases llenas a los Mataperros, y disparando luego el jonrón decisivo en el último capítulo, en tres y dos, y después de varios fouls que habían puesto de pie a la concurrencia. El final de este relato termina en apoteosis festiva y deliberadamente cursi, cuando el ufano protagonista exclama: “...boté la pelota, gané el juego y todo cubierto de flores fui llevado en andas, por la muchedumbre enfebrecida, hasta el portal de mi casa. Ruperto Mayabeque lloraba de gozo, mientras mi novia sonreía, conmovida, bajo una sombrilla rosada”.⁵³⁶

“El alacrán de cobalto” es prosa de mayor vuelo y tiene un claro propósito de denuncia contra la dictadura de Batista, escrito a escasos meses del golpe militar, el 24 de mayo de 1952. El texto se inicia con una declaración de fe almendarista, de donde se deriva el simbólico alacrán, pero los tiempos que corren no parecen propicios para hablar de pelota, pues “el caucho anda suelto, la carne en estado de sitio, el azúcar amarga, el candangazo atorado y la hierba creciendo”. Luego se abre un paréntesis de choteo al fanatismo excesivo, llevado a

536 Raúl Roa: “Pelota”, *Retorno a la alborada*, Universidad Central de las Villas, Dirección de Publicaciones, 1964, pp. 387-389.

situaciones absurdas por Roa, que confiesa con su humorismo criollo "Una vez estuve cien días a dieta de boniatillo por haber ganado una apuesta. Otra me pelé a rape para darle caritate a una pipiola habanista", mas la burla se congela en la gravedad de la sentencia: "... pero la hierba sigue creciendo y yo soy más almendarista que nunca. No tengo empacho alguno en decirlo. La custodia de mi sueño la he confiado a un alacrán".

La metáfora del alacrán soñado abre un abanico de posibilidades interpretativas, a partir de imágenes como la de su vestimenta morada rematada por un gorro frigio, en alusión a la República constitucional destrozada por el golpe militar, y otras demenciales, como la del escorpión calentando café en la hornilla eléctrica y tocando la Sinfonía Heroica de Beethoven en un violín sin cuerdas. Pero al margen de estas imágenes oníricas, el alacrán de cobalto parece simbolizar, en sus atributos de pesadilla, la situación real de caos e incertidumbre por la que atravesaba el país, no faltando incluso alusiones explícitas y figuras llamadas por su nombre: "Es una verdadera joya en su clase. No sólo sabe leer correctamente y escribir sin faltas de ortografía. Es también políglota y filatélico. Baila mambo y es civilista. Su pelota es la Constitución del 40 y su drenaje biliar el Consejo Consultivo. El 20 de mayo estuvo en el grandioso mitin de la FEU. Y poco faltó para que se clavara el agujón al escuchar las vibrantes parrafadas de Jorge Mañach".⁵³⁷ El estilo burlón y vitriólico del siempre díscolo Roa, alcanza aquí una prosa extraña y surrealista, que le permite hacer una dura crítica al régimen, con la advertencia de que el enloquecido alacrán podría lanzar su temible agujón más allá de las cercas del *stadium*.⁵³⁸

VI

La década del sesenta trajo profundos cambios al universo de las prácticas beisboleras, tal como se habían venido desarrollando en los últimos cien años. La joven Revolución, en su legitimación nacionalista y espíritu contrario a la dominación del capital, eliminó el

537 Raúl Roa: "El alacrán de cobalto", ob. cit., t. II, pp.187-189.

538 De hecho, en más de una ocasión durante la dictadura de Batista, los estudiantes de la FEU se lanzaron al terreno del Cerro, con telas y pancartas contra el régimen y pidiendo la liberación de los presos políticos. En fuertes encuentros con la policía, destacó en defensa de los jóvenes la figura del célebre árbitro Amado Maestri.

deporte profesional, provocando una fractura en muchos jugadores que tenían contratos firmados en el exterior u otros que no se adaptaban a los vertiginosos cambios. Al mismo tiempo, los dueños de equipos de Grandes Ligas los presionaban para que salieran del país, mientras que ya habían comenzado el boicot de sus jugadores a clubes cubanos, que participaron en el último campeonato profesional solo con peloteros locales.

Al calor de las medidas nacionalistas del gobierno revolucionario, y de la guerra encubierta iniciada por el gobierno norteamericano, el equipo Cuban Sugar Kings, perteneciente a la Liga Internacional de la Florida, fue transferido a la ciudad de Jersey. Finalmente, el 7 de febrero de 1961 se realizó el último juego entre profesionales, enfrentándose los equipos de Cienfuegos y Almendares, en una curiosa coincidencia, pues se trataba de los mismos equipos que habían inaugurado el flamante parque del Cerro hacía tres lustros. También como parte de la estrategia deportiva revolucionaria, a finales de febrero se creó el INDER como organismo rector del deporte en la Isla y en marzo fue abolida oficialmente la práctica de la pelota profesional. Con ella desaparecieron los antiguos nombres de los equipos: Almendares, Habana, Marianao y Cienfuegos, y se clausuraba una etapa de enorme relevancia para el béisbol cubano.

Esta nueva situación produjo un doble efecto, por un lado abandonaron el país grandes jugadores que habían sido ídolos de la afición durante la década anterior, como Orestes Miñoso, Guillermo *Willie* Miranda, Camilo Pascual, Pedro Formental, Pedro Ramos, entre otros, pero al mismo tiempo este éxodo posibilitó que surgieran y se consolidaran nuevos talentos, que empezarían a jugar en la primera serie nacional, en enero de 1962, y a representar a Cuba en los torneos amateurs del área. En este contexto de renovación y cambio, específicamente en 1966, recordable para el béisbol por los dos juegos consecutivos de “no hit no run” del villareño Aquino Abreu, el poeta Roberto Fernández Retamar publica en la revista *Cuba*, en un número dedicado a la pelota (se vivía entonces el ambiente desafiante que significaba participar en los Juegos Centraoamericanos y del Caribe de San Juan, Puerto Rico) un poema que sería un homenaje de su generación a todo el béisbol anterior a la Revolución, y al mismo tiempo un ajuste de cuentas con la condición intelectual, vivida junto con la pasión popular por el deporte.

El poema en cuestión se titula “Pío Tai”, en un remedo de la manera en que los niños cubanos piden tiempo (“pido *time*”) en medio

de un juego cualquiera, y está escrito en un tono casi elegíaco, pero en una atmósfera conversacional. Los primeros versos son como una invocación, una petición de benevolencia y protección hacia los escritores y artistas al comenzar su torneo de pelota:

*...que antes de empezar, nuestro primer recuerdo
Sea para Quilla Valdés, Mosquito Ordeñana, el Guajiro
Marrero,
Cocaína García, La Montaña Guantanamera, Roberto Ortiz,
Natilla (desde luego), el Jiquí Moreno de la bola de humo,
el Jibarito, y más atrás
Adolfo Luque, Miguel Ángel, Marsans,
y el Diamante Méndez, que no llegó a las Mayores
porque era negro,
y siempre el Inmortal Martín Dihígo
(Y también, claro, Amado Maestri, y tantos más...)
Inolvidables hermanos mayores: donde quiera que estén,
hundidos en la tierra que ustedes midieron a batazos,
en la Tropical o en el Almendares Park;
bajo el polvo levantado al deslizarse en segunda
alimentando la hierba que se extiende en los jardines
y es surcada por los roletazos;
O felizmente vivos aún, mereciendo el gran sol de la una
y la lluvia que hacía interrumpir el juego
y hoy acaso siga cayendo sobre otras gorras...*

Cuando Retamar escribe este poema, todavía vivían verdaderas leyendas del juego como Miguel Ángel González, Martín Dihígo, Natilla Jiménez, Conrado Marrero y buenos peloteros como Gilberto Torres, Sagüita Hernández y Silvio García, formidable torpedero que no fue el primer negro en jugar Grandes Ligas porque no estaba dispuesto a ser humillado por el color de la piel. En ellos el poeta descubre toda una mitología deportiva de su niñez y juventud, compartida en un tiempo inmemorial, como dioses triunfantes, con los clásicos del arte y la literatura de su vocación definitiva, como antes había hecho Guillén en su comparación entre Darío y Méndez. Entonces puede declarar sencillamente:

*donde quiera que estén, reciban los saludos
de estos jugadores en cuya ilusión vivieron ustedes*

*antes (y no menos profundamente)
que Joyce, Mayakovski, Strawinski, Picasso o Klee,
Esos bateadores de 400.
Y ahora, pasen la bola.⁵³⁹*

VII

Nuevos nombres se imponían en las series nacionales (por primera vez de verdad nacionales) a los de las glorias vivientes, y en algunos casos el olvido cayó sobre muchas de ellas, en lamentable actitud que buscaba borrar el pasado profesional y legitimar el presente de la pelota aficionada. Pero también, justo es decirlo, se jugaba entonces con una pasión sin límites, en aquella década “prodigiosa” de los sesenta, que vio surgir una ilustre generación, y que al decir de uno de su protagonistas máximos, el matancero Félix Isasi “dejaba el alma en el terreno”, tocando bolas, buscando dead balls, corriendo fuerte y deslizándose con decisión en las almohadillas, robando bases y haciendo con alegría todo cuanto es posible hacer en un diamante de béisbol.

Fue la nueva Edad de Oro, con los jonrones de Chávez, Cuevas y Marquetti, conectados limpiamente con bates de madera; los hits “a la hora buena” de Wilfredo, Isasi y Rosique, llamados por el cronista Bobby Salamanca “Los Tres Mosqueteros”; la vista privilegiada de Urbano, que no se ponchaba casi nunca; los duelos memorables entre Alarcón y Hurtado, Huelga y Changa Mederos; la rectas poderosas de Verdura y Vinent; el aplomo de Aquino Abreu... asombrando a un público que acudía jubiloso a los modernos estadios que se multiplicaron por todo el país. A todos está dedicado el libro de entrevistas realizado por el novelista Leonardo Padura y el periodista Raúl Arce, donde el estilo depurado del narrador policíaco es inconfundible en el aliento poético de la mayoría de los diálogos y semblanzas, como en esta evocación del mítico Manuel Alarcón, el “Dios de Cobre” de los orientales:

El día de 1968 en que se anunció el inminente y absurdo retiro de Manuel Alarcón, se abrió un vacío irremediable en la pelota cubana. El box había perdido a su figura más legendaria

539 Roberto Fernández Retamar: “Pío Tai”, *Poesía nuevamente reunida*, Ediciones Unión, La Habana, 2009, p. 196.

y atrevida, a un hombre que solo lanzó siete años y no dejó ningún récord, pero que se convirtió, por derecho propio, en el único jugador sin cuyo nombre es imposible escribir la historia de los años más románticos y locos del juego nacional, cuando un jonrón era una fiesta o una tragedia para todo el país o cuando Manuel Alarcón podía mandar a cerrar La Trocha y salir el Cocuyé.⁵⁴⁰

Más de tres décadas después estos nombres son prisioneros también de la nostalgia, dentro y fuera de la Isla, y han entrado al mundo de la ficción literaria en la evocación de un abogado emigrado en la Florida, personaje de la novela de Zoé Valdés *Milagro en Miami* (2001), quien afirma, apelando a una vieja frase béisbolera que "...el destino de los cubanos dependía de la pelota, que es redonda pero viene en caja cuadrada" y realiza un largo monólogo, dedicado a recordar las grandes figuras del béisbol de su juventud, cuando jugaban:

Wilfredo Sánchez, zurdo y jabao, un monstruazo que hay que decirle usted, el mejor primer bate. Armando Capiró, sin duda, un cuarto bate de alquiler de palco. Eulogio Osorio, bateador zurdo y negro, un volao y de los industriales. Changa Mederos, zurdo, pitcher, blanco, fue estrella con los equipos donde jugó (Industriales y Habana). Urbano González, segunda base, blanco y bateaba a la zurda; también jugó pa La Habana e Industriales. Pedro Chávez, blanco y tremendo pelotero, jugó primera base. Manolo Hurtado, pitcher derecho y blanco; huesanga. Germán Águila, tercera base y negro; mortalísimo. José Antonio Huelga, jabaón y pitcher estelar. Braudilio Vinent, negro como un teléfono Kellog, pitcher derecho y jugador de los files. Andrés Telémaco, tronco de fildeador del jardín central, mulatón y derecho. Laffita, derecho, blanco, jugador de los files y un bateador de los que ya no se fabrican. El jabao Puente, tremendo *short stop* y bateador derecho. Son solo algunos nombres de los que me acuerdo, de peloteros que marcaron mis años de chamaco. Omar Linares vino años después.⁵⁴¹

540 Leonardo Padura y Raúl Arce: *Estrellas del béisbol*, Editora Abril, La Habana, 1989, p. 22.

541 Zoé Valdés: *Milagro en Miami*, Planeta, Barcelona, 2001, pp. 195-196.

Resulta interesante en esta enumeración la minuciosidad clasificatoria del abogado, quien pone énfasis en no olvidar ningún detalle, como si quisiera reconstruir todo el ambiente de época y unir los fragmentos dispersos de la memoria en un apretado haz de biografías: la posición que jugaron, si eran zurdos o derechos, los equipos con que participaron en los torneos, sus habilidades como jugadores y el dato, un poco forzado, del color de la piel, que es totalmente superfluo en el caso del béisbol cubano del siglo xx, que promovió siempre una extendida democracia racial en los terrenos de pelota, (excepto en las filas amateur, organización aristocrática y racista) y que solo sería conocida en los propios Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. En la novela, que contiene otras alusiones a la comunidad residente fuera de la Isla, la impronta del béisbol le otorga al discurso de la nostalgia una breve y honda intensidad, como las de aquellas jugadas relampagueantes que el abogado iba a disfrutar en su niñez al estadio del Cerro, en un presente maravilloso que quizás se le antojaba eterno, y ahora está hecho de recuerdos.

VIII

Dentro de la generación nacida a mediados de la década del cuarenta, y que alcanza su madurez expresiva en la del setenta, todavía muy influida por el estilo coloquial o conversacional del decenio anterior, se destacan dos poetas que van a utilizar el béisbol como pretexto para censurar, parodiando sus poses y argumentos, cierta fobia intelectualista a las pasiones y prácticas de la cultura popular (el baile, el deporte, la moda, etc.), tenidas como cursilerías o ademanes “cheos” por una zona de esa propia intelectualidad. Son los casos de Félix Luis Viera y Raúl Rivero, ambos dentro del intimismo erótico, quienes enlazan en sendos poemas sus angustias como creadores, enmascaradas por aventuras amorosas “mediadas” o “vividas” al calor de la avidez béisbolera. El poema de Viera se titula, con una gravedad aparente, “El Deporte Nacional” y narra la historia del prolongado asedio del protagonista, un aprendiz de poeta aficionado a la pelota, a una bella joven que acudía noche tras noche a presenciar los partidos del equipo local:

*De eso hace diez o doce años. Al fin, resultó
que yo más bien me dedicaba a mirar el juego*

*de las luces en sus ojos, las rápidas líneas
de sus pechos, los batazos
incogibles de su sonrisa leve, el corrido
de sus cejas en pos de las jugadas,
que el otro juego que se estaba haciendo
en el terreno.*

La anécdota continúa, insistiendo en cómo el fanático se va trasladando definitivamente del juego real al imaginario duelo entre su fervor por la muchacha y la indiferencia de esta, aparentemente concentrada en los avatares del terreno, hasta que sobreviene el desenlace: la declaración del amante secreto y de su condición de poeta, lo cual podría justificar su estado de privilegiado *voyeur*. La respuesta de la muchacha pospone con ingenio el dilema amoroso, y su “sentido común” se impone, desarmando las pretensiones intelectualistas del hacedor de versos.

*O sea, que me declaré. Y le dije además
que era
poeta, o lo era casi. Pero
cuando le pregunté su opinión de la
Poesía,
me respondió que lo más importante
era saber que base yo jugaba.⁵⁴²*

La fábula poética que hilvana Raúl Rivero en “El extraño caso de la doctora Rodríguez”, aunque emparentada en la temática amorosa con el poema de Viera, no es la historia de una seducción, sino del fracaso de una ilusión romántica, cuando la circunspecta doctora “descubre” la efusión beisbolera de su amante:

*La decepción llegó temprano
Un domingo brillante, por la tarde, descubrió
Que me gustaba la pelota.
Estuvo dos semanas sin hablarme.
El cambio fue total.
Después de eso le parecían horribles los
Versos que citaba.*

542 Félix Luis Viera: “El Deporte Nacional”, *Cada día muero veinticuatro horas*, Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 33-34.

Al final sobreviene la ruptura, narrada en una curiosa mezcla de tono trágico y catarsis pedagógica, utilizando el recurso de la enumeración para enfatizar lo ridículo de una postura que gusta de estereotipos profesionales, como el tópico del poeta bohemio y noctámbulo, incomprendido o inadaptado, y que sospecha intelectualmente de quienes no responden a esos cánones, porque les gusta bailar rumba, tomar aguardiente o gritar en el estadio de pelota:

*Lamenté que se fuera porque
En el tiempo que estuvimos juntos
Dejó un rastro de amor en mis poemas
Y en mi experiencia
Un profundo rencor contra la gente
Que dudan de los poetas porque no beben
Vino y porque beben
Porque no dicen cosas trascendentales cada día
Porque no se suicidan, no lloran en las calles
No pasean en los parques con sus liras
O porque simplemente van al stadium
A disfrutar un juego de pelota.⁵⁴³*

IX

En 1985 el poeta y narrador Eliseo Alberto Diego hizo el guion para la película de Rolando Díaz *En tres y dos*, uno de los pocos filmes dedicados a la temática béisbolera en Cuba, donde se narran los finales de la carrera deportiva de un otrora gran jugador, Mario Truco López (interpretado magistralmente por Samuel Claxton), en cuya construcción dramática es posible encontrar rasgos de peloteros reales del equipo Industriales de las décadas del sesenta y setenta, como Agustín Marquetti y Rodolfo Puento.⁵⁴⁴ Más de una década después, en su libro de memorias titulado *Informe contra mí mismo*

543 Raúl Rivero: "El extraño caso de la doctora Rodríguez", en *Herejías elegidas*, Betania, Madrid, 1998, p. 130.

544 Aunque a juicio de su director "En todo momento hemos evitado las referencias directas. Tampoco hemos querido que la lectura de la película se circunscriba exclusivamente a la pelota (...) Aspiro a que refleje el carácter del cubano, su temperamento e idiosincrasia". Véase Ángel Rivero: "Al final de la carrera", *Revolución y Cultura*, no. 12, diciembre de 1985, p. 50.

(1997), Eliseo Alberto regresa de nuevo al béisbol, esta vez utilizado como metáfora de una doble obsesión: la primera es aquella que tiene que ver con la situación política actual de Cuba y, en particular, las problemáticas relaciones con los Estados Unidos; la segunda trata de hacer una genealogía del discurso beisbolero, aplicándolo a situaciones límites de la vida cotidiana, tales como el oportunismo, la mentira, el fracaso profesional o amoroso, la infidelidad, la doble moral, etc. En lo referido al conflicto cubano-estadounidense, que se tornó más violento y agresivo por la parte norteamericana a comienzos de la década del noventa, Eliseo Alberto lo presenta como un fenómeno que puede ser explicado de manera simbólica en los códigos del béisbol, tal y como son utilizados por el hombre común:

Pocas semanas antes de ahorcarse con un alambre de perchero en el baño de su casa, el notario Ángel Montoya me comentó que el béisbol era el pasatiempo nacional de los cubanos porque cada situación del deporte acababa teniendo una clara semejanza con algunas circunstancias de la vida, en especial con esas encrucijadas que nos tiende el destino y que a la larga terminan por colocarnos en tres y dos, es decir, al filo tajante del abismo. Y conste, cosa rara, estábamos hablando de política. “Vecino, la Revolución es una serie de Grandes Ligas entre los yanquis y los industriales, y el duelo decisivo se ha ido a extra innings”, me dijo, mirándome a los ojos con aquella, tan suya, expresión de vaca triste “un simple error, una mala decisión, una maniobra maestra y te aseguro que cualquiera de los dos equipos puede quedar al campo, ante el estadio vacío”.⁵⁴⁵

Más convincente, a mi juicio, que esta ingeniosa pero débil analogía entre procesos históricos y el juego de pelota, donde obviamente hay muchos más elementos de discusión que el simple dilema del juego entre “ganar” o “perder”, incluso cuando el partido ya ha “sobrepasado” las nueve entradas reglamentarias, me parece la exploración en el imaginario colectivo de los cubanos, a partir de una riquísima fraseología disponible, que ilustra gráficamente diversas situaciones, experiencias, decisiones y complejos de los habitantes de la Mayor de las Antillas:

¿A quién no lo han sorprendido movido en una base? (...) ¿te has ponchado con las almohadillas llenas? (...) ¿el lanzador

545 Eliseo Alberto: *Informe contra mí mismo*, Alfaguara, Madrid, 1997, p. 201.

no te ha escondido la bola con el fin de partirte la madre? (...) ¿nunca has dado un toque de bola para sorprender a tu rival y salir así del apuro?, ¿tu mejor amigo no te ha dado una base intencional para evitar que triunfes en buena lid?, ¿cuántas veces te han sacado injustamente del terreno en el mejor momento del partido para colocar en tu lugar a un corredor emergente, acaso menos capacitado que tú, pero a juicio del jefe, más rápido o tramposo a la hora de tomar decisiones (...) ¿te han cogido robando una base, a mitad de camino entre tu mujer y tu amante?, ¿no te han propinado un pelotazo, adrede, por los santos cojones de tu rival? (...) jamás has bateado para doble play?, ¿un foul a las mallas?, ¿que tire la primera piedra aquel cuarto bate que no se haya quedado con la carabina al hombro, bajo una lluvia de chiflidos!⁵⁴⁶

Quizás lo único objetable a esta enjundiosa antología de frases béisboleras comparadas con situaciones de la vida real, es que todas son mostradas como símbolo de adversidad o desdicha, sin detenerse el autor en el hecho de que en el juego también hay expresiones como “botar la pelota”, “dar nueve ceros”, “retirar de uno, dos y tres”, “sacar out en home” etc., que son utilizadas comúnmente como sinónimo de éxito, notoriedad o prestigio.⁵⁴⁷ Pero ello tal vez radique en la tónica del propio libro de Eliseo Alberto, muy apegado a la visión pesimista y desencantada del presente de la Isla, enfatizando en la aguda crisis material y espiritual de los noventa.

Con menos patetismo, pero con igual dosis de angustia, se nos revela la confesión del narrador manzanillero Arturo Arango en su crónica “Ser del interior”, donde trata de conciliar el secreto orgullo de sus orígenes provincianos y al mismo tiempo exorcizar el “estigma” que significa para los no habaneros su condición periférica, “destino manifiesto” que se combate con la idealización del lugar de origen y la apología de sus habitantes. Pero Arango, convencido ya de la inutilidad de ese juego de la memoria, prefiere concluir: “El último refugio de mi ser del interior es la pelota. Manuel Alarcón, Agustín Arias, Braudilio Vinent, Antonio Pacheco me han devuelto a lo largo

546 Ídem, p. 202.

547 Para una valoración del sentido de estas frases puede verse en este libro el tema: “Hablar de pelota”.

de los años, aquel orgullo que el tiempo fue atenuando, erosionando. Verlos jugar es reencontrarme, reconocermé. Reunir en un solo acto la patria y la patria".⁵⁴⁸

Arango es también el autor de varios relatos que toman como referente al béisbol. Entre ellos destacan los titulados "El estadio", "La Habana elegante" y "Asesinato con suegra". En el primero de ellos un frustrado aspirante a pelotero, ya mayor, recibe como compensación a sus sueños de jugador el más modesto oficio de dependiente en el kiosko cerca del estadio. Pero este acto de desagravio era ilusorio, pues aunque podía ver entrar y salir el público, y hasta alcanzar la amistad de peloteros, managers y árbitros, al final nunca podía presenciar los partidos. Entonces encontró la manera de saber que sucedía en el interior del estadio prestando atención a los sonidos que le llegaban, el golpe del bate contra la pelota, las exclamaciones del público, los murmullos y chiflidos. Luego pudo saber, por las reacciones de sus clientes cuando le compraban fósforos, si el equipo local estaba ganando o estaba siendo apaleado.

De tales relaciones, aparentemente triviales, el viejo comprendió que el estadio podía transmitirle sus secretos en el mismo sentido que si fuera un pequeño universo, en el cual todo le ofrecía alguna pista: "Un parpadeo de las luces, la enfermedad de un atleta, una cola inusual en la pizzería, tres papeles lanzados por distintas personas que rodaban hasta el mismo escalón, un descenso apreciable en la cantidad de público: todo fue importante y de todo se apropió el viejo".⁵⁴⁹ En otras palabras, lo que el viejo hacía era "...leer el estadio, el universo cuyas leyes había, por el momento, desentrañado".⁵⁵⁰ De igual modo el personaje había logrado descubrir las tramas de los apostadores, sus señas e incluso "...supo de peloteros vinculados a aquel negocio que le resultaba asqueante", pero decidió no delatarlos "porque consideraba injusto usar contra ellos lo que el azar o la naturaleza le habían dado como ventaja".⁵⁵¹

548 Arturo Arango: "Ser del interior", *Segundas reincidencias*, Capiro, Santa Clara, 2002, p. 40.

549 Arturo Arango: "El estadio", *Segundas vidas*, Ediciones Unión, La Habana, 2005, p. 26.

550 Ídem, p. 27.

551 Ibídem.

La eventualidad de que su nieto jugara en el equipo local, le ofrece al viejo una nueva revelación, la de gobernar a su antojo su “Universo”, escondiendo los cigarros o cambiando de lugar los latones de basura, aunque tales maniobras a la postre resultaron en un estrepitoso fracaso. Decidió entonces entrar al estadio, con el pretexto de repartir café en las gradas, y alterar desde adentro las peripecias del juego. Sin embargo, los experimentos que realizó fueron contradictorios, lo que llevó su alucinación a cortar cables en la cabina de transmisión, o tirar perros al terreno para interrumpir los partidos. Aquí la ironía del autor se hace explícita cuando dice: “Si al principio las autoridades del estadio se pensaron víctimas de adversidades inevitables, ya en estos tiempos estaban convencidas de que alguna banda, por razones que fatalmente se asocian a la política, se quería interponer en el desarrollo del deporte nacional”.⁵⁵² En definitiva, el relato desemboca en un final trágico, pues el abuelo muere para cumplir un mandato supremo e ineludible: su equipo sería campeón solo si el nieto no participaba en el juego final.

En la narración titulada “La Habana elegante”, Arango imagina una escena fabulosa, a la manera de una deliciosa parodia: pone a discutir de pelota a los escritores del siglo XIX que hacía la revista homónima, junto a sus contemporáneos de *La Gaceta de Cuba*. Así nos encontramos que José Rodríguez Feo, Enrique Hernández Miyares y Antón Arrufat estaban “inmersos en una acalorada discusión sobre béisbol”, mientras Julián del Casal se lamenta: “¿Cómo implantar mis ensueños donde solo se habla de dinero, política y pelota?”. Más adelante, mientras Feo conversa con Casal para darle un ejemplar de *Cecilia Valdés*, “...Arrufat y Hernández Miyares aún polemizaban sobre la calidad de un pitcher que había ido a probar fortuna a las Grandes Ligas. A pesar de su edad, Arrufat hablaba con el énfasis de un adolescente”.⁵⁵³

“Asesinato...” mezcla ingeniosamente en su argumento un crimen pasional cometido en el Estadio Latinoamericano, con irónicas referencias intertextuales a la rivalidad entre los equipos de Santiago de Cuba e Industriales, identificado este último con frases como “Los Que No Mencionaré Jamás”, “Los Para Mí Innombrables”, “Aquellos

552 Ídem, p. 31.

553 Arturo Arango: “La Habana elegante”, *Segundas vidas*: ob. cit., p. 143.

Cuyo Nombre Ignoro” o “Los Que Creen Que Todo Lo Merecen y Lo Pueden”:

El campeonato estaba por finalizar y se enfrentaban los rivales de siempre: el equipo de la prepotencia, el que jamás soportaba la idea de no clasificar para las series de postemporada, el que era alabado, protegido, mimado, aquel cuyo nombre jamás saldrá de mi boca ni de mis manos, y Santiago de Cuba, en el que yo depositaba siempre mis ilusiones y mis entusiasmos [...] El partido, es cierto, carecía de importancia para Santiago, pero ganarle a Los Para Mí Innombrables en el Latino era una cuestión de honor.⁵⁵⁴

El equipo oriental también recibe su dosis de sarcasmo, cuando uno de los personajes se encuentra al gran jonronero Orestes Kindelán y se siente como “estar junto a Babe Ruth, o a Pelé, o a Michael Jordan”; al preguntarle por el conjunto, este le responde con laconismo que ya estaban “empezando a entrenar”, provocando la perplejidad del aficionado que inquiere para sí: “¿Entrenar, ahora?, pensaba. ¿Y que han hecho durante todos estos meses de campeonato? Mientras llenaba mi vaso, lo despedí con algo como ‘Buena suerte’ y lo seguí con la vista. En sus manos cargaba seis vasos que iban derramando espuma”.⁵⁵⁵

En el cuento, el Estadio Latinoamericano es sede de una peculiar geografía espacial que reproduce tanto la composición demográfica de la capital, repleta de inmigrantes orientales que buscan en el diamante sosiego a su condición de inmigrantes, como las exclusiones sociales a favor de turistas extranjeros:

Tal vez el mayor encanto del Latino sea la manera como la demografía de la ciudad se reproduce en las gradas. Si uno se sienta detrás de la primera, puede estar seguro de que sus compañeros serán partidarios del equipo que se enfrente a los locales: emigrantes de cualquier parte del país, palestinos, en el duro lenguaje que domina el estadio. El resto de las gradas (los jardines, la línea de tercera, detrás del plato) estará ocupada por espectadores que disfrutarán también de ese pequeño núcleo de oponentes, aislados, casi siempre apabullados por la algarabía, sitiados en tierra extraña. [...] la mitad de las graderías

554 Arturo Arango: “Asesinato con suegra”, *La siempreviva*, La Habana, no. 1, 2007, p. 13 y 14.

555 Ídem, p. 14.

de detrás del plato (las mejores, por su magnífica perspectiva sobre el terreno de juego) estaban desocupadas y sendos policías cerraban los pasillos de acceso “Son para extranjeros” [...] al terminar la primera entrada llegó una turba de turistas, vestidos la mayoría como si asistieran a un safari.⁵⁵⁶

X

Otra mirada existencial que toma la pelota como argumento para presentar mundos cargados de desasosiego, lo es la obra de teatro *Penumbra en el noveno cuarto* del talentoso dramaturgo Amado del Pino. No debemos olvidar que este autor ya había realizado una incursión literaria anterior en el béisbol, con el poema que abre el volumen de entrevistas de Leonardo Padura y Raúl Arce *Estrellas del béisbol*, titulado “La pelota”:

*La pelota es hermosa entre los dedos,
por disfrutar sus viajes
se precipitan los murmullos.
La pelota es redonda y los hombres la buscan,
gastan complacidos la noche tras su cuerpo.
La pelota es un reto en el sueño del pitcher;
la acaricia, la pesa, la convence
sin creer en el bate altanero
que bromea en el aire y se prepara.
Puede llegar junto a los pies, cortante,
acaso saltará en imprevisto huir,
nadie sabe el capricho de la reina del juego;
la redonda, la blanca, la sólida pelota.⁵⁵⁷*

Penumbra... recibió el Premio UNEAC de Teatro José Antonio Ramos en 2003⁵⁵⁸ y se representó con notable éxito en la sala Adolfo Llauradó durante 2004 con un prestigioso elenco dirigido por Os-

556 Ídem, p. 16.

557 Amado del Pino: “La pelota”, en Leonardo Padura y Raúl Arce: *Estrellas del béisbol*, Casa Editora Abril, La Habana, 1989.

558 Amado del Pino: *Penumbra en el noveno cuarto*, Ediciones Unión, La Habana, 2004.

valdo Doimiadiós. Estructurada en nueve cuadros, que representan los nueve cuartos de una posada y también las entradas del juego de pelota, la obra nos ofrece las peripecias vitales de un pelotero famoso (Lázaro Prado), ya en el límite de su carrera (“Unos treinta y siete años. En su gestualidad hay mucho de la elegante arrogancia del pitcher estelar, que ahora corre el riesgo de desmoronarse”),⁵⁵⁹ una actriz que es su amante (Tati) y los trabajadores de la posada donde ambos tienen sexo, entre los cuales hay un expresidario aficionado al béisbol, quienes se enfrentan en diálogos cortos y descarnados a sus propias tristezas y soledades. Después de presenciar furtivamente el sexo del lanzador con su amante, los dos posaderos argumentan irónicamente sobre las grandezas y miserias del béisbol:

PEPE: Se ve mejor con el uniforme de Industriales.

RENATO: No creo que a ella le parezca lo mismo.

PEPE: No entiendes nada, Renato. Eres un guajiro sin corazón que nunca ha entrado aun estadio encendió a las nueve de la noche. Ni te imaginas la gozadera de sentarse al fresco un domingo por la tarde. Final del noveno, tres y dos...

RENATO: Y te ponchas y de las gradas todos te gritan...

LOS DOS A LA VEZ: ¡Maricón!⁵⁶⁰

También el autor aprovecha la intimidad de los amantes para censurar las malas condiciones de vida que soportaron los peloteros cubanos durante décadas y la monotonía del juego diario, en contraste con el éxito y la notoriedad que ofrecen el buen desempeño en este deporte:

TATI: ¿Y no estás cansado?

LÁZARO: No. Bueno, sí. Hay días que me entran ganas de mandar al diablo los viajes, los hoteles, la seguidilla del entrenamiento...

TATI: Pero quieres que te sigan conociendo, tomarte una cerveza en la esquina y seguir en el centro.

LÁZARO: ¿Me estás diciendo “postalita”?⁵⁶¹

559 Ídem, p. 6.

560 Ídem, p. 12.

561 Ídem, p. 15.

Asimismo, el personaje de Lázaro Prado encarna una de las víctimas de los retiros masivos ocurridos entre 2001 y 2002, cuando muchas figuras todavía en plena forma deportiva (Omar Linares, Antonio Pacheco, Orestes Kindelán, Víctor Mesa, Germán Mesa, Luis Ulacia) fueron enviados a un retiro forzoso o a jugar en ligas asiáticas de mediocre calidad: “Cuando mejor estaba formaron la payasada de retirarme y, por buscarme cuatro pesos, fui a dar a Japón”.⁵⁶² Y el dramaturgo añade, como de soslayo, esta verdad incuestionable: “Las mujeres y el codo empinao son el cementerio de los peloteros”.⁵⁶³

Otro drama del deporte cubano, el de sus peloteros excluidos por razones políticas de competir en el mejor béisbol del mundo, las Grandes Ligas de los Estados Unidos, y la condición de héroes villanos de quienes se deciden a dar el salto al profesionalismo y abandonan el país, con la ruptura emocional y afectiva que esto entraña, queda magistralmente expuesto en varios diálogos, donde el llamado “Marqués” es una clara referencia al pitcher de los Industriales Orlando Duque Hernández:

LÁZARO: A mi hay que hacerme una estatua más grande que la de San Lázaro. Nunca me pasó por la cabeza dejar esto y mil veces pude...

TATI: Pero ahora cualquiera diría que te arrepientes.

LÁZARO: No es eso, Tati. El Marqués allá con sus millones también tiene sus jodiendas. Y aunque rueda un carro que parece un avión, daría cualquier cosa por tirar una pelota aquí en La Habana, en el Latino, con las gradas llenas de gente del barrio.⁵⁶⁴

Finalmente, ya en la penumbra del noveno cuarto, o lo que es lo mismo, finalizando el juego, Lázaro confiesa a su amante el dilema de qué hacer una vez llegada la hora del retiro, y su añoranza de una existencia tranquila y hogareña. “Si me voy de la pelota voy a sentir un hueco grande, no sé qué voy a hacer. Necesito a alguien que me haga cogerle el sabor a la novela de las nueve y que me alcance el cafecito caliente mientras llega el noticiero. Lo que no quiero es que mis hijos sigan viéndome a raticos”.⁵⁶⁵

562 Ídem, p. 13.

563 Ídem, p. 23.

564 Ídem, p. 35.

565 Ídem, p. 66.

Al igual que Amado del Pino, el dramaturgo matancero Ulises Rodríguez Febles tomó como argumento el juego de pelota para su obra titulada *Béisbol*, que recibió mención del Premio de Teatro José Antonio Ramos de la UNEAC en 2007. El texto recibió una excelente acogida y fue representado por los grupos Vital Teatro y Teatro Montecallado. Luego fue publicado en una edición de lujo por las Ediciones Vigía de Matanzas en su colección Aforos (doscientos ejemplares manufacturados e iluminados a mano), con palabras introductorias de Yamila Gordillo y una entrevista de Ana Margarita Betancourt al autor, quien explica su argumento diciendo:

La obra transcurre en el mismísimo instante en que el pelotero define el juego frente a los Estados Unidos, mientras los otros personajes miran el encuentro por televisión. Intento una exploración social, psicológica, estética, ética, lingüística, gestual... el fenómeno béisbol desde las potencialidades del teatro, donde cada uno de los personajes defiende su verdad, la suya. También es una indagación en el tiempo, en el espacio, en la teatralidad que genera en el público un juego de béisbol donde este se convierte en pelotero, deja de ser él, para metamorfosearse en otros. Es un juego que ocurre en la realidad, y otro, en la imaginación de los que lo miran, que construyen otras circunstancias, otros personajes, otros espacios.⁵⁶⁶

El carácter experimental de la obra y su juego de espejos entre los actores y el auditorio, torna a veces un tanto ardua su comprensión; no obstante, ofrece un conjunto de tópicos fácilmente reconocibles en el tratamiento que la literatura cubana ha dado al fenómeno del béisbol. Un primer elemento a destacar, que recorre toda la obra, es su marcado discurso nacionalista, explícito desde el poema Pío Tai de Roberto Fernández Retamar, que le sirve de exordio, hasta los nombres de los personajes que recuerdan a notables jugadores y árbitros, célebres por su calidad y pundonor (Dihigo, Maestri). Pero la cubanía no solo está en lo épico, también es evidente en la presencia de tipos populares (Casañas, el Fígaro), que se reúnen a discutir de pelota en esa "cátedra" de sabiduría popular que es la barbería, hablan con malas palabras, son fanáticos incorregibles y les gusta apostar dinero en los partidos.

La obra se desarrolla durante un hipotético juego por la medalla de oro entre Cuba y los Estados Unidos en el V Clásico Mundial de

566 Ulises Rodríguez Febles: *Béisbol*, Ediciones Vigía, Matanzas, s/f, p. 76.

Béisbol. Este es un escenario bastante socorrido para ejemplificar las rivalidades entre ambos países, que alcanzan en el plano deportivo una metáfora perfecta de la lucha del débil contra el fuerte, el astuto frente al poderoso, la pequeña nación asediada contra el Imperio que la hostiga. El axioma de que hay que ganarle a “los americanos” en la final es expresado por Edilio, un cliente de la barbería, quien justifica esta sed de victoria diciendo: “Nada más que por inventarlo hay que ganarle y por...”, y aquí la frase queda trunca para dar paso a otro nivel de discurso chovinista, esta vez hacia el interior de Cuba, y es el que glorifica por encima de los demás al equipo Industriales: “Ese si es un equipo”⁵⁶⁷ y enfatiza “Si hubieran llevado al equipo Industriales completo, entonces sí los americanos no podrán con nosotros. Industriales es la tormenta del Caribe. Es el mejor equipo del mundo”.⁵⁶⁸

Sin embargo, el Fígaro piensa diferente, para él no basta con ser de Industriales, Santiago de Cuba, Villa Clara o Pinar del Río, los cuatro grandes en la historia del béisbol después de 1962. Los jugadores cubanos necesitan medirse en otro nivel de calidad de la competencia: “El pelotero tiene que chocarla con los buenos, todos los días, a toda hora. Esto es otro estilo de juego, otro entrenamiento. [...] ¿Has visto lo rápidos que son?”.⁵⁶⁹ Por supuesto, que semejante aspiración colisiona con obstáculos insalvables por el momento, desde el bloqueo estadounidense que impide contratar a nuestros jugadores si viven en la Isla, hasta la posición de principios de la parte cubana a favor de la práctica amateur del deporte.

Los personajes de Edilio y el Fígaro expresan posturas contrapuestas y excluyentes. Uno quiere que gane Cuba para “demostrar la grandeza de nuestro equipo, de nuestro país, de nuestro béisbol, de nuestro socialismo”⁵⁷⁰ y los peloteros en el terreno deben jugar al límite de sus destrezas y de su ingenio, como si se tratara de una guerra de guerrillas. El Fígaro, por su parte, no quiere que gane Cuba, y le pregunta a Casañas: “¿Cómo van a comparar la pelota dura con la que se juega aquí? [...] Tú sabes que tengo la razón. Tú repites siempre lo mismo que ahora estoy diciendo. No te entiendo porque

567 Ídem, p. 24.

568 Ídem, p. 41.

569 Ibídem..

570 Ídem, p. 43.

me contradices".⁵⁷¹ A lo que Casañas responde con argumentos que identifican lo filial y la patria: "Porque ese que juega es mi equipo. Y es mi hijo. Y de mi hijo solo puedo hablar yo".⁵⁷² Sin embargo, dejando a un lado las antinomias, hay un parlamento en boca del personaje de Edilio que unifica la historia del béisbol cubano, blancos y negros, amateurs y profesionales, de la época prerevolucionaria y de las series nacionales, y todos ellos son nombrados como:

Los que ahora pudieran estar en el Clásico, los que hubieran querido jugar en un evento como este y no pudieron: Adolfo Luque, Conrado Marrero, Orestes Miñoso, Manuel Alarcón, Modesto Verdura, Miguel Cuevas, Fermín Laffita, José Antonio Huelga, Changa Mederos, Wilfredo Sánchez, Urbano González, Antonio Muñoz, Agustín Marquetti, Cheíto Rodríguez, Rodolfo Puente, Luis Giraldo Casanova, Lourdes Gourriel, Víctor Mesa, Antonio Pacheco, Omar Linares, Orestes Kindelán, Germán Mesa... tremendo equipazo. Nadie podrá con nosotros. ¡Somos invencibles!".⁵⁷³

La obra dedica numerosas reflexiones a las dicotomías entre ganar o perder con los Estados Unidos, en tanto metáfora política, y también a la angustia que significa para los peloteros cubanos el dilema de jugar o no en las Grandes Ligas. Uno de los momentos más logrados en este último punto, queda reflejado en el siguiente diálogo, lleno de dudas, resistencias e incertidumbres:

CASAÑAS: Desertores son los militares. Lo busqué en un diccionario. Un pelotero no es desertor porque quiera jugar donde le de la gana.

DIHÍGO: Si me quedo afuera nunca más podré venir, verlos. Nunca más podré volver a esta casa, a este barrio. No quiero hablar mal de nadie. De mis compañeros, de mi bandera. [...] En el terreno colorao aprendí a jugar contigo. Me gusta mi público, el ruido de mis estadios. Llegar victorioso al barrio, a la casa. Me gustaría jugar en todos los campeonatos, pero volver al mío.⁵⁷⁴

571 Ídem, p. 45.

572 Ibídem.

573 Ídem, p. 56.

574 Ídem, p. 67.

[...]

CASAÑAS: [...] ¿Por qué no puedes jugar en otro equipo? En donde te salga de los huevos jugar y después hacerlo defendiendo la bandera. Dihígo nunca dejó de ser el gran pelotero que fue. La pelota es una misma...

DIHÍGO: [...] No me digas más lo que tengo que hacer, lo que tú harías. Déjame decidir a mí lo que quiero hacer con mi vida. Lo que me de la gana, jugar donde yo quiera, disfrutar el juego que yo quiera. Quiero ser dueño de mis actos.⁵⁷⁵

El drama del personaje Dihígo, más allá de tener que decidir el partido contra los norteamericanos, se enlaza al final de la obra con su decisión de firmar con un equipo de Grandes Ligas. A favor de que no lo haga Edilio le dice: “Es tan lindo regresar a tu tierra”, “Es muy feo ser un traidor”; está también el amor conmovedor de la madre: “Yo solo quiero tenerte conmigo aunque sea para verte por el televisor. [...] Yo no necesito nada en esta vida. Solo tener a mi hijo”. Conminándolo a que se vaya está la voz del padre: “Oye la voz de la experiencia, oye a tu padre. Yo te preparé para vencer en el mundo. Para que llegues bien lejos. Muy lejos, hijo, Acaba de firmar ese contrato. Acaba...”⁵⁷⁶

Sin embargo, como en las buenas películas, el texto tiene un final abierto: Dihígo saca el papel del contrato, lo muestra ante todos y... cae el telón. Cada espectador debe decidir su propio final para la obra. Nunca sabremos si prefirió quedarse o firmó la transacción. Aún así, el texto de Rodríguez Febles queda como un apasionado homenaje a la pelota cubana, a sus héroes de todas las épocas, a sus conocedores y fanáticos, a sus encrucijadas y molinos de viento.

XI

El poeta y editor Norberto Codina también participó en el proyecto de Padura y Arce sobre el béisbol revolucionario, en este caso con un cabal prólogo donde afirmaba: “...tal vez vaya siendo necesario un estudio del béisbol como parte de eso que, sumatoria de idiosincrasia y valores ideológicos, llamamos con orgullo y amor *lo cubano*”. Y

575 Ídem, pp. 72-73.

576 Ídem, p. 74.

añadía que el béisbol “...es una parte querida y esencial de nuestro universo, de nuestra cultura, de nuestras vidas”.⁵⁷⁷ Como prueba de que, efectivamente, la pelota ha sido un componente esencial en los afectos de Norberto Codina, citaré varios pasajes de su conferencia “La Habana. Entre la memoria y los sentidos”, donde el béisbol acompaña al autor desde su niñez en los más disimiles lugares de la ciudad. Así recuerda la calle Fornaris, que terminaba “...en el muro del sanatorio La Esperanza, y tenía en ambos extremos dos grandes placeres [...] terreno natural para el béisbol, con pelota de trapo o aserrín, canjeada por botellas; o de cajetillas de Partagás, como remedo de la esférica convencional, en sus variantes de pitén o cuatro esquinas. ¡Oh, pelota manigüera, yo te saludo!”.⁵⁷⁸

La pelota es asimismo la memoria de la amistad infantil con Rafael Acosta de Arriba y su obstinada preferencia por los Tigres de Marianao, “...(que ganaron cuatro campeonatos en cuarenta años), cuando la república (y la escuela) se dividían entre almendaristas y habanistas”.⁵⁷⁹ Asimismo recuerda el lugar donde se jugaba béisbol, junto a la plazoleta del Maine, y el domingo de 1967 en que amaneció en el estadio del Cerro “...armado con un pan con bisté, para ser testigo de la hazaña del Cobrero Alarcón, cuando cumplió su promesa: ‘abran la Trocha y preparen el Cocuyé’, que terminaba con cuatro temporadas de supremacía industrialista”.⁵⁸⁰

Otra narración que toma al juego de pelota como evocación de la memoria familiar, aparece en las páginas de la novela de Lourdes González Herrero *Las edades transparentes*, premiada en 2005 con el galardón José Soler Puig. Lourdes es hija de Pedrito, *el Químico*, uno de aquellos integrantes del club Báguanos que ganó la Liga Popular en 1951 y representó a Cuba en el campeonato amateur de la American Base Ball Congress en Battle Creek, Michigan. Su padre es uno de los personajes de la novela, como también lo es el béisbol del ingenio, un territorio denso donde se confundían la pasión, las malas palabras, el orgullo masculino, la música de la corneta china,

577 Norberto Codina: “El béisbol o el centro del universo”, en Leonardo Padura y Raúl Arce: ob. cit., pp. 9 y 12.

578 Norberto Codina: *Caligrafía rápida*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2006, p. 120.

579 Ídem, p. 121.

580 Ídem, p. 124.

la alegría y la tristeza del batey. El terreno de pelota es además en la novela un lugar sensual, donde las camisas abiertas, los vestidos vaporosos y los trajes de los jugadores “mostraban la inclinación por la lujuria que en la Isla se considera incomparable”.⁵⁸¹ Alma, protagonista de la narración, veía en los movimientos de los peloteros un ritual voluptuoso y carnal: “Parada entre ellos, Alma observaba los cuerpos de los peloteros, sus airosas nalgas comprimidas en los pantalones de elásticas telas azules, moviéndose al compás del juego: adelante, atrás, igual a las escenas que había entrevisto en su casa cuando Zafiro obraba entre las piernas del panadero, alante, atrás, al compás de la voz gutural que le pedía más [...] había también una similitud prodigiosa entre aquellas caricias y los toques cómplices del lanzador de pelotas y del hombrecito acuclillado detrás del bataedor [...] contracciones de las manos sobre los muslos, rápidas mediciones de los sexos y agarres en las líneas de las ingles”.⁵⁸²

XII

Considero que la aparición en 2008 del poemario *Matando a los pieles rojas*, de Carlos Esquivel,⁵⁸³ es el más notable suceso literario relacionado con el béisbol en Cuba en mucho tiempo. Bellamente ilustrado con un enigmático cuadro de Arturo Montoto que representa a una pelota encima de un balconcillo renacentista, los versos de Carlos apuestan por una recepción íntima y al mismo tiempo compleja, honda y desgarrada de lo que representa el béisbol en su vida privada y en los más diversos ámbitos públicos. Carlos Esquivel explora el imaginario del juego de pelota en un desborde de metáforas osadas, sin conceder nada a símiles fáciles o asociaciones evidentes. Así sucede, por ejemplo, con el poema que rinde homenaje a otro autor aficionado a la pelota, Emilio García Montiel, donde el poeta expone su angustia porque:

*Tal vez,
la historia no pertenezca a los que caen,*

581 Lourdes González Herrero: *Las edades transparentes*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2006, p. 13.

582 *Ibidem*.

583 Carlos Esquivel: *Matando a los pieles rojas*, Ediciones Unión, La Habana, 2008.

*sino a los que explican en silencio la caída
de otros hombres,
quienes aplauden sobre el temor o la simpleza
de llamarse Ariel o René,
Duke de 90 millas ante el swing todavía de Ken Griffey.⁵⁸⁴*

Abundan en el libro los poemas que rinden tributo a figuras y equipos destacados de las Grandes Ligas estadounidenses, relacionándolos de algún modo secreto y misterioso con peloteros cubanos destacados en aquel circuito, como el estelar lanzador pinareño José Ariel Contreras:

*Vibra Babe Ruth pantagruélico
como el juguete de los dioses,
vibra Lou Gehrig en la neblina de Tesalia,
vibran Bonham y Chandler en el ártico de un mar cedido
a Contreras,
Ariel duerme en una montaña de Medias Limpias...
Ariel en el fondo del puente lejano,
En las costas plateadas por un aire de Wisconsin,
En las astillas de Guane,
En los saltamontes adormecidos [...]
Y el circo donde durmió Hank Aaron de no ser por
los perros.⁵⁸⁵*

También aparecen, envueltos en un torbellino de imágenes oníricas, Ty Cobb que “comía versos de William Carlos William”; Wilfredo Sánchez “usa branquias y una máquina F-15 como su corazón”; Fermín Laffita “ondea en mi país como el albatros”; el fantasma de Mickey Mantle “siempre en la esquina”; las “palabras silvestres” de Roberto Ortiz; el “nombre angélico” de Miguel Cuevas; Willie Mays “que impulsaba más siendo negro y de New York”; Changa Mederos “Ángel de los muertos”; Javier Méndez dueño de “un gato que atraviesa mares”; Euclides que “nadaba en lágrimas” y Padilla era “cómo el nácar”, mientras Medina “hablaba con un maniquí en tercera”; Lou Gehrig, “en realidad tu cara era el adorno del mundo” y Ted Williams “qué difícil es llamarse como tú y confundir los sil-

584 Ídem, pp. 12-13.

585 Ídem, pp. 21 y 24.

bidos con el jonrón que no me sirve para olvidarte”; Pacheco, Félix Núñez y Luis Tiant, todos caben “en una isla pura”; Lanza Vinent “y un niño me dice caerá la nieve”; y la memoria implacable de “[...] El jonrón de Muñoz, las muchachas que ignoro, el padre que más necesito, y para el niño, esas cosas vistas así, con cierta demora y con el olvido casi”.⁵⁸⁶

Después de este recorrido de más de nueve entradas, en un juego en que los escritores triunfan inobjetablemente en su otredad béisbolera, como pedía Guillén, con un “cerojitcerocarrera”, nos queda la inquietante sospecha de que el partido continúa más allá de los textos. Y es que por encima de cualquier contingencia social, dramas existenciales o avatares de la política, el béisbol seguirá perdurando como atributo de identidad y cubanía, espacio para la polémica pública, y estímulo para un eterno debate entre seguidores y fanáticos, creadores de un riquísimo imaginario popular y de una singular mitología. También se resiste a las visiones idealizadas o nostálgicas de un pasado mítico, incorporando sus héroes y símbolos de todos los tiempos a la memoria colectiva del cubano, que se ha visto reflejado en sus triunfos y en sus derrotas, en sus inmensas alegrías y en la incesante trascendencia de la palabra.

La Habana, julio de 2011

586 Ídem, *passim*.

EL BÉISBOL EN LA CUENTÍSTICA CUBANA

Para Francisco García González y Miguel Terry

Aunque no ha disfrutado de toda la visibilidad que merece, pareciera que la relación entre el béisbol y la literatura en Cuba ha existido desde siempre. Es decir, desde que el béisbol entró furtivamente por el habanero muelle de Luz en forma de un bate y una pelota, guardados en el baúl del joven Nemesio Guilló, un día sin fecha del año 1864. Sin embargo, como los estudios culturales sobre el béisbol cubano pertenecen a una fecha demasiado reciente, habíamos ignorado durante más de un siglo aquella intensa y provocadora conexión, soslayando la decisiva influencia que tuvo el juego de pelota en buena parte de los literatos cubanos del siglo XIX, y aun del siglo XX.

Debo reconocer que fue el crítico y profesor de Yale, Roberto González Echevarría, quien primero señaló esta importante cuestión, en un texto revelador en más de un sentido. Me refiero a su brillante ensayo titulado "Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano".⁵⁸⁷ En este sugerente texto, que tributaría después a

587 Roberto González Echevarría: "Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano", en Josefina Ludmer (comp.): *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Editora Beatriz Viterbo Rosario, Argentina, 1994, pp. 65-79. Este ensayo fue reproducido en la revista *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, 8/9, primavera/verano de 1998, pp. 30-42 y antologado en el libro *Crítica práctica/práctica crítica*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2002, pp. 244-262.

su monumental historia del béisbol cubano,⁵⁸⁸ González Echevarría analiza los orígenes culturales del juego de pelota en la Isla y postula la tesis de que:

Deporte, baile y literatura se aliaban [...] en un momento decisivo de la historia de Cuba para, junto con el proceso político que había de llevar a la guerra de independencia en 1895, terminar de dar forma a la nacionalidad. No cabe duda de que la literatura, la música y el béisbol son los productos culturales cubanos de mayor prestigio y circulación internacional desde entonces, y que son componentes fundamentales —y fundacionales— de la mitología nacional”.⁵⁸⁹

A diferencia de la política o la literatura, cuya condición de relatos centrales de la nacionalidad es evidente desde principios del siglo XIX, el béisbol aparece como un relato “periférico” que, junto al baile, la música o las comidas, comienzan a ser articuladores de lo nacional en el contexto del proceso modernizador que sigue al final de la Guerra de los Diez Años. Dejando a un lado la música, cuyos estrechos vínculos con el béisbol decimonónico no nos interesan ahora, ahí estaban para confirmar el hallazgo del autor de *La prole de Celestina* los nombres de numerosos literatos afines al movimiento modernista, cuyas firmas realizaban una enorme cantidad de publicaciones periódicas dedicadas a los *sports* y la literatura.

Figuras ilustres del Parnaso cubano como Julián del Casal, Bonifacio Byrne y Nicolás Heredia se tomaban muy en serio el moderno y gentil deporte; y para demostrarlo escribían artículos sobre la pelota y aparecían en los consejos de redacción de revistas y periódicos dedicados a difundir las bellas letras y el béisbol, junto a otros autores de segunda fila como Wenceslao Gálvez, Manuel Serafín Pichardo, Ignacio Sarachaga, José María de Quintana, Enrique Fontanills o Raimundo Cabrera. De hecho, continúa diciendo el crítico cubano: “sabemos hoy tanto sobre los orígenes del béisbol en Cuba [...] gracias

588 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Una historia del béisbol en la Isla*, Editorial Colibrí, Madrid, 2004.

589 Roberto González Echevarría: “Literatura, baile y béisbol en el (último) fin de siglo cubano”, *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, 8/9, primavera/verano de 1998, p. 31.

a su estrecha relación con la literatura, que ha preservado la huella de su primitiva historia en revistas, crónicas, novelas y poemas".⁵⁹⁰

Sin embargo, a partir de la segunda década del siglo xx esta tendencia va desapareciendo, y su explicación la encuentra González Echevarría en las siguientes causas:

Después de la *Belle époque*, o dicho en términos de la literatura hispanoamericana, del Modernismo, el béisbol perdió su íntima vinculación con la literatura. La pelota dejó de ser un deporte de jóvenes acaudalados y, en la medida que entró a formar parte de los mitos nacionales, dejó de considerarse una forma de asueto extranjera, con lo que perdió el atractivo de lo exótico. Pero, en tanto que elemento de la realidad cubana, siguió apareciendo esporádicamente en obras literarias, como la novela de Carlos Loveira *Generales y doctores* y la de Alejo Carpentier *¡Ecúe-Yamba-Ó!*⁵⁹¹

En el presente ensayo, pretendo abordar esta relación desde una nueva perspectiva, ofrecida por un conjunto de relatos contemporáneos que toman al juego de pelota como referente para reflexionar sobre temas de la realidad cubana actual, y que no atañen solo, ni siquiera principalmente, al béisbol. Entre más de veinte narraciones disponibles, he seleccionado menos de la mitad, pero es significativo que tan fecunda producción, en su mayor parte inédita hasta el

590 Ídem, p. 36. Entre estas publicaciones, que en su mayoría incluían en su presentación el aviso de que se trataba de "órganos de sports y literatura", tenemos las siguientes: *Base Ball* (La Habana, 1881-1882); *La Habana Elegante* (La Habana, 1883); *El Fígaro. Semanario de Sports y Literatura* (La Habana, 1885); *El Sport. Semanario de Sport y Literatura. Órgano de la Liga General de Base Ball de al Isla de Cuba* (La Habana, 1886); *El Pitcher. Semanario de Sport y Literatura. Órgano oficial del Habana Base Ball Club* (La Habana, 1887); *El Álbum. Semanario Ilustrado. Órgano oficial del Liceo y del Matanzas Base Ball Club* (Matanzas, 1887) y *El Score. Semanario de Sports y Literatura*. (La Habana, 1888). Este registro hemerográfico no pretende ser exhaustivo, pues no hemos podido revisar otras publicaciones periódicas de provincias con gran tradición beisbolera, pero sí resulta representativo de un "espíritu de época" en que era original, atractiva y elegante la estética beisbolera —amén de sus implicaciones como narrativa política anticolonial—, y por tanto no eran casuales sus imbricaciones con la estética modernista.

591 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba*, ob. cit., pp. 172-173.

presente, nos habla de un resurgimiento del tema béisbolero en la literatura insular, y una de sus novedades, en el orden formal, radica en el desplazamiento del discurso de la poesía hacia la prosa. Si durante el siglo XIX y buena parte del XX, el verso fue el recurso privilegiado, y muchas veces también manido, para expresar las más variadas situaciones sociales o existenciales referidas al juego de pelota, asistimos a una preeminencia de la narrativa en el panorama actual.

Ello no significa que no se pueda realizar una buena selección de versos contemporáneos sobre béisbol, y ahí están los poemas de Emilio García Montiel o el libro de José Antonio Taboada para demostrarlo, pero tengo la impresión de que el verso, por su brevedad y fuerza dramática extrema, no alcanza ya la misma eficacia de la prosa en el tratamiento de un juego como el béisbol, cuyas derivaciones sociales rebasan con creces la anécdota de los partidos. Con esto quiero decir que observo cierta tendencia descriptiva y didáctica en muchos poemas actuales sobre béisbol, lejos del tono épico o elegíaco de un Guillén o un Retamar. Otra cosa es que los buenos poetas ya no escriban sobre pelota o, como señala el relato de Enrique del Risco, que estamos viviendo en un mundo “posépico”, más atraído por la ironía, el desengaño y el desenfreno, que por la lírica de los homenajes.

Muchas cosas tienen en común estos relatos que, como en la conocida sentencia, se parecen más a su tiempo que a sus autores. Advierto en ellos, en primer lugar, una voluntad consciente de imbricar el juego de pelota con los problemas y conflictos más acuciantes de la sociedad cubana actual, incluyendo la extraña situación del béisbol cubano “amateur”⁵⁹² en un mundo de competencias internacionales totalmente profesionalizado, y sus frecuentes deserciones hacia la pelota profesional. En segundo lugar, es notable el abandono de los tópicos más manoseados alrededor del béisbol como “deporte nacional” u otras alusiones de índole nacionalista, y su reivindicación como zona existencial, íntima, más ligada a los compromisos personales de cada uno que a las retóricas colectivas. Por supuesto, tratándose de relatos escritos en la Cuba de los noventa del siglo XX, y

592 Me refiero al hecho, para muchos incomprensible, de que los jugadores estén adscritos a la nómina de un centro de trabajo y cobren por ello, dedicando la mayor parte de su tiempo a entrenarse y jugar béisbol.

más acá, abundan las referencias a la crisis de valores, el desencanto y el derrumbe de antiguas ilusiones.

Por un inevitable silogismo beisbolero, he escogido para esta exposición nueve cuentos, a manera de un juego completo, donde la literatura se juega el todo por el todo en su inefable pasión beisbolera.⁵⁹³

I

Quizás el texto más antiguo de estas narraciones, fechado en 1989, pertenece al exitoso novelista y ensayista Leonardo Padura. Todos sabemos de la persistente “fiebre de béisbol” que padece Padura, desde el primer día que vio jugar a aquellos Industriales legendarios de la década del sesenta del pasado siglo xx. Su libro, escrito junto al cronista deportivo Raúl Arce, *Estrellas del béisbol*, es el mejor testimonio recogido jamás de aquella primera generación de peloteros cubanos posrevolucionarios. Además Padura, como muchos cubanos, está enfermo de nostalgia por aquella segunda *Belle époque* —aprovechando el feliz término acuñado por Roberto González Echevarría para la pelota insular del siglo xix— de pocos jonrones, bateadores veloces y lanzadores inteligentes. Esta nostalgia por un tiempo primordial, ido para siempre, está presente en el cuento titulado “La pared”.

En el texto, un impecable oficinista, aburrido de su faena burocrática, observa por una ventana a un mataperros que tira insistentemente una pelota contra una pared. Atraído por el sonido hipnótico de la pelota pegando contra el muro, se decide a acercarse al muchacho, quien después de una breve conversación, le revela que tiene su mismo nombre, Elmer, y una única ambición: llegar a fildear los flys como el caballeroso pelotero de los Industriales Javier Méndez en el jardín central. Sin embargo, avanzado en el trato, el muchacho, de tercer o cuarto grado, le revela otras “secretas” aspiraciones:

Yo voy a ser pelotero y ingeniero de televisores en colores —dijo, con toda su confianza. — Como pelotero voy a ir afuera y como ingeniero voy a ganar muchos pesos.

Cuando el niño comenzó, él estuvo a punto de acotarle que se decía pelotero e ingeniero, y luego, de comentarle que él había tenido a esa edad sueños similares, pero la conclusión

593 Todos los cuentos pertenecen al libro *Escribas en el estadio. Cuentos cubanos de béisbol*. Selección de Miguel Terry Valdespino y Francisco García González, Ed. Unicornio, San Antonio de los Baños, 2007.

final del muchacho le resultó demasiado genial para andar enmendándolo.

El oficinista, alejado del béisbol al extremo de ni siquiera frecuentar el estadio, encuentra en el niño a un *alter ego*, pues él también fue en su niñez y adolescencia una “promesa” en el juego de pelota, con aspiraciones de llegar a la serie nacional, pero una inesperada cadena de sucesos se lo impidió:

¿Tú sabes una cosa, Elmer? Bueno, no la sabes, pero deberías aprenderla. Yo también quería ser pelotero e ingeniero. Pero no soy ninguna de esas dos cosas. Cuando terminé el Preuniversitario no había la ingeniería que yo quería y ya había dejado la pelota para sacar mejores notas y poder estudiar esa ingeniería. Me imagino que no entiendes un carajo, pero te juro que yo tampoco. Ahora soy economista, no soy famoso y vivo en una casa que cualquier día se me cae arriba y de contra tampoco he podido ir a Australia, que después de la pelota y la ingeniería era lo que más quería en el mundo. Total, que se metan a Australia por el culo – dijo y se puso de pie. Descolgó la guayabera y observó al niño, que no podía dejar de mirarlo. Sintió miedo y confusión en los ojos de Elmer.

La confesión de por qué (el primigenio) Elmer no llegó a ser pelotero, cancelando así el sueño infantil de poder visitar algún día la Australia que describe Julio Verne en uno de sus libros de aventuras, nos ofrece la clave de esta narración:

Entonces lamentó haberle mentido al otro Elmer. Debió haberle dicho que estudió Economía porque bajó una orientación de que era necesario para el país y no tuvo valor para decir que no, tan buen estudiante como era, es un deber de los militantes, y decirle que dejó de jugar pelota porque en el Pre fue dirigente y asistió a todas las actividades, las reuniones, los círculos de estudio y no pudo clasificar entre los veinticinco peloteros de la provincia para la Nacional Juvenil y se mintió a sí mismo diciéndose que, total, la pelota no era tan importante. Pero, eso sí, como le decía su padre, siempre fue un joven consciente y podía estar orgulloso de eso... ¿Orgulloso de qué?

Lo más atrayente en el cuento de Padura es su naturaleza especular. Elmer tiene ante sí, como en un espejo del tiempo, su historia repetida

mil veces, la del niño que juega a ser pelotero, sin otra ambición que divertirse en la imitación de los verdaderos peloteros. Pero su destino fue otro, le tocó vivir la contraposición traumática entre el “deber ser” impuesto por la sociedad a las personas (en este caso necesitada de “recursos humanos” para construir el socialismo), y los deseos y sueños íntimos de esas mismas personas, pospuestos o frustrados en pos de satisfacer un imperativo social. La escena final parece querer decirnos que quizás aquel “sacrificio” no era tan importante, cuando el oficinista cubre de planillas, circulares y papeles la fotografía de su hijo (¿otro Elmer?) sobre el escritorio. Al asomarse por la ventana, el niño ha desaparecido. Solo quedan, como una visión, las marcas de la pelota en la pared y la gorra sudada del muchacho abandonada en la calle: “Pensó que debía bajar y recogerla, esperar a que Elmer regresara un día y devolvérsela y decirle entonces la verdad. Apagó el cigarro aplastándolo contra el piso y volvió a bajar las escaleras, a toda carrera. Debía recuperar la gorra. Quizás aquel Elmer pudiera algún día ir a Australia”.

II

En un ambiente alucinado, con un lenguaje deliberadamente alegórico y de cierta afectación filosófica, el joven escritor residente en Nueva York, Enrique del Risco, ofrece en “Posépica” (1994)⁵⁹⁴ una analogía entre la quiebra de ciertos valores fundamentales de la sociedad cubana, y la indiferencia de los jugadores en un partido de béisbol monótono y mediocre:

El quebranto de nuestra ética se distingue, incluso, en los menores detalles de la vida cotidiana como si cada gesto llevara consigo el germen de su disolución sin que exista voluntad capaz de restaurarla. En este sentido, por ejemplo, se puede ver en el desgano de los jugadores una escenificación de la ausencia nacional de deseo. Se nota sobre todo en el equipo anfitrión con el que simpatizo. Juega este con un desánimo increíble para una segunda entrada, por mucho que los contrarios hayan marcado ocho carreras al comenzar el partido.

594 Publicado originalmente en Enrisko (Enrique del Risco): *Pérdida y recuperación de la inocencia*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994, pp. 40-43. (El relato da título a la segunda sección de ese libro).

El de Enrisco es un humorismo inteligente, corrosivo, que incluso puede llegar a rozar el vitriolo verbal. Pero son la ironía y la parodia los recursos fundamentales de este texto, que se regodea en la apatía amoral de su protagonista, que además se involucra en el ambiente ilegal de las apuestas:

Consciente de dar un paso definitivo hacia mi degeneración total, acepto la nueva apuesta. Aunque vuelvo a ganar, mi vecino de gradas insiste en la próxima oportunidad ofensiva de nuestro equipo en la que, a costa del decadente juego de este, vuelvo a ganar. Sin embargo, no debo acusarme de avaricia si se tiene en cuenta que nuestro dinero ha perdido mucho de su antiguo valor.

El pretexto de las apuestas, subterráneas, pero frecuentes en los estadios, conduce al protagonista a la violencia contra otro apostador, quien resulta golpeado por diferentes espectadores. Se decreta de toda solidaridad o tolerancia hacia el contrario. La intervención de la policía pone fin a la trifulca, y el anónimo personaje es conducido esposado por los agentes, incrementando su desconfianza hacia los valores colectivos, pues los otros también eran culpables. Por alguna perversa razón que él ignora, los policías resultan ser orientales, es decir, “la región del equipo contrario”, y nada puede hacerse para cambiar su situación, pues el final del cuento, más allá de la ironía que recorre todo el relato, proclama un escepticismo iconoclasta:

Yo me dejo llevar mansamente. Lo único que puede tomarse como acto defensivo es el ofrecimiento de mis ganancias en las apuestas a cambio de mi libertad. Uno de ellos me rechaza con energía. De todas formas lo entiendo. Nada tiene que ver en esto la integridad moral, improcedente a estas alturas, sino una sana desconfianza hacia nuestra devaluada moneda. Es lógico, y, además, no me interesa, porque ¿puede afectarme acaso la prisión cuando se tienen la certeza de que la libertad es tan solo una quimera?

III

En una cuerda similar, donde predomina el humorismo y la parodia, se mueve la narración de Eduardo del Llano, titulada “Contra la

corriente". Aquí aparece el sempiterno Nicanor O' Donnell⁵⁹⁵ asistiendo a una consulta médica, motivado por su flagrante desagrado hacia las prácticas deportivas. En su explicación de semejante conducta "impropia", Nicanor argumenta que en realidad "no entiende" los rituales del músculo: "No puedo comprender un estadio lleno, gritando de entusiasmo o encabronamiento porque ocho tipos apalean mejor una bola de cuero". También le disgusta su falta de sensibilidad, pues: "El asunto es que la espiritualidad no cabe en un terreno deportivo. Un artista tiene un don, eso está claro. Un matemático también. Pero un deportista solo corre o da golpes mejor que el hombre común. Y eso, usted me dirá qué tiene que ver con la humanidad".

Los argumentos del Doctor, en el sentido de que en el deporte se trata de una lucha estratégica donde se imponen los mejores, le provocan recelos a Nicanor, pues se expresa en palabras de una terminología "bélica". Sin embargo, su verdadero problema estriba en que, a veces, el alma de Nicanor emigra hacia el cuerpo de un pelotero "enfrentado a una situación crítica". El béisbolista en cuestión pertenece al equipo Industriales, el más querido y odiado de los conjuntos cubanos de pelota de los últimos cuarenta y cinco años, y en el momento clímax del juego, poseído del alma de Nicanor, conecta un jonrón.

Preguntado por el médico sobre el destino del alma del pelotero, Nicanor le responde que tiene dudas sobre "si los peloteros tienen alma", pero sospecha que como su cuerpo se desmaya, el ánima del jugador se sienta en las gradas a disfrutar del partido. Una nueva pregunta conduce al tema del éxodo de jugadores, quienes se dirigen preferentemente a probar su talento en el más exigente circuito de béisbol organizado del mundo: las Grandes Ligas de los Estados Unidos. Sucede que "el alma" de Nicanor tenía un pelotero predilecto, "...pero se fue del país. De hecho, creo que fue gracias a mi alma que se convirtió en una estrella de las Grandes Ligas. Pero la cosa no funciona a tanta distancia, así que ahora tiene que arreglárselas solo".

En el desenlace del cuento, el médico comprueba en la práctica los poderes de Nicanor sobre un pelotero industrialista, que le da la victoria a su equipo conectando un cuadrangular en un juego televisado. Nicanor le pide "respaldo científico" a su metempsicosis,

595 Protagonista del libro de Eduardo del Llano: *Los viajes de Nicanor*, Ediciones Extramuros, La Habana, 2000 y de varios cortometrajes.

pues su decisión está tomada de antemano: “Pienso hablar con la dirección de Industriales para ponerle precio a mis intervenciones. En definitiva, son lo que son gracias a mí”. El médico le recuerda en ese momento su desagrado por el deporte, a lo que Nicanor responde con “financiera” rapidez: “Lo aborrezco. Pero sería tonto no sacarle provecho”.

Al final de este divertimento descubrimos que el médico de Nicanor es un siquiatra, seguidor del gran rival de Industriales en la zona occidental, el equipo de Pinar del Río, quien recomienda internar a su paciente e impedirle que vea radio ni televisión cuando juegue el equipo azul, y entonces murmura para sus adentros. “Pinar del Río campeón”. El eterno tema de la rivalidad entre regiones, muy enraizado en el imaginario de los fanáticos cubanos, encuentra aquí uno de sus más hilarantes homenajes.

IV

“Hoy almorzaremos con el Duque”, de Amir Valle, traslada el escenario de su relato hacia los Estados Unidos, específicamente hacia Miami. A diferencia de las anteriores, es esta una narración fuerte, dramática, donde se abordan de modo desgarrado cuestiones como el exilio, el desarraigo y la fractura producida en la historia de la pelota cubana por el triunfo revolucionario de 1959. El protagonista, Demetrio Ruiz, es un coleccionista de fotografías, en muchas de las cuales aparece su imagen junto a la de peloteros famosos de diferentes épocas, dentro y fuera de la Isla, como Manuel Hurtado, Braudilio Vinent, Antonio Muñoz, René Arocha, José Ariel Contreras, Orestes Miñoso y Edmundo Amorós.

En su casa, conocida por su colección de memorabilia como “El templo del béisbol”, invita a almorzar a uno de sus ídolos, el gran pitcher de los equipos Industriales, Expos de Montreal, Yankees de Nueva York y Medias Blancas de Chicago, Orlando *Duque* Hernández. En el relato, la primera reflexión de Demetrio es de asombro ante lo “blaqueado” que está su huésped, convertido en millonario (no olvidemos que el Duque ha jugado en franquicias muy poderosas económicamente y además su éxito como lanzador lo ha llevado a la conquista de cuatro series mundiales), y añade algunos comentarios de típico racismo cubano sobre este punto.

Luego el narrador introduce un tema crítico en el béisbol cubano actual, y por extensión en el de las tirantes relaciones de aquel con la pelota profesional estadounidense. Este asunto no es otro que el de los peloteros que deciden abandonar el país, ya sea legal o ilegalmente, y el calificativo de “traidor” o “desertor” que le impone el discurso oficial. Un Duque nervioso, pero seguro de sus palabras, trata de explicar a su anfitrión su particular visión del asunto, y por qué tomó la decisión de abandonar su patria: “Te exigen como pelotero que llegues a lo máximo [...] Y no reconocen que las Grandes Ligas son lo máximo para un pelotero... vaya, que están hechas para que los cubanos brillen de verdad, ¿no es algo enredado?”.

El problema, ya lo sabemos, no es tan simple como eso. Sin embargo, no es el pelotero quien ofrece explicaciones en este relato, sino el propio Demetrio, quien ante una pregunta del lanzador realiza un recuento de su vida, desde la niñez en que no alcanzaba a comprar los clásicos juguetes “para varones” en Cuba, un bate y un guante, y era rematadamente malo jugando al béisbol, algo imperdonable para un infante de la Isla. Esta fatalidad de no ser bueno en el juego de pelota, llevó a Demetrio a descargar su ira contra un sargento mientras cumplía el Servicio Militar. El oficial despótico se burlaba de él o lo castigaba por su ineptitud béisbolera, y en medio de un juego lo amenazó con violencia, hasta que Demetrio, cansado de ser humillado, lo mató de un batazo en mitad de la frente. Luego cumplió su condena y emigró por el puerto de Mariel en 1980, algo que también hicieron peloteros consagrados, como el industrialista Bárbaro Garbey. La inevitable añoranza se apodera de los dos comensales cuando empiezan a recordar cosas de Cuba, familiares y amigos:

Seguro te dicen que estás tratando de traer a Cuba contigo — siguió diciendo el Duque, y su voz era pausada, casi doctoral—. Es un disparate. Un chino se va de su país, comienza a coleccionar lámparas de papel y le dicen que eso es bárbaro, que así las tradiciones se conservan, toda esa basura. Un cubano se va y comienza a coleccionar cualquier cosa, cucharitas de plata, bolígrafos, piedrecitas, lo que sea, y entonces se bajan con el lío ese de la nostalgia.

Demetrio le cuenta como las fotografías de su colección le han servido de puente a una generación anterior, la de los peloteros profesionales de los años cuarenta y cincuenta, para conocer a los

jugadores cubanos contemporáneos. De esta manera Orestes Miñoso, en una visita al Templo, descubre imágenes de Víctor Mesa y Omar *el Niño* Linares. Según recuerda, Miñoso había dicho que le causaba tristeza ver aquellas fotografías, y en este punto interviene de nuevo el Duque, retomando una idea anterior, ahora con un visible cansancio: “Es un disparate – vuelve a decir el Duque y bebe el sorbo final del vaso de jugo –. No nos pueden quitar la memoria, pero Cuba sigue allá. En buen cubano: nos han jodido, compadre”. De pronto, el monólogo del Duque se desvía por un atajo de mal disimulada vanidad: “Cuando me quedé – comentó en voz muy baja, las palabras marcadas por una tristeza muy cercana al dolor y a la impotencia –, un comemierda dijo que dejaría de ser cabeza de león en Cuba para convertirme en cola de ratón acá, en las Grandes Ligas. Se cogieron el culo con la puerta”.

Esta demostración de orgullo herido se calma un poco cuando reflexiona sobre su destino, unido ahora al de Miñoso, Amorós y tantos otros. Señalando a Miñoso dice: “Ese que ves ahí me dijo una vez que los cubanos nos hemos pasado la vida dividiéndonos, atacándonos, en vez de intentar comprender que cada uno tenía sus razones, sus sueños. Tiene razón. Supe en carne propia lo jodido que es que un hermano te llame traidor por equivocación o conveniencia”. Pero el tono final de sus palabras no es de amargura o resentimiento, más bien refleja el desamparo de un gran pelotero sin país, que quizás todavía ansíe jugar en algún equipo con el nombre de Cuba. Por eso acaso se justifique esta conclusión final:

¿Me guardas un secreto, Demetrio? –le soltó sacándose de un bolsillo las llaves del auto. No tuvo necesidad de contestar. Sabía bien que el tono de la pregunta indicaba una sola cosa: la confesión vendría de todos modos–. Todavía lloro como un cherna cuando el equipo Cuba gana un torneo contra los americanos – dijo el Duque, y sonrió, bonachón, tímido.

V

El tema del béisbol y el Eros, tan antiguo como el juego mismo —recoremos la famosa pregunta de Wenceslao Gálvez y del Monte “No

es muy varonil eso del bats y las pelotas⁵⁹⁶ —es abordado en estos cuentos desde diferentes ópticas: el machismo, los equívocos sexuales y la homosexualidad. El texto de Carmen Hernández, una de las pocas escritoras cubanas que ha abordado el “tema deportivo” (por llamarlo de algún modo, ya veremos que lo deportivo aquí no es más que un pretexto) en la literatura cubana, se titula “Final de juego” y en su anécdota central es posible leer una crítica a la representación tradicional de los roles de género, manifiesta en la oposición de los personajes “pelotero-hombre-macho” y “escritora-mujer-hembra deseada”.

De igual modo, el encuentro de una literata, despechada y cansada de aventuras con amantes intelectuales (a los que denomina “el gótico” y “el sátiro”), que se decide a probar suerte con un pelotero de su equipo favorito, al que llama burlonamente “el nómada”, nos pone de nuevo ante la falaz disputa entre cultura de “élites” y cultura “popular”. Es decir, a la protagonista no solo le gustan los peloteros, sino que incluso disfruta esa diversión, supuestamente propia de las clases populares, que es el béisbol. El encuentro amoroso entre ambos se produce en un lugar equidistante de sus respectivos escenarios vitales, una discoteca, y luego, como es natural que suceda, terminan en la habitación del deportista:

Y allí mismo me empaté a bailar con el *catcher* de mi equipo. Cariño, debo explicarte que el *catcher* es el que agarra, el receptor, el que se pone detrás del bateador y delante del umpire, (que es el señor al que siempre putean). Bueno, empezamos a bailar (el tipo baila fatal), para qué decirte, yo encantada, porque él está muy bueno (cuando jueguen en la tele, fíjate). Me dijo que siempre me veía en el estadio y que se había fijado en mí, esas boberías que habla la gente cuando está bailando. Entre danza y danza, y entre trago y trago, mi *catcher* empezó a apretarme y yo a dejarme. El *dancing*, por supuesto, a media luz, y otras veces a luz ninguna. Me invitó a su habitación y yo, de puta que soy, fui.

Al inicio, el jugador, catcher por más señas (la posición de receptor no nos parece aquí nada casual, pues se trata de una posición ambivalente, por un lado el estar en cuclillas nos recuerda una posición sexual pasiva, de sometimiento; por otro, es el encargado de “coger”

596 Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Base Ball en Cuba...*, p. 23.

constantemente la pelota y también, en cierto sentido, de “dirigir” el equipo, pues es el único que está de frente al resto de los jugadores) no había reconocido a la escritora en la oscuridad de la sala de baile, sin embargo, una vez que logra identificarla su conducta cambia y trata de impresionarla:

Me dijo, ay, pero si tú eres fulanita no sé cuántos, yo te he visto, tú eres escritora, y yo acordándome de Virgilio Piñera y del mulato y de ponte la ropa y lárgate. Ese hombre tan precioso que me estaba diciendo la mar de cursilerías y explicándome cómo pone la mano y el brazo y el pie y hasta el ano, para batear, se acoquinó de pronto, y le entró la bobería de que le dijera un poema [...]. Y yo, que no mi santo, háblame tú que lo que más me gusta en este mundo es la pelota y la de alegrías y sofocones que he pasado viendo los juegos, y por tu madre, papito, que lo que yo quiero es que me hables de la pelota, del bate, de la mascota, de los hijos de la gran puta de los árbitros.

No podemos menos que celebrar el ingenio con que la escritora soluciona la situación embarazosa, poniendo en un mismo plano la fatuidad del pelotero, y la remembranza de las respuestas que solía dar el dramaturgo Virgilio Piñera a sus rudos amantes, estibadores de los muelles o camioneros. Sin embargo, aquí la narradora invierte los papeles: es ella la que no quiere que le recuerden que su universo es el de la literatura, su lenguaje imita el habla soez de los peloteros (tradicionalmente asumidos como personas de un bajo nivel cultural); y busca por todos los medios de que el béisbolista converse del mundo áspero y enérgico de la pelota, y que la posea con pasión, en un frenesí sexual donde, al igual que en el terreno de juego, es válido usar una cierta violencia:

(...) y él que no, por favor (fíjate) por favor y todo, tú una mujer tan culta y tan literaria, qué es eso tanta pelota, que yo soy un guajiro, mi santa y me hace falta un pulimento para cuando vaya afuera porque tú sabes que yo soy a ser el mejor quécher de Cuba, caramba qué bueno, otra vez la pelota, pero ni lo pienses, Barbarita, porque puedo decirte Barbarita ¿eh?, yo no quiero hablarte de eso. Analiza, Pabluchito mío, después de diez, doce rones, cuando el cuerpo, sobre todo mi cuerpo, mi cuerpecito, adolorido, magullado, pisoteado, está aptísimo para un buen tope, para tremendo *body to body* con aquella muralla, la mierda

del poema y de la escritura. No, mi amor, yo no tengo nada que decirte, ni me sé un poema, el único poema que hay aquí esta noche, eres tú, tu bateo, tus cogidos robando.

Llegados a este punto de clímax erótico, algo que quizás sospechábamos desconcierta al lector (sobre todo si se trata de un lector masculino). El supermacho, el hombre a todo, el que no puede fallar, de pronto sorprende con la confesión de que no logra tener una erección:

[...] pero aquello nada de nada porque nunca he estado con una mujer como tú, mi reina, y estoy complejista, es una ordinariez, vaya, una grosería, pero el caballo no camina. Y yo, carajo, que lo que necesitaba en ese momento no era ni más ni menos que un caballo, un buen caballo, un caballísimo, el sumun de los caballos, el caballo de Troya, el caballo cósmico. Se quería morir de la vergüenza [...] y yo pues lo consolé, le dije no importa, mi macho, eso le pasa a cualquiera. Insistió en acompañarme a mi casa, y me hizo prometerle que al día siguiente iba a estar en el estadio, en el mismo lugar de siempre. Lo jodido fue que cuando me dio un beso se despedida, el caballo...

El desenlace de esta historia se produce, no en el lecho de la escritora, sino en el templo béisbolero, donde el catcher alcanza el punto más bajo de su caída. Allí debe pagar la humillación sufrida por su veleidosa hombría, recibiendo pelotazos y permitiendo robos de base, hasta que, cumplido el tiempo de su deshonor, se dispone a lavar su imagen conectando un jonrón enorme delante de la mujer agraviada. El símbolo fálico por excelencia de la pelota, el bate, es aquí el sucedáneo del sexo del pelotero, y la reivindicación de aquel se produce a través de una alegoría un tanto previsible del orgasmo, es decir, ganar un juego en su punto de clímax, con un cuadrangular con las bases llenas.

“Rito —le grité— eso le pasa a cualquiera, dale que tú eres grande” (Pabluchó, parecía una película de Kevin Cosner, yo de pie, al final del juego, él bateando, digo, tratando de batear, que no es lo mismo), se volvió hacia mí en cámara lenta, un *big close up* de su rostro me dijo “este jonrón es para ti”. El pitcher le hizo una burla, entonces fue mi jugador el que se tocó las pelotas. Yo tiré mi echarpé y mi boina al terreno. El arbitro me gritó “si no te estás tranquila, llamo a la policía y te mando a

prender”, también le hice una seña muy grosera. El pitcher se cansó, y lanzó una bola pegada al piso, pero así y todo mi hombre le tiró y la cogió. Pablucho, desde el principio supe que era una jonrón, creo que no ha caído.

El final del relato, sin embargo, deja a un lado esta apoteosis béisbolera, y la escritora vuelve a los brazos de su amante inicial, Claudio, mientras que el pelotero, una vez liberado, por obra y gracia del jonrón, de su complejo de culpa, la ve alejarse resignado, y la despide con un beso. Desde entonces, concluye la autora con un guiño cómplice, no le han robado más bases ni le han dado más pelotazos...

VI

El tema de la homosexualidad en el mundo de presunción y narcisismo machista que es el béisbol, tratado por David Mitrani, tiene un antecedente ilustre en la obra teatral “Take me out”, original de Richard Greenberg. En aquella, el protagonista es el típico superhéroe fabricado por la cultura de masas estadounidense, famoso y querido por los seguidores de su equipo; que revela con orgullo su inclinación homosexual y paga la osadía de su autenticidad con la muerte, pues resulta víctima de un pelotazo en la cabeza durante un partido.

En el relato de Mitrani, titulado “Estás hospedado aquí”, la fábula recrea un juego de ambigüedad y equívocos sexuales, donde la legitimidad del goce homosexual, tomando como pretexto la figura del pelotero, es analizada a partir de los prejuicios discriminatorios de un exaltado seguidor de un equipo de béisbol. El texto se inicia con la coincidencia, en el *lobby* de un hotel, de un poeta invitado a leer su obra en provincia y un grupo de peloteros. El poeta es un escéptico sobre los valores del juego de pelota comparados con los de la literatura (“*Pelotero* ¿qué significa tan efímera palabra ante la grandeza de escribir un poema?”), sin embargo, no puede sustraerse a los olores fuertes que emanan de las axilas de los béisbolistas. Finalmente, después de algunos guiños, consume su deseo erótico con uno de aquellos rudos deportistas. Este desliz del “macho” es contado por el poeta a la novia (una anciana poetisa) de un fanático homofóbico (ingeniero de profesión), quien indignado por la “conducta indebida” de uno de sus ídolos, se dispone a descubrir la identidad del atleta depravado.

Soy un hombre lleno de prejuicios y, peor, un adicto al béisbol, y este equipo — el que ayer irrumpió en el hotel — es *mi* equipo, el que admiro, sigo y aplaudo. Soy físicamente rudo, campeón universitario en el estilo wado ryu, amo las películas de comando y tengo un talento especial para memorizar estadísticas béisboleras. Obvio, superfluo, describir la indignación que me produce saber ciertas cosas. Prefiero limitarme a informar que me he propuesto descubrir quién es el pervertido.

Para lograr su objetivo, el fanático simula un ademán homosexual, y va consumando sucesivos galanteos con cada uno de los peloteros, en su afán de descubrir al impostor.

Estoy listo para la caza. Los atletas ya están solicitando las llaves de sus habitaciones. Me dejo ver. Llevo el pelo alborotado, *jeans* azul, ancho, camisa arremangada hasta el codo y una argolla en la oreja derecha. El *short stop* pasa por mi lado; como anticipábamos, apenas se fija en mí. Después de un rodeo, también me acerco a la carpeta. Camino con paso galante, cabeza erguida y perfumada.

Esta operación de simular una actitud amanerada se complementa con un estilo que remeda las novelas detectivescas:

Es hora de saber quién es. Me vuelvo. Lo suponía. La primera base es una posición sedentaria, la mayoría de los que la juegan echan discretas barrigas, solamente un *catcher* se cansa en un partido de béisbol, solo él debe estar acuclillado por más de dos horas, sometido, además, al estrés de dirigir el picheo, ubicar a los *outfielders*, vigilar a los hombres embasados. Entonces, frente a mí tengo al *catcher*. Sería precipitado afirmar que el pervertido es él. Preferiríamos decir: parece serlo. Porque el sujeto quizás desee un acercamiento puro y todo no sea más que un mal entendido y el verdadero culpable sea uno de los otros.

Un receptor (de nuevo esta posición es clave para ilustrar una cierta ambigüedad sexual, explícita en su posición agachada detrás del bateador y delante del árbitro, su misión de “coger” la pelota, etc.) se le acerca para pedirle uno de sus libros (además de gay, también ha fingido que es un escritor, estableciendo una analogía tópica) y la espontaneidad de tal petición le provoca remordimientos al ingeniero,

quien se siente culpable de haber sospechado de sus admirados peloteros: “Mientras converso, reflexiono y siento que el *catcher* puede no ser un perverso, que tal vez la literatura le interese y que, además, admire al escritor que estoy fingiendo. Sería un gran alivio que fuera así. Solo existe el inconveniente de que no soy escritor sino un tipo que desea propinar un castigo”.

El “castigador”, decidido a golpear al primer pelotero que le hiciera una proposición “indecorosa”, de pronto se siente sorprendido por su “frivolidad”, pues ha estado frente a un receptor estrella y apenas lo ha felicitado. Resuelto a compensar al *catcher*, piensa en revelar su identidad y congratularlo con uno de los libros de su vieja amante. Entonces sube a la habitación de aquel, donde se encuentran reunidos un grupo de atletas en calzoncillos y con cara de borrachos. Al final, el ingeniero deviene de victimario en víctima de su candor (o de su presunción intelectual); al llegar al cuarto de los jugadores, el petulante orgullo de estar con (entre) ellos, se transfigura en la zozobra que lo invade cuando nota que aquellos lascivos peloteros se disponen a saltar sobre él...

Me reciben con una cordialidad ofensiva. Sin embargo, estrecho la mano de cada uno. Son siete. Antes hubiese sentido orgullo por el histórico encuentro, ahora la zozobra se apodera de mí. Los dos metros y trescientas libras del primera base se han apostado en la puerta. Los demás, de pie y babosos, me rodean. Sé que de nada valdría insistir en reivindicarme, de nada expresar mis conocimientos estadísticos sobre béisbol. Cuando el *catcher* comenta: “No se los dije, que la paloma caía”, arrimo la espalda a la pared y subo la guardia, dispuesto a defender mi honra.

VII (Inning de la suerte)

José Ibar es, para los seguidores del béisbol en la provincia La Habana, lo mismo que alguna vez fue para los orientales Manuel Alarcón o Braudilio Vinent, o para los villareños Aquino Abreu, o para los pinareños Rogelio García. Es decir, un mito viviente, un lanzador que cuando se presentaba en buena forma era capaz de rozar los límites de la perfección en la “loma de los suspiros”, y al que en sus mejores días parecía rodear un aura de invencibilidad, con sus lanzamientos

cortándoles el aliento a los bateadores contrarios. De cualquier modo, ahí estaba su apodo de “El cuchillo de San José” para infundir respeto.

¿Qué podría suceder el día que el astro perdiera algún partido? Sin duda, una pequeña catástrofe. Y eso es exactamente lo que narra Francisco García González en su relato “El día que perdió José Ibar”. El cuento se inicia con una anécdota escatológica: al protagonista se la quedado dentro de su cuerpo un aditamento de una sonda, de las que se utilizan para realizar análisis gástricos. Esta extraña situación, sin embargo, no le impide posar desnudo junto a su amante (Akrimay) y un amigo (Denis) para una fotógrafa (Pilar). Mientras esto sucede, el juego entre La Habana y el débil equipo de Cienfuegos está a punto de comenzar no lejos de la casa: “El pueblo aguardaba engalanado por el as. No se hablaba de otra cosa. En el estadio los niños comían maní, gritaban, inflaban preservativos. El Cienfuegos aguardaba. José Ibar era mi ídolo. Eso nada más lo sabían mi madre y Akrimay”. Paralelo al juego, se despliegan en el improvisado estudio una sucesión de imágenes veladamente eróticas:

Rolling al box luego de dos *strikes* sin bolas y ponche al bateador anterior. El Cuchillo retiraba a los dos primeros bateadores del Cienfuegos. Fly al center field, de frente a las manos del jardinero. Reventaron los claxons y las ovaciones del público. Pilar continuaba en pos o a través de los rayos del sol y siempre detrás de Akrimay. La exposición sería un éxito, lo dábamos por sentado. Pilar insistió en el vientre hinchado de Akrimay. Me alejé de la ventana con hombres en todas las almohadillas. Seguí con la vista a las dos mujeres. Akrimay obedecía las indicaciones de Pilar. Creo que a Pilar también le gustaba Akrimay o tal vez era mi temor.

Inspirado en su admiración por el lanzador, el protagonista comienza entonces a realizar asociaciones entre sus juegos eróticos con Akrimay y el pelotero, y nos enteramos que uno de esos retozos incluía escribir en la espalda de su amante el nombre de José Ibar. El apelativo de José tenía la virtud de evocar en Akrimay a un antiguo amor, y en el recuerdo de sus hazañas sexuales (actividad física tan legítima como el deporte) se produce el orgasmo. Premeditadamente, el protagonista ha tatuado en la piel de su amante su propio placer, trasladándolo del áspero terreno de pelota al mucho más agradable cuerpo de la muchacha. Luego marcha hacia el estadio a disfrutar de otro triunfo (otro orgasmo) de su ídolo, pero la advertencia de un apostador se le insinúa como un presagio adverso.

En medio de la narración, hay un fragmento de una posible entrevista a Cheo Ibar. Una conversación diferente a las habituales que suelen tener los periodistas deportivos con los astros del béisbol, donde se mezclan las fantasías sexuales del personaje con los prejuicios machistas del lanzador:

Cheo, respóndeme sin que te quede nada por dentro, ¿cuándo las cosas te van mal no sientes que tienes la pinga más chiquita que de costumbre y que el uniforme te queda mal o que eres más feo que los demás peloteros? Cheo me mira, ¿Qué tú dices, asere...?, Olvídalo, brother, metafísica pura, ¿Meta qué?, Y sin pensarlo le pregunto si él sabe qué es una oliva, Como no sabe de qué se trata le explico, ¿Así que tienes algo en las tripas que no es tuyo y vale veinticinco faos?, Y para rematar le pregunto si él sería capaz de posar encueros para una foto, aunque no sea porno, El Cuchillo me mide, ¿Qué bolá contigo, chama?, Metafísica pura Cheo, Yo estudié física, pero esa meta, socio no hay manera que me acuerde...

Luego regresa el narrador a su relato, saturado de una sexualidad delirante, pues otro de los participantes en la sesión de fotografías, el llamado Denis, “escribía una saga de cuentos en las que el héroe, un soldado mambí, negro de descendencia lucumí, libre, católico, llamado Mongo González, violaba a bisoños reclutas españoles a los que luego decapitaba”. Seguidamente, comienzan a trenzarse (en un tono irreverente y alucinado al mismo tiempo) las peripecias carnales de los personajes con múltiples discursos afines al imaginario nacionalista: el de los versos de José Martí (“Los zapatos de rosa”), el de los cuentos de Enrique Labrador Ruiz (“El gallo en el espejo”), el de la historia como sacrificio ante la patria (hay un periódico en el cuarto con un titular que reza: “Por mí, no esperaré la Patria” y otro con el titular “Adelante”), y todo este carnaval de imágenes turbadoras está contrapunteado con la debacle del equipo local y la derrota de su astro:

Como tantas otras veces me dolió admitir que era un fanático del béisbol. De los perdidos. De esos a los que un triunfo de su equipo los pone eufóricos y con deseos de fornicar; y en su lugar una derrota les deja un zumbido en la cabeza, sin ganas de comer, mirando que la mujer que tiene al lado es poco apetecible y no importa que los traicione o lo que sea. Estaba enfermo. Pero, ¿para qué sino son los deportes?

Al final, la narración escatológica, el juego sexual y el desafío de pelota encuentran (cierto) sentido para el lector, cuando sabemos que el fanático ha logrado recuperar el pedazo de sonda que tenía alojado en su intestino, y que tomando en cuenta su elevado valor en el mercado, decide obsequiarle la oliva de platino a José Ibar, como una suerte de amuleto o resguardo. Pero la tentativa se frustra, pues el ómnibus que conduce a los peloteros ya va en marcha, y casi lo atropella cuando pasa por su lado...

La ironía, el sarcasmo y la parodia que desborda este relato, nos pone ante una manera diferente de asumir el juego de pelota en la literatura cubana contemporánea. Agotado el repertorio de imágenes solemnes y las gramáticas del homenaje, los escritores prefieren jugar y divertirse también con sus textos, del mismo modo que lo haría un pelotero talentoso y parrandero, como un Adolfo Luque o un Víctor Mesa. Este desparpajo de la escritura no quiere decir necesariamente que se traten de temas frívolos, o que se busque escandalizar al lector con escenas "subidas" de tono. Antes bien, el relajo, el sexo y lo erótico son categorías inseparables del juego de pelota, desde los días tempranos en que nuestros antepasados solían vestir atrevidos trajes ceñidos al cuerpo, bailaban voluptuosos danzones al terminar los partidos, y se perdían después en las malezas, detrás de las glorietas, con sus fogosas doncellas...

VIII

Orestes Kindelán, El Tambor Mayor de la Conga santiaguera, era un receptor de mediocres facultades hasta que se consagró como el mayor jonronero en la historia del béisbol cubano de todos los tiempos. Su marca de 30 jonrones en la Serie Selectiva de 1986 fue durante más de veinte años el récord absoluto de vuelacercas en un torneo insular de primer nivel. Sus 487 jonrones, que pudieron ser más de 500 si un retiro apresurado y arbitrario no los hubiera cancelado, son una cifra demasiado lejana para cualquier bateador cubano en activo. Pero de Kindelán no solo se recuerdan sus jonrones, sino también su fuerte temperamento y su proverbial negativa a conceder entrevistas.⁵⁹⁷

597 La explicación de Kindelán sobre las causas de su apresurado retiro y su reticencia a conceder entrevistas a la prensa puede verse en: Damián

Alberto Garrido, en su relato “El hijo del Tambor Mayor”, utiliza la figura del ícono beisbolero para contar la anécdota de un niño desafortunado, hijo de un padre alcohólico y violento, y de una madre torturada por la vida. Este Kindelán del relato no solo es el jugador favorito del niño, sino que se convierte, en la conversación con unos mataperros apodados los Mellizos, en un ser mitológico en la mente del infante.

Los Mellizos cambiaban la voz para contarnos que en las noches de luna llena enterraban a niños acabados de nacer, porque nueve meses antes dos primos Kindelanes se habían puesto a hacer cositas y allí estaba el escarmiento, un rabito enroscado en el recién nacido. Tenían que enterrar a los fenómenos y taparles los ojos con tierra de cementerio antes que el sol les alumbrara la cara. Los Mellizos me habían dormido con el cuento de los fenómenos y el apellido, porque la verdad es que Kindelán era el Tambor Mayor, y menos mal que no nació con un rabito enroscado.

Pero para el padre, perteneciente a otra generación y con unos horizontes deportivos que se extendían más allá de las fronteras de la Isla, el mejor bateador no era Kindelán, sino Rafael Palmeiro, un zurdo que jugó durante años para los Orioles de Baltimore y los Rangers de Texas, y que en veinte temporadas (1986-2005) acumuló la cifra de 569 jonrones, entre los diez primeros de todos los tiempos en ese importante departamento. En este punto, la admiración por el pelotero sirve de *leit motiv* para un desplazamiento hacia el tópico de la imposibilidad que muchos aficionados cubanos padecen, de no poder seguir normalmente los acontecimientos del campeonato de béisbol de las Grandes Ligas.

Recuerdo a mi padre dándole para acá y para allá a la agujita del radio Vef, buscando La voz de las Américas, con la oreja pegada, que seguro juegan los Marlins contra los Yanquis y los Marlins se van a sacar la espina aunque los Yanquis sean el mejor equipo de la Liga Americana. Pero después de muchos intentos mi padre es una bola de sudor, y no ha podido

D’Averhoff: “Orestes Kindelán. Suena el Tambor Mayor”, *Bohemia*, La Habana, 26 de agosto de 2011, pp. 8-12.

sintonizar el radio y lo tira y dice, se ve que el muy maldito es ruso; por eso no se coge ninguna emisora norteamericana, que en Rusia hasta los radios fueron comunistas y hubieran seguido siéndolo si el gordito calvo de la cagada en la frente no los hubiera puesto a cagar pinol. Y se veía que su rabia contra los comunistas y los aparatos rusos era porque no había podido oír su dichoso juego de Las Grandes Ligas y no sabía nada de su ídolo, Rafael Palmeiro.

Para el niño, sin embargo, si Palmeiro era el mejor pelotero de las Grandes Ligas, Kindelán era el mejor del mundo, pues una tarde de domingo le había regalado, sin saberlo, un pequeño tesoro: una pelota que había traspasado los límites del estadio por uno de sus descomunales batazos. Su ilusión más íntima era la de tener un padre famoso y querido como Orestes Kindelán, en lugar de uno borracho y anónimo, al que:

Nunca lo llamarían por su nombre para que fuera a la caja de bateo. Nunca se escupiría las manos ni se arreglaría los guantes y la gorra. No metería una tiza por encima de tercera, ni se tiraría fuerte en jon para que el ampaya cantara seife. No se pondría en el conteo de tres y dos, ni miraría al pitcher con cara de ponla por ahí, pendejo. No la botaría por encima del techo del Guillermon, ni le daría la vuelta lentamente al cuadro con un puño levantado, bajo el trueno dulce de los aplausos.

Luego, la violencia explícita en este el relato continúa, con una pelea entre los Mellizos y el muchacho, provocada por la necesidad de demostrar si aquellos mentían en lo relativo a su filiación con Kindelán, y si era cierto lo de los rabos enroscados de su descendencia. La prueba suprema de que uno de los dos bandos tenía la razón, era poder enseñar algún atributo relacionado con Kindelán que les perteneciera, y aquí el muchacho recurre a su pelota apócrifa. Para que no quedaran dudas, falsifica la firma del pelotero y se auto dedica la bola. Sin embargo, el desenlace de esta historia se complica cuando la pelota golpea el auto de un hombre con cara de "jefe", quien exige una compensación y provoca la desesperación de la madre. Esta termina pegándole fuego a la casa con el marido adentro y la escena final es de desolación y desamparo, juntándose la desgracia del muchacho con la pobre actuación de su ídolo: "y me acordé de

la pelota del Kinde, el único regalo que me habían hecho en mucho tiempo, y uno de los policías le preguntó a un vecino que tenía un radio pegado a la oreja cómo estaba el juego, y el vecino escupió y dijo que las auras estaban perdiendo y, para colmo de males, al Tambor Mayor lo habían ponchado dos veces”.

Garrido, en esta evocación desesperanzada, parece decirnos que a veces no basta con la “magia” protectora del béisbol para evadir los problemas de la vida cotidiana. El refugio momentáneo en los placeres del juego, también puede traducirse en desgracia.

IX

La reconciliación imposible entre el pasado y el presente, el fracaso de una vida signada por sucesivas decepciones y la consumación de una venganza, constituyen de algún modo la materia sórdida que da vida al relato de Antonio Armenteros “Lo perfecto del Jazz”. El cuento se inicia cuando dos recogedores de basura (uno negro y otro mulato) en el Estadio Latinoamericano (antiguo estadio del Cerro), se percatan de la presencia en las gradas de un hombre blanco que mira absorto hacia el terreno. La primera reacción de los empleados fue de recelo, y luego de burla hacia el contemplativo personaje:

—¡Oyeeh, este tipo no sabe que Marquetti la botó hace como dos horas ya! Los Industriales le dieron la vuelta a la ciudad y deben estar en el primer inning, pero de la susna...! Los Vegueros deben estar metiéndole mano al cabo de San Antonio. Mira que ya es domingo y si no llego temprano la negra va a pensar que estoy en otra movida y cuando se imagina o se huele algo me recoge los bultos y me pone a dieta, acere. ¡Oyeeh que tipo pa’ buscarnos problemas, compadre!

Un giro en la narración nos pone ante los recuerdos del ensimismado fanático, un estudiante de arquitectura que desde los años cincuenta había descubierto el encanto de “lo negro”, lo mismo en las mujeres, que en la perfección de sus deportistas, que en la mística de los ejecutantes de jazz. En aquella Habana deslumbrante de prostíbulos y garitos, descrita magistralmente por Cabrera Infante en sus novelas, el arquitecto se aficiona al béisbol, la vida nocturna y las descargas de jazz, al extremo de compararlas con un jonrón o con hacer el amor con dos mujeres al mismo tiempo.

Por esta época, recuerda el proyectista: "...descubrimos a los Almendares, de la liga profesional cubana, se veían más *team* que los del Habana, Mariano o el Cienfuegos. Me agradaban los Almendares, al extremo de poder decir de memoria su score más funcional y famoso". Luego vino la Revolución de 1959, el éxodo de su familia y la liquidación del béisbol profesional. Entonces escogió hacerse seguidor del equipo Industriales "amateur": "porque su uniforme era azul y porque representaban a la capital y porque no tenía otra opción".

El desajuste emocional y laboral provocado por el cambio de sistema social, y la consiguiente frustración, encontraron una válvula de escape en las apuestas, prohibidas pero no desaparecidas del todo:

La familia perdió su negocio de construcción con la nacionalización, fueron confiscados, algunos miembros se fueron pa' el carajo y él no logró terminar los estudios superiores —, después ganó mucho más en las apuestas deportivas y mandó pa' la pinga a todo el aparato burocrático-estatal, esperando por el arribo de la noche para llegarse al Estadio. Sus Industriales ganando campeonato tras campeonato se convirtieron en un equipo fuerte, con una buena maquinaria de juego y tuvo que sacrificarse y apostar a hechos elementales como por ejemplo: ¿A qué da un flay, voy a un rolling, bola, ponchao, strike, se la roba, jit, es out, o jonrón, etc...? Según la situación del juego o las características del pelotero, así amasó una pequeña fortuna.

El modo hacer las apuestas por los tahúres en las gradas es descrito de la siguiente manera:

Las cosas iban bien con el juego y la apostadera, dándole carreras al contrario y ganando al final, si se acercaba un uniformado por el pasillo del graderío la gente gritaba: "Agua, agua" y, uno estaba advertido, el dinero como por arte de magia regresaba de las manos a los bolsillos, se cobraba al final del juego en el parquecito de enfrente al Estadio.

El fenómeno de las apuestas, tan recurrente como solapado en los estadios, tuvo su mayor escándalo en la Cuba posrevolucionaria cuando un grupo numeroso de jugadores de la capital fueron acusados y encausados judicialmente por, supuestamente, vender los juegos a cambio del dinero de los apostadores. Este turbio asunto, aun no esclarecido del todo, y por el que guardaron prisión injusta-

mente peloteros de la talla del segunda base Rey Vicente Anglada (rehabilitado con posterioridad), es tratado en el relato con abierto pragmatismo, y con una expresión erótica que nos recuerda los relatos de Francisco García González y Miguel Terry:

El ambiente cambió bruscamente cuando acusaron a los propios peloteros de vender los juegos. ¿A quién se le pudo ocurrir aquello? Los jugadores son los primeros en evitarlo, porque empieza la desconfianza, la duda, nadie cree en nadie y se forma la jodedera. Así mismo fue, los pesos que me hizo ganar ese número treinta y seis, ese morenito era candela, reencarnaba en él al juego mismo. ¡Joel, si lo hubieras visto, explosivo, inteligente, el mejor de todas las segundas bases de la historia! Las noches que me regaló a Josefina y a mí con sus engarces, sus jugadas, sus robos inesperados. Un Rey. Llegué a creer que Josefina en vez de templar conmigo templaba con él, me lo decía con esa carita de puta en cuaresma: ¡Papi, viste lo rápido que realiza los dobles plays!

Un suceso vinculado a otro jugador de Industriales, a quien señala sin nombrar (¿Quién no sabe en Cuba quien era el número 40 de los Industriales?) provoca en el protagonista una mudanza de su antigua afición. Parece que su jonrón en Nicaragua contra los americanos le provocó graves pérdidas monetarias, y por eso echa a correr la “bola” de ser aquel el acusador de sus compañeros de equipo. Su odio contra el cuarto bate de Industriales alcanza ribetes patológicos:

Siempre con su sonrisa no sé si de hipócrita natural o de hijo-puta — también natural —. No lo podía soportar, Joel, por él me vi conviviendo con la gentuza como se refería a ti mi difunta madre. Cada vez que no entraba el agua al solar — yo que antes del desayuno nadaba dos piscinas de cincuenta metros con agua tratada — me cagaba en su madre y en el maldito jonrón de Managua. Fíjate qué un día, un mulato se atrevió a plantearme que ese moreno era mejor bateador que Ted Williams, ¿qué comparación es ésa?, me puse histérico y le fui para arriba...

El resultado de esta pelea le fue doblemente adverso, pues a sus lesiones físicas debió añadir la pérdida de su amante. Desde entonces la violencia sorda en que se había transformado su existencia lo

compulsaba a llevar un bate de aluminio al estadio, aunque el objeto de su ira seguía siendo el llamado “toletero de Alquízar”: “Las culpas se fueron acumulando solitas sobre la espalda del número 40 de los Industriales, él era el causante directo de perder mi vecindario, mi casa con jardines y arboledas extensas y mi mulata culona”.

El desenlace de esta historia de frustraciones y fracasos personales se decide, de manera inexorable, en el terreno de las apuestas. El *fatum* del arquitecto ha dispuesto que su venganza se consume humillando a Los Industriales y a su pelotero emblemático, contando para ello con los lanzamientos de un pitcher del equipo Vegueros (aunque no dice su nombre, no puede ser otro que el gran ponchador Rogelio García, dueño de un lanzamiento “de tenedor” muy efectivo). La narración final remeda la tradición deportiva de los momentos decisivos en un juego crucial, con los consabidos tópicos de hombres en bases, dos outs, el bateador en el conteo máximo... y su conclusión no se aleja de este estereotipo: el bateador conecta un jonrón enorme que arruina la apuesta del tahúr y hunde sus esperanzas en la más profunda amargura.

Sin embargo, la verdadera consumación de la historia no se produce con el jonrón de su desgracia, sino cuando uno de los dos empleados del estadio se acerca al protagonista, quien sin apenas darle tiempo a preguntar le descarga un formidable batazo en la cabeza, regando su masa encefálica por la tierra del estadio. Este batazo fatal, en extremo morbosos, nos recuerda otro similar ocurrido en la década del veinte del pasado siglo, cuando la joven promesa que era entonces Antonio Susini, truncó su carrera deportiva y su vida, al asestarle un mazazo fulminante a su contrincante, el receptor Julio Le Blanc. El béisbol como campo de violencia, algo que el juego expresa de múltiples maneras en sus constantes discusiones y gestos desafiantes, y que se prolonga en las tribunas con las bravuconadas de los aficionados y las reyertas de los apostadores, encuentra en el relato de Antonio Armenteros una extraña parábola, una metáfora hiriente y desgarrada.

Si algo tienen en común estos relatos, inspirados en el juego de pelota, es la representación paródica de una mitología que identifica al béisbol con las narrativas nacionalistas (no olvidemos que se trata de uno de los elementos fundamentales del arsenal simbólico de la Nación: es el pasatiempo o deporte nacional); el uso de la ironía y el carnaval para desacralizar ciertas zonas de la reproducción cultural

del béisbol, y la presencia en ellos de un erotismo trasgresor, satírico, que pone en solfa estereotipos sociales muy arraigados, como el de la supuesta “hombría” de ese macho por definición que es el pelotero.

Este último punto, el de las (re)visiones del Eros desde el escenario béisbolero, nos parece uno de los acercamientos más originales y provocadores posibles, pues se trata de abordar de manera alegre y desprejuiciada el machismo, los equívocos sexuales, el narcisismo y la homofobia, entre otros tópicos que rebasan los límites del estadio y se insertan en los pliegues más profundos del tejido social.

Otro asunto de enorme actualidad que abordan los narradores, es el que se refiere a la violencia en sus múltiples manifestaciones, social, individual o familiar, que encuentra en el béisbol una capilaridad comunicante. En estos cuentos, por último, no hay aplausos, ni discursos cálidos, ni medallas olímpicas o mundiales. Tan solo quedan las sonrisas y el retintín de la pelota que retoza en el diamante, mientras el juego eterno, y su alter ego, la literatura, continúan...

Post scriptum

La mejor prueba de que este ensayo distaba mucho de ser definitivo, es que siguen apareciendo relatos de temática béisbolera,⁵⁹⁸ no muy alejados del canon que predomina en el libro. Uno de esos cuentos es el de Leopoldo Luis García titulado “El último jonrón”,⁵⁹⁹ donde el protagonista comete un misterioso asesinato con un bate de béisbol que guardaba como una reliquia, en un metafórico ajuste de cuentas con su pasado de jugador mediocre y su presente de fanático defraudado por la pésima actuación de su equipo.⁶⁰⁰

La Habana, septiembre de 2011

598 Una variante de gran interés es la del béisbol en la literatura para niños y adolescentes, como la recogida por Raúl Hernández Ortega en *Chamacos en el estadio*, Editorial Unicornio, San Antonio de los Baños, 2011.

599 <<http://www.isliada.com/literatura-policial/2011/09/el-ultimo-jonron/>>

600 Un caso aparte, que escapa al análisis de este ensayo, es la noveleta de Miguel Terry: *Silvestre, el conquistador*, Editorial Unicornio, San Antonio de los Baños, 2012.

AGUSTÍN MARQUETTI: ¿QUÉ BUENO JUEGA USTED!

Para Jesús Félix Suarez Valmaña

El sábado diez de octubre de 1987, fecha memorable para los cubanos, se retiró del juego activo uno de los peloteros más brillantes en la historia del béisbol insular en todas las épocas: Agustín Marquetti Moinelo. Lo hizo vestido con el traje del equipo Cuba y el rotundo número 40 en la espalda, con el que defendió los colores patrios durante once años consecutivos (1969-1979) en seis series mundiales, tres juegos panamericanos, dos centroamericanos, una copa intercontinental y otros 28 torneos más. Tres lustros atrás, en otra fecha histórica, el 2 de diciembre de 1972, había destrozado con dos jonrones — uno de foul — en el mismo turno al bate, el sueño estadounidense de levantar el trofeo de campeones en la capital de Nicaragua, todavía devastada por el terremoto. En su despedida, estaba flanqueado por dos niños, uno blanco y otro de piel oscura, como símbolos de la continuidad del béisbol en esta tierra de razas y costumbres mezcladas.

Agustín nació en Alquízar, como el revolucionario comunista Rubén Martínez Villena, el gran tercera base Héctor Rodríguez y el compositor Luis Marquetti. A Rubén le gustaba el béisbol, e improvisaba juegos con Pablo de la Torriente Brau en la azotea del sabio don Fernando Ortiz. El niño que destripaba pelotas de trapo era un furibundo almendarista, lo seducía el color azul intenso de los Alacranes, y se fue a pelear a Girón con catorce años; también le gustaba la música, al extremo de tocar guayos y sartenes en una orquesta, y

bailar con Pello el Afrokán, los Van Van, Irakere, y escuchar al gran Benny Moré, quien de haberlo conocido podría haber parafraseado el estribillo de su famosa canción y decir: “Agustín Marquetti, ¡que bueno juega usted!”

Este libro⁶⁰¹ rinde homenaje a ese extraordinario jugador y persona que es Marquetti, y lo hace desde lo más íntimo de sus convicciones y actitudes ante la vida. Su autora, Dulce M. Sotolongo, ha preferido hablarnos tanto de sus hazañas béisboleras (los 19 jonrones y 85 impulsadas que lo catapultaron al equipo nacional en 1969, el jonrón de Nicaragua, el que le pegó a Rogelio García en extra innings en 1986) como de sus disputas infantiles con Felina y Rosalina, que no le devolvían las pelotas; sus apodos: “guara”, por unos pantalones de guarandol, y Frankenstein, cuando integraba junto a Capiró (“El Hombre lobo”) aquella memorable Tanda del Terror, invocada por el imaginario de Bobby Salamanca; su devoción por Changó, santo yoruba que lo acompaña desde su infancia; sus errores, como aquella vez que no pisó primera; Consuelo, el amor de toda la vida y su irrenunciable elogio de la amistad: Enrique Arredondo, Félix Isasi, Carlos Montezuma, Germán Águila, Níco Jiménez, Pacho Alonso, Félix Chapottín...

Los peloteros que lo acompañaron en los diamantes hablan siempre del Marquetti caballeroso, disciplinado, entregado sin límites, paternal con los más jóvenes, siempre aconsejando, pero quizás el mayor elogio que se haga en este libro del estelar primera base, sea el de Pascuala, su suegra, que le entregó a su hija porque “tenía una sonrisa sincera”. Y el número 40 de los Industriales, el inmarcesible don Agustín, como lo llamó mi amigo Osaba, tiene la gallardía de admitir: “Para todo el mundo yo no tenía nervios. Siempre me estaba riendo, La gente no sabe lo que he llorado yo”.

Otra virtud de Marquetti es que siempre ha dicho lo que piensa, en las buenas y en las malas. Ha sido un crítico lúcido de los problemas del béisbol cubano después de su retiro, cuando se fue a trabajar como instructor de bateo en una academia provincial. Su preocupación por el entrenamiento, el exceso de juegos o las condiciones de vida de los peloteros son tópicos que ha señalado en múltiples entrevistas. En una ocasión, recuerdo, propuso realizar un pleno abierto entre jugadores,

601 Todas las citas pertenecen al libro de Dulce María Sotolongo: *Agustín Marquetti. Número 40*, Ediciones Extramuros, La Habana, 2008.

managers, árbitros, metodólogos, sicólogos y directivos, para discutir con franqueza los problemas que aquejaban al pasatiempo nacional.

De esa madera incorruptible está hecho Agustín Marquetti, heredero de la gran tradición del béisbol cubano desde los tiempos de Emilio Sabourín y Carlos Maciá, Cristóbal Torriente y Alejandro Oms, Martín Dihigo y José de la Caridad Méndez; contemporáneo y compañero de Pedro Chávez y Armando Capiró, Antonio Muñoz y Cheíto Rodríguez, Pedro Medina y Luis Giraldo Casanova, Víctor Mesa y Rey Vicente Anglada, esos semidioses que nos hicieron inmensamente felices con sus jugadas y batazos, a los que un día rendiremos culto fervoroso cuando regresen a la tierra que los vio nacer, y que al decir del poeta "...midieron a batazos [...] bajo el polvo levantado al deslizarse en segunda, alimentando la hierba que se extiende en los jardines y es surcada por los roletazos...".

La Habana, noviembre de 2008

LA POESÍA DEL JONRÓN

Para Fernando Rodríguez Álvarez

¡Adiós Lolita de mi vida!

BOBBY SALAMANCA

Levarse las cercas, las gradas o el techo de cualquier estadio, es la mayor hazaña que se puede realizar en un diamante de béisbol. El jonrón, batazo inapelable, es la única conexión capaz de hacer delirar o enmudecer en un instante a una afición de varios miles de personas. Es el premio gordo, la suerte máxima, el supremo anhelo de cualquier jugador.

Este artículo, rinde tributo a uno de esos seres extraordinarios tocados por la magia del béisbol, capaces de levantar un país con la fuerza de sus batazos, y de seducir a una generación de aficionados por la naturalidad de sus gestos en el diamante. Su nombre completo es Pedro José Rodríguez Jiménez, pero para toda Cuba fue siempre *Cheíto*, un diminutivo de cariño para identificar al tercera base y cuarto bate natural de su equipo nacional de béisbol, al “Señor Jonrón”, como lo bautizó el más ingenioso de los cronistas cubanos, Bobby Salamanca, o al “Poeta de los Jonrones”, al decir de otro avezado periodista, José Antonio Fulgueiras.

Porque a Cheíto los jonrones se le daban como algo natural, infame, como una extensión apenas reconocible de sus brazos y sus muñecas. Ha sido quizás el único jugador en pararse sin nervios frente a cualquier lanzador, de la calidad que fuese, con la íntima convicción de conectarle un batazo para decidir un juego, y lograrlo con la sencillez de quien se toma un vaso de agua. Tan habituados estábamos a verlo destripar pelotas con la alegría de un niño, que su repentina ausencia dejó un vacío irreparable en el béisbol cubano.

Poco importa que después hayan aparecido jonroneros hasta por gusto, que otros rompieran sus récords o que su fotografía desapa-

reciera de las páginas deportivas de los diarios. El pueblo de Cuba jamás olvidará la mística de sus batazos, ni será borrada de su memoria la elegancia y caballerosidad del jugador al que jamás la gloria se le subió a la cabeza. Los cubanos tampoco perdonaremos a los que tomaron la torpe medida de separarlo del béisbol cuando estaba en el cenit de su carrera, y mucho de su talento estaba todavía por prodigarse. Es cierto que cometió algunos errores, pero nadie tenía el derecho de robarle al Cheo sus esperanzas, ni de quitarle a la afición a uno de sus ídolos más admirados y queridos. Pero contrario a lo que buscaban sus victimarios, su condición de héroe trágico del deporte, como afirma con lucidez el novelista Leonardo Padura en una de las entrevistas que componen el libro, no ha hecho sino acrecentar la fama y la leyenda de Pedro José Rodríguez Jiménez.

El trabajo de entrevistar a muchos de sus contemporáneos, amigos y familiares, recabando con minuciosidad hasta los más íntimos detalles en la vida del atleta y del ser humano, convierten al autor de este libro, el amigo Fernando Rodríguez Álvarez, en un cruzado de la historiografía cubana sobre el béisbol revolucionario. Su afán de esclarecer datos, recopilar testimonios, cruzar opiniones, recordar anécdotas y recoger estadísticas serias y confiables de su biografiado, es un empeño magnífico de investigación y sistematización de informaciones muchas veces dispersas, que agradecerán las presentes y futuras generaciones de aficionados al béisbol.

Pero más allá de los récords y estadísticas, siempre atendibles si de béisbol se trata, lo maravilloso de este libro radica en su candoroso elogio del hombre que hizo del jonrón una virtud y una alegría, que supo ponerle melodía a sus batazos, para dicha de todos cuantos iban a los estadios por el goce de que se produjera el esperado milagro de la pelota golpeada con suavidad y desaparecida en el firmamento.

Porque el hechizo del jonrón también reside en el gesto del bateador que se detiene a disfrutar la parábola perfecta que se pierde en la noche, o la línea rápida, letal, que abre claros entre la concurrencia, y en el rostro inconsolable del pitcher y en la desazón de los jardineros, y en el trote parsimonioso del que recorre las almohadillas sabiéndose un elegido, y en su gesto de agradecer a Dios (al de los jonroneros, claro) con el dedo índice extendido, dándole gracias por ese minuto de gloria suprema multiplicada en miles de personas.

La Habana, septiembre de 2007

LOS MITOS VERDADEROS DE LA PELOTA

Para Juan A. Martínez de Osaba

Dentro de la “siempre escasa y poco elaborada literatura deportiva escrita y publicada en Cuba”, al decir del novelista y apasionado del béisbol Leonardo Padura, la pluma de Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga es una saludable excepción. Autor de una ya considerable bibliografía sobre la pelota insular, con especial interés en su provincia natal, Pinar del Río, Osaba es un escritor que combina con agudeza y amenidad la crónica deportiva, el testimonio, la memoria oral y la investigación letrada. Vale decir, utilizando el argot beisbolero, es un pitcher que domina varios lanzamientos. Ahí están para corroborarlo sus dos magníficas historias de vida de Luis Giraldo Casanova (*El señor pelotero*, Ediciones Loynaz, 1998) y Omar Linares (*El Niño Linares*, Casa Editora Abril y Ediciones Loynaz, 2002), verdaderos clásicos en su género: la biografía deportiva.

Luego vendría un libro como *Cosas de la pelota (de Cooperstown a Las Minas)* (Ediciones Loynaz, 2002), donde Osaba desgrana pequeños homenajes a los grandes jugadores profesionales estadounidenses (Babe Ruth, Ted Williams, Joe DiMaggio, Mickey Mantle, Willie Mays, Hank Aaron), a sus pares cubanos de la época prerrevolucionaria (Méndez, Luque, Dihígo, Marrero, Tony Taylor, Pedro Ramos) y por último a los peloteros de apodos cariñosos: “Nené”, “El Clavo”, “Barriquito”, desconocidos para los fanáticos, pero no menos entrañables, porque son los del pueblo, el barrio, el piten, la esquina, la familia...

Todos ellos regresan en *Nosotros los peloteros* (Ediciones Loynaz, 2005), un texto de microhistoria béisbolera dedicado a enaltecer un pedazo de tierra pinareña, Minas de Matahambre, cuyas tierras minerales vieron jugar al niño que fue Osaba y a otros centenares de infantes y adolescentes, cuyo sueño era llegar algún día a brillar en el Estadio Cerveza Tropical o el Gran Estadio del Cerro, las catedrales consagratorias de la pelota insular. Mientras tanto, los jugadores del pueblo se divertían, hacían felices a sus amigos y estremecían las gradas del estadio municipal, unas veces con jugadas fulminantes, otras con batazos inmensurables, y también con lances, no menos importantes, de amores furtivos.

Con este sugerente título de *Mitos y realidades de la pelota cubana*,⁶⁰² Osaba vuelve a desplegar su condición de historiógrafo lúcido y cronista minucioso. La prosa es limpia, directa, conversacional, como si tuviéramos al autor enfrente relatando toda su experiencia y sabiduría béisbolera. Los temas de siempre y otros nuevos nos seducen por su ingenio sagaz y penetrante sutileza, como cuando habla del rol que juegan el sexo, el alcohol y las mentiras sobre su consumo en la vida útil del pelotero. O de la imprecisa y porosa línea que muchas veces separa al fanático intransigente y sectario, del aficionado solidario y responsable, explorada con vocación de eticidad y civismo. En igual sentido de respeto al béisbol en todos sus ámbitos, estimo el llamado que realiza Osaba a implementar una verdadera “Democracia béisbolera”, en la cual: “Las decisiones importantes deben ser consultadas en votación secreta y directa con el pueblo, depositario absoluto de los beneficios espirituales y materiales que brotan del espectáculo mayor del cubano”.

Otro argumento recurrente en el imaginario béisbolero es de las supersticiones y creencias. Aquí se necesitan las herramientas del antropólogo cultural para entender la compleja densidad de gestos, costumbres, maneras de jugar, ceremoniales y rituales practicados por los peloteros en todos los diamantes. Desde la persignación antes de entrar al cajón de bateo, los amuletos y “brujerías”, en los territorios de lo sagrado, hasta la guapería, el grito y el “aguaje” en los dominios de lo profano, el estadio es un constante ir y venir

602 Todas las citas pertenecen al libro de Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga: *Mitos y realidades de la pelota cubana*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2009.

de guerras simbólicas. Y Osaba da buena cuenta de todo ello en un sabroso capítulo lleno de sorpresas.

Un tema favorito del autor, al igual que de quien suscribe estas líneas y la mayoría de los aficionados es el cuadrangular. Los jonrones, como los goles en el fútbol, son el momento climático del juego de pelota. Su antítesis es el ponche. Son las jugadas del ascenso y la caída. Dos caras de una misma moneda, muchas veces inescrutable. Porque suele suceder que los máximos sluggers son al mismo tiempo grandes consumidores de strikes, como si la enigmática lógica del juego exigiera compensar un tanto la soberbia del jonronero con la humillación del ponche. Héroe cuando la botan y villanos cuando se dejan cantar el tercer lanzamiento, ambas posibilidades están cifradas en lo primordial del juego, y lo único que podemos hacer es asumir con estoicismo el misterioso desafío entre el pitcher y el bateador.

La velocidad de los lanzadores, los pelotazos que se propinan, las peleas y camorras, la violencia explícita e implícita en los terrenos, son algunos de los asuntos siempre polémicos e inquietantes, aun en su sordidez, que el autor describe y analiza, para evitar esas tentaciones y economizar el mal. La cara opuesta es la del amor del pelotero por su pareja, su añoranza permanente de la novia, aunque esto lo pueda sacar de concentración y no sea muy recomendable, según Osaba, ponerse a pensar en amores cuando se juega. Siempre, eso sí, debe aspirarse a dejar la piel, el alma en el terreno, como rezaba el título de aquel magnífico libro de Leonardo Padura y Raúl Arce sobre los peloteros de la década del sesenta del pasado siglo.

Un capítulo muy llamativo es el dedicado a esos jugadores de largo aliento, incombustibles, que jamás se lesionan, o incluso salen al pasto adoloridos, y son capaces de eslabonar impresionantes cadenas de *innings* sin faltar al terreno. Son los caballos de hierro, sobrenombre que llevó el neoyorkino Lou Gehrig, rigurosa estirpe a la que el autor suma también a Carl Ripken junior y el cubano Alexander Ramos.

La pelota profesional es una etapa de grandes nombres y hazañas del béisbol cubano, y aunque era también un negocio de la burguesía industrial criolla, que no permitía que se rompiera el monopolio de los cuatro equipos: Almendares, Habana, Marianao y Cienfuegos, su historia es un capítulo imprescindible que debe ser divulgado y conocido, pues esa herencia, que Osaba llama "maldita", es parte también de la gran tradición cultural de la pelota insular. Por tal motivo, es de agradecer la semblanza que realiza el autor del circuito profesional,

pues como alega: “Con ventajas y desventajas, virtudes y defectos, entre loas e improperios, aquella fue la expresión máxima de nuestro béisbol, el mismo que anda hoy por las cumbres. Han pasado casi cinco décadas y las nuevas generaciones desconocen sus avatares”. Así, desfilan ante el lector, con sus grandezas y miserias, las figuras de Conrado Marrero, Pedro Formental, Roberto Ortiz, Napoleón Reyes, Héctor Rodríguez, Orestes Miñoso, Guillermo Miranda, Edmundo Amorós, Camilo Pascual, Pedro Ramos, Tony Taylor, toda una galería de legendarios peloteros que brillaron también en las Grandes Ligas, las Ligas Menores, las Series del Caribe, y los campeonatos de México, Venezuela, Puerto Rico y la República Dominicana.

Una etapa más reciente, la del béisbol revolucionario y la llegada de las series nacionales, con una historia asimismo enorme y trascendentales significados en la conformación de un nuevo imaginario en la pelota cubana, se despliega con las notas dedicadas a emblemáticos narradores como Eddy Martín, árbitros incorruptibles como Amado Maestri y managers de la estatura de Roberto Ledo, José Miguel Pineda, Servio Borges y Jorge Fuentes.

Finalmente, Osaba diserta sobre un tema en el que difícilmente se pondrán de acuerdo los aficionados, la prensa especializada y los propios peloteros: escoger un Todos Estrellas del béisbol cubano de todos los tiempos. A riesgo de enfrascarse en una polémica interminable, marcada por el sello de la subjetividad y la experiencia vital del autor, Osaba ofrece su equipo de ensueño, con el que podremos o no coincidir, aunque resulta incontestable la calidad y maestría deportiva de los elegidos. ¿Quién no quisiera contar en su equipo con Juan Castro, Antonio Muñoz, Tony Taylor, Omar Linares, Willie Miranda, Orestes Miñoso, Víctor Mesa, Luis Giraldo Casanova, Camilo Pascual, Miguel Cuéllar, Orestes Kindelán y un manager ganador como Jorge Fuentes?

El lector, como siempre, tendrá derecho a decidir si le tira o no a este lanzamiento de más de noventa millas. Podrá poncharse o conectar un jonronazo, pero jamás debe eludir el reto. Sobre todo si se trata de un lanzador con la experiencia, la calidad y la inteligencia de Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga.

La Habana, noviembre de 2008

LA SONRISA DE PEDRO LUIS LAZO

Para Juan Ramón de la Portilla

Cada vez que veo lanzar al pitcher pinareño Pedro Luis Lazo, viene a mi mente el recuerdo de otro grande de la cultura cubana: Ignacio Villa, el inmortal *Bola de Nieve*. Quizás esto pueda parecer una herejía, pero la sonrisa franca y abierta de Lazo, su ingenuidad, su pureza, y el orgullo de ser negro, en un país donde el racismo es todavía una herencia palpable, lo asemejan en mi ánimo con el autor de *Si me pudieras querer*, *Ay amor*, *No dejes que te olvide*, y tantas otras canciones imperecederas, dichas al piano con aquella voz suya, tan entrañable, que el mismo definió “de persona”. Dos años después de la muerte de Bola en su querido México, nació Pedro Luis Lazo, sin saber que el destino le depararía convertirse en el máximo ganador de juegos en el béisbol organizado cubano después de 1959. Se dice fácil, pero estamos hablando de alguien oriundo del territorio que ha dado el mayor número de lanzadores de calidad en la pelota revolucionaria.

Llegó muy joven a las series nacionales, con apenas 17 años, y a los 22 años ya estaba en las filas del equipo nacional que acudió a los Juegos Panamericanos de Mar del Plata, en 1995. Desde entonces, bautizado por su estatura como “El Rascacielos Verde”, ha llenado de glorias a la patria en todos los diamantes en que se ha parado; y de alegrías a sus parciales con sus rectas vertiginosas y sus sliders a la rodilla, sin que medie entre uno y otro lanzamiento un respiro para el anhelante bateador. No pocas veces ha recibido agravios de fanáticos exaltados

en estadios rivales, y Lazo siempre les ha respondido con una de sus mejores armas: su sempiterna sonrisa de negro bonachón.

Así como Bola hacía de cada una de sus canciones una genuina creación, Pedro Luis Lazo hace de cada juego una fiesta del box. Bola cantaba canciones que se parecían a él, y Lazo compone lanzamientos que también son como él: fuertes, veloces, candorosos a veces, irreverentes otras, inmensos y sencillos al mismo tiempo. Dueño de un temperamento sereno en la tabla de lanzar, pocas veces ha fallado en los momentos críticos de un juego de pelota, y es proverbial el dominio que he ejercido sobre sus contrarios en torneos internacionales.

Alguna vez se ha dicho que cuando Lazo termine su carrera, será el mejor lanzador de las series nacionales, afirmación un tanto audaz si pensamos que por ellas han desfilado pitchers del tamaño de un José Antonio Huelga, Santiago Mederos, Braudilio Vinent, Julio Romero o Jorge Luis Valdés, todos ellos inmarcesibles. Sin embargo, no albergo ninguna duda de que Pedro Luis Lazo, con su inverosímil número 99 en la espalda, pertenece por derecho propio, por su persistencia y su talento, a una familia espiritual mayor, en la que también están José de la Caridad Méndez, Martín Dihígo, Conrado Marrero y Adolfo Luque, y los acompañan Ignacio Piñeiro, Benny Moré, Ignacio Villa y el trío Matamoros, Wilfredo Lam, Alicia Alonso, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Virgilio Piñera y Lezama Lima, y tantos otros que conforman esa identidad maravillosa y fecunda que es la cultura cubana.

La Habana, enero de 2009

ALFONSO URQUIOLA: UN RELÁMPAGO SOBRE EL DIAMANTE

Dentro de los innumerables apodos y mote que han tenido los peloteros cubanos, a lo largo de casi siglo y medio de historia del béisbol en la Isla, ninguno tan “electrizante” como el que llevó el estelar segunda base de los equipos pinareños Alfonso Urquiola: “El relámpago de Bahía Honda”, bautizado así por ese grande del periodismo deportivo que fue Juan Antonio *Bobby* Salamanca. Debo confesar que siempre me gustó esa manera de graficar su inusual velocidad, juego agresivo y maestría deportiva en la defensa de la segunda almohadilla. Es decir, Alfonso Urquiola, en mi lectura metafórica de su apodo, era un pelotero que jugaba con la poderosa fuerza natural del relámpago, se ramificaba por el diamante y al mismo tiempo seguía siendo un ser etéreo, que no llegaba a tocar el terreno cuando realizaba alguna de sus espectaculares jugadas de doble matanza o legendarios fildeos, así como aquellos lances memorables de tirar sin mirar para el primer cojín.

Alfonso Urquiola es en mi opinión, junto a Félix Isasi, Rey Vicente Anglada, Antonio Pacheco y Juan Padilla, uno de los monstruos sagrados de la segunda base en el béisbol revolucionario cubano, sin menoscabo de otros buenos camareros como Andrés Telémaco, Urbano González, Sergio Quesada, Alexander Ramos o Héctor Olivera Jr. A la trayectoria vital y deportiva de este cabal jugador está dedicado el nuevo libro de Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga, devenido en el principal biógrafo de los peloteros de su

natal Pinar del Río, donde ya acumula tres jonronazos con las bases llenas: Luis Giraldo Casanova, Omar Linares y Pedro Luis Lazo.

Osaba sabe mucho de béisbol, pero además es un buen escritor y un excelente comunicador. El presente volumen es un texto complejo, donde se entrecruzan muchas voces y se dan la mano la exposición directa del biografiado junto a la literatura testimonial que Osaba recrea del personaje; es decir, no se trata de transcribir directamente de la grabadora al papel, sino que aquí hay un proceso de reelaboración consciente de la escritura, donde no falta la imaginación del autor. El resultado es una suerte de biografía novelada, que se deja leer como si fuera una obra de ficción, aunque es una historia de la vida real.

La existencia de Urquiola, nacido en un central azucarero del occidente de la Isla en 1952, transcurre ante nuestros ojos con una fluidez y una cadencia cinematográfica, desde su hogar humilde y su niñez de trabajos y miseria, pasando por sus aprendizajes sexuales, religiosos y formativos de la personalidad, hasta llegar a la adultez. En sus inicios prefirió el baloncesto, pero tuvo la suerte de ser observado por un buen jugador profesional, Asdrúbal Baró, quien lo motivó para que se dedicara a la pelota, y esa decisión lo marcó para toda la vida.

Alfonso pertenece a una generación dorada del béisbol cubano revolucionario, que hizo su aparición en los diamantes a inicios de la década del setenta del pasado siglo xx, y donde brillaron los nombres de Pedro José Rodríguez, Héctor Olivera, Pedro Jova, Braudilio Vinent y Pedro Medina, por solo mencionar algunos inmortales. Integró por primera vez el equipo Pinar del Río a la X Serie Nacional, donde fue cuatro veces al bate, porque se lesionó. Era entonces, como nos dice con lirismo Osaba, "...un niño malcriado, lleno de paradojas, huraño y tierno, sensible y profano, que a partir de allí comenzaría a tejer una de las leyendas más autóctonas y admirables del béisbol cubano".

Hijo legítimo del sincretismo, Urquiola profesa las creencias del panteón afrocubano, y de ellas deriva su predilección mítica por el número 8, la música popular, las cábalas y ciertas supersticiones relacionadas con el temor a la muerte y a volar en aviones. Unido a esto, el biógrafo se detiene con afecto en los rasgos personales de Urquiola, y nos va develando mediante entrevistas, recuerdos y anécdotas, el proceso "civilizador" de un joven y humilde guajiro negro, convertido no sin esfuerzos ni contradicciones, en un hombre de bien, profesional en su trabajo y formador de una familia amo-

rosa. La narración de su vida erótica, inestable en sus comienzos y sosegada después del encuentro con Belkis, su compañera durante más de tres décadas, está contada con una mezcla de romance y novela de aventuras que termina con un final feliz.

El libro se enriquece con una extenso apartado dedicado a reseñar las actuaciones de los mejores segundas bases en la historia del béisbol, posición natural de Alfonso Urquiola, tanto de Grandes Ligas como en los torneos cubanos de diferentes períodos históricos, linaje donde descuellan nombres tan importantes como Roger Horschby o Jackie Robinson en los Estados Unidos y Emilio Sabourín, Esteban Bellán, Antonio María García, Valentín González, Pelayo Chacón, Tomás Romañach, Tony Castaño, Mario Fajo, Tony Taylor y Octavio Rojas, entre otros que hicieron época en la posición. También en el orden estadístico, resulta interesante el acercamiento comparativo de Osaba a las figuras de Urquiola y Anglada, dos contemporáneos que brillaron con luz propia en las series nacionales, y donde el pinareño llevó ventaja al capitalino al jugar más temporadas y acumular mejores récords. No me atrevería a asegurar cual de los dos fue el mejor, aunque como es lógico Osaba si toma partido en esta materia.

Complementan la biografía de Urquiola un sinnúmero de opiniones, anécdotas, relatos y crónicas sobre su vida y su trayectoria deportiva, vertidas por amigos, expeloteros, cronistas deportivos y escritores de la talla de Leonardo Padura, Luis Sexto, Carlos Esquivel, Miguel Terry, Rogelio Letusé y Fernando Rodríguez Álvarez. Asimismo se recogen opiniones y recuerdos del biografiado sobre sus primeros entrenadores y directores de equipos (Asdrúbal Baró, Catibo Osaba, el Gallego Salgado, Lacho Rivero), sus compañeros de juego (Fernando Hernández, Juan Castro, Giraldo González, Rogelio García, Lázaro Madera, Giraldo Iglesias, Julio Romero, Jesús Guerra, Felix Pino, Juan Carlos Oliva, Maximiliano Gutiérrez, Tomás Valido, Reynaldo Costa, Luis Giraldo Casanova y Omar Linares) y otras destacadas figuras del pasatiempo nacional. De manera especial se resalta la relación de Urquiola con dos directores de relevantes resultados a nivel doméstico e internacional, como son los casos de Servio Borges y José Miguel Pineda.

Alfonso Urquiola, nos dice Osaba penetrando en los atributos subjetivos de su personaje, es un hombre carismático y con dotes para el liderazgo: "Su carisma es contagioso, con una decisiva influencia en los demás, incluido el pueblo. Fue un jugador inigualable que supo

calar hondo en las multitudes. No es un improvisado, él interiorizó que el béisbol no es un juego de ganar o perder, sino una filosofía que puede hacer crecer al hombre, la máxima del *Altius* olímpico, preconizado por el padre dominico francés Henri Didon: “No se trata de saltar más, sino de crecer como ser humano”. Urquiola es un apellido vasco, pero Alfonso, el hombre, es muy cubano, tanto que coincido con su biógrafo cuando lo llama el “Benny Moré de los peloteros”, uniendo de este modo la música y el béisbol en dos de sus más trascendentes y populares protagonistas. Jugador extra clase, manager triunfador, hombre de pocos amigos pero de lealtades para toda la vida, a su provincia, a su país y a su pueblo, este es el personaje de carne y hueso que nos entrega Martínez de Osaba, contradictorio y difícil, honesto y sincero, inteligente y seguro, envuelto todavía en las misteriosas claridades de los relámpagos.

La Habana, febrero de 2013

RAPSODIA PARA LOS MULOS DE NICARO

Para María Dolores Ortiz y José Luis Moreno del Toro

Con qué seguro paso el mulo en el abismo

JOSÉ LEZAMA LIMA

Según el *Diccionario geográfico de Cuba*, Nicaro es una pequeña localidad del municipio holguinero de Mayarí, con una población de poco más de veinte mil almas y una importante actividad industrial, simbolizada por la minería y la metalurgia no ferrosa que se realiza en la planta procesadora de níquel René Ramos Latour.⁶⁰³ Desde la década del cuarenta del siglo xx el territorio cobró notoriedad cuando el capital estadounidense, representado por la compañía Snare Corporation, descubrió la fabulosa riqueza mineral de sus tierras lateríticas, y surgió el pueblo nuevo de Nicaro, asociado a la producción niquelífera.

Sin embargo, es muy poco conocido que este asentamiento metalúrgico llegó a tener desde la década del cuarenta y hasta la del cincuenta un poderoso equipo de béisbol, llamado Mulos de Nicaro, el que vino a consolidar una amplia franja de desarrollo beisbolero en el norte de Oriente, donde competían además fuertes conjuntos de los centrales azucareros Báguanos, Tacajó, San Germán, América y Preston, organizados en la asociación amateur llamada Liga Popular. La calidad del equipo Mulos de Nicaro los llevó a ganar las temporadas de 1956 y 1957 en la Liga Popular en la zona noreste de la Isla.

Las empresas estadounidenses en Cuba fomentaron las prácticas del juego de pelota entre sus empleados y obreros, no solo como un

603 *Diccionario geográfico de Cuba*, Comisión Nacional de Nombres Geográficos, La Habana, 2000, p. 242

medio de influencia cultural, evidente en el lenguaje y el diseño de espacios urbanos dedicados a las prácticas deportivas,⁶⁰⁴ sino también, como ha demostrado Louis A. Pérez Jr., con el objetivo de crear sentimientos de identidad corporativa, disciplina, trabajo en equipo y lealtad hacia la compañía: “Ciertamente, los equipos de compañías mejoraron la moral y la buena voluntad, y por supuesto, un equipo exitoso contribuía a una imagen pública favorable”.⁶⁰⁵ Para muchos empresarios el béisbol era también un eficaz mecanismo de control social, pues los peloteros de las corporaciones encontraban en el juego una actividad que realizar durante el tiempo muerto, por la que cobraban ciertas sumas de dinero. Asimismo, el juego de pelota podía servir a los trabajadores para encubrir sus reuniones sindicales sin despertar las sospechas de sus patrones.⁶⁰⁶

Esta historia social del béisbol en Cuba, tan necesaria para comprender la cultura y la sociedad cubana de manera integral, ha comenzado a dar sus primeros pasos. En lo relativo al béisbol desplegado en las industrias mineras de capital estadounidense, existen apreciables estudios preliminares como el de Oreidis Pimentel Pérez sobre el Cromo Mining de Camagüey en la década del cuarenta, perteneciente a la Juraguá Iron Co.,⁶⁰⁷ y en esa dirección se inscribe el valioso trabajo de investigación de Norton Lorenzo Véliz y José A. Jardines Díaz sobre el equipo Mulos de Nicaro titulado *Los mulos de Nicaro. La pelota en la sangre* (inédito). Su metodología de investigación ha superado el positivismo ingenuo de nuestros cronistas béisboleros, su discurso histórico se nutre de búsquedas en archivos y bibliotecas, y también en la memoria colectiva de su comunidad y lugares aledaños, extrayendo frutos muy provechosos de la historia oral y acopiando una valiosa iconografía. Complementan la pesquisa historiográfica

604 Véase: José Vega Suñol: *Norteamericanos en Cuba. Estudio etnohistórico*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2004.

605 Louis A. Pérez Jr.: *Ser cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 356.

606 Ídem, p. 358.

607 En 1939 la Juraguá Iron Co. instaló, en el poblado de Cromo, una planta de concentración para beneficiar minas de 20 % a 25% de óxido de cromo III, sin perder las propiedades refractarias. Véase: Oreidis Pimentel Pérez: “La leyenda del Cromo”, *Adelante*, Camagüey, 29 de septiembre de 2007, p. 7. y “Cromo: la leyenda dorada del béisbol cubano”, *Cuadernos de historia principieña* 9, Camagüey, Editorial Acana, 2011.

un haz de pequeñas biografías y anécdotas de los protagonistas del deporte en la industria minera. Un elemento de gran valor es que su perspectiva de análisis no disocia la historia micro del equipo de pelota de su entorno económico y social, y así puede afirmar:

Después de la puesta en marcha de la industria y a partir de mediados del año 1944, la administración de la compañía, simultáneamente con el desarrollo social del poblado, se interesa por la atención y el tratamiento al béisbol. Se entregaron implementos y medios deportivos a los practicantes y se construyó un estadio de pelota nombrado Nicaro Park, que fue inaugurado el 21 de enero de 1945.

El libro traza un exhaustivo relato de los avatares del equipo minero en la década del cuarenta, explica quienes fueron sus promotores y principales jugadores, describe sus éxitos más resonantes frente a otros equipos de la región oriental, como el Cuba Minning y el Contramaestre, hasta que el cierre de la fábrica en 1947 canceló momentáneamente sus actividades deportivas, demostrando la tesis de Lorenzo y Jardines de que: “El deporte en Nicaro marchaba en correspondencia de los intereses norteamericanos”.

Un segundo período comienza con la reapertura de la actividad extractiva en 1952, lo cual llevó a reactivar el equipo de pelota con la misión de reunir un conjunto competitivo, capaz de imponerse a sus rivales en la Liga Popular, pues como sagazmente apuntan Lorenzo y Jardines: “Para los norteamericanos, Nicaro no solo debía ser una industria poderosa económicamente en Cuba, sino también debía tener un equipo respetable en el béisbol”. Como resultado de las estrategias para reorganizar al equipo y hacerlo más profesional, se decidió contratar jugadores de otras regiones del país, ofrecerles garantías laborales y buenas condiciones durante su estancia en Nicaro. Aunque los jugadores tenían empleos fijos en la industria y solo dedicaban una pequeña parte de su tiempo de trabajo a los entrenamientos, tenían estímulos monetarios por sus buenos rendimientos, lo que convertía su práctica de hecho en una actividad semi profesional.

Otros datos de interés refieren como la figura determinante en las actuaciones del equipo durante la década del cincuenta, fue su director José *Huesito* Vargas, un exjardinero central quien tenía experiencias de mando en otros equipos semipro y amateurs, como

el poderoso Cromo Minning de Camagüey o el Contramaestre de Santiago de Cuba. Fue en este momento que el conjunto recibió su bautizo definitivo como Los Mulos de Nicaro, un calificativo que los autores derivan del tamaño y fortaleza de sus jugadores, pero donde puede apreciarse también la impronta nortea, pues el mote Mulos del Bronx designaba al principal equipo de Grandes Ligas de aquellos años: los Yankees de Nueva York.

También por esa época surgió un segundo equipo en Nicaro, los Mineros de Ocuja, no con el objetivo de ser una sucursal de los Mulos, sino de ampliar las posibilidades de triunfo de la industria en la Liga Popular. De hecho, ambos equipos ocuparon los primeros lugares en la temporada de 1955, cumpliendo a cabalidad los propósitos de sus patrocinadores. En los años finales de la década del cincuenta, la hegemonía del níquel, representada por los dos equipos de Nicaro, dominó el circuito aficionado del norte de Oriente.

Después de 1959, subsistieron por algún tiempo las diversas ligas amateurs y el campeonato profesional, aunque se hacía evidente que la orientación social del proceso revolucionario liquidaría el torneo rentado en provecho de las prácticas aficionadas. En enero de 1960 se organizó por la Dirección General de Deportes (DGD), primer organismo rector del deporte revolucionario, un torneo de carácter nacional, que al decir del investigador Carlos Reig, fue un:

Torneo inusual, que materializa el anhelo popular, de muchos años, de convocar, sin exclusión alguna, a peloteros de todo el país, y la posibilidad de defender su provincia en una final nacional. La DGD no persigue con esta contienda afectar los intereses de las ligas existentes, ni ser su adversario. En frater-nal emulación pretende realizar o complementar lo que ellas y las anteriores directivas gubernamentales del deporte no han hecho por falta de interés, iniciativa o recursos. Es una lid libre, a la que pueden inscribirse los equipos de cualquier región de la isla, oportunidad para los que no participan en otras ligas, de llegar a la serie nacional final.⁶⁰⁸

608 Carlos Reig Romero: "Primer inning del béisbol revolucionario", en Félix Julio Alfonso López (comp.): *Con las bases llenas... béisbol, historia y revolución*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2009, p. 7.

A esta convocatoria respondió el equipo Mulos de Nicaro, abriendo así una tercera y última etapa de su historia, coronada con un triunfo fulgurante. El olvidado campeonato de la DGD se jugó con más de 240 equipos y cerca de 4000 jugadores, sobre la base de una estructura de tres regiones, con juegos en Matanzas (Matanzas y Pinar del Río), Las Tunas (Habana y Las Villas) y Holguín (Camagüey y Oriente). Los equipos campeones resultaron Minas de Matahambre (Pinar del Río), Caribes de la Universidad (La Habana), Acueducto Yumurino (Matanzas), Central Narcisa (Las Villas), Cooperativa Arrocería René Almanza (Camagüey) y Mulos de Nicaro (Oriente).

En la serie de enfrentamientos de todos contra todos, los Mulos de Nicaro alcanzaron el título de campeones nacionales con balance de cuatro victorias y una sola derrota, frente al seleccionado del Acueducto de Matanzas. Como colofón a su brillante actuación, los integrantes del equipo fueron invitados a la capital, donde tuvieron el honor de inaugurar el terreno no. 1 de la Ciudad Deportiva, actual estadio Santiago *Changa* Mederos, en un desafío contra la Universidad de La Habana, ocasión en que Felipe Guerra Matos, director de la DGD, le entregó el trofeo de campeones nacionales.

Fue este el epílogo glorioso del equipo Mulos de Nicaro, un conjunto que surgió en una industria extranjera en Cuba, con gran vocación competitiva y ganadora, y que tras el triunfo de 1959 alcanzó la supremacía en el primer evento de carácter verdaderamente nacional convocado por la joven revolución. A medio siglo de su desaparición como conjunto, los Mulos de Nicaro no se hunden en el abismo, como el mulo imaginado en el poema de José Lezama Lima, sino que sobreviven al olvido y la desmemoria en estas páginas que debemos agradecer a sus autores.

La Habana, septiembre de 2011

HISTORIA Y REVOLUCIÓN EN LOS DIAMANTES

Para Omar Valiño

No se conoce con certeza cuándo y dónde se celebró el primer partido de béisbol en Cuba.⁶⁰⁹ Pero sí sabemos que el primer juego en un campeonato organizado se celebró el 29 de diciembre de 1878 en los terrenos de Tulipán, en la capital cubana, entre dos equipos llamados Habana y Almendares, con victoria para el primero con estrecho marcador de 21 carreras por 20. El segundo desafío, el 1.º de enero de 1879, enfrentó a matanceros y habaneros, y concluyó con empate a 17 carreras.⁶¹⁰ Aquellos pioneros del béisbol cubano eran todos jugadores aficionados, hijos en su mayoría de familias acomodadas o de clase media, y no pocos lucharían con las armas en la mano contra el colonialismo español. Emilio Sabourín, Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ricardo Cabaleiro, los hermanos José Dolores y Manuel Amieva, Juan Manuel Pastoriza, son algunos de aquellos nombres épicos.

Ninguno podía imaginar que exactamente ochenta años después del inicio de la pelota organizada en la Isla, en 1959, triunfaría una profunda Revolución popular, entre cuyos desafíos de cambio social estaría también transformar las prácticas beisboleras, tal y como se

609 “Arqueología del béisbol cubano”, en Félix Julio Alfonso López: *La esfera y el tiempo*, Editorial Unicornio, San Antonio de los Baños, 2007, pp. 9-34.

610 Severo Nieto: *Béisbol en Cuba hispánica*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2007, p. 4.

habían conocido hasta ese momento. A finales de la década de los años cincuenta, el béisbol cubano contaba con una larga tradición competitiva y era reconocido y respetado a nivel continental por la calidad de sus equipos y jugadores. Estos se desempeñaban en múltiples circuitos instituidos, de carácter profesional, semi profesional y amateur. Además militaban en equipos de las Grandes Ligas de Estados Unidos, en las Ligas Menores y en el campeonato de las Ligas de Color hasta su desaparición. En el área latinoamericana, los beisbolistas cubanos eran sensación en México, Puerto Rico, República Dominicana y Venezuela, las otras grandes potencias de la región. Pero el juego de pelota en Cuba era más que campeonatos, series y estadísticas. Constituía algo mucho más importante y trascendente en la vida de millones de cubanos, pues había devenido parte esencial de la cultura nacional de raíz popular, como la música, el baile, la transculturación religiosa y también las rebeldías populares. Sus narrativas y discursos habían entroncado con los del surgimiento y consolidación de la nacionalidad cubana, y eso lo había vuelto inseparable de la identidad cultural y convertido en uno de sus símbolos más preciados. Con su peculiar estilo irónico, el cronista deportivo Eladio Secades diría en 1947, en pleno descrédito del gobierno de Grau San Martín:

El baseball tiene la culpa de que no acabe de cumplirse la sentencia de que Cuba es el país del choteo. Lo sería si no tomásemos el baseball tan en serio. Se desploman las ilusiones. Se malogran los apóstoles. Cada chalet que se levanta es un prestigio político que se cae. Pero todo no estará perdido mientras sigamos teniendo fe en la chaqueta de Amado Maestri. Aquí se le da más importancia a un out en home que a la caída de un Ministro. Afortunadamente.⁶¹¹

Se le podría reprochar a Secades cierto tono de evasión en su reflexión frente a los males de la República, pero la invocación de Maestri como símbolo perdurable de eticidad y decencia en los diamantes de pelota, era un mensaje que trascendía los límites beisboleros y enlazaba con la raigal eticidad cubana, y la necesidad de poner fin al latrocinio, la corrupción y la ausencia de valores morales en la Cuba

611 Eladio Secades: "El cubano y el base ball", en Víctor Muñoz: *Base Ball. Fundamentos, técnica, estrategia*, Editorial Martí, Habana, 1947, p. 6.

de los años cuarenta. Maestri, en la semblanza de Secades, podía ser considerado el Chibás de los estadios, pero como el líder ortodoxo, su prédica no bastaba para que la pelota ni el país cambiaran.

El béisbol patrocinado por la elitista Unión Atlética Amateur de Cuba (UAAC) tuvo su época dorada entre 1939 y 1953, cuando el equipo cubano se erigió en el gran triunfador de las llamadas Series Mundiales de Base Ball Amateur, que tuvieron su sede habanera en el Estadio Cerveza Tropical. Conrado *el Guajiro* Marrero, Pedro *Natilla* Jiménez, Isidoro León, Julio *Jiquí* Moreno, Sandalio *Potrерillo* Consuegra, Rogelio *Limonar* Martínez, Francisco *Chito* Quicutis, Narciso Picazo y Antonio Quilla Valdés, muchos de ellos de origen campesino, como revelan sus simpáticos apodos, eran verdaderos héroes de la nación en tiempos inciertos para el país. Sin embargo, desde 1946, con la inauguración del Estadio del Cerro, el circuito aficionado enfrentó la dura competencia de la pelota profesional, convirtiéndose de hecho en proveedor de talentos para los cuatro equipos profesionales: Almendares, Habana, Marianao y Cienfuegos. En 1956 la Federación Internacional de Béisbol Aficionado (FIBA) fue reconocida por el COI y convocó un campeonato del mundo por áreas geográficas, al que Cuba no pudo asistir por razones económicas y el torneo fracasó. No habría otro evento de ese nivel hasta Costa Rica, en 1961, después del triunfo revolucionario, ganado nuevamente por una novena de la mayor isla del Caribe.

Los equipos profesionales eran de gran nivel y tenían una entusiasta y parcializada afición, al tiempo que también formaban parte del negocio industrial de la burguesía cubana, y eran respaldados por las grandes marcas comerciales y firmas patrocinadoras. Arturo Armando Bengochea González, presidente de la Liga Profesional de Béisbol, era un millonario propietario de dos compañías urbanizadoras, dos contratistas, dos transportistas urbanas, una industria de pienso y una aerolínea.⁶¹² Uno de los clubes más antiguos y prestigiosos, el Almendares, tuvo entre sus presidentes decimonónicos a Juan Pedro Baró, descendiente de una acaudalada familia de hacendados azucareros, y en la segunda mitad del siglo xx era propiedad de Mario G. Mendoza Freyre de Andrade, uno de los integrantes del grupo Sucesores de Arellano y Mendoza, Contratistas S. A. y copropietario

612 Guillermo Jiménez Soler: *Los propietarios de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 77-78.

de la Constructora Mendoza. Un equipo más reciente, el Marianao, pertenecía a un Representante a la Cámara, Alfredo Pequeño, y le había sido obsequiado por un político con pésimos antecedentes en su ejecutoria pública durante el Autenticismo, José Manuel Alemán, exministro de Educación y jefe del BAGA.⁶¹³ Los peloteros rentados cobraban elevados sueldos en comparación con otros sectores asalariados, y reforzados con jugadores estadounidenses fueron los grandes vencedores en las series del Caribe que se celebraron entre 1949 y 1960. Fue precisamente uno de los juegos del campeonato invernal cubano, el escenario escogido por un grupo de jóvenes revolucionarios de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) para expresar su protesta contra el régimen de Batista. La acción se llevó a cabo el domingo 4 de diciembre de 1955, en el tercer inning de un juego entre Habana y Almendares en el estadio del Cerro. Los estudiantes se lanzaron al terreno con una tela que demandaba libertad para sus compañeros presos, y fueron bárbaramente reprimidos por la policía, ante un público enardecido que les gritaba “salvajes” y “esbirros”. La transmisión del juego por televisión propició que, tanto el acto de desobediencia como la represión policial fueran presenciados más allá de las fronteras del estadio, mostrando la faz canallesca de la dictadura. El árbitro Maestri, consecuente con la actitud vertical que acompañó su vida, se puso al lado de los estudiantes.

Apenas tres años y un mes más tarde, el primer día de enero de 1959, las tropas rebeldes entraban en Santiago de Cuba y las columnas guerrilleras de Che y Camilo avanzaban sobre la capital. La Revolución había triunfado y el júbilo popular era indescriptible. Ese fue un año grande también para el béisbol cubano, iniciado con el éxito sensacional del campeón Almendares en la XI Serie del Caribe, celebrada en el Estadio Universitario de Caracas entre el 10 y el 15 de febrero, a escasas semanas del triunfo. Las medidas del Gobierno Revolucionario se radicalizaron con la Primera Ley de Reforma Agraria, y en su apoyo, se celebró el simbólico juego entre los Barbudos y la Policía Nacional Revolucionaria, el 24 de julio, con Fidel y Camilo en la batería de los Barbudos. Ambos carismáticos líderes ya habían cumplido similar función de lanzador-receptor el 14 de abril en la inauguración del campeonato de la Liga Internacional, pero ahora

613 Guillermo Jiménez Soler: *Las empresas de Cuba*. 1958, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 198-199.

quedaría la ingeniosa y leal respuesta de Camilo a los periodistas: “Yo no estoy contra Fidel ni en la pelota”. La concurrencia de más de treinta y tres mil personas dejaba atrás los anteriores récords de audiencia para un partido en el estadio del Cerro.

Pero la atención béisbolera del país aquel año se centraba en la actuación del equipo Cuban Sugar Kings, perteneciente a la categoría Triple A de la Liga Internacional. Esta liga estaba integrada además por equipos estadounidenses y canadienses, y jugaba un número de partidos similar al de las Mayores. Sin duda, representaba un salto de calidad con relación a su predecesor, los Havana Cubans, que había pertenecido a una organización de clase C. Durante el campeonato, en un juego entre los Sugar Kings y Rochester celebrado el 26 de julio de 1959 en La Habana, la explosión de algunos petardos en las gradas y disparos aislados, atribuibles a la propia pasión del juego y a la celebración de la fecha patriótica, provocó la irritación de George Sisler, gerente general del Rochester, quien anunció que no jugaría más en la capital cubana, a pesar de las disculpas ofrecidas por el Director General de Deportes, capitán Felipe Guerra Matos y de las explicaciones ofrecidas por Bobby Maduro, dueño del equipo azucarero. Aún así, el campeonato siguió su curso, terminando con la espectacular victoria de los Sugar Kings en la llamada Pequeña Serie Mundial frente al campeón de la Asociación Americana, el Minneapolis. Las enormes concurrencias obligaron a celebrar los dos últimos partidos en La Habana, y el último juego, el 6 de octubre, se decidió por una carrera en el noveno inning. Fotografías de la época muestran a Fidel, Camilo y Guerra Matos felicitando al jugador cubano Daniel Morejón, autor del hit decisivo.

Sin embargo, a pesar de los éxitos del béisbol cubano y del apoyo brindado por la joven revolución a la pasión nacional, pronto las agresiones estadounidenses se trasladarían también al ámbito deportivo. Su objetivo principal era el de despojar a Cuba de sus mejores jugadores, dañar el espectáculo deportivo y eliminar cualquier tipo de intercambio con el béisbol organizado de los Estados Unidos. Una de las primeras medidas tomadas por el Departamento de Estado fue privar a la Isla de la franquicia del equipo Cuban Sugar Kings, como quedó sancionado en el verano de 1960 durante la convención anual de propietarios de los equipos en la Liga Internacional. Esta maniobra ya se venía fraguando desde los meses iniciales de la Revolución, según se desprende de una pregunta hecha por un periodista a Fidel

durante su visita a la Asociación de Corresponsales de las Naciones Unidas, el 22 de abril de 1959:

– Se ha dicho que usted afirmó que primero pitchearía por los Cuban Sugar Kings antes que permitir que el equipo sea trasladado para Jersey City. Díganos, ¿cuál es su “average” en carreras limpias?

– Bueno, los cubanos no quieren que los Cuban Sugar Kings se vayan de Cuba. Nosotros queremos que se queden en Cuba y lo que es más, queremos hacer un equipo de Grandes Ligas. Le voy a decir algo más. Tenemos interés en los deportes, por el deporte mismo, y porque es una forma de atraer al turismo, ya que tenemos uno de los lugares más maravillosos del mundo y esperamos convertir nuestra maravillosa isla en un paraíso del turismo internacional, y eso será una forma de ayudar a resolver las pequeñas dificultades económicas. [...] Esta es una de las razones por las cuales estamos interesados en los Sugar Kings y además, estamos empeñados en demostrar que contamos con buenos jugadores de pelota. También vamos a incrementar todo tipo de deportes. Quiero que ustedes sepan que en tres meses hemos distribuido más clases de equipos para diferentes deportes, que lo que se había distribuido antes en veinte años de gobierno. Y esperamos tener uno de los mejores equipos de pelota de Cuba. Sobre lo de cuál es mi “average”, les diré. Nunca fuimos un Babe Ruth cubano, pero muchas veces hemos colgado los nueve ceros en la pizarra... (Risas y aplausos).⁶¹⁴

El pretexto utilizado fue “proteger” a los peloteros rentados norteamericanos de posibles ataques en sus visitas a Cuba. La sede de la franquicia fue otorgada entonces a Jersey City, Nueva Jersey, y se produjo al mismo tiempo que la administración de Eisenhower despojó a la Isla de su cuota azucarera en el mercado norteamericano, y la Revolución respondiera con la nacionalización de los centrales azucareros y monopolios de propiedad estadounidense. Otras medidas represivas fueron las de prohibir a jugadores estadounidenses participar en los campeonatos invernales cubanos o jugar en Cuba como miembros de otros equipos. Incluso, se habló de prohibirle jugar en su patria a los beisbolistas que se desempeñaban en equipos del béisbol organizado norteamericano. Semejante despropósito no encontró ningún respaldo, y por esa razón el último campeonato

614 *Resumen de un viaje*, Editorial Lex, La Habana, 1960, pp. 112-113.

profesional se celebró entre el 15 de noviembre de 1960 y el 15 de febrero de 1961 solo con jugadores cubanos.

En febrero de 1960, la XII Serie del Caribe había tenido como sede a Ciudad de Panamá, y allí se impuso el equipo campeón cubano Cienfuegos, con impecable resultado de 6 ganados y ninguno perdido. La sede rotativa del año 1961 le correspondía a La Habana y un equipo de la isla era el defensor del título, pero ello no impidió que el comisionado de las Grandes Ligas, Ford Fricks, decidiera otorgar la competencia a Caracas y excluir el conjunto antillano. El resultado fue la renuncia de Venezuela a organizar un campeonato espurio y las series del Caribe fueron suspendidas, dejando a Cuba como la gran ganadora en la justa durante sus doce participaciones, con siete títulos ganados, incluyendo los últimos cinco de manera consecutiva.

En este convulso escenario, la Revolución tomó la determinación de hacer masivas y democráticas las prácticas atléticas en el país, en función de convertir al deporte en una esfera priorizada del desarrollo social del pueblo. Bajo tales presupuestos, las actividades lucrativas y comerciales asociadas al profesionalismo no tenían cabida, por lo que se declaró la eliminación de las competencias profesionales mediante la resolución 82-A del Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER) en 1962. Pero ya desde antes, la Dirección General de Deportes había dado pasos en función de organizar campeonatos de varios deportes de carácter verdaderamente nacional, entre los cuales se destacó el torneo béisbolero celebrado entre marzo y octubre de 1960, ganado por el equipo Mulos de Nicaro, campeón oriental. Este fue, al decir del investigador Carlos Reig, en el texto que abre el presente libro, el “Primer inning del béisbol revolucionario”, que tomaría luego forma definitiva con las series nacionales inauguradas el 14 de enero de 1962.

Desde entonces, los campeonatos nacionales y sus diferentes estructuras y equipos⁶¹⁵ han coloreado el panorama béisbolero de la Isla,

615 En la etapa revolucionaria han participado en Series Nacionales, Selectivas, Copas Revolución y Superligas, equipos con los siguientes nombres (en cursivas los actuales 16 conjuntos): Agricultores, Agropecuarios, Arroceros, Artemisa, Azucareros, Cafetaleros, Camagüey, Camagüeyanos, Centrales, Ciego de Ávila, Cienfuegos, Citricultores, Ciudad Habana, Constructores, Forestales, Ganaderos, Granjeros, Granma, Guantánamo, Habana, Habaneros, Henequeneros, Holguín, Industriales, Isla de la Juventud, La Habana, Las Tunas, Las Villas, Matanzas, Mayabeque,

dado inmensas alegrías a su noble y conocedora afición, desarrollado talentos desde las categorías inferiores hasta las de mayores, y sobre todo han mostrado béisbol de calidad desde los más apartados rincones del país hasta los torneos oficiales de mayor nivel internacional, sean juegos centroamericanos, panamericanos, campeonatos del mundo, copas intercontinentales, olimpiadas o clásicos mundiales, como el celebrado en varios países en marzo de 2006.

De esta historia, la de la pelota revolucionaria, olvidada o menospreciada en algunos libros sobre historia de béisbol cubano publicados fuera de Cuba,⁶¹⁶ o aún por escribir dentro de la propia Isla, se ocupan los textos que conforman el presente volumen. Se trata de un recorrido amplio por cinco décadas de béisbol, y obviamente no se mencionan todas las figuras destacadas de este pasatiempo, quienes merecerían un lugar en el Salón de la Fama de la pelota cubana, cuando este santuario deportivo sea revitalizado. No obstante, sí aparecen recogidos momentos y procesos decisivos en la conformación del nuevo mapa y de los imaginarios actuales de la pelota insular, junto a biografías de jugadores, árbitros, cronistas y periodistas destacados.

Un rápido viaje por las páginas del libro nos permite apreciar su diversidad de enfoques y criterios, como disímiles son también los autores. Hemos preferido que este homenaje al deporte nacional no fuera de dominio exclusivo de especialistas en el tema, sino invitar también a compartir sus saberes a novelistas, cuentistas, ensayistas, dramaturgos e historiadores, para que dieran su visión desde posturas donde la calidad estética y el rigor analítico de los textos, pudieran resultar una agradable sorpresa. Periodistas deportivos de larga y fecunda trayectoria como Elio Menéndez, Jorge Alfonso y Víctor Joaquín Ortega, abordan asuntos relativos a las trayectorias de los equipos que han participado en las series nacionales, al tiempo que rinden tributo a los inmarcesibles Amado Maestri, Eddy Martín y Bobby Salamanca. Verdaderos ídolos de la década mítica del sesenta, como Manuel Alarcón, Agustín Marquetti, Wilfredo Sánchez, Félix Isasi, Rigoberto Rosique, Santiago Mederos y José Antonio Huelga,

Metropolitanos, Mineros, Occidentales, Orientales, Pinar del Río, Sancti Spíritus, Santiago de Cuba, Serranos, Vegueros y Villa Clara.

616 Un serio esfuerzo de superar este desconocimiento en Peter C. Bjarkman: *A History of Cuban Baseball. 1864-2006*, Jefferson and London, McFarland & Company, Inc. Publishers, 2007.

son interrogados por los investigadores Martín Socarrás, Juan A. Martínez de Osaba, Arturo Pedroso y por el narrador y dramaturgo Miguel Terry, este último con una preciosa fábula donde mezcla las vidas dispares y fatales de esos dos colosos del box: Changa y Huelga.

Equipos imprescindibles de la pelota cubana, desde los siempre amados y odiados Industriales, el único conjunto que ha mantenido su “franquicia” durante más de cuarenta años, hasta los increíbles Azucareros de Servio Borges, y los consistentes equipos pinareños de los setenta y ochenta, son analizados desde el prisma personal del escritor Leonardo Padura, la investigación minuciosa de Fernando Rodríguez y la prosa autorizada del expelotero y profesor Martínez de Osaba. En algunos de estos equipos brillaron también los Antonio Muñoz, Pedro José *Cheíto* Rodríguez, Antonio Pacheco, Orestes Kindelán, Lourdes Gourriel, Alfonso Urquiola, Luis Giraldo Casanova, Omar Linares, Julio Romero, Rogelio García, Omar Ajete y Pedro Luis Lazo, nombres legendarios que se repiten entre los primeros en casi todos los departamentos ofensivos y de pitcheo de estos torneos, y cuyo brillo fue también notabilísimo en los diamantes internacionales. A ellos se unen en la reflexión y la memoria de Víctor Fowler, Yamil Díaz y Alberto Luberta, los inolvidables y espectaculares Rey Vicente Anglada, Víctor y Germán Mesa, quizás tres de los peloteros con mayor grandeza y carácter que hayan pisado jamás un terreno cubano.

Por último, la literatura, esa compañera inseparable del béisbol desde que Wenceslao Gálvez y Delmonte escribió su prístina historia de la pelota insular, en el ya remoto 1889, nos devuelve páginas memorables en los textos híbridos de Arturo Arango, Norberto Codina, Rafael Grillo, Francisco García González, Rodolfo Zamora y Omar Valiño; en sus fábulas, crónicas y obsesiones culturales, nos reiteran una y otra vez aquello que el imaginario popular ha consagrado: la pelota “es redonda y viene en caja cuadrada” y, para suerte nuestra, “el juego no se acaba hasta que se acaba”. Por todo ello, no nos queda sino invitar — con el poeta Roberto Fernández Retamar en su épico “Pío Tai”, uno de los mayores homenajes líricos rendidos al béisbol cubano —: “y ahora, pasen la bola”.

La Habana, octubre de 2008

BÉISBOL Y GUERRA FRÍA: EL JUEGO CUBA-ESTADOS UNIDOS QUE NUNCA SUCEDIÓ (1975)

Para Ismael Sené

A raíz de la celebración en 1999 de un torneo amistoso de pelota entre los equipos Orioles de Baltimore y la selección nacional de Cuba, el Archivo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos desclasificó un grupo de 18 documentos que mostraban lo esfuerzos negociadores que tuvieron lugar en 1975, entre la Oficina del Comisionado de Béisbol de Grandes Ligas y funcionarios cubanos del INDER, con el objetivo de celebrar juegos de béisbol entre selecciones de ambos países.⁶¹⁷ Según se desprende de la documentación desclasificada, para el comisionado de béisbol norteamericano, estas negociaciones se ceñían al aspecto propiamente deportivo, sin desconocer que el intercambio de atletas podría tener efectos positivos para las relaciones entre las dos naciones. Al mismo tiempo, los funcionarios del Departamento de Estado, encabezados por su secretario, el reaccionario Henry Kissinger,⁶¹⁸ manejaron el tema con reticencia

617 Todos los documentos pueden consultarse en la página web: Declassified Documents from 1975 Reveal Secret U.S.-Cuban Negotiations for Exhibition Games. National Security Archive Electronic Briefing Book, no. 12, <<http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB12/nsaebb12.htm>>

618 Henry Kissinger (1923), fue secretario de Estado durante los mandatos presidenciales de Richard Nixon y Gerald Ford, artífice de la política exterior de Estados Unidos entre 1969 y 1977 y consejero de Seguridad Nacional durante todo el mandato inicial presidencial del primero. Kissinger se

y dilaciones que equivalían a una negativa, aplicando la lógica de la Guerra Fría y de la política de bloqueo hacia la Isla, pues buscaban que dicho juego pudiera influir sobre el público estadounidense y, con una probable victoria de los norteamericanos, demostrar la supremacía del deporte profesional, en oposición a los éxitos obtenidos por la Unión Soviética y otros países socialistas en los Juegos Olímpicos. También se proponían influir sobre la población cubana, ofreciéndole un lado positivo de la realidad norteamericana, como era el béisbol de Grandes Ligas, que gozaba de gran popularidad y ascendencia entre los cubanos desde la primera mitad del siglo xx.

El 14 de enero de 1975, el comisionado de béisbol de los Estados Unidos, Bowie Kent Kuhn,⁶¹⁹ envió una carta al secretario de Estado Henry Kissinger, donde le comentaba varias cuestiones relativas a un posible tope de béisbol entre un equipo norteamericano y otro cubano, en la primavera de ese año en la Isla. Desde finales de 1974, Kuhn le había manifestado a Kissinger su interés en dicha competencia, y le informaba que el jugador y manager de origen cubano Pedro *Preston* Gómez, había celebrado encuentros en La Habana con funcionarios del INDER, quienes le habían manifestado gran interés en que un conjunto de peloteros profesionales visitara Cuba para una serie de juegos a celebrarse los días 28, 29 y 30 de marzo de 1975. En la misiva, Kuhn menciona la posibilidad de encontrarse

caracterizó por una política internacional agresiva hacia los movimientos de izquierda en América Latina, respaldó las dictaduras militares en Chile, Uruguay y Argentina y orquestó la tenebrosa Operación Cóndor. Al mismo tiempo tuvo una postura negociadora hacia los países comunistas, siendo el mentor de la denominada *política de distensión* con la antigua URSS y la República Popular China, país con el cual logró, durante el mandato de Nixon, consolidar excelentes relaciones.

619 Bowie Kent Kuhn (1926-2007), fue comisionado de la MLB entre 1969 y 1984. Durante su mandato se produjo el crecimiento en el número de equipos de Grandes Ligas, se expandió su territorio hasta Canadá y con doce equipos por Liga se inició el sistema de *play off* como preludeo a la Serie Mundial. En este periodo aumentaron las asistencias a los partidos, las ganancias de la televisión, se incrementaron los salarios de los jugadores y se elevó el valor de las franquicias en el mercado. Durante su mandato suspendió a importantes dueños de equipos como George Steinbrenner (Yankees de New York), Charles O. Finley (Atléticos de Oakland) y Ted Turner (Bravos de Atlanta). Asimismo rivalizó con Marvin Miller, líder del sindicato de peloteros.

en México con el presidente del INDER, Jorge García Bango, y decía tener información de que el primer ministro Fidel Castro favorecía este proyecto. También sugiere la posibilidad de que una serie similar pudiera tener lugar en el futuro en los Estados Unidos. La postura de Kuhn era favorecer el encuentro deportivo, pero quería tener el “consejo” del secretario de Estado antes de confirmar la entrevista con la parte cubana.⁶²⁰

Dos días más tarde, en un memorándum interno del Departamento de Estados, se notificaba a William Rogers, Secretario Asistente para Asuntos Interamericanos, de la carta enviada por Kuhn, diciéndole que Kissinger no tenía tiempo de ocuparse del tema, por lo que solicitaba a Rogers ponerse en contacto con el comisionado y hablar del asunto.⁶²¹ El 18 de enero, Rogers recordó a Kissinger la nota enviada por Kuhn, con el comentario de que la visita del equipo norteamericano podría ser tratada como parte de la política de conceder visas a atletas de nivel olímpico. Al lado de esta recomendación, Kissinger escribió la palabra “No”.⁶²²

El 21 de enero, Rogers escribió a Kissinger diciéndole que finalmente había hablado personalmente con Kuhn y que este le había confirmado que la única fecha posible para que un equipo de las Mayores visitara la Isla sería marzo, aunque para disponer las transmisiones de televisión y ajustar el calendario de Grandes Ligas, era necesaria una respuesta a más tardar el 15 de febrero. Rogers, siguiendo seguramente las instrucciones de Kissinger, le respondió que no estaban dadas todas las condiciones para que se produjera esta embajada deportiva, pero Kuhn había esgrimido a su favor el argumento de que la organización del béisbol siempre había sido colaborativa con el Gobierno. Aunque Rogers dice en la nota que Kuhn “entendió” las razones que le fueron expuestas, en realidad no quedó totalmente convencido, pues continuó las comunicaciones con la parte cubana.⁶²³ Una nueva correspondencia de Kuhn a Rogers, de 30 de enero, le informaba que la reunión con los representantes

620 *Letter from Bowie K. Kuhn to Henry Kissinger*, January 14, 1975.

621 *Kuhn's Letter to Kissinger*, Department of State, Interdepartmental Memo, January 16, 1975.

622 *As to the Baseball Team Visit*, Department of State, Secret/NODIS/Eyes Only Action Memorandum (Extract), January 18, 1975.

623 *Cuba-Baseball*, Department of State, Secret/NODIS/Eyes Only Briefing Memorandum, January 21, 1975.

cubanos en México tendría lugar el sábado 8 de febrero. Decía que los funcionarios criollos se habían mostrado al principio reticentes al encuentro, a menos que el comisionado estuviera facultado para cerrar un trato, algo que él había prometido y solicitaba la aprobación del secretario para alcanzarlo.⁶²⁴

Finalmente la entrevista se produjo en tierra azteca y William Rogers le resumió a Kissinger, en un memorándum el 13 de febrero, la conversación mantenida por teléfono con Bowie Kuhn. Según este, los cubanos aceptaban recibir al equipo de Grandes Ligas el viernes 28 de marzo, ocasión en la que los peloteros nortños compartirían experiencias con sus pares cubanos, jugarían al día siguiente un partido de exhibición y regresarían a los Estados Unidos en la tarde del sábado 29 de marzo. Asimismo, Kuhn esperaba que el partido pudiera ser televisado a Estados Unidos. De acuerdo con lo dicho por el comisionado, los funcionarios cubanos le habían manifestado que el béisbol en la Isla se había desarrollado y alcanzado un nivel suficiente para integrarse algún día al juego profesional estadounidense. El comisionado se había mostrado receptivo a esta demanda, y prometido consultarla con su gobierno, en el entendido de que las Grandes Ligas constituían un “valor mágico” que trasmitía un perfil muy positivo de los Estados Unidos.

Asimismo, Rogers consideraba que el encuentro deportivo tendría una connotación simbólica que rebasaba el ámbito deportivo, y que permitiría proyectar hacia América Latina una imagen de acercamiento a Cuba, similar a la que estaba teniendo lugar con China en el tema de intercambiar atletas, cuyos jugadores de tenis de mesa habían sido invitados a visitar los Estados Unidos en 1972, luego del viaje del equipo estadounidense a China el año anterior.⁶²⁵ Un memorándum al día siguiente, insistía en que si se daba luz verde al proyecto, el presidente debía anunciar que los deportes eran un tema separado de la política, y que los norteamericanos estarían muy satisfechos de que los cubanos quisieran presenciar un partido del mejor béisbol del mundo.⁶²⁶

624 *Letter from Bowie Kuhn to William Rogers*, January 30, 1975.

625 *William Rogers to Henry Kissinger; Kuhn's Efforts Continue*, Department of State, Secret/NODIS/Eyes Only Memorandum, February 13, 1975.

626 *Action Memorandum: Baseball Team to Cuba*, Department of State, Secret Cable, February 14, 1975.

En respuesta a la comunicación anterior, Kissinger dejó claro que estaba en contra de realizar una embajada deportiva a Cuba en ese momento, y requería a William Rogers y a Lawrence Eagleburger, las razones por las cuales ellos estaban a favor.⁶²⁷ En respuesta a Kissinger sobre las razones políticas de los Estados Unidos para permitir un juego de béisbol en la Isla, Culver Gleysteen, de la Oficina de Asuntos Cubanos y William Rogers insistían en los efectos positivos que tendría para una posible mejoría de las relaciones con la Isla, dando a entender que se iniciaba una nueva etapa en las relaciones con el gobierno cubano. Asimismo mencionaban el buen efecto que una victoria sobre los cubanos dejaría en aquellos estadounidenses deprimidos por las victorias de los países socialistas en los juegos olímpicos.

Sobre los efectos deseados que tendría este partido sobre la población cubana, los funcionarios nortños hacían notar que la Cuba pre-revolucionaria había estado muy “americanizada” y que el béisbol formaba parte de ese imaginario pro estadounidense, que todavía persistía. Asimismo añadían que el juego podría contribuir a socavar la propaganda antinorteamericana que, según ellos, se hacía en Cuba. También se mencionaba que el permiso a que un prominente equipo de Grandes Ligas viajara a la Isla, podría ser interpretado como un gesto positivo de Estados Unidos hacia el gobierno cubano.⁶²⁸

Pese a tales argumentos, la opinión de Rogers cambió de manera drástica, y su respuesta a Kissinger del 24 de febrero sobre su conversación con Bowie fue clara en su desaprobación a que se realizara el evento. Sin dar mayores explicaciones, mencionaba que Kuhn había comprendido que se trataba de un “problema que sobrepasaba al béisbol” y que informaría al comisionado de Grandes Ligas cuando sería apropiada una visita de un equipo de pelota estadounidense a la Isla.⁶²⁹

El 17 de marzo, Kuhn escribió a Fabio Ruiz Vinajeras, vicepresidente primero del INDER, disculpándose por no poder cumplir el acuerdo tomado en México. También dejó claro que no se trataba de una falta de esfuerzos por su parte, y que estudiaría otras alternativas

627 *Response to “Baseball Team to Cuba”*, Department of State, Confidential Cable, February 15, 1975.

628 *Additional Talking Points on Sending a Baseball Team to Cuba*, Department of State, Secret/NODIS Memorandum, February 19, 1975.

629 *Cuba*, Department of State, Secret/NODIS/Eyes Only Briefing Memorandum, February 24, 1975.

posibles para su realización en marzo de 1976.⁶³⁰ Ruiz Vinajeras no respondió hasta el 21 de mayo, informándole a Kuhn que comprendía los motivos expresados en su carta y que en esos momentos se encontraban inmersos en la preparación para los Juegos Panamericanos que se celebrarían en México en octubre.⁶³¹ Mientras tanto, Kuhn no cesó en su proyecto de diplomacia deportiva, y escribió nuevamente a Rogers el 13 de mayo, aprovechando el anuncio hecho por Fidel Castro de que podría ser invitado a Cuba un equipo de pelota estadounidense, retomando la idea de realizar este partido en la primavera de 1976.⁶³²

En una reunión posterior, celebrada el 12 de junio entre William Rogers y el senador McGovern, relacionada con el intercambio deportivo con Cuba, el senador, quien había realizado un viaje reciente a la Isla, dijo que Castro estaba muy entusiasmado con la idea, y que podría llevarse a cabo a mediados de julio o de lo contrario, posponerse hasta la primavera de 1976. Rogers le respondió que había estado en contacto con Kuhn desde inicios de año, y que le había explicado que el asunto de los juegos de pelota de profesionales estadounidenses en Cuba, quedaba sujeto a la política general de los Estados Unidos hacia la Isla, aunque dejó abierta la posibilidad de combinar los juegos en La Habana con otros en Santo Domingo, por razones “de política exterior”.⁶³³

Al día siguiente, 13 de junio, Bowie Kuhn envió a Rogers un documento que explicaba cuales serían los términos bajo los cuales se produciría la visita de un equipo de Grandes Ligas a Cuba. La comitiva estaría integrado por jugadores de ambas ligas, nombrados por sus respectivos presidentes, y acompañarían a los peloteros los árbitros y oficiales de los clubes seleccionados, así como representantes de la prensa norteamericana. El equipo cubano sería una selección de estrellas de la Serie Nacional, y los propósitos del viaje no serían otros que estrechar los lazos deportivos entre ambos países, celebrando uno o dos juegos de exhibición en La Habana en las últimas semanas de marzo de 1976.⁶³⁴

630 *Letter from Bowie Kuhn to Fabio Ruíz Vinajeras*, March 17, 1975.

631 *Letter from Fabio Ruíz Vinajeras to Bowie Kuhn*, May 21, 1975.

632 *Letter from Bowie Kuhn to William Rogers*, May 13, 1975.

633 *Baseball Exchange with Cuba*, Department of State, Confidential/Eyes Only Memorandum, June 12, 1975.

634 *Outline of Cuban Exhibition Game Proposal*, June 13, 1975.

El 21 de junio, Rogers presentó la propuesta de Kuhn a Kissinger, argumentando a su favor el gesto de Cuba de devolver una cantidad de dinero por concepto de rescate de una aeronave, y que el juego de pelota podría ser presentado como un acto transparente y sin pretensiones políticas por parte de los Estados Unidos.⁶³⁵ La nota manuscrita de Kissinger recomendaba mantener el asunto como hasta ahora, con un perfil bajo, y que se comunicaría a Bowie el momento adecuado en que debería producirse el acuerdo con los cubanos.

Una nueva carta de Kuhn a Rogers, fechada el 3 de julio, retomaba la idea de reunirse en México con Fabio Ruiz, y expresaba su esperanza de que Kissinger se pronunciara afirmativamente al respecto en el Juego de Estrellas que se celebraría en Milwaukee el 15 de julio. El último documento desclasificado es una nota de Rogers a Kissinger, del 14 de julio, anunciándole que no se había comunicado con el Comisionado y que tampoco iría al Juego de Estrellas, donde presumiblemente Bowie le preguntaría a Kissinger sobre el tema, pero no aporta ninguna información, afirmativa o negativa, sobre el particular.⁶³⁶

Los acontecimientos posteriores sugieren cual fue la posición adoptada por los representantes norteamericanos, la de cancelar la posibilidad del juego de pelota entre ambos países, anulando los nobles objetivos que pretendían el Comisionado Bowie Kuhn y su contraparte cubana. Habría que esperar casi un cuarto de siglo para que, en marzo de 1999, los Orioles de Baltimore pudieran hacer realidad el esperado encuentro entre un equipo profesional de Grandes Ligas y la selección cubana de béisbol tras el triunfo de 1959.⁶³⁷

La Habana, abril de 2013.

635 *Baseball and Cuba?*, Department of State, Secret/NODIS/Eyes Only Action Memorandum, June 21, 1975.

636 *All-Star Baseball Team to Cuba*, Department of State, Confidential/NODIS Briefing Memorandum, July 14, 1975.

637 El 28 de marzo de 1999, los Orioles de Baltimore realizaron un partido de exhibición contra el equipo nacional de Cuba en el Estadio Latinoamericano, remozado para la ocasión. Los Orioles ganaron el partido 3-2 en 11 entradas. Luego el equipo cubano visitó Baltimore en mayo y Cuba ganó el segundo juego el 3 de mayo 10-6 en el Camden Yards.

UNA EXCURSIÓN A VUELTABAJO (PARA HABLAR DE PELOTA)

Dice un viejo refrán que no hay nada mejor que el béisbol, que no sea hablar de béisbol. Y con ese propósito nos fuimos el joven periodista deportivo Yasel Porto, el veterano investigador sobre la pelota decimonónica Martín Socarrás y quien escribe a la provincia más occidental de Cuba, Pinar del Río. Allí nos esperaba otro conocedor y devoto de los temas peloteros, el fraterno Juan Antonio Martínez de Osaba, autor entre otros libros de las biografías de algunos de los más destacados beisbolistas pinareños del último medio siglo: el jardinero Luis Giraldo Casanova, el tercera base Omar Linares y el lanzador derecho Pedro Luis Lazo. Como es conocido, Casanova fue un jugador muy completo, apodado por el genial cronista Bobby Salamanca, “El señor pelotero”; el Niño Linares fue una superestrella desde que era apenas un adolescente y todavía ostenta el récord de promedio de bateo en las series nacionales cubanas (368 en 20 temporadas), y el gigante Lazo encabeza a los pitchers en número de victorias con 257.

Durante todo el trayecto conversamos acerca de la próxima serie nacional, un torneo en franca decadencia desde el punto de vista de la calidad de su juego, y donde para colmo este año habrá un equipo más, al dividirse la antigua provincia de La Habana en dos nuevos conjuntos: Artemisa y Mayabeque, al tiempo que sobrevive el anacrónico y débil Metropolitanos, una novena que funciona como sucursal de la franquicia de Industriales, sin ninguna aspiración posible a discutir alguna vez el campeonato. En el caso de los equipos exhabaneros, se observa un peligroso desequilibrio en ambos, pues uno (Artemisa) reúne un excelente cuerpo de pitcheo y una débil ofensiva, mientras que sucede exactamente lo contrario en el caso

de los Huracanes de Mayabeque. A lo anterior debemos sumar que este año se jugará con una pelota menos “viva”, la Mizuno 200, y se subirá el montículo del pitcher, teóricamente para proteger a los lanzadores de las furias de los bateadores.

También hablamos, por supuesto, de los descalabros del equipo nacional en el Campeonato Mundial y los Juegos Panamericanos del año 2011, donde se perdió frente a equipos que están muy lejos de tener el historial y la tradición de Cuba, como es el caso de Holanda, y se ganó con dificultad a rivales desconocidos como Alemania. Todo ello relacionado, obviamente, con deficiencias de nuestros jugadores en su pensamiento técnico-táctico, una pésima rotación del pitcheo, la inexistencia en el área de los lanzadores del sistema abridor / preparador / cerrador, ya de larga data en las Grandes Ligas y otros circuitos de pelota internacionales, la falta de roce internacional de nuestros peloteros, la imposibilidad de que conozcan un nivel más alto del deporte, insertándose en otras federaciones del área, como las dos ligas de México, la de Venezuela, República Dominicana y otras extra continentales como las de Corea del Sur y Japón.

Por último, en las cercanías de Pinar, conversamos acerca de otro peligro para el béisbol cubano, fomentado desde los medios de comunicación. Nos referimos a la saturación de transmisiones de fútbol profesional europeo y latinoamericano, en comparación con ninguna de béisbol profesional de Grandes Ligas o de otros torneos. Ello ha dado como resultado que los niños y jóvenes han privilegiado al fútbol entre sus diversiones favoritas, relegando al juego de pelota, y creando una afición artificial a los grandes clubes europeos como el Real Madrid o el Barcelona, el Milán o el Manchester United, los cuales no tienen ninguna relación con el balompié cubano ni con la tradición cultural de la Isla, afincada en el béisbol desde la segunda mitad del siglo XIX.

Ya en La Perla de Occidente, y luego de un suculento ágape en las riberas de un hermoso lago, participamos en la peña de Osaba, en el acogedor espacio del centro “Hermanos Loynaz”, no lejos de donde el gran pintor Pedro Pablo Oliva tiene su estudio-taller. Dijimos más o menos las mismas cosas que ya veníamos tratando por el camino, y escuchamos con atención las lúcidas y persuasivas palabras del laureado mentor vueltabajero Jorge Fuentes, uno de los hombres que más títulos ha ganado en la pelota cubana, dueño de un carisma y una sensibilidad especial para tratar sobre nuestro pasatiempo nacional.

Jorge hizo la anécdota de cuando fueron recibidos en su casa por el jonronero Hank Aaron, durante los Juegos Olímpicos de Atlanta, y las palabras de admiración y deferencia que el gran slugger negro tuvo para con los peloteros cubanos.

Por supuesto, no pudo faltar la mención a Tony Oliva, por estos días de visita en su tierra natal, triple campeón de bateo en las Mayores con los Mellizos de Minnesota y candidato al Salón de la Fama de Cooperstown, algo que merece desde hace tiempo por derecho propio. Tony es sin duda uno de los más grandes peloteros cubanos de todos los tiempos, y a sus cualidades como jugador une una proverbial sencillez, aun cuando la mayoría de los cubanos ignora su sobresaliente trayectoria deportiva. Ojalá algún día esa injusticia sea reparada, y lleve el nombre de Tony el estadio de su natal Consolación del Sur, o cualquier de los pequeños diamantes para niños que existen por toda la Isla, que se inspirarán en él para imitar su brillante carrera. Por cierto, según me confesó Osaba, Tony Oliva quisiera quedarse a vivir y a morir en Cuba, el país donde nació y donde es, por una ironía del destino, un ilustre desconocido.

Noviembre de 2011

SECRETOS COMPARTIDOS DEL BÉISBOL CUBANO

I

En septiembre de 2012, se cumplirán 145 años desde que un grupo de jóvenes habaneros se trasladó a Matanzas y, en los terrenos del Palmar de Junco, celebraron un desafío de béisbol contra un equipo de estadounidenses radicados en aquella localidad. Este es el juego de pelota más antiguo que se conoce hasta la fecha realizado en Cuba. Corría el año 1867, y no tardaría mucho tiempo en estallar la primera guerra de independencia contra España, el 10 de octubre de 1868. Años más tarde, en diciembre de 1874, otro equipo habanero desconcertó a un conjunto mixto de matanceros y norteamericanos, 51 corridas a 9, dejando de este hecho una crónica notable. Al finalizar la Guerra Grande, la paz sin independencia fue testigo del primer campeonato oficial de béisbol en la Isla, iniciado con un juego entre los clubes Almendares y Habana el 29 de diciembre de 1878 y que concluyó con victoria para los rojos por cerrado score de 21 a 20. Este béisbol decimonónico fue básicamente occidental y amateur, dado el origen social de sus practicantes originarios, muchos de ellos educados en colegios nortños, aunque ya desde 1890 los sectores más humildes se fueron apropiando del juego de pelota y lo hicieron parte de su medio de vida, apareciendo entonces con fuerza su práctica profesional.

Los equipos de pelota en el oeste de Cuba alcanzaron una cifra superior a 200 en el siglo XIX, fomentaron rivalidades acérrimas y perdurables como la sostenida entre Habana y Almendares, y fueron

muy afinales al imaginario social autonomista, que predicaba una salida evolutiva a la crisis colonial cubana, forjada en el ideal de modernidad y progreso positivista. Aún así, numerosos peloteros, entre los que descollaron Emilio Sabourín, Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ricardo Cabaleiro y otros, se vincularon a la opción libertadora y combatieron con las armas en la mano a la metrópoli española, como ya lo habían hecho simbólicamente en los diamantes y glorietas de béisbol, bajo los acordes de los eróticos danzones de Miguel Faílde y Raimundo Valenzuela.

II

Con la llegada del siglo xx, la influencia estadounidense gravitó con fuerza sobre el béisbol cubano, como lo hacía sobre el resto de la sociedad insular, a través de visitas de equipos de Grandes Ligas, incluyendo al mítico Babe Ruth, y la incorporación de una legión de grandes peloteros negros, como la reunida en el Santa Clara de 1922, donde se distinguían Frank Duncan, Oscar Johnson, Frank Warfield, Oliver Marcelle y Oscar Charleston. En sentido inverso, un puñado de jugadores criollos blancos nutrió a los equipos de Ligas Mayores, con destaque para Armando Marsans, Rafael Almeida, Adolfo Luque y Miguel Ángel González.

La expansión del azúcar hacia el este y la construcción de grandes colosos azucareros en la zona centro-oriental vio surgir, asociados a los bateyes de los ingenios, equipos de pelota de gran calidad, como los de los centrales Delicias, Chaparra, Mabay, Báguanos, Tacajó, Preston, Patria, América, Senado, y más al occidente los congregados en la Liga de Pedro Betancourt, la Liga Invernal de Jovellanos, la Liga de Quivicán y en la Unión Atlética Amateur de Cuba. Esta última reunía en su seno a los verdaderos amateurs, como Narciso Picazo, Quilla Valdés, Conrado Marrero, Mario Fajo, Juan Ealo, Pedro Jiménez, Andrés Fleitas, Isidoro León, Rogelio Martínez, Ángel González, Sandalio Consuegra y Julio Moreno, aquellos que no podían ni por asomo darse el lujo de jugar contra profesionales o con rentados en sus filas, so pena de perder su condición de jugadores “puros”. Muchos no pudieron soportar la presión y saltaron al juego rentado, prosiguiendo sus carreras con éxito en el circuito profesional.

Descollaron en este recinto los clubes Vedado Tennis, Universidad de La Habana, Fortuna, Teléfonos, Círculo de Artesanos, Santiago de

las Vegas, Deportivo Matanzas, Cubaneleco y Hershey, entre otros, y muchos de sus integrantes le dieron a Cuba sus primeros títulos en las series mundiales de béisbol en las décadas del cuarenta y cincuenta. Fue casi todo el tiempo de su existencia una asociación discriminatoria hacia los negros, en la misma época que los jugadores de piel oscura se convirtieron en los mejores peloteros de Cuba en cualquier circuito: Conrado Rodríguez, Gervasio González, José de la Caridad Méndez, Cristóbal Torriente, Bartolo Portuondo, Esteban Montalvo, Alejandro Oms, Martín Dihigo, Ramón Bragaña, Luis Tiant, Silvio García, Alejandro Crespo, Claro Duany, Rafael Noble, Héctor Rodríguez, Orestes Miñoso..., como dato curioso, otro negro cubano, Humberto *Chico* Barbón, logró insertarse en 1955 con éxito en la distante y exótica Liga Japonesa profesional.

III

La Revolución victoriosa de 1959 se apoderó también del béisbol, como hizo con casi todo lo que se encontró a su paso arrollador y libertario. Una hoja publicitaria anunciaba para el 24 de julio de 1959 un doble juego a favor de la Reforma Agraria, con asistencia récord de 40 000 aficionados: a primera hora jugaron los Barbudos contra la Policía Militar, con Fidel y Camilo en la batería de los hirsutos, mientras que a segunda hora lo hicieron los Reyes Cubanos del Azúcar contra el Rochester. Ese mismo año los cubanos fueron campeones de la Liga Internacional Triple A y se quedaron a un paso de entrar en las Mayores, pues el bloqueo y las agresiones del imperialismo lo impidieron. El boicot de jugadores nortños fue otra medida para asfixiar a la pelota profesional cubana, que celebró su último partido el 7 de febrero de 1961, entre los clubes Cienfuegos y Almendares, simbólicamente los mismos que habían inaugurado el estadio del Cerro quince años atrás.

El 23 de febrero de ese año se creó el Instituto Nacional de Educación Física, Deportes y Recreación (INDER), que reglamentaría todo lo relativo a las actividades deportivas en la joven revolución, y mediante la resolución 82-A de este organismo se declaró la eliminación de las competencias profesionales en 1962. Pero ya desde antes, la Dirección General de Deportes había dado pasos en función de organizar campeonatos de varios pasatiempos con carácter verdaderamente nacional, entre los cuales se destacó el torneo béisbo-

lero celebrado entre marzo y octubre de 1960, ganado por el equipo oriental Mulos de Nicaro.

En enero de 1962 se inició la etapa que conocemos como las series nacionales, un experimento deportivo que rápidamente se ganó el favor de la exigente afición cubana y logró llenar, en el imaginario popular, el vacío provocado por la desaparición de los numerosos circuitos peloteros que poblaban la geografía insular. No era una actividad profesional, ni tampoco amateur en el sentido antiguo del término, era algo diferente, era como esa fiesta innombrable de que habló el poeta Lezama Lima, un torneo insólito que empezó con pocos equipos y juegos, y que poco a poco fue cubriendo de estadios y conjuntos hasta el último rincón del país. Nuevos ídolos llenaron de alegrías a los cubanos y cubanas amantes del béisbol: Miguel Cuevas, Owen Blandino, Erwin Walters, Pedro Chávez, Urbano González, Andrés Telémaco, Eulogio Osorio, Modesto Verdura, Jorge Trigoura, Ramón Hechavarría, Manuel Alarcón, Manuel Hurtado, Rolando Macías, Félix Isasi, Rigoberto Rosique, Elpidio Mancebo, Fermín Laffita, Felipe Sarduy...

V

Varios de aquellos pioneros que jugaban con el corazón, fueron entrevistados por el novelista Leonardo Padura en un excelente libro de 1989 titulado *Estrellas del béisbol*, y desde entonces no se había vuelto a producir otro volumen parecido, de diálogos con las glorias del béisbol cubano, como este que ahora nos entrega el periodista Aurelio Prieto Alemán, con el título de un exitoso programa deportivo de televisión: "Confesiones de Grandes". No es usual entre nosotros libros como este, tan necesario para comprender en su dimensión antropológica, humana, a los protagonistas del juego de pelota de los últimos cincuenta años. Veinticinco luminarias de los diamantes en diferentes épocas y lugares, y un manager singular por su inteligencia y vocación triunfadora, fueron los elegidos para conformar el libro, hecho de preguntas inteligentes y respuestas sinceras. Hablan aquí, con la voz limpia y sin resentimiento, hombres de carne y hueso que fueron enormes en el terreno y también sufrieron amarguras e injusticias. Este último costado, el de los semidioses convertidos en ángeles caídos por la mediocridad o la estupidez de algunos pobres de alma, es uno de los mayores aciertos de Prieto en sus interpela-

ciones, pues es capaz de sacar a relucir la madera incorruptible de que están hechos estos héroes populares, que no se dejaron vencer por la adversidad. También se descubre lo íntimo y lo privado de estas vidas, que siempre estuvieron tan expuestas al juicio público en su condición de atletas.

Aquí conversan Miguel Cuevas, que con fiebre alta salió a jugar y disparó tres jonrones en Sao Paulo en 1963; Wilfredo Sánchez, que dejó el béisbol cuando luego de su mejor año no fue llamado al equipo nacional y regresó luego para convertirse en el hombre hit de la pelota cubana, y que no duda en contestar afirmativamente a la pregunta de si le hubiera gustado jugar en Grandes Ligas “Para ver que es lo que da esa pelota”; Félix Isasi, que rechazó las ofertas para abandonar su país, porque “siempre dije que prefería un pueblo que me quisiera, que un puñado de dinero” y se disgustó mucho cuando no lo pusieron a jugar en un campeonato, estando en plenitud de forma deportiva, lo que motivó su desencanto y posterior retiro; Rey Vicente Anglada, separado injustamente del béisbol y que volvió para ser campeón con los Industriales; Víctor Mesa, que no se avergüenza de la tierra que le tiró en el pecho al catcher estadounidense cuando este le levantó los spikes y que también hubiera querido medirse en Las Mayores, sin tener que abandonar su patria y su familia; Víctor, el gran showman del béisbol revolucionario, que al igual que muchos aficionados todavía se pregunta: “¿quién nos retiró, por qué razón, qué valoraron para llegar a esa decisión? No tengo respuestas... solo sé que fue injusto”; Antonio Pacheco, que hacía trescientos swines en los días de descanso y se declara amigo de Juan Padilla, porque lo más importante no era quien jugara: “lo principal era la victoria del equipo Cuba”; Orestes Kindelán, vapuleado por cierta prensa, avara de su gloria, y que prefirió responder a sus críticos como mejor sabía: con sus formidables jonrones a la hora buena; Luis Giraldo Casanova, quizás el más completo jugador del último medio siglo, que busca todavía una explicación a su descarte del equipo Cuba en uno de sus mejores años, y que pudo haber tenido mejores rendimientos de haberse cuidado más físicamente, pero no se arrepiente de su carrera; Lourdes Gourriel, que dice no haberse disgustado cuando lo sustituyeron en La Habana en 1982, por un emergente que se llamaba Pedro Medina, y que valora con aprecio el reloj que le regaló Jim Abbot al terminar el juego de Parma que Gourriel empató con

memorable jonrón; Lázaro Vargas, que nunca se sintió apático por su costumbre de arrastrar el bate, mientras masticaba un esparadrapo, que valora mucho la posibilidad del pueblo de adquirir gorras y camisetas de sus peloteros preferidos y habla con aprecio de Omar Linares y Juan Castro; Luis Ulacia, que eligió el número uno porque admiraba a José Antonio Huelga y quisiera que lo enterraran con esa cifra en la espalda; y Jorge Fuentes, uno de los hombres más sabios de la pelota cubana, que revela que Pineda fue como un padre y que le hubiera gustado siempre tener en su equipo a Lázaro Vargas, aunque fuera con muletas...

Entre los entrevistados también aparecen jugadores foráneos, como el venezolano David Concepción, el dominicano Juan Marichal y el puertorriqueño Juan Igor Gonzalez, destacados peloteros profesionales en la llamada Gran Carpa. Marichal recuerda la discriminación a que eran sometidos los peloteros negros y latinos todavía en los años sesenta del siglo xx, y la polémica entablada para saber quién era mejor lanzador, si él o Sandy Koufax. También menciona su amistad con peloteros cubanos de aquel circuito como Tony Oliva, Octavio Rojas y Francisco Herrera. David Concepción recuerda con hidalguía las veces que fue ponchado por Braudilio Vinent, se ríe de la maldición de haber usado el número trece durante su carrera y se duele de no haber sido escogido aún para integrar el salón de la Fama en Cooperstown. De las confesiones de Igor González escojo esta, referida a los peloteros latinos en el béisbol estadounidense: “Definitivamente el pelotero latinoamericano es bien sacrificado, es un pelotero noble, que trabaja duro todos los días, porque quiere superarse y quiere ayudar a su familia. Hay que quitarse el sombrero, ante el pelotero latinoamericano” [...] ⁶³⁸ En todas las entrevistas a estos peloteros latinos, aflora su dignidad personal, su notable esfuerzo propio y el orgullo de haber representado a sus países en el mejor béisbol del mundo. Ojala ello sirva de estímulo para que, en una segunda edición de este libro, podamos disfrutar de las confesiones de los cubanos Tony Oliva, Luis Tiant Jr. y Tany Pérez, todos de brillantísima actuación en las Grandes Ligas durante décadas.

638 Aurelio Prieto Alemán: *Confesiones de grandes*, Editorial EnVivo, La Habana, 2012, p. 33.

VI

El 14 de enero de 2012 se cumplieron 50 años de una nueva etapa del béisbol insular, más democrática y participativa, pletórica de dichas y no exenta de yerros, pero que no puede ser explicada sin sus casi noventa años de tradición precedentes, que tanta gloria y orgullo dio a Cuba en cada terreno que jugó pelota un cubano. Los que ya son historia reciente, serán recordados también como la semilla del futuro, en un largo devenir que atraviesa tres siglos y une a Esteban Bellán, Martín Dihigo y Víctor Mesa en una sola familia del espíritu, que como dijo un poeta, suele ser a veces más poderosa y definitiva que la de la sangre.

31 de enero de 2012

HOMBRES DE NEGRO

I

Los árbitros de béisbol en Cuba siempre han sido las ovejas negras del juego de pelota, los parientes pobres, los convidados de piedra, los que casi nunca tienen la razón y encima de eso se equivocan, en fin, es una verdadera calamidad ser árbitro. Lo irónico de todo esto es que sin ellos no se podría ni siquiera pensar en comenzar un juego “oficial” de béisbol, pues son ellos los encargados de trazar y hacer cumplir desde un inicio las archiconocidas reglas del juego, de cantar las bolas y los strikes, los outs y los quietos, y decenas de lances más, y por si fuera poco, impedir que el terreno se convierta en una cámara húngara o que el juego termine como la fiesta del Guatao, si uno de los rivales considera que su orgullo ha sido herido por una mala decisión arbitral.

Pero esta leyenda negra contra los árbitros es mucho más antigua de lo que imaginamos, pues ya desde el siglo XIX sus actuaciones fueron objeto de duras y prolongadas polémicas. De acuerdo con el testimonio del pionero Nemesio Guilló, Leopoldo de Sola fue uno de los primeros árbitros de que se tiene noticia, quien actuó en un partido celebrado en Matanzas entre jóvenes habaneros y marinos estadounidenses a finales de la década del sesenta del del siglo XIX y después en todos los que se efectuaban en la capital, siempre fungiendo de juez “con el beneplácito de todos”. Sin embargo, esta visión

placentera del árbitro, fue impugnada por su ineficacia por Teodoro Zaldo, quien se expresó en los siguientes términos:

Cuando regresé a Cuba en el año 1877 que fue el de la formación del Almendares [sic], yo ocupé el box desarrollando mi curva, que era solamente para afuera. Por cierto que el doctor Leopoldo de Sola, hombre muy honrado, muy caballeroso, pero que ya estaba graduado de abogado y ejercía de umpire a instancias nuestras, no quería reconocer, como no reconoció, lo que era efectivamente “curva para afuera” que yo dominaba lanzando la bola que parecía ir desviada del bateador, pero que al llegar al plato entraba perfectamente sobre la goma. El doctor Sola se sentaba en una silla y con paraguas detrás del bateador a distancia de diez a doce pies, situación que, como es de suponer, no le permitía apreciar bien las bolas.⁶³⁹

Ya desde los primeros tiempos del béisbol organizado las decisiones arbitrales resultaron cuestionadas con frecuencia. Haciéndose eco de un artículo aparecido en *La Discusión*, el diario deportivo *Base Ball* de octubre de 1881 reseñaba: “Estamos persuadidos de que si no se obedece al juez, si sus fallos no son decisivos, dentro de poco, las partidas de *Base Ball* serán una pequeña Babel”. Un año más tarde la propia publicación divulgó un extenso trabajo, firmado por Tomás Delorme, dedicado a las atribuciones y deberes de los umpires donde se decía: “En Cuba, más que en ninguna otra parte, deberíamos, los que verdaderamente nos interesamos por el *Base Ball*, y deseamos se aclimate y se propague entre nosotros, tan noble y viril juego, tratar al *Umpire* no solo con la consideración que se merece, y le es generalmente concedida en los Estados Unidos, respetando su autoridad y acatando sus decisiones, sino rodearlo también de una especie de veneración y propender por todos los medios posibles a que jamás tenga motivos para disgustarse”.

La publicación del citado informe trajo nuevas reflexiones en la prensa béisbolera, que se quejaba de la falta de estímulos para desarrollar la espinosa labor arbitral, incluyendo entre estos la gratuidad de sus servicios:

Aquí donde las *Ligas* no han podido señalar nunca Umpires oficiales, porque las pocas personas que reúnen todas las con-

639 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Editorial Colibrí, Madrid, 2004, p. 668.

diciones o algunas de las que se necesitan para desempeñar tan difícil puesto, se han negado a aceptarlos temiendo la maledicencia de los *simpatizadores* ya que no de los clubs que salieron derrotados. Aquí donde al cargo no se le señala otra remuneración que las simpatías y agradecimiento de sus compañeros al reconocer su imparcialidad, nada más difícil que señalarles sus atribuciones y revestirlos de esa autoridad que en los Estados Unidos tanto prestigio le dan al puesto y tan fácil hacen su desempeño.⁶⁴⁰

Los hechos demuestran que la frágil situación de los árbitros no varió mucho en los años siguientes a esta exhortación. En 1885 *El Fígaro* hacía un llamado a que “las decisiones de los jueces sea más respetadas, teniéndose cuidado anticipadamente para la elección de los que hayan de desempeñar ese difícil cargo, de buscar a personas peritas e imparciales. De este modo podrá aclimatarse en Cuba ese útil y divertido pasatiempo”. Esto tenía su origen en los escándalos suscitados por malas decisiones arbitrales, aunque también se señalaba que “son muchos los individuos que reuniendo condiciones para el caso, se niegan a ser jueces para no ser víctimas de los insultos del pueblo”. En un artículo publicado en *La Habana Elegante* a propósito de la crisis arbitral, se aconsejaba a estos que no debían acomodar sus fallos “al criterio deficiente y apasionado de los clubs que combaten”, y también se exhortaba al público a limitarse a “desaprobar y aplaudir las jugadas de los *sportmen*, según el grado de cultura de cada partidario”.

Además sucedía que muchos jueces realmente no eran conocedores de las reglas o las aplicaban caprichosamente, por lo que un periódico ironizaba: “de seguir así la cosa, nos vamos a ver precisados a agregar a los estados que publicamos, una nueva casilla para los errores de los umpires”.

Alarmada por las continuas críticas a la labor de los árbitros, la Liga General de Base Ball adoptó que su elección para los desafíos se hiciera por consenso entre los clubs contendientes, quienes debían elegir entre una terna de candidatos propuestos por el equipo home club, y si no eran aceptados, entonces el visitador hacía la misma operación con su anfitrión. En caso de que no hubiera conformidad,

640 *Base-Ball*, año 1, no. 44, 23 de julio de 1882, p. 1.

cada uno de los capitanes debía elegir a uno de los tres propuestos por su adversario, sorteándose entre ellos el cargo de impartir justicia.

Los desafíos entre Habana y Almendares se consideraban como los más arduos para encontrar un árbitro, dada la enorme animosidad existente, y por ello se llamaba a las directivas de ambos clubes a elegir su juez con antelación, no fuera causa la ausencia de umpire de que hubiera que suspender un match y devolver al público el importe de las entradas. En un juego decisivo entre rojos y azules durante la temporada de 1887, una decisión del juez Rivero desagradó al capitán almenदारista, lo que obligó al umpire a apelar al sentido del honor del jugador contrario con improbables resultados: "El juez dijo: llamemos a Santana, que, como caballero, dirá si pisó o no el home. Pero este jugador dijo que los peloteros no son más que peloteros en el juego; después de él, caballeros".⁶⁴¹

Para reforzar la autoridad arbitral y desestimular a quienes protestaban, la Liga decidió multar a los jugadores que interpelaran las decisiones judiciales y se afirma que "...con el producto de las multas se darán tres premios al fin de la temporada, que se sortearán entre los que no hayan sido multados por esa causa". En 1888 se tomó la determinación de nombrar un Juzgado de Guardia para las faltas y delitos de menor gravedad que se cometieran en los juegos. Sus integrantes eran todos jueces oficiales y de probada competencia, con lo que se aspiraba a cortar de raíz "...el funesto mal que traía consigo el nombramiento de jueces ineptos a última hora".

Los Estatutos de la Liga General de Base Ball para la temporada 1889-1990 establecían que para el cargo de umpire el candidato debía pasar un examen teórico-práctico ante cinco miembros no diputados de dicha corporación, y los individuos rechazados no tenían derecho a presentarse nuevamente por un período de un año. Según este reglamento, los árbitros estaban sujetos a correcciones disciplinarias y multas por faltas leves, y en casos de mayor gravedad podían ser suspendidos, sustituidos o inhabilitados. Sobre las protestas, no se admitirían aquellas que se fundaran en errores de apreciación de los umpires y solo serían atendidas las que implicaran flagrante violación de las reglas. El salario de los jueces oscilaba entre 10 centavos y 60 centavos oro en los juegos de campeonato y 5 centavos y 30 centavos

641 *La Habana Elegante*, año 5, 22 de mayo de 1887, p. 7.

oro en los juegos de verano, pagados a partes iguales por los clubes contendientes.

En la etapa profesional, la eficiencia de los jueces en la determinación de las jugadas comenzó a ser objeto de interés por parte de la prensa, que señaló con razón que los jueces que se situaban detrás del box, debían acercarse más al home para el conteo de las bolas, pues "...mientras más cerca se está del home, mucho mejor podrá apreciarse la altura y lugar por donde la pelota pasa. Venga el juez y cuente junto al bateador". La tarea de velar porque el lanzador hiciera los movimientos correctos, quedaría a la apreciación del árbitro en bases.

A las dificultades señaladas con anterioridad, los umpires debían añadir también los golpes y lesiones de que eran objeto. Entre muchos ejemplos que pudieran citarse, seleccionamos el caso de un juego entre Fe y Progreso, en enero de 1888, donde el lanzador devenido en árbitro Pablo Ronquillo, tuvo que ser sustituido en la séptima entrada a causa de haber recibido un fuerte pelotazo (tip foul) en la nariz "que le produjo una hemorragia". Quizás por ello un gacetillero decía con ironía: "En la vida, como en el *Base Ball*, el que se mete a umpire sale crucificado".

II

Ya en el siglo xx, el novelista Alejo Carpentier se burlaba de la indumentaria de los árbitros de pelota y decía que parecían gente que "fuera a realizar una visita de pésame", refiriéndose a su vestimenta de color oscuro. Precisamente el tono lóbrego de sus trajes, le sirve al experimentado periodista y cronista deportivo José Antonio Fulgueiras, como pretexto para contarnos en tono íntimo y prosa testimonial, la historia más reciente del difícil y peligroso oficio de árbitro en Cuba.

Por el libro de Fulgueiras, que obtuvo el Premio Memoria 2009 del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, desfilan una cohorte de ampayas que lograron, pese a lo ingrato de la profesión, imponer su autoridad moral, observar una conducta ética y ejercer con dignidad su trabajo. Todos han cometido errores arbitrales, los siguen cometiendo y es previsible que no dejen de hacerlo en el futuro, por una sencilla razón: son seres humanos y no máquinas, y desdichadamente

tiene que captar una jugada en fracciones de segundos y sin la ayuda de cámaras de video. Algunos han sido agredidos y otros fueron agresores, pero la mayoría reconoce cuando se ha extraviado en sus juicios y otros se han arrepentido de un mal proceder.

El libro se abre con el árbitro por antonomasia en Cuba, Amado Maestri, un antiguo receptor del sindicato eléctrico, del cual era además líder obrero, que llenó toda una época con la hidalguía de su menester justiciero, y se hizo célebre por expulsar al millonario mexicano Jorge Pasquel del terreno de juego y por proteger a los jóvenes de la FEU durante las protestas que realizaron en el estadio del Cerro contra la dictadura de Batista.

Otro muy destacado fue Alfredo Paz, “el último de los mohicanos”, quien defendía a capa y espada sus decisiones y llegó a expulsar a medio equipo en un juego en Morón, del que lo tuvo que sacar la policía bajo una lluvia de piedras. Otra vez en Sancti Spiritus le dio un piñazo a un aficionado que lo increpó en la calle, y como donde las dan las toman, luego fue un pelotero quien lo dejó tendido de un puñetazo. Fue un juez sin dudas polémico, que tenía como divisa la costumbre de no reconocer en público que se había equivocado.

Nunca antes, en casi siglo y medio de béisbol, había pisado un terreno una mujer árbitro. Janet Moreno fue la primera, y debutó en la serie 2006-2007. Es una mujer joven, sobria y muy seria, que jugó béisbol callejero cuando era niña y le gusta la música romántica. Una frase suya lo dice todo: “Todos esos peloteros nacieron de una mujer, y se miden mucho cuando te tienen delante. Las mujeres siempre somos más estrictas e imparciales”. Víctor Mesa es el único director que ha sido expulsado, luego de decirle una frase procaz, por la cual luego se disculpó. Ojalá hubiera más mujeres en funciones de juezas, así quizás hubiera un poco más de decencia y respeto a la hora de protestar, aunque el machismo béisbolero cubano diga lo contrario.

Otros ampayas, como Omar Lucero, un contador público que jamás jugó pelota, descubren aquí su bis cómica y se burlan de las ofensas e improprios de toda clase que le gritan desde las tribunas y de las protestas de los peloteros. No se inmuta si le gritan tarrú o le contradicen el conteo. Es un árbitro inteligente y muy seguro de sí mismo, sobre todo detrás del plato, aunque como todos ha tenido pifias lamentables que inclinaron la balanza a favor de uno de los equipos.

Un caso singular de jueces fueron los Casañas, padre e hijo. El progenitor fue un pelotero mediocre que solo se destacó en los torneos provinciales, y el hijo parece que tampoco tuvo talento como jugador, al extremo que fue su padre quien le indicó que se dedicara al arbitraje. El viejo Casañas guarda en sus arcas haber decretado dos juegos forfeited en medio de protestas airada del público y tener fama de expulsar del terreno a jugadores y directores sin miramientos, aunque en un caso botó a un manager por mentiroso.

Un juez de extracción obrera, Orlando Camps, quien ha tenido numerosos desencuentros y sanciones por malas decisiones en los diamantes, confiesa con cierta dosis de masoquismo que el arbitraje lo seduce tanto como el veneno de amor a los amantes despechados.

Melchor Fonseca, con su nombre de Rey Mago, ha sido un juez bastante ecuánime, que trató de evitar problemas con gentileza y buen tacto, aunque también tiene su lista de expulsados, peloteros que le han tirado sus trompadas y escapes milagroso en carros patrulleros. Por una irónica circunstancia, a sus familiares no les gusta la pelota y no lo ven nunca en acción, aunque declara con socarronería que su hija estudia medicina para atenderlo si un día le da un infarto bajo tanta presión, griterías y chillidos.

José Pérez Julián, apodado aquí como Bolívar, “el hombre de las dificultades”, saca a relucir los innumerables embrollos en los que se ha visto envuelto, incluyendo manotazos tirados, amenazas con bate en mano que terminaron en una fractura, un célebre lanzador protestando una jugada con un tabaco en la boca, en fin, para que seguir...

Un árbitro singular es Osvaldo de Paula, partido en dos mitades como el célebre vizconde de Ítalo Calvino, pues es preparador de bateo y ampaya, y también ha tenido sus “bateos”, literalmente, mayormente con peloteros de Industriales y hasta del equipo de su provincia Pinar del Río. Como dato curioso, botó del terreno al fleumático Gourriel durante varios años y no lo hizo nunca con el sanguíneo y pimentoso Víctor Mesa.

Jorge Luis Pérez, para colmo casado con la hija de un árbitro, fue protagonista de una de las más sonadas broncas en la historia del béisbol, la que dirimieron Industriales y Sancti Spíritus en tierras del Yayabo, cuya narración pormenorizada encontrarán en estas páginas, y contra todo lo imaginable el juego no fue decretado forfeit y se jugó el inning que faltaba.

Eusebio Preval pasará a la historia como el primer juez cubano que expulsó a un manager antes de empezar el partido, ya ustedes se

imaginan a quien, al ídolo de Sitiecito. Y el último árbitro que cierra el libro es César Valdés, devoto de la religión yoruba, problemático en su juventud y destacado juez a nivel internacional después, que se ufana de haber expulsado a pocos peloteros de un terreno y tuvo una actitud ética durante un juego contra los Estados Unidos, en el que Pestano decía que el ampaya de segunda le estaba dando las señas y fungió durante nueve años como director de los árbitros cubanos. Cometió el grave error de agredir físicamente a un periodista, por lo que fue suspendido dos años, pero en la actualidad constituye un buen ejemplo del desempeño de su profesión. Como todos recuerdan tuvo una conducta digna durante el juego contra los Orioles de Baltimore, al poner fuera de combate a un provocador que se lanzó al terreno con un cartel contrarrevolucionario.

Otras anécdotas del libro refieren los avatares del autor con los árbitros, a quienes ha dedicado decenas de páginas en sus columnas del periódico Vanguardia, unas veces para elogiarlos y otras para amonestarlos, lo cual le ha traído no pocas querellas y el mérito insólito de haber sido expulsado de un terreno de juego por el ya desaparecido Jose Ramón *Mongo* Vélez.

Sazonando todo la obra, hay viñetas deliciosas, como aquella del aficionado que pretendía a una joven en las gradas y le gritaba horrores al ampaya, que resultó ser el padre de la muchacha. La del juego suspendido por excrementos en Isabela de Sagua, la del ampaya tuerto con espejuelos verdes que cantó strike cuando el pitcher se viró para primera, o la del cabo de la guardia rural, que en los predios de La Quinta, solo cantaba strike las pelotas rectas al medio y ampayaba con un machete paraguayo al cinto.

No me queda más que aconsejar a todos que compren y lean el libro de Fulgueiras, dedicado a los antihéroes del juego de pelota, a los "malvados", "infames" y humanos árbitros de béisbol, sin los cuales ningún juego sensato ni competencia oficial sería posible, y agradecer a su autor por revelarnos y compartir con nosotros esos secretos a voces que hacen del juez de béisbol una figura afable, necesaria y cordial, menos aborrecible que aquellos que asiduamente, con impiedad, les lanzan los más terribles anatemas: cuchillero, hijueputa, tarrú...

La Habana, 14 de febrero de 2012

TELEVISIÓN COMERCIAL Y DEPORTES EN CUBA

Los estudios sobre la relación entre los medios de comunicación masivos y el deporte, como fenómenos socioeconómicos y culturales íntimamente relacionados, por lo menos desde la segunda mitad del siglo xx,⁶⁴² no han sido frecuentes en Cuba. Vacío doblemente necesario de entender e historiar, si tomamos en cuenta que la Isla fue pionera en América Latina en el lanzamiento de medios tan poderosos como la radio y la televisión, y en esa misma medida los deportes, y en particular el béisbol, ya formaban parte del imaginario social de los cubanos desde décadas atrás. Todo esto, desde luego, deber ser visto y analizado dentro del desarrollo de la sociedad capitalista cubana de la época, sin separar el deporte y los medios, de los intereses y mecanismos comerciales y financieros que han convertido a las prácticas deportivas y sus transmisiones televisadas en una de las actividades más lucrativas del mundo contemporáneo.

De la historia de la programación deportiva en la TV comercial cubana, en el período que va desde los inicios del medio televisivo

642 Véase en el ámbito español la tesis doctoral de Joseba Bonaut Iriarte, "Televisión y deporte. Influencia de la programación deportiva en el desarrollo histórico de TVE durante el monopolio de la televisión pública (1956-1988)" y Miquel de Moragas, "Televisión, deporte y Movimiento Olímpico: las próximas etapas de una gran sinergia", ponencia presentada por el autor en el Congreso Olímpico del Centenario, celebrado en París en 1994.

en 1950 hasta el triunfo de la Revolución en 1959, se ocupa el presente libro, una documentada y bien escrita investigación (inédita), cuyo autor es el periodista, comunicador y profesor Carlos Alberto González. Se trata del primer volumen de una saga mayor, en que su autor aspira a sistematizar la historia audiovisual cubana, en particular la de la televisión, y su relación con los deportes en las últimas seis décadas. Para lograr su objetivo en el primer tramo de la investigación, Carlos Alberto ha utilizado fundamentalmente fuentes primarias de información, que van desde la numerosa prensa deportiva de los años cincuenta hasta los documentos y libros de la cadena CMQ, pasando por las páginas deportivas y dedicadas a los medios en los periódicos *Alerta*, *Avance*, *El Crisol*, *Diario de la Marina*, *El País-Excelsior*, *Mañana*, *El Mundo*, *Prensa Libre*, *Información*, *Ataja y Pueblo*, así como de las revistas *Bohemia*, *Carteles*, *Cinema*, *Ellas y Gente*. Asimismo acudió a otras fuentes escritas y orales (reportajes, entrevistas, comentarios), que le permitieron reconstruir el ambiente deportivo y la manera en que la televisión lo difundió y extendió a recepciones cada vez más amplias. Una virtud de este libro, como señala el autor en la introducción, es que ha sido concebido no solo para ser leído por especialistas, sino también como una contribución al conocimiento de esta temática en el público general, gran consumidor de la programación deportiva de la televisión en Cuba.

El primer capítulo está dedicado a narrar los orígenes de la televisión comercial en Cuba, un momento en que se enfrentaron los empresarios Gaspar Pumarejo y Goar Mestre por lograr la hegemonía y el monopolio de la naciente audiencia. Como es conocido, Pumarejo, exdependiente de la ferretería Humara y Lastra de la calle Muralla devenido empresario y locutor radial, le "robó la arrancada" a Mestre, un joven de familia adinerada educado en los Estados Unidos, el 24 de octubre de 1950 con las transmisiones del Canal 4, Unión Radio Televisión. El 18 de diciembre de ese mismo año, Goar Mestre, dueño del circuito CMQ, inició sus transmisiones del Canal 6, con un espacio dramatizado que escribió Marcos Behmaras y protagonizó Alejandro Lugo. Como dato de gran interés, días antes de lanzar su señal al aire, Pumarejo entrevistó a varios peloteros ante las cámaras: Vicente López, Tata Solís, Pedro Formental y Jiquí Moreno, los que fueron interrogados por destacados narradores deportivos del momento: Felo Ramírez, René Molina y Rubén Rodríguez; Asimismo el impulsor del Canal 4 trató de que entre su primeras transmisiones

estuviera el campeonato profesional de béisbol cubano, hecho que constituyó otro hit de Pumarejo en su porfía con Mestre. Como nos cuenta Carlos Alberto: “el martes 31 de octubre, a siete días de haberse inaugurado *Unión Radio Televisión*, se empezó oficialmente a transmitir por TV la Liga profesional cubana de béisbol, desde el entonces *Stadium del Cerro* o *Stadium de La Habana*, hoy *Latinoamericano*, con lo que Cuba se convertía en el primer país de Iberoamérica en realizar transmisiones televisivas de este deporte”.

La noticia de que se podría ver el juego como si se estuviera en el estadio, descrito además en las voces de los más populares narradores, debió ser una verdadera sensación entre el público y los aficionados, aún cuando el estilo “radial” de los comentaristas, la destreza de los camarógrafos y el equipamiento técnico propiciaran algunos deslices en la pantalla. A partir de entonces, jueves y sábados en la noche, la pelota y después el boxeo, llegaron para quedarse como uno de los más gustados espacios y un jugoso negocio.

La narración prosigue con las disputas entre Pumarejo y Mestre por dominar el mercado televisivo de la pelota invernal, para lo cual Mestre no vaciló en dar algunos “golpes bajos” a su rival, aprovechando sus diferencias financieras con la Liga Profesional para promover un campeonato paralelo desde el Estadio La Tropical. Luego, una vez iniciadas oficialmente sus transmisiones, Mestre también utilizó el béisbol entre sus programas de mayor promoción comercial, apoyado por las marcas Bacardí y Regalías El Cuño. De hecho, como afirma el autor: “Pumarejo había ganado la batalla de sacar primero la TV en Cuba, pero Goar Mestre venía decidido a tomar el liderato en este sector, que consideraba le correspondía, y las transmisiones deportivas formaban parte de la lucha por ganarse la preferencia de los televidentes en medio de la fuerte competencia con la que nacía el panorama televisivo en Cuba”.

Al béisbol y el boxeo le siguieron los pasos otros deportes espectaculares y de notoria popularidad como la pelota vasca en su variante de jai alai, televisada desde el frontón de Concordia y Lucena bautizado como “El Palacio de los Gritos”. Entre los narradores de este deporte estuvo el popular locutor del noticiero RCA-Víctor, Enrique Navarrete.

Los capítulos siguientes profundizan en las fuertes pugnas entre los dos circuitos televisivos por el control del mercado de audiencia deportiva, lo que llevó a realizar innovaciones al canal de Mestre,

que inauguró un espacio informativo deportivo con el patrocinio de la marca cigarrera Regalías El Cuño, titulado “Crónica deportiva” y conducido por los cronistas Gabino Delgado y José Antonio Losada. También se desarrollaron en la pequeña pantalla, espacios utilitarios dedicados a la gimnasia, con atención al público femenino, como en el caso de “Gimnasia rítmica” y a promover la práctica de ejercicios en general como fue el programa “Gimnasio Kresto”. Pumarejo lo imitó rápidamente con su espacio “Gimnasia en el hogar”.

La televisión comercial también explotó el interés o la curiosidad que despertaban deportes heterodoxos como la lucha libre o pancracio, más cerca del circo de feria que del verdadero ejercicio físico, y en contraste con estos espectáculos “preparados”, también se prestó atención a eventos desplegados por los sectores de la burguesía, como los del Vedado Tennis Club, o los llamados Big Five, clubes de la más rancia aristocracia. Asimismo el fútbol profesional también acaparó pronto la atención de los patrocinadores y las televisoras, narrado desde el estadio La Tropical por el maestro de la crónica deportiva Elio Constantín. Ante la imposibilidad financiera de transmitir la pelota invernal en la temporada de 1951-1952, se buscó el sustituto en la pelota amateur, menos glamorosa que su rival, pero con equipos de larga tradición y gran calidad. Un hito en este sentido fue la transmisión del XIII Campeonato Mundial de Béisbol Amateur que tuvo por sede a La Habana en 1952.

Diversos programas importados contribuían a llenar una parrilla de programación deportiva que trataba de seducir al público por su visión panorámica del universo de las prácticas físicas en la Isla y en los Estados Unidos, así como también otros más alejados del imaginario nacional, como es el caso de la tauromaquia mexicana y española. Las demandas de la competencia y de un mercado en expansión llevaron a las televisoras cubanas, particularmente a CMQ, a realizar acuerdos con sus homólogas estadounidenses para intercambiar programas, producidos en norteamérica por la NBC. Otro éxito tecnológico de Mestre fue la transmisión por control remoto de las regatas de Varadero en 1952.

Hasta finales de la década del cincuenta surgieron nuevos programas como la “Revista deportiva Esso”, “Resumen deportivo”, “Cabalgata deportiva”, “Los deportes en acción” y “En defensa personal”. Otras novedades fueron la apertura de diferentes canales, lo que trajo como resultado expandir el área geográfica de los eventos

a transmitir a Matanzas, Santa Clara, Camagüey y Santiago de Cuba, y la posibilidad de hacerlo en cadena de televisión. También aparece un nuevo trasmisor en 1953, el Canal 7 CMBF TV, catalogado como “una emisora de video dedicada a documentales, películas, deportes y noticias”. Un hecho inédito ocurrió el 30 de septiembre de aquel año: la primera gran transmisión deportiva desde el exterior, hecha por el Canal 6 con el patrocinio de Malta Hatuey y Gillette, del primer juego de la Serie Mundial de béisbol de las Grandes Ligas de los Estados Unidos, entre los Yankees de New York y los Dodgers de Brooklyn, producido por la cadena NBC. Otra hazaña tecnológica fue la transmisión, al año siguiente, de la Serie Mundial de Grandes Ligas por el sistema de Estratovisión, que el autor considera “un antecedente de las comunicaciones televisivas por satélite”, y que se realizó con equipos de transmisión y recepción instalados en un avión DC-3, volando a tres kilómetros de altura, a ochenta kilómetros de las costas cubanas y describiendo círculos de quince kilómetros de diámetro en forma de ocho. Otras mejoras especializadas de la cadena de Mestre fue la creación de la empresa “Microondas Nacionales S.A.” para la adquisición de tecnología y equipamiento de punta. Un suceso extradeportivo, en este caso la protesta de los estudiantes de la FEU en el estadio del Cerro en diciembre de 1955, también es relevante dentro de esta historia, pues mientras la Televisión Nacional transmitió la manifestación y la golpiza de los policías, la CMQ prefirió salir del aire y pasar a comerciales, en una franca actitud de indiferencia cívica ante la gravedad de los hechos.

Los últimos años de la década del cincuenta mantuvieron la tendencia al incremento de la programación deportiva, con especial relieve para los programas sobre la pelota de Grandes Ligas, cuyos juegos podían ser vistos en vivo los sábados por CMQ en el programa “El juego de la semana”, patrocinado por productos de la cervecería Tropical y la gasolinera Shell. Sin embargo, paradójicamente los bajos índices de audiencia provocaron la retirada de los anunciantes y la suspensión del programa. Finalmente, la aparición en 1958 de la señal en colores marcó un nuevo hito dentro del desarrollo tecnológico de la televisión cubana, cuya parrilla incluía un programa de comentarios diarios titulado “Vida deportiva”.

El triunfo de 1959 no modificó de inmediato el esquema de las relaciones comerciales entre la TV y los deportes, pero si abrió perspectivas inéditas al desarrollo deportivo integral del país, con la

creación de la DGD y la masividad de las prácticas físicas a lo largo y ancho de la nación. Luego, la creación del INDER, la abolición del profesionalismo y la nacionalización de los grandes medios de comunicación, puestos ahora al servicio público y no de intereses especulativos, abrió una nueva etapa que marcaría el fin del béisbol, el boxeo y la lucha profesional, y de sus transmisiones con fines de lucro por la pequeña pantalla.

Creemos que este libro de Carlos Alberto González se inscribe ya, por derecho propio, dentro de los buenos ejemplos de cómo explicar los corolarios sociales de los deportes, en este caso su íntima correspondencia con los medios de comunicación de masas, desde perspectivas novedosas y multidisciplinarias, integrando saberes y haciendo valer aquel axioma, que tanto gustaba repetir el gran sociólogo alemán Norbert Elías, de que los estudios sobre deportes que no eran estudios sobre la sociedad, eran ejercicios académicos estériles y fuera de contexto. Esperemos los nuevos volúmenes que completarán esta saga fundamental de nuestra historia contemporánea acerca de la correlación entre la televisión y los deportes, ya no el “matrimonio de intereses” como fue en el pasado, sino como parte sustantiva de nuestra identidad cultural como pueblo.

La Habana, marzo de 2013

EL JONRÓN CON BASES LLENAS DE NORBERTO CODINA

Para nadie es un secreto que Norberto Codina integraría por méritos propios el equipo Cuba a un imaginario Clásico Mundial de Escritores y Artistas Aficionados al Béisbol. Acompañarían a Norberto en esa novena intangible los recios bateadores Arturo Arango, Leonardo Padura y Omar Valiño, los no menos grandes Amado del Pino, Ulises Rodríguez Febles, Miguel Terry, Rafael Grillo y Víctor Fowler, con el utility de cuadro José Antonio Taboada y un trío de pitchers del calibre de Yamil Díaz, Carlos Esquivel y Raúl Hernández Ortega. Para director del conjunto se barajarían varios nombres, aunque no se me escapa que Martínez de Osaba, discípulo de Jorge Fuentes, sería uno de ellos. También me gustaría que Ismael Sené fungiera como *scout* de los equipos contrarios. Este conjunto de luminarias iría acompañado al certamen por una Charanga All Star organizada especialmente para este propósito, donde no podrían faltar los nombres de Pedrito Calvo, Cándido Fabré, José Luis Cortés, Tiburón Morales, César Pedroso, el dúo Buena Fe y Francis del Río.

Como parte de su preparación para tan magno evento, Norberto Codina hizo varios *swines* de calentamiento en su cajón de bateo, y el resultado fue un jonrón con las bases llenas, es decir, un libro entrañable en sus afectos, generoso por toda la información que prodiga, poliédrico por los numerosos territorios culturales que visita e infrecuente dentro del panorama literario insular, tan poco dado a penetrar en los conflictos y pasiones que tienen sede en los diamantes beisboleros: en una palabra, se trata de un texto vehemente, escrito desde su condición híbrida de poeta cubano-venezolano, dos patrias

ilustremente peloterías, dedicado a explorar las profundas y perseverantes relaciones entre béisbol y cultura en la Isla y fuera de ella.

Tuve la dicha de presenciar el nacimiento de esta obra, cuando todavía era un ensayo que se llamaba “Cajón de sastre. Algunas claves personales y prestadas entre béisbol y cultura”, recogido en el volumen *Con las bases llenas... béisbol, historia y revolución*, que se publicó con notable éxito y escasa crítica en 2008. En el último párrafo de aquel texto, Norberto parecía cerrar el asunto con un frase que rezaba: “Por aquello de que, lo único mejor que el béisbol, es hablar de béisbol, no quiero caer en esa tentación pues tal vez por la ley de las probabilidades los aburra, y les haga perder el tiempo. Por eso, como en el estribillo de una canción de mi infancia, ‘que se pare la bola’”.

Sin embargo, los que conocemos a Norberto sabíamos que aquello no era más que un ardid digno de su admirada Scherezada, para seguir “dándole a la bola en la costura”, y lanzarse a fondo en una abarcadora exploración del imaginario pelotero de Cuba y otros países donde el béisbol es signo de identidad, y sus avatares literarios, musicales, lingüísticos, fotográficos, teatrales y cinematográficos. Como todo libro que se respete sobre béisbol, está estructurado en nueve capítulos, con un noveno inning que se extiende más allá de la polémica regla con nombre de poeta romántico alemán (Regla Schiller) y llega hasta la entrada no. 15, y que conste que no es el juego más largo de la historia, pues el desafío de mayor duración en la pelota profesional cubana fue protagonizado por los equipos de Cienfuegos y Marianao, el 2 de diciembre de 1943. Duró 20 innings y fue ganado por el club que representaba a La Perla del Sur, 6 carreras por 5.

En este libro el lector no encontrará profusas estadísticas ni análisis estratégicos de la ciencia saber métrica, quizás tampoco muchos nombres de peloteros, de tantos que pudieran mencionarse, pero se enterará de curiosidades, anécdotas, vivencias, testimonios y memorias diversas que mezclan la literatura y las artes en general con la pelota, por ejemplo, que el escritor Guillermo Cabrera Infante y el pintor Raúl Martínez eran amantes del béisbol, que el padre de Omara, Bartolomé Portuondo fue un gran pelotero negro de los años 1920, amigo de Sindo Garay y de José Luciano Franco y que Miguel Cabrera (el historiador del BNC, no el fenomenal tercera base venezolano de los Tigres de Detroit) utiliza las jugadas de los short stops como ejemplos estéticos en sus clases de danza. Podrá conocer

que ese cubano de pura cepa que fue Félix B. Caignet, refiriéndose a su popularísima radionovela *El derecho de nacer*, la calificó como “El jonrón del año” y que Harold Bloom, uno de los gurúes contemporáneos de la crítica literaria mundial es fanático de los Yankees de Nueva York. También están las pasiones declaradas de Nat King Cole y Bob Dylan por la pelota de Grandes Ligas y al margen de estas rutilantes estrellas del espectáculo también hay lugar para la crónica de los peloteros de barrio y de placer, los héroes desconocidos de la manigua y el pitén con bola de trapo y guantes efímeros, o las cuatro esquinas con el famoso proverbio béisbolero de que “pisando y pisando es para el corredor...”.

En el libro nos enteramos que asistían al estadio de pelota el novelista venezolano Rómulo Gallegos, exiliado en Cuba en los años cuarenta y también el presidente auténtico Carlos Prío y su némesis, el dictador Fulgencio Batista. Justamente el gran Estadio del Cerro fue el escenario escogido por la FEU para protagonizar sendas acciones de protesta contra el régimen de facto, el 26 de noviembre de 1952 y el 4 de diciembre de 1955, con constancia gráfica y televisiva de la brutalidad policial y la gallardía de los estudiantes, defendidos con entereza por el árbitro cubano por antonomasia: Amado Maestri. Del mismo modo, Norberto nos recuerda que el canciller Raúl Roa fue fans de la pelota, del Almendares primero y de los Industriales después, y ahí están sus crónicas memorables sobre Ruperto Mayabeque y el Alacrán de Cobalto.

Hay en estas páginas homenajes más que merecidos a figuras inmarcesibles del Olimpo pelotero insular, como Adolfo Luque, Martín Dihigo, Willy Miranda, Conrado Marrero y Orestes Miñoso, estos últimos felizmente vivos todavía con 101 y 90 años respectivamente. En el caso de Minnie Miñoso, en espera de que se repare la injusticia histórica de su ingreso al Salón de la Fama de Cooperstown, y también al Salón de la Fama del Béisbol Cubano, que confiamos sea restablecido y continuado en los próximos meses.

Asistimos con Norberto Codina a ver la película de Roberto Ortiz, dirigida por Ramón Peón con guion de Eladio Secades, y *En tres y dos*, el filme de Rolando Díaz con guion de Eliseo Alberto, dos solitarias golondrinas en el páramo del cine cubano sobre deportes, hasta la llegada hace poco del excelente documental *Fuera de Liga* de Ian Padrón y de la elíptica cinta *Penumbbras*, dirigida por Charlie Medina basada en una obra de teatro de Amado del Pino. También nos

ofrece un exhaustivo recorrido por el cine estadounidense dedicado al béisbol, sublime en no pocas películas e incomparablemente más nutrido en su catálogo que el nuestro. Tampoco falta la música, con el fantasma de Helio Orovio danzando sobre sus páginas, “en el cielo de Santiago de Las Vegas con diamantinas negras”, desde La Aragón, Benny Moré, Pacho Alonso y Pello el Afrokán, asiduos animadores de desafíos de béisbol hasta ese simpático y desconocido Himno a Gibara, tan municipal y orgulloso de su club de pelota.

En el extraining, hay pasajes para todos los gustos, aunque recomiendo especialmente por su originalidad y novedad, la recopilación de fraseologismos béisboleros, el texto de Orlando Alomá sobre Orestes Miñoso, la hilarante crónica de Ricardo Riverón Rojas, el desconocido texto de José Antonio Portuondo de los años treinta y la entrevista que en el centenario de Conrado Marrero publicó *La Gaceta de Cuba* y que tuve la oportunidad de presentar en la UNEAC, ocasión en que narré la anécdota de cómo la Virgen de la Caridad le había sanado milagrosamente el brazo de lanzar al Guajiro de Laberinto.

Por último, quiero terminar esta invitación a la lectura del espléndido libro de Norberto Codina, recordando que cerca de este lugar se encuentra la Acera del Louvre, lugar mítico de la bohemia habanera del siglo XIX y sitio obligado de aquellos jóvenes cultos que practicaron béisbol, eran modernos y nacionalistas y se fueron a la manigua a luchar por Cuba libre: sus nombres fueron Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ramón Hernández, Aquiles Martínez y muchos otros.

Sus amigos eran los escritores que publicaban en las revistas de moda como *La Habana Elegante* y *El Fígaro*: Enrique Hernández Miyares, Ignacio Sarachaga, Julián del Casal, Fray Candil, El Conde Kostia y Manuel Serafín Pichardo. Hago votos porque aquella antigua amistad entre literatos, músicos, artistas y peloteros reaparezca y se renueve permanentemente, como evidencia de una secreta comunión espiritual que nos hace sentir parte de ese misterio mayor que llamamos Cuba.

La Habana, 5 de julio de 2013

LA NOVELA “HEREJE Y PELOTERA” DE LEONARDO PADURA

Para Norberto Codina, AlexFleites y Orestes Miñoso

Porque los unían cosas más importantes: la pasión por el baile, la afición al béisbol, el amor al mar y la comodidad de no guardarse demasiados secretos, esa agua clara en la que flota la verdadera amistad.

LEONARDO PADURA, *Herejes*

Todos los lectores de la saga del teniente investigador Mario Conde, creado por el novelista y Premio Nacional de Literatura Leonardo Padura, saben que el expolicía y aspirante a escritor también fue *pelotero* o más bien “trató de serlo”.⁶⁴³ Pero en ninguna de sus novelas anteriores⁶⁴⁴ la conexión de la trama de ficción con el béisbol había sido tan íntima y persistente como en *Herejes*, una hermosa e inquietante parábola sobre la libertad, el valor de la amistad y el ejercicio del libre albedrío de los seres humanos. Por tal motivo, prescindiré de glosar aquí los avatares de la historia y la religión

643 Como es conocido, su creador también intentó ser *pelotero*, por lo menos desde que tenía un año y su padre le insufló el “virus” incurable del béisbol al vestirlo con el uniforme azul de los alacranes del Almendares y cuyas destrezas tendría ocasión de mostrar en la pelota de barrio de su natal Mantilla. Abundante información sobre la biografía *pelotera* de Padura puede hallarse en los textos: “Industriales en la novela de mi vida” y “Mi pasado perfecto”, recogidos en el volumen *Un hombre en una Isla. Crónicas, ensayos y obsesiones*, Ediciones Sed de Belleza, Santa Clara, 2013. En este propio libro puede leerse un espléndido ensayo de Padura sobre identidad, cultura y béisbol titulado “La pelota en Cuba: cultura e identidad en trance”.

644 *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997), *Paisaje de otoño* (1998), *La cola de la serpiente* (2000), *Adiós, Hemingway* (2001) y *La neblina del ayer* (2005).

judía, expuestas con amplitud y profundidad en el texto y tampoco evocaré las extensas páginas consagradas a la pintura holandesa y en particular a la obra del maestro del barroco Rembrandt o los avatares depresivos y suicidas de la cultura Emo. Mi objetivo es resaltar la presencia del béisbol en la novela y tratar de comprender las claves de esta poderosa representación de la identidad nacional en una obra cuyo argumento central la sitúa, *aparentemente*, distante del juego de pelota.

Un primer elemento de juicio sería el propósito del novelista de recuperar, a través de la literatura, la memoria individual y colectiva de un fragmento imprescindible en la historia del béisbol cubano del siglo xx: me refiero a los campeonatos profesionales que, sobre todo a partir de la década del cuarenta, llenaron el imaginario popular, publicitario y mediático de la nación con la presencia en el gran estadio del Cerro de cuatro equipos antológicos: Habana, Almendares, Marianao y Cienfuegos. De estos conjuntos, los leones escarlatas y los alacranes azules venían del siglo xix, eran los de más calidad y capacidad de convocatoria en la afición, gracias a una rivalidad implacable, mientras que los elefantes sureños y tigres marianenses eran conjuntos más recientes y sus resultados competitivos siempre fueron discretos, aunque llenaron importantes capítulos hacia finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta.

En el caso del equipo del oeste de La Habana, su surgimiento a inicios de la década del veinte no puede verse al margen del auge económico y desarrollo de nuevas urbanizaciones en la próspera ciudad de Marianao bajo el gobierno del alcalde Baldomero Acosta⁶⁴⁵, un general veterano de la guerra de independencia, cuyo hijo de igual nombre llegó a ser una joven estrella del béisbol de Grandes Ligas, devenido en manager y empresario.⁶⁴⁶ Su imagen inicial fue la de un elefante (que luego sería el símbolo cienfueguero) y más tarde

645 Fernando Inclán Lavastida: *Historia de Marianao*, segunda edición ampliada y corregida, Imprenta El Sol, Marianao, 1952.

646 Baldomero "Merito" Acosta (1896-1963) fue el jugador más joven con 17 años en la temporada de 1913, vistiendo el uniforme de los Senadores de Washington. Se destacó por su velocidad, gran sentido del juego e inteligencia. El 2 de diciembre de 1918, en ocasión de enfrentarse Habana y Almendares en el viejo Almendares Park, protagonizó un hecho histórico en la Liga General de Béisbol de la República de Cuba, al completar un *triple play* sin asistencia. Dirigió en la Liga Mexicana

adoptaron el sobrenombre de monjes grises hasta que finalmente se impuso la imagen de un tigre como emblema de la franquicia.

El club Marianao fue mucho más perdedor que ganador en los campeonatos profesionales cubanos,⁶⁴⁷ pese a lo cual lograron conquistar cuatro títulos (1922-1923, 1936-1937, 1956-1957 y 1957-1958), y también dos Series del Caribe de manera consecutiva (1956-1957 y 1957-1958). Entre sus jugadores más destacados se recuerda a Pelayo Chacón, Martín Dihigo, Silvio García, Lázaro Salazar, Miguel Fornieles, Mario Arencibia, Julio Bécquer, Juan *Cachano* Delís, Asdrúbal Baró y Rogelio *Limonar* Martínez, quien tiró un juego sin hit ni carreras vistiendo la franela bengalí en 1950, pero sin dudas el pelotero más querido y recordado de la franquicia fue Orestes Miñoso, para muchos el jugador más popular de la Isla en la década del cincuenta.

Precisamente el club Marianao y su estrella negra del Central España, en Perico, Matanzas, Orestes Miñoso, son los que llenan la *educación sentimental* y el universo de recuerdos y añoranzas del joven hebreo Daniel Kaminski en la novela *Herejes*. Daniel había llegado niño de la Cracovia judía en vísperas del Holocausto, y enfrentado a la pérdida irreparable de sus familiares más cercanos (sus padres y hermana eran pasajeros del desdichado barco *Saint Louis*), encuentra en la pelota uno de los elementos que configuraron su nueva identidad como judío “cubano”. A ello se unió una crisis existencial que lo alejó temporalmente de sus creencias ancestrales, y el béisbol vino a llenar un vacío espiritual y constituyó un elemento de integración social y placer individual, como lo fue también comer chicharrones de puerco y frijoles negros. Para Daniel, elegir el béisbol como un territorio privilegiado de pertenencia cultural fue un acto consciente y voluntario (también pudo no hacerlo) en su decisión de vivir con plenitud lo que Fernando Ortiz llamó la “cubanía” que, a diferencia de la “cubanidad”, no se define por nacimiento, religión, idioma u otras identidades genéricas, sino por algo mucho más profundo y definitivo: la conciencia de ser cubano y la voluntad de quererlo ser.⁶⁴⁸

y fue uno de los tres inversionistas en la franquicia Havana Cubans clase D de la Liga de la Florida en 1945.

647 En sus 27 presentaciones en el torneo más importante de la Isla participaron en 1590 juegos, ganaron 729 y perdieron 861, para un promedio de 458, el más bajo de los cuatro rivales.

648 “Pienso que para nosotros los cubanos nos habría de convenir la distinción de la *cubanidad*, condición genérica de cubano, y la *cubanía*, cubanidad plena, sentida, consciente y deseada”. Fernando Ortiz:

En este rito de pasaje de la niñez a la adolescencia, y de ser un emigrante extranjero a la condición de judío polaco *aplatanado*, el cada vez más irreverente y escéptico Daniel Kaminski se vuelve un “habanero” contumaz, gracias a los buenos oficios de un grupo de amigos, entre los cuales Antonio y Calandraca: “...le facilitaron las más grandes y definitivas revelaciones de La Habana, las que siempre permanecerían en su memoria como descubrimientos trascendentales, capaces de marcarlo por el resto de sus días. Con ellos, ambos miembros del *team* de la escuela, aprendió los infinitos secretos del increíble deporte llamado por los cubanos pelota, y adquirió el virus incurable de la pasión por aquel juego cuando se hizo fanático del club Marianao, de la liga profesional cubana, quizás motivado por el hecho de que aquel club era un eterno perdedor”.⁶⁴⁹

Más adelante el novelista nos dice que esta extraña preferencia parecía obedecer a “esa lógica absurda que a veces tienen los amores”,⁶⁵⁰ pero el argumento de ser seguidor de un equipo “eterno perdedor” esconde otras lecturas posibles, relacionadas con la pérdida de afectos importantes y definitivos en su vida privada, como la ausencia de los padres, o la presencia opresiva de su religión, contra cuyos dogmas y fundamentalismos se rebela el joven judío. Sin embargo, se trata de un sentimiento dual, pues el juego de pelota también compensa y reconforta su espíritu lacerado, y prueba de ello es que una parte del exiguo dinero que gana como mozo de limpieza de la panadería y dulcería La Flor de Berlín es empleado en cosas tan perentorias como “...satisfacer sus necesidades crecientes de ropa, materiales escolares, el lujo de una merienda o la posibilidad de gastar una tarde en el Gran Stadium de La Habana cuando jugaba su *team* favorito, los Tigres de Marianao”.⁶⁵¹

Fue precisamente una de aquellas tardes, en que asistió al gran Estadio del Cerro acompañado por sus amigos Pepe Manuel y Roberto, que Daniel Kaminski, ya contagiado definitivamente con “el virus incurable de pasión por el béisbol que dominaba a los cubanos”⁶⁵²

“Los factores humanos de la cubanidad”, en *Ensayos etnosociológicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 14.

649 Leonardo Padura: *Herejes*, Tusquets, Barcelona, 2013, p. 67.

650 Ídem, p. 101.

651 Ídem, p. 73.

652 Ídem, p. 101.

presenció uno de los batazos más formidables de la historia del pasatiempo criollo, convertido en todo un acontecimiento dentro de la extensa y muchas veces fabuladora mitología jonronera insular:

Fue en la temporada de béisbol invernal de 1953-1954 cuando el gran Orestes Miñoso, “el Cometa Cubano”, alma del *team* Marianao de la liga profesional de la isla y, por esa época, también de los White Sox de Chicago en las Grandes Ligas norteamericanas, conectó el batazo más largo que hasta entonces se diera en el Gran Stadium de La Habana, construido unos años atrás. El *pitcher* contrario era el yanqui Glenn Elliott, esa temporada al servicio del poderoso club Almendares, y lo que le soltó Miñoso fue un lineazo descomunal que pasó muy por encima de las cercas del jardín central, un toletazo inhumano en el que aquel negro de cinco pies y diez pulgadas de músculos compactos había descargado toda su fuerza y su increíble talento para darle a la pelota, con la belleza y perfección de sus aterradores *swings*. Cuando los comisarios de la liga intentaron medir las dimensiones de la conexión, se aburrieron de contar al sobrepasar los quinientos pies de distancia respecto al plato. Como recordación de aquella hazaña, por el sitio sobre el cual había volado la pelota, fue colocado un cartel con la advertencia: POR AQUÍ PASÓ MIÑOSO. A partir de la temporada siguiente, cuando la estrella del Marianao se acercaba al cajón de bateo, por la megafonía del mayor santuario de la pelota cubana se escuchaban los acordes del chachachá grabado en su honor por la Orquesta América y cuyo estribillo más popular decía: “Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila el chachachá”. Aquel día histórico, del que se hablaría por años y años entre los aficionados a la pelota, el polaco Daniel Kaminsky y sus amigos Pepe Manuel y Roberto eran tres de los dieciocho mil doscientos treinta y seis aficionados que ocupaban las gradas del Gran Stadium para disfrutar del partido entre los demolidores Alacranes del Almendares y los modestos pero aguerridos Tigres de Marianao. Y, como casi todos esos afortunados fanáticos, Daniel y sus amigos recordarían por el resto de sus días — muchos días para unos; pocos, en verdad, para otro —, el batazo de aquel ángel negro matancero, descendiente de esclavos traídos desde el Calabar nigeriano.⁶⁵³

653 Ídem, p. 100.

Realmente Miñoso no descoló precisamente por ser un gran jonronero, aunque los daba y su debut con el Chicago White Sox, el 1.º de mayo de 1951, fue un jonrón gigantesco, sino por su inteligencia, entrega y velocidad en las bases que lo hicieron acreedor de varios liderazgos en dobles, triples y bases robadas, tanto en la pelota invernal cubana como en las Grandes Ligas;⁶⁵⁴ pero lo sugerente de este fragmento, más allá de las dimensiones ciclópeas del batazo, está en las asociaciones posibles, en el vigoroso imaginario nacionalista cubano, del jonrón descomunal conectado por un joven de origen humildísimo, el primer negro latino en jugar en las Grandes Ligas tras su debut con los Indios de Cleveland en 1949 y que tuvo que enfrentar el férreo racismo imperante en la sociedad nortea, frente a un pitcher estadounidense del poderoso y aristocrático Almendares o en la presencia de la música popular, tan raigalmente unida al béisbol desde los acordes danzoneros en las glorietas del siglo XIX, en el pegajoso chachachá de Enrique Jorrín con la Orquesta América en homenaje a Miñoso.

Lo cierto es que, a inicios de la década del cincuenta, Miñoso se había convertido en una celebridad en los Estados Unidos, en Chicago se había declarado el Día del Pelotero en el Comiskey Park y se le prodigaron todo género de regalos y obsequios, incluyendo un automóvil, un televisor, dos radios, una cámara de cine, maletas, relojes y trajes. Los managers contrarios no le escatimaban elogios, empezando por el timonel de los Yanquis de Nueva York, Casey Stengel, de quien se cuenta que afirmó: "Ojalá lo tuviera en mí club. No me preocuparía por la pérdida de Joe DiMaggio. Es como si fueran dos o tres jugadores plasmados en un solo esqueleto humano".⁶⁵⁵ A su regreso a Cuba, al finalizar la temporada de 1951: "Miñoso fue objeto de múltiples demostraciones de cariño. El presidente Carlos

654 En la temporada de 1947-1949 impuso récord de 13 triples en la pelota profesional cubana, y su mejor año jonronero fue en 1952-1953, también con 13 vuelaceras. Sus totales en la Liga Cubana fueron 14 temporadas, con 839 hits, 125 dobles, 51 triples, 66 jonrones, 393 impulsadas, 88 bases robadas y average de 280. En su dilatada carrera de 17 años jugando en Grandes Ligas acumuló average de 298, con 186 cuadrangulares, 1023 carreras empujadas, 1136 anotadas, 1963 hits, 336 dobles, 83 triples, 205 estafas, 814 bases por bolas y slugging de 459.

655 José Antonio "Jess" Losada: "Cómo ven a Miñoso en el Norte", *Carteles*, La Habana, 11 de mayo de 1952.

Prío lo recibió en Palacio y regaló un cheque de \$500 para contribuir a la fabricación de su casa. Un comité de Perico logró reunir miles de dólares. Fueron tantos los homenajes — Miñoso no desdeñó uno solo — que el héroe del Chicago perdió la forma y tuvo una pobre temporada con el Marianao”.⁶⁵⁶

En otro momento de definiciones en su vida adulta, cuando Daniel Kaminski se dispone a ejecutar una venganza que podría costarle la existencia, el béisbol vuelve a ocupar un lugar compensatorio en su vida, una especie de paliativo o alegoría propicia frente a los graves acontecimientos que se avecinaban y marcarían su partida definitiva de la Isla:

Daniel Kaminsky siempre pensaría que su opción de amor por un equipo perdedor formaba parte de un complicado plan de compensaciones, pues luego de un larguísimo período de frustraciones, fue justo en los dos últimos años que él viviría en Cuba, envuelto ya en las tensiones definitivas destinadas a cambiarle la vida, cuando el Marianao se hizo con aquellos campeonatos y Orestes Miñoso, el héroe más querido de toda su vida, alcanzaría una de las cúspides de su gloria, demostrando, como nunca, que “Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila el chachachá”.⁶⁵⁷

De hecho, uno de los significados explícitos del béisbol en la vida de Kaminski es el de haberle proporcionado no pocos momentos de verdadera felicidad, en medio de una existencia atribulada y llena de obstáculos, que guardaba cierto paralelismo con las actuaciones fracasadas de su equipo predilecto: “A pesar de que el Marianao perdiera temporada tras temporada durante casi toda la estancia cubana de Daniel Kaminsky, el joven que aquella tarde de 1953 había asistido al Stadium de La Habana tenía otras muchas razones para considerarse un hombre feliz”.⁶⁵⁸ Entre esos motivos para ser feliz estaría también la fotografía tomada en su vejez al lado de Miñoso y colocada en un lugar preferente junto a la mesita de noche, como culminación y símbolo de un momento de dicha acaecido décadas

656 Ídem.

657 Leonardo Padura: ob. cit., p. 101.

658 Ídem, p. 101.

atrás, cuando se encuentran los amigos y el amor, y también cuando se tiene el raro privilegio de ser testigo de un jonrón memorable, tal como le confiesa su hijo Elías: “Pero cuando me acuerdo de cosas como el privilegio de haber sido uno de los dieciocho mil habitantes de la tierra que estaba esa tarde en el estadio y pude gozar el jonronazo de Miñoso, sé que por momentos fui muy feliz”.⁶⁵⁹

Otro recurso del novelista para destacar la enorme importancia del juego de pelota a nivel social y en la vida privada del polaco, consiste en que muchas cosas importantes ocurridas durante la estancia de Daniel Kaminski en Cuba son referidas en una singular cronología regida por acontecimientos béisboleros, pues el intento revolucionario del Directorio Estudiantil de derrocar a Batista el 13 de marzo de 1957, donde estaba involucrado su amigo Pepe Manuel, ocurre “apenas un mes después de la grandiosa victoria del *team Mariano*”.⁶⁶⁰ También es Pepe Manuel quien lo felicita en 1958 por un nuevo triunfo de su equipo preferido en el trayecto secreto que lo sacaría de la Isla, ante el peligro de ser apresado y asesinado por la policía del régimen, y treinta años más tarde, cuando se encuentran Daniel y Miñoso, y el judío polaco logra su sueño de estrechar la mano del pelotero negro de Perico, aquel le pide al Minnie que le dedique una pelota: “Al amigo Jose Manuel Bermudez, así sin los acentos”,⁶⁶¹ como un gesto de gratitud al compañero de juventud que le había facilitado una pistola y se había suicidado misteriosamente tras su partida de Cuba. Parecida fórmula de ir indicando momentos especiales o climáticos en la vida de Kaminski está en el hecho de que su diagnóstico de cáncer de próstata ocurrió “Dos meses después del glorioso encuentro con Orestes Miñoso, concretado en la primavera de 1988”,⁶⁶² y con ello se cumple el albur iniciado en Cuba de que un período de felicidad suprema va seguido por otro de incertidumbre o cercanía de eventos desagradables.

En otros momentos el béisbol aparece de manera lateral u oblicua, pero igualmente eficaz en la dramaturgia de la novela, pues en el disfraz elegido para su plan de matar al corrupto funcionario de inmigración Ramón Mejías, Kaminski: “...para evitar posibles

659 Ídem, pp. 101-102.

660 Ídem, p. 108.

661 Ídem, p. 125.

662 Ídem, p. 163.

reconocimientos, al abandonar la casa se bajaría el pañuelo pero se encasquetaría hasta las cejas la gorra de pelotero del Mariano".⁶⁶³

Otro ritual iniciático y afortunado se nos revela cuando el ya veterano doctor Ricardo Kaminski Sotolongo, un niño pobre y mulato adoptado por el tío de Daniel, le revela a Elías que fue su padre quien lo llevó por primera vez al estadio a presenciar un desafío entre Almendares y Mariano, un recuerdo lejano, pero inolvidable:

Nunca se me va olvidar, no se me puede olvidar, que tu padre fue la persona que me llevó por primera vez a ver un juego de pelota en el estadio del Cerro. Yo tendría como ocho, nueve años, y era un fanático absoluto del Almendares, y me pasaba la vida jugando pelota en cualquier plazoleta de la Habana Vieja. Daniel todavía no se había casado ni se había mudado, pero ya era novio de Martica, y un sábado por la mañana, cuando yo bajaba por las escaleras del solar para irme a jugar pelota, él me llamó y me preguntó si alguna vez había visto jugar al Almendares. Yo le dije que no, claro. Y me dijo que esa tarde los iba a ver: que fuera a darme un baño y le dijera a mi madre que me preparara para irnos a las dos para el estadio... Aunque el Mariano de Daniel le ganó al Almendares, creo que esa fue la tarde más feliz de toda mi niñez. Y se la debo a un Kaminsky. Tú no te imaginas lo orgulloso que yo vine del estadio con aquella gorra azul del Almendares que Daniel me compró...⁶⁶⁴

La inmanencia del béisbol y su importancia decisiva en las vidas cruzadas de esta familia de judíos cubanos y nacidos en los Estados Unidos, nuevamente se hace evidente al despedirse Elías de Ricardo, tras una conversación marcada por estremecedoras revelaciones sobre quien fue el verdadero autor del asesinato de Román Mejías, nada menos que el tío Joseph Kaminski, y Elías se marcha con la promesa de mantener el contacto y regresar junto a sus hijos Samuel y Esther "...para que conocieran a sus parientes cubanos y asistir todos juntos a disfrutar de un juego de pelota en el estadio de La Habana donde muchos años atrás había brillado Orestes Miñoso".⁶⁶⁵

663 Ídem, p. 131.

664 Ídem, p. 186.

665 Ídem, p. 190.

Una última reflexión dentro del discurso “pelotero” de la novela nos acerca al presente de la Isla, y aparece sumergida en el inventario de la crisis nacional y los desasosiegos personales que Mario Conde enumera, ante la cercanía de darle un golpe de timón a su propia vida, al pedirle matrimonio a Tamara. En ese catálogo de ansiedades, pérdidas y fracasos no podían faltar las preguntas más duras y sus posibles respuestas:

¿Qué lo preocupaba entonces? ¿Qué el país se desintegraba a ojos vistas y se aceleraba su conversión en otro país, más parecido que nunca a la valla de gallos con la que solía comparar el mundo su abuelo Rufino? A ese respecto él no podía hacer nada; peor aún, no le permitían hacer nada. ¿Le preocupaba que él y todos sus amigos se estuvieran poniendo viejos y siguieran sin nada en las manos, como siempre habían estado, o con menos de lo que antes habían estado, pues se les habían perdido incluso las ilusiones, la fe, muchas de las esperanzas prometidas por años y, por descontado, la juventud? En verdad ya estaban acostumbrados a esa circunstancia, capaz de marcarlos como una generación más escondida que perdida, más silenciada que muda. ¿Qué el negocio de los libros resultase cada vez más azaroso? Pues a veces daba dividendos inesperados y muy ventajosos. ¿Incluso que el equipo nacional de béisbol ya nunca fuera campeón en los torneos internacionales? En este terreno mucho podía hacer: para empezar, cagarse en la madre de los que descojonaban una marca nacional tan sagrada para los cubanos como el juego de pelota, que siempre había sido algo más visceral que un simple entretenimiento.⁶⁶⁶

Con esta mezcla de diatriba, amargura y catarsis de Mario Conde ante la crisis que atraviesa la pelota cubana actual, víctima de poca mediocridad, arbitrariedades y atropellos, dentro y fuera de los estadios, culmina mi exégesis béisbolera de la novela. Pero como a veces el arte suele anticiparse a los acontecimientos de la vida real, la posdata de la carta que Andrés le envió al Conde con Elías, fechada en Miami el 2 de septiembre de 2007 con el recordatorio: “Ah, dile a Elías que no puede dejar de contarte la historia de la fotografía de

666 Ídem, p. 440.

Orestes Miñoso”,⁶⁶⁷ se cumplió para Leonardo Padura en la vida real con el regalo que le hicieron dos amigos (Matt y Nena) de conocer una noche invernal del mes de marzo de 2014, en persona a Minnie Miñoso en su patria adoptiva: Chicago, y del emotivo agasajo, quedaron para la posteridad del novelista: “una pelota —no tan histórica, es cierto— firmada por ‘El Cometa Cubano’. Esa pelota, unas fotografías, y la memoria de este encuentro con Orestes Miñoso que me regalaron en Chicago son desde ahora parte de mis más valiosas pertenencias, uno de los más grandes regalos que me han hecho en la vida y que me ha hecho la vida, una de las más satisfactorias recompensas que me ha deparado el oficio solitario y empecinado de la literatura”.⁶⁶⁸

Al llegar a este punto, creo que se puede comprender cabalmente la dedicatoria que Leonardo Padura Fuentes escribió tan generosamente en la portadilla del ejemplar que poseo de *Herejes*: “Para el hermano Félix Julio, esta novela hereje y pelotera...”.

La Habana, abril de 2014

667 Ídem, p. 32.

668 Leonardo Padura: “El regalo de Matt y Nena”, en: <http://www.ipscuba.net/index.php?option=com_k2&view=item&id=9130:el-regalo-de-matt-y-nena&Itemid=11>

TAMAYO EN PELOTA

Para Jorge Bermúdez

Si hay un pintor cubano que juega al béisbol con alegría y le da “a la bola en la costura” con sus lienzos, trazos y pinceles, ese es Reynerio Tamayo Fonseca. Ágil como un receptor, rápido como un short stop y compacto como un cuarto bate, Tamayo se apropia del juego de pelota desde diversas poéticas personales que comprenden el homenaje, la irreverencia, el humor y la parodia. Un número creciente de sus cuadros dan fe de una avidez epistemológica por asumir y reinterpretar los códigos ancestrales del béisbol, esa metáfora ineludible de nuestra identidad nacional, y lo hace de una manera inteligente y sutil, sin chovinismo ni falsos acentos costumbristas, asomado a una estética transgresora, audaz y juguetona al mismo tiempo.

Si hubiera que seleccionar un lienzo para demostrar lo anterior, escojo el titulado *El cuarto bate*. En el cuadro, un fornido pelotero negro vestido con el traje del equipo Cuba, con los músculos tensos y los ojos desorbitados, observa una pelota que se le acerca veloz mientras sostiene sobre sus hombros el Arca de la Virgen de la Caridad, poblada de seres vociferantes, esperpénticos y divertidos que le piden al bateador que no se equivoque y haga contacto con la “esfera de cristal” (Lezama *dixit*). Como si la barca milagrosa fuera la tribuna de un bullicioso estadio, en su interior se apiñan personajes populares del más variopinto pelaje, ataviados con vestimentas humildes y banderitas cubanas. Uno tiene cogido un gallo por el cuello, otro toca una trompeta, un tercero se tapa los ojos y una negra santera coloca sus manos sobre el casco en gesto beatífico.

En actitud poco mística, la Patrona de Cuba, que cubre con su falda a los que gesticulan, también le grita al bateador con el niño Jesús en brazos, tocado este con una gorra diminuta del equipo Cuba, para que cumpla con éxito su obligación de darle a la pelota. El sincretismo cultural y religioso de este cuadro es notable, y su visualidad es muy poderosa, pues nos transmite de manera gráfica esa singular identidad entre béisbol y nación que acompaña a los cubanos, y que muchas veces suele identificar el orgullo y hasta el honor nacional con ganar un juego de pelota.

En otros lienzos predominan las referencias culturales al universo de las artes plásticas y sus relaciones con el béisbol, las que son tratadas de un modo original e irónico; por ejemplo, en *Pesadilla cubana* (2012) el lanzador japonés lleva en la camiseta el nombre del pintor Katsushika Hokusai (1760-1849) y se prepara a lanzarle una enigmática pelota al jugador cubano. En esta imagen la lomita del pitcher es una alegoría del monte Fuji pintado por Hokusai y el lanzador agarra la pelota nada menos que con los palillos de comer asiáticos (*ohashi* en japonés). De igual modo en un partido entre Cuba y Holanda, una parodia del cartel de la *belle époque* nos muestra al insólito receptor Vincent Van Gogh mutilado, que recibe en lugar de la pelota su propia oreja, burlando al bateador que mira asombrado tan inusual lanzamiento. En ambos casos la intertextualidad pictórica y el hibridismo cultural funcionan, amén de su evidente humorismo, como un símbolo sutil que muestra las dificultades del equipo Cuba para derrotar a sus rivales de Japón y Holanda en torneos internacionales, igualando la calidad estética de Hokusai y Van Gogh, y su alto valor en el mercado del arte, con las destrezas de los lanzadores de Japón y los Países Bajos. Una variante extrema de este propio tema del pitcher dominante aparece en el cuadro titulado *Cuba vs. USA* (2013), donde el inefable Superman se prepara para lanzarle al bateador criollo, en el clímax siempre tenso de un juego entre Cuba y los Estados Unidos (noveno inning, dos outs, conteo de tres y dos...) y detrás del jugador aparecen todos los personajes y monstruos del cómic estadounidense, una tradición que resulta muy cara al pintor, expectantes ante el desenlace de este formidable duelo.

Jugando con la exacerbada rivalidad cubana y norteamericana en la pelota, que se remonta a inicios del siglo xx, pero que alcanza su mayor notoriedad después de 1959, por evidentes razones de carácter político, el cuadro *Breaking News* (2013) nos propone un en-

frentamiento entre los equipos Industriales de La Habana y Yankees de New York. El desafío es avisado como “noticia de última hora” en un diario titulado socarronamente “El bate caliente”, y muestra a los jugadores de uno y otro bando vestidos con escafandras y trajes protectores que se anuncian como “uniformes anti-radiación ideológica”. Más allá de la primera lectura literal y estrictamente “política” de este cuadro, subyace la posibilidad de que ambos equipos estén ya “contaminados” previamente antes de comenzar el partido, y que las máscaras sean de otro tipo, artilugios inútiles que tratan de ocultar la realidad “del otro”. También podría suceder que estos conjuntos diriman fuerzas en un futuro próximo sin necesidad de ningún disfraz.

Una zona que me resulta particularmente querible es la de los homenajes a los grandes jugadores estadounidenses y cubanos que pueblan el imaginario mítico de Tamayo. Estos afectos se prodigan en diversas claves, que recorren el humor, la intertextualidad gráfica y también la solemnidad más o menos aparente. Entre los nortños tenemos al gran Babe Ruth que nos guiña el ojo con un tabaco en los labios y su corona de Rey del Jonrón llena de frutas tropicales, como una cornucopia hedónica y sensual, que refleja muy bien la personalidad gozadora y festiva del jonronero (*Babe Ruth in Havana*, 2013). Por contraste, otra imagen de Babe Ruth, agobiado por los medios de prensa, se dispone con energía a conectar de jonrón un micrófono metamorfoseado en pelota de béisbol (*Babe Show Ruth*, 2013). Otros ídolos nortños como Ty Cobb o Mickey Mantle son recreados desde las estéticas del consumo y la cultura de masas, como es el caso del cartel cinematográfico que anuncia una supuesta película sobre Ty Cobb dirigida por Meliés y entre cuyos “actores” figuran los peloteros negros cubanos Julián Castillo, Eustaquio *Bombín* Pedroso, José de la Caridad Méndez y Gervasio *Strike* González. Como un detalle de este suculento filme, se anuncia el “debut” del pintor estadounidense Edward Hopper (1882-1967) vestido de pelotero, uno de cuyos cuadros es parodiado en el cartel (*Dead at Home Plate*, 2013). En el caso del *massmediático* Mantle el *leitmotiv* de la pintura es el arte *pop* al estilo de Andy Warhol o Roy Liechstenstein (*Good Bye Liechstenstein*, 2013). Joe DiMaggio es tratado de un modo más conceptual y sus dotes de extraordinario bateador son sugeridas por líneas asimétricas que se unen en un eclipse de sol (*Here come the sun*, 2013). En otro lienzo, el jardinero de los Gigantes de Nueva York, Willie Mays acepta una pelota increíble de espaldas al home en una jugada espectacular,

observado con asombro nada menos que por otros genios del arte y la ciencia del calibre de John Lennon, Groucho Marx, Salvador Dalí, Albert Einstein, Isaac Newton, Vincent Van Gogh y Pablo Picasso (*The Catch*, 2014).⁶⁶⁹ La idea de igualar al pelotero con artistas y científicos, en tanto todos son productores de hechos estéticos y culturales, me parece maravillosa.

Uno de los mejores cuadros es el que utiliza motivos alegóricos que remiten al pintor ruso Vasili Kandinsky (1866-1944) e inserta dentro de sus perfiles curvos y figuras geométricas la figura del gran lanzador Cy Young, en este caso proyectando una pelota que serpentea caprichosamente en su recorrido (*Kandinsky Style Pitch*, 2013). Una apropiación muy sugestiva es la que muestra un batazo descomunal del jonronero negro Joshua Gibson que impacta en la cara lunar del filme *Viaje a la luna*, un clásico del francés George Meliés (*Josh 800 Home Runs*, 2013). Otro gran jugador de ébano, el tremendo y veterano lanzador Leroy Satchel Paige, es evocado en una imagen que lo humaniza y lo reconoce como el “verdadero” Superman... (*The True Superman*, 2013)

En el caso de los peloteros cubanos, los homenajes se suceden en los casos de Conrado Marrero, el centenario lanzador que cabalga victorioso sobre un alacrán, trayendo en su aguijón un bate con el emblema del club Almendares y en sus tenazas un guante y una pelota (*Conrado Marrero*, 2013). El ídolo del Marianao y los Medias Blancas de Chicago, Orestes Miñoso, anuncia su rostro joven y sonriente desde una marquesina alumbrada por luces de neón, y a su lado se lee y se escucha la letra del chachachá que le dedicó otro grande, Enrique Jorrín: *Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila hasta el chachachá...* (*Minnie Miñoso*, 2013)

669 Este cuadro recrea la que está considerada una de las jugadas defensivas más grandes en la historia del béisbol de Grandes Ligas. En el octavo capítulo del primer juego de la Serie Mundial de 1954, con pizarra empatada a dos y dos corredores en bases, Vic Wertz de los Indios de Cleveland conectó un profundo batazo al jardín central, y el jardinero Willie Mays arrancó en su búsqueda desde el momento que escuchó el contacto; mostrando su número 24 atrapó la bola frente a la marca de 460 pies y luego en un movimiento giró y lanzó de vuelta al cuadro. Los Gigantes pudieron dar el cero y obtuvieron la victoria en el cierre de la décima entrada gracias a un jonrón del zurdo Dusty Rhodes con el que dejaron en el terreno a los Indios 5 por 2. La Serie Mundial fue ganada por Nueva York con 4 victorias en línea.

Termino este recorrido por algunas de las obras de Reynerio Tamayo dedicadas al béisbol con dos cuadros de conmovedora representación. El primero es un montaje en forma de *collage* que reúne diferentes momentos épicos del béisbol: la llegada de las mujeres al béisbol profesional, la memorable despedida de Lou Gehrig, el funeral de Adolfo Luque, un beso de Marilyn Monroe a DiMaggio, la trágica muerte de Roberto Clemente, el rostro de Orlando Duque Hernández con la gorra de los Yankees y la estampa pintoresca del pelotero ruso Nicolás Slovencevich, fallecido también de un modo infausto en las pinareñas Minas de Matahambre. Aunque se trata de imágenes colocadas en aparente desorden y sin orden cronológico, lo que las articula a todas es la intensa carga sentimental de cada una de esas escenas en la memoria afectiva de los seguidores del béisbol, instantes únicos e irrepetibles en su densidad dramática y humana. (*Baseball Forever*, 2013)

El otro lienzo es un ecuménico diamante de béisbol donde se rinde tributo a los cuatro grandes equipos profesionales cubanos: Almendares, Habana, Marianao y Cienfuegos (*Bases Loaded*, 2013). Sus respectivas mascotas (un alacrán, un león, un tigre y un elefante) merodean despreocupadas por el cuadro de grandes dimensiones, en poses insólitas como la del león sentado encima de un taxi o el elefante cabalgado por Martín Dihigo. Multitud de peloteros estadounidenses y cubanos de diferentes épocas aparecen bateando, corriendo, cogiendo o simplemente mirando, reunidos y hermanados como parte de una misma familia espiritual, protagonistas en un juego imaginario que es muchos juegos al mismo tiempo, un partido inmarcesible que se disputa en el solariego estadio matancero Palmar de Junco. Mientras este maravilloso desafío se confronta en la eternidad, donde se nos alerta que “no son todos lo que están, ni están todos los que son”, Babe Ruth espera en el cajón de bateo, Jackie Robinson se desliza en el home, Tany Pérez da un jonrón, Adolfo Luque y Miguel Ángel González se estrechan las manos, mientras Camilo Pascual y Edmundo Amorós se marchan satisfechos del terreno tripulando un alegre cocotaxi amarillo. Y el pintor, adornado con una gorra de pelotero, nos hace un gesto cómplice y sonriente desde una esquina del cuadro: continuará....

La Habana, febrero de 2015

LOS LEOPARDOS DE SANTA CLARA: EN SU MONTE SECO Y PARDO...

*Tiene el leopardo un abrigo,
en su monte seco y pardo...*

JOSÉ MARTÍ

El 30 de mayo de 2013, escasos días antes de que el equipo Villa Clara de béisbol levantara la Copa que le había sido esquiva durante 18 largos años, jonrón de San Ariel Pestano mediante, mi buen amigo —y conjetural padre del pelotero Ramón Lunar—, el escritor Lorenzo Lunar publicó en el sitio web Cubadebate un texto donde clamaba por levantar la moral del equipo, y para ello convocaba a abandonar el ridículo mote de “naranjas” y rebautizar al conjunto villaclareño con el calificativo de sus gloriosos ancestros: los míticos Leopardos de Santa Clara. En su encendido opúsculo, Lorenzo presagió algo en lo que pocos creían, después de tantas finales donde el equipo naufragaba acariciando la corona, y su prédica tuvo el aroma de una profecía auto cumplida: “¡Leopardos! ¡Y qué rujan, coño! ¡Qué muerdan! ¡Que ataquen! Y que ganen una final. Si este año ocurre, seguramente habrá tenido que ver algo el haberles llamado por un verdadero nombre de guerra”.⁶⁷⁰ El trofeo de campeones fue conquistado en una endemoniada pelea del leopardo invocado contra el reptil de los pantanos vecinos, dirigidos irónicamente por un expelotero sagüero de apellido ilustre en los terrenos del centro del país: Mesa, que prolongaba en su tierra una agónica sed de títulos.

Dos años después, aquietados los fragores del triunfo, el conjunto de Villa Clara sigue en una imprecisa condición en lo referido a sus múltiples sobrenombres. Nadie sabe a ciencia cierta quiénes somos

670 Lorenzo Lunar, “¿Leopardos o Azucareros?”, disponible en: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2013/05/30/leopardos-o-azucareros/#.VP7mmFL4bIU>

en la *selva oscura* de la pelota cubana, donde campean tigres y leones al lado de perros y caballos, cocodrilos y avispas, gallos y elefantes...: Algunos dicen que somos los azucareros, en una provincia donde quedan escasos ingenios; otros los anaranjados, por el color del uniforme, o las inexistentes naranjas; y para unos pocos entre los que me cuento, somos la sombra errante de aquellos felinos gatopardescos que irrumpieron, con las garras afiladas y el pelaje torvo, en el lejano campeonato del año 1922.

La aparición del equipo Leopardos de Santa Clara, cuarto en disputa entre los archirrivalos leones habanistas y alacranes del Almendares, —y cuando el también debutante Marianao todavía no era un tigre de Bengala sino un monje gris—, es una de las grandes leyendas de la pelota isleña. Ambos conjuntos vinieron a sazonar la añeja rivalidad que enfrentaba desde 1878 a Habana y Almendares, y en el caso del Santa Clara se trataba de un experimento mercantil para expandir la Liga Cubana más allá de los predios capitalinos. Fue Abel Linares, hábil empresario y dueño de los dos equipos de mayor tradición, el que encargó a Agustín *Tinti* Molina que contactara con las Ligas Independientes de Color de los Estados Unidos para formar el nuevo conjunto, quien logró traer a los mejores talentos del aquel circuito. Los juegos en Santa Clara fueron pactados los fines de semana en tandas separadas, con la intención de llenar el estadio, cobrar dobles las entradas y atraer público de toda la región central de Cuba.

La sede de los Leopardos fue un antiguo terreno llamado Boulanger Park, inaugurado en 1888 con un partido entre los clubes Villaclara y Bélico, y según las informaciones de la época tenía un aforo de unas tres mil personas. El estadio se localizaba entre las calles Pedro Estévez (Unión), Manuel Dionisio González (San Miguel) y Eduardo Machado (San Cristóbal), en los límites urbanizados de la ciudad en aquel momento. Era un terreno espacioso, que se fraccionaba en tres secciones de juego, una para los mayores y las otras dos para jóvenes principiantes. En la década del treinta del pasado siglo sufrió una remodelación de su glorieta, que se convirtió en una media luna, fueron remozadas las gradas de sol y el terreno fue rebautizado como Estadio Trinidad y Hermano, por la contribución financiera que la firma cigarrera asentada en Ranchuelo hizo a su modernización. Sin embargo, dicho nombre no tuvo éxito en el imaginario popular, que lo siguió llamando por su antigua denominación de origen francés.

Su vida útil fue efímera, pues en la década del cuarenta del siglo xx los terrenos fueron comprados por el estado para construir la Escuela de Comercio y el diamante de béisbol desapareció.⁶⁷¹

La provincia de Santa Clara era un terreno fértil para el juego de pelota desde el siglo xix, y en 1889 el historiador y jugador Wenceslao Gálvez y Delmonte, quien ejerció como magistrado en la Audiencia de Santa Clara, escribe en la primera historia del béisbol cubano que existían en esa fecha dos clubes en Sagua, que jugaban contra equipos en Santa Clara “donde el entusiasmo por el béisbol raya en frenesí”.⁶⁷² Los principales equipos pilongos del siglo xix se denominaban Villaclara, Bélico y Bacardí,⁶⁷³ integrados por blancos, mientras que Marina y Cubanicay fueron conformados por peloteros negros y mestizos. También se conoce de otros llamados Niágara y América. Existían clubes en Remedios con nombres sospechosos de separatismo como el Anacaona y se sabe de la existencia de conjuntos en Caibarién. Del mismo modo figuraban publicaciones deportivas como *El Cárter* en Remedios y *El Short* y el *Villaclara* en Santa Clara. Las afluencias de público solían ser numerosas, y en un desafío celebrado en Santa Clara entre el equipo local y otro de Cárdenas en la década del ochenta del siglo xix, acudieron cuatro trenes expresos procedentes de Cienfuegos y Sagua que transportaron cerca de cuatro mil viajeros para disfrutar del juego de pelota.⁶⁷⁴

En la plaza mayor existió en 1893 una peña deportiva dirigida por Periquito García, donde se debatían los avatares béisboleros de la villa en torno a un banco denominado “El banco de Periquito”.

671 Toda la información sobre Boulanger Park la he tomado de Luis García González: *Apuntes para la historia del béisbol en Santa Clara*, folleto de muy rústica impresión y sin datos editoriales, pp. 10-11. He consultado el ejemplar que se conserva en la Biblioteca “Manuel García Garófalo” del Obispado de Santa Clara.

672 Wenceslao Gálvez y Delmonte, *El Base Ball en Cuba. Historia del Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas en el juego citado, ni de ninguna otra*, Habana, Imprenta Mercantil de los Herederos de Santiago S. Spencer, 1889, p. 94.

673 “Se informa que se ha formado un nuevo Club en Santa Clara, el ‘Bacardí’, por lo que ya hay tres clubes en esa ciudad: Azul, Rojo y Carmelita (Bacardi)”, *El Sport*, 9 de febrero de 1888, p. 4. Luis García González: op. cit., pp. 7-9.

674 Wenceslao Gálvez y Delmonte: ob. cit., p. 96.

Al celebrarse en Santa Clara los festejos por el inicio del alumbrado eléctrico en febrero de 1895, a los que asistió la excelsa Marta Abreu, y en cuyo honor se levantó en la plaza una réplica de la Torre Eiffel, también se celebraron numerosos desafíos de pelota.⁶⁷⁵

A inicio del siglo xx existió un club Yara, en el que militaron el pitcher Inocente Pérez, primer villaclareño que jugó pelota en los Estados Unidos y Julián Pérez *Fallanca*, considerado el pelotero más popular de Las Villas en 1914. En la década del veinte (siglo xx), se jugaban torneos semiprofesionales en la zona, y también en los centrales azucareros y en poblados como Camajuaní, Caibarién, Vueltas, Remedios y La Esperanza. Uno de los equipos más populares fue el llamado Tosca, dirigido por el comerciante Mario García, bautizado así en homenaje a la ópera de Giacomo Puccini, que se presentó en numeroso poblados y donde jugaron Francisco Hernández Carrazana *Cubitas*, José Vilá, *Guineo*, Pedro Valdés, *Miñanga*, Roberto Campos *Manzanillo*, Leopoldo Junco, *Polito*, Francisco Hernández *Jicoteo* y Rafael Prado *La Conga*.⁶⁷⁶ También de allí salieron los tres hermanos Oms, Alejandro, Tito y Eleuterio, de los cuales el primero sería una gran superestrella en los campeonatos cubanos profesionales y de Ligas Negras, Tito era un buen receptor y Eleuterio jugaba la tercera base.

Según Roberto González Echevarría: “la ciudad de Santa Clara presumía de contar con el mejor fabricante de bates de toda Cuba, un tornero llamado Noel Pegudo, que tenía mucha demanda entre los jugadores”.⁶⁷⁷ Con semejante capital simbólico a su favor: “Linares y Molina decidieron explotar el mercado villaclareño en la temporada 1922-23”.⁶⁷⁸ A propósito de González Echevarría, gran estudioso de la obra carpenteriana, he compartido con él la conjetura de si el equipo Panteras de la Loma, que aparece en la primera novela de Carpentier, *Écue-Yamba-Ó* — iniciada en La Habana en 1927 y concluida en París en 1933 —, no sería un homenaje del escritor al equipo que por aquellos años defendía los colores de Santa Clara, urbe situada al pie de una pequeña loma. En la novela este equipo “viene de la ciudad cercana” y tiene como ídolo al negro Antonio, un short stop

675 Luis García González, ob. cit., pp. 8-10.

676 Ídem, pp. 15-17.

677 Roberto González Echevarría: *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la Isla*, Editorial Colibrí, España, 2004, p. 301.

678 *Ibidem*.

de velocidad y poder, que muy bien armonizaba las dos principales habilidades de Pablo *Champion* Mesa y Alejandro Oms.⁶⁷⁹

Desde su temporada inicial y durante un trienio, los Leopardos fueron capitaneados por un mito del béisbol cubano, Tinti Molina, aquel del que se contaba que, siendo casi un niño le había dado la mano a José Martí después de conectar un jonrón descomunal en el Cayo, y que luego vino a Cuba en una misión secreta del Delegado, para lo cual adoptó la identidad falsa de un pelotero del equipo Matanzas. Su primer zarpazo fue apenas una caricia agónica: ganaron 14 y perdieron 40. Pero esto es una verdad a medias, pues el equipo se retiró del campeonato y no hay consenso entre los historiadores acerca de las verdaderas razones de su intempestiva despedida del torneo. Según la versión poco confiable de Raúl Diez Muro fue “por su propia solicitud” el 15 de enero de 1923,⁶⁸⁰ y los partidos restantes fueron declarados a favor de sus rivales. Otro historiador de las estadísticas del béisbol, Jorge Figueredo, sugiere que esta decisión se debió a una protesta de Santa Clara por una decisión adversa a los pilongos frente a los recién llegados marianenses.⁶⁸¹ Y González Echevarría afirma que el club en realidad no se retiró, sino que fue separado del campeonato porque las entradas en Boulanger Park no estaban siendo suficientemente lucrativas y la sede implicaba altos costos de transportación y alojamiento.⁶⁸²

Pero lo cierto es que en el calendario, el juego que aparece forfeited no fue contra Marianao, a la postre campeón, sino contra el Habana, celebrado en Santa Clara el 14 de enero. En realidad, si revisamos con ecuanimidad los marcadores, muchos partidos de aquel campeonato inaugural se perdieron por una carrera, como el doble desafío jugado en Santa Clara el 17 de diciembre, ganados por Marianao 4 por 3 en el noveno y 8 por 7. Como hechos a destacar de aquella primera versión de los Leopardos, el gran jugador negro estadounidense Oscar Charleston no pudo ser campeón de bateo pese a promediar

679 Alejo Carpentier: *Écue-Yamba-Ó*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2012, pp. 152-154.

680 Raúl Diez Muro: *Historia del Base Ball profesional de Cuba*, 3era. ed., La Habana, 1949, p. 203.

681 Jorge Figueredo: *Cuban Baseball. A Statistical History, 1878-1961*, Jefferson and London, McFarland & Company, Inc. Publishers, 2003, p. 143.

682 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 302

un fabuloso 446, seguido del pilongo Alejandro Oms, con 436, al no acumular las veces al bate reglamentarias. El jardinero de Caibarién Pablo *Champion* Mesa tuvo un buen promedio de 317 y entre los lanzadores el americano Dave Brown y el cubano Eustaquio *Bombín* Pedroso trabajaron para idéntico promedio de 4 ganados y 3 perdidos. Entre las curiosidades del torneo, Adolfo Luque pitcheó con el Habana, y fue el que más ganó con 11 partidos y también el que más perdió con 9, además de implantar un récord de 7 ponches consecutivos al Almendares el 17 de febrero de 1923. En ese año, con los Rojos del Cincinnati de las Grandes Ligas, Luque ganó 27 partidos y fue recibido en la capital cubana como un héroe. Y algo que muchos no recuerdan: en aquel certamen entró de sustituto, en un partido por el Habana, un desgarbado joven matancero de apenas 17 años, que se llamaba Martín Dihigo, bateó 179 y no conectó ningún extra base. Trece años más tarde este nombre sería consagrado como el Inmortal del béisbol cubano y se proclamó campeón con los Leopardos.

Al año siguiente la historia cambió de modo dramático, y los humillados y ofendidos se tornaron príncipes gloriosos. Aquel 1923 el mundo del béisbol cubano se rindió a los pies del que muchos consideran el equipo más grande que jamás haya pisado un terreno de la Isla. La segunda versión de los Leopardos era una legión soberbia de jugadores negros, cubanos y estadounidenses, donde brillaban como verdaderas estrellas Oscar Charleston, Oliver Marcelle, Esteban *Mayarí* Montalvo, Frank Warfield, Julio Rojo, Frank Duncan, Eddie Douglas, Alejandro Oms, Pablo *Champion* Mesa, Rube Currie, Dave Brown, Dobie Moore, José de la Caridad Méndez, Pedro Dibut, Matías Ríos y el inefable Eustaquio *Bombín* Pedroso.

Los principales liderazgos ofensivos fueron a las manos de aquellos titanes del madero, con Oliver Marcelle al frente de los bateadores rozando los 400 (393 y 70 inatrapables), Oscar Charleston anotando 59 carreras, Dobie Moore conectando 71 hits, y empatado en triples con Warfield, ambos con 6. Por si fuera poco Charleston se robó 31 bases y el derecho Bill Holland encabezó los lanzadores con 10 y 2, seguido de Currie con 8 y 2 y el zurdo Dave Brown con 7 y 3. Dibut y Méndez ganaron 6 y perdieron 4 entre los dos, y *Bombín* esta vez no tuvo decisiones. Siete jugadores regulares de aquel equipo de ensueño batearon sobre 300 y los otros dos, Frank Warfield y *Mayarí* Montalvo, lo hicieron para 296 y 282 respectivamente. El sagüero Julio Rojo, quien luego se haría famoso por sus bromas como coach, fue un digno segundo

cácher alternando con Frank Duncan, y aunque no poseemos estadísticas, la tradición sostiene que poseía una rara habilidad para sorprender las señas del rival, lo que le permitió atrapar en robos de bases a muchos corredores.

El considerado como mejor trío de jardineros de la historia del béisbol cubano lo integraron Champion Mesa, Oscar Charleston y Alejandro Oms, como se les ve en la célebre fotografía donde aparecen posando, con los bates apoyados en el terreno de Boulanger Park.⁶⁸³ No en balde John McGraw, manager de los Gigantes de Nueva York, declaró: "... el Caballero Oms, Oscar Charleston, y Pablo Mesa son los mejores jardineros que he visto en mi vida...". Como dato de interés, Mesa era considerado en ese momento el hombre más rápido en Cuba de home a primera.

Al igual que la temporada anterior, se programaron varios dobles juegos en Santa Clara, y el equipo local deleitó a sus parciales con enérgicas victorias, como los tres juegos ganados al Marianao los días 8 y 9 de diciembre de 1923 o las soberbias palizas propinadas al Habana el 16 de diciembre de aquel mismo año. El 25 de diciembre le conectaron 20 hits al Marianao y en el doble juego del 30 de diciembre los Leopardos batearon 32 hits. Al finalizar el torneo los de Santa Clara archivaban 36 victorias y solo 11 derrotas, alejados a once juegos del segundo lugar que ocupó el Habana. Se eslabonaron cadenas de victorias de 11, 15 y 6 juegos seguidos, diez veces anotaron más de diez carreras y en tres ocasiones anotaron 15.

Desde los días pioneros del dominante club Habana de Esteban Bellán y Emilio Sabourín, nunca se había visto una superioridad tan avasalladora de un equipo sobre los demás en los torneos invernales cubanos, ni una demostración de fuerza al bate y potencia en el pitcheo tan descomunales como en aquel equipo que Abel Linares y Emilio de Armas organizaron y le entregaron para dirigirlo a Tinti Molina. De hecho, la Liga perdió interés, con el campeón asegurado de antemano, y se decidió parar el torneo el 16 de enero, alegando que "querían ser compasivos y poner fin a aquella carnicería".⁶⁸⁴ Un fantástico banquete dio fin a la temporada y el equipo campeón fue inmortalizado en una colección de postalitas publicada por la empresa cigarrera Díaz, radicada en La Habana. Para compensar a los

683 Esta la imagen de cubierta del libro citado de Jorge S. Figueredo.

684 Roberto González Echevarría: ob. cit., p. 309.

aficionados del abrupto final, se convocó a un nuevo torneo llamado "Gran Premio", en 1924, jugado solamente por Almendares, Habana y Santa Clara, prescindiendo del terreno Boulanger Park, obviamente por razones económicas, y una vez más los Leopardos salieron victoriosos, aunque con una ventaja mínima de un juego sobre los azules.

Después de aquel apoteósico campeonato, Molina estuvo al frente de la siguiente temporada, pero otra vez el fantasma del retiro del certamen hizo acto de presencia y Santa Clara fue sustituido por un equipo de Matanzas, adonde el dueño Abel Linares mudó la franquicia aquel año. Según Diez Muro, se jugó un desafío el 6 de diciembre en Matanzas, que estaba programado para la capital villareña, por la poca asistencia de público en dicha localidad. Argumento que no deja de ser sorprendente, en una ciudad que había sido apenas un año atrás un hervidero de la afición y con un equipo que seguía teniendo muy buenos jugadores, como los reincidentes Bill Holland, esta vez más perdedor que ganador, Dave Brown y el propio Méndez, ya sin el brillo de anteriores campañas, además de los cubanos Julio Rojo, Alejandro Oms y Mayarí Montalvo, junto al trío importado de Frank Warfield en segunda, Oliver Marcelle en tercera y Charles Williams como torpedero. Como consuelo para sus fanáticos, Oms volvió a batear a sus anchas y terminó de líder con 393 sumando su actuación con el binomio Santa Clara/Matanzas.

Luego de esta extraña combinación de sedes, el equipo de Santa Clara desapareció del escenario competitivo insular durante los siguientes cuatro años, de 1925 a 1929, y su regreso en las dos temporadas sucesivas fue un pálido reflejo de sus glorias pasadas. En ese hiato béisbolero otro equipo del centro del país hizo su aparición, el Cienfuegos, en 1926, pero entonces eran Petroleros y no Elefantes, mote con el que lograrían gran fama y notables resultados en la década del cincuenta. Durante la temporada de 1929 a 1930 Cienfuegos y Santa Clara fueron los rivales de Almendares y Habana, donde se ponía de relieve no solo la tradicional porfía capitalina, sino también la existente entre la capital provincial y el orgulloso puerto sureño. Aquel año Santa Clara tuvo en sus filas al gran lanzador Basilio *Brujo* Rosell, debutó el joven serpentinerero Ramón Bragaña, luego una rutilante estrella en Cuba y México, y también estuvo la revelación de las Ligas Negras, Leroy *Satchel* Paige, que ganó 6 y perdió 5, y no pudo terminar la temporada a causa del escándalo provocado por unos amoríos ilícitos con cierta dama de la burguesía mulata

local, presumiblemente menor de edad.⁶⁸⁵ Al bate se destacaron Oms y la primera base George Suttles que bateó 7 jonrones, 10 dobles y 3 triples. En la brevísima temporada de 1930 quedaron últimos, sin victorias y una sola derrota.

Alejandro Oms, por su parte, compartió su brillante carrera del Santa Clara con otros conjuntos, donde impuso de manera categórica su calidad al bate. En el Cuba de 1926 a 1927 promedió 500, pero solo fue 18 veces al cajón de bateo. Champion Mesa y Oms formaron parte del Marianao de 1927 en la llamada Serie Triangular y allí promediaron 433 y 366 respectivamente. La de 1928 a 1929 fue una de las mejores temporadas de Oms, con liderazgo de bateo (432), hits (76) y dobles (18), esta vez vistiendo la casaca del club Habana, a la postre campeón, dirigidos por Miguel Ángel González. Entre las marcas impuestas por el Oms aquel año, estuvieron el mayor número de hits en un juego con 6, el 20 de diciembre de 1928; la racha de 30 juegos consecutivos bateando de hit, entre el 31 de octubre y el 24 de diciembre de 1928, en un campeonato donde Martín Dihígo, compañero de equipo de Oms, bateó 4 dobles en un desafío y el jardinero estadounidense del Cienfuegos James *Cool Papa* Bell disparó 3 jonrones el 1.º de enero de 1929 en el Aída Park.

En la temporada de 1929 a 1930 Oms fue líder en average con un sólido promedio de 380 y 5 cuadrangulares, y también lo fue en jonrones (3), hits (44) y anotadas (28) con el Habana en la temporada de 1931 a 1932, que asombrosamente terminó en último lugar; al año siguiente prosiguió su fabuloso promedio de bateo con 368 y encabezó los dobles con 4. En otros circuitos del área, Oms jugó en la Liga Dominicana, con el Licey y las Estrellas Orientales en 1929 y 1937, respectivamente. En Venezuela fue el mejor jardinero en 1943. Participó en las Ligas Negras norteamericanas, donde promedió 332 en 15 años e integró el equipo New York Cubans, propiedad de Alejandro Pompez, en la temporada de 1935.

El equipo pilongo tuvo un cuatrienio de ausencia, de 1931 a 1934, años de gran turbulencia política, y en 1935 retornaron en pos de levantar la corona que, más de una década atrás fuera suya de manera inobjetable. El gran Martín Dihígo, ya una leyenda viviente, llevó las riendas de los campeones de 1935 a 1936 y de qué manera. Manager-jugador, Dihígo no solo ganó el torneo con 6 juegos de ventaja sobre

685 Roberto González Echevarría: op. cit., p. 319.

Almendares, sino que además fue el líder de los bateadores con 358 y encabezó a los pitchers con récord de 11 y 2, y también mandó los hits con 63, las anotadas con 42, los triples con 8 y las impulsadas con 38, empatado con su coequipero Bill Perkins. Además, completó 13 desafíos y propinó cuatro lechadas. Era algo verdaderamente asombroso, fuera de lo común, fantástico... A Dihígo lo acompañaron en aquella memorable campaña los lanzadores Heliodoro *Yoyo* Díaz y Marino Rodríguez, con 15 victorias entre ambos. El receptor Bill Perkins bateó para 323, el torpedero Willie Wells lo hizo para 356 con cinco vuelacercas y Alejandro Oms, que contaba con 40 años de edad, promedió 311, con 56 hits, 10 dobles y 30 impulsadas.

Al año siguiente, 1936 a 1937, Dihígo repitió la hazaña dirigiendo al Mariano, en una final sensacional donde los Tigres borrarón una desventaja de tres juegos frente a Santa Clara, colgados de los brazos de don Martín y de Silvio García, y en la serie extra de desempate vencieron a los pilongos por dos juegos a uno. El Santa Clara de Julio Rojo alcanzó el subcampeonato con una virtuosísima faena del lanzador Raymond *Jabao* Brown que ganó 21 desafíos y solo perdió 4, además de promediar 311 con 8 extrabases. El 7 de noviembre de 1936 Brown lanzó un juego sin hits ni carreras frente al Habana en Santa Clara y bateó de 4-2. Ese juego apenas duró una hora y cuarenta minutos, y los tres habanistas que se embasaron fueron por base por bolas. También se destacaron a la ofensiva el segunda base Harry Williams con 339 y el trío de jardineros conformado por José Vargas, Santos Amaro y Tony Castaño.

Luego vinieron dos títulos consecutivos de la mano del estelar jugador y manager Lazaro Salazar, *el Príncipe de Belén*. En la temporada de 1937 a 1938 el dúo de lanzadores de Raymond Brown y Bob Griffith ganó 24 juegos y solo perdieron 11, este último también completó 24 juegos y lanzó 5 lechadas. Bill Perkins siguió siendo un sólido receptor y Salazar ganó 3 y no perdió, y asimismo bateó 318 jugando la primera base. El torpedero Sam Bankhead fue la gran estrella ofensiva del torneo y encabezó a los bateadores con 366, las anotadas (47), los hits (89), los triples (5) empatado con Salazar y las impulsadas (34). En los jardines Santos Amaro produjo para 326, Manuel *Cocaína* García no solo pitcheó sino que también bateó para 304 con 32 impulsadas y el incombustible Oms bateó 315 con 19 remolques y 2 jonrones. Ese año Santa Clara ganó 44 y perdió 18, para un astronómico 710 de average.

Como hecho relevante para la ciudad, el 3 de enero de 1938 se celebró el primer juego nocturno en el estadio Trinidad y Hermano, en un desafío entre Santa Clara y Almendares, que sorprendentemente tuvo que ser suspendido por oscuridad en el séptimo inning, con ventaja local de 6 carreras por 4, pues un neblinazo que venía del arroyo cercano impedía la visibilidad más allá del cuadro, a pesar de estar encendidas las torres de iluminación.

Al año siguiente, 1938 a 1939 se repitió el triunfo, esta vez con menos holgura (34 y 20), pero nuevamente fueron los jugadores de Santa Clara los que demostraron mayor poderío ofensivo: Tony Castaño bateó más que nadie con 371, el inmenso toletero negro Joshua *Trucutú* Gibson (356) encabezó las anotadas con 50 y los jonrones con 11 — se habla de que dio un jonrón en Boulanger Park que midió más de setecientos pies —, Santos Amaro (366) dio 78 hits e impulsó 49 y Lázaro Salazar además de ganar 6 partidos conectó 12 dobles. Los lanzadores de vanguardia del conjunto fueron Cocaína García y Raymond Brown con 11 triunfos *per capita* y Cocaína lanzando 3 blanqueadas.

Las dos últimas temporadas de los Leopardos de Santa Clara fueron las de 1939 a 1940 y 1940 a 1941, dirigidos por José María Fernández y Pelayo Chacón y Julio Rojo. Una vez fueron terceros y la última el equipo quedó segundo. Siguieron contando con algunas de sus antiguas luminarias, como Santos Amaro, Sam Bankhead y Tony Castaño, quienes generalmente batearon sobre 300. El pitcheo se vio menos favorecido, sin embargo, descollaron Armando Torres, René Monteagudo y Cocaína García. En el postrero de estos torneos el Chino Valdivia entró a la receptoría, Silvio Cuba Libre García ocupó la segunda base y bateó 314, Heberto Blanco fue el torpedero y en los jardines estuvieron nuevamente José Vargas, Santos Amaro y Tony Castaño, aunque un tanto alejados de sus mejores momentos en el béisbol.

En resumen, la historia de los Leopardos de Santa Clara se extendió por 11 temporadas, con algunos años de ausencias y lamentables altibajos, pero los resultados obtenidos en ese período pueden considerarse de muy relevantes, ya que ganaron el título en cuatro oportunidades, terminaron tres veces en la segunda plaza, dos en la tercera y solo en dos ocasiones concluyeron en la cuarta y última posición.

Desaparecidos los Leopardos del firmamento béisbolero insular, la vida de Francisco Alejandro Oms Cosme, nacido en Santa Clara

el 13 de marzo de 1895, hijo de Ricardo Oms Machado y Juana Prudencia Cosme, continuó algunos años más en el béisbol cubano, aunque ya no era sino la sombra del talentoso jugador que una vez fue. Durante la campaña 1945 a 1946, perteneció al equipo Cienfuegos gracias a un gesto caritativo de su director Adolfo Luque, que le dio un puesto en la nómina para que pudiera cobrar algún dinero. El coloso que había sido al bate, fue dos veces al cajón, con 50 años; la primera vez Pedro *Natilla* Jiménez, sentimental, le dio base por bolas; la segunda su coterráneo Agapito Mayor no tuvo piedad y acabó ponchándolo. Ya su cuerpo estaba minado por la tuberculosis y su vida se extinguió en La Habana, el 9 de noviembre de 1946, en absoluta pobreza. En un ademán cívico que quiso reparar aquella injusticia, el Ayuntamiento de Santa Clara, a finales de la década del cuarenta, decidió designar Alejandro Oms a una calle de su ciudad natal. Dos años antes de su muerte, en 1944, alcanzó a ver su nombre inscrito en la placa de mármol del Salón de la Fama del Béisbol Profesional Cubano, donde ingresó en compañía del lanzador y coronel del Ejército Libertador Carlos Maciá.

La posteridad le negó a Oms el privilegio de que su apelativo fuera también el del nuevo estadio que la Revolución construyó en Santa Clara en 1966, cuando apenas habían transcurrido veinte años de su fallecimiento. Ningún pelotero había acumulado mayores méritos deportivos y humanos que él, para que su figura de hombre negro y humilde fuera la que identificara el más significativo terreno de pelota en Santa Clara. Inexplicablemente, las autoridades provinciales de la época prefirieron el apelativo de un bravo guerrillero nicaragüense, Augusto César Sandino, totalmente extraño al béisbol cubano.⁶⁸⁶ Su casa natal, donde debió existir un museo de la pelota villaclareña, devino en Comité Provincial del Sindicato Nacional de Trabajadores Tabacaleros, y solo una peña que lleva su nombre y se reúne en el parque Leoncio Vidal es la depositaria de la memoria de Oms entre los aficionados de Santa Clara.

686 He revisado el libro de Jorge Eduardo Arellano: *El béisbol en Nicaragua (Rescate histórico y cultural: 1889-1948)*, Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 2007, sin hallar ninguna referencia sobre Sandino y el béisbol. Todo lo contrario sucede con la figura del dictador Anastasio Somoza García, quien politizó el juego de pelota y fundó equipos que llevaban su nombre.

Sirvan estas palabras para intentar recuperar, entre la numerosa cofradía de la pelota de la ciudad de Marta, el glorioso nombre de los Leopardos para su equipo de béisbol, tan necesitado de motivaciones y símbolos; y también para homenajear, a 120 años de su nacimiento, al gran jugador negro Alejandro Oms, una de las figuras más ilustres del béisbol cubano de todos los tiempos. Ojalá que algún día muchos terrenos de pelota de esta provincia tengan su nombre, y los niños y jóvenes de las escuelas lleven ramos de flores a su casa el día de su natalicio, y a la entrada del parque de béisbol más importante de la ciudad se erija una escultura de bronce en su honor, y flamee en las tribunas del gran estadio Alejandro Oms una enorme bandera con un leopardo en el centro.

13 de marzo de 2015

EPÍLOGO

LEGADO Y MEMORIA DEL BÉISBOL CUBANO⁶⁸⁷

El año 2014 es de gran importancia para la historia del béisbol cubano por cinco aniversarios cerrados de enorme trascendencia: los 150 años de la llegada de los primeros implementos para jugar béisbol, traídos por los hermanos Nemesio y Ernesto Guilló a su regreso de Mobila, Alabama; los 140 años del mítico juego del 27 de diciembre de 1874 en el Palmar de Junco; los 125 años de la publicación de la primera historia del béisbol cubano, obra del joven intelectual y pelotero Wenceslao Gálvez y Delmonte, los 100 años del inicio del primer campeonato amateur del siglo xx, ganado en sus tres primeras ediciones por el Vedado Tennis Club, y los 75 años de la creación del Salón de la Fama del Béisbol Cubano.

Sin embargo, tales acontecimientos nos encuentran en una precaria situación en todo lo relacionado con la preservación y salvaguarda de la memoria histórica y de la insoslayable contribución del béisbol a la nacionalidad cubana. Con la excepción de modestas y transitorias muestras corporativas o personales en algunos estadios u otras instituciones del país, se carece de instituciones museables consagradas al juego de pelota, de bibliotecas especializadas en proteger su patrimonio bibliográfico o de archivos donde se guarde la memoria del béisbol cubano. Mención aparte merecen el celo y la devoción de un grupo de coleccionistas privados, cubanos y extranjeros, que han logrado preservar una parte considerable de ese legado material e intangible,

687 Palabras leídas en el Coloquio Nacional “Museo y Salón de la Fama del Béisbol Cubano: de la utopía a la realidad”, celebrado en el Salón Adolfo Luque del Estadio Latinoamericano, los días 7 y 8 de noviembre de 2014.

el cual de otro modo hubiera corrido la suerte de perderse irremediabilmente.

Asimismo, luego de su interrupción en 1960, no se ha logrado revitalizar hasta hoy el Salón de la Fama, un templo consagrado desde sus orígenes a honrar el mérito de nuestros mejores peloteros profesionales, a los que deben agregarse ahora todos los jugadores, cubanos y foráneos que hayan jugado en la Isla, sin exclusiones que no sean las de su gloria deportiva, y junto a ellos directores, árbitros, comentaristas, periodistas e historiadores del pasatiempo nacional. Aquí no es ocioso recordar que países con muchísima menos tradición e historia béisbolera que Cuba, poseen instituciones de esta naturaleza.

Lo anterior resulta sorprendente y verdaderamente imperdonable, si tomamos en cuenta que la pelota es parte sustancial de una comunidad imaginada de identidad y cultura que llamamos Cuba, que está en la médula de nuestra formación como país y acompañó a los mambises en su bregar libertario. En esta propia sala se encuentra la tarja que, gracias a la iniciativa del doctor Benigno Souza, médico personal del general Máximo Gómez, se realizó el 24 de febrero de 1948 para rendir homenaje a los peloteros que habían luchado por la independencia. Ahora otro mambí pelotero, Elpidio Valdés, también nos acompaña gracias al talento y la generosidad de su creador Juan Padrón.

Como la palma, el himno, el escudo, la mariposa, la Virgen de la Caridad del Cobre, el danzón o la rumba, el béisbol es parte inseparable de la cubanía. En las primeras décadas del siglo xx la inclusión del béisbol en el arsenal de símbolos de la identidad nacional era un hecho indiscutible, con sus héroes negros y blancos unidos en una mitología popular y en una práctica social que era muy superior al racismo imperante en la República. Desde los clubes aristocráticos hasta el último batey azucarero, miles de cubanos vibraron de emoción y fueron protagonistas de una maravillosa felicidad colectiva gracias al juego de pelota.

Cuba fue madre y maestra de la pelota latinoamericana, fue la gran difusora del béisbol en el Caribe, Centroamérica y el sureste de México, sus jugadores brillaron en dichos países y fue el gran semillero de talentos que abrió el camino a los peloteros latinos en las Grandes Ligas. Cuba fue también la gran animadora de las series del Caribe y sempiterna ganadora en torneos internacionales amateurs

desde sus inicios. Luego de 1959, un béisbol democrático, popular y verdaderamente nacional, se impuso como un noble emblema del acontecer revolucionario en el deporte.

El pueblo cubano ama el béisbol, se expresa a través de su lenguaje y de sus símbolos, y encuentra en el juego de pelota una manifestación trascendente y viva de su cultura. Todos ellos nos parecen motivos legítimos e ineludibles para demandar la restauración del Salón de la Fama y promover la creación de una institución cultural y patrimonial asociada a él, capaces de hacer justicia histórica a los peloteros, directivos, árbitros, periodistas, historiadores y cronistas, cubanos y extranjeros, con méritos para ser recordados como inmortales del juego de pelota, aquellos cuya memoria no debe perderse y cuyo legado debe transmitirse de generación en generación.

Creemos apasionadamente en la idea de devolverle con este gesto magnífico al pueblo de Cuba, no solo un salón y un museo donde se honre, se conozca y se respete la formidable tradición del béisbol insular, sino algo más profundo y permanente: un fragmento imprescindible de su tradición y de su identidad como Nación.

La Habana, noviembre de 2014

ANEXOS



EL BÉISBOL ES PATRIMONIO ESPIRITUAL DE LA NACIÓN*

Treinta minutos pueden parecer un acto fugaz o toda una eternidad, un tiempo intrascendente o un momento de infinita relevancia. Treinta minutos, precisamente, nos concedió recientemente el historiador y antropólogo cubano Félix Julio Alfonso (Santa Clara, 1972) para hablar de pelota en una dimensión novedosa, compleja, especial.

Nos recibió en un espacioso y moderno despacho del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, desde cuyos vidrios divisábamos el ir y venir de los ciudadanos en la zona más paradigmática de la ciudad. Sin duda, era un sitio apropiado para dialogar, aunque inusual y raro, tratándose del asunto en cuestión. Pausado, cadencioso, natural, Félix Julio se auxilió únicamente de su sabiduría y prodigiosa memoria para compartir su visión, su verdad, su documentado punto de vista.

Pudo llegar cargado de libros y artículos publicados sobre la historia del béisbol nacional, pero sabe disertar sin calzos, ni protocolo, ni metalenguajes. Y aunque se declara un outsider, alguien que vino de afuera a incursionar en este campo, sus obras *Béisbol y estilo*, *La esfera y el tiempo*, *La letra en el diamante* y *Con las bases llenas*, lo convierten en nuestro investigador más prolífico sobre el tema, y toda

* Entrevista de Rudens Tembrás Arcia a Félix Julio Alfonso López. Publicada en el periódico *Trabajadores*, el 26 de marzo de 2012 y en la página digital: <<http://www.trabajadores.cu/news/20120326/258538-el-béisbol-es-patrimonio-espiritual-de-la-nacion>>

una rareza dentro de las Ciencias Sociales en el país. Ya cómodo y atento, pareció “estallar” desde la primera pregunta...

¿Dónde halló las motivaciones para adentrarse en este campo?

La primera fue un tanto azarosa. En 1999 cayó en mis manos un libro titulado *El orgullo de La Habana: una historia del béisbol cubano*, a poco de haber sido publicado por la Universidad de Oxford, en los Estados Unidos. Su autor era Roberto González Echevarría, un cubano que emigró joven e hizo carrera en la Universidad de Yale. Me encontré, de repente, ante un libro descomunal, que no solo narraba el devenir del béisbol en sentido estricto (campeonatos, figuras, anécdotas), sino con un sustrato histórico, sociológico y culturoológico impresionante.

El capítulo dedicado al siglo XIX me reveló los orígenes integrados a una dimensión modernizadora de la sociedad, de la cual formaban parte las guerras de independencia, los discursos políticos, la música popular — específicamente del danzón — y la literatura modernista. Se trataba de una perspectiva inédita y un discurso que unificaba muchos elementos en uno solo: la formación de la nacionalidad cubana.

Resulta llamativo que un aporte así llegase desde el exterior...

Del lado de acá nadie había tratado el tema de esa manera. Lo escrito no pasaba de ser series estadísticas como el libro de Raúl Diez Muro, *Historia del béisbol profesional en Cuba* (1949), que tuvo un continuador en *Béisbol cubano, récords y estadísticas* (1955), de Severo Nieto. Ambos inexactos, incompletos y llenos de lagunas. Después de 1959 solo existía *Viva y en juego*, de Jorge Alfonso, Edel Casas y Alberto Pestana, un texto que incurre en las falacias de desconocer el béisbol profesional de este país, y de unificar — como continuidad — al amateurismo prerrevolucionario con el siguiente. Esto también afirmó mi convicción de que estaba ante un campo virgen.

¿Por ese camino decidió escribir su tesis doctoral?

Roberto González no pudo explorar mucho en nuestras bibliotecas, así que revisé la prensa del siglo XIX y escribí una tesis que espero se publique el año próximo. Rastreeé con bastante prolijidad la historia del béisbol en La Habana, la región con más desarrollo del juego en esta etapa, y sumé alguna información de Matanzas. Reconozco entonces mi deuda con los archivos de Remedios, Camagüey

y Cienfuegos. En el siglo antepasado podemos identificar a más de doscientos equipos, algunos de vida efímera y otros tan perdurables como Almendares y Habana. Lo obtenido, en general, me reveló una galaxia de saberes sobre la práctica sociocultural más importante de los cubanos junto al baile y la música: el juego de pelota.

Ha ido publicando algunos textos antes del libro fundamental...

Me interesa formar una sensibilidad en el campo científico cubano, en las ciencias sociales, hacia el tema del béisbol. Hasta hoy el deporte ha sido una especialidad del periodismo en cuanto a divulgación, pues el Instituto Superior de Cultura Física (ISCF) Manuel Fajardo realiza estudios muy propios. Miradas de corte histórico, sociológico, antropológico no existen muchas.

Los historiadores también han omitido al béisbol

Esa fue otra motivación. De modo insólito, ni el *Manual de Historia de Cuba* de Ramiro Guerra, ni la *Historia de Cuba* de Julio Le Riverend o la de Manuel Moreno Fraguas, y te hablo de los clásicos, se tomaron el trabajo de mencionar el tema. Solo Le Riverend le dedica media cuartilla en su *La Habana, biografía de una provincia*. ¿Cómo puede ser eso posible en un país donde la gente suda, transpira, sufre por el béisbol? Aspiro a que los historiadores de mi generación tomen esto en cuenta y lo aborden desde un enfoque sociocultural, desde lo que significó en la construcción de la identidad y el nacionalismo cubanos.

¿Le ha sido fácil insertarse en esta línea de estudios?

No. La primera ponencia sobre el tema la presenté en la Universidad Central de Las Villas, en un evento de pensamiento latinoamericano. Trataba de cómo los autonomistas cubanos habían utilizado el béisbol entre los ingredientes para sus proyectos modernistas. Mucha gente no entendió por qué inscribir allí aquel trabajo. Les expliqué, pero dijeron: “bueno, es que se trata de la pelota, no viene al caso...”. Al final, los organizadores fueron indulgentes y me aceptaron. Luego escuché la idea de “por qué no te dedicas a temas más serios...”.

Con el tiempo les he ido convenciendo de que el asunto es tan esencial como la política o la economía. Y eso me lleva al sociólogo alemán Norbert Elías: “los estudios del deporte que no son estudios de la sociedad, son estudios fuera de contexto”. Y eso nos ha pasado

a nosotros, analizamos el deporte, pero no la sociedad en que este surge, se desarrolla, se manifiesta y responde a ciertos intereses.

¿En esa dimensión entiende el aporte posible de las Ciencias Sociales?

No es un asunto solo problemático para Cuba, el abordaje del deporte por las Ciencias Sociales es relativamente reciente, de los años setenta u ochenta del siglo xx. El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) solo fundó un grupo al respecto en la década del noventa. Y Cuba se ha incorporado tarde a esta perspectiva. En este momento hay un reducido grupo interesado. Pienso en Carlos Reig, quien ha escrito una historia de los deportes desde el siglo xix hasta principios del xx. En Martín Socarrás, quien junto a mí se interesó ante todo por la vida de Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ricardo Cabaleiro, Nemesio Guilló, Emilio Sabourín, Beltrán Senaréns. Entre ellos había grandes diferencias, no por gusto los hermanos Zaldo, de familia adinerada, crearon el Almendares y nuclearon a la crema y nata de la aristocracia criolla. Mientras el Habana, más afín a Guilló y Sabourín, fue un equipo de clase media con puntos de vista políticos más radicales que los almendaristas, quienes pretendieron hacer de este juego algo privado, para que ni mujeres, ni negros, ni humildes pudieran ir a verlo. Querían que fuera una práctica diferenciadora. En ese tipo de historia deben incursionar más las Ciencias Sociales.

Quizás por esa falta de estudios se repiten disímiles errores...

Se desconoce olímpicamente la historia de nuestro béisbol. Muchos ni siquiera pueden hablar de la más reciente, así que el siglo xix sería como la prehistoria. Hay un mito muy conspicuo sobre el famoso juego del 27 de diciembre de 1874 en el Palmar de Junco, alrededor del cual se piensa el origen de este deporte en Cuba, lo cual es absolutamente falso. Mucho antes existían grupos en La Habana y Matanzas que practicaron una modalidad rudimentaria llamada *town ball*, parecida a lo que hoy conocemos como fongueo. Y ahora he descubierto en la prensa matancera, junto a un investigador de esa ciudad, que el 2 de septiembre de 1867 se efectuó un partido de béisbol entre jóvenes del Comercio Habanero y un grupo de norteamericanos allí radicados.

Otro ejemplo. La pelota cubana de los primeros 15 años es amateur, porque las clases sociales que lo practicaban tenían recursos y jugaban

por placer, como expresión de estatus, en el club. Y les preocupaba que los norteamericanos participaran porque eran profesionales, cosa entendida como impura, deleznable, contaminante. Eso lógicamente cambió en las primeras décadas del siglo xx. Pero entonces hallamos la simplista negación que todavía se hace del profesionalismo antes de 1959, como si fueran apestados. ¿Y quiénes se ganaban la vida jugando pelota o boxeando? Los humildes, los negros, para llevar comida y dinero a su familia. Por tanto, no era malo ser profesional, era una necesidad de la vida. Además, aludamos a nuestros grandes peloteros profesionales: José de la Caridad Méndez, Cristóbal Torriente, Gervasio González, General Sagua, Martín Dihigo, Ramón Bragaña, Héctor Rodríguez, Silvio García, Orestes Miñoso... ¡Todos negros! Y a los amateurs: Conrado Marrero, Jiquí Moreno, Sandalio Consuegra, Limonar... ¡Todos blancos! Ellos representaban a Cuba en la Serie Mundial Amateur, con raras excepciones de un negro que alguna vez participó como Charles Pérez.

¿Qué trascendencia le atribuye a las reflexiones de este tipo?

Importantísima. Si seguimos pensando el deporte en términos epidérmicos, en la discusión banal, la grosería y el conocimiento superfluo, nos estaremos perdiendo la mejor parte de la historia. Si el cubano solo va al estadio a pasar el rato y a participar de estas manifestaciones, y no se percata de que tiene que salvar algo que es patrimonio espiritual de la nación, algo que forma parte de su identidad y que debe cuidarse y transmitirse, no habremos avanzado nada.

¿Le parece resquebrajada la identidad de la Serie Nacional?

Me preocupa cómo se ve a sí mismo cada equipo cubano de béisbol. Hay una absoluta desorganización en ese sentido. Pinar del Río, por ejemplo, representa a una región productora de tabaco, cuyos equipos y peloteros se nombraron Vegueros y tabaqueros en el pasado. Hoy se autotitulan el Tsunami Verde y algunos le llaman Los Lobos. Yo me pregunto: ¿Qué tiene que ver eso con Pinar? Y ahí descubres que la identidad es tan frágil, tan quebradiza, que cualquiera pone un mote, se acepta y se difunde. Podemos apreciarlo en varias provincias.

Quizás sería distinto si esos asuntos se consultaran con la afición...

Pero nunca se hace, ni siquiera con la serie nacional. El público va al estadio a ver algo que le es dado, como el caso de los 17 equipos. Un absurdo mayúsculo que se nos impuso sin consulta popular alguna.

¿Y qué le pareció la encuesta para el Juego de las Estrellas?

Una experiencia muy beneficiosa que debe ser práctica cotidiana a la hora de tomar decisiones sobre el béisbol cubano.

Recientemente opinó que estamos haciendo una propaganda desmedida a los clubes europeos de fútbol. Algunos lo vieron como un ataque particular al deporte de las multitudes...

Creo que fui malinterpretado. Quise señalar el sobredimensionamiento del fútbol en detrimento del béisbol internacional de gran calidad. No solamente el de las Grandes Ligas, sino los de Japón, Corea, México, de los cuales no sabemos nada. ¿Por qué no ver el derby entre Barcelona y Real Madrid, y luego la serie entre los Medias Rojas de Boston y los Yanquis de Nueva York? Si en términos conceptuales, ambos casos son exactamente iguales. Voto porque consumamos productos deportivos de calidad, sin excluir la pelota profesional.

¿Apoyaría la inserción de Cuba en circuitos profesionales?

Debe suceder. Sé que para las Grandes Ligas hay obstáculos más allá del deporte. No soy ingenuo, pero por qué no ir a la Serie del Caribe, o a las ligas de Venezuela, República Dominicana o México, todas de gran calidad.

Nació en Santa Clara... ¿Sigue siendo naranja o se volvió azul?

Soy villaclareño a ultranza, aunque en los últimos años ese equipo me ha dado más tristeza que alegría. Me crié allí, conocí a Lázaro Pérez, a Pedro Jova. Cheíto fue el pelotero de mi infancia junto a Muñoz y Víctor. Sigo sufriendo con Villa Clara, aunque cada año clasifique y luego deje a sus parciales con la miel en la boca. Pero bueno, los seguidores de los Medias Rojas esperaron ocho décadas por una victoria, y fueron fieles. Entonces, yo tampoco puedo dejar de ser fiel.¹

1 El equipo de Villa Clara, tras 18 años de sequía, alcanzó su quinto campeonato en la temporada de 2012 a 2013 al derrotar en la serie final al equipo de Matanzas.

GÉNERO Y DEPORTE*

¿Qué conoce sobre la historia de la mujer en el periodismo deportivo?

Los dos antecedentes más antiguos que conozco de mujeres que se hayan referido al deporte y, particularmente, al béisbol en Cuba, datan del siglo XIX. La primera en una publicación que se llamaba *Base Ball*, la cual se publicó entre 1881 y 1882, y donde hay un número en el que aparece un texto de una mujer que firmaba como Elena E. Es casi seguro que debe ser una mujer, y no que haya sido un seudónimo de alguien haciéndose pasar por una dama, pues hablaba de la necesidad de que las mujeres se incorporaran a la práctica deportiva en Cuba del mismo modo que ya lo venían haciendo en los Estados Unidos porque ella se había educado en norteamérica. La otra referencia que conozco es la de Etelvina Zayas, mujer mestiza que escribió artículos relacionados con el béisbol en la revista *Minerva*, una publicación de mujeres de color del siglo XIX, donde se publicaban crónicas sobre juegos de pelota, pero desde la perspectiva de la crónica social, es decir, a partir de la importancia de ese deporte para las sociedades de color, como un elemento para el progreso, la inserción social, para el mejoramiento de las condiciones de vida de los jugadores negros.

¿Por qué existen tan pocos estudios sobre deporte en Cuba?

Depende de lo que llamemos estudios sobre deportes. Si tú me preguntas sobre los estudios sobre deportes desde el deporte mismo,

* Entrevista de Karlienys Calzadilla Padilla a Félix Julio Alfonso López, el 25 de marzo de 2013.

te diría que son abundantes, pues son los que se realizan en las facultades de Cultura Física de todo el país, en la universidad del deporte, etcétera. ¿Cuál es la deuda que existe en Cuba con relación a los estudios sobre deporte? La deuda de las ciencias sociales, es decir, cómo enfocar el fenómeno deportivo como parte de la sociedad en la cual el deporte se genera, se desarrolla y se da a conocer. Decía Norbet Elías, un importante sociólogo alemán, autor del libro *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* que “los estudios sobre deportes que no son estudios sobre la sociedad son estudios fuera de contexto”. Entonces, ¿qué nos pasa en Cuba? Carecemos de buenos estudios históricos sobre la evolución del deporte, pero también sobre la manera en que los deportes han interactuado con la sociedad, desde perspectivas nacionalistas, identitarias de la cultura del ocio y la vida cotidiana, la arquitectura, etc.

Los libros de Historia de Cuba no hablan de deportes, como si el deporte nunca hubiera existido dentro de la sociedad cubana, como si no hubiera formado parte de las prácticas sociales de los diferentes grupos, clases y sectores de la sociedad. En la Facultad de Sociología de la Universidad de La Habana, hasta donde conozco, hay pocos estudios realizados sobre sociología del deporte. Existe también un campo muy rico sobre filosofía del deporte, una antropología del deporte, una economía del deporte. Las ciencias sociales tienen un amplio abanico de temas entre los cuales, por supuesto, hay estudios culturales sobre el deporte que son muy abundantes, y de esto la academia cubana no se ocupa, porque la academia cubana ha desconocido, tradicionalmente, estos tópicos de la cultura popular, y los considera marginales, subalternos, que no tiene la misma importancia que pueden tener, por ejemplo, los estudios políticos, económicos, más tradicionales.

Pero esto, lejos de ser un mérito, es una gran desventaja, porque nos ha privado a los cubanos de desarrollar estudios de los deportes como fenómenos sociales integrales. Porque tenemos que integrarlo todo. Si vamos a hacer una historia de la pelota en Cuba hay que hacerla como la escribió Roberto González Echevarría, integrando lo que estaba pasando en ese momento en Cuba desde la literatura y la música hasta la política y la economía, cómo todo eso afectaba al universo del béisbol, incluyendo el tema de las transmisiones de televisión, y cómo el deporte formó parte, desde el principio, de los espacios más difundidos y más patrocinados por las firmas comercia-

les dentro de las transmisiones de televisión, obviamente porque estaban jugando con un público consumidor muy fuerte y porque estaban explotando las posibilidades comerciales que tenía el deporte. Este tipo de cosas son las que no tenemos en Cuba y que, afortunadamente, ojalá empiecen a aparecer. Creo que un buen ejemplo en esta dirección es el trabajo que desarrollan algunos de los discípulos del doctor Julio César González Pagés, quienes se han interesado por las relaciones de los deportes con el género, las masculinidades, la violencia, desde perspectivas muy abiertas y contemporáneas de las ciencias sociales.

¿Cree usted que el deporte sigue siendo un espacio para hombres?

Eso es insostenible. A estas alturas del siglo XXI la presencia de la mujer es casi equiparable con la del hombre en casi todos los deportes, incluyendo aquellos de contacto físico muy fuerte como puede ser el caso del boxeo, la lucha, o aquellos que, tradicionalmente, no se asociaban a la feminidad, como el levantamiento de pesas. Estamos hablando de tres deportes que eran tabúes para las mujeres y que, sin embargo, hoy son aceptados normalmente en los juegos olímpicos. Yo pienso que es insostenible marginar a las mujeres hoy en cualquier deporte. El fútbol femenino también tiene un gran desarrollo y muchos seguidores, el béisbol femenino tiene un notable desarrollo, y también lo tienen los deportes más tradicionales donde la mujer siempre ha estado presente, como el atletismo, la natación o la gimnasia donde ocurre a la inversa, pues hay mayor presencia femenina que masculina.

Hoy en día el discurso de género discriminatorio en el deporte está desapareciendo. En Cuba aún tenemos tabúes en este sentido; hemos logrado que la mujer se incorpore a la lucha y a las pesas, pero no así al boxeo. ¿Por qué si estamos diciendo que tiene que haber igualdad? Con protectores de cabeza y guantes más suaves la mujer podría boxear igual que el hombre. Si permitimos que no haya mujeres en un deporte, so pretexto que no es un deporte femenino o porque afecta a la mujer, entonces tenemos que revisar cuál es el concepto de equidad de género que estamos planteando. En eso soy bastante radical, si es bueno para uno, debe ser bueno para todos.

¿Y cree que hay equidad de género en el periodismo deportivo?

Absolutamente no. Si ves los programas deportivos de la televisión, prácticamente 95 % de los comentaristas, de las personas que se

ocupan en la prensa de escribir sobre deportes en las páginas deportivas o en la radio son hombres. La figura de Julita Osendi ha estado, durante décadas, en una soledad espléndida, representando a la mujer casi únicamente. En los últimos años ha aparecido Daily Sánchez Lemus, pero todavía ella es muy poco conocida, con muy poca proyección, aparece muy poco. En el Canal Habana hay una muchacha que acompaña a los narradores deportivos, pero en una posición muy subalterna, muy secundaria, realmente tiene muy poco protagonismo.

Y si comparas esta realidad con lo que sucede, por ejemplo, en las grandes cadenas deportivas internacionales, como ESPN o como otros noticieros deportivos en el mundo, hay muchas mujeres hablando de deportes, muchas mujeres haciendo comentarios, emitiendo su opinión, haciendo críticas, y eso, en Cuba, desafortunadamente, no sucede.

Si me preguntaras la causa, pienso que por un lado habría subestimación por parte de los hombres hacia las mujeres, y por la otra tampoco creo que haya muchas mujeres interesadas. Una periodista mujer, que quiera dedicarse a los temas deportivos, no es abundante. Entonces habría que equiparar el tema, por una parte que empezaran a surgir muchas más mujeres interesadas en los temas deportivos y por otra crear en los hombres la conciencia de que tienen que darle un espacio y, por supuesto, ganárselo con talento, profesionalidad, entrega, y ojalá algún día podamos ver a una mujer cubana narrando béisbol, si ya hemos visto una mujer árbitro también en una soledad terrible, pero bueno, son los primeros pasos que se están dando.

¿Hay que romper más barreras para que una mujer llegue a la narración deportiva que al periodismo deportivo?

En el caso de Cuba, sí, porque nunca se ha dado. Nunca, que yo sepa, hemos tenido en Cuba a una mujer narrando deportes en televisión. Quizás en la radio, o en alguna provincia haya sucedido, pero lo desconozco. Escribir para los periódicos es otra cosa, es mucho más amable que tener que hacer una narración larga que exige esfuerzo, que se necesita una determinada voz. Pero yo pienso que las mujeres están calificadas totalmente para hacer ambas cosas.

¿Para ejercer el periodismo deportivo en una sociedad tan machista como la nuestra es preciso adoptar conductas masculinas?

Para nada. Al contrario, yo creo que mientras más femenina sea la mujer y menos estereotípica parezca es mucho más saludable, más auténtico. La mujer que vaya a hablar sobre deportes no tiene que parecer un hombre ni tiene que imitarlo. Al contrario, tiene que ser ella misma. El físico no tiene nada que ver con esto. Es una cuestión de profesionalidad. Recuerdo que hay una periodista deportiva camagüeyana, Luisa Fernanda, muy femenina, muy bella, que se arregla muy bien, se maquilla, así debería ser.

¿Cree usted, entonces, que es necesaria e importante la presencia femenina en el periodismo deportivo?

En una sociedad como la cubana, donde se están dando muchos cambios sociales, la presencia de la mujer en el periodismo deportivo es una necesidad y un imperativo. Y pienso que las mujeres que están hoy en el periodismo deportivo pueden formar aptitudes o empatías en otras mujeres para que sigan ese camino, la actual generación tiene el deber de hacer esa labor de proselitismo entre las mujeres de igual modo que los periodistas deportivos lo hacen entre los hombres.

¿Y por qué sería importante que las mujeres sean narradoras o comentaristas deportivas?

Porque tienen los mismos derechos que los hombres, en primer lugar. Y en segundo lugar porque los deportes están siendo practicados por mujeres y hombres en paridad. Entonces, ¿por qué no tenerlas? ¿Cuál sería el argumento para que no hubiese representación femenina en la narración, en la crítica o en el periodismo deportivo? No hay ninguno. Si estamos hablando de una sociedad equitativa, donde todos tienen las mismas oportunidades, ellas también tienen que tener su espacio, tienen que ganárselo, pero deben tenerlo a priori como un derecho.

Yo soy un gran amante del sexo femenino, y adoro a las mujeres tanto por su belleza como por su inteligencia. Pienso que no debería ser nunca, de ninguna manera, discriminada la mujer, bajo ningún aspecto, bajo ninguna circunstancia. A un escenario como este, absolutamente masculino, le está faltando 50 % de la sociedad, y el toque particular que tiene la mujer. Le falta un poco de afecto, de ternura, de todas esas cualidades que las mujeres suelen reunir.

BÉISBOL O PELOTA: UNA HISTORIA CULTURAL DE LO SOCIAL*

Nació en Santa Clara el 16 de julio de 1972, día del natalicio de Don Fernando Ortiz. Honra el oficio de historiador. Es serio para su trabajo, puntilloso, artífice. Las entrevistas sobre béisbol que pudiera conceder, revelarían su intención de devolver la pelota al ámbito de la cultura popular cubana y su índole narrativa, por eso se enerva o desencanta cuando halla errores en la prensa, descuidos, cambios de un autor por otro, impersonalidad, exceso de fuentes pasivas: “Ese no es el tipo de obra que preferiría leer”.

La construcción de marcos referenciales bibliográficos es requisito *sine qua non* para la buena salud de la crítica

Dichos marcos ayudarían a precisar los límites en que se encuadra un problema y, en efecto, para hacer la crítica de un libro el redactor debería de formarse una idea, primero, sobre los principales títulos que, publicados en años cercanos, tratan el mismo tema, y luego, acerca de su aporte.

Estilos y narrativas

¿Se anima a levantar un marco relativo al béisbol cubano? Traemos una lista preliminar

Si consideramos los títulos que se han producido en Cuba y el extranjero en los últimos años, este listado se triplicaría; aparecen, por

* Entrevista de Hilario Rosete Silva con Félix Julio Alfonso López, publicada en la revista *Palabra Nueva*, año XXII, no. 235, enero, 2014, pp. 61-67.

ejemplo, dos obras del pinareño Severo Nieto, *Béisbol cubano (récorde y estadísticas)* (1955), escrita en coautoría con Gabino Delgado, y *Béisbol en Cuba hispánica* (2007), pero de hecho el propio Severo es autor de dos importantes biografías, *Conrado Marrero. El premier* (2000), y José Méndez. *El Diamante Negro* (2004).

Sobre José Méndez, además, hay otra biografía, *Un astro del montículo. El Diamante Negro* (2009), escrita por el matancero Alfredo Santana, quien a la vez es biógrafo de Martín Dihigo y publicó *Martín Dihigo. El inmortal del béisbol* (2006). Por otra parte, el ya desaparecido periodista de *Bohemia* Jorge Alfonso, publicó, en coautoría con Edel Casas y Alberto Pestana, *Viva y en juego* (1986), un texto con manquedades propias del momento en que fue concebido, y *Curiosidades beisboleras* (2009); sé que su hijo Nolan Chacón concluyó *Azules de corazón* (2013), el libro referido a los Industriales que el padre dejó inconcluso y, firmado por ambos, salió bajo el sello de Extramuros.

El ejercicio se extiende a las provincias: un villaclareño, Osvaldo Rojas, publicó *Casos y cosas de la pelota* (2011 y 2013), texto que recoge coincidencias y casualidades curiosas que se dan en el béisbol, y en Pinar del Río se tornó considerable la obra de José A. Martínez de Osaba y Goenaga; son suyos *El niño Linares* (2002), *Nosotros los peloteros* (2005), *Mitos y realidades de la pelota cubana* (2009), *Pedro Luis Lazo, el rascacielos de Cuba* (2010), y *El señor pelotero* (2011); ahora mismo está sacando otro libro sobre Alfonso Urquiola, es un autor de referencia.

Nuestro fin es considerar solo los principales títulos

De acuerdo; aquí figuran libros importantes y otros menos reveladores; privilegio los que tienden más hacia lo cultural y lo social; es el caso de *La gloria de Cuba. Historia del béisbol en la isla* (2004), el paradigmático volumen de Roberto González Echevarría que estrenó los estudios culturales de la pelota en Cuba; del mismo modo toda mi obra sobre el béisbol intenta devolverlo al ámbito de la cultura; en el terreno de nuestra república letrada hay un divorcio entre pelota y estudios culturales; estos se dedican a la música, el lenguaje, las costumbres, pero se apartan del béisbol.

La pelota es factor primordial de la verdadera cultura popular cubana, y este es un hecho que comenzó a gestarse a finales del siglo XIX; el béisbol originario practicado en Cuba era de élite, aristocrático; el que se convirtiera en parte de la cultura popular fue una ganancia de las masas, nadie se los regaló, ellas se apoderaron de un ejercicio

recreativo al que sus primeros practicantes quisieron cerrar en un coto; así lo explico en mi tesis de doctorado, *El juego galante*, cuya edición deberá quedar lista en Letras Cubanas.

El juego ¿galante?

Lo jugaban personas de clase elevada, adinerada, y de sectores profesionales y letrados, a modo de pasatiempo, uso del tiempo de ocio consistente en hacer algo placentero, que conllevara ya no beneficios económicos, sino provecho espiritual; el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1930-2002) habló de “signos sociales de distinción”; entre los signos distintivos de la clase alta cubana del siglo XIX descuellan: asistir al teatro para ver la ópera, e ir al béisbol; después del juego venía todo un rito presidido por orquestas que en un inicio eran de contradanza y terminaron siendo de danzón.

Mis estudios regresan el béisbol a la índole narrativa de la cultura; por eso mi primer libro se llamó *Béisbol y estilo. Las narrativas del béisbol en la cultura cubana* (2004); empleo a propósito las voces “estilo” y “narrativas”; cuando digo estilo, me refiero al rasgo característico de una época, a una manera de vivir, al modo decimonónico que cobró aires más democráticos.

Requisa del olvido

“El estilo es el hombre”. ¿Y por qué “narrativas”?

El primer ensayo del volumen, *El béisbol en la construcción del nacionalismo cubano*, intenta aclarar cómo la pelota expresó, primero la rivalidad con España, y después con los Estados Unidos; nos apoderamos del juego norteamericano, pero más tarde, desde principios del siglo XX y hasta hoy, lo utilizamos contra ellos en una disputa simbólica que sobrepasa, naturalmente, los límites deportivos. En concomitancia, otro de mis libros, *La esfera y el tiempo* (2007), contiene el ensayo “Los gigantes vencidos”, crónica de un juego de béisbol celebrado en el Camagüey de 1901, durante la primera ocupación americana en Cuba, entre aficionados locales, la mayoría pertenecientes a una misma familia, como suele ocurrir entre nosotros, y un equipo integrado por miembros de tropas estadounidenses dislocadas en Nuevitas; el reportaje del juego es el de David contra Goliat: “Nos enfrentamos a los gigantes rubios del Norte, a los mismísimos inventores de la pelota”...

La crónica del béisbol contemporáneo así señalaría que en pleno 2012 David ostenta una tremenda Serie Nacional

El fenómeno alcanzó semejante densidad por tener detrás una historia que en parte fue olvidada o secuestrada; una cosa es olvidar y otra secuestrar el olvido; la pasión existente en los años cincuenta del siglo xx no era solo por los equipos profesionales de la liga cubana de béisbol, sino también por la liga nacional amateur y, aún más, por ligas como la Azucarera, Pedro Betancourt, de Quivicán, y Popular de Cuba.

Sobre esta última apareció un libro seductor, *El humo de Battle Creek* (2011), del filósofo holguinero Rolando Bellido, cuyo padre, René *el Baby* Bellido, fue figura destacada del equipo de Báguanos, batey y central azucarero (hoy López-Peña) de Holguín, en la antigua provincia de Oriente, conjunto que ganó la Liga de 1951 y, en consecuencia, viajó a Michigan, estado nororiental del centro de los Estados Unidos.

Báguanos compitió en las eliminatorias con sus homólogos de Preston, Tacajó, Mayarí y otros equipos de la zona, hasta que discutió la final de Oriente en un play off contra San Germán; luego conquistó el trofeo de Cuba frente a los Alistados del Regimiento 7, ganó el derecho que anualmente otorgaba la Liga, llevar al Norte al club vencedor, y viajó a Battle Creek para participar del campeonato del American Base Ball Congress; la narración del viaje, la hazaña de los guajiros cubanos, aficionados o semiprofesionales, que sin salir nunca de Cuba le dieron guerra a los equipos nortños, es apenas una pieza de esa historia olvidada o secuestrada a la que tendría que sumársele la de torneos intercolegiales y amateurs de todo tipo.

A propósito del béisbol, el libro incorpora múltiples dimensiones socio culturales; el viaje a Battle Creek formaba parte de una mitología familiar; el autor contó esa mitología, así como la de Báguanos y otros lugares dentro y fuera de Cuba, y las integró en un todo; ese es su aporte; debería convertirse en modelo para la redacción de las historias de béisbol cubano; es el tipo de literatura sobre pelota a la que aspiro que se escriba en el país.

Viva y en colores

Por la primera parte de *Béisbol y estilo...*, llegamos a Battle Creek. ¿Qué hay del segundo ensayo del volumen?

Se titula "Nueve hombres en acecho. El béisbol en la literatura cubana del siglo xx"; recorre los principales títulos que tomaran la pelota

como referente, desde la obra fundadora de Wenceslao Gálvez y del Monte, primer historiador de nuestro béisbol, cuya *Historia del baseball en la isla de Cuba* (1889) es una crónica modernista del siglo XIX, hasta los grandes poetas, narradores y dramaturgos, José Lezama Lima, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Virgilio Piñera; redacté, además, el prólogo de *Escribas en el estadio* (2008), la primera antología de cuentos cubanos sobre pelota, recién incluida en el Plan Especial del Instituto Cubano del Libro para su reedición, y al año siguiente salió a la luz la primera colección de poemas cubanos de béisbol, *Aedas en el estadio* (2009), ambas publicadas por la Editorial Unicornio.

Las antologías deberían de considerarse — a efectos de construir el marco bibliográfico —, aunque no engrosaran la lista de principales títulos; la de poesía es mínima comparada con la de cuentos; esta es más completa si bien ya le faltan historias; Leopoldo Luis, editor del sitio web de *El Caimán Barbudo*, publicó en Islia.com *El último jonrón* (2011); Arturo Arango, suma varios relatos; aparecen nuevos episodios, el tema resurge; es lo normal, lo raro es que no exista una buena novela cubana dedicada íntegramente a la pelota.

O libros como *Latinos en el béisbol* (2005), del estadounidense de origen canadiense James D. Cockcroft

En venta en el mundo por otras editoriales, la tirada cubana de la obra (Editorial de Ciencias Sociales) es un regalo al pueblo de Cuba, ni se comercializa fuera del Archipiélago, ni el autor recibe por ella beneficios económicos; Cockcroft es un estudioso de América Latina, cuestiones de derechos humanos, emigración, etcétera, y se introduce en el tema para denunciar la discriminación de la que han sido víctimas los latinos en los Estados Unidos como parte del corriente aislamiento al que son sometidos los inmigrantes.

Construyó su obra sobre fuentes secundarias, detrás asoman otros libros; por ejemplo, *Playing America's Game. Baseball, Latinos and the Color Line* (*Jugando el juego de América. Béisbol, latinos y la línea del color*, 2007), del puertorriqueño Adrián Burgos, un importante ensayo que, desde el matiz de los estudios culturales, aborda los modos en que latinos, negros, indios y mestizos debieron lidiar con la hegemonía blanca en los deportes.

José Lezama de la pelota

Nuestra etapa revolucionaria también merecía textos como *Béisbol en Cuba hispánica*

No existen por dejadez o pragmatismo. *Béisbol en Cuba hispánica* es un libro de estadísticas, pero valioso; los datos concernientes a la pelota del siglo XIX se hallan en una prensa extraviada o deteriorada, es difícil acceder a ella con el ánimo de Severo Nieto: recopilar los box scores de los campeonatos de primer premio, y en ocasiones de segundo, tercero y cuarto, sostenidos por aquel entonces sobre todo en La Habana; en el occidente de la isla se organizaban cuatro campeonatos, en el centro y oriente se jugaban otros.

De estas mismas cuestiones conversé con Rudens Tembrás, periodista de *Trabajadores*; la entrevista, "El béisbol es patrimonio espiritual de la nación" (26-03-2012), levantó una alharaca, pero no enfoca el asunto desde la literatura y las referencias bibliográficas, lo plantea desde las ciencias sociales, otra asignatura pendiente de resolver su deuda con la pelota.

La obra del alemán Norbert Elías (1897-1990), llena la sociología europea del siglo XX; él tiene un libro, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1992), donde teoriza que la sociedad humana de los últimos cinco siglos, del renacimiento hasta hoy, vivió aquel adelanto que le hizo abandonar la violencia del medioevo y devenir más pacífica, y que en ese avance el deporte desempeñó un papel como sustituto del conflicto; lo que se dirimía en el campo de batalla o del honor, se zanjará al presente en el área deportiva...

Por eso en el contexto de las relaciones Cuba-Estados Unidos, es tan importante ganar el juego de pelota...

Él pone de ejemplo a la Inglaterra victoriana para validar su teoría, la del juego como sustitución de los conflictos políticos, hipótesis simple en apariencia, pero profunda, explicativa de por qué en el siglo XIX Gran Bretaña se convierte en madre de los deportes modernos; el nivel de estabilidad, paz y parlamentarismo alcanzado por la sociedad, hace que las lides entre hidalgos medievales ahora

sean entre caballeros deportistas, de ahí que las concepciones de *sportsmanship* (espíritu deportivo) y caballerosidad, de que es más importante competir que ganar, alimente, después, el imaginario del olimpismo; Elías tiene una frase, “los estudios del deporte que no se remitan a la sociedad, son estudios fuera de contexto”; eso pasó en Cuba, realizamos investigaciones sobre el deporte, pero no de la sociedad en la que se practica.

Vienen a la cabeza ciertas memorias de Enrique Núñez Rodríguez

Recuerdo la anécdota que me contó el poeta Norberto Codina de la respuesta que le dio Enrique Núñez Rodríguez a un intelectual; este mostró saber poco sobre Conrado Marrero, y Enrique le contestó: “Conrado Marrero es el Lezama Lima de la pelota cubana”; ¡qué bello símbolo!

Bases llenas

La brújula por la que miraríamos la construcción del marco bibliográfico brisbolero sería el aporte de cada título

Exacto (echándole otra ojeada a nuestra propuesta) esta misma biografía, *Martín Dihígo. El inmortal del béisbol*, escrita por Alfredo Santana, tiene un problema: es difícil encontrar, fuera del campo deportivo, al pelotero cubano más grande de todas las épocas. Martín fue abakuá desde niño, a los seis años ingresó en dicha sociedad fraternal, su padre lo inició en un juego abakuá matancero; el hecho lo marcó, hizo de él un hombre de izquierda, simpatizante del Partido Socialista Popular; llegó a ser amigo de Carlos Rafael Rodríguez y de Salvador García Agüero; para este último recolectó votos entre sus cofrades abakuás, en el puerto de Matanzas, cuando García Agüero fue propuesto para la Constituyente de 1940; fue amigo de Nicolás Guillén, existen cartas cruzadas entre ellos, poemas que Guillén le mandaba a Dihígo.

Ese Dihígo no está en la biografía; de eso adolecen los investigadores, de pensar que los deportistas solo practican deporte y son entes invariables, siempre iguales a sí mismos; Martín Dihígo es una figura fabulosa, un hombre de ideas progresistas, que se opuso a la dictadura de Batista y por eso emigró a México, y que luego regresó y murió en Cuba

Leonardo Padura afirma que para entender lo que ha pasado en el país, se hallará en la literatura una idea más cercana a la realidad que en el periodismo. El terreno de la pelota, ¿sería una excepción?

Lo sería en el caso de la novela, no existe ninguna dedicada totalmente a ella, pero en el cuento casi todos los que irrumpen en el tema lo usan como metáfora para hacer la crítica del contexto; Arturo Arango es buen exponente; ahí están sus fábulas *Asesinato con suegra* y *La Habana elegante*, por solo citar dos; esta última es admirable; en las mesas del comedor de cierta editorial figuran desde Julián del Casal, Luis Marré y Emilio Comas, hasta Reinaldo Montero, López Sacha y el propio Arango; en la cercanía, Rodríguez Feo, Hernández Miyares y Antón Arrufat, discuten sobre béisbol; “¿por qué Arturo te ubicó ahí?”, le pregunté a Arrufat, y él, “no sé”; deberé preguntárselo al autor.

La poesía no se queda atrás, es preciso leer *Matando a los pieles rojas* (2008), de Carlos Esquivel, una crítica corrosiva, poema por poema; el teatro tampoco se retrasa, dos obras que apenas se han exhibido, *Penumbra en el noveno cuarto* (2003), de Amado del Pino, ahora llevado al cine por Charlie Medina y *Béisbol* (2008), de Ulises Rodríguez Febles, son pura crítica social.

¿Qué tiene que decir acerca de *Con las bases llenas. Béisbol, historia y revolución*?

Soy su compilador y prologuista, y escribí dos de sus ensayos: “Música y béisbol”, y “La poesía del jonrón”, mi homenaje a un pelotero a quien considero un ángel caído, Pedro José *Cheíto* Rodríguez. El libro se pensó para la colección conmemorativa de los 50 años del triunfo revolucionario; no se concebía que se recogiese el quehacer cultural de nuestro pueblo durante el período y que faltase la pelota; convoqué a un grupo de redactores y les pedí concurso; es un volumen variopinto, polifónico, reúne todas las tendencias del momento, contiene trabajos lo mismo de periodistas deportivos, como son, Elio Menéndez, Jorge Alfonso y Víctor Joaquín Ortega, que del narrador y dramaturgo Miguel Terry; este último participa con una preciosa fábula, utiliza un cuento de Julio Cortázar, *La noche boca arriba*, para contrastar las vidas de Changa y Huelga, los grandes lanzadores de la década del setenta del siglo xx.

Gazapo proverbial

La entrevista periodística “béisbolera”, ¿cómo repercutió en el ámbito bibliográfico?

En la vida he hecho entrevistas a peloteros, no porque no se me haya ocurrido, sino porque carezco de tiempo; en relación con ellas lo máximo sigue siendo *El béisbol en los 60. El alma en el terreno* (1989), de Raúl Arce y Leonardo Padura, sobre leyendas de nuestra pelota; acaban de ver la luz *Los hombres de negro* (2011), de José Antonio Fulgueiras, entrevistas o semblanzas de árbitros o ambas, y *Confesiones de grandes* (2012), también con un prólogo mío, transcripciones de las entrevistas a peloteros realizadas por Aurelio Prieto Alemán desde el programa homónimo televisivo; con su peculiar inmediatez, el periodismo llena y salva ciertos compases de espera.

Hasta aquí solo hablamos de dos de sus tres obras anteriores

Ahora las reuní, en *Béisbol y estilo...*, *La letra en el diamante* (2005), y *La esfera y el tiempo*, todas de tiradas exiguas, para, junto con ensayos inéditos, refundirlas en un volumen, *Béisbol y Nación en Cuba* (entregado a la Editorial Científico-Técnica); rinde homenaje a *La apología de la historia o el oficio de historiador* (1952), el libro de Marc Bloc, el historiador medievalista francés.

También hay dos contemporáneos, historiadores cubanos sobre la pelota del siglo XIX, con quienes mis estudios guardan una deuda de gratitud: Carlos E. Roig Romero, y Martín Socarás Matos, autores, en ese orden, de *Historia del deporte cubano: los inicios* (2007) y *El béisbol en Cuba (1878-1899)* (2010). No soy un estudioso o historiador del deporte, sino un historiador de profesión a quien le incumbe el béisbol como parte integrante de la sociedad y la historia; ¿cómo es posible que ningún libro de Historia de Cuba, desde Ramiro Guerra hasta Julio Le Riverend y Manuel Moreno Friginals, mencione la pelota?; si un extraterrestre llegase al planeta y, para conocer qué cosa es este país, abriese un libro de historia general, jamás sabrá que jugamos béisbol; ¿cómo los historiadores pasaron por alto un paradigma tan importante de la cultura nacional popular, hablando en el sentido graciano del término, que tanto influye en el imaginario colectivo?; “se pasaron con ficha”, no les interesó, pensaron que era un fenómeno menor, lo desconocían.

Atesoro este ejemplar (nos lo muestra), bastante maltrecho, de la revista *Cuba Contemporánea*, hasta le faltan hojas en la zona que me interesa, es un artículo extenso, de más de sesenta páginas, lo tengo aquí marcado, suelo consultarlo al redactar mis textos, se titula “El deporte como factor patriótico y sociológico. Las grandes figuras deportivas de Cuba”, fue publicado por José Sixto de Sola en el tomo V, no. 2, de la publicación, ¡en junio de 1914!; se adentra en lo que había significado el deporte en Cuba hasta esa fecha; nuestros historiadores conocen la revista, ¿nunca vieron el trabajo?

Juego galante

Corrió el rumor de que preparó un libro con la Editorial Extramuros

Lo que escribí fue el prólogo de *Agustín Marquetti número 40* (2008), que ha sido reeditado (2011), biografía del primera base y jonronero mayor de nuestra pelota, escrita por Dulce María Sotolongo; me convertí en prologuista, los autores quieren verse legitimados en sus obras desde las Ciencias Sociales y con gusto los ayudo: nadie debe pensar que sus trabajos son cosa menor.

La idea era ganar su favor para levantar un marco referencial sobre béisbol cubano. ¿Cuáles de sus libros incluiría?

Insistan en erigirlo, me brindo para ayudarles; les enviaré un cuadro actualizado de obras publicadas en la última década dentro y fuera de Cuba a fin de que determinen cuáles integrarían la lista de principales títulos; contrario a lo que pueda pensarse, no seleccionaría *Béisbol y Nación en Cuba*, resumen de todo lo que antes publiqué, sino *El juego galante*, mi historia del béisbol en La Habana del siglo XIX.

Ratifico que la ciudad fue el lugar por donde se introdujo y cobró mayor auge la pelota a lo largo de la centuria; entre 1878 y 1895, durante la “tregua fecunda”, hubo más de doscientos equipos; el aporte del béisbol al imaginario social fue relevante, habida cuenta de su índole de juego democrático, moderno, en torno al cual era posible discutir, competir y asociarse; el proyecto de los ilustrados cubanos comprendía la formación de las generaciones de las que surgirían los líderes de la futura república; entre sus miras didácticas estaba la de desarrollar sus capacidades físicas, intelectuales y espirituales, y en ese afán el deporte, la pelota, les venía como anillo al dedo.

Debato sobre el racismo que ya estaba presente; refiero cómo afloran equipos de jugadores negros que, ignorados por sus pares blancos, debían convertirse al profesionalismo para sobrevivir; examino la publicidad, entonces extensísima, y la prensa; en aquel tiempo florecían innumerables órganos, encabezados por la que a mi juicio fue la revista de deportes más importante de América Latina del siglo XIX, *El Sport. Semanario de Sport, Arte y Literatura* (1885-189?), la cual se dedicaba no solo al béisbol, sino al ajedrez, la esgrima, la equitación, el tiro, las carreras, etcétera.

Deporte es cultura

En síntesis, tomo La Habana del momento, la miro con un microscopio, y observo dónde y cómo se jugaba pelota; la práctica va delineando círculos de reunión y urbanización; de pronto en el tejido de la ciudad se entreabren espacios que antes no existían, como son, las glorietas de béisbol, la del club Habana, la del club Almendares, ubicada esta última frente a la Quinta de los Molinos; fue levantada allí deliberadamente, para que rivalizara con la Quinta, era un lugar lleno de bosque, con lagos artificiales, campo de pelota, terrenos para carreras de caballos y tiro de pichón

¿En el actual barrio de Belascoain?

Ahí mismo; fue concebido como un gigantesco lugar de recreo; los almendaristas quisieron erigir una especie de Xanadú tropical; en su centro se alzaba la rotonda donde se impartían las clases de música; la Sociedad Almendares no era solo un club de pelota, tenía, entre otras, una sección musical presidida por el maestro y compositor cubano Ignacio Cervantes.

Los detalles traen a la mente el tema de género

En la obra también pondero el auxilio femenino; las mujeres no jugaban pelota ni conformaban equipos, pero, como vemos ahora, son una presencia fija y protagónica en los juegos; ellas eran las madrinas de los equipos; dentro del ritual caballeresco que era el béisbol del siglo XIX, sustentaban la galantería, colmaban los ambientes de finura, delicadeza y buenos modales.

Punteemos, para finalizar, la definición que nos dio de sí mismo

Soy un historiador de la cultura, o un historiador de lo social, pero visto siempre, lo social, desde lo cultural; lo que trato de construir no sería una historia social de la cultura, según la tradición, sino “una historia cultural de lo social”, como la denomina el historiador francés Roger Chartier (1945). ¿Cuáles son las manifestaciones culturales por las que los cubanos somos identificados en el mundo? Uno, el binomio música-baile; dos, el deporte, tenemos famosos deportistas, campeones y campeonas mundiales y olímpicas, insignes peloteros; y tres, la literatura.

Las letras criollas exhiben nombres que integran la élite de la literatura hispanoamericana; las únicas naciones de América Latina rivales de Cuba en este ámbito son México y Argentina; en el siglo XIX ningún país presenta alguien parecido a Martí; Nicaragua podrá hacer gala del poeta modernista Rubén Darío, y los rioplatenses del político y escritor Domingo Faustino Sarmiento; pero José Martí fue poeta, escritor, periodista, revolucionario, genio político, todo a la vez; luego, en el siglo XX, Alejo Carpentier es por sí solo una galaxia, cada una de sus obras es un mundo de cosas; una de las iniquidades de la Academia Sueca, fue no haberle concedido el Premio Nobel de Literatura; también Carpentier dejó escritas páginas memorables sobre béisbol, lo revelan su novela *¡Écue-Yamba-Ó!* (1933), y diversos artículos y entrevistas donde nos recuerda, una y otra vez, que “deporte es cultura”.

